JANE AUSTEN

EMMA





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Emma

Jane Austen

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Proyecto Fénix

Proyecto Fénix

Portada: Thomas Lawrence, «Elizabeth Farren, más tarde condesa de Derby», 1790 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición 7
Volumen I. Capítulo I 8
Volumen I. Capítulo II 18
Volumen I. Capítulo III 24
Volumen I. Capítulo IV 30
Volumen I. Capítulo V 40
Volumen I. Capítulo VI 46
Volumen I. Capítulo VII 54
Volumen I. Capítulo VIII 61
Volumen I. Capítulo IX 73
Volumen I. Capítulo X 88
Volumen I. Capítulo XI 96
Volumen I. Capítulo XII 103
Volumen I. Capítulo XIII 113
Volumen I. Capítulo XIV 122
Volumen I. Capítulo XV 129
Volumen I. Capítulo XVI 139
Volumen I. Capítulo XVII 145
Volumen I. Capítulo XVIII 149
Volumen II. Capítulo I 157
Volumen II. Capítulo II 166
Volumen II. Capítulo III 173
Volumen II. Capítulo IV 184

Volumen II. Capítulo V 189
Volumen II. Capítulo VI 199
Volumen II. Capítulo VII 208
Volumen II. Capítulo VIII 215
Volumen II. Capítulo IX 234
Volumen II. Capítulo X 244
Volumen II. Capítulo XI 251
Volumen II. Capítulo XII 261
Volumen II. Capítulo XIII 268
Volumen II. Capítulo XIV 274
Volumen II. Capítulo XV 285
Volumen II. Capítulo XVI 294
Volumen II. Capítulo XVII 304
Volumen II. Capítulo XVIII 311
Volumen III. Capítulo I 319
Volumen III. Capítulo II 323
Volumen III. Capítulo III 336
Volumen III. Capítulo IV 341
Volumen III. Capítulo V 347
Volumen III. Capítulo VI 356
Volumen III. Capítulo VII 371
Volumen III. Capítulo VIII 381
Volumen III. Capítulo IX 389
Volumen III. Capítulo X 397
Volumen III. Capítulo XI 407
Volumen III. Capítulo XII 420
Volumen III. Capítulo XIII 429

Volumen III. Capítulo XIV 439
Volumen III. Capítulo XV 449
Volumen III. Capítulo XVI 456
Volumen III. Capítulo XVII 466
Volumen III. Capítulo XVIII 475
Volumen III. Capítulo XIX 486

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva y completa de *Emma*, la novela que Jane Austen publicó en Londres en diciembre de 1815 (con fecha de 1816) en la editorial de John Murray. Se tradujo directamente del inglés, según el texto de la edición digital de dominio público de Project Gutenberg (libro n.º 158), sin resumir ni omitir nada. Se conservan los tres volúmenes del original, cada uno con su numeración de capítulos.

Para que el libro se lea con comodidad en castellano, los diálogos van entre comillas angulares y las rayas con que Austen corta las frases (tan frecuentes en las intervenciones de la señorita Bates) se pasaron a comas, puntos suspensivos o paréntesis. Los nombres de personas y lugares quedan en inglés; los tratamientos se tradujeron (señor, señora, señorita). Los versos de las charadas y acertijos se tradujeron en verso libre, conservando su sentido aunque el juego de palabras no siempre tenga equivalente en castellano.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el texto inglés.

El texto de Jane Austen es de dominio público. Traducción de Proyecto Fénix, 2026, con licencia CC BY-NC-SA 4.0: se puede copiar y difundir libremente, sin fines comerciales, citando la fuente.

Volumen I. Capítulo I

Emma Woodhouse, hermosa, inteligente y rica, con un hogar acomodado y un carácter alegre, parecía reunir algunos de los mejores dones de la existencia; y había vivido casi veintiún años en el mundo con muy poco que la afligiera o la contrariara.

Era la menor de las dos hijas de un padre de lo más cariñoso e indulgente; y, a consecuencia del matrimonio de su hermana, había sido desde muy temprano la señora de su casa. Su madre había muerto hacía demasiado tiempo para que ella guardara más que un recuerdo borroso de sus caricias; y su lugar lo había ocupado una mujer excelente como institutriz, que en cariño poco le había faltado para ser una madre.

Dieciséis años había pasado la señorita Taylor en la familia del señor Woodhouse, menos como institutriz que como amiga, muy encariñada con las dos hijas, pero sobre todo con Emma. Entre *ellas* había más bien una intimidad de hermanas. Aun antes de que la señorita Taylor dejara de ocupar el cargo nominal de institutriz, la dulzura de su carácter apenas le había permitido imponer restricción alguna; y como la sombra de la autoridad se había desvanecido hacía tiempo, vivían juntas como dos amigas muy unidas la una a la otra, y Emma hacía exactamente lo que quería; tenía en gran estima el juicio de la señorita Taylor, pero se guiaba sobre todo por el suyo.

Los verdaderos males de la situación de Emma eran, a decir verdad, el poder de salirse demasiado con la suya y cierta disposición a pensar un poco demasiado bien de sí misma; esas eran las desventajas que amenazaban con empañar sus muchos goces. El peligro, sin embargo, pasaba por ahora tan inadvertido que ella no los contaba en absoluto entre sus desgracias.

Llegó la pena, una pena suave, pero en modo alguno en forma de

una conciencia desagradable. La señorita Taylor se casó. Fue la pérdida de la señorita Taylor lo que trajo el primer dolor. Fue el día de la boda de esta amiga querida cuando Emma se quedó por primera vez sumida en tristes pensamientos de alguna duración. Terminada la boda y marchados los novios y sus acompañantes, su padre y ella quedaron solos para cenar, sin la perspectiva de un tercero que alegrara una larga velada. Su padre se acomodó para dormir después de la cena, como de costumbre, y a ella no le quedó más que sentarse a pensar en lo que había perdido.

El acontecimiento prometía toda la felicidad para su amiga. El señor Weston era un hombre de carácter intachable, fortuna holgada, edad conveniente y modales agradables; y había cierta satisfacción en considerar con qué amistad generosa y desinteresada había deseado y favorecido ella siempre el casamiento; pero para ella había sido una mañana aciaga. La falta de la señorita Taylor se haría sentir cada hora de cada día. Recordó su bondad pasada, la bondad, el cariño de dieciséis años; cómo la había instruido y cómo había jugado con ella desde los cinco años; cómo había puesto todas sus fuerzas en ganarse su afecto y entretenerla cuando estaba sana, y cómo la había cuidado en las diversas enfermedades de la niñez. Había en eso una gran deuda de gratitud; pero el trato de los últimos siete años, la igualdad y la perfecta franqueza que habían seguido pronto al matrimonio de Isabella, cuando quedaron la una para la otra, era un recuerdo todavía más querido y más tierno. Había sido una amiga y compañera como pocas tenían: inteligente, instruida, servicial, dulce, conocedora de todas las costumbres de la familia, interesada en todos sus asuntos y muy en particular interesada en ella, en cada placer, en cada proyecto suyo; alguien a quien podía decirle cada pensamiento según le venía y que le tenía un cariño tal que nunca le encontraba falta.

¿Cómo iba a soportar el cambio? Cierto era que su amiga se iba solo a media milla de ellos; pero Emma sabía que grande tenía que ser la diferencia entre una señora Weston a media milla de ellos y una seño-

rita Taylor en la casa; y con todas sus ventajas, naturales y domésticas, corría ahora gran peligro de padecer soledad intelectual. Quería entrañablemente a su padre, pero él no era compañía para ella. No podía seguirla en la conversación, ni seria ni festiva.

El mal de la diferencia real de edad entre ambos (y el señor Woodhouse no se había casado joven) se agravaba mucho por su constitución y sus costumbres; pues, como había sido un enfermizo toda su vida, sin actividad de cuerpo ni de espíritu, era un hombre mucho más viejo en sus maneras que en sus años; y aunque en todas partes lo querían por la bondad de su corazón y su carácter amable, sus talentos no habrían podido recomendarlo en ninguna época.

Su hermana, aunque el matrimonio la había alejado relativamente poco, pues vivía en Londres, a solo dieciséis millas, estaba muy fuera de su alcance diario; y muchas largas veladas de octubre y noviembre habría que pasarlas a duras penas en Hartfield antes de que la Navidad trajera la siguiente visita de Isabella, su marido y sus niños pequeños, para llenar la casa y darle otra vez una compañía agradable.

Highbury, el pueblo grande y populoso, casi una ciudad, al que Hartfield, a pesar de su césped, sus plantíos de arbustos y su nombre propios, pertenecía en realidad, no le ofrecía iguales. Los Woodhouse eran allí los primeros en importancia. Todos los miraban con respeto. Ella tenía muchos conocidos en el lugar, pues su padre era cortés con todo el mundo, pero ni uno solo entre ellos que pudiera aceptarse en lugar de la señorita Taylor ni siquiera por medio día. Era un cambio melancólico; y Emma no podía menos que suspirar por él y desear cosas imposibles, hasta que su padre despertó y fue preciso mostrarse alegre. El ánimo de él necesitaba apoyo. Era un hombre nervioso, que se abatía con facilidad; quería a todas las personas a las que estaba acostumbrado y detestaba separarse de ellas; detestaba toda clase de cambios. El matrimonio, como origen de cambios, siempre le resultaba desagradable; y todavía no se había resignado en absoluto al matrimonio de su propia hija, ni podía hablar de ella sino con compasión, aunque

había sido enteramente un casamiento por amor, cuando ahora se veía obligado a separarse también de la señorita Taylor; y por sus hábitos de un egoísmo apacible, y por no ser nunca capaz de suponer que otras personas pudieran sentir de un modo distinto que él, estaba muy dispuesto a pensar que la señorita Taylor había hecho algo tan triste para sí misma como para ellos, y que habría sido mucho más feliz si hubiera pasado todo el resto de su vida en Hartfield. Emma sonreía y charlaba con toda la alegría que podía, para apartarlo de tales pensamientos; pero cuando llegó el té, le fue imposible a él no decir exactamente lo mismo que había dicho en la cena:

«¡Pobre señorita Taylor! Ojalá estuviera aquí otra vez. ¡Qué lástima que al señor Weston se le haya ocurrido pensar en ella!».

«No puedo estar de acuerdo contigo, papá; sabes que no puedo. El señor Weston es un hombre tan bondadoso, tan agradable, tan excelente, que merece de sobra una buena esposa; ¿y no habrías querido que la señorita Taylor viviera con nosotros para siempre y soportara todos mis caprichos, cuando podía tener una casa propia?».

«¡Una casa propia! Pero ¿qué ventaja tiene una casa propia? Esta es tres veces más grande. Y tú nunca tienes caprichos, querida».

«¡Cuántas veces iremos a verlos y ellos vendrán a vernos! ¡Estaremos viéndonos siempre! *Nosotros* tenemos que empezar; tenemos que ir muy pronto a hacerles la visita de recién casados».

«Querida, ¿cómo voy a llegar tan lejos? Randalls está a tanta distancia. No podría caminar ni la mitad».

«No, papá, nadie pensó en que fueras a pie. Tenemos que ir en el coche, por supuesto».

«¡El coche! Pero a James no le va a gustar enganchar los caballos para un trayecto tan corto; ¿y dónde van a estar los pobres caballos mientras hacemos la visita?».

«Los van a meter en la cuadra del señor Weston, papá. Sabes que ya lo dejamos todo arreglado. Lo hablamos todo con el señor Weston anoche. Y en cuanto a James, puedes estar muy seguro de que siempre

le gustará ir a Randalls, porque su hija es criada allí. Lo único que dudo es que alguna vez quiera llevarnos a otra parte. Eso fue obra tuya, papá. Tú le conseguiste a Hannah ese buen puesto. Nadie pensaba en Hannah hasta que tú la mencionaste. ¡James te está tan agradecido!».

«Me alegro mucho de haber pensado en ella. Fue una gran suerte, porque por nada del mundo habría querido que el pobre James se creyera menospreciado; y estoy seguro de que será una muy buena criada: es una muchacha cortés, que habla con buenos modos; tengo muy buena opinión de ella. Siempre que la veo me hace una reverencia y me pregunta cómo estoy, de una manera muy bonita; y cuando la has tenido aquí para hacer costura, observo que siempre gira la llave de la puerta como se debe y nunca da portazos. Estoy seguro de que será una criada excelente; y será un gran consuelo para la pobre señorita Taylor tener cerca a alguien a quien está acostumbrada a ver. Cada vez que James vaya a ver a su hija, sabes, ella tendrá noticias nuestras. Él podrá contarle cómo estamos todos».

Emma no ahorró esfuerzos para mantener este curso más feliz de ideas, y esperaba, con la ayuda del backgammon, hacer pasar a su padre la velada de un modo tolerable y no verse asaltada por más pesares que los suyos. Se puso la mesa de backgammon; pero inmediatamente después entró una visita que la hizo innecesaria.

El señor Knightley, un hombre sensato de unos treinta y siete o treinta y ocho años, no solo era un amigo muy antiguo e íntimo de la familia, sino que estaba particularmente ligado a ella, como hermano mayor del marido de Isabella. Vivía a cerca de una milla de Highbury, era visita frecuente y siempre bienvenida, y en esta ocasión más bienvenida que de costumbre, pues venía directamente de casa de los parientes que tenían en común en Londres. Había regresado para una cena tardía, después de unos días de ausencia, y ahora subía caminando a Hartfield para decir que todos estaban bien en Brunswick Square. Fue una circunstancia feliz, que animó al señor Woodhouse durante un rato. El señor Knightley tenía unos modos alegres que siempre le

hacían bien; y sus muchas preguntas por «la pobre Isabella» y sus niños recibieron las respuestas más satisfactorias. Cuando esto terminó, el señor Woodhouse observó con gratitud: «Es usted muy amable, señor Knightley, al salir a esta hora tan tardía para visitarnos. Me temo que habrá tenido una caminata espantosa».

«En absoluto, señor. Es una hermosa noche de luna, y tan templada que tengo que apartarme de su gran fuego».

«Pero habrá encontrado todo muy húmedo y embarrado. Ojalá no se resfríe».

«¡Embarrado, señor! Mire mis zapatos. Ni una mancha».

«¡Vaya! Eso sí que es sorprendente, porque aquí ha llovido muchísimo. Llovió terriblemente fuerte durante media hora mientras desayunábamos. Yo quería que aplazaran la boda».

«A propósito, no los he felicitado. Como me hago una buena idea de qué clase de alegría deben de estar sintiendo los dos, no me he dado prisa con mis felicitaciones; pero espero que todo haya salido bastante bien. ¿Cómo se portaron todos? ¿Quién lloró más?».

«¡Ah, la pobre señorita Taylor! Es un asunto triste».

«Pobres el señor y la señorita Woodhouse, si usted quiere; pero de ningún modo puedo decir "la pobre señorita Taylor". Les tengo mucho aprecio a usted y a Emma; ¡pero cuando se trata de la dependencia o la independencia...! En todo caso, tiene que ser mejor tener que complacer a uno solo que a dos».

«¡Sobre todo cuando *uno* de esos dos es una criatura tan caprichosa y molesta!», dijo Emma en broma. «Eso es lo que tiene usted en la cabeza, lo sé, y lo que sin duda diría si mi padre no estuviera delante».

«Creo que es muy cierto, querida, de verdad», dijo el señor Woodhouse con un suspiro. «Me temo que a veces soy muy caprichoso y molesto».

«¡Mi querido papá! No pensarás que yo podía referirme a *ti*, ni que el señor Knightley se refería a *ti*. ¡Qué idea tan horrible! ¡Oh, no! Me refería solo a mí. Al señor Knightley le encanta encontrarme defectos,

sabes... en broma; todo es en broma. Siempre nos decimos lo que queremos el uno al otro».

El señor Knightley, en efecto, era una de las pocas personas que podían ver defectos en Emma Woodhouse, y el único que alguna vez se los decía: y aunque esto no le resultaba particularmente agradable a la propia Emma, sabía que a su padre le resultaría mucho menos, de modo que no quería que él llegara a sospechar de verdad una circunstancia como la de que no todo el mundo la tuviera por perfecta.

«Emma sabe que nunca la adulo», dijo el señor Knightley, «pero no quise hacer reproche a nadie. La señorita Taylor ha estado acostumbrada a tener que complacer a dos personas; ahora solo tendrá a una. Lo más probable es que salga ganando».

«Bueno», dijo Emma, dispuesta a dejarlo pasar, «usted quiere saber de la boda; y tendré mucho gusto en contársela, porque todos nos portamos de un modo encantador. Todo el mundo fue puntual, todo el mundo lucía su mejor aspecto: ni una lágrima, y apenas una cara larga que ver. ¡Oh, no!; todos sentíamos que íbamos a estar solo a media milla de distancia y estábamos seguros de vernos todos los días».

«La querida Emma lo sobrelleva todo tan bien», dijo su padre. «Pero, señor Knightley, de verdad le da mucha pena perder a la pobre señorita Taylor, y estoy seguro de que la *va* a echar de menos más de lo que cree».

Emma volvió la cabeza, dividida entre las lágrimas y las sonrisas. «Es imposible que Emma no eche de menos a semejante compañera», dijo el señor Knightley. «No la querríamos tanto como la queremos, señor, si pudiéramos suponer tal cosa; pero ella sabe cuánto favorece este matrimonio a la señorita Taylor; sabe lo grato que tiene que ser, a la edad de la señorita Taylor, establecerse en un hogar propio, y lo importante que es para ella tener asegurado un buen sustento, y por eso no puede permitirse sentir tanta pena como alegría. Todo amigo de la señorita Taylor tiene que alegrarse de verla tan felizmente casada».

«Y se ha olvidado usted de un motivo de alegría para mí», dijo Em-

ma, «y bastante considerable: que el casamiento lo arreglé yo misma. Yo arreglé el casamiento, sabe usted, hace cuatro años; y que se haya realizado, y que se me haya dado la razón, cuando tanta gente decía que el señor Weston nunca volvería a casarse, puede consolarme de cualquier cosa».

El señor Knightley le hizo un gesto de reprobación con la cabeza. Su padre respondió con ternura: «¡Ah, querida! Ojalá no arreglaras casamientos ni predijeras cosas, porque todo lo que dices siempre se cumple. Te ruego que no arregles más casamientos».

«Te prometo no arreglar ninguno para mí, papá; pero para los demás tengo que hacerlo, de verdad. ¡Es la mayor diversión del mundo! ¡Y después de semejante éxito, sabes...! Todo el mundo decía que el señor Weston nunca volvería a casarse. ¡Oh, no, válgame! El señor Weston, que llevaba tanto tiempo viudo y que parecía estar tan perfectamente a gusto sin esposa, siempre tan ocupado, ya con sus negocios en la ciudad, ya con sus amigos de aquí, siempre bien recibido dondequiera que iba, siempre alegre... El señor Weston no tenía por qué pasar solo ni una sola velada del año si no quería. ¡Oh, no! El señor Weston, de seguro, nunca volvería a casarse. Algunos hasta hablaban de una promesa a su esposa en el lecho de muerte, y otros de que el hijo y el tío no se lo permitían. Se dijeron toda clase de solemnes tonterías sobre el asunto, pero yo no creí ninguna.

»Desde el día, hace unos cuatro años, en que la señorita Taylor y yo nos encontramos con él en Broadway Lane y, como empezó a lloviznar, salió corriendo con tanta galantería y nos consiguió prestados dos paraguas en la granja del granjero Mitchell, tomé mi decisión al respecto. Desde esa hora planeé el casamiento; y cuando el éxito me ha favorecido así en este caso, querido papá, no puedes pensar que voy a dejar de hacer casamientos».

«No entiendo qué quiere decir usted con “éxito”», dijo el señor Knightley. «El éxito supone esfuerzo. Habría empleado usted su tiempo de un modo apropiado y delicado si se hubiera estado esforzando

durante los últimos cuatro años por lograr este matrimonio. ¡Digna ocupación para la mente de una señorita! Pero si, como más bien me imagino, eso de que usted arregló el casamiento, como lo llama, significa solo que lo planeó, que se dijo a sí misma un día ocioso: "Creo que sería algo muy bueno para la señorita Taylor que el señor Weston se casara con ella", y que se lo volvió a decir de vez en cuando después, ¿por qué habla de éxito? ¿Dónde está su mérito? ¿De qué se enorgullece? Hizo una conjetura afortunada; y *eso* es todo lo que puede decirse».

«¿Y usted nunca ha conocido el placer y el triunfo de una conjetura afortunada? Lo compadezco. Lo creía más listo; porque, puede estar seguro, una conjetura afortunada nunca es pura suerte. Siempre hay en ella algo de talento. Y en cuanto a mi pobre palabra "éxito", que usted me discute, no sé si estoy tan completamente sin derecho a ella. Usted ha pintado dos cuadros muy bonitos; pero creo que puede haber un tercero, algo entre el que no hace nada y el que lo hace todo. Si yo no hubiera favorecido las visitas del señor Weston aquí, y dado muchos pequeños ánimos, y allanado muchos pequeños asuntos, puede que al final no hubiera resultado nada. Creo que usted conoce Hartfield lo bastante para comprenderlo».

«Un hombre derecho y de corazón abierto como Weston, y una mujer sensata y sin afectación como la señorita Taylor, pueden dejarse sin peligro a que manejen sus propios asuntos. Lo más probable es que con su intromisión se haya hecho usted más daño a sí misma que bien a ellos».

«Emma nunca piensa en sí misma, si puede hacer el bien a los demás», replicó el señor Woodhouse, que solo entendía en parte. «Pero, querida, te ruego que no arregles más casamientos; son cosas tontas, y deshacen terriblemente el círculo familiar».

«Solo uno más, papá; solo para el señor Elton. ¡Pobre señor Elton! Al señor Elton lo aprecias, papá; tengo que buscarle una esposa. No hay nadie en Highbury que lo merezca, y ya lleva aquí un año entero,

y ha arreglado su casa tan cómodamente que sería una vergüenza dejarlo soltero por más tiempo; ¡y me pareció, cuando hoy unía sus manos, que tenía todo el aire de querer que alguien le hiciera a él el mismo amable servicio! Tengo muy buena opinión del señor Elton, y esta es la única manera que tengo de hacerle un favor».

«El señor Elton es un joven muy apuesto, por supuesto, y un joven muy bueno, y le tengo mucho aprecio. Pero si quieres tener con él alguna atención, querida, invítalo a venir a cenar con nosotros algún día. Eso será mucho mejor. Me atrevo a decir que el señor Knightley tendrá la amabilidad de acompañarnos».

«Con muchísimo gusto, señor, cuando sea», dijo el señor Knightley, riendo, «y estoy enteramente de acuerdo con usted en que será mucho mejor. Invítelo a cenar, Emma, y sírvale lo mejor del pescado y del pollo, pero deje que escoja él mismo a su esposa. Puede estar segura de que un hombre de veintiséis o veintisiete años sabe cuidarse solo».

Volumen I. Capítulo II

El señor Weston era natural de Highbury y había nacido en una familia respetable que en las últimas dos o tres generaciones había ido ascendiendo en distinción y en bienes. Había recibido una buena educación, pero, como heredó pronto en la vida una pequeña renta que lo hacía independiente, había perdido el gusto por las ocupaciones más modestas a que se dedicaban sus hermanos, y había satisfecho su espíritu activo y alegre y su carácter sociable entrando en la milicia de su condado, que entonces estaba movilizada.

El capitán Weston era el favorito de todos; y cuando los azares de su vida militar lo pusieron en contacto con la señorita Churchill, de una gran familia de Yorkshire, y la señorita Churchill se enamoró de él, nadie se sorprendió, salvo el hermano de ella y su esposa, que nunca lo habían visto y que estaban llenos de un orgullo y de unos aires de importancia a los que semejante enlace iba a ofender.

La señorita Churchill, sin embargo, como era mayor de edad y disponía plenamente de su fortuna (aunque su fortuna no guardaba proporción alguna con la hacienda de la familia), no se dejó disuadir del matrimonio, y este se celebró, para infinita mortificación del señor y la señora Churchill, que la repudiaron con el debido decoro. Fue un enlace poco conveniente y no produjo mucha felicidad. La señora Weston debería haber hallado más en él, pues tenía un marido cuyo corazón cálido y cuyo carácter dulce le hacían pensar que todo se le debía a ella a cambio de la gran bondad de haberse enamorado de él; pero aunque ella tenía cierta clase de temple, no tenía el mejor. Tenía resolución suficiente para seguir su propia voluntad a pesar de su hermano, pero no la suficiente para abstenerse de lamentar sin razón el enojo sin razón de ese hermano, ni de echar de menos los lujos de su antiguo hogar. Vivían por encima de sus ingresos, pero aun así aquello no

era nada en comparación con Enscombe: no dejó de amar a su marido, pero quería ser a la vez la esposa del capitán Weston y la señorita Churchill de Enscombe.

El capitán Weston, de quien se había pensado, sobre todo los Churchill, que hacía un casamiento tan asombroso, resultó haber llevado la peor parte del trato; pues cuando su esposa murió, después de tres años de matrimonio, era un hombre más bien más pobre que al principio, y con un niño que mantener. De los gastos del niño, sin embargo, pronto se vio libre. El niño, con el motivo adicional de ternura de una larga enfermedad de su madre, había sido el medio de una especie de reconciliación; y el señor y la señora Churchill, que no tenían hijos propios ni ninguna otra criatura joven de igual parentesco de quien ocuparse, se ofrecieron a hacerse cargo por completo del pequeño Frank poco después de la muerte de ella. Cabe suponer que el padre viudo sintió algunos escrúpulos y alguna resistencia; pero, como otras consideraciones los vencieron, el niño quedó entregado a los cuidados y a la riqueza de los Churchill, y a él no le quedó más que buscar su propio bienestar y mejorar su situación como pudiera.

Se hizo deseable un cambio completo de vida. Dejó la milicia y se dedicó al comercio, pues tenía hermanos ya bien establecidos en Londres, lo que le ofreció una entrada favorable. Era un negocio que le daba la ocupación justa. Conservaba todavía una casa pequeña en Highbury, donde pasaba la mayor parte de sus días libres; y entre una ocupación útil y los placeres de la sociedad, los dieciocho o veinte años siguientes de su vida transcurrieron alegremente. Para entonces había reunido un buen pasar: lo suficiente para asegurarse la compra de una pequeña finca contigua a Highbury, que siempre había anhelado; lo suficiente para casarse con una mujer tan sin dote como la señorita Taylor, y para vivir conforme a los deseos de su disposición amistosa y sociable.

Hacía ya algún tiempo que la señorita Taylor había empezado a influir en sus planes; pero como no era la influencia tiránica de la juven-

tud sobre la juventud, no había quebrantado su determinación de no establecerse hasta poder comprar Randalls, y la venta de Randalls se esperaba desde hacía mucho; pero él había seguido adelante con constancia, con estos fines a la vista, hasta alcanzarlos. Había hecho su fortuna, comprado su casa y conseguido a su esposa; y empezaba un nuevo período de su existencia, con todas las probabilidades de una felicidad mayor que en cualquiera de los ya vividos. Nunca había sido un hombre desdichado; su propio carácter lo había librado de eso, incluso en su primer matrimonio; pero el segundo iba a mostrarle lo encantadora que podía ser una mujer juiciosa y verdaderamente amable, y a darle la prueba más grata de que es mucho mejor elegir que ser elegido, despertar gratitud que sentirla.

Solo tenía que complacerse a sí mismo en su elección: su fortuna era suya; pues, en cuanto a Frank, ya no se trataba solo de que lo criaran tácitamente como heredero de su tío: se había convertido en una adopción tan declarada que había tomado el apellido Churchill al llegar a la mayoría de edad. Era muy poco probable, por tanto, que alguna vez necesitara la ayuda de su padre. Su padre no lo temía. La tía era una mujer caprichosa y gobernaba por completo a su marido; pero no estaba en la naturaleza del señor Weston imaginar que algún capricho pudiera ser tan fuerte como para afectar a alguien tan querido y, según él creía, tan merecidamente querido. Veía a su hijo todos los años en Londres y estaba orgulloso de él; y sus cariñosos elogios de él como un joven excelente habían hecho que también Highbury sintiera una especie de orgullo por él. Se lo consideraba lo bastante del lugar como para que sus méritos y sus perspectivas fueran una especie de asunto común.

El señor Frank Churchill era uno de los orgullos de Highbury, y reinaba una viva curiosidad por verlo, aunque el cumplido era tan poco correspondido que él nunca había estado allí en su vida. Mucho se había hablado de que viniera a visitar a su padre, pero nunca se había llevado a cabo.

Ahora, con motivo del matrimonio de su padre, se proponía de modo muy general, como una atención de lo más apropiada, que la visita se realizara. No hubo una sola voz discrepante sobre el asunto, ni cuando la señora Perry tomó el té con la señora y la señorita Bates, ni cuando la señora y la señorita Bates le devolvieron la visita. Ahora era el momento de que el señor Frank Churchill viniera entre ellos; y la esperanza se fortaleció cuando se supo que le había escrito a su nueva madre con ese motivo. Durante unos días, toda visita matinal en Highbury incluía alguna mención de la hermosa carta que había recibido la señora Weston. «Supongo que ya sabe de la hermosa carta que el señor Frank Churchill le ha escrito a la señora Weston, ¿no? Tengo entendido que era una carta muy hermosa, de verdad. Me lo contó el señor Woodhouse. El señor Woodhouse vio la carta, y dice que nunca en su vida había visto una carta tan hermosa».

Era, en efecto, una carta muy apreciada. La señora Weston, por supuesto, se había formado una idea muy favorable del joven; y una atención tan grata era una prueba irresistible de su gran buen juicio, y un añadido de lo más bienvenido a todas las fuentes y todas las expresiones de felicitación que su matrimonio ya le había asegurado. Se sentía una mujer afortunadísima; y había vivido lo bastante para saber cuán afortunada podían tenerla con razón, cuando lo único que lamentaba era una separación parcial de unos amigos cuya amistad por ella nunca se había enfriado y que mal podían soportar separarse de ella.

Sabía que a veces la echarían de menos; y no podía pensar sin dolor en que Emma perdiera un solo placer o sufriera una hora de *ennui* por falta de su compañía: pero la querida Emma no era de carácter débil; estaba más a la altura de su situación de lo que habrían estado la mayoría de las muchachas, y tenía juicio, energía y un ánimo que, era de esperar, la llevarían bien y felizmente a través de sus pequeñas dificultades y privaciones. Y además había tanto consuelo en la distancia tan cómoda de Randalls a Hartfield, tan conveniente incluso para que una mujer la recorriera a pie y sola, y en la disposición y las circuns-

tancias del señor Weston, que harían que la estación que se acercaba no impidiera que pasaran juntos la mitad de las veladas de la semana.

Su situación era en conjunto motivo de horas de gratitud para la señora Weston, y solo de momentos de pesar; y su satisfacción, su más que satisfacción, su alegre disfrute, era tan justo y tan evidente que Emma, por bien que conociera a su padre, a veces se sorprendía de que él todavía fuera capaz de compadecer a «la pobre señorita Taylor», cuando la dejaban en Randalls en medio de todas las comodidades domésticas, o la veían marcharse por la noche, acompañada de su agradable marido, a un coche propio. Pero nunca se iba sin que el señor Woodhouse diera un suave suspiro y dijera: «¡Ah, la pobre señorita Taylor! Con mucho gusto se quedaría».

No había manera de recuperar a la señorita Taylor, ni muchas probabilidades de que él dejara de compadecerla; pero unas pocas semanas trajeron algún alivio al señor Woodhouse. Los cumplidos de sus vecinos habían terminado; ya no lo mortificaban deseándole felicidad por un acontecimiento tan triste; y la torta de bodas, que había sido para él un gran tormento, se había comido toda. Su propio estómago no soportaba nada pesado, y él nunca podía creer que los demás fueran distintos de él. Lo que le hacía daño a él lo consideraba inadecuado para cualquiera; y por eso había tratado con empeño de disuadirlos de que hubiera torta de bodas, y cuando eso resultó inútil, con el mismo empeño había tratado de impedir que nadie la comiera. Se había tomado la molestia de consultar sobre el asunto al señor Perry, el boticario. El señor Perry era un hombre inteligente y de modales de caballero, cuyas frecuentes visitas eran uno de los consuelos de la vida del señor Woodhouse; y cuando le preguntaron, no pudo menos que reconocer (aunque parecía más bien contra el impulso de su inclinación) que la torta de bodas sin duda podía sentarles mal a muchos, quizá a la mayoría de la gente, si no se tomaba con moderación. Con semejante opinión, que confirmaba la suya, el señor Woodhouse esperaba influir en todas las visitas de los recién casados; pero aun así la torta se

comió; y no hubo descanso para sus benévolos nervios hasta que se acabó del todo.

Corría en Highbury un extraño rumor de que se había visto a todos los pequeños Perry con un trozo de la torta de bodas de la señora Weston en las manos: pero el señor Woodhouse nunca quiso creerlo.

Volumen I. Capítulo III

Al señor Woodhouse le gustaba la sociedad a su manera. Le gustaba mucho que sus amigos vinieran a verlo; y por varias causas juntas, por su larga residencia en Hartfield y su buen carácter, por su fortuna, su casa y su hija, podía disponer en gran medida de las visitas de su pequeño círculo como quería. No tenía mucho trato con familias fuera de ese círculo; su horror a las horas tardías y a las grandes cenas lo hacía inadecuado para cualquier relación que no fuera la de quienes lo visitaran en sus propios términos. Por fortuna para él, Highbury, incluyendo Randalls en la misma parroquia, y la abadía de Donwell, residencia del señor Knightley, en la parroquia contigua, comprendía a muchos así. No pocas veces, por insistencia de Emma, invitaba a cenar a algunos de los escogidos y los mejores: pero lo que prefería eran las reuniones de la velada; y, salvo que en algún momento se creyera sin fuerzas para la compañía, apenas había una noche en la semana en que Emma no pudiera armarle una mesa de juego.

Un aprecio verdadero y antiguo traía a los Weston y al señor Knightley; y en cuanto al señor Elton, un joven que vivía solo sin que le gustara, no había peligro de que desaprovechara el privilegio de cambiar cualquier velada libre de su vacía soledad por las elegancias y la compañía del salón del señor Woodhouse y las sonrisas de su encantadora hija.

Después de estos venía un segundo grupo; entre los más fáciles de conseguir estaban la señora y la señorita Bates, y la señora Goddard, tres damas casi siempre a disposición de una invitación de Hartfield, y a las que se iba a buscar y se llevaba de vuelta a casa tan a menudo que al señor Woodhouse no le parecía una carga ni para James ni para los caballos. Si hubiera ocurrido solo una vez al año, habría sido un agravio.

La señora Bates, viuda de un antiguo vicario de Highbury, era una señora muy anciana, a la que ya casi solo le quedaban el té y la cuadrilla. Vivía con su hija soltera de un modo muy modesto, y se la miraba con toda la consideración y el respeto que puede despertar una anciana inofensiva en tan adversas circunstancias. Su hija gozaba de un grado de popularidad de lo más insólito para una mujer que no era ni joven, ni hermosa, ni rica, ni casada. La señorita Bates se hallaba en la peor situación del mundo para gozar del favor del público; y no tenía ninguna superioridad intelectual que le sirviera de compensación ante sí misma o que intimidara a quienes pudieran odiarla hasta hacerles mostrarle un respeto exterior. Nunca había podido presumir ni de belleza ni de inteligencia. Su juventud había pasado sin distinción, y su edad madura estaba dedicada al cuidado de una madre que declinaba y al esfuerzo de hacer rendir lo más posible unos ingresos escasos. Y, sin embargo, era una mujer feliz, y una mujer a quien nadie nombraba sin buena voluntad. Era su propia buena voluntad hacia todos y su carácter contento lo que obraba tales maravillas. Quería a todo el mundo, se interesaba por la felicidad de todo el mundo, tenía buen ojo para los méritos de todo el mundo; se consideraba una criatura de lo más afortunada, rodeada de bendiciones con una madre tan excelente, tantos buenos vecinos y amigos y un hogar al que no le faltaba nada. La sencillez y la alegría de su naturaleza, su espíritu contento y agradecido, eran una recomendación ante todo el mundo y una mina de felicidad para ella misma. Hablaba mucho de cosas pequeñas, lo que le venía exactamente al señor Woodhouse, y estaba llena de noticias triviales y chismes inofensivos.

La señora Goddard era directora de un colegio; no de un seminario, ni de un establecimiento, ni de nada que pretendiera, en largas frases de refinados disparates, combinar los conocimientos liberales con una moral elegante, según nuevos principios y nuevos sistemas, y donde, por un pago enorme, a las señoritas se les pudiera arrancar la salud a fuerza de apretarlas y meterlas en la vanidad; sino de un verdadero in-

ternado, honrado y a la antigua, donde se vendía una cantidad razonable de habilidades a un precio razonable, y adonde se podía mandar a las niñas para tenerlas fuera del paso y que se agenciaran a trompicones un poco de educación, sin ningún peligro de que volvieran convertidas en prodigios. El colegio de la señora Goddard gozaba de gran reputación, y muy merecida; pues Highbury tenía fama de ser un lugar particularmente sano: ella tenía una casa y un jardín espaciosos, daba a las niñas comida sana en abundancia, las dejaba corretear mucho en verano y en invierno les curaba los sabañones con sus propias manos. No era de extrañar que una fila de veinte parejas de muchachas caminara ahora tras ella camino de la iglesia. Era una mujer sencilla, de aire maternal, que había trabajado mucho en su juventud y ahora se creía con derecho al asueto ocasional de una visita para tomar el té; y como en otro tiempo le había debido mucho a la bondad del señor Woodhouse, sentía que él tenía un derecho particular a que dejara su pulcro saloncito, adornado todo alrededor con labores de fantasía, siempre que pudiera, para ganar o perder unas cuantas monedas de seis peniques junto a su chimenea.

Estas eran las damas que Emma se veía capaz de reunir con mucha frecuencia; y era feliz, por su padre, de poder hacerlo; aunque, en lo que a ella misma tocaba, no era remedio para la ausencia de la señora Weston. Le encantaba ver a su padre a gusto, y estaba muy contenta consigo misma por arreglar las cosas tan bien; pero las tranquilas peroratas de tres mujeres así le hacían sentir que cada velada pasada de ese modo era, en efecto, una de las largas veladas que había previsto con temor.

Una mañana, mientras estaba sentada esperando justamente un final así para el día en curso, le trajeron una nota de la señora Goddard en que pedía, en los términos más respetuosos, que se le permitiera traer consigo a la señorita Smith; una petición de lo más bienvenida: pues la señorita Smith era una muchacha de diecisiete años a quien Emma conocía muy bien de vista y por quien hacía tiempo que sentía

interés, a causa de su belleza. Se respondió con una invitación muy amable, y la hermosa señora de la mansión ya no temió la velada.

Harriet Smith era hija natural de alguien. Alguien la había puesto, hacía varios años, en el colegio de la señora Goddard, y alguien la había elevado hacía poco de la condición de alumna a la de pensionista con privilegios. Eso era todo lo que se sabía en general de su historia. No tenía amigos visibles, fuera de los que había hecho en Highbury, y acababa de volver de una larga visita en el campo a unas señoritas que habían estado en el colegio con ella.

Era una muchacha muy bonita, y su belleza resultaba ser de una clase que Emma admiraba particularmente. Era baja, regordeta y rubia, de buenos colores, ojos azules, pelo claro, facciones regulares y un aire de gran dulzura; y, antes de que terminara la velada, Emma estaba tan complacida con sus modales como con su persona, y completamente decidida a continuar la relación.

No le llamó la atención nada notablemente inteligente en la conversación de la señorita Smith, pero la encontró en conjunto muy atractiva: ni tímida en exceso, ni reacia a hablar, y, sin embargo, tan lejos de ser atrevida, mostrando una deferencia tan apropiada y decorosa, pareciendo tan agradablemente agradecida de que la admitieran en Hartfield y tan ingenuamente impresionada por el aspecto de todo, de un estilo tan superior al que estaba acostumbrada, que tenía que tener buen juicio y merecer que se la animara. Había que animarla. Esos dulces ojos azules y todas esas gracias naturales no debían desperdiciarse en la sociedad inferior de Highbury y sus relaciones. Las amistades que ya había hecho eran indignas de ella. Los amigos de los que acababa de separarse, aunque eran gente muy buena, tenían que estar haciéndole daño. Eran una familia de apellido Martin, a quienes Emma conocía bien de oídas, como arrendatarios de una gran granja del señor Knightley, que residían en la parroquia de Donwell, de un modo muy digno, creía ella; sabía que el señor Knightley tenía de ellos un alto concepto; pero tenían que ser toscos y sin pulir, y muy poco aptos

para ser los íntimos de una muchacha a la que solo le faltaba un poco más de conocimiento y de elegancia para ser del todo perfecta. *Ella* se ocuparía de la muchacha; la mejoraría; la apartaría de sus malas amistades y la introduciría en la buena sociedad; formaría sus opiniones y sus modales. Sería una empresa interesante, y sin duda muy bondadosa; muy propia de su posición en la vida, de su tiempo libre y de sus facultades.

Estaba tan ocupada en admirar esos dulces ojos azules, en hablar y escuchar y en trazar todos estos planes en los ratos intermedios, que la velada pasó volando a una velocidad muy poco común; y la mesa de la cena, que siempre cerraba esas reuniones y cuya hora debida ella estaba acostumbrada a esperar sentada y vigilante, estaba ya toda puesta y lista, y acercada al fuego, antes de que se diera cuenta. Con una presteza que iba más allá del impulso común de un espíritu que, con todo, nunca era indiferente al mérito de hacerlo todo bien y con atención, con la verdadera buena voluntad de una mente encantada con sus propias ideas, hizo entonces todos los honores de la comida, y sirvió y recomendó el pollo picado y las ostras gratinadas con una insistencia que sabía que sería grata para las horas tempranas y los corteses escrúpulos de sus invitados.

En tales ocasiones los sentimientos del pobre señor Woodhouse libraban una triste batalla. Le encantaba que se pusiera el mantel, porque había sido la moda de su juventud, pero su convicción de que las cenas eran muy malsanas le hacía más bien lamentar ver que se pusiera algo encima; y mientras su hospitalidad habría ofrecido todo a sus visitas, su cuidado por la salud de ellas le hacía afligirse de que comieran.

Otro tazoncito de gachas claras como las suyas era todo lo que podía recomendar con plena aprobación de sí mismo; aunque, mientras las damas daban cuenta a gusto de los platos más exquisitos, podía forzarse a decir:

«Señora Bates, permítame proponerle que se atreva con uno de es-

tos huevos. Un huevo pasado por agua, muy blando, no es malsano. Serle entiende de hervir huevos mejor que nadie. No recomendaría un huevo hervido por ninguna otra persona; pero no tiene por qué temer, son muy pequeños, ya ve; uno de nuestros huevos pequeños no le hará daño. Señorita Bates, deje que Emma le sirva un *pedacito* de tarta, un pedacito *muy* pequeño. Las nuestras son todas tartas de manzana. Aquí no tiene por qué temer conservas malsanas. No le aconsejo la natilla. Señora Goddard, ¿qué le parece *media* copa de vino? ¿Una media copa *pequeña*, echada en un vaso de agua? No creo que pueda sentarle mal».

Emma dejaba hablar a su padre, pero servía a sus visitas de un modo mucho más satisfactorio, y esa noche tuvo un placer particular en despedirlas contentas. La felicidad de la señorita Smith estuvo enteramente a la altura de sus intenciones. La señorita Woodhouse era un personaje tan importante en Highbury que la perspectiva de ser presentada le había causado tanto pánico como placer; pero la muchachita, humilde y agradecida, se marchó con un sentimiento de gran satisfacción, encantada con la afabilidad con que la señorita Woodhouse la había tratado toda la velada, ¡y que al final hasta le había estrechado la mano!

Volumen I. Capítulo IV

La intimidad de Harriet Smith en Hartfield fue pronto cosa establecida. Rápida y decidida en su proceder, Emma no perdió tiempo en invitarla, animarla y decirle que viniera muy a menudo; y a medida que crecía su trato, crecía también la satisfacción de la una con la otra. Como compañera de paseo, Emma había previsto muy pronto lo útil que podría resultarle. En ese aspecto la pérdida de la señora Weston había sido importante. Su padre nunca iba más allá del plantío de arbustos, donde dos sectores del terreno le bastaban para su paseo largo o para el corto, según la época del año; y desde el matrimonio de la señora Weston, el ejercicio de Emma se había visto demasiado limitado. Una vez se había aventurado sola hasta Randalls, pero no fue agradable; y una Harriet Smith, por tanto, alguien a quien pudiera llamar en cualquier momento para un paseo, sería un valioso añadido a sus privilegios. Pero en todos los aspectos, a medida que la iba tratando más, la aprobaba, y se confirmaba en todos sus bondadosos propósitos.

Harriet, desde luego, no era inteligente, pero tenía un carácter dulce, dócil y agradecido, estaba totalmente libre de presunción y solo deseaba dejarse guiar por alguien a quien admirara. Su temprano apego a Emma era muy amable; y su inclinación por la buena compañía, y su capacidad para apreciar lo que era elegante e inteligente, mostraban que no le faltaba gusto, aunque no había que esperar de ella un entendimiento firme. En conjunto, Emma estaba completamente convencida de que Harriet Smith era exactamente la joven amiga que necesitaba, exactamente ese algo que su hogar requería. Una amiga como la señora Weston estaba fuera de discusión. Dos así nunca podían concederse. Dos así no las quería. Era algo de una clase muy distinta, un sentimiento diferente e independiente. La señora Weston era objeto de un afecto que tenía su base en la gratitud y la estima. A Harriet la querría como

a alguien a quien podía serle útil. Por la señora Weston no había nada que hacer; por Harriet, todo.

Sus primeros intentos de serle útil consistieron en procurar averiguar quiénes eran sus padres, pero Harriet no sabía decirlo. Estaba dispuesta a contar todo lo que estuviera en su mano, pero sobre este asunto las preguntas eran inútiles. Emma se vio obligada a imaginar lo que quiso; pero nunca pudo creer que, en la misma situación, *ella* no habría descubierto la verdad. Harriet no tenía perspicacia. Se había contentado con oír y creer justo lo que la señora Goddard había querido contarle, y no había mirado más allá.

La señora Goddard, y las maestras, y las niñas, y los asuntos del colegio en general, formaban naturalmente gran parte de la conversación; y de no ser por su amistad con los Martin de la granja de Abbey-Mill, habría sido toda. Pero los Martin ocupaban bastante sus pensamientos; había pasado con ellos dos meses muy felices, y ahora le encantaba hablar de los placeres de su visita y describir las muchas comodidades y maravillas del lugar. Emma alentaba su locuacidad, divertida con semejante cuadro de otra clase de seres y disfrutando de la sencillez juvenil que podía hablar con tanto entusiasmo de que la señora Martin tenía «*dos* saloncitos, dos saloncitos muy buenos, de verdad; uno de ellos tan grande como el salón de la señora Goddard; y de que tenía una criada principal que llevaba veinticinco años con ella; y de que tenían ocho vacas, dos de ellas de Alderney, y una vaquita galesa, una vaquita galesa muy bonita, de verdad; y de que la señora Martin decía que, como la quería tanto, debía llamarse *su* vaca; y de que tenían una glorieta muy bonita en el jardín, donde algún día del año próximo iban a tomar el té todos: una glorieta muy bonita, lo bastante grande para que cupieran una docena de personas».

Durante un tiempo se divirtió, sin pensar más allá de la causa inmediata; pero a medida que llegó a comprender mejor a la familia, surgieron otros sentimientos. Se había formado una idea equivocada, figurándose que eran una madre y una hija, un hijo y la esposa del hijo,

que vivían todos juntos; pero cuando resultó que el señor Martin, que tenía su papel en el relato y al que siempre se mencionaba con aprobación por su gran bondad al hacer tal o cual cosa, era soltero; que no había ninguna joven señora Martin, ninguna esposa de por medio, sí sospechó que toda esa hospitalidad y amabilidad suponían un peligro para su pobre amiguita, y que, si no se la cuidaba, podrían exigirle que se rebajara para siempre.

Con esta idea estimulante, sus preguntas aumentaron en número y en intención; y en particular llevó a Harriet a hablar más del señor Martin, y era evidente que esto no le desagradaba. Harriet estaba muy dispuesta a hablar de la parte que él había tenido en sus paseos a la luz de la luna y en sus alegres juegos de la velada; y se detuvo bastante en lo bondadoso y servicial que era. Un día había dado un rodeo de tres millas para traerle unas nueces, porque ella había dicho cuánto le gustaban, y en todo lo demás era igual de servicial. Una noche había hecho entrar al saloncito al hijo de su pastor a propósito para que le cantara. A ella le gustaba mucho el canto. Él mismo sabía cantar un poco. Ella creía que era muy inteligente y que entendía de todo. Tenía un rebaño muy bueno, y, mientras ella estuvo con ellos, le habían ofrecido por su lana más que a nadie en la comarca. Creía que todo el mundo hablaba bien de él. Su madre y sus hermanas lo querían mucho. La señora Martin le había dicho un día (y se ruborizó al decirlo) que era imposible que hubiera mejor hijo, y que por eso estaba segura de que, cuando se casara, sería un buen marido. No es que *quisiera* que se casara. No tenía ninguna prisa.

«¡Muy bien, señora Martin!», pensó Emma. «Usted sabe lo que hace».

«Y cuando ella se vino, la señora Martin tuvo la gran amabilidad de mandarle a la señora Goddard un ganso precioso, el ganso más hermoso que la señora Goddard había visto nunca. La señora Goddard lo había preparado un domingo, e invitó a cenar con ella a las tres maestras, la señorita Nash, la señorita Prince y la señorita Richardson».

«El señor Martin, supongo, no es hombre de conocimientos más allá de su propio oficio. ¿No lee?».

«¡Oh, sí! Es decir, no... no sé... pero creo que ha leído bastante, aunque no lo que a usted le parecería gran cosa. Lee los *Informes agrícolas* y algunos otros libros que había en uno de los asientos de la ventana, pero esos los lee todos para sí. Pero a veces, por la noche, antes de que nos pusiéramos a jugar a las cartas, leía en voz alta algo de los *Extractos elegantes*, muy entretenido. Y sé que ha leído *El vicario de Wakefield*. Nunca leyó *El romance del bosque* ni *Los hijos de la abadía*. Nunca había oído hablar de esos libros antes de que yo los mencionara, pero ahora está decidido a conseguirlos en cuanto pueda».

La siguiente pregunta fue:

«¿Qué aspecto tiene el señor Martin?».

«¡Oh! No es guapo, nada guapo. Al principio me pareció muy feo, pero ahora no me parece tan feo. Ya no lo parece, sabe usted, después de un tiempo. Pero ¿nunca lo ha visto? Viene a Highbury de vez en cuando, y seguro que pasa a caballo todas las semanas camino de Kingston. Se ha cruzado con usted muchísimas veces».

«Puede ser, y puede que lo haya visto cincuenta veces, pero sin tener idea de su nombre. Un joven granjero, a caballo o a pie, es la última clase de persona que despertaría mi curiosidad. Los granjeros son justamente la clase de gente con la que siento que no puedo tener nada que ver. Uno o dos grados más abajo, y un aspecto decente podría interesarme; podría esperar ser útil a sus familias de una u otra manera. Pero un granjero no puede necesitar nada de mi ayuda, y por tanto, en un sentido, está tan por encima de mi atención como en todos los demás está por debajo».

«Claro. ¡Oh, sí! No es probable que usted se haya fijado nunca en él; pero él la conoce muy bien, de verdad; quiero decir, de vista».

«No dudo de que sea un joven muy respetable. Sé, de hecho, que lo es, y como tal le deseo lo mejor. ¿Qué edad te imaginas que tiene?».

«Cumplió veinticuatro el 8 del pasado junio, y mi cumpleaños es el

23: justo quince días y uno de diferencia, lo cual es muy curioso».

«Solo veinticuatro. Es demasiado joven para establecerse. Su madre tiene toda la razón en no tener prisa. Parecen estar muy a gusto como están, y si ella se tomara alguna molestia por casarlo, probablemente se arrepentiría. Dentro de seis años, si pudiera encontrar una buena muchacha de su misma clase, con un poco de dinero, podría ser muy deseable».

«¡Dentro de seis años! ¡Querida señorita Woodhouse, tendría treinta años!».

«Bueno, y esa es la edad más temprana a que pueden permitirse casarse la mayoría de los hombres que no nacen con una renta propia. El señor Martin, me imagino, tiene que hacer su fortuna por completo; no puede llevarle ninguna ventaja al mundo. Todo el dinero que pudiera heredar cuando muriera su padre, cualquiera que sea su parte de los bienes de la familia, está, me atrevo a decir, todo en movimiento, todo invertido en su ganado, y demás; y aunque, con diligencia y buena suerte, pueda ser rico con el tiempo, es casi imposible que haya reunido nada todavía».

«Claro, así es. Pero viven muy cómodamente. No tienen criado para dentro de la casa; fuera de eso, no les falta nada; y la señora Martin habla de tomar un muchacho el año que viene».

«Ojalá no te metas en un aprieto, Harriet, cuando él se case; quiero decir, en cuanto a tratar a su esposa; porque, aunque a sus hermanas, por tener una educación superior, no se les puede objetar del todo, de ahí no se sigue que él vaya a casarse con alguien en absoluto digno de tu atención. La desgracia de tu nacimiento debería hacerte particularmente cuidadosa con tus amistades. No cabe duda de que eres hija de un caballero, y tienes que sostener tu derecho a esa posición con todo lo que esté en tu mano, o habrá mucha gente que se complacerá en rebajarte».

«Sí, claro, supongo que la hay. Pero mientras yo venga de visita a Hartfield, y usted sea tan amable conmigo, señorita Woodhouse, no te-

mo lo que nadie pueda hacer».

«Entiendes bastante bien la fuerza de la influencia, Harriet; pero yo te querría tan firmemente establecida en la buena sociedad que fueras independiente incluso de Hartfield y de la señorita Woodhouse. Quiero verte bien relacionada de manera permanente, y para ese fin convendrá tener las menos amistades raras que se pueda; y por eso digo que, si todavía estás en esta comarca cuando el señor Martin se case, ojalá no te veas arrastrada, por tu intimidad con las hermanas, a tratar a la esposa, que probablemente será la hija de un simple granjero, sin educación».

«Claro. Sí. No es que yo crea que el señor Martin se casaría nunca con nadie que no tuviera alguna educación y que no hubiera sido muy bien criada. Pero no pretendo oponer mi opinión a la suya, y estoy segura de que no desearé tratar a su esposa. Siempre les tendré mucho aprecio a las señoritas Martin, sobre todo a Elizabeth, y me apenaría mucho tener que renunciar a ellas, porque están tan bien educadas como yo. Pero si él se casa con una mujer muy ignorante y vulgar, desde luego será mejor que no la visite, si puedo evitarlo».

Emma la observó a través de las vacilaciones de este discurso y no vio síntomas alarmantes de amor. El joven había sido el primer admirador, pero confiaba en que no hubiera ningún otro lazo, y en que no habría ninguna dificultad seria, por parte de Harriet, que se opusiera a cualquier arreglo amistoso de su propia invención.

Se encontraron con el señor Martin al día siguiente mismo, cuando paseaban por el camino de Donwell. Él iba a pie, y después de mirarla a ella muy respetuosamente, miró a su compañera con la satisfacción más sincera. A Emma no le disgustó tener semejante oportunidad de examinarlo; y adelantándose unas cuantas yardas mientras ellos hablaban, su rápida mirada pronto conoció lo suficiente al señor Robert Martin. Su aspecto era muy pulcro y parecía un joven sensato, pero su persona no tenía ninguna otra ventaja; y cuando llegara a compararlo con caballeros, pensó ella, perdería todo el terreno que había ganado

en la inclinación de Harriet. Harriet no era insensible a los modales; por su propia cuenta había notado la gentileza del padre de Emma con admiración y también con asombro. El señor Martin tenía aspecto de no saber lo que eran los modales.

Estuvieron juntos solo unos minutos, pues no había que hacer esperar a la señorita Woodhouse; y Harriet vino entonces corriendo hacia ella con la cara sonriente y el ánimo agitado, que la señorita Woodhouse esperaba calmar muy pronto.

«¡Imagínese que nos lo hayamos encontrado! ¡Qué curioso! Fue pura casualidad, dijo, que no hubiera dado la vuelta por Randalls. No creía que nosotras paseáramos nunca por este camino. Creía que casi todos los días paseábamos hacia Randalls. Todavía no ha podido conseguir *El romance del bosque*. La última vez que estuvo en Kingston tenía tanto que hacer que se le olvidó por completo, pero vuelve mañana. ¡Qué curioso que nos hayamos encontrado! Bueno, señorita Woodhouse, ¿es como usted esperaba? ¿Qué le parece? ¿Le parece tan feo?».

«Es muy feo, sin duda; notablemente feo; pero eso no es nada comparado con su total falta de distinción. No tenía derecho a esperar mucho, y no esperaba mucho; pero no tenía idea de que pudiera ser tan palurdo, tan completamente falto de porte. Me lo había imaginado, lo confieso, uno o dos grados más cerca de la distinción».

«Claro», dijo Harriet, con voz mortificada, «no es tan distinguido como los verdaderos caballeros».

«Creo, Harriet, que desde que nos tratas has estado repetidas veces en compañía de algunos caballeros tan verdaderos que tú misma tienes que notar la diferencia en el señor Martin. En Hartfield has tenido muy buenos ejemplares de hombres bien educados y bien criados. Me sorprendería que, después de verlos, pudieras volver a estar en compañía del señor Martin sin darte cuenta de que es una criatura muy inferior, y sin más bien asombrarte de ti misma por haberlo encontrado alguna vez agradable. ¿No empiezas a sentirlo ahora? ¿No te llamó la atención? Estoy segura de que te tuvo que llamar la atención su aire

torpe, sus modales bruscos y la tosquedad de una voz que, desde aquí donde yo estaba, oí que no tenía modulación alguna».

«Desde luego, no es como el señor Knightley. No tiene un porte tan distinguido ni una manera de caminar como la del señor Knightley. Veo la diferencia bastante claramente. ¡Pero el señor Knightley es un hombre tan distinguido!».

«El porte del señor Knightley es tan notablemente bueno que no es justo comparar al señor Martin con *él*. Quizá no vieras uno entre cien que lleve *caballero* escrito tan a las claras como el señor Knightley. Pero no es el único caballero al que te has acostumbrado últimamente. ¿Qué me dices del señor Weston y del señor Elton? Compara al señor Martin con cualquiera de *ellos*. Compara su manera de comportarse; de caminar; de hablar; de quedarse callados. Tienes que ver la diferencia».

«¡Oh, sí! Hay una gran diferencia. Pero el señor Weston es casi un viejo. El señor Weston debe de tener entre cuarenta y cincuenta años».

«Lo que hace más valiosos sus buenos modales. Cuanto más envejece una persona, Harriet, más importante es que sus modales no sean malos; más chocante y desagradable se vuelve cualquier estrépito, o tosquedad, o torpeza. Lo que es pasable en la juventud es detestable en la edad madura. El señor Martin es ahora torpe y brusco; ¿qué será a la edad del señor Weston?».

«No hay manera de saberlo, de verdad», respondió Harriet con bastante solemnidad.

«Pero puede adivinarse bastante bien. Será un granjero completamente grosero y vulgar, que no prestará la menor atención a las apariencias y que no pensará más que en pérdidas y ganancias».

«¿De verdad? Eso sería muy malo».

«Cuánto lo absorben ya sus negocios se ve muy claro por la circunstancia de que se le olvidara buscar el libro que le recomendaste. Tenía la cabeza demasiado llena del mercado para pensar en otra cosa, que es justo como debe ser en un hombre que prospera. ¿Qué tiene que

ver él con los libros? Y no dudo de que *va* a prosperar y a ser un hombre muy rico con el tiempo; y que sea inculto y tosco no tiene por qué inquietarnos a *nosotras*».

«Me extraña que no se acordara del libro», fue toda la respuesta de Harriet, dicha con un grado de grave disgusto que Emma pensó que podía dejarse sin peligro a su suerte. Por eso no dijo nada más durante un rato. Lo siguiente con que empezó fue:

«En un aspecto, quizá, los modales del señor Elton son superiores a los del señor Knightley o a los del señor Weston. Tienen más gentileza. Se los podría poner como modelo con más seguridad. Hay una franqueza, una prontitud, casi una brusquedad en el señor Weston, que a todos nos gusta en *él*, porque va acompañada de tanto buen humor; pero no convendría copiarla. Tampoco la manera franca, decidida y autoritaria del señor Knightley, aunque a *él* le sienta muy bien; su figura, su aspecto y su posición en la vida parecen permitírsela; pero si algún joven se pusiera a copiarlo, sería insufrible. Al contrario, creo que a un joven se le podría recomendar sin peligro que tomara al señor Elton como modelo. El señor Elton es bondadoso, alegre, servicial y gentil. Me parece que últimamente se ha vuelto particularmente gentil. No sé si tiene algún propósito de congraciarse con alguna de nosotras dos, Harriet, con una dulzura añadida, pero me llama la atención que sus modales son más dulces que antes. Si se propone algo, tiene que ser agradarte a ti. ¿No te conté lo que dijo de ti el otro día?».

Repitió entonces algunos elogios cálidos a su persona que le había sacado al señor Elton, y a los que ahora hacía plena justicia; y Harriet se ruborizó y sonrió, y dijo que siempre había encontrado muy agradable al señor Elton.

El señor Elton era precisamente la persona en quien Emma se había fijado para sacarle de la cabeza a Harriet al joven granjero. Pensaba que sería un casamiento excelente; y demasiado palpablemente deseable, natural y probable para que ella tuviera mucho mérito en planearlo. Temía que fuera lo que todos los demás tenían que pensar y prede-

cir. No era probable, sin embargo, que nadie la hubiera igualado en la fecha del plan, pues se le había metido en la cabeza la primerísima velada en que Harriet vino a Hartfield. Cuanto más lo consideraba, mayor era su sensación de lo conveniente que era. La situación del señor Elton era de lo más adecuada, él mismo todo un caballero y sin parientes de baja condición; al mismo tiempo, no era de una familia que pudiera, con justicia, poner reparos al nacimiento dudoso de Harriet. Tenía un hogar cómodo para ella, y Emma se imaginaba que unos ingresos muy suficientes; pues aunque la vicaría de Highbury no era grande, se sabía que él tenía algunos bienes propios; y ella tenía muy alto concepto de él como joven bondadoso, bienintencionado y respetable, sin ninguna falta de entendimiento útil ni de conocimiento del mundo.

Ya se había convencido de que él encontraba a Harriet una muchacha hermosa, lo cual, confiaba, con encuentros tan frecuentes en Hartfield, era fundamento suficiente por parte de él; y por parte de Harriet no podía caber mucha duda de que la idea de ser preferida por él tendría todo el peso y la eficacia acostumbrados. Y era de verdad un joven muy agradable, un joven que podía gustarle a cualquier mujer que no fuera exigente. Se lo tenía por muy guapo; su persona era muy admirada en general, aunque no por ella, pues le faltaba una elegancia de facciones de la que ella no podía prescindir: pero la muchacha capaz de sentirse halagada porque un Robert Martin recorriera la comarca a caballo para conseguirle nueces bien podía ser conquistada por la admiración del señor Elton.

Volumen I. Capítulo V

«No sé cuál será su opinión, señora Weston», dijo el señor Knightley, «sobre esta gran intimidad entre Emma y Harriet Smith, pero yo creo que es algo malo».

«¡Algo malo! ¿De verdad cree que es algo malo? ¿Por qué?».

«Creo que ninguna de las dos le hará ningún bien a la otra».

«¡Me sorprende usted! Emma tiene que hacerle bien a Harriet: y, al darle un nuevo objeto de interés, puede decirse que Harriet le hace bien a Emma. He estado viendo su intimidad con el mayor placer. ¡Qué distinto sentimos! ¡No creer que vayan a hacerse ningún bien la una a la otra! Este va a ser, sin duda, el comienzo de una de nuestras discusiones sobre Emma, señor Knightley».

«Quizá piense usted que he venido a propósito a discutir con usted, sabiendo que Weston ha salido y que usted tiene que librar su batalla sola».

«El señor Weston me apoyaría sin duda si estuviera aquí, porque piensa exactamente como yo sobre el asunto. Hablábamos de ello ayer mismo, y coincidíamos en lo afortunado que era para Emma que hubiera en Highbury una muchacha así con quien pudiera tratarse. Señor Knightley, no voy a permitir que usted sea juez imparcial en este caso. Está tan acostumbrado a vivir solo que no sabe el valor de una compañía; y quizá ningún hombre pueda juzgar bien el consuelo que siente una mujer en la compañía de alguien de su propio sexo, después de haber estado acostumbrada a ella toda su vida. Puedo imaginar su objeción a Harriet Smith. No es la joven superior que debería ser la amiga de Emma. Pero, por otro lado, como Emma quiere verla más instruida, eso será un estímulo para que ella misma lea más. Leerán juntas. Es su intención, lo sé».

«Emma tiene la intención de leer más desde que tenía doce años.

He visto muchísimas listas redactadas por ella en distintas épocas, de libros que se proponía leer de principio a fin con regularidad, y muy buenas listas que eran, muy bien escogidas y muy pulcramente ordenadas, a veces alfabéticamente y a veces según alguna otra regla. La lista que redactó cuando tenía solo catorce años... recuerdo que me pareció que hacía tanto honor a su juicio que la guardé algún tiempo; y me atrevo a decir que ahora habrá hecho una lista muy buena. Pero ya he dejado de esperar de Emma ningún plan de lectura constante. Nunca se someterá a nada que exija aplicación y paciencia, y que la imaginación se sujete al entendimiento. Donde la señorita Taylor no consiguió estimularla, puedo afirmar sin temor que Harriet Smith no hará nada. Usted nunca pudo convencerla de leer ni la mitad de lo que deseaba. Sabe que no pudo».

«Me atrevo a decir», respondió la señora Weston, sonriendo, «que eso pensaba *entonces*; pero desde que nos separamos, no recuerdo nunca que Emma haya dejado de hacer algo que yo deseara».

«Difícilmente se desearía refrescar una memoria como *esa*», dijo el señor Knightley, con sentimiento; y por un momento o dos se calló. «Pero yo», añadió pronto, «sobre cuyos sentidos no se ha echado semejante hechizo, tengo que seguir viendo, oyendo y recordando. A Emma la ha malcriado ser la más inteligente de su familia. A los diez años tenía la desgracia de poder responder preguntas que dejaban perpleja a su hermana a los diecisiete. Siempre fue rápida y segura de sí: Isabella, lenta y tímida. Y desde que tenía doce años, Emma ha sido la señora de la casa y de todos ustedes. En su madre perdió a la única persona capaz de manejarla. Ha heredado el talento de su madre, y debe de haber estado sometida a ella».

«Me habría apenado, señor Knightley, depender de *su* recomendación si hubiera dejado la familia del señor Woodhouse y necesitado otro puesto; no creo que usted hubiera dicho una buena palabra de mí a nadie. Estoy segura de que siempre me consideró inadecuada para el cargo que tenía».

«Sí», dijo él, sonriendo. «Está usted mejor situada *aquí*; muy apta para esposa, pero nada para institutriz. Pero usted se estuvo preparando para ser una esposa excelente todo el tiempo que estuvo en Hartfield. Quizá no le diera a Emma una educación tan completa como sus facultades parecían prometer; pero usted recibía de *ella* una educación muy buena en el punto matrimonial tan sustancial de someter la propia voluntad y hacer lo que se le manda; y si Weston me hubiera pedido que le recomendara una esposa, sin duda habría nombrado a la señorita Taylor».

«Gracias. Tendrá muy poco mérito ser una buena esposa para un hombre como el señor Weston».

«Pues, a decir verdad, me temo que está usted más bien desperdiciada, y que, con toda la disposición a soportar, no habrá nada que soportar. No desesperemos, sin embargo. Weston puede volverse malhumorado de puro bienestar, o su hijo puede atormentarlo».

«*Eso* espero que no. No es probable. No, señor Knightley, no prediga disgustos por ese lado».

«Yo no, de verdad. Solo nombro posibilidades. No pretendo tener el genio de Emma para predecir y adivinar. Espero, con todo mi corazón, que el joven sea un Weston en méritos y un Churchill en fortuna. Pero Harriet Smith... no he dicho ni la mitad sobre Harriet Smith. Creo que es la peor clase de compañera que Emma podría tener. Ella misma no sabe nada, y mira a Emma como si lo supiera todo. Es aduladora en todos sus modos; y tanto peor, porque no lo hace adrede. Su ignorancia es una adulación a cada hora. ¿Cómo va a imaginar Emma que tiene algo que aprender, mientras Harriet le presenta una inferioridad tan deliciosa? Y en cuanto a Harriet, me atrevo a decir que *ella* no puede ganar nada con la amistad. Hartfield solo hará que pierda el gusto por todos los demás lugares a los que pertenece. Se refinará justo lo suficiente para sentirse incómoda entre aquellos con quienes el nacimiento y las circunstancias le han puesto el hogar. Mucho me equivoco si las doctrinas de Emma dan alguna fortaleza de espíritu, o tienden

en algo a que una muchacha se adapte con sensatez a las variaciones de su situación en la vida. Solo dan un poco de barniz».

«O confío más que usted en el buen juicio de Emma, o me preocupa más su bienestar presente; porque no puedo lamentar esa amistad. ¡Qué bien se la veía anoche!».

«¡Oh! Prefiere usted hablar de su persona antes que de su mente, ¿no es así? Muy bien; no intentaré negar que Emma es bonita».

«¡Bonita! Diga más bien hermosa. ¿Puede imaginar algo más cerca de la belleza perfecta que Emma en conjunto, cara y figura?».

«No sé lo que podría imaginar, pero confieso que pocas veces he visto una cara o una figura que me agraden más que las suyas. Pero soy un viejo amigo parcial».

«¡Qué ojos! El verdadero color avellana, ¡y tan brillantes! Facciones regulares, semblante franco, ¡y qué cutis! ¡Oh, qué lozanía de plena salud, y qué estatura y talla tan bonitas; qué figura tan firme y erguida! Hay salud no solo en sus colores, sino en su porte, en su cabeza, en su mirada. A veces se oye decir de un niño que es "la imagen de la salud"; pues bien, Emma siempre me da la idea de ser la imagen completa de la salud adulta. Es la hermosura misma. Señor Knightley, ¿no es cierto?».

«No tengo ningún defecto que encontrar en su persona», respondió él. «Creo que es todo lo que usted describe. Me encanta mirarla; y añadiré este elogio: no creo que sea vanidosa de su persona. Considerando lo hermosa que es, parece que la tiene poco ocupada; su vanidad va por otro lado. Señora Weston, no van a convencerme de que deje de desaprobar a Harriet Smith ni de temer que eso les haga daño a las dos».

«Y yo, señor Knightley, estoy igual de firme en mi confianza en que no les hará ningún daño. Con todos los pequeños defectos de la querida Emma, es una criatura excelente. ¿Dónde veremos mejor hija, o hermana más bondadosa, o amiga más verdadera? No, no; tiene cualidades en las que se puede confiar; nunca llevará a nadie verdaderamente

por mal camino; no cometerá ningún desatino duradero; si Emma se equivoca una vez, acierta cien».

«Muy bien; no la atormentaré más. Emma será un ángel, y me guardaré mi mal humor hasta que la Navidad traiga a John y a Isabella. John quiere a Emma con un cariño razonable y, por tanto, no ciego, e Isabella siempre piensa como él, salvo cuando él no se asusta lo bastante por los niños. Estoy seguro de que tendré sus opiniones de mi parte».

«Sé que todos ustedes la quieren demasiado de verdad para ser injustos o poco amables; pero perdóneme, señor Knightley, si me tomo la libertad (me considero, sabe usted, con algo del privilegio de hablar que pudo haber tenido la madre de Emma), la libertad de insinuar que no creo que pueda resultar ningún bien de que la intimidad de Harriet Smith se convierta en asunto de mucha discusión entre ustedes. Le ruego que me perdone; pero suponiendo que se pueda temer algún pequeño inconveniente de esa intimidad, no puede esperarse que Emma, que no tiene que dar cuentas a nadie más que a su padre, que aprueba perfectamente esa amistad, le ponga fin mientras sea para ella una fuente de placer. Durante tantos años ha sido de mi incumbencia dar consejos que no puede sorprenderle, señor Knightley, este pequeño resto del cargo».

«En absoluto», exclamó él; «le estoy muy agradecido. Es un consejo muy bueno, y tendrá mejor suerte de la que a menudo han tenido sus consejos, porque se lo atenderá».

«La señora de John Knightley se alarma con facilidad, y podría afligirse por su hermana».

«Quédese tranquila», dijo él, «no armaré ningún escándalo. Me guardaré mi mal humor. Tengo un interés muy sincero por Emma. Isabella no me parece más hermana mía; nunca ha despertado en mí un interés mayor; quizá ni siquiera tan grande. Hay una inquietud, una curiosidad en lo que uno siente por Emma. ¡Me pregunto qué será de ella!».

«Yo también», dijo la señora Weston suavemente, «muchísimo».

«Ella siempre declara que nunca se casará, lo cual, por supuesto, no significa absolutamente nada. Pero no creo que haya visto todavía a ningún hombre que le importe. No le vendría mal estar muy enamorada de alguien apropiado. Me gustaría ver a Emma enamorada y con alguna duda de ser correspondida; le haría bien. Pero no hay nadie por estos alrededores que pueda atraerla; y sale tan pocas veces de casa».

«Parece, en efecto, que por el momento hay lo menos que pueda haber que la tiente a romper su resolución», dijo la señora Weston; «y mientras sea tan feliz en Hartfield, no puedo desearle que se forme ningún apego que crearía tantas dificultades por causa del pobre señor Woodhouse. Por ahora no le recomiendo el matrimonio a Emma, aunque no pretendo menospreciar ese estado, se lo aseguro».

Parte de su intención era ocultar, todo lo posible, ciertos pensamientos predilectos suyos y del señor Weston sobre el asunto. En Randalls había deseos respecto del destino de Emma, pero no era conveniente que se los sospechara; y la tranquila transición que el señor Knightley hizo poco después a «¿Qué piensa Weston del tiempo? ¿Tendremos lluvia?» la convenció de que no tenía nada más que decir ni que conjeturar sobre Hartfield.

Volumen I. Capítulo VI

Emma no podía dudar de haber dado a la fantasía de Harriet una dirección adecuada y de haber encauzado la gratitud de su joven vanidad hacia un fin muy bueno, pues la encontraba decididamente más sensible que antes al hecho de que el señor Elton era un hombre notablemente apuesto y de modales agradabilísimos; y como no vacilaba en reforzar la seguridad de la admiración de él con insinuaciones agradables, pronto estuvo bastante segura de despertar en Harriet tanta simpatía como pudiera hacer falta. Estaba plenamente convencida de que el señor Elton iba por el mejor camino para enamorarse, si no estaba enamorado ya. Respecto de él no tenía ningún escrúpulo. Hablaba de Harriet y la elogiaba con tanto calor que ella no podía suponer que faltara nada que un poco de tiempo no fuera a añadir. Que él percibiera la notable mejora en los modales de Harriet desde que la habían presentado en Hartfield no era la menos agradable de las pruebas de su creciente afecto.

«Usted le ha dado a la señorita Smith todo lo que necesitaba», dijo él; «la ha vuelto graciosa y desenvuelta. Era una criatura bellísima cuando llegó a usted, pero, en mi opinión, los atractivos que usted le ha añadido son infinitamente superiores a los que recibió de la naturaleza».

«Me alegra que piense que le he sido útil; pero a Harriet solo le hacía falta que la sacaran de sí y recibir unas pocas, muy pocas indicaciones. Tenía en sí misma toda la gracia natural de un carácter dulce y sin artificio. Yo he hecho muy poco».

«Si fuera admisible contradecir a una dama...», dijo el galante señor Elton.

«Quizá le haya dado un poco más de firmeza de carácter, le he enseñado a pensar en cosas que antes no se le habían cruzado en el cami-

no».

«Exactamente así; eso es lo que más me llama la atención. ¡Cuánta firmeza de carácter añadida! ¡Qué hábil ha sido la mano!».

«Grande ha sido el placer, se lo aseguro. Nunca he conocido un carácter más verdaderamente amable».

«No lo dudo». Y lo dijo con una especie de animación suspirante que tenía muchísimo de enamorado. No quedó ella menos complacida otro día con la manera en que él secundó un repentino deseo suyo de tener un retrato de Harriet.

«¿Te han hecho alguna vez un retrato, Harriet?», dijo ella; «¿has posado alguna vez para un retrato?».

Harriet estaba a punto de salir de la habitación, y solo se detuvo para decir, con una *naïveté* muy interesante:

«¡Ay, Dios mío, no, nunca!».

Apenas la perdieron de vista, Emma exclamó:

«¡Qué tesoro exquisito sería un buen retrato de ella! Daría cualquier cosa por tenerlo. Casi me muero de ganas de intentar retratarla yo misma. Usted no lo sabe, me imagino, pero hace dos o tres años tuve una gran pasión por hacer retratos, e intenté hacer a varias de mis amigas, y en general se pensaba que tenía bastante buen ojo. Pero por un motivo o por otro lo dejé, disgustada. Pero, de verdad, casi me atrevería, si Harriet quisiera posar para mí. ¡Sería un placer tan grande tener su retrato!».

«Permítame rogárselo», exclamó el señor Elton; «¡sería un verdadero placer! Permítame rogarle, señorita Woodhouse, que ejerza un talento tan encantador en favor de su amiga. Sé cómo son sus dibujos. ¿Cómo pudo suponer que yo lo ignoraba? ¿No está esta habitación llena de muestras de sus paisajes y flores? ¿Y no tiene la señora Weston unas figuras inimitables en su salón de Randalls?».

¡Sí, buen hombre!, pensó Emma, pero ¿qué tiene que ver todo eso con hacer retratos? Usted no sabe nada de dibujo. No finja estar extasiado con los míos. Guarde sus éxtasis para la cara de Harriet. «Bueno,

si me da usted un aliento tan amable, señor Elton, creo que intentaré ver qué puedo hacer. Los rasgos de Harriet son muy delicados, lo que hace difícil el parecido; y sin embargo hay algo peculiar en la forma de los ojos y en las líneas de la boca que habría que captar».

«Exactamente así. La forma de los ojos y las líneas de la boca... No tengo la menor duda de su éxito. Por favor, por favor, inténtelo. Hecho por usted será de verdad, para usar sus propias palabras, un tesoro exquisito».

«Pero me temo, señor Elton, que a Harriet no le guste posar. Tiene en tan poco su propia belleza. ¿No se fijó en su manera de contestarme? Qué claramente quería decir: "¿Y por qué habrían de retratarme?"».

«¡Oh, sí, me fijé, se lo aseguro! No se me pasó por alto. Pero aun así no puedo imaginar que no se deje persuadir».

Harriet volvió pronto, y casi enseguida se le hizo la propuesta; y no tuvo escrúpulos capaces de resistir muchos minutos la insistencia ferviente de los otros dos. Emma quiso ponerse a trabajar de inmediato, y para ello sacó la carpeta que contenía sus diversos intentos de retrato, pues ninguno había llegado a terminarse, a fin de decidir entre todos el mejor tamaño para el de Harriet. Se exhibieron sus muchos comienzos. Miniaturas, retratos de medio cuerpo, de cuerpo entero, a lápiz, al pastel y a la acuarela: todo se había probado por turno. Siempre había querido hacerlo todo, y había adelantado más en dibujo y en música de lo que muchos habrían logrado con tan poco trabajo como ella estuvo nunca dispuesta a aceptar. Tocaba y cantaba, y dibujaba en casi todos los estilos; pero siempre le había faltado constancia, y en nada se había acercado al grado de excelencia que le habría gustado dominar y que no debería haber dejado de alcanzar. No se engañaba mucho sobre su propia habilidad, ni como artista ni como música, pero no le disgustaba que los demás se engañaran, ni le pesaba saber que su fama de persona instruida era a menudo mayor de lo que merecía.

Había mérito en cada dibujo, quizá más en los menos acabados; su estilo era vivo; pero aunque hubiera habido mucho menos, o diez veces más, el placer y la admiración de sus dos acompañantes habrían sido los mismos. Los dos estaban extasiados. Un retrato agrada a todo el mundo, y las obras de la señorita Woodhouse tenían que ser magníficas.

«No hay mucha variedad de caras para ustedes», dijo Emma. «Solo tenía a mi propia familia para estudiar. Aquí está mi padre; otro de mi padre; pero la idea de posar para un retrato lo ponía tan nervioso que solo podía dibujarlo a escondidas; por eso ninguno de los dos se le parece mucho. La señora Weston otra vez, y otra, y otra, ya ven. ¡Querida señora Weston! Siempre mi amiga más bondadosa en toda ocasión. Posaba cada vez que se lo pedía. Aquí está mi hermana; ¡y de verdad es su figurita elegante!, y la cara no se le parece poco. Habría hecho un buen retrato de ella si hubiera posado más tiempo, pero tenía tanta prisa por que dibujara a sus cuatro hijos que no se quedaba quieta. Luego vienen todos mis intentos con tres de esos cuatro niños; ahí están, Henry y John y Bella, de un extremo al otro de la hoja, y cualquiera de ellos podría pasar por cualquiera de los otros. Ella estaba tan ansiosa de que los dibujara que no pude negarme; pero no hay modo de hacer que unos niños de tres o cuatro años se queden quietos, ¿saben?; ni puede ser muy fácil sacarles parecido más allá del aire y del color de la tez, a menos que tengan rasgos más toscos que los que tuvo nunca ninguno de los hijos de mamá. Aquí está mi bosquejo del cuarto, que era un bebé. Lo dibujé mientras dormía en el sofá, y la escarapela de su gorro se parece tanto como pueda desearse. Había acomodado la cabeza de lo más convenientemente. Eso sí que se le parece. Estoy bastante orgullosa del pequeño George. La esquina del sofá está muy bien. Y aquí está el último», desplegando un lindo bosquejo de un caballero en tamaño pequeño, de cuerpo entero, «el último y el mejor: mi cuñado, el señor John Knightley. Le faltaba poco para estar terminado cuando lo guardé en un arrebato de enojo y juré que nunca ha-

ría otro retrato. No pude evitar irritarme; porque después de tanto esfuerzo, y cuando de verdad había logrado un muy buen parecido (la señora Weston y yo estábamos de acuerdo en que se parecía *mucho*), solo que demasiado apuesto, demasiado halagador, pero ese era un defecto del lado correcto», después de todo esto, vino la fría aprobación de la pobre y querida Isabella: «Sí, se parecía un poco, pero, claro, no le hacía justicia. Nos había costado mucho convencerlo de que posara siquiera. Lo hizo como un gran favor; y en conjunto fue más de lo que pude soportar; así que nunca quise terminarlo, para que tuvieran que excusarlo como un retrato poco favorecedor ante cada visita de la mañana en Brunswick Square; y, como dije, juré entonces no volver a dibujar nunca a nadie. Pero por Harriet, o más bien por mí misma, y como en este caso no hay maridos ni esposas *por el momento*, romperé ahora mi resolución».

El señor Elton pareció muy debidamente impresionado y encantado con la idea, y repetía: «Sin duda, no hay maridos ni esposas en este caso por el momento, como usted dice. Exactamente así. Ni maridos ni esposas», con una conciencia tan interesante que Emma empezó a considerar si no sería mejor dejarlos solos de una vez. Pero como quería ponerse a dibujar, la declaración tendría que esperar un poco más.

Pronto decidió el tamaño y la clase de retrato. Sería de cuerpo entero, a la acuarela, como el del señor John Knightley, y estaba destinado, si ella quedaba contenta, a ocupar un lugar muy honroso sobre la repisa de la chimenea.

Empezó la sesión; y Harriet, sonriendo y ruborizándose, y temerosa de no mantener la postura y el semblante, ofrecía una mezcla muy dulce de expresión juvenil a los ojos atentos de la artista. Pero no había modo de hacer nada con el señor Elton inquieto detrás de ella, vigilando cada pincelada. Le reconocía el mérito de haberse colocado donde podía mirar y volver a mirar sin ofender; pero de verdad se vio obligada a ponerle fin y pedirle que se pusiera en otro lugar. Entonces se le ocurrió ocuparlo en leer.

«¡Si tuviera la bondad de leerles algo, sería de verdad una gentileza! Le aliviaría a ella las dificultades de su parte, y haría menos fastidiosa la de la señorita Smith».

El señor Elton no podía estar más feliz. Harriet escuchaba, y Emma dibujaba en paz. Tenía que permitirle que siguiera acercándose con frecuencia a mirar; cualquier cosa menos habría sido sin duda demasiado poco en un enamorado; y él estaba listo, a la menor pausa del lápiz, para levantarse de un salto, ver los progresos y quedar encantado. No había modo de disgustarse con un animador así, pues su admiración le hacía distinguir un parecido casi antes de que fuera posible. Ella no podía respetar su ojo, pero su amor y su complacencia eran irreprochables.

La sesión fue en conjunto muy satisfactoria; ella quedó lo bastante contenta con el bosquejo del primer día como para querer seguir. No faltaba parecido, había tenido suerte con la postura, y como pensaba introducir una pequeña mejora en la figura, darle un poco más de estatura y bastante más elegancia, tenía mucha confianza en que al final sería en todo sentido un dibujo bonito, y en que ocuparía su lugar destinado con honra para ambas: un recuerdo permanente de la belleza de una, de la habilidad de la otra y de la amistad de las dos; con cuantas otras asociaciones agradables pudiera añadir el muy prometedor afecto del señor Elton.

Harriet iba a posar de nuevo al día siguiente; y el señor Elton, tal como debía, rogó que le permitieran asistir y volver a leerles.

«Desde luego. Estaremos encantadas de considerarlo uno de los nuestros».

Las mismas gentilezas y cortesías, el mismo éxito y la misma satisfacción se repitieron al día siguiente, y acompañaron todo el progreso del retrato, que fue rápido y feliz. Todos los que lo vieron quedaron complacidos, pero el señor Elton estaba en continuo éxtasis, y lo defendía de toda crítica.

«La señorita Woodhouse le ha dado a su amiga la única belleza que

le faltaba», le observó la señora Weston, sin sospechar en lo más mínimo que le hablaba a un enamorado. «La expresión de los ojos es de lo más acertada, pero la señorita Smith no tiene esas cejas ni esas pestañas. Es el defecto de su cara no tenerlas».

«¿Usted cree?», replicó él. «No puedo estar de acuerdo. A mí me parece un parecido perfecto en cada rasgo. Nunca he visto un retrato tan parecido en mi vida. Hay que tener en cuenta el efecto de la sombra, ¿sabe?».

«La hizo demasiado alta, Emma», dijo el señor Knightley.

Emma sabía que sí, pero no quiso admitirlo; y el señor Elton añadió con calor:

«¡Oh, no! De ningún modo demasiado alta; ni en lo más mínimo demasiado alta. Considere que está sentada, lo cual naturalmente presenta una... lo cual, en fin, da exactamente la idea..., y hay que conservar las proporciones, ¿sabe? Proporciones, escorzo... ¡Oh, no! Da exactamente la idea de una estatura como la de la señorita Smith. ¡Exactamente así, de verdad!».

«Es muy bonito», dijo el señor Woodhouse. «¡Qué bien hecho! Como son siempre tus dibujos, querida. No conozco a nadie que dibuje tan bien como tú. Lo único que no me gusta del todo es que parece estar sentada al aire libre, con solo un chal pequeño sobre los hombros, y eso le hace a uno pensar que se va a resfriar».

«Pero, mi querido papá, se supone que es verano; un día caluroso de verano. Mira el árbol».

«Pero nunca es seguro sentarse al aire libre, querida».

«Usted, señor, puede decir lo que quiera», exclamó el señor Elton, «pero debo confesar que me parece una idea de lo más feliz haber puesto a la señorita Smith al aire libre; ¡y el árbol está pintado con un brío tan inimitable! Cualquier otro sitio habría ido mucho menos con su carácter. La *naïveté* de los modales de la señorita Smith, y en conjunto... ¡Oh, es de lo más admirable! No puedo apartar los ojos de él. Nunca he visto un parecido igual».

Lo siguiente que hacía falta era enmarcar el retrato; y aquí surgieron algunas dificultades. Había que hacerlo de inmediato; había que hacerlo en Londres; el encargo tenía que pasar por las manos de alguna persona inteligente de cuyo gusto pudiera uno fiarse; y no se podía acudir a Isabella, que solía hacer todos los encargos, porque era diciembre, y el señor Woodhouse no soportaba la idea de que ella saliera de su casa con las nieblas de diciembre. Pero apenas el señor Elton supo del apuro, este quedó resuelto. Su galantería estaba siempre alerta. «Si se le pudiera confiar el encargo, ¡qué placer infinito tendría en cumplirlo! Podía ir a caballo a Londres en cualquier momento. Era imposible decir cuánto lo halagaría que lo emplearan en semejante misión».

«¡Era demasiado bueno! ¡Ella no podía soportar la idea! Por nada del mundo le daría una tarea tan molesta», provocó la deseada repetición de ruegos y seguridades, y en unos pocos minutos quedó arreglado el asunto.

El señor Elton llevaría el dibujo a Londres, elegiría el marco y daría las instrucciones; y Emma pensó que podría embalarlo de modo que quedara seguro sin incomodarlo mucho, mientras que él parecía temer sobre todo no ser incomodado lo suficiente.

«¡Qué depósito tan precioso!», dijo él con un tierno suspiro al recibirlo.

«Este hombre es casi demasiado galante para estar enamorado», pensó Emma. «Eso diría yo, si no supusiera que puede haber cien maneras distintas de estar enamorado. Es un joven excelente, y le vendrá a Harriet exactamente; será un “Exactamente así”, como dice él mismo; pero sí que suspira y languidece, y rebusca cumplidos bastante más de lo que yo podría soportar si fuera la principal. A mí me toca una parte bastante buena como segunda. Pero es su gratitud por lo de Harriet».

Volumen I. Capítulo VII

El mismo día en que el señor Elton fue a Londres se presentó una nueva ocasión para que Emma prestara sus servicios a su amiga. Harriet había estado en Hartfield, como de costumbre, poco después del desayuno; y, al cabo de un rato, se había ido a casa para volver a la hora de la comida; volvió, y antes de lo que se había dicho, con aire agitado y apresurado, anunciando que había ocurrido algo extraordinario que estaba ansiosa por contar. En medio minuto lo soltó todo. Al llegar a casa de la señora Goddard se había enterado de que el señor Martin había estado allí una hora antes y que, al ver que ella no estaba ni se la esperaba especialmente, le había dejado un paquetito de parte de una de sus hermanas y se había ido; y al abrir el paquete había encontrado nada menos que, además de las dos canciones que le había prestado a Elizabeth para que las copiara, una carta dirigida a ella; y esa carta era de él, del señor Martin, y contenía una propuesta directa de matrimonio. «¿Quién lo habría pensado? Estaba tan sorprendida que no sabía qué hacer. Sí, una propuesta de matrimonio en toda regla; y una carta muy buena, al menos eso le parecía. Y escribía como si de verdad la quisiera muchísimo... pero ella no sabía... y por eso había venido lo más rápido que pudo para preguntarle a la señorita Woodhouse qué debía hacer...». Emma se sintió medio avergonzada de su amiga por verla tan complacida y tan indecisa.

«¡Palabra!», exclamó, «el joven está decidido a no perder nada por no pedirlo. Si puede, hará un buen enlace».

«¿Quiere leer la carta?», exclamó Harriet. «Por favor, léala. Prefiero que la lea».

A Emma no le pesó que le insistieran. Leyó, y quedó sorprendida. El estilo de la carta estaba muy por encima de lo que esperaba. No solo no había errores gramaticales, sino que como composición no ha-

bría deshonrado a un caballero; el lenguaje, aunque sencillo, era vigoroso y sin afectación, y los sentimientos que expresaba hacían mucho honor a quien la había escrito. Era breve, pero mostraba buen juicio, afecto cálido, generosidad, decoro, incluso delicadeza de sentimientos. Se detuvo en ella, mientras Harriet aguardaba ansiosa su opinión con un «¿Y bien? ¿Y bien?», y al fin se vio obligada a añadir: «¿Es una buena carta? ¿O es demasiado corta?».

«Sí, de verdad, una carta muy buena», contestó Emma con bastante lentitud; «una carta tan buena, Harriet, que, considerándolo todo, creo que alguna de sus hermanas debe de haberlo ayudado. Me cuesta imaginar que el joven a quien vi hablando contigo el otro día pudiera expresarse tan bien abandonado del todo a sus propias fuerzas; y sin embargo no es el estilo de una mujer; no, desde luego, es demasiado vigoroso y conciso; no lo bastante difuso para una mujer. Sin duda es un hombre sensato, y supongo que puede tener un talento natural para... piensa con fuerza y con claridad, y cuando toma una pluma en la mano sus pensamientos encuentran naturalmente las palabras adecuadas. Así pasa con algunos hombres. Sí, entiendo esa clase de mente. Vigorosa, decidida, con sentimientos hasta cierto punto, no tosca. Una carta mejor escrita, Harriet (devolviéndosela), de lo que yo esperaba».

«Bueno», dijo Harriet, que seguía esperando; «bueno... y... ¿y qué hago?».

«¡Qué haces! ¿En qué sentido? ¿Te refieres a esta carta?».

«Sí».

«Pero ¿qué dudas tienes? Tienes que contestarla, por supuesto, y pronto».

«Sí. Pero ¿qué digo? Querida señorita Woodhouse, aconséjeme, por favor».

«¡Oh, no, no! Es mucho mejor que la carta sea toda tuya. Te expresarás muy correctamente, estoy segura. No hay peligro de que no se te entienda, que es lo primero. Lo que quieres decir tiene que ser inequívoco; nada de dudas ni de reparos; y las expresiones de gratitud y de

pesar por el dolor que causas que exige el decoro se le presentarán solas a *tu* mente, estoy convencida. No hace falta que nadie te sople cómo escribir mostrando pena por su desilusión».

«Entonces usted cree que debo rechazarlo», dijo Harriet, bajando la vista.

«¡Que debes rechazarlo! Mi querida Harriet, ¿qué quieres decir? ¿Tienes alguna duda sobre eso? Yo creía... pero te pido perdón, quizá me haya equivocado. Sin duda te he entendido mal, si dudas sobre el *sentido* de tu respuesta. Me había imaginado que solo me consultabas sobre su redacción».

Harriet guardó silencio. Con cierta reserva en sus maneras, Emma continuó:

«Entiendo que piensas dar una respuesta favorable».

«No, no es eso; es decir, no quiero decir... ¿Qué hago? ¿Qué me aconseja que haga? Por favor, querida señorita Woodhouse, dígame qué debo hacer».

«No voy a darte ningún consejo, Harriet. No quiero tener nada que ver con esto. Es un asunto que tienes que resolver con tus sentimientos».

«No tenía idea de que yo le gustara tanto», dijo Harriet, contemplando la carta. Durante un rato Emma persistió en su silencio; pero, empezando a temer que el halago seductor de esa carta pudiera ser demasiado poderoso, creyó mejor decir:

«Lo establezco como regla general, Harriet: si una mujer *duda* entre aceptar a un hombre o no, sin duda debe rechazarlo. Si puede vacilar ante el "sí", debe decir "no" de inmediato. No es un estado en que se pueda entrar sin peligro con sentimientos dudosos, con el corazón a medias. Creí que era mi deber como amiga, y mayor que tú, decirte esto. Pero no vayas a imaginar que quiero influir en ti».

«¡Oh, no! Estoy segura de que es usted demasiado buena para... pero si solo me aconsejara qué es lo mejor que puedo hacer... No, no, no quiero decir eso... Como usted dice, uno debe tener muy decidida su

opinión... No hay que vacilar... Es una cosa muy seria... Quizá sea más seguro decir "no"... ¿Cree que sería mejor que dijera "no"?».

«Por nada del mundo», dijo Emma, sonriendo con gracia, «te aconsejaría en un sentido ni en otro. Tú debes ser el mejor juez de tu propia felicidad. Si prefieres al señor Martin a cualquier otra persona; si te parece el hombre más agradable con quien hayas estado nunca, ¿por qué habrías de vacilar? Te ruborizas, Harriet. ¿Se te ocurre en este momento alguien más que responda a esa definición? Harriet, Harriet, no te engañes; no te dejes arrastrar por la gratitud y la compasión. ¿En quién estás pensando en este momento?».

Los síntomas eran favorables. En vez de contestar, Harriet se dio vuelta, confundida, y se quedó pensativa junto al fuego; y aunque todavía tenía la carta en la mano, ahora la retorcía maquinalmente sin cuidado. Emma esperó el resultado con impaciencia, pero no sin grandes esperanzas. Por fin, con cierta vacilación, Harriet dijo:

«Señorita Woodhouse, como usted no quiere darme su opinión, tengo que arreglármelas lo mejor que pueda yo sola; y ahora estoy del todo resuelta, y de verdad casi decidida... a rechazar al señor Martin. ¿Cree que hago bien?».

«Perfectamente, perfectamente bien, mi queridísima Harriet; estás haciendo justo lo que debes. Mientras estuviste indecisa me guardé mis sentimientos, pero ahora que estás tan completamente decidida no vacilo en aprobarlo. Querida Harriet, me felicito por esto. Me habría apenado perder tu amistad, lo que habría sido la consecuencia inevitable de que te casaras con el señor Martin. Mientras vacilabas en el más mínimo grado, no dije nada, porque no quería influir; pero para mí habría sido perder a una amiga. Yo no habría podido visitar a la señora de Robert Martin, de la granja de Abbey-Mill. Ahora te tengo segura para siempre».

Harriet no había sospechado el peligro que corría, pero la idea la impresionó con fuerza.

«¡Usted no habría podido visitarme!», exclamó, horrorizada. «No,

claro que no habría podido; pero nunca lo había pensado. ¡Eso habría sido demasiado terrible! ¡De qué me he librado! Querida señorita Woodhouse, no renunciaría al placer y al honor de su amistad por nada del mundo».

«De verdad, Harriet, me habría dolido profundamente perderte; pero habría tenido que ser. Te habrías excluido de toda la buena sociedad. Habría tenido que renunciar a ti».

«¡Dios mío! ¡Cómo lo habría soportado! ¡Me habría muerto no volver nunca más a Hartfield!».

«¡Querida criatura afectuosa! ¡*Tú* desterrada a la granja de Abbey-Mill! ¡*Tú* confinada toda la vida a la compañía de gente iletrada y vulgar! Me pregunto cómo pudo tener el joven el atrevimiento de pedírtelo. Debe de tener una opinión bastante buena de sí mismo».

«Tampoco creo que sea presumido, en general», dijo Harriet, cuya conciencia se oponía a semejante censura; «al menos es de muy buen carácter, y siempre le estaré muy agradecida, y le tendré mucho aprecio... pero eso es algo muy distinto de... y usted sabe que, aunque yo le guste, no se sigue que yo deba... y por cierto tengo que confesar que desde que vengo aquí he visto a personas... y si uno se pone a compararlas, en figura y modales, no hay comparación posible, *uno* es tan apuesto y agradable. Sin embargo, de verdad creo que el señor Martin es un joven muy amable, y tengo una gran opinión de él; y que me tenga tanto cariño... y que escriba una carta así... pero en cuanto a dejarla a usted, es algo que no haría por ningún motivo».

«Gracias, gracias, mi dulce amiguita. No nos separaremos. Una mujer no debe casarse con un hombre solo porque se lo pide, o porque él le tiene cariño y sabe escribir una carta pasable».

«Oh, no; y además es una carta corta».

Emma notó el mal gusto de su amiga, pero lo dejó pasar con un «muy cierto; y sería un pobre consuelo para ella, frente a la tosquedad de modales que podría ofenderla a cada hora del día, saber que su marido escribía una buena carta».

«¡Oh, sí, muy pobre! A nadie le importa una carta; lo que importa es ser siempre feliz con compañía agradable. Estoy del todo decidida a rechazarlo. Pero ¿cómo lo hago? ¿Qué digo?».

Emma le aseguró que la respuesta no tendría ninguna dificultad, y le aconsejó escribirla de inmediato, lo que se aceptó con la esperanza de contar con su ayuda; y aunque Emma siguió protestando que no hacía falta ninguna ayuda, de hecho la prestó en la formación de cada oración. Releer la carta de él para contestarla tenía un efecto tan ablandador que fue particularmente necesario fortalecerla con unas cuantas expresiones decisivas; y a ella le afligía tanto la idea de hacerlo desdichado, y pensaba tanto en lo que pensarían y dirían su madre y sus hermanas, y estaba tan ansiosa de que no la creyeran ingrata, que Emma creyó que si el joven se hubiera cruzado en su camino en ese momento, habría sido aceptado después de todo.

Esta carta, sin embargo, se escribió, se selló y se envió. El asunto quedó concluido, y Harriet a salvo. Estuvo bastante decaída toda la tarde, pero Emma sabía comprender sus amables pesares, y a veces los aliviaba hablándole de su propio cariño, y a veces trayendo a colación la idea del señor Elton.

«Nunca más me invitarán a Abbey-Mill», dijo en un tono bastante triste.

«Ni, aunque te invitaran, podría yo soportar separarme de ti, mi Harriet. Eres demasiado necesaria en Hartfield para que te podamos ceder a Abbey-Mill».

«Y estoy segura de que nunca querría ir allá; porque nunca soy feliz sino en Hartfield».

Algún tiempo después fue: «Creo que la señora Goddard se sorprendería muchísimo si supiera lo que ha pasado. Estoy segura de que la señorita Nash sí... porque la señorita Nash cree que su propia hermana se casó muy bien, y no es más que un comerciante de telas».

«Daría pena ver mayor orgullo o refinamiento en la maestra de un colegio, Harriet. Me atrevo a decir que la señorita Nash te envidiaría

una oportunidad como esta de casarte. Hasta esta conquista le parecería valiosa. En cuanto a algo superior para ti, supongo que está completamente a oscuras. Las atenciones de cierta persona difícilmente pueden estar todavía entre los chismes de Highbury. Hasta ahora creo que tú y yo somos las únicas personas a quienes sus miradas y modales se han explicado».

Harriet se ruborizó y sonrió, y dijo algo así como que le extrañaba que la gente la quisiera tanto. La idea del señor Elton sin duda la animaba; pero aun así, al cabo de un rato, volvió a enternecerse por el rechazado señor Martin.

«Ya tiene mi carta», dijo en voz baja. «Me pregunto qué estarán haciendo todos... si sus hermanas lo saben... si él está desdichado, ellas también lo estarán. Espero que no le importe tanto».

«Pensemos en aquellos de nuestros amigos ausentes que están ocupados en cosas más alegres», exclamó Emma. «En este momento, quizá, el señor Elton le está mostrando tu retrato a su madre y a sus hermanas, contándoles cuánto más hermoso es el original, y después de que se lo hayan preguntado cinco o seis veces, permitiéndoles oír tu nombre, tu propio y querido nombre».

«¡Mi retrato! Pero si dejó mi retrato en Bond Street».

«¿Ah, sí? Entonces no conozco al señor Elton. No, mi querida y modesta Harriet, puedes estar segura de que el retrato no estará en Bond Street hasta justo antes de que él monte a caballo mañana. Es su compañero toda esta tarde, su consuelo, su delicia. Revela sus intenciones a su familia, te presenta a ti entre ellos, difunde por todo el grupo los sentimientos más agradables de nuestra naturaleza: una curiosidad ansiosa y una cálida predisposición. ¡Qué alegres, qué animadas, qué suspicaces, qué atareadas están todas sus imaginaciones!».

Harriet volvió a sonreír, y sus sonrisas se hicieron más amplias.

Volumen I. Capítulo VIII

Harriet durmió esa noche en Hartfield. Desde hacía algunas semanas pasaba allí más de la mitad de su tiempo, y poco a poco había llegado a tener un dormitorio reservado para ella; y Emma juzgó que lo mejor en todo sentido, lo más seguro y lo más bondadoso, era tenerla con ellos el mayor tiempo posible justo en ese momento. Harriet tenía que ir a la mañana siguiente por una o dos horas a casa de la señora Goddard, pero entonces se arreglaría que volviera a Hartfield para hacer una visita formal de algunos días.

Mientras estaba fuera, llegó de visita el señor Knightley y se quedó un rato con el señor Woodhouse y Emma, hasta que el señor Woodhouse, que ya había decidido salir a caminar, fue persuadido por su hija de no aplazarlo, y fue inducido por los ruegos de ambos, aunque contra los escrúpulos de su propia cortesía, a dejar al señor Knightley con ese fin. El señor Knightley, que no tenía nada de ceremonioso, ofrecía con sus respuestas breves y decididas un divertido contraste con las prolongadas disculpas y las corteses vacilaciones del otro.

«Bueno, creo que, si me disculpa, señor Knightley, si no considera que hago algo muy descortés, seguiré el consejo de Emma y saldré un cuarto de hora. Como ha salido el sol, creo que más vale que dé mis tres vueltas mientras pueda. Lo trato sin ceremonia, señor Knightley. Los enfermos nos creemos personas privilegiadas».

«Mi querido señor, no me trate como a un extraño».

«Le dejo un excelente sustituto en mi hija. Emma estará encantada de atenderlo. Y por eso creo que le pediré que me disculpe y daré mis tres vueltas, mi paseo de invierno».

«No podría hacer nada mejor, señor».

«Le pediría el placer de su compañía, señor Knightley, pero camino muy despacio, y mi paso le resultaría tedioso; y, además, tiene usted

por delante otra larga caminata, hasta la abadía de Donwell».

«Gracias, señor, gracias; yo mismo me voy en este momento; y creo que cuanto antes salga *usted*, mejor. Le traeré el abrigo y le abriré la puerta del jardín».

Por fin el señor Woodhouse se marchó; pero el señor Knightley, en vez de marcharse también de inmediato, volvió a sentarse, al parecer con ganas de seguir conversando. Empezó a hablar de Harriet, y a hablar de ella con más elogios espontáneos de los que Emma le había oído nunca.

«No puedo valorar su belleza como usted», dijo él; «pero es una criaturita bonita, y me inclino a pensar muy bien de su carácter. Su carácter depende de aquellos con quienes está; pero en buenas manos llegará a ser una mujer valiosa».

«Me alegra que lo piense; y espero que no le falten las buenas manos».

«Vamos», dijo él, «usted está ansiosa de un cumplido, así que le diré que la ha mejorado. La ha curado de esa risita de colegiala; de verdad le hace honor».

«Gracias. Me sentiría de verdad mortificada si no creyera que he sido de alguna utilidad; pero no todo el mundo concede elogios donde podría hacerlo. *Usted* no me abruma a menudo con ellos».

«¿Dice que la espera otra vez esta mañana?».

«De un momento a otro. Ya lleva fuera más tiempo del que pensaba».

«Algo habrá pasado que la retrasa; alguna visita, quizá».

«¡Los chismosos de Highbury! ¡Qué gente más pesada!».

«Puede que Harriet no considere pesados a todos los que usted consideraría así».

Emma sabía que eso era demasiado cierto para contradecirlo, y por eso no dijo nada. Él añadió al rato, con una sonrisa:

«No pretendo fijar fechas ni lugares, pero tengo que decirle que tengo buenas razones para creer que su amiguita pronto sabrá de algo

que la favorece».

«¡No me diga! ¿Cómo así? ¿De qué clase?».

«De una clase muy seria, se lo aseguro», sin dejar de sonreír.

«¡Muy seria! Solo se me ocurre una cosa. ¿Quién está enamorado de ella? ¿Quién lo ha hecho a usted su confidente?».

Emma tenía más que medio esperanza de que el señor Elton hubiera dejado caer alguna insinuación. El señor Knightley era una especie de amigo y consejero general, y ella sabía que el señor Elton lo admiraba.

«Tengo razones para pensar», contestó él, «que Harriet Smith recibirá pronto una propuesta de matrimonio, y de un lado de lo más irreprochable: Robert Martin es el hombre. Su visita a Abbey-Mill este verano parece haberlo rematado. Está perdidamente enamorado y piensa casarse con ella».

«Es muy amable de su parte», dijo Emma; «pero ¿está seguro de que Harriet piensa casarse con él?».

«Bueno, bueno, piensa hacerle una propuesta, entonces. ¿Le basta así? Vino a la abadía hace dos tardes, expresamente para consultarme sobre esto. Sabe que les tengo un aprecio profundo a él y a toda su familia, y, creo, me considera uno de sus mejores amigos. Vino a preguntarme si me parecía imprudente que se estableciera tan pronto; si me parecía demasiado joven ella; en suma, si aprobaba del todo su elección; temiendo quizá que se la considerara (sobre todo desde que *usted* le da tanta importancia) de una esfera social superior a la suya. Me agradó mucho todo lo que dijo. Nunca oigo hablar con más sensatez a nadie que a Robert Martin. Siempre habla con tino; franco, directo y de muy buen juicio. Me lo contó todo: su situación y sus planes, y lo que todos pensaban hacer en caso de que se casara. Es un joven excelente, como hijo y como hermano. No vacilé en aconsejarle que se casara. Me demostró que podía permitírselo; y siendo así, me convencí de que no podía hacer nada mejor. También elogié a la bella dama, y en conjunto lo despedí muy feliz. Si nunca antes hubiera estimado mi

opinión, entonces habría pensado muy bien de mí; y me atrevo a decir que salió de la casa pensando que yo era el mejor amigo y consejero que jamás tuvo hombre alguno. Esto fue anteanoche. Ahora bien, como podemos suponer con razón, no dejaría pasar mucho tiempo antes de hablar con la dama, y como no parece haber hablado ayer, no es improbable que esté hoy en casa de la señora Goddard; y puede que a ella la retenga una visita, sin que lo considere en absoluto una persona pesada».

«Dígame, señor Knightley», dijo Emma, que había estado sonriendo para sí durante buena parte de este discurso, «¿cómo sabe que el señor Martin no habló ayer?».

«Por supuesto», contestó él, sorprendido, «no lo sé con absoluta certeza; pero se puede deducir. ¿No estuvo ella todo el día con usted?».

«Vamos», dijo ella, «le contaré algo a cambio de lo que usted me ha contado. Sí habló ayer; es decir, escribió, y fue rechazado».

Hubo que repetirlo antes de que pudiera creerlo; y el señor Knightley de verdad se puso rojo de sorpresa y disgusto mientras se levantaba, alto e indignado, y decía:

«Entonces es más tonta de lo que nunca creí. ¿Qué se propone esa muchacha necia?».

«¡Oh, claro!», exclamó Emma, «para un hombre siempre es incomprensible que una mujer pueda rechazar alguna vez una propuesta de matrimonio. Un hombre siempre se imagina que una mujer está dispuesta para cualquiera que se lo pida».

«¡Tonterías! Un hombre no se imagina nada semejante. Pero ¿qué significa esto? ¿Harriet Smith rechazar a Robert Martin? Una locura, si es así; pero espero que usted esté equivocada».

«¡Yo vi su respuesta! Nada podía ser más claro».

«¡Usted vio su respuesta! Usted también escribió su respuesta. Emma, esto es obra suya. Usted la convenció de que lo rechazara».

«Y si lo hubiera hecho (lo cual, sin embargo, estoy lejos de admitir), no sentiría que he hecho mal. El señor Martin es un joven muy res-

petable, pero no puedo admitir que sea igual a Harriet; y de verdad me sorprende bastante que se haya atrevido a dirigirse a ella. Por lo que usted cuenta, parece que tuvo algunos escrúpulos. Es una lástima que los haya superado».

«¡No es igual a Harriet!», exclamó el señor Knightley en voz alta y con calor; y con más calma, pero con aspereza, añadió unos momentos después: «No, de verdad no es su igual, porque le es tan superior en juicio como en posición. Emma, su encaprichamiento con esa muchacha la ciega. ¿Qué títulos tiene Harriet Smith, ya sea de nacimiento, de naturaleza o de educación, para aspirar a un enlace más alto que Robert Martin? Es la hija natural de no se sabe quién, probablemente sin ninguna renta asegurada, y desde luego sin parientes respetables. Solo se la conoce como pensionista de saloncito en un colegio común. No es una muchacha sensata ni una muchacha instruida. No le han enseñado nada útil, y es demasiado joven y demasiado simple para haber adquirido nada por sí misma. A su edad no puede tener experiencia, y con su poco ingenio no es muy probable que llegue a tener alguna que le sirva. Es bonita y es de buen carácter, y eso es todo. Mi único escrúpulo al aconsejar el casamiento era por él, porque estaba por debajo de sus méritos y era un mal enlace para él. Sentía que, en cuanto a fortuna, muy probablemente podría conseguir algo mucho mejor; y que en cuanto a una compañera razonable o una ayuda útil, no podía conseguir nada peor. Pero no podía razonar así con un hombre enamorado, y estaba dispuesto a confiar en que no había maldad en ella, en que tenía esa clase de carácter que, en buenas manos como las de él, podría encaminarse fácilmente y salir muy bien. Sentía que la ventaja del casamiento estaba toda de parte de ella; y no tenía la menor duda (ni la tengo ahora) de que habría un clamor general por su extraordinaria buena suerte. Hasta de la satisfacción de *usted* estaba seguro. Se me ocurrió de inmediato que usted no lamentaría que su amiga dejara Highbury a cambio de quedar tan bien establecida. Recuerdo que me dije: “Hasta Emma, con toda su predilección por Harriet,

pensará que este es un buen casamiento"».

«No puedo dejar de asombrarme de que conozca usted tan poco a Emma como para decir algo así. ¡Cómo! ¡Pensar que un granjero (y con todo su juicio y todos sus méritos el señor Martin no es más que eso) es un buen casamiento para mi amiga íntima! ¡Que no lamentaría que dejara Highbury para casarse con un hombre a quien yo nunca podría admitir entre mis conocidos! Me asombra que crea posible que yo tenga tales sentimientos. Le aseguro que los míos son muy distintos. Debo pensar que su exposición no es justa en absoluto. Usted no es justo con los títulos de Harriet. Otros, igual que yo, los estimarían de manera muy distinta; puede que el señor Martin sea el más rico de los dos, pero sin duda le es inferior en rango social. La esfera en que ella se mueve está muy por encima de la de él. Sería una degradación».

«¡Una degradación para la ilegitimidad y la ignorancia casarse con un granjero respetable, inteligente y caballero!».

«En cuanto a las circunstancias de su nacimiento, aunque en sentido legal se la pueda llamar Nadie, eso no se sostiene en el sentido común. No tiene por qué pagar la falta de otros quedando por debajo del nivel de aquellas con quienes se ha criado. Apenas puede haber duda de que su padre es un caballero, y un caballero de fortuna. Su asignación es muy generosa; nunca se ha escatimado nada para su educación o su comodidad. Que es hija de un caballero es para mí indudable; que trata con hijas de caballeros, nadie, creo, lo negará. Es superior al señor Robert Martin».

«Quienesquiera que sean sus padres», dijo el señor Knightley, «quienquiera que haya estado a cargo de ella, no parece haber entrado nunca en sus planes introducirla en lo que usted llamaría la buena sociedad. Después de recibir una educación muy mediocre, la dejan en manos de la señora Goddard para que se las arregle como pueda; para moverse, en suma, en el círculo de la señora Goddard, para tener las amistades de la señora Goddard. Era evidente que sus allegados pensaban que eso era bastante bueno para ella; y *era* bastante bueno. Ella

misma no deseaba nada mejor. Hasta que a usted se le ocurrió hacerla su amiga, no sentía ningún desagrado por su propio círculo ni ninguna ambición más allá de él. Era todo lo feliz que se puede ser con los Martin en el verano. Entonces no tenía ningún sentimiento de superioridad. Si ahora lo tiene, usted se lo ha dado. No ha sido usted una amiga para Harriet Smith, Emma. Robert Martin nunca habría llegado tan lejos si no hubiera estado convencido de que ella no le era contraria. Lo conozco bien. Tiene demasiado sentimiento verdadero para dirigirse a una mujer al azar de una pasión egoísta. Y en cuanto a presunción, es el hombre más lejano de ella que conozco. Puede estar segura de que recibió aliento».

A Emma le convenía mucho más no contestar directamente a esta afirmación; prefirió retomar su propia línea sobre el asunto.

«Usted es un amigo muy ardiente del señor Martin; pero, como dije antes, es injusto con Harriet. Los títulos de Harriet para casarse bien no son tan despreciables como usted los presenta. No es una muchacha inteligente, pero tiene más juicio del que usted cree, y no merece que se hable tan a la ligera de su entendimiento. Dejando de lado ese punto, sin embargo, y suponiendo que sea, como usted la describe, solo bonita y de buen carácter, permítame decirle que, en el grado en que las posee, no son recomendaciones triviales para el mundo en general, pues ella es, de hecho, una muchacha hermosa, y así debe de parecerles a noventa y nueve personas de cada cien; y mientras no se demuestre que los hombres son mucho más filosóficos en cuanto a la belleza de lo que se suele suponer; mientras no se enamoren de mentes instruidas en vez de caras bonitas, una muchacha con un encanto como el de Harriet tiene la certeza de ser admirada y buscada, de tener el poder de elegir entre muchos y, por consiguiente, el derecho a ser exigente. Su buen carácter tampoco es un título tan ligero, pues comprende una dulzura verdadera y completa de genio y de modales, una opinión muy humilde de sí misma y una gran disposición a quedar contenta con los demás. Mucho me equivoco si su sexo en general no

considera que esa belleza y ese carácter son los títulos más altos que una mujer puede poseer».

«¡Palabra, Emma! Oírla abusar así de la razón que tiene casi basta para hacerme pensarlo a mí también. Más vale no tener juicio que aplicarlo mal como usted».

«¡Por supuesto!», exclamó ella en tono de broma. «Sé que *eso* es lo que sienten todos ustedes. Sé que una muchacha como Harriet es exactamente lo que deleita a todo hombre: lo que a la vez hechiza sus sentidos y satisface su juicio. ¡Oh, Harriet puede escoger a su gusto! Si usted mismo llegara alguna vez a casarse, ella es justo la mujer para usted. ¿Y a los diecisiete años, cuando apenas entra en la vida, cuando apenas empiezan a conocerla, ha de causar asombro porque no acepta la primera propuesta que recibe? No; por favor, déjela tener tiempo para mirar a su alrededor».

«Siempre he pensado que era una intimidad muy necia», dijo el señor Knightley al rato, «aunque me he guardado lo que pensaba; pero ahora me doy cuenta de que será muy desafortunada para Harriet. Usted la va a inflar con tales ideas sobre su propia belleza y sobre lo que le corresponde que, dentro de poco, nadie a su alcance será lo bastante bueno para ella. La vanidad obrando sobre una cabeza débil produce toda clase de males. Nada tan fácil para una señorita como poner sus expectativas demasiado alto. Puede que a la señorita Harriet Smith no le lluevan las propuestas de matrimonio tan deprisa, aunque sea una muchacha muy bonita. Los hombres sensatos, diga usted lo que quiera, no quieren esposas tontas. Los hombres de buena familia no estarían muy dispuestos a emparentar con una muchacha de origen tan oscuro; y los hombres más prudentes temerían los inconvenientes y la deshonra en que podrían verse envueltos cuando se llegara a revelar el misterio de su origen. Deje que se case con Robert Martin, y estará segura, respetada y feliz para siempre; pero si usted la anima a esperar un gran casamiento, y le enseña a no contentarse con menos que un hombre de importancia y gran fortuna, puede que siga de pensionista

en casa de la señora Goddard el resto de su vida; o al menos (porque Harriet Smith es una muchacha que se casará con alguien) hasta que se desespere y se alegre de atrapar al hijo del viejo maestro de caligrafía».

«Pensamos de manera tan distinta en este punto, señor Knightley, que no tiene ningún sentido discutirlo. Solo lograremos enojarnos más el uno con el otro. Pero en cuanto a que yo la *deje* casarse con Robert Martin, es imposible; lo ha rechazado, y de un modo tan decidido, creo, que ha de impedir una segunda petición. Tendrá que atenerse al mal de haberlo rechazado, sea cual sea; y en cuanto al rechazo mismo, no pretenderé decir que no haya podido influir un poco en ella; pero le aseguro que había muy poco que hacer, para mí o para cualquiera. Su aspecto lo perjudica tanto, y sus modales son tan malos, que si alguna vez ella estuvo dispuesta a favorecerlo, ahora no lo está. Puedo imaginar que, antes de haber visto a nadie superior, ella pudiera tolerarlo. Era el hermano de sus amigas, y se esforzaba por agradarle; y en conjunto, no habiendo visto a nadie mejor (eso debe de haber sido su gran ayuda), puede que mientras estaba en Abbey-Mill no le pareciera desagradable. Pero ahora el caso es distinto. Ahora sabe lo que son los caballeros; y nadie que no sea un caballero en educación y en modales tiene ninguna posibilidad con Harriet».

«¡Tonterías, las mayores tonterías que se han dicho nunca!», exclamó el señor Knightley. «Los modales de Robert Martin tienen sensatez, sinceridad y buen humor que los recomiendan; y su mente tiene más verdadera nobleza de lo que Harriet Smith podría entender».

Emma no contestó, y trató de aparentar una alegre indiferencia, pero en realidad se sentía incómoda y deseaba mucho que él se fuera. No se arrepentía de lo que había hecho; seguía creyéndose mejor juez que él en un punto así de derecho y refinamiento femeninos; pero aun así tenía una especie de respeto habitual por su juicio en general que le hacía desagradable tenerlo tan abiertamente en contra; y tenerlo sentado justo frente a ella, enojado, era muy desagradable. Pasaron al-

gunos minutos en este silencio incómodo, con un solo intento por parte de Emma de hablar del tiempo, pero él no contestó. Estaba pensando. El resultado de sus pensamientos apareció por fin en estas palabras.

«Robert Martin no pierde gran cosa, si tan solo puede verlo así; y espero que no tarde mucho en verlo. Sus intenciones respecto de Harriet usted las conoce mejor que nadie; pero como no hace ningún secreto de su afición a hacer casamientos, es justo suponer que intenciones, planes y proyectos los tiene; y como amigo solo le insinuaré que, si el hombre es Elton, creo que será todo trabajo perdido».

Emma se rio y lo negó. Él continuó:

«Puede estar segura de que Elton no servirá. Elton es una muy buena persona y un vicario de Highbury muy respetable, pero no es nada probable que haga un casamiento imprudente. Conoce el valor de una buena renta tan bien como cualquiera. Elton podrá hablar con sentimentalismo, pero actuará con cálculo. Conoce sus propios títulos tan bien como usted puede conocer los de Harriet. Sabe que es un joven muy apuesto y muy bien recibido dondequiera que va; y por su manera general de hablar en los momentos de franqueza, cuando solo hay hombres presentes, estoy convencido de que no piensa desperdiciarse. Lo he oído hablar con gran animación de una familia numerosa de señoritas, amigas íntimas de sus hermanas, que tienen veinte mil libras cada una».

«Le estoy muy agradecida», dijo Emma, riendo otra vez. «Si me hubiera empeñado en que el señor Elton se casara con Harriet, habría sido muy amable de su parte abrirme los ojos; pero por ahora solo quiero tener a Harriet para mí. De verdad he terminado con eso de hacer casamientos. Nunca podría esperar igualar lo que hice en Randalls. Me retiraré mientras me va bien».

«Que tenga buenos días», dijo él, levantándose y marchándose bruscamente. Estaba muy contrariado. Sentía la desilusión del joven, y lo mortificaba haber contribuido a ella con la aprobación que le había da-

do; y la parte que, estaba convencido, había tenido Emma en el asunto lo irritaba muchísimo.

Emma también quedó contrariada; pero había más vaguedad en las causas de su enojo que en las del de él. Ella no siempre se sentía tan absolutamente satisfecha de sí misma, tan enteramente convencida de que sus opiniones eran las correctas y las de su adversario las equivocadas, como el señor Knightley. Él se marchó con una aprobación de sí mismo más completa que la que le dejó a ella. Sin embargo, no estaba tan abatida que un poco de tiempo y el regreso de Harriet no fueran remedios muy adecuados. Que Harriet tardara tanto empezaba a inquietarla. La posibilidad de que el joven fuera esa mañana a casa de la señora Goddard, se encontrara con Harriet y defendiera su propia causa le despertaba ideas alarmantes. El temor de semejante fracaso, después de todo, se convirtió en su inquietud principal; y cuando Harriet apareció, de muy buen ánimo y sin ninguna razón de esa clase que dar para su larga ausencia, sintió una satisfacción que la puso en paz consigo misma y la convenció de que, pensara o dijera lo que quisiera el señor Knightley, ella no había hecho nada que la amistad y los sentimientos de una mujer no justificaran.

Él la había asustado un poco respecto del señor Elton; pero cuando consideró que el señor Knightley no podía haberlo observado como ella, ni con el interés ni (debía permitírsele decírselo a sí misma, a pesar de las pretensiones del señor Knightley) con la habilidad de una observadora como ella en semejante cuestión, y que lo había dicho con prisa y enojo, pudo creer que más bien había dicho lo que, resentido, deseaba que fuera cierto, que algo que supiera de verdad. Desde luego podía haber oído al señor Elton hablar con más franqueza que ella, y quizá el señor Elton no fuera de carácter imprudente e irreflexivo en cuestiones de dinero; podía ser naturalmente más bien atento a ellas; pero el señor Knightley no tenía debidamente en cuenta la influencia de una pasión fuerte en guerra con todos los motivos interesados. El señor Knightley no veía semejante pasión, y por supuesto no pensaba en

sus efectos; pero ella veía demasiado de ella para dudar de que vencería cualquier vacilación que una prudencia razonable pudiera sugerir en un principio; y estaba muy segura de que al señor Elton no le correspondía más que un grado razonable y decoroso de prudencia.

El aspecto y la actitud alegres de Harriet afirmaron los de ella: volvía no para pensar en el señor Martin, sino para hablar del señor Elton. La señorita Nash le había contado algo, que ella repitió de inmediato con gran deleite. El señor Perry había ido a casa de la señora Goddard a atender a una niña enferma, y la señorita Nash lo había visto, y él le había contado a la señorita Nash que, cuando volvía ayer de Clayton Park, se había encontrado con el señor Elton y había descubierto, con gran sorpresa, que el señor Elton iba nada menos que camino de Londres, y que no pensaba volver hasta el día siguiente, aunque era la noche del club de whist, a la que nunca se sabía que hubiera faltado; y el señor Perry se lo había reprochado, y le había dicho qué feo era que él, su mejor jugador, se ausentara, y había tratado mucho de persuadirlo de que aplazara su viaje solo un día; pero no hubo manera; el señor Elton estaba decidido a seguir, y había dicho de un modo *muy especial*, de verdad, que iba por un asunto que no aplazaría por nada del mundo; y algo sobre un encargo muy envidiable, y sobre ser portador de algo extremadamente precioso. El señor Perry no acababa de entenderlo, pero estaba muy seguro de que tenía que haber una *dama* de por medio, y así se lo dijo; y el señor Elton solo se mostró muy cohibido y sonriente, y se alejó a caballo de muy buen ánimo. La señorita Nash le había contado todo esto, y había hablado mucho más del señor Elton; y le había dicho, mirándola muy significativamente, «que no pretendía entender cuál podía ser su asunto, pero solo sabía que cualquier mujer a quien el señor Elton prefiriera le parecería la mujer más afortunada del mundo; porque, sin duda alguna, el señor Elton no tenía igual en belleza ni en simpatía».

Volumen I. Capítulo IX

El señor Knightley podía pelearse con ella, pero Emma no podía pelearse consigo misma. Él quedó tan disgustado que tardó más que de costumbre en volver a Hartfield; y cuando por fin se encontraron, su aire grave mostraba que no la había perdonado. A ella le dolía, pero no podía arrepentirse. Al contrario, las apariencias generales de los días siguientes justificaron cada vez más sus planes y sus actos y se los hicieron cada vez más queridos.

El Retrato, elegantemente enmarcado, llegó sano y salvo poco después del regreso del señor Elton, y una vez colgado sobre la repisa de la chimenea de la sala de estar, él se levantó para mirarlo y suspiró sus medias frases de admiración tal como debía; y en cuanto a los sentimientos de Harriet, se iban convirtiendo visiblemente en un afecto tan fuerte y constante como lo permitían su juventud y su tipo de mente. Emma pronto quedó del todo convencida de que al señor Martin no se lo recordaba sino como contraste con el señor Elton, con la mayor ventaja para este último.

Sus propósitos de mejorar la mente de su amiguita con mucha lectura útil y mucha conversación nunca habían pasado de unos primeros capítulos y la intención de seguir mañana. Era mucho más fácil charlar que estudiar; mucho más agradable dejar que su imaginación vagara y trabajara en la suerte de Harriet que esforzarse por ampliar su comprensión o ejercitarla en hechos serios; y la única ocupación literaria que absorbía a Harriet por el momento, la única provisión mental que hacía para el atardecer de la vida, era reunir y copiar todos los acertijos de toda clase que pudiera encontrar en un delgado cuaderno en cuarto de papel satinado, armado por su amiga y adornado con monogramas y trofeos.

En esta época de literatura, tales colecciones a muy gran escala no

son raras. La señorita Nash, maestra principal en el colegio de la señora Goddard, había copiado por lo menos trescientos; y Harriet, que había tomado de ella la primera idea, esperaba, con la ayuda de la señorita Woodhouse, reunir muchísimos más. Emma contribuía con su inventiva, su memoria y su gusto; y como Harriet tenía muy linda letra, prometía ser una colección de primer orden, tanto en la forma como en la cantidad.

El señor Woodhouse se interesaba en el asunto casi tanto como las muchachas, y trataba muy a menudo de recordar algo que valiera la pena incluir. «Había tantos acertijos ingeniosos cuando él era joven... ¡le extrañaba no poder recordarlos! Pero esperaba lograrlo con el tiempo». Y siempre terminaba en «Kitty, doncella hermosa pero helada».

Su buen amigo Perry, a quien había hablado del asunto, tampoco recordaba por el momento nada en materia de acertijos; pero le había pedido a Perry que estuviera atento, y como andaba tanto de un lado para otro, pensaba que de ese lado podría venir algo.

No era en absoluto el deseo de su hija que se pusiera a contribución a los intelectos de Highbury en general. El señor Elton era el único cuya ayuda pidió. Se lo invitó a aportar cualquier enigma, charada o adivinanza realmente buenos que pudiera recordar; y ella tuvo el placer de verlo trabajar con sus recuerdos con suma atención y, al mismo tiempo, según podía advertir, con el más sincero cuidado de que no saliera de sus labios nada poco galante, nada que no respirara un cumplido al bello sexo. Le debieron sus dos o tres pasatiempos más corteses; y la alegría y el entusiasmo con que por fin recordó, y recitó con bastante sentimentalismo, aquella charada tan conocida,

> Mi primera denota aflicción,
> que mi segunda está destinada a sentir,
> y mi todo es el mejor antídoto
> para suavizar y sanar la aflicción,

le hicieron sentir mucho tener que reconocer que ya la habían copiado

unas páginas atrás.

«¿Por qué no escribe usted una para nosotras, señor Elton?», dijo ella; «es la única garantía de que sea nueva; y nada podría serle más fácil».

«¡Oh, no! Nunca había escrito, casi nunca, nada de esa clase en su vida. ¡Era el sujeto más torpe! Temía que ni siquiera la señorita Woodhouse», se detuvo un momento, «o la señorita Smith pudieran inspirarlo».

Sin embargo, al día siguiente mismo hubo alguna prueba de inspiración. Pasó unos momentos, solo para dejar sobre la mesa un papel que contenía, según dijo, una charada que un amigo suyo había dirigido a una señorita, objeto de su admiración, pero que, por su manera, Emma se convenció de inmediato de que tenía que ser suya.

«No la ofrezco para la colección de la señorita Smith», dijo él. «Siendo de mi amigo, no tengo derecho a exponerla en ningún grado a la mirada del público, pero quizá no les desagrade mirarla».

El discurso iba dirigido más a Emma que a Harriet, cosa que Emma podía entender. Había en él una profunda turbación, y le resultaba más fácil sostener la mirada de ella que la de su amiga. Al momento siguiente se había ido; tras otro momento de pausa:

«Tómala», dijo Emma, sonriendo y empujando el papel hacia Harriet; «es para ti. Toma lo que es tuyo».

Pero Harriet estaba temblando y no podía tocarlo; y Emma, nunca reacia a ser la primera, se vio obligada a examinarlo ella misma.

A la señorita...

CHARADA.

Mi primera muestra la riqueza y la pompa de los reyes,
¡señores de la tierra!, su lujo y su holgura.
Otra visión del hombre trae mi segunda:
¡míralo allí, el monarca de los mares!

Mas ¡ay!, unidas, ¡qué revés tenemos!

El poder y la libertad de que el hombre se jacta, todo ha volado;
señor de la tierra y del mar, se doblega esclavo,
y la mujer, la hermosa mujer, reina sola.

Tu ágil ingenio hallará pronto la palabra:
¡que su aprobación brille en esos dulces ojos!

Le echó una mirada, reflexionó, captó el sentido, lo leyó entero otra vez para estar bien segura y bien dueña de los versos, y luego, pasándoselo a Harriet, se quedó sentada sonriendo feliz y diciéndose, mientras Harriet se rompía la cabeza con el papel en toda la confusión de la esperanza y la torpeza: «Muy bien, señor Elton, de verdad muy bien. He leído charadas peores. *Cortejo*: una insinuación muy buena. Se lo reconozco. Esto es tantear el terreno. Esto es decir muy claramente: "Por favor, señorita Smith, permítame hacerle la corte. Apruebe mi charada y mis intenciones con la misma mirada".

¡Que su aprobación brille en esos dulces ojos!

»Harriet exactamente. Dulces es justo la palabra para sus ojos; de todos los epítetos, el más justo que podía dársele.

Tu ágil ingenio hallará pronto la palabra.

»Hum... ¡El ágil ingenio de Harriet! Tanto mejor. Un hombre tiene que estar de verdad muy enamorado para describirla así. ¡Ah, señor Knightley, ojalá pudiera usted aprovechar esto! Creo que esto lo convencería. Por una vez en su vida se vería obligado a reconocer que se equivocó. ¡Una charada excelente, de verdad! Y muy oportuna. Ahora las cosas tienen que llegar pronto a un desenlace».

Se vio obligada a interrumpir estas observaciones tan agradables, que por lo demás eran de las que tienden a alargarse mucho, por la impaciencia de las preguntas asombradas de Harriet.

«¿Qué puede ser, señorita Woodhouse? ¿Qué puede ser? No tengo idea; no puedo adivinarlo en absoluto. ¿Qué puede ser? Trate de descu-

brirlo, señorita Woodhouse. Ayúdeme, por favor. Nunca he visto nada tan difícil. ¿Será *reino*? Me pregunto quién sería el amigo, y quién podría ser la señorita. ¿Cree que es buena? ¿Podrá ser *mujer*?

Y la mujer, la hermosa mujer, reina sola.

»¿Podrá ser *Neptuno*?

¡Míralo allí, el monarca de los mares!

»¿O un *tridente*? ¿O una *sirena*? ¿O un *tiburón*? ¡Oh, no! *Tiburón* no tiene dos partes. Tiene que ser muy ingeniosa, o no la habría traído. ¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Cree que alguna vez lo descubriremos?».

«¡Sirenas y tiburones! ¡Tonterías! Mi querida Harriet, ¿en qué estás pensando? ¿De qué serviría que nos trajera una charada hecha por un amigo sobre una sirena o un tiburón? Dame el papel y escucha.

»Donde dice "A la señorita...", lee "A la señorita Smith".

Mi primera muestra la riqueza y la pompa de los reyes,
¡señores de la tierra!, su lujo y su holgura.

»Eso es *la corte*.

Otra visión del hombre trae mi segunda:
¡míralo allí, el monarca de los mares!

»Eso es *el barco*; más claro, imposible. Ahora, lo mejor.

Mas ¡ay!, unidas (*cortejo*, ¿sabes?), ¡qué revés tenemos!
El poder y la libertad de que el hombre se jacta, todo ha volado.
Señor de la tierra y del mar, se doblega esclavo,
y la mujer, la hermosa mujer, reina sola.

»¡Un cumplido muy apropiado! Y luego sigue la aplicación, que creo, mi querida Harriet, no te costará mucho comprender. Léela tranquila para ti. No puede haber duda de que está escrita para ti y dirigida a

ti».

Harriet no pudo resistir mucho tiempo una persuasión tan deliciosa. Leyó los versos finales, y era toda agitación y felicidad. No podía hablar. Pero no hacía falta que hablara. Le bastaba con sentir. Emma habló por ella.

«Hay un sentido tan intencionado y tan particular en este cumplido», dijo, «que no puedo tener ninguna duda sobre las intenciones del señor Elton. Tú eres su objetivo, y pronto recibirás la prueba más completa de ello. Pensé que tenía que ser así. Pensé que no podía engañarme tanto; pero ahora está claro; el estado de su ánimo es tan claro y decidido como lo han sido mis deseos en este asunto desde que te conozco. Sí, Harriet, justo desde entonces he estado deseando que ocurriera exactamente lo que ha ocurrido. Nunca supe decir si un afecto entre tú y el señor Elton era más deseable o más natural. ¡Su probabilidad y su conveniencia de verdad han estado tan parejas! Soy muy feliz. Te felicito, mi querida Harriet, de todo corazón. Este es un afecto que una mujer puede enorgullecerse de haber despertado. Este es un enlace que no ofrece sino bienes. Te dará todo lo que te hace falta: consideración, independencia, un hogar como corresponde; te establecerá en el centro de todos tus verdaderos amigos, cerca de Hartfield y de mí, y confirmará nuestra intimidad para siempre. Esta, Harriet, es una unión que nunca podrá hacer ruborizar a ninguna de las dos».

«¡Querida señorita Woodhouse!» y «Querida señorita Woodhouse» fue todo lo que Harriet, entre muchos abrazos tiernos, pudo articular al principio; pero cuando llegaron a algo más parecido a una conversación, a su amiga le quedó suficientemente claro que veía, sentía, preveía y recordaba justo como debía. La superioridad del señor Elton recibió un reconocimiento muy amplio.

«Lo que usted dice siempre es cierto», exclamó Harriet, «y por eso supongo, y creo, y espero que tenga que ser así; pero de otro modo no lo habría podido imaginar. Está tan por encima de todo lo que merezco. ¡El señor Elton, que podría casarse con quien quisiera! No puede

haber dos opiniones sobre *él*. Es tan superior. Piense nada más en esos versos tan dulces: “A la señorita…”. ¡Dios mío, qué ingenioso! ¿De verdad puede ser para mí?».

«No puedo plantear una pregunta, ni escuchar una pregunta sobre eso. Es una certeza. Acéptalo confiando en mi juicio. Es una especie de prólogo de la obra, un epígrafe del capítulo; y pronto lo seguirá la prosa de los hechos».

«Es una cosa que nadie podría haber esperado. Estoy segura de que hace un mes yo misma no tenía ni idea. ¡Pasan las cosas más extrañas!».

«Cuando las señoritas Smith y los señores Elton se conocen, sí que pasan; y de verdad es extraño; está fuera de lo común que lo que es tan evidente, tan palpablemente deseable, lo que invita a que los demás lo arreglen de antemano, tome tan inmediatamente la forma debida. Tú y el señor Elton están llamados a unirse por su situación; se pertenecen el uno al otro por todas las circunstancias de sus respectivos hogares. Tu casamiento estará a la altura del de Randalls. Parece de verdad que hay algo en el aire de Hartfield que da al amor exactamente la dirección correcta y lo encauza justo por donde debe correr.

El curso del amor verdadero nunca corrió sereno.

»Una edición de Shakespeare hecha en Hartfield tendría una larga nota sobre ese pasaje».

«¡Que el señor Elton esté de verdad enamorado de mí, de mí, entre todas, que no lo conocía como para hablarle por San Miguel! ¡Y él, el hombre más apuesto que haya existido, y un hombre al que todos admiran, igual que al señor Knightley! Su compañía es tan solicitada que todos dicen que no tiene por qué comer solo ni una vez si no quiere; que tiene más invitaciones que días la semana. ¡Y tan excelente en la iglesia! La señorita Nash ha anotado todos los textos sobre los que ha predicado desde que llegó a Highbury. ¡Dios mío! ¡Cuando me acuer-

do de la primera vez que lo vi! ¡Qué poco me imaginaba! Las dos Abbot y yo corrimos a la sala de adelante y espiamos por la persiana cuando oímos que iba pasando, y la señorita Nash vino y nos sacó de ahí a retos, y se quedó mirando ella misma; pero enseguida me llamó y me dejó mirar también, lo que fue muy amable de su parte. ¡Y qué hermoso nos pareció! Iba del brazo con el señor Cole».

«Esta es una unión que, quienesquiera, comoquiera que sean tus allegados, tiene que resultarles agradable, siempre que tengan sentido común; y no vamos a ajustar nuestra conducta a los tontos. Si están ansiosos de verte casada *felizmente*, aquí hay un hombre cuyo carácter amable da toda garantía de ello; si desean verte establecida en la misma región y el mismo círculo en que han elegido ponerte, aquí se cumplirá; y si su único objetivo es que te cases *bien*, como se dice comúnmente, aquí están la fortuna holgada, la posición respetable y el ascenso en el mundo que han de satisfacerlos».

«Sí, muy cierto. Qué bien habla usted; me encanta oírla. Usted lo entiende todo. Usted y el señor Elton son tan inteligentes el uno como el otro. ¡Esta charada! Aunque hubiera estudiado un año entero, nunca habría podido hacer nada parecido».

«Pensé que pensaba probar su habilidad, por su manera de negarse ayer».

«De verdad creo que es, sin excepción, la mejor charada que he leído nunca».

«Desde luego, nunca he leído una más oportuna».

«Es el doble de larga que casi todas las que hemos tenido hasta ahora».

«No considero que su largo hable particularmente a su favor. Esas cosas, en general, nunca son demasiado cortas».

Harriet estaba demasiado absorta en los versos para oír. Las comparaciones más satisfactorias le iban surgiendo en la mente.

«Una cosa es», dijo al rato, con las mejillas encendidas, «tener muy buen juicio de un modo común, como todo el mundo, y si hay algo

que decir, sentarse a escribir una carta y decir justo lo que hay que decir, en pocas palabras; y otra es escribir versos y charadas como esta».

Emma no podría haber deseado un rechazo más enérgico de la prosa del señor Martin.

«¡Qué versos tan dulces!», continuó Harriet, «¡estos dos últimos! Pero ¿cómo podré devolver el papel, o decir que lo he descubierto? ¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Qué podemos hacer con eso?».

«Déjamelo a mí. Tú no hagas nada. Él vendrá esta tarde, me imagino, y entonces se lo devolveré, y nos diremos una tontería u otra, y tú no quedarás comprometida. Tus dulces ojos elegirán su momento para brillar. Confía en mí».

«¡Oh, señorita Woodhouse, qué lástima que no pueda copiar esta charada tan hermosa en mi libro! Estoy segura de que no tengo ninguna ni la mitad de buena».

«Deja fuera los dos últimos versos, y no hay razón para que no la copies en tu libro».

«¡Oh! Pero esos dos versos son...».

«...Los mejores de todos. Concedido; para disfrutarlos en privado; y guárdalos para disfrutarlos en privado. No están en absoluto menos escritos, ¿sabes?, porque los separes. El pareado no deja de existir, ni cambia su sentido. Pero quítalo, y cesa toda *dedicatoria*, y queda una charada galante muy bonita, digna de cualquier colección. Puedes estar segura de que no le gustaría ver despreciada su charada más de lo que le gustaría ver despreciada su pasión. A un poeta enamorado hay que animarlo en ambas calidades, o en ninguna. Dame el libro, yo la copiaré, y así no podrá haber ningún reproche posible contra ti».

Harriet se sometió, aunque su mente apenas podía separar las partes, como para estar del todo segura de que su amiga no estaba copiando una declaración de amor. Le parecía una ofrenda demasiado preciosa para cualquier grado de publicidad.

«Nunca dejaré que ese libro salga de mis manos», dijo.

«Muy bien», contestó Emma; «es un sentimiento muy natural; y

cuanto más dure, más contenta estaré. Pero aquí viene mi padre; no te opondrás a que le lea la charada. ¡Le dará tanto placer! Le encanta cualquier cosa de esa clase, y sobre todo cualquier cosa que haga un cumplido a la mujer. ¡Tiene el más tierno espíritu de galantería hacia todas nosotras! Tienes que dejarme que se la lea».

Harriet se puso seria.

«Mi querida Harriet, no debes darle demasiadas vueltas a esta charada. Traicionarás tus sentimientos de un modo inconveniente si te muestras demasiado cohibida y demasiado rápida, y pareces darle más sentido, o incluso todo el sentido que se le puede dar. No te dejes abrumar por un tributo de admiración tan pequeño. Si él hubiera querido guardar el secreto, no habría dejado el papel estando yo presente; pero más bien lo empujó hacia mí que hacia ti. No nos pongamos demasiado solemnes con este asunto. Él tiene bastante aliento para seguir adelante sin que nosotras nos deshagamos en suspiros por esta charada».

«¡Oh, no! Espero no ponerme en ridículo con esto. Haga como quiera».

Entró el señor Woodhouse, y muy pronto volvió a llevar la conversación al tema con su frecuentísima pregunta: «Bueno, queridas, ¿cómo va su libro? ¿Tienen algo nuevo?».

«Sí, papá; tenemos algo que leerte, algo muy nuevo. Esta mañana se encontró sobre la mesa un papel (que dejó caer un hada, suponemos) con una charada muy bonita, y acabamos de copiarla».

Se la leyó, justo como a él le gustaba que le leyeran las cosas, despacio y con claridad, y dos o tres veces, explicando cada parte a medida que avanzaba; y él quedó muy complacido y, como ella había previsto, especialmente impresionado por la conclusión halagadora.

«Sí, eso es muy justo, de verdad, eso está muy bien dicho. Muy cierto. “La mujer, la hermosa mujer”. Es una charada tan bonita, querida, que puedo adivinar fácilmente qué hada la trajo. Nadie podría haberla escrito con tanta gracia sino tú, Emma».

Emma solo asintió con la cabeza y sonrió. Después de pensar un poco, y de un suspiro muy tierno, él añadió:

«¡Ah, no es difícil ver a quién has salido! ¡Tu querida madre era tan ingeniosa para todas esas cosas! ¡Si yo tuviera su memoria! Pero no puedo recordar nada; ni siquiera ese acertijo que me has oído mencionar; solo recuerdo la primera estrofa; y son varias.

Kitty, doncella hermosa pero helada,
encendió una llama que aún lamento;
al niño de ojos vendados llamé en mi ayuda,
aunque temía que se acercara,
tan fatal antes para mi pretensión.

»Y eso es todo lo que recuerdo; pero es muy ingenioso de principio a fin. Pero creo, querida, que dijiste que lo tenías».

«Sí, papá, está copiado en nuestra segunda página. Lo copiamos de los *Extractos elegantes*. Era de Garrick, ¿sabes?».

«Sí, muy cierto. Ojalá pudiera recordar más.

Kitty, doncella hermosa pero helada.

»El nombre me hace pensar en la pobre Isabella; porque estuvo a punto de que la bautizaran Catherine, por su abuela. Espero que la tengamos aquí la semana que viene. ¿Has pensado, querida, dónde la vas a poner, y qué cuarto habrá para los niños?».

«¡Oh, sí! Tendrá su propio cuarto, por supuesto; el cuarto que tiene siempre; y está el cuarto de los niños para ellos, como siempre, ¿sabes? ¿Por qué habría de cambiar algo?».

«No sé, querida; ¡pero hace tanto tiempo que no viene! No desde la Pascua pasada, y entonces solo por unos días. Que el señor John Knightley sea abogado es muy inconveniente. ¡Pobre Isabella! ¡Qué tristemente nos la han quitado a todos! ¡Y cuánto lamentará, cuando venga, no ver aquí a la señorita Taylor!».

«Al menos no se sorprenderá, papá».

«No sé, querida. Yo sé que me sorprendí muchísimo cuando supe que se iba a casar».

«Tenemos que invitar a cenar al señor y a la señora Weston mientras Isabella esté aquí».

«Sí, querida, si hay tiempo. Pero», en un tono muy abatido, «viene solo por una semana. No habrá tiempo para nada».

«Es una lástima que no puedan quedarse más, pero parece un caso de necesidad. El señor John Knightley tiene que estar de vuelta en la ciudad el día 28, y deberíamos estar agradecidos, papá, de que vayamos a tener todo el tiempo que pueden pasar en el campo, de que no se vayan a quitar dos o tres días para la abadía. El señor Knightley promete renunciar a su derecho esta Navidad, aunque tú sabes que hace más tiempo que no están con él que con nosotros».

«Sería de verdad muy duro, querida, que la pobre Isabella estuviera en otra parte que en Hartfield».

El señor Woodhouse nunca podía admitir los derechos del señor Knightley sobre su hermano, ni los derechos de nadie sobre Isabella, salvo los suyos. Se quedó cavilando un rato, y luego dijo:

«Pero no veo por qué la pobre Isabella tiene que volver tan pronto, aunque él tenga que hacerlo. Creo, Emma, que trataré de persuadirla de que se quede más tiempo con nosotros. Ella y los niños podrían quedarse muy bien».

«¡Ay, papá! Eso es lo que nunca has podido lograr, y no creo que lo logres nunca. Isabella no soporta quedarse sin su marido».

Esto era demasiado cierto para contradecirlo. Por poco grato que fuera, el señor Woodhouse no pudo sino lanzar un suspiro resignado; y como Emma vio que la idea del apego de su hija a su marido le afectaba el ánimo, de inmediato llevó la conversación hacia una rama del tema que por fuerza había de levantárselo.

«Harriet tiene que darnos toda la compañía que pueda mientras mi cuñado y mi hermana estén aquí. Estoy segura de que los niños le van

a encantar. Estamos muy orgullosos de los niños, ¿no es cierto, papá? Me pregunto cuál le parecerá más guapo, Henry o John».

«Sí, me pregunto cuál. Pobrecitos, qué contentos van a estar de venir. Les gusta mucho estar en Hartfield, Harriet».

«Me imagino que sí, señor. Estoy segura de que no sé a quién no le gusta».

«Henry es un niño muy hermoso, pero John se parece mucho a su mamá. Henry es el mayor; le pusieron mi nombre, no el de su padre. John, el segundo, lleva el nombre de su padre. A algunos, creo, les sorprende que no lo llevara el mayor, pero Isabella quiso que se llamara Henry, cosa que me pareció muy linda de su parte. Y es un niño muy inteligente, de verdad. Todos son notablemente inteligentes; y tienen unas maneras tan graciosas. Vienen y se paran junto a mi silla, y dicen: "Abuelito, ¿me das un pedacito de cordel?"; y una vez Henry me pidió un cuchillo, pero le dije que los cuchillos estaban hechos solo para los abuelitos. Creo que su padre es muy a menudo demasiado brusco con ellos».

«A ti te parece brusco», dijo Emma, «porque tú eres muy suave; pero si pudieras compararlo con otros papás, no te parecería brusco. Quiere que sus hijos sean activos y fuertes; y si se portan mal, a veces les dice una palabra dura; pero es un padre cariñoso; sin duda el señor John Knightley es un padre cariñoso. Los niños lo quieren mucho».

«¡Y luego viene su tío y los lanza hasta el techo de una manera espantosa!».

«Pero a ellos les gusta, papá; no hay nada que les guste tanto. Lo disfrutan de tal manera que, si su tío no hubiera puesto la regla de que se turnen, el que empezara nunca le cedería el lugar al otro».

«Bueno, no puedo entenderlo».

«Eso nos pasa a todos, papá. La mitad del mundo no puede entender los placeres de la otra mitad».

Más tarde esa mañana, y justo cuando las muchachas iban a separarse para prepararse para la comida de siempre a las cuatro, el héroe

de esta inimitable charada volvió a entrar. Harriet se dio vuelta; pero Emma pudo recibirlo con la sonrisa de siempre, y su ojo rápido pronto distinguió en el de él la conciencia de haber dado un paso audaz, de haber echado los dados; y se imaginó que venía a ver cómo habían caído. Su motivo aparente, sin embargo, era preguntar si la partida del señor Woodhouse podía armarse esa tarde sin él, o si él sería en el más mínimo grado necesario en Hartfield. Si lo era, todo lo demás tendría que ceder; pero si no, su amigo Cole le había insistido tanto en que cenara con él, le había dado tanta importancia, que le había prometido ir, condicionalmente.

Emma se lo agradeció, pero no podía permitir que por ellos le fallara a su amigo; su padre tenía asegurada su partida. Él volvió a insistir; ella volvió a negarse; y él parecía a punto de despedirse con una reverencia cuando ella, tomando el papel de la mesa, se lo devolvió:

«¡Oh! Aquí está la charada que tuvo la amabilidad de dejarnos; gracias por permitirnos verla. Nos gustó tanto que me he atrevido a copiarla en la colección de la señorita Smith. Espero que su amigo no lo tome a mal. Por supuesto, no he copiado más que los primeros ocho versos».

El señor Elton, sin duda, no sabía muy bien qué decir. Pareció bastante dudoso, bastante confundido; dijo algo sobre el «honor», miró a Emma y a Harriet, y luego, viendo el libro abierto sobre la mesa, lo tomó y lo examinó con mucha atención. Con la intención de dejar atrás un momento incómodo, Emma dijo sonriendo:

«Tiene que presentarle mis disculpas a su amigo; pero una charada tan buena no debe quedar reservada a una o dos personas. Puede estar seguro de la aprobación de todas las mujeres mientras escriba con tanta galantería».

«No vacilo en decir», contestó el señor Elton, aunque vacilaba bastante mientras hablaba, «no vacilo en decir, al menos si mi amigo siente en algo como *yo*, que no tengo la menor duda de que, si pudiera ver su pequeña efusión honrada como *yo* la veo (mirando otra vez el libro

y volviendo a dejarlo sobre la mesa), lo consideraría el momento de mayor orgullo de su vida».

Después de este discurso se fue lo antes posible. A Emma no le pareció demasiado pronto; porque, con todas sus buenas y agradables cualidades, había en sus discursos una especie de aparato que fácilmente la inclinaba a reírse. Se escapó corriendo a darse el gusto, dejando lo tierno y lo sublime del placer a cargo de Harriet.

Volumen I. Capítulo X

Aunque ya estaban a mediados de diciembre, aún no había hecho un tiempo que impidiera a las jóvenes damas hacer ejercicio con bastante regularidad; y al día siguiente Emma tenía que hacer una visita de caridad a una familia pobre y enferma que vivía un poco fuera de Highbury.

El camino a esa casita apartada bajaba por Vicarage Lane, una callejuela que salía en ángulo recto de la calle principal del lugar, ancha aunque irregular, y que, como puede deducirse, contenía la bendita morada del señor Elton. Primero había que pasar unas cuantas viviendas modestas, y luego, a cosa de un cuarto de milla callejuela abajo, se alzaba la vicaría, una casa vieja y no muy buena, casi tan pegada al camino como era posible. No tenía ninguna ventaja de ubicación; pero el actual propietario la había arreglado mucho; y, tal como era, no había posibilidad de que las dos amigas pasaran frente a ella sin aflojar el paso y mirar con atención. El comentario de Emma fue:

«Ahí está. Ahí irás a parar tú con tu libro de acertijos uno de estos días». El de Harriet fue:

«¡Oh, qué casa tan linda! ¡Qué hermosa! Ahí están las cortinas amarillas que tanto admira la señorita Nash».

«No suelo pasear por aquí *ahora*», dijo Emma mientras seguían andando, «pero *entonces* habrá un aliciente, y poco a poco llegaré a conocer íntimamente todos los setos, portones, estanques y árboles desmochados de esta parte de Highbury».

Emma descubrió que Harriet nunca en su vida había estado dentro de la vicaría, y su curiosidad por verla era tan extrema que, considerando exteriores y probabilidades, Emma solo podía clasificarla, como prueba de amor, junto con el hecho de que el señor Elton viera en ella un ingenio ágil.

«Ojalá pudiéramos arreglarlo», dijo; «pero no se me ocurre ningún pretexto pasable para entrar; ninguna criada sobre la cual quiera pedir informes a su ama de llaves, ningún recado de mi padre».

Cavilaba, pero no se le ocurrió nada. Tras un silencio mutuo de algunos minutos, Harriet volvió a empezar así:

«¡Me extraña tanto, señorita Woodhouse, que usted no esté casada, ni a punto de casarse! ¡Siendo tan encantadora como es!».

Emma se rio y contestó:

«Que yo sea encantadora, Harriet, no basta para inducirme a casarme; tendría que encontrar encantadoras a otras personas, al menos a otra persona. Y no solo no voy a casarme por ahora, sino que tengo muy poca intención de casarme nunca».

«¡Ah, eso dice usted! Pero no puedo creerlo».

«Tendría que ver a alguien muy superior a cualquiera que haya visto hasta ahora para sentirme tentada; el señor Elton, ya sabes (reponiéndose), está fuera de la cuestión; y *no* deseo ver a nadie así. Prefiero no ser tentada. De verdad no puedo cambiar a mejor. Si me casara, tendría que esperar arrepentirme».

«¡Dios mío! ¡Es tan raro oír hablar así a una mujer!».

«No tengo ninguno de los motivos habituales que llevan a las mujeres a casarse. ¡Si me enamorara, claro, sería otra cosa! Pero nunca he estado enamorada; no es mi manera, ni mi naturaleza; y no creo que lo esté nunca. Y, sin amor, estoy segura de que sería una tonta si cambiara una situación como la mía. Fortuna no me hace falta; ocupación no me hace falta; importancia no me hace falta: creo que pocas mujeres casadas son ni la mitad de dueñas de la casa de su marido que yo de Hartfield; y nunca, nunca podría esperar ser tan verdaderamente querida e importante, tan siempre la primera y tan siempre en lo cierto a los ojos de ningún hombre como lo soy a los de mi padre».

«¡Pero acabar siendo una solterona, como la señorita Bates!».

«Esa es la imagen más temible que podías presentarme, Harriet; y si pensara que alguna vez voy a ser como la señorita Bates, tan tonta,

tan satisfecha, tan sonriente, tan pesada, tan poco selectiva y tan poco exigente, y tan dada a contar todo lo relativo a todas las personas que me rodean, me casaría mañana. Pero entre *nosotras*, estoy convencida de que nunca podrá haber ningún parecido, salvo en no estar casadas».

«¡Pero aun así será usted una solterona! ¡Y eso es tan terrible!».

«No importa, Harriet, no seré una solterona pobre; ¡y es solo la pobreza lo que hace despreciable la soltería a ojos de un público generoso! ¡Una mujer soltera con una renta muy escasa tiene que ser una solterona ridícula y desagradable!, el blanco natural de las burlas de niños y niñas; pero una mujer soltera de buena fortuna es siempre respetable, y puede ser tan sensata y agradable como cualquiera. Y la distinción no va tanto contra la sinceridad y el sentido común del mundo como parece a primera vista; porque una renta muy escasa tiende a estrechar la mente y agriar el carácter. Los que apenas pueden vivir, y viven por fuerza en una sociedad muy reducida y por lo general muy inferior, bien pueden ser mezquinos y malhumorados. Esto no se aplica, sin embargo, a la señorita Bates; ella es solo demasiado bondadosa y demasiado tonta para mi gusto; pero, en general, es muy del gusto de todo el mundo, aunque sea soltera y aunque sea pobre. La pobreza desde luego no le ha estrechado la mente: de verdad creo que, si tuviera un solo chelín en el mundo, muy probablemente regalaría seis peniques; y nadie le tiene miedo: ese es un gran encanto».

«¡Dios mío! Pero ¿qué hará usted? ¿En qué se ocupará cuando sea vieja?».

«Si me conozco bien, Harriet, tengo una mente activa y ocupada, con muchísimos recursos propios; y no veo por qué habría de faltarme más ocupación a los cuarenta o a los cincuenta que a los veintiuno. Las ocupaciones habituales de la mujer, de las manos y de la mente, estarán tan a mi alcance entonces como lo están ahora, o sin ninguna variación importante. Si dibujo menos, leeré más; si dejo la música, me dedicaré a bordar alfombras. Y en cuanto a objetos de interés, objetos

para el afecto, que es en verdad el gran punto de inferioridad, cuya falta es realmente el gran mal que hay que evitar al *no* casarse, estaré muy bien provista, con todos los hijos de una hermana a quien quiero tanto para preocuparme por ellos. Habrá bastantes, con toda probabilidad, para proporcionar toda clase de emociones que pueda necesitar la vida en su declive. Habrá bastantes para toda esperanza y todo temor; y aunque mi cariño por ninguno pueda igualar el de un padre, va mejor con mis ideas de comodidad que algo más ardiente y más ciego. ¡Mis sobrinos y sobrinas! Muchas veces tendré una sobrina conmigo».

«¿Conoce a la sobrina de la señorita Bates? Es decir, sé que tiene que haberla visto cien veces, pero ¿se tratan?».

«¡Oh, sí! Siempre nos vemos obligadas a tratarnos cada vez que viene a Highbury. A propósito, *eso* casi basta para quitarle a una las ganas de tener una sobrina. ¡Dios me libre, al menos, de aburrir jamás a la gente ni la mitad con todos los Knightley juntos de lo que ella aburre con Jane Fairfax! Una acaba harta del solo nombre de Jane Fairfax. Cada carta suya se lee cuarenta veces; sus saludos a todos los amigos dan vueltas y más vueltas; y con que le mande a su tía el patrón de un peto, o le teja un par de ligas a su abuela, no se oye hablar de otra cosa durante un mes. Le deseo a Jane Fairfax todo lo mejor; pero me cansa a morir».

Se acercaban ya a la casita, y todos los temas ociosos quedaron atrás. Emma era muy compasiva; y las aflicciones de los pobres podían contar con el alivio de su atención personal y su bondad, de su consejo y su paciencia, tanto como con el de su bolsa. Entendía sus costumbres, sabía disculpar su ignorancia y sus tentaciones, no tenía expectativas novelescas de una virtud extraordinaria en aquellos por quienes la educación había hecho tan poco; se hacía cargo de sus penas con pronta simpatía, y siempre prestaba su ayuda con tanta inteligencia como buena voluntad. En este caso venía a visitar la enfermedad y la pobreza juntas; y después de quedarse allí todo el tiempo que pudo dar consuelo o consejo, salió de la casita con tal impresión de la escena

que, mientras se alejaban, le dijo a Harriet:

«Estas son las cosas que le hacen bien a una, Harriet. ¡Qué insignificante hacen parecer todo lo demás! Ahora siento como si no pudiera pensar en nada más que en estas pobres criaturas el resto del día; y sin embargo, ¿quién puede decir cuán pronto se me borrará todo de la mente?».

«Muy cierto», dijo Harriet. «¡Pobres criaturas! Una no puede pensar en otra cosa».

«Y de verdad no creo que la impresión se pase pronto», dijo Emma, mientras cruzaba el seto bajo y el escalón vacilante con que terminaba el sendero estrecho y resbaladizo que atravesaba el jardín de la casita, y que las devolvía a la callejuela. «No creo que se pase», deteniéndose a mirar una vez más toda la miseria exterior del lugar y a recordar la miseria aún mayor de adentro.

«¡Oh, Dios mío, no!», dijo su compañera.

Siguieron andando. La callejuela hacía una ligera curva; y pasada esa curva, el señor Elton apareció de inmediato a la vista, y tan cerca que Emma solo tuvo tiempo de decir además:

«¡Ah, Harriet! Aquí llega una prueba muy repentina de nuestra firmeza en los buenos pensamientos. Bueno (sonriendo), espero que se admita que, si la compasión ha producido esfuerzo y alivio para los que sufren, ha hecho todo lo que de verdad importa. Si sentimos por los desdichados lo bastante como para hacer por ellos todo lo que podemos, lo demás es simpatía vacía, que solo nos aflige a nosotras mismas».

Harriet apenas alcanzó a contestar «¡Oh, Dios mío, sí!» antes de que el caballero se les uniera. Las necesidades y los sufrimientos de la familia pobre, sin embargo, fueron el primer tema al encontrarse. Él iba a visitarlos. Ahora aplazaría su visita; pero tuvieron un coloquio muy interesante sobre lo que podía hacerse y lo que debía hacerse. El señor Elton entonces dio media vuelta para acompañarlas.

«Encontrarse en una misión como esta», pensó Emma; «coincidir en

un propósito caritativo; esto traerá un gran aumento de amor de ambos lados. No me extrañaría que provocara la declaración. Tendría que provocarla, si yo no estuviera aquí. Ojalá estuviera en cualquier otra parte».

Ansiosa por separarse de ellos todo lo que pudiera, poco después tomó un sendero estrecho, un poco elevado, a un lado de la callejuela, dejándolos juntos en el camino principal. Pero no llevaba ahí dos minutos cuando vio que la costumbre de Harriet de depender e imitar la estaba llevando también a ella hacia arriba, y que, en suma, pronto los tendría a los dos detrás. Eso no servía; se detuvo de inmediato, con el pretexto de tener que arreglar algo en el cordón de su botín, y agachándose de modo que ocupaba todo el sendero, les rogó que tuvieran la bondad de seguir adelante, que ella los alcanzaría en medio minuto. Hicieron lo que se les pedía; y para cuando juzgó razonable haber terminado con su botín, tuvo el consuelo de contar con otra demora a su alcance, pues la alcanzó una niña de la casita que salía, según le habían mandado, con su jarro, a buscar caldo a Hartfield. Caminar al lado de esta niña, hablarle y hacerle preguntas era lo más natural del mundo, o lo habría sido si en ese momento no hubiera actuado con un designio; y de este modo los otros pudieron seguir adelante sin ninguna obligación de esperarla. Sin embargo, sin quererlo, les fue ganando terreno: el paso de la niña era rápido, y el de ellos bastante lento; y eso la preocupó tanto más cuanto que era evidente que estaban en una conversación que les interesaba. El señor Elton hablaba con animación, Harriet escuchaba con una atención muy complacida; y Emma, después de mandar a la niña por delante, empezaba a pensar cómo podría quedarse un poco más atrás cuando los dos se dieron vuelta a mirar, y se vio obligada a unirse a ellos.

El señor Elton seguía hablando, todavía ocupado en algún detalle interesante; y Emma sintió cierta decepción al descubrir que solo le estaba haciendo a su bella compañera el relato de la cena del día anterior en casa de su amigo Cole, y que ella misma llegaba a tiempo para

el queso Stilton, el de North Wiltshire, la mantequilla, el apio, la betarraga y todo el postre.

«Esto pronto habría llevado a algo mejor, desde luego», fue su reflexión consoladora; «cualquier cosa interesa entre los que se aman; y cualquier cosa sirve de introducción a lo que está cerca del corazón. ¡Si tan solo hubiera podido mantenerme lejos más tiempo!».

Siguieron caminando juntos en silencio hasta tener a la vista la empalizada de la vicaría, cuando una resolución repentina de al menos hacer entrar a Harriet en la casa le hizo encontrar otra vez algo muy mal en su botín y quedarse atrás para arreglarlo una vez más. Entonces rompió el cordón de un tirón y, arrojándolo con destreza a una zanja, pronto se vio obligada a rogarles que se detuvieran, y reconoció que no podía arreglarse de modo de poder volver a casa caminando con razonable comodidad.

«Se me ha perdido parte del cordón», dijo, «y no sé cómo me las voy a arreglar. De verdad soy una compañera de lo más molesta para ustedes dos, pero espero no andar a menudo tan mal equipada. Señor Elton, debo pedirle permiso para detenerme en su casa y pedirle a su ama de llaves un pedazo de cinta o de cordel, o cualquier cosa que me sujete el botín».

El señor Elton se mostró la felicidad misma ante esta propuesta; y nada podía superar su diligencia y su atención al conducirlas a su casa y al esforzarse por que todo se viera de la mejor manera. La habitación a la que las llevaron era la que él ocupaba principalmente, y daba al frente; detrás había otra que comunicaba directamente con ella; la puerta entre las dos estaba abierta, y Emma pasó a la otra con el ama de llaves para recibir su ayuda con la mayor comodidad. Se vio obligada a dejar la puerta entreabierta como la había encontrado; pero tenía toda la intención de que el señor Elton la cerrara. Sin embargo, no la cerró; siguió entreabierta; pero entreteniendo al ama de llaves con una conversación incesante, esperaba hacer posible que él eligiera su propio tema en la habitación de al lado. Durante diez minutos no pudo

oír más que su propia voz. No se podía prolongar más. Entonces se vio obligada a dar por terminado el arreglo y a presentarse.

Los enamorados estaban de pie juntos en una de las ventanas. Tenía un aspecto de lo más favorable; y durante medio minuto Emma sintió la gloria de haber tramado con éxito. Pero no hubo caso; él no había llegado al punto. Había estado de lo más agradable, de lo más encantador; le había dicho a Harriet que las había visto pasar y las había seguido a propósito; había dejado caer otras pequeñas galanterías y alusiones, pero nada serio.

«Cauteloso, muy cauteloso», pensó Emma; «avanza palmo a palmo, y no arriesgará nada hasta creerse seguro».

Aun así, sin embargo, aunque su ingenioso recurso no lo había logrado todo, no podía dejar de felicitarse de que hubiera sido ocasión de mucho disfrute presente para ambos, y de que tenía que estar llevándolos hacia el gran acontecimiento.

Volumen I. Capítulo XI

Al señor Elton había que dejarlo ahora a su suerte. Ya no estaba en manos de Emma vigilar su felicidad ni apresurar sus pasos. La llegada de la familia de su hermana estaba tan próxima que, primero como expectativa y luego como realidad, pasó a ser desde entonces su principal objeto de interés; y durante los diez días que pasarían en Hartfield no era de esperar (ella misma no lo esperaba) que pudiera prestar a los enamorados más que una ayuda ocasional y fortuita. Podían avanzar rápido si querían, de todos modos; de un modo u otro tenían que avanzar, quisieran o no. Ella apenas deseaba tener más tiempo libre para ellos. Hay personas que, cuanto más se hace por ellas, menos hacen por sí mismas.

El señor y la señora de John Knightley, por haber estado ausentes de Surrey más tiempo que de costumbre, despertaban, como es natural, bastante más interés que el habitual. Hasta ese año, cada una de las largas vacaciones desde su matrimonio se había repartido entre Hartfield y la abadía de Donwell; pero todos los días de descanso de ese otoño se habían dedicado a los baños de mar de los niños, y por eso hacía muchos meses que sus parientes de Surrey no los veían con la regularidad acostumbrada, y que el señor Woodhouse no los veía en absoluto, pues no había podido decidirse a llegar hasta Londres ni siquiera por la pobre Isabella; y que, en consecuencia, se anticipaba ahora a esa visita demasiado corta con una felicidad de lo más nerviosa y aprensiva.

Pensaba mucho en los males del viaje para ella, y no poco en las fatigas de sus propios caballos y de su cochero, que debían traer a parte del grupo en la última mitad del trayecto; pero sus alarmas eran inútiles, pues las dieciséis millas se recorrieron felizmente, y el señor y la señora de John Knightley, sus cinco hijos y un número suficiente de ni-

ñeras llegaron todos a Hartfield sanos y salvos. El ajetreo y la alegría de semejante llegada, con tantos a quienes hablar, dar la bienvenida, animar y repartir y acomodar de diversas maneras, produjeron un ruido y una confusión que sus nervios no habrían soportado por ninguna otra causa, ni habrían aguantado mucho más tiempo ni siquiera por esta; pero la señora de John Knightley respetaba tanto las costumbres de Hartfield y los sentimientos de su padre que, a pesar de su solicitud de madre por el inmediato bienestar de sus pequeños, y porque tuvieran al instante toda la libertad y los cuidados, toda la comida y la bebida, el sueño y el juego que pudieran desear, sin la menor demora, nunca se permitió que los niños lo molestaran mucho tiempo, ni ellos mismos ni el inquieto ir y venir de quienes los atendían.

La señora de John Knightley era una mujercita bonita y elegante, de modales suaves y tranquilos, y de un natural notablemente amable y cariñoso; entregada a su familia; esposa abnegada, madre que adoraba a sus hijos, y tan tiernamente apegada a su padre y a su hermana que, de no ser por aquellos lazos más altos, un amor más ardiente habría parecido imposible. Nunca era capaz de verle un defecto a ninguno de ellos. No era una mujer de mucho entendimiento ni de gran viveza; y con este parecido a su padre había heredado también buena parte de su constitución: era delicada de salud, cuidaba en exceso la de sus hijos, tenía muchos temores y muchos nervios, y estaba tan encariñada con su señor Wingfield de Londres como su padre podía estarlo con el señor Perry. Se parecían también en una benevolencia general de carácter y en un firme hábito de estima hacia todos sus viejos conocidos.

El señor John Knightley era un hombre alto, de porte de caballero y muy inteligente; prosperaba en su profesión, era hogareño y respetable en su vida privada, pero de modales reservados que le impedían agradar en general, y capaz de estar a veces de mal humor. No era un hombre de mal genio, ni se enfadaba sin razón con tanta frecuencia como para merecer ese reproche; pero el carácter no era su mayor perfec-

ción; y, a decir verdad, con una esposa que lo adoraba de ese modo, era casi imposible que no se acentuaran los defectos naturales que tuviera. La extrema dulzura del carácter de ella tenía que perjudicar el de él. Tenía toda la claridad y la rapidez de inteligencia que a ella le faltaban, y a veces era capaz de un gesto descortés o de decir algo severo.

No era muy del agrado de su bella cuñada. Nada malo en él se le escapaba. Sentía enseguida los pequeños agravios hechos a Isabella, que Isabella misma nunca sentía. Tal vez le habría pasado más cosas por alto si sus modales hubieran sido halagadores con la hermana de Isabella, pero no eran más que los de un hermano y amigo serenamente amable, sin elogios y sin ceguera; aunque difícilmente un cumplido personal, por grande que fuera, la habría hecho olvidar lo que a sus ojos era el mayor defecto de todos, en el que él caía a veces: la falta de una respetuosa paciencia con su padre. En eso no siempre tenía la paciencia que habría sido de desear. Las manías y el desasosiego del señor Woodhouse lo provocaban a veces a una objeción razonable o a una réplica cortante, igualmente fuera de lugar. No ocurría a menudo, pues el señor John Knightley tenía de veras un gran aprecio por su suegro y, en general, una clara conciencia de lo que le debía; pero ocurría con demasiada frecuencia para la caridad de Emma, sobre todo porque a menudo había que soportar toda la pena de temerlo, aunque la ofensa no llegara. El comienzo de cada visita, sin embargo, no mostraba más que los sentimientos más correctos, y como esta tenía que ser forzosamente tan corta, cabía esperar que transcurriera en una cordialidad sin mancha. No llevaban mucho rato sentados y tranquilos cuando el señor Woodhouse, con un melancólico movimiento de cabeza y un suspiro, llamó la atención de su hija sobre el triste cambio ocurrido en Hartfield desde la última vez que ella había estado allí.

«¡Ah, querida!», dijo, «la pobre señorita Taylor... Es un asunto penoso».

«¡Oh, sí, papá!», exclamó ella con pronta compasión, «¡cuánto de-

bes de echarla de menos! ¡Y la querida Emma también! ¡Qué pérdida tan terrible para los dos! Me he apenado tanto por ustedes. No podía imaginar cómo podrían arreglárselas sin ella. Es un triste cambio, de veras. Pero espero que ella esté bastante bien, papá».

«Bastante bien, querida... espero... bastante bien. Me parece que el lugar no le sienta del todo mal».

El señor John Knightley preguntó entonces a Emma, en voz baja, si había alguna duda sobre el aire de Randalls.

«¡Oh, no! Ninguna en absoluto. Nunca he visto a la señora Weston mejor en mi vida, nunca con tan buen aspecto. Papá solo expresa su propia pena».

«Lo cual honra mucho a los dos», fue la gentil respuesta.

«¿Y la ves con bastante frecuencia, papá?», preguntó Isabella con el tono lastimero que tan bien le iba a su padre.

El señor Woodhouse vaciló. «Ni de lejos con tanta frecuencia como quisiera, querida».

«¡Oh, papá! Desde que se casaron solo hemos dejado de verlos un día entero. Todos los días, menos uno, por la mañana o por la tarde, hemos visto al señor Weston o a la señora Weston, y por lo general a los dos, ya sea en Randalls o aquí... y, como puedes suponer, Isabella, con más frecuencia aquí. Son muy, muy amables en sus visitas. El señor Weston es de verdad tan amable como ella. Papá, si hablas de ese modo tan melancólico, le darás a Isabella una idea equivocada de todos nosotros. Todo el mundo tiene que comprender que a la señorita Taylor se la eche de menos, pero todo el mundo debería saber también que el señor y la señora Weston hacen de veras que no la echemos de menos, ni de lejos, tanto como nosotros mismos temíamos; y esa es la pura verdad».

«Tal como debe ser», dijo el señor John Knightley, «y tal como esperaba que fuera por sus cartas. No se podía dudar de su deseo de tener atenciones con ustedes, y el hecho de que él sea un hombre desocupado y sociable lo facilita todo. Siempre te he dicho, mi amor, que no

creía que el cambio fuera tan importante para Hartfield como temías; y ahora que tienes el relato de Emma, espero que te quedes tranquila».

«Pues, desde luego», dijo el señor Woodhouse, «sí, ciertamente... No puedo negar que la señora Weston, la pobre señora Weston, viene a vernos con bastante frecuencia... pero luego... siempre tiene que irse otra vez».

«Sería muy duro para el señor Weston que no lo hiciera, papá. Te olvidas por completo del pobre señor Weston».

«Creo, en efecto», dijo John Knightley de buen humor, «que el señor Weston tiene algún pequeño derecho. Usted y yo, Emma, nos atreveremos a tomar el partido del pobre marido. Yo, que soy marido, y usted, que no es esposa, es muy probable que sintamos con igual fuerza los derechos del hombre. En cuanto a Isabella, lleva casada el tiempo suficiente para ver lo cómodo que es dejar a un lado a todos los señores Weston tanto como pueda».

«¿Yo, mi amor?», exclamó su esposa, que oía y entendía solo a medias. «¿Hablas de mí? Estoy segura de que nadie debería ser, ni puede ser, más partidaria del matrimonio que yo; y si no hubiera sido por la desdicha de que dejara Hartfield, nunca habría pensado en la señorita Taylor más que como la mujer más afortunada del mundo; y en cuanto a menospreciar al señor Weston, a ese excelente señor Weston, creo que no hay nada que no merezca. Creo que es uno de los hombres de mejor carácter que han existido. Exceptuándote a ti y a tu hermano, no conozco a nadie que lo iguale en carácter. Nunca olvidaré cómo le hizo volar la cometa a Henry aquel día de tanto viento, la Pascua pasada; y desde su especial amabilidad de hace un año en septiembre, cuando escribió aquella nota a las doce de la noche solo para asegurarme que no había escarlatina en Cobham, estoy convencida de que no puede existir un corazón más sensible ni un hombre mejor. Si alguien puede merecerlo, tiene que ser la señorita Taylor».

«¿Dónde está el joven?», dijo John Knightley. «¿Ha venido con esta ocasión, o no?».

«Todavía no ha venido», respondió Emma. «Se esperaba con mucha confianza que viniera poco después de la boda, pero no resultó nada; y últimamente no he oído hablar de él».

«Pero deberías contarles lo de la carta, querida», dijo su padre. «Le escribió una carta a la pobre señora Weston para felicitarla, y era una carta muy correcta y muy bonita. Ella me la mostró. Me pareció que había hecho muy bien, de veras. Si fue idea suya, ya sabes, no se puede saber. Es muy joven, y su tío, quizá...».

«Mi querido papá, tiene veintitrés años. Te olvidas de cómo pasa el tiempo».

«¡Veintitrés años! ¿De veras? Pues no lo habría creído... ¡y tenía solo dos años cuando perdió a su pobre madre! ¡Vaya si vuela el tiempo! Y yo tengo muy mala memoria. De todos modos, era una carta excelente y muy linda, y dio muchísimo gusto al señor y a la señora Weston. Recuerdo que estaba escrita en Weymouth, con fecha del 28 de septiembre, y empezaba "Mi querida señora", pero no recuerdo cómo seguía; y venía firmada "F. C. Weston Churchill". Eso lo recuerdo perfectamente».

«¡Qué amable y qué correcto de su parte!», exclamó la bondadosa señora de John Knightley. «No me cabe duda de que es un joven amabilísimo. ¡Pero qué triste que no viva en casa con su padre! ¡Es algo tan chocante que a un niño lo aparten de sus padres y de su hogar natural! Nunca he podido comprender cómo el señor Weston pudo separarse de él. ¡Renunciar a un hijo! De verdad que nunca podría pensar bien de nadie que le propusiera semejante cosa a otro».

«Me imagino que nadie ha pensado nunca bien de los Churchill», observó fríamente el señor John Knightley. «Pero no tienes por qué imaginar que el señor Weston haya sentido lo que tú sentirías si renunciaras a Henry o a John. El señor Weston es más bien un hombre despreocupado y de carácter alegre que un hombre de sentimientos fuertes; toma las cosas como vienen y de un modo u otro sabe disfrutarlas, y sospecho que para su bienestar depende mucho más de lo que se lla-

ma la sociedad, es decir, de poder comer y beber y jugar al whist con sus vecinos cinco veces por semana, que del afecto familiar o de cualquier cosa que ofrezca el hogar».

A Emma no podía gustarle lo que rozaba una crítica al señor Weston, y estuvo a punto de responder; pero se contuvo y lo dejó pasar. Mantendría la paz si era posible; y había algo honroso y valioso en aquellos fuertes hábitos hogareños, en esa suficiencia total del hogar para él, de donde nacía la tendencia de su cuñado a mirar con desdén el trato social corriente y a quienes le daban importancia. Eso merecía mucha indulgencia.

Volumen I. Capítulo XII

El señor Knightley iba a cenar con ellos, bastante en contra de la inclinación del señor Woodhouse, a quien no le gustaba que nadie compartiera con él el primer día de Isabella. Pero el sentido de lo correcto de Emma lo había decidido; y además de considerar lo que se debía a cada uno de los hermanos, sentía un placer especial, por el reciente desacuerdo entre el señor Knightley y ella, en procurarle la invitación que le correspondía.

Esperaba que ahora pudieran volver a ser amigos. Pensaba que era hora de hacer las paces. Hacer las paces, en realidad, no serviría. *Ella*, desde luego, no se había equivocado, y *él* nunca reconocería que se había equivocado. Ceder era impensable; pero era hora de aparentar que olvidaban que hubieran reñido alguna vez; y esperaba que más bien ayudara a restablecer la amistad que, cuando él entrara en la sala, ella tuviera consigo a uno de los niños: la más pequeña, una niñita preciosa de unos ocho meses, que hacía ahora su primera visita a Hartfield y estaba feliz de que la hicieran bailar en brazos de su tía. Sí ayudó, porque aunque él empezó con miradas graves y preguntas breves, pronto se dejó llevar a hablar de todos ellos como de costumbre y a quitarle a la niña de los brazos con toda la falta de ceremonia de una perfecta amistad. Emma sintió que volvían a ser amigos; y como esa convicción le dio primero una gran satisfacción y luego un poco de picardía, no pudo evitar decir, mientras él admiraba a la criatura:

«¡Qué consuelo que pensemos lo mismo de nuestros sobrinos y sobrinas! En cuanto a los hombres y las mujeres, nuestras opiniones son a veces muy distintas; pero respecto de estos niños, observo que nunca discrepamos».

«Si en su juicio sobre los hombres y las mujeres se guiara tanto por la naturaleza, y estuviera tan poco bajo el poder de la fantasía y el ca-

pricho en su trato con ellos, como cuando se trata de estos niños, podríamos pensar siempre lo mismo».

«Desde luego... nuestras discordancias tienen que nacer siempre de que yo me equivoco».

«Sí», dijo él, sonriendo, «y con buena razón. Yo tenía dieciséis años cuando usted nació».

«Una diferencia importante entonces», respondió ella, «y sin duda usted me era muy superior en juicio en aquella época de nuestras vidas; pero ¿el paso de veintiún años no acerca bastante nuestros entendimientos?».

«Sí, los *acerca* bastante».

«Pero no lo suficiente como para darme la posibilidad de tener razón si pensamos distinto».

«Todavía le llevo la ventaja de dieciséis años de experiencia, y la de no ser una joven bonita y una niña mimada. Vamos, mi querida Emma, seamos amigos y no hablemos más del asunto. Dile a tu tía, pequeña Emma, que debería darte mejor ejemplo que andar renovando viejos agravios, y que si antes no se equivocaba, ahora sí».

«Es cierto», exclamó ella, «muy cierto. Pequeña Emma, crece para ser una mujer mejor que tu tía. Sé infinitamente más lista y ni la mitad de vanidosa. Ahora, señor Knightley, una o dos palabras más y he terminado. En cuanto a las buenas intenciones, *los dos* teníamos razón, y debo decir que ninguna consecuencia de mi lado de la discusión ha resultado todavía errada. Solo quiero saber que el señor Martin no está muy, muy amargamente desilusionado».

«Un hombre no puede estarlo más», fue su respuesta breve y rotunda.

«¡Ah! De veras que lo siento mucho. Vamos, deme la mano».

Acababa de hacerse esto, y con gran cordialidad, cuando apareció John Knightley, y «¿Qué tal, George?» y «John, ¿cómo estás?» se sucedieron al más puro estilo inglés, sepultando bajo una calma que parecía casi indiferencia el verdadero afecto que habría llevado a cualquie-

ra de los dos, de ser necesario, a hacerlo todo por el bien del otro.

La velada fue tranquila y conversada, pues el señor Woodhouse renunció por completo a las cartas a cambio de una cómoda charla con su querida Isabella, y el pequeño grupo se dividió con naturalidad en dos: de un lado él y su hija; del otro, los dos señores Knightley; sus temas eran del todo distintos o se mezclaban muy rara vez, y Emma solo de cuando en cuando se sumaba a uno u otro.

Los hermanos hablaban de sus propios asuntos y ocupaciones, pero sobre todo de los del mayor, que era con mucho el de carácter más comunicativo y siempre el más conversador. Como magistrado, tenía por lo general algún punto de derecho que consultar con John o, por lo menos, alguna anécdota curiosa que contar; y como granjero, puesto que llevaba él mismo la granja de la casa en Donwell, tenía que contar lo que daría cada campo el año siguiente y dar todas esas noticias locales que no podían dejar de interesar a un hermano para quien aquella había sido igualmente su casa durante la mayor parte de su vida, y cuyos afectos eran firmes. El proyecto de un desagüe, el cambio de una cerca, la tala de un árbol y el destino de cada acre para trigo, nabos o cereal de primavera eran examinados por John con tanta igualdad de interés como se lo permitían sus modales más fríos; y si su bien dispuesto hermano le dejaba alguna vez algo por preguntar, sus preguntas llegaban incluso a tener un tono de avidez.

Mientras ellos estaban así cómodamente ocupados, el señor Woodhouse disfrutaba con su hija de un torrente de felices pesares y temeroso cariño.

«Mi pobre y querida Isabella», dijo, tomándole la mano con ternura e interrumpiendo por unos momentos sus afanosos trabajos para alguno de sus cinco hijos, «¡cuánto tiempo, qué tiempo tan terriblemente largo desde que estuviste aquí! ¡Y qué cansada debes de estar después del viaje! Tienes que acostarte temprano, querida, y te recomiendo tomar unas gachas antes de irte. Tú y yo tomaremos juntos un buen tazón de gachas. Mi querida Emma, ¿y si todos tomamos unas gachas?».

Emma no podía suponer nada semejante, pues sabía que los dos señores Knightley eran tan imposibles de persuadir en ese artículo como ella misma; y se pidieron solo dos tazones. Tras un poco más de discurso en alabanza de las gachas, con cierto asombro de que no las tomara todo el mundo todas las noches, él pasó a decir, con aire de grave reflexión:

«Fue un asunto desafortunado, querida, que pasaras el otoño en South End en lugar de venir aquí. Nunca he tenido muy buena opinión del aire de mar».

«El señor Wingfield nos lo recomendó con muchísima insistencia, papá; si no, no habríamos ido. Lo recomendó para todos los niños, pero sobre todo por la debilidad de garganta de la pequeña Bella: tanto el aire de mar como los baños».

«¡Ah, querida! Pero Perry tenía muchas dudas de que el mar le hiciera algún bien; y en cuanto a mí, hace tiempo que estoy perfectamente convencido, aunque quizá nunca te lo había dicho, de que el mar muy rara vez le sirve a nadie. Estoy seguro de que una vez casi me mata».

«Vamos, vamos», exclamó Emma, sintiendo que el tema era peligroso, «debo rogarles que no hablen del mar. Me da envidia y me hace desdichada... ¡a mí, que nunca lo he visto! South End queda prohibido, por favor. Mi querida Isabella, todavía no te he oído preguntar por el señor Perry; y él nunca se olvida de ti».

«¡Oh! El buen señor Perry... ¿cómo está, papá?».

«Pues bastante bien; pero no del todo bien. El pobre Perry anda bilioso, y no tiene tiempo de cuidarse... me dice que no tiene tiempo de cuidarse... lo cual es muy triste... pero lo necesitan siempre por toda la comarca. Supongo que no hay hombre con tanta clientela en ninguna parte. Pero es que no hay en ninguna parte un hombre tan inteligente».

«¿Y la señora Perry y los niños, cómo están? ¿Crecen los niños? Le tengo un gran aprecio al señor Perry. Espero que venga pronto de visi-

ta. Le dará tanto gusto ver a mis pequeños».

«Espero que venga mañana, porque tengo que hacerle una o dos preguntas de cierta importancia sobre mí. Y, querida, cuando venga, harías bien en dejarle mirar la garganta de la pequeña Bella».

«¡Oh, mi querido papá! Su garganta está tanto mejor que casi no me preocupa. O los baños le han hecho muchísimo bien, o hay que atribuirlo a una excelente friega del señor Wingfield que le hemos estado aplicando de vez en cuando desde agosto».

«No es muy probable, querida, que los baños le hayan servido de algo... y si hubiera sabido que necesitabas una friega, habría hablado con...».

«Me parece que te has olvidado de la señora y de la señorita Bates», dijo Emma. «No te he oído preguntar ni una vez por ellas».

«¡Oh! Las buenas Bates... me da mucha vergüenza... pero tú las mencionas en casi todas tus cartas. Espero que estén muy bien. La buena anciana señora Bates... iré a verla mañana y llevaré a mis hijos. Siempre les da tanto gusto ver a mis hijos. ¡Y esa excelente señorita Bates! ¡Gente tan digna en todo! ¿Cómo están, papá?».

«Pues bastante bien, querida, en general. Pero la pobre señora Bates tuvo un fuerte resfriado hace cosa de un mes».

«¡Cuánto lo siento! Pero nunca ha habido tantos resfriados como este otoño. El señor Wingfield me dijo que nunca los había visto tan extendidos ni tan fuertes, salvo cuando ha habido una verdadera gripe».

«Así ha sido en buena medida, querida; pero no en el grado que dices. Perry dice que los resfriados han estado muy extendidos, pero no tan fuertes como los ha visto muchísimas veces en noviembre. Perry no la considera, en conjunto, una temporada malsana».

«No, no sé si el señor Wingfield la considera *muy* malsana, salvo...».

«¡Ah, mi pobre niña querida! La verdad es que en Londres siempre es temporada malsana. En Londres nadie está sano, nadie puede estarlo. ¡Es algo terrible que te veas obligada a vivir allí! ¡Tan lejos! ¡Y con un aire tan malo!».

«No, de veras, *nosotros* no estamos para nada en un aire malo. ¡Nuestra parte de Londres es muy superior a casi todas las demás! No debes confundirnos con Londres en general, mi querido papá. Los alrededores de Brunswick Square son muy distintos de casi todo el resto. ¡Allí estamos tan aireados! Confieso que no me gustaría vivir en ninguna otra parte de la ciudad; casi no hay otra en la que me sentiría tranquila teniendo a mis hijos; ¡pero *nosotros* estamos tan notablemente aireados! El señor Wingfield cree que la vecindad de Brunswick Square es decididamente la más favorable en cuanto al aire».

«¡Ah, querida! No es como Hartfield. Tú le sacas el mejor partido, pero después de una semana en Hartfield todos ustedes son otras criaturas; no parecen los mismos. Ahora no puedo decir que ninguno de ustedes tenga buen aspecto».

«Siento oírte decir eso, papá; pero te aseguro que, salvo esos pequeños dolores de cabeza nerviosos y esas palpitaciones de los que nunca me libro del todo en ninguna parte, yo estoy muy bien; y si los niños estaban algo pálidos antes de acostarse, era solo porque estaban un poco más cansados que de costumbre por el viaje y por la felicidad de venir. Espero que mañana su aspecto te parezca mejor; porque te aseguro que el señor Wingfield me dijo que no creía habernos despedido nunca a todos en tan buen estado. Confío, al menos, en que no te parezca que el señor Knightley tiene mal aspecto», volviendo los ojos con afectuosa inquietud hacia su marido.

«Regular, querida; no puedo hacerte un cumplido. Me parece que el señor John Knightley está muy lejos de tener buen aspecto».

«¿Qué pasa, señor? ¿Me hablaba?», exclamó el señor John Knightley, al oír su propio nombre.

«Siento ver, mi amor, que a mi padre no le parece que tengas buen aspecto... pero espero que sea solo porque estás un poco fatigado. Sin embargo, como sabes, me habría gustado que hubieras visto al señor Wingfield antes de salir de casa».

«Mi querida Isabella», exclamó él apresuradamente, «te ruego que

no te preocupes por mi aspecto. Conténtate con medicarte y mimarte a ti misma y a los niños, y déjame tener el aspecto que me dé la gana».

«No entendí del todo lo que le contaba a su hermano», exclamó Emma, «de que su amigo el señor Graham tiene la intención de traer un administrador de Escocia para que se ocupe de su nueva propiedad. ¿Qué resultará de eso? ¿No será demasiado fuerte el viejo prejuicio?».

Y habló de este modo tanto tiempo y con tanto éxito que, cuando se vio obligada a prestar atención de nuevo a su padre y a su hermana, no tuvo que oír nada peor que la amable pregunta de Isabella por Jane Fairfax; y a Jane Fairfax, aunque en general no era muy de su agrado, en ese momento ayudó muy contenta a elogiarla.

«¡Esa dulce y amable Jane Fairfax!», dijo la señora de John Knightley. «¡Hace tanto que no la veo, salvo de vez en cuando, un momento, por casualidad, en Londres! ¡Qué felicidad debe de ser para su buena abuela y su excelente tía cuando viene a visitarlas! Siempre lamento muchísimo, por la querida Emma, que no pueda estar más tiempo en Highbury; pero ahora que su hija se ha casado, supongo que el coronel y la señora Campbell no podrán separarse de ella en absoluto. Sería una compañera tan encantadora para Emma».

El señor Woodhouse estuvo de acuerdo con todo, pero añadió:

«Nuestra amiguita Harriet Smith, sin embargo, es una joven igual de linda y de amable. Te gustará Harriet. Emma no podría tener mejor compañera que Harriet».

«Me alegra muchísimo oírlo... ¡pero de Jane Fairfax es de quien se sabe que es tan instruida y tan superior! Y tiene exactamente la edad de Emma».

Se habló de este tema con mucha armonía, y le siguieron otros de igual importancia, que transcurrieron con igual armonía; pero la velada no terminó sin un pequeño regreso de la agitación. Llegaron las gachas y dieron muchísimo que decir: muchos elogios y muchos comentarios, la decisión indudable de que eran saludables para toda constitu-

ción, y unas filípicas bastante severas contra las muchas casas donde nunca se encontraban pasables; pero, por desgracia, entre los fracasos que la hija tuvo que citar, el más reciente y, por tanto, el más destacado, fue el de su propia cocinera en South End, una joven contratada para esa temporada que nunca había podido entender qué quería decir ella con un tazón de buenas gachas suaves, ligeras, pero no demasiado ligeras. Por mucho que las hubiera deseado y pedido, nunca había logrado nada pasable. Ahí había un resquicio peligroso.

«¡Ah!», dijo el señor Woodhouse, moviendo la cabeza y fijando en ella los ojos con tierna preocupación. Para el oído de Emma, la exclamación quería decir: «¡Ah! No tienen fin las tristes consecuencias de que fueras a South End. Es mejor ni hablar de ello». Y durante un rato ella esperó que no hablara de ello, y que una rumia silenciosa bastara para devolverle el gusto por sus propias gachas suaves. Sin embargo, tras un intervalo de algunos minutos, empezó así:

«Siempre lamentaré mucho que este otoño fueras al mar en lugar de venir aquí».

«Pero ¿por qué tendrías que lamentarlo, papá? Te aseguro que a los niños les hizo muchísimo bien».

«Y además, si tenían que ir al mar, más valía que no fuera a South End. South End es un lugar malsano. Perry se sorprendió al saber que se habían decidido por South End».

«Sé que mucha gente tiene esa idea, pero de veras que es un completo error, papá. Allí todos tuvimos una salud perfecta, nunca sentimos la menor molestia por el barro; y el señor Wingfield dice que es un error absoluto suponer que el lugar es malsano; y estoy segura de que se puede confiar en él, porque entiende a fondo la naturaleza del aire, y su propio hermano y su familia han estado allí repetidas veces».

«Debiste ir a Cromer, querida, si ibas a algún lado. Perry estuvo una vez una semana en Cromer, y lo tiene por el mejor de todos los lugares de baños de mar. Un mar hermoso y abierto, dice, y un aire muy

puro. Y, por lo que entiendo, allí podrían haber tenido alojamiento bien lejos del mar, a un cuarto de milla, muy cómodo. Debiste consultar a Perry».

«Pero, mi querido papá, la diferencia del viaje... piensa solo en lo grande que habría sido. Cien millas, quizá, en lugar de cuarenta».

«¡Ah, querida! Como dice Perry, cuando está en juego la salud, no hay que considerar nada más; y si uno ha de viajar, no hay mucho que elegir entre cuarenta millas y cien. Mejor no moverse en absoluto, mejor quedarse del todo en Londres que viajar cuarenta millas para meterse en un aire peor. Eso es justo lo que dijo Perry. Le pareció una medida muy desacertada».

Los intentos de Emma por detener a su padre habían sido inútiles; y cuando él llegó a un punto como este, no pudo extrañarle que su cuñado estallara.

«El señor Perry», dijo él, con una voz de muy fuerte disgusto, «haría bien en guardarse su opinión hasta que se la pidan. ¿Por qué se toma como asunto suyo extrañarse de lo que yo hago? ¿De que lleve a mi familia a una parte de la costa o a otra? Espero que se me permita el uso de mi juicio tanto como al señor Perry. No necesito sus indicaciones más que sus medicinas». Hizo una pausa y, calmándose en un momento, añadió con una sequedad solo sarcástica: «Si el señor Perry puede decirme cómo llevar a una esposa y cinco hijos a una distancia de ciento treinta millas sin más gasto ni más molestia que a una distancia de cuarenta, yo estaría tan dispuesto a preferir Cromer a South End como él mismo».

«Cierto, cierto», exclamó el señor Knightley, interponiéndose con toda prontitud, «muy cierto. Esa sí que es una consideración. Pero, John, en cuanto a lo que te contaba de mi idea de mover el camino a Langham, de desviarlo más a la derecha para que no atraviese los prados de la casa, no veo ninguna dificultad. No lo intentaría si fuera a causarle molestias a la gente de Highbury, pero si recuerdas con exactitud el trazado actual del camino... La única manera de probarlo, sin

embargo, será recurrir a nuestros mapas. Espero verte mañana por la mañana en la abadía, y entonces los revisaremos y me darás tu opinión».

El señor Woodhouse quedó bastante agitado por críticas tan duras a su amigo Perry, a quien en realidad, aunque sin darse cuenta, había estado atribuyendo muchos de sus propios sentimientos y expresiones; pero las atenciones tranquilizadoras de sus hijas fueron disipando poco a poco el mal del momento, y la inmediata vigilancia de uno de los hermanos y el mejor recuerdo del otro impidieron que se renovara.

Volumen I. Capítulo XIII

Difícilmente podía haber en el mundo una criatura más feliz que la señora de John Knightley durante esta corta visita a Hartfield, recorriendo cada mañana las casas de sus viejos conocidos con sus cinco hijos, y comentando cada noche con su padre y su hermana lo que había hecho. No tenía nada que desear de otro modo, salvo que los días no pasaran tan deprisa. Fue una visita encantadora: perfecta, por ser demasiado corta.

En general, sus veladas estaban menos ocupadas con amigos que sus mañanas; pero hubo un compromiso de cena en toda regla, y además fuera de casa, que no hubo forma de evitar, aunque fuera Navidad. El señor Weston no admitía una negativa; todos tenían que cenar un día en Randalls; incluso el señor Woodhouse se dejó persuadir de que era algo posible, antes que dividir el grupo.

Cómo iban a trasladarse todos, él lo habría convertido en una dificultad si hubiera podido, pero como el coche y los caballos de su hijo y de su hija estaban en Hartfield, no pudo hacer más que una simple pregunta sobre ese punto; apenas llegó a ser una duda; y tampoco le costó mucho a Emma convencerlo de que en uno de los coches podría haber sitio también para Harriet.

Harriet, el señor Elton y el señor Knightley, su propio círculo particular, eran las únicas personas invitadas para acompañarlos; la hora sería temprana y los invitados pocos, pues en todo se consultaban las costumbres y las preferencias del señor Woodhouse.

La víspera de este gran acontecimiento (porque era un acontecimiento muy grande que el señor Woodhouse cenara fuera, el 24 de diciembre), Harriet la había pasado en Hartfield, y se había ido a casa tan indispuesta por un resfriado que, de no ser por su vivo deseo de que la cuidara la señora Goddard, Emma no habría podido permitirle

salir de la casa. Emma fue a verla al día siguiente, y encontró que su suerte ya estaba sellada en lo que tocaba a Randalls. Tenía mucha fiebre y un fuerte dolor de garganta; la señora Goddard estaba llena de cuidados y de cariño, se hablaba del señor Perry, y la misma Harriet estaba demasiado enferma y decaída para resistirse a la autoridad que la excluía de aquel compromiso encantador, aunque no podía hablar de lo que perdía sin muchas lágrimas.

Emma se quedó con ella todo lo que pudo, para atenderla en las inevitables ausencias de la señora Goddard y levantarle el ánimo haciéndole ver cuánto se abatiría el del señor Elton cuando supiera su estado; y la dejó por fin bastante consolada, en la dulce confianza de que él tendría una visita de lo más desconsolada y de que todos la echarían mucho de menos. No se había alejado muchos pasos de la puerta de la señora Goddard cuando se encontró con el mismo señor Elton, que evidentemente se dirigía hacia ella, y mientras seguían andando despacio juntos, conversando sobre la enferma (por quien él, ante el rumor de una enfermedad de consideración, iba a preguntar, para poder llevar noticias suyas a Hartfield), los alcanzó el señor John Knightley, que volvía de la visita diaria a Donwell con sus dos hijos mayores, cuyas caras sanas y encendidas mostraban todo el beneficio de una carrera por el campo y parecían asegurar un rápido despacho del cordero asado y el budín de arroz por los que se apresuraban a volver a casa. Se unieron a ellos y siguieron juntos. Emma estaba describiendo justamente la naturaleza del mal de su amiga: «una garganta muy inflamada, con muchísimo calor, el pulso rápido y débil, etc., y lamentaba saber por la señora Goddard que Harriet era propensa a dolores de garganta muy fuertes y que a menudo la habían alarmado con ellos». El señor Elton se mostró muy alarmado ante esto, y exclamó:

«¡Un dolor de garganta! Espero que no sea contagioso. Espero que no sea de una clase pútrida y contagiosa. ¿La ha visto Perry? De veras que debería cuidarse usted tanto como a su amiga. Permítame rogarle que no corra ningún riesgo. ¿Por qué no la ve Perry?».

Emma, que en realidad no estaba nada asustada, calmó este exceso de aprensión asegurándole la experiencia y los cuidados de la señora Goddard; pero como tenía que quedarle todavía cierta inquietud que ella no deseaba disipar con razones, y que más bien prefería alimentar y fomentar, añadió poco después, como si se tratara de otro asunto:

«Hace tanto frío, tantísimo frío, y tiene tanto aspecto de nieve, y se siente tanto como si fuera a nevar, que si se tratara de cualquier otro lugar o de cualquier otro grupo, de veras procuraría no salir hoy, y disuadiría a mi padre de aventurarse; pero como él ya lo ha decidido y no parece sentir el frío, no quiero intervenir, porque sé que sería una desilusión muy grande para el señor y la señora Weston. Pero, ¡palabra!, señor Elton, en su caso yo sin duda me excusaría. Ya me parece que está un poco ronco, y si considera cuánta voz y cuántas fatigas exigirá el día de mañana, creo que no sería más que una prudencia elemental quedarse en casa y cuidarse esta noche».

El señor Elton puso cara de no saber muy bien qué responder; lo cual era exactamente el caso, porque aunque se sentía muy halagado por la amable preocupación de una dama tan bella, y no le gustaba resistirse a ningún consejo suyo, no tenía en realidad la menor inclinación a renunciar a la visita; pero Emma, demasiado ansiosa y ocupada en sus propias ideas y proyectos previos para oírlo con imparcialidad o verlo con claridad, quedó muy satisfecha con el reconocimiento que él masculló de que hacía «mucho frío, desde luego mucho frío», y siguió andando, celebrando haberlo librado de Randalls y haberle asegurado la posibilidad de mandar a preguntar por Harriet a cada hora de la velada.

«Hace usted muy bien», dijo ella; «presentaremos sus excusas al señor y a la señora Weston».

Pero apenas había dicho esto cuando vio que su cuñado ofrecía cortésmente un asiento en su coche, si el tiempo era la única objeción del señor Elton, y que el señor Elton aceptaba el ofrecimiento con muy pronta satisfacción. Era cosa hecha: el señor Elton iría, y nunca su ca-

ra ancha y apuesta había expresado más placer que en ese momento; nunca su sonrisa había sido más amplia ni sus ojos más triunfantes que cuando volvió a mirarla.

«Bueno», se dijo ella, «¡esto sí que es extrañísimo! ¡Después de lo bien que lo había librado, elegir ir a la reunión y dejar atrás a Harriet enferma! ¡Extrañísimo, de veras! Pero creo que hay en muchos hombres, sobre todo en los solteros, una inclinación tal, una pasión tal por cenar fuera... un compromiso de cena ocupa un lugar tan alto entre sus placeres, sus ocupaciones, sus dignidades, casi sus deberes, que todo cede ante él; y así debe de ocurrir con el señor Elton: un joven sin duda valiosísimo, amable y agradable, y muy enamorado de Harriet; pero aun así no puede rechazar una invitación, tiene que cenar fuera dondequiera que lo inviten. ¡Qué cosa tan extraña es el amor! Es capaz de ver ingenio vivo en Harriet, pero no quiere cenar solo por ella».

Poco después el señor Elton los dejó, y ella no pudo menos que hacerle la justicia de sentir que había muchísimo sentimiento en su manera de nombrar a Harriet al despedirse, en el tono de su voz mientras le aseguraba que pasaría por la casa de la señora Goddard a pedir noticias de su bella amiga, como último acto antes de prepararse para la felicidad de volver a verla, cuando esperaba poder dar un informe mejor; y se fue entre suspiros y sonrisas de un modo que dejó la balanza de la aprobación muy a su favor.

Tras unos minutos de completo silencio entre ellos, John Knightley empezó así:

«Nunca en mi vida he visto a un hombre más empeñado en ser agradable que el señor Elton. Cuando se trata de damas, para él es un verdadero trabajo. Con los hombres sabe ser razonable y natural, pero cuando tiene damas a las que agradar, se le mueven todas las facciones».

«Los modales del señor Elton no son perfectos», respondió Emma; «pero donde hay deseo de agradar, uno debería pasar por alto muchas

cosas, y de hecho las pasa por alto. Cuando un hombre hace todo lo que puede con dotes solo moderadas, tendrá ventaja sobre la superioridad negligente. Hay en el señor Elton un buen carácter y una buena voluntad tan perfectos que uno no puede menos que apreciarlos».

«Sí», dijo al rato el señor John Knightley, con cierta malicia, «parece tener muchísima buena voluntad hacia usted».

«¡Hacia mí!», respondió ella con una sonrisa de asombro. «¿Se imagina usted que yo soy el objeto del señor Elton?».

«Confieso, Emma, que se me ha cruzado esa idea; y si nunca se le había ocurrido a usted, bien puede tomarla en cuenta ahora».

«¡El señor Elton enamorado de mí! ¡Qué idea!».

«No digo que sea así; pero hará bien en considerar si es así o no, y en regular su conducta en consecuencia. Me parece que sus modales con él lo animan. Le hablo como amigo, Emma. Más vale que mire a su alrededor y se asegure de lo que hace y de lo que piensa hacer».

«Se lo agradezco; pero le aseguro que está usted muy equivocado. El señor Elton y yo somos muy buenos amigos, y nada más»; y siguió andando, divirtiéndose al considerar los desatinos que a menudo nacen de un conocimiento parcial de las circunstancias, los errores en que caen continuamente las personas con grandes pretensiones de juicio; y no muy contenta con su cuñado por imaginarla ciega e ignorante y necesitada de consejo. Él no dijo más.

El señor Woodhouse estaba tan completamente decidido a hacer la visita que, a pesar del frío creciente, no parecía tener la menor idea de echarse atrás, y por fin se puso en camino con toda puntualidad con su hija mayor en su propio coche, al parecer menos consciente del tiempo que cualquiera de los otros: demasiado lleno de la maravilla de su propia salida y del placer que iba a dar en Randalls para ver que hacía frío, y demasiado bien abrigado para sentirlo. El frío, sin embargo, era intenso; y para cuando el segundo coche se puso en marcha, ya caían algunos copos de nieve, y el cielo parecía tan cargado que solo le faltaba un aire más templado para producir en muy poco tiempo un

mundo muy blanco.

Emma vio pronto que su compañero no estaba del mejor humor. Prepararse y salir con semejante tiempo, con el sacrificio de sus hijos después de la cena, eran males, o por lo menos molestias, que al señor John Knightley no le gustaban en absoluto; no esperaba de la visita nada que valiera ni de lejos el precio; y se pasó todo el trayecto hasta la vicaría expresando su descontento.

«Un hombre», dijo, «tiene que tener muy buena opinión de sí mismo para pedirle a la gente que deje su propio hogar y afronte un día como este con tal de ir a verlo. Tiene que creerse un tipo de lo más agradable; yo no podría hacer algo así. Es el mayor de los absurdos... ¡Si está nevando en este mismo momento! ¡La locura de no permitir que la gente esté a gusto en su casa, y la locura de que la gente no se quede a gusto en su casa cuando puede! Si estuviéramos obligados a salir una noche como esta por algún deber o por negocios, qué penalidad lo consideraríamos; y aquí estamos, probablemente con ropa algo más ligera que de costumbre, poniéndonos en camino por propia voluntad, sin excusa, desafiando la voz de la naturaleza, que le dice al hombre, en todo lo que ofrece a su vista o a sus sentidos, que se quede en casa y tenga a resguardo todo lo que pueda; aquí estamos, en camino a pasar cinco horas aburridas en casa de otro hombre, sin nada que decir ni que oír que no se haya dicho y oído ayer y que no pueda volver a decirse y oírse mañana. Ir con un tiempo lúgubre para volver probablemente con uno peor; cuatro caballos y cuatro criados sacados solo para llevar a cinco criaturas ociosas y tiritando a habitaciones más frías y a peor compañía de la que podrían haber tenido en casa».

Emma no se sintió capaz de darle el asentimiento complacido que sin duda él tenía la costumbre de recibir, de emular el «Muy cierto, mi amor» que por lo común debía de administrarle su compañera de viaje; pero tuvo la firmeza suficiente para abstenerse de responder nada. No podía darle la razón y temía ponerse a discutir; su heroísmo no llegó más allá del silencio. Lo dejó hablar, y acomodó los cristales, y se

arropó sin abrir los labios.

Llegaron, el coche dio la vuelta, bajaron el estribo, y el señor Elton, acicalado, de negro y sonriente, estuvo con ellos al instante. Emma pensó con gusto en un cambio de tema. El señor Elton era todo gratitud y alegría; de hecho, estaba tan alegre en sus cortesías que ella empezó a pensar que debía de haber recibido de Harriet noticias distintas de las que le habían llegado a ella. Había mandado a preguntar mientras se vestía, y la respuesta había sido: «Más o menos igual; no mejor».

«*Mis* noticias de la casa de la señora Goddard», dijo ella al rato, «no fueron tan agradables como esperaba. "No mejor" fue *mi* respuesta».

Su cara se alargó de inmediato, y su voz fue la voz del sentimiento al responder.

«¡Oh, no! Me apena ver... Estaba a punto de decirle que cuando pasé por la puerta de la señora Goddard, que fue lo último que hice antes de volver a vestirme, me dijeron que la señorita Smith no estaba mejor, en absoluto mejor, más bien peor. Muy apenado y preocupado... Me había hecho la ilusión de que tenía que estar mejor después del cordial que sabía que le habían dado por la mañana».

Emma sonrió y respondió: «Mi visita sirvió para la parte nerviosa de su mal, espero; pero ni siquiera yo puedo curar con hechizos un dolor de garganta; es de veras un resfriado muy fuerte. El señor Perry ha estado con ella, como probablemente habrá oído».

«Sí... me imaginé... es decir... no...».

«Él está acostumbrado a tratarla en estos males, y espero que mañana por la mañana nos traiga a los dos noticias más tranquilizadoras. Pero es imposible no sentir inquietud. ¡Una pérdida tan triste para nuestra reunión de hoy!».

«¡Terrible! Exactamente así, de veras. Se la echará de menos a cada momento».

Esto era muy correcto; el suspiro que lo acompañó era de veras estimable; pero debió durar más. Emma quedó bastante consternada cuan-

do apenas medio minuto después él empezó a hablar de otras cosas, y con una voz de la mayor viveza y alegría.

«¡Qué excelente invento», dijo, «el uso de pieles de oveja en los coches! ¡Qué cómodos los hacen! Es imposible sentir frío con semejantes precauciones. Los ingenios de los tiempos modernos han hecho, en verdad, que el coche de un caballero sea perfectamente completo. Uno está tan cercado y protegido del tiempo que ni un soplo de aire puede entrar sin permiso. El tiempo deja de tener la menor importancia. Es una tarde muy fría, pero en este coche no nos enteramos de nada. ¡Ah! Nieva un poco, veo».

«Sí», dijo John Knightley, «y creo que tendremos bastante».

«Tiempo de Navidad», observó el señor Elton. «Muy propio de la estación; y podemos considerarnos sumamente afortunados de que no empezara ayer e impidiera la reunión de hoy, cosa que muy posiblemente habría ocurrido, porque el señor Woodhouse difícilmente se habría aventurado si hubiera habido mucha nieve en el suelo; pero ahora no tiene importancia. Esta es en verdad la estación de las reuniones de amigos. En Navidad todo el mundo invita a sus amigos y la gente no hace caso ni del peor tiempo. Una vez me quedé aislado por la nieve una semana en casa de un amigo. Nada podía ser más agradable. Fui solo por una noche y no pude marcharme hasta el mismo día de la semana siguiente».

El señor John Knightley puso cara de no comprender el placer, pero dijo solo, con frialdad:

«No puedo desear quedarme aislado por la nieve una semana en Randalls».

En otro momento Emma podría haberse divertido, pero ahora estaba demasiado asombrada por el buen ánimo del señor Elton para sentir otra cosa. Harriet parecía completamente olvidada ante la expectativa de una reunión agradable.

«Tenemos asegurados unos fuegos excelentes», prosiguió él, «y todo con la mayor comodidad. Gente encantadora, el señor y la señora Wes-

ton; la señora Weston está muy por encima de todo elogio, y él es exactamente lo que uno aprecia, tan hospitalario y tan amigo de la sociedad; será una reunión pequeña, pero cuando las reuniones pequeñas son selectas, quizá sean las más agradables de todas. El comedor del señor Weston no admite cómodamente a más de diez; y por mi parte, en tales circunstancias, preferiría quedarme dos por debajo que pasarme por dos. Creo que estará de acuerdo conmigo (volviéndose con aire suave hacia Emma), creo que sin duda tendré su aprobación, aunque quizá el señor Knightley, acostumbrado a las grandes reuniones de Londres, no comparta del todo nuestro sentir».

«No sé nada de las grandes reuniones de Londres, señor; nunca ceno con nadie».

«¡No me diga! (en un tono de asombro y lástima). No tenía idea de que la abogacía fuera una esclavitud tan grande. Bueno, señor, ya llegará el tiempo en que se le pague todo esto, en que tenga poco trabajo y mucho disfrute».

«Mi primer disfrute», respondió John Knightley, mientras cruzaban el portón de la entrada, «será encontrarme de nuevo sano y salvo en Hartfield».

Volumen I. Capítulo XIV

Al entrar en el salón de la señora Weston, cada uno de los caballeros tuvo que cambiar un poco de semblante: el señor Elton debía moderar su aire jubiloso, y el señor John Knightley disipar su mal humor. El señor Elton debía sonreír menos, y el señor John Knightley más, para estar a tono con el lugar. Solo Emma podía estar como le dictaba la naturaleza y mostrarse exactamente tan feliz como era. Para ella era un verdadero placer estar con los Weston. El señor Weston le era muy querido, y no había criatura en el mundo con quien hablara con tan poca reserva como con su esposa; nadie a quien contara, con tanta convicción de ser escuchada y comprendida, de resultar siempre interesante y siempre inteligible, los pequeños asuntos, arreglos, apuros y placeres de su padre y de ella misma. No podía contar nada de Hartfield por lo que la señora Weston no sintiera un vivo interés; y media hora de comunicación ininterrumpida de todos esos pequeños asuntos de los que depende la felicidad diaria de la vida privada era una de las primeras satisfacciones de las dos.

Era un placer que quizá no le daría toda la visita de ese día, y que desde luego no correspondía a la media hora presente; pero la sola vista de la señora Weston, su sonrisa, su contacto, su voz, le eran gratos a Emma, y resolvió pensar lo menos posible en las rarezas del señor Elton o en cualquier otra cosa desagradable, y disfrutar al máximo de todo lo que pudiera disfrutarse.

La desgracia del resfriado de Harriet ya se había comentado bastante antes de que ella llegara. El señor Woodhouse llevaba sentado sin percance el tiempo suficiente para contar toda la historia, además de toda la historia de su propia llegada y la de Isabella, y de que Emma vendría después, y precisamente acababa de terminar de expresar su satisfacción porque James pudiera venir a ver a su hija cuando apare-

cieron los demás, y la señora Weston, que había estado casi enteramente absorbida por sus atenciones con él, pudo volverse y dar la bienvenida a su querida Emma.

El proyecto de Emma de olvidarse del señor Elton por un rato hizo que lamentara bastante descubrir, cuando todos hubieron tomado asiento, que él estaba junto a ella. Era muy difícil apartar de su mente la extraña insensibilidad de él hacia Harriet, cuando no solo estaba sentado a su lado, sino que continuamente le ponía delante su cara feliz y se dirigía a ella solícito en cada ocasión. En vez de olvidarlo, su conducta era tal que ella no podía evitar la sospecha interior: «¿Puede ser realmente lo que imaginaba mi cuñado? ¿Es posible que este hombre esté empezando a trasladar su afecto de Harriet a mí? ¡Absurdo e insoportable!». Y sin embargo él se preocupaba tanto de que ella estuviera perfectamente abrigada, se interesaba tanto por su padre y estaba tan encantado con la señora Weston; y por último se puso a admirar sus dibujos con tanto celo y tan poco conocimiento que se parecía terriblemente a un aspirante a enamorado, y a ella le costó cierto esfuerzo conservar los buenos modales. Por respeto a sí misma no podía ser grosera; y por Harriet, con la esperanza de que todo saliera bien todavía, fue incluso positivamente cortés; pero le costaba un esfuerzo, sobre todo porque entre los demás, en el momento más abrumador de las tonterías del señor Elton, ocurría algo que ella tenía especial deseo de escuchar. Oyó lo bastante para saber que el señor Weston daba alguna noticia sobre su hijo; oyó las palabras «mi hijo», y «Frank», y «mi hijo», repetidas varias veces; y, por algunas otras medias sílabas, sospechó con mucho fundamento que anunciaba una pronta visita de su hijo; pero antes de que pudiera tranquilizar al señor Elton, el tema había pasado tan por completo que cualquier pregunta suya para revivirlo habría resultado torpe.

Ahora bien, ocurría que, a pesar de la resolución de Emma de no casarse nunca, había algo en el nombre, en la idea del señor Frank Churchill, que siempre le interesaba. Había pensado a menudo (sobre

todo desde el matrimonio de su padre con la señorita Taylor) que, si *llegara* a casarse, él era justamente la persona que le convendría en edad, carácter y posición. Por este lazo entre las familias, parecía pertenecerle del todo. No podía menos que suponer que era una unión en la que tenía que pensar todo el que los conociera. Estaba muy firmemente persuadida de que el señor y la señora Weston sí pensaban en ella; y aunque no tenía intención de dejarse inducir por él ni por nadie a renunciar a una situación que creía más colmada de bienes que cualquier otra por la que pudiera cambiarla, sentía una gran curiosidad por verlo, la decidida intención de encontrarlo agradable y de agradarle hasta cierto punto, y una especie de placer ante la idea de que sus amigos los emparejaran en su imaginación.

Con tales sensaciones, las cortesías del señor Elton eran terriblemente inoportunas; pero tenía el consuelo de parecer muy amable mientras se sentía muy enfadada, y de pensar que el resto de la visita no podía pasar de ningún modo sin que el franco señor Weston volviera a sacar la misma noticia, o su sustancia. Así fue, porque cuando, felizmente libre del señor Elton, estuvo sentada a la mesa junto al señor Weston, este aprovechó el primerísimo intervalo en los cuidados de la hospitalidad, el primerísimo respiro que le dio el lomo de cordero, para decirle:

«Solo nos faltan dos para ser exactamente el número justo. Me gustaría ver aquí a dos más: a su linda amiguita, la señorita Smith, y a mi hijo; y entonces diría que estamos completos del todo. Creo que no me oyó contarles a los demás en el salón que esperamos a Frank. Esta mañana recibí una carta suya, y estará con nosotros dentro de dos semanas».

Emma habló con un grado muy apropiado de placer, y asintió plenamente a su idea de que el señor Frank Churchill y la señorita Smith completarían del todo la reunión.

«Desea venir a vernos», prosiguió el señor Weston, «desde septiembre: todas sus cartas venían llenas de ello; pero no es dueño de su tiem-

po. Tiene que complacer a quienes hay que complacer, y a quienes (entre nosotros) a veces solo se complace a costa de bastantes sacrificios. Pero ahora no me cabe duda de que lo veremos aquí hacia la segunda semana de enero».

«¡Qué gran placer será para usted! Y la señora Weston tiene tantas ganas de conocerlo que debe de estar casi tan feliz como usted».

«Sí, lo estaría, si no fuera porque piensa que habrá otro aplazamiento. Ella no confía tanto como yo en que venga; pero es que no conoce a las partes tan bien como yo. El caso, ¿sabe usted?, es... (pero esto queda del todo entre nosotros: no dije ni una sílaba de ello en la otra sala. En todas las familias hay secretos, ¿sabe?). El caso es que han invitado a un grupo de amigos a hacer una visita a Enscombe en enero, y que la venida de Frank depende de que esa visita se aplace. Si no se aplaza, él no puede moverse. Pero sé que se aplazará, porque es una familia que le desagrada particularmente a cierta dama de alguna importancia en Enscombe; y aunque se considera necesario invitarlos una vez cada dos o tres años, siempre se aplaza la visita cuando llega el momento. No tengo la menor duda del resultado. Estoy tan seguro de ver aquí a Frank antes de mediados de enero como de estar aquí yo mismo; pero su buena amiga de allí (señalando con la cabeza hacia la cabecera de la mesa) tiene ella misma tan pocos caprichos, y ha estado tan poco acostumbrada a ellos en Hartfield, que no sabe calcular sus efectos, como yo llevo mucho tiempo haciéndolo».

«Siento que haya algo parecido a una duda en el asunto», respondió Emma; «pero estoy dispuesta a ponerme de su parte, señor Weston. Si usted cree que vendrá, yo también lo creeré; porque usted conoce Enscombe».

«Sí, tengo cierto derecho a ese conocimiento, aunque nunca en mi vida he estado allí. ¡Es una mujer rara! Pero nunca me permito hablar mal de ella, por Frank; porque de verdad creo que lo quiere mucho. Yo pensaba que no era capaz de querer a nadie más que a sí misma; pero siempre ha sido buena con él (a su manera, contando con peque-

ñas manías y caprichos, y con que espera que todo sea como a ella le gusta). Y, en mi opinión, no es poco mérito de él despertar semejante afecto; porque, aunque no se lo diría a nadie más, con la gente en general no tiene más corazón que una piedra; y tiene un genio de mil demonios».

A Emma le gustó tanto el tema que lo abordó con la señora Weston muy poco después de que pasaran al salón: le deseó felicidad, aunque observó que sabía que el primer encuentro tenía que ser bastante inquietante. La señora Weston estuvo de acuerdo, pero añadió que se alegraría mucho de tener la seguridad de pasar por la ansiedad de un primer encuentro en la fecha de la que se hablaba: «porque no puedo confiar en que venga. No puedo ser tan optimista como el señor Weston. Me temo mucho que todo quede en nada. Supongo que el señor Weston te ha contado exactamente cómo están las cosas, ¿no?».

«Sí; parece que no depende de nada más que del mal humor de la señora Churchill, que me imagino que es la cosa más segura del mundo».

«¡Emma mía!», respondió la señora Weston, sonriendo, «¿qué seguridad tiene el capricho?». Luego, volviéndose hacia Isabella, que antes no había estado atenta: «Ha de saber, mi querida señora Knightley, que en mi opinión no estamos ni mucho menos tan seguros de ver al señor Frank Churchill como cree su padre. Depende enteramente del humor y del gusto de su tía; en una palabra, de su carácter. A ustedes, a mis dos hijas, puedo atreverme a decirles la verdad. La señora Churchill manda en Enscombe, y es una mujer de carácter muy raro; y que él venga ahora depende de que ella esté dispuesta a prescindir de él».

«¡Oh, la señora Churchill! Todo el mundo conoce a la señora Churchill», respondió Isabella, «y le aseguro que nunca pienso en ese pobre joven sin la mayor compasión. Vivir constantemente con una persona de mal genio tiene que ser terrible. Es algo de lo que nosotros, por suerte, nunca hemos sabido nada; pero tiene que ser una vida de desdicha. ¡Qué bendición que ella nunca haya tenido hijos! ¡Pobres criaturi-

tas, qué desgraciadas las habría hecho!».

Emma habría querido estar sola con la señora Weston. Entonces habría oído más: la señora Weston le hablaba con una falta de reserva que no se arriesgaría a tener con Isabella; y, según creía de veras, difícilmente intentaría ocultarle nada relativo a los Churchill, excepto aquellos planes sobre el joven de los que su propia imaginación ya le había dado un conocimiento tan instintivo. Pero por el momento no había nada más que decir. El señor Woodhouse no tardó en seguirlas al salón. Quedarse sentado mucho rato después de la cena era un encierro que no podía soportar. Ni el vino ni la conversación significaban nada para él; y con gusto se trasladó junto a aquellas con quienes siempre estaba a gusto.

Mientras él hablaba con Isabella, sin embargo, Emma encontró ocasión de decir:

«Así que no consideras de ningún modo segura esta visita de tu hijo. Lo siento. La presentación tiene que ser desagradable, cuando sea que ocurra; y cuanto antes pudiera pasar, mejor».

«Sí; y cada retraso le hace a uno temer más otros retrasos. Aunque esa familia, los Braithwaite, aplace la visita, me temo todavía que se encuentre alguna excusa para desilusionarnos. No soporto imaginar ninguna renuencia por parte de él; pero estoy segura de que por parte de los Churchill hay un gran deseo de tenerlo para ellos solos. Hay celos. Tienen celos incluso de su afecto por su padre. En una palabra, no puedo confiar en que venga, y quisiera que el señor Weston fuera menos optimista».

«Debería venir», dijo Emma. «Aunque solo pudiera quedarse un par de días, debería venir; y difícilmente se puede concebir que un joven no tenga en su poder hacer siquiera eso. A una joven *mujer*, si cae en malas manos, se la puede atormentar y mantener lejos de aquellos con quienes quiere estar; pero no se comprende que un joven *hombre* esté sujeto a tales restricciones que no pueda pasar una semana con su padre si quiere».

«Habría que estar en Enscombe y conocer las costumbres de la familia antes de decidir lo que él puede hacer», respondió la señora Weston. «Quizá habría que tener la misma cautela al juzgar la conducta de cualquier individuo de cualquier familia; pero Enscombe, creo, no debe juzgarse sin duda por reglas generales: *ella* es tan poco razonable, y todo cede ante ella».

«Pero quiere tanto al sobrino: él es tan, tan favorito. Ahora bien, según la idea que tengo de la señora Churchill, lo más natural sería que, mientras no hace ningún sacrificio por la comodidad del marido, a quien le debe todo, mientras ejerce sobre *él* un capricho incesante, se dejara gobernar a menudo por el sobrino, a quien no le debe nada en absoluto».

«Mi queridísima Emma, no pretendas, con tu carácter tan dulce, entender uno malo ni dictarle reglas: tienes que dejarlo seguir su propio camino. No dudo de que él tenga a veces una influencia considerable; pero puede ser del todo imposible para él saber de antemano *cuándo* la tendrá».

Emma escuchó, y luego dijo con frialdad: «No me quedaré satisfecha si no viene».

«Puede que tenga muchísima influencia en algunos puntos», prosiguió la señora Weston, «y muy poca en otros; y entre aquellos en los que ella está fuera de su alcance, es muy probable que esté justamente esta circunstancia de que se aparte de ellos para visitarnos».

Volumen I. Capítulo XV

El señor Woodhouse pronto estuvo listo para su té; y cuando se hubo tomado el té, estuvo del todo listo para volver a casa; y sus tres compañeras tuvieron que hacer todo lo posible para distraerlo de lo avanzado de la hora antes de que aparecieran los demás caballeros. El señor Weston era conversador y sociable, y nada amigo de las despedidas tempranas de ninguna clase; pero por fin el grupo del salón recibió un aumento. El señor Elton, de muy buen ánimo, fue uno de los primeros en entrar. La señora Weston y Emma estaban sentadas juntas en un sofá. Él se unió a ellas de inmediato y, casi sin que lo invitaran, se sentó entre las dos.

Emma, también de buen ánimo por la diversión que le procuraba a su mente la expectativa del señor Frank Churchill, estaba dispuesta a olvidar sus recientes inconveniencias y a estar tan satisfecha con él como antes; y como él hizo de Harriet su primerísimo tema, se dispuso a escucharlo con las sonrisas más amistosas.

Se declaró sumamente preocupado por su bella amiga, su bella, encantadora y amable amiga. ¿Sabía ella? ¿Había oído algo de ella desde que estaban en Randalls? Él sentía mucha inquietud; tenía que confesar que la naturaleza de su mal lo alarmaba considerablemente. Y en este estilo siguió hablando un rato con mucha corrección, sin atender mucho a las respuestas, pero en conjunto suficientemente sensible al terror de un fuerte dolor de garganta; y Emma estaba del todo en paz con él.

Pero por fin pareció darse un giro perverso; pareció de pronto como si temiera más que fuera un fuerte dolor de garganta por ella que por Harriet: más ansioso de que ella escapara del contagio que de que el mal no fuera contagioso. Empezó a rogarle con gran vehemencia que se abstuviera de volver a visitar el cuarto de la enferma por el mo-

mento; a rogarle que le *prometiera a él* no aventurarse a semejante peligro hasta que él hubiera visto al señor Perry y conocido su opinión; y aunque ella intentó tomarlo a risa y devolver el tema a su debido cauce, no había modo de poner fin a su extrema solicitud por ella. Estaba molesta. Parecía, no había modo de ocultarlo, exactamente el fingimiento de estar enamorado de ella en lugar de Harriet: ¡una inconstancia, si era real, de lo más despreciable y abominable!; y le costó mantener la calma. Él se volvió hacia la señora Weston para implorar su ayuda: ¿no le daría su apoyo? ¿No sumaría su persuasión a la de él para inducir a la señorita Woodhouse a no ir a casa de la señora Goddard hasta que fuera seguro que el mal de la señorita Smith no era contagioso? No podía quedarse tranquilo sin una promesa; ¿no le prestaría su influencia para conseguirla?

«Tan escrupulosa con los demás», prosiguió él, «¡y tan descuidada consigo misma! Quería que yo cuidara mi resfriado quedándome hoy en casa, y sin embargo no quiere prometer que evitará el peligro de contraer ella misma una garganta ulcerada. ¿Es esto justo, señora Weston? Juzgue entre nosotros. ¿No tengo algún derecho a quejarme? Estoy seguro de contar con su amable apoyo y ayuda».

Emma vio la sorpresa de la señora Weston, y sintió que debía de ser grande, ante un discurso que, en las palabras y en el modo, se arrogaba el derecho de ser el primer interesado en ella; y en cuanto a ella misma, estaba demasiado irritada y ofendida para poder decir directamente nada a propósito. Solo pudo dirigirle una mirada; pero fue una mirada tal que pensó que debía hacerlo volver en sí, y luego dejó el sofá, se trasladó a un asiento junto a su hermana y le dedicó toda su atención.

No tuvo tiempo de saber cómo tomó el señor Elton el reproche, tan rápidamente siguió otro tema; porque el señor John Knightley entró entonces en la sala, de vuelta de examinar el tiempo, y les soltó a todos la noticia de que el suelo estaba cubierto de nieve y de que seguía nevando con fuerza, con un viento recio que la arremolinaba; y termi-

nó con estas palabras al señor Woodhouse:

«Este será un comienzo animado de sus compromisos de invierno, señor. Algo nuevo para su cochero y sus caballos, abrirse camino a través de una tormenta de nieve».

El pobre señor Woodhouse se quedó callado de consternación; pero todos los demás tenían algo que decir: todos estaban o sorprendidos o no sorprendidos, y tenían alguna pregunta que hacer o algún consuelo que ofrecer. La señora Weston y Emma intentaron con empeño animarlo y apartar su atención de su yerno, que proseguía su triunfo con bastante poca sensibilidad.

«Admiré mucho su resolución, señor», dijo, «al aventurarse a salir con semejante tiempo, porque desde luego vio que pronto nevaría. Todo el mundo tiene que haber visto que se venía la nieve. Admiré su valor; y me atrevo a decir que llegaremos muy bien a casa. Una o dos horas más de nieve difícilmente harán intransitable el camino; y somos dos coches; si el viento vuelca uno en la parte desabrigada del campo comunal, tendremos el otro a mano. Me atrevo a decir que estaremos todos sanos y salvos en Hartfield antes de la medianoche».

El señor Weston, con un triunfo de otra clase, confesaba que sabía desde hacía un rato que estaba nevando, pero que no había dicho una palabra para que eso no inquietara al señor Woodhouse y le diera una excusa para irse corriendo. En cuanto a que hubiera caído o fuera a caer una cantidad de nieve que impidiera su regreso, eso era pura broma; se temía que no encontrarían ninguna dificultad. Ojalá el camino quedara intransitable, para poder retenerlos a todos en Randalls; y con la mejor voluntad del mundo estaba seguro de que se podría encontrar alojamiento para todos, y pedía a su esposa que estuviera de acuerdo con él en que, con un poco de ingenio, todos podrían alojarse; cosa que ella apenas sabía cómo hacer, sabiendo que en la casa solo había dos cuartos libres.

«¿Qué vamos a hacer, mi querida Emma? ¿Qué vamos a hacer?», fue la primera exclamación del señor Woodhouse, y todo lo que pudo

decir durante un rato. En ella buscaba consuelo; y sus garantías de que no había peligro, lo que le hizo ver de la excelencia de los caballos y de James, y de que estaban rodeados de tantos amigos, lo reanimaron un poco.

La alarma de su hija mayor era igual a la suya. El horror de quedarse bloqueada en Randalls mientras sus hijos estaban en Hartfield llenaba su imaginación; y figurándose que el camino todavía era transitable para gente aventurera, pero en un estado que no admitía demora, estaba ansiosa por dejar decidido que su padre y Emma se quedaran en Randalls, mientras ella y su marido se ponían en camino al instante a través de todos los posibles montones de nieve arremolinada que pudieran estorbarlos.

«Más vale que pidas el coche enseguida, mi amor», dijo; «me atrevo a decir que podremos avanzar si salimos enseguida; y si llegamos a algo muy malo, puedo bajarme y caminar. No tengo ningún miedo. No me importaría caminar la mitad del trayecto. Podría cambiarme los zapatos, ¿sabes?, en cuanto llegara a casa; y no es de las cosas que me resfrían».

«¡No me digas!», respondió él. «Entonces, mi querida Isabella, es la cosa más extraordinaria del mundo, porque en general todo te resfría. ¡Ir a casa caminando! Bien calzada estás para ir caminando a casa, me imagino. Ya será bastante malo para los caballos».

Isabella se volvió hacia la señora Weston en busca de aprobación para su plan. La señora Weston no pudo más que aprobarlo. Isabella fue entonces hacia Emma; pero Emma no podía renunciar del todo a la esperanza de que todos pudieran marcharse; y todavía discutían el punto cuando el señor Knightley, que había salido de la sala inmediatamente después del primer informe de su hermano sobre la nieve, regresó y les dijo que había salido a examinar y que podía responder de que no habría la menor dificultad para volver a casa cuando quisieran, ya fuera ahora o dentro de una hora. Había ido más allá de la entrada, un trecho por el camino de Highbury; la nieve en ninguna parte tenía

más de media pulgada de espesor; en muchos sitios apenas bastaba para blanquear el suelo; en ese momento caían muy pocos copos, pero las nubes se estaban abriendo y todo indicaba que pronto pararía. Había visto a los cocheros, y los dos coincidían con él en que no había nada que temer.

Para Isabella, el alivio de semejantes noticias fue muy grande, y no fueron mucho menos bienvenidas para Emma por causa de su padre, que de inmediato quedó tan tranquilo sobre el asunto como su constitución nerviosa le permitía; pero la alarma que se había levantado no podía calmarse lo bastante como para dejarle sentir ningún bienestar mientras siguiera en Randalls. Estaba convencido de que no había peligro presente en volver a casa, pero ninguna garantía podía convencerlo de que era seguro quedarse; y mientras los demás insistían y recomendaban cada uno una cosa, el señor Knightley y Emma lo resolvieron en unas pocas frases breves, así:

«Su padre no estará tranquilo; ¿por qué no se van?».

«Estoy lista, si los demás lo están».

«¿Toco la campanilla?».

«Sí, tóquela».

Y se tocó la campanilla y se pidieron los coches. Unos minutos más, y Emma esperaba ver a uno de sus molestos compañeros depositado en su propia casa, para que se le pasara la bebida y se calmara, y al otro recobrar el buen humor y la felicidad una vez que terminara esta penosa visita.

Llegó el coche; y el señor Woodhouse, siempre el primer objeto de atención en tales ocasiones, fue acompañado con cuidado hasta el suyo por el señor Knightley y el señor Weston; pero nada de lo que pudieran decir pudo impedir que renaciera algo de alarma al ver la nieve que de hecho había caído y al descubrir una noche mucho más oscura de lo que esperaba. Temía que tuvieran un trayecto muy malo. Temía que a la pobre Isabella no le gustara. Y la pobre Emma iría en el coche de atrás. No sabía qué sería mejor hacer. Tenían que mantenerse lo

más juntos posible. Y se habló con James, y se le encargó que fuera muy despacio y esperara al otro coche.

Isabella subió detrás de su padre; John Knightley, olvidando que no formaba parte de su grupo, subió muy naturalmente detrás de su esposa; de modo que Emma, al ser acompañada y seguida hasta el segundo coche por el señor Elton, descubrió que la puerta iba a cerrarse legítimamente tras ellos y que iban a hacer el trayecto en *tête-à-tête*. No habría sido un momento incómodo, más bien habría sido un placer, antes de las sospechas de ese mismo día; habría podido hablarle de Harriet, y los tres cuartos de milla habrían parecido uno solo. Pero ahora habría preferido que no ocurriera. Creía que él había bebido demasiado del buen vino del señor Weston, y estaba segura de que querría ponerse a decir tonterías.

Para contenerlo cuanto se pudiera con sus propios modales, se disponía en el acto a hablar con exquisita calma y seriedad del tiempo y de la noche; pero apenas había empezado, apenas habían cruzado el portón de la entrada y alcanzado al otro coche, cuando se encontró con que le cortaban el tema, le tomaban la mano, le exigían atención, y el señor Elton le hacía nada menos que una apasionada declaración de amor: aprovechando la preciosa oportunidad, declarando sentimientos que ya debían de ser bien conocidos, esperando, temiendo, adorando, dispuesto a morir si ella lo rechazaba; pero halagándose de que su ardiente afecto, su amor sin igual y su pasión sin ejemplo no podían dejar de producir algún efecto; y, en una palabra, muy resuelto a ser aceptado en serio lo antes posible. Así era, de veras. Sin escrúpulos, sin disculpas, sin mucha timidez aparente, el señor Elton, el enamorado de Harriet, se declaraba enamorado de *ella*. Ella intentó detenerlo, pero en vano; él se empeñó en seguir y decirlo todo. Por enfadada que estuviera, lo que pensó en ese momento la hizo resolver contenerse cuando hablara. Sintió que la mitad de aquella locura tenía que ser embriaguez, y por tanto podía esperar que fuera cosa solo del momento. En consecuencia, con una mezcla de seriedad y de broma que espera-

ba que conviniera mejor a su estado de medio y medio, respondió:

«Estoy muy asombrada, señor Elton. ¡Esto, a *mí*! Usted se olvida de sí mismo; me toma por mi amiga; con mucho gusto le llevaré cualquier mensaje a la señorita Smith; pero nada más de esto a *mí*, por favor».

«¡La señorita Smith! ¡Un mensaje a la señorita Smith! ¿Qué podía querer decir ella?». Y repitió sus palabras con tal seguridad de acento, con tan jactancioso fingimiento de asombro, que ella no pudo evitar responder con viveza:

«Señor Elton, ¡esta es una conducta de lo más extraordinaria! Y solo puedo explicarla de un modo: usted no está en sí, o no podría hablar así ni de mí ni de Harriet. Domínese lo bastante para no decir nada más, y yo procuraré olvidarlo».

Pero el señor Elton solo había bebido vino suficiente para levantarse el ánimo, de ningún modo para confundirse el entendimiento. Sabía perfectamente lo que quería decir; y tras protestar con calor contra la sospecha de ella como sumamente injuriosa, y aludir de pasada a su respeto por la señorita Smith como amiga de ella (aunque reconociendo su extrañeza de que se mencionara siquiera a la señorita Smith), volvió al tema de su propia pasión e insistió mucho en obtener una respuesta favorable.

A medida que pensaba menos en su embriaguez, pensaba más en su inconstancia y su presunción; y con menos esfuerzos por la cortesía, respondió:

«Me es imposible dudar más. Se ha explicado usted con demasiada claridad. Señor Elton, mi asombro va mucho más allá de lo que puedo expresar. Después de la conducta que le he visto durante el último mes con la señorita Smith, de las atenciones que he tenido la costumbre de observar a diario, ¡dirigirse a mí de este modo! ¡Esta es de veras una inconstancia de carácter que no habría creído posible! Créame, señor, estoy lejos, muy lejos, de sentirme halagada por ser objeto de semejantes declaraciones».

«¡Santo cielo!», exclamó el señor Elton, «¿qué puede significar esto? ¡La señorita Smith! Nunca he pensado en la señorita Smith en todo el curso de mi existencia; nunca le he dedicado atenciones sino como amiga suya; nunca me ha importado si estaba viva o muerta, sino como amiga suya. Si ella se ha imaginado otra cosa, la han engañado sus propios deseos, y lo siento mucho, lo siento muchísimo... Pero, ¡la señorita Smith, de veras! ¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Quién puede pensar en la señorita Smith cuando la señorita Woodhouse está cerca? No, por mi honor, no hay ninguna inconstancia de carácter. Solo he pensado en usted. Niego haber dedicado la menor atención a ninguna otra persona. Todo lo que he dicho o hecho desde hace muchas semanas ha sido con el único fin de mostrar mi adoración por usted. No puede de verdad, en serio, dudarlo. ¡No! (en un tono que pretendía ser insinuante). Estoy seguro de que me ha visto y me ha comprendido».

Sería imposible decir lo que sintió Emma al oír esto, cuál de todas sus sensaciones desagradables predominaba. Estaba demasiado abrumada para poder responder de inmediato; y como dos momentos de silencio eran aliento más que suficiente para el optimismo del señor Elton, él intentó tomarle la mano otra vez, mientras exclamaba alborozado:

«¡Encantadora señorita Woodhouse! Permítame interpretar este interesante silencio. Confiesa que hace mucho que me ha comprendido».

«No, señor», exclamó Emma, «no confiesa nada de eso. Lejos de haberlo comprendido hace mucho, he estado en el más completo error respecto de sus intenciones hasta este momento. En cuanto a mí, siento mucho que se haya dejado llevar por ningún sentimiento... Nada podría estar más lejos de mis deseos... Su afecto por mi amiga Harriet, su cortejo de ella (cortejo, según parecía), me daban un gran placer, y he estado deseando muy de veras que tuviera éxito; pero si hubiera supuesto que no era ella lo que lo atraía a Hartfield, sin duda habría pensado que se equivocaba al hacer tan frecuentes sus visitas. ¿Debo creer que nunca ha procurado hacerse grato en particular a la señorita

Smith? ¿Que nunca ha pensado en ella en serio?».

«Nunca, señora», exclamó él, ofendido a su vez; «nunca, se lo aseguro. ¡*Yo*, pensar en serio en la señorita Smith! La señorita Smith es una muchacha muy buena; y me alegraría verla establecida de manera respetable. Le deseo muchísimo bien; y sin duda hay hombres a quienes no les importaría... Cada cual tiene su nivel; pero en cuanto a mí, no estoy, creo, tan falto de recursos. No necesito desesperar tan por completo de una alianza entre iguales como para dirigirme a la señorita Smith. No, señora, mis visitas a Hartfield han sido solo por usted; y el aliento que recibí...».

«¡Aliento! ¡Yo, darle aliento! Señor, se ha equivocado por completo al suponerlo. Lo he visto solo como admirador de mi amiga. Bajo ninguna otra luz podría haber sido para mí más que un simple conocido. Lo siento muchísimo; pero está bien que el error termine aquí. Si la misma conducta hubiera continuado, la señorita Smith podría haberse formado una idea equivocada de sus intenciones, pues probablemente no sería consciente, como no lo era yo, de la enorme desigualdad que a usted le parece tan evidente. Pero, tal como están las cosas, la desilusión es de uno solo y, confío, no será duradera. Por el momento no pienso en el matrimonio».

Él estaba demasiado enfadado para decir una palabra más; los modales de ella eran demasiado decididos para invitar a la súplica; y en este estado de resentimiento creciente y de profunda mortificación mutua, tuvieron que seguir juntos unos minutos más, porque los temores del señor Woodhouse los habían reducido al paso. Si no hubiera habido tanto enojo, habría habido una incomodidad desesperante; pero sus emociones francas no dejaban sitio a los pequeños zigzags de la turbación. Sin saber cuándo el coche entró en Vicarage Lane ni cuándo se detuvo, se encontraron de pronto a la puerta de la casa de él; y él bajó antes de que se cruzara otra sílaba. Emma sintió entonces que era indispensable darle las buenas noches. El cumplido le fue devuelto, apenas, con frialdad y orgullo; y con una irritación de ánimo indescripti-

ble, fue conducida entonces a Hartfield.

Allí la recibió con el mayor contento su padre, que había estado temblando por los peligros de un trayecto a solas desde Vicarage Lane (doblando una esquina en la que nunca soportaba pensar) y en manos extrañas: un simple cochero cualquiera, no James; y allí pareció como si solo hiciera falta su regreso para que todo saliera bien, porque el señor John Knightley, avergonzado de su mal humor, era ahora todo amabilidad y atención; y estaba tan particularmente solícito por el bienestar de su padre que parecía, si no del todo dispuesto a acompañarlo con un tazón de gachas, perfectamente convencido de que eran sumamente saludables; y el día terminaba en paz y bienestar para todo su pequeño grupo, salvo para ella. Pero su mente nunca había estado en tal agitación; y le hizo falta un esfuerzo muy grande para parecer atenta y alegre hasta que la hora habitual de separarse le permitió el alivio de la reflexión tranquila.

Volumen I. Capítulo XVI

Le rizaron el pelo, despidió a la doncella y Emma se sentó a pensar y a sentirse desdichada. ¡Era de veras un asunto lamentable! ¡Qué manera de venirse abajo todo lo que había deseado! ¡Qué manera de desenvolverse todo lo más indeseable! ¡Qué golpe para Harriet! Eso era lo peor de todo. Cada parte traía consigo dolor y humillación, de una clase u otra; pero, comparado con el daño para Harriet, todo era leve; y con gusto se habría resignado a sentirse aún más equivocada, más en el error, más avergonzada por su mal juicio de lo que en realidad estaba, si los efectos de sus desaciertos hubieran podido quedar limitados a ella misma.

«Si no hubiera convencido a Harriet de que le gustara ese hombre, habría podido soportar cualquier cosa. Que hubiera duplicado su atrevimiento conmigo... ¡pero la pobre Harriet!».

¡Cómo había podido engañarse así! Él aseguraba que nunca había pensado seriamente en Harriet... ¡nunca! Repasó lo ocurrido lo mejor que pudo; pero todo era confusión. Ella se había hecho la idea, suponía, y había hecho que todo se plegara a ella. Con todo, los modales de él debían de haber sido poco marcados, vacilantes, dudosos, o ella no se habría extraviado tanto.

¡El retrato! ¡Qué interés había mostrado por el retrato! ¡Y la charada! Y otras cien circunstancias... ¡con qué claridad habían parecido apuntar a Harriet! Es cierto que la charada, con su "ingenio vivo"... pero luego los "ojos dulces"... en realidad no le venía a ninguna de las dos; era un revoltijo sin gusto ni verdad. ¿Quién habría podido ver claro a través de semejantes tonterías tan espesas?

Sin duda había pensado a menudo, sobre todo en los últimos tiempos, que sus modales con ella eran innecesariamente galantes; pero lo había atribuido a su manera de ser, a un simple error de juicio, de co-

nocimiento, de gusto, como una prueba más de que no siempre había vivido en la mejor sociedad, de que, con toda la amabilidad de su trato, a veces le faltaba verdadera elegancia; pero, hasta ese mismo día, nunca, ni por un instante, había sospechado que significara otra cosa que un respeto agradecido hacia ella como amiga de Harriet.

Al señor John Knightley le debía la primera idea sobre el asunto, el primer atisbo de que fuera posible. No había forma de negar que esos hermanos tenían perspicacia. Recordó lo que el señor Knightley le había dicho una vez sobre el señor Elton, la advertencia que le había hecho, la convicción que había manifestado de que el señor Elton nunca se casaría de manera imprudente; y se sonrojó al pensar cuánto más verdadero había resultado el conocimiento de su carácter que él había mostrado que cualquiera al que ella misma hubiese llegado. Era terriblemente mortificante; pero el señor Elton estaba demostrando ser, en muchos aspectos, todo lo contrario de lo que ella había querido y creído que era: orgulloso, presuntuoso, engreído; muy lleno de sus propias pretensiones y poco preocupado por los sentimientos ajenos.

Contra el curso habitual de las cosas, el deseo del señor Elton de cortejarla lo había hecho caer en su opinión. Sus declaraciones y sus propuestas no le habían hecho ningún favor. Su afecto no le importaba nada, y sus esperanzas la ofendían. Él quería casarse bien y, teniendo la arrogancia de alzar los ojos hacia ella, fingía estar enamorado; pero ella estaba completamente tranquila en cuanto a que él no sufriría ninguna desilusión que mereciera preocupación. No había habido verdadero afecto ni en su lenguaje ni en sus modales. Suspiros y palabras bonitas los había habido en abundancia; pero apenas podía ella imaginar un conjunto de expresiones, o figurarse un tono de voz, menos emparentado con el amor verdadero. No tenía por qué molestarse en compadecerlo. Él solo quería engrandecerse y enriquecerse; y si la señorita Woodhouse de Hartfield, la heredera de treinta mil libras, no resultaba tan fácil de conseguir como él se había figurado, pronto lo intentaría con la señorita Fulana de Tal, con veinte, o con diez.

Pero... ¡que hablara de que lo había alentado, que la considerara al tanto de sus intenciones, aceptando sus atenciones, dispuesta (en suma) a casarse con él! ¡Que se creyera su igual en relaciones o en inteligencia! ¡Que mirara por encima del hombro a su amiga, entendiendo tan bien las gradaciones de rango por debajo de él, y fuera tan ciego a lo que se alzaba por encima, que se figurara que no mostraba ningún atrevimiento al dirigirse a ella! Era de lo más irritante.

Quizá no era justo esperar que él sintiera cuán inferior le era en talento y en todas las elegancias del espíritu. La misma falta de esa igualdad podía impedirle percibirla; pero tenía que saber que en fortuna y posición ella le era muy superior. Tenía que saber que los Woodhouse llevaban varias generaciones establecidos en Hartfield, la rama menor de una familia muy antigua, y que los Elton no eran nadie. Las tierras de Hartfield eran, sin duda, poco considerables, pues no eran más que una especie de muesca en la finca de la abadía de Donwell, a la que pertenecía todo el resto de Highbury; pero su fortuna, de otras fuentes, era tal que los hacía apenas secundarios respecto de la propia abadía de Donwell en cualquier otra clase de importancia; y los Woodhouse ocupaban desde hacía mucho un lugar alto en la consideración del vecindario al que el señor Elton había llegado hacía menos de dos años, para abrirse camino como pudiera, sin más parentescos que en el comercio ni nada que lo recomendara a la atención salvo su posición y su cortesía. Pero él se había figurado que ella estaba enamorada de él; eso, evidentemente, debía de haber sido lo que lo animaba; y después de despotricar un poco contra la aparente incongruencia entre unos modales amables y una cabeza engreída, Emma se vio obligada, por simple honradez, a detenerse y reconocer que su propia conducta con él había sido tan complaciente y atenta, tan llena de cortesía y consideración, que (suponiendo que no se percibiera su verdadero motivo) bien podía autorizar a un hombre de observación y delicadeza corrientes, como el señor Elton, a figurarse que era su favorito declarado. Si *ella* había interpretado tan mal los sentimientos de él, poco dere-

cho tenía a extrañarse de que *él*, cegado por su propio interés, se hubiera equivocado sobre los de ella.

El primer error, y el peor, era culpa suya. Era una tontería, era un error, tomar una parte tan activa en juntar a dos personas. Era aventurarse demasiado, presumir demasiado, tomar a la ligera lo que debía ser serio, hacer un juego de lo que debía ser sencillo. Estaba muy afligida y avergonzada, y resolvió no volver a hacer tales cosas.

«Aquí estoy yo», se dijo, «que de verdad he convencido a la pobre Harriet de que se encariñara muchísimo con este hombre. Quizá nunca habría pensado en él de no ser por mí; y desde luego nunca habría pensado en él con esperanza si yo no le hubiera asegurado que él la quería, porque ella es tan modesta y humilde como yo creía que era él. ¡Ay! ¡Ojalá me hubiera contentado con convencerla de que no aceptara al joven Martin! En eso tuve toda la razón. Eso lo hice bien; pero ahí debí detenerme y dejar el resto al tiempo y al azar. La estaba introduciendo en buena compañía y dándole la oportunidad de agradar a alguien que valiera la pena; no debí intentar más. Pero ahora, pobre muchacha, su tranquilidad queda rota por un tiempo. No he sido más que media amiga para ella; y aunque *no* fuera a sentir tanto esta desilusión, estoy segura de que no se me ocurre nadie más que le convenga en absoluto... William Coxe... ¡Ay, no! No podría soportar a William Coxe... un abogadito impertinente».

Se detuvo para sonrojarse y reírse de su propia recaída, y luego retomó una cavilación más seria, más desalentadora, sobre lo que había sido, lo que podía ser y lo que tenía que ser. La penosa explicación que debía darle a Harriet, y todo lo que la pobre Harriet iba a sufrir, junto con la incomodidad de los encuentros futuros, las dificultades de mantener o romper el trato, de dominar los sentimientos, disimular el resentimiento y evitar el escándalo, bastaron para ocuparla en reflexiones nada alegres un buen rato más, y por fin se acostó sin nada resuelto, salvo la convicción de que se había equivocado de la manera más espantosa.

A una juventud y una alegría natural como las de Emma, aunque por la noche estén bajo una tristeza pasajera, el regreso del día rara vez deja de traerles el regreso del ánimo. La juventud y la alegría de la mañana guardan una feliz analogía y obran con fuerza; y si la aflicción no es tan aguda como para mantener los ojos abiertos, estos se abrirán con seguridad a sensaciones de un dolor suavizado y de una esperanza más luminosa.

Emma se levantó al día siguiente más dispuesta al consuelo que cuando se había acostado, más pronta a ver alivios para el mal que tenía delante y a confiar en salir de él razonablemente bien.

Era un gran consuelo que el señor Elton no estuviera de verdad enamorado de ella, ni fuera tan especialmente amable como para que resultara terrible desilusionarlo; que el carácter de Harriet no fuera de esa clase superior en que los sentimientos son más agudos y duraderos; y que no hubiera necesidad de que nadie supiera lo ocurrido, aparte de los tres protagonistas, y sobre todo de que su padre tuviera por ello ni un momento de inquietud.

Eran pensamientos muy alentadores; y la vista de mucha nieve en el suelo le hizo un servicio más, porque era bienvenida cualquier cosa que pudiera justificar que los tres estuvieran por ahora bien separados.

El tiempo le era de lo más favorable; aunque era el día de Navidad, no pudo ir a la iglesia. El señor Woodhouse se habría sentido desdichado si su hija lo hubiera intentado, y así ella quedó a salvo de provocar o de recibir ideas desagradables y de lo más inoportunas. Con el suelo cubierto de nieve y la atmósfera en ese estado inestable entre la helada y el deshielo, que es el más hostil de todos para hacer ejercicio, cada mañana comenzando con lluvia o nieve y cada tarde poniéndose a helar, fue durante muchos días una prisionera de lo más honorable. No era posible ningún trato con Harriet, salvo por notas; no hubo iglesia para ella el domingo, como tampoco el día de Navidad; y no hubo necesidad de buscar excusas para la ausencia del señor Elton.

Era un tiempo que bien podía retener en casa a todo el mundo; y aunque ella esperaba y creía que él estaría encontrando consuelo de verdad en una u otra compañía, era muy agradable ver a su padre tan satisfecho de que él estuviera completamente solo en su casa, demasiado sensato para salir; y oírle decir al señor Knightley, a quien ningún tiempo podía alejar del todo de ellos:

«¡Ah, señor Knightley! ¿Por qué no se queda usted en casa como el pobre señor Elton?».

Esos días de encierro habrían sido, de no ser por sus inquietudes íntimas, notablemente agradables, pues ese retiro le venía justo a su cuñado, cuyos sentimientos siempre debían ser de gran importancia para quienes lo acompañaban; y además se le había pasado tan por completo el mal humor de Randalls que su amabilidad no le falló en todo el resto de su estancia en Hartfield. Estuvo siempre agradable y servicial, y hablaba bien de todo el mundo. Pero, con todas las esperanzas de alegría y todo el alivio presente de la demora, seguía pendiendo sobre ella un mal tan grande, la hora de la explicación con Harriet, que a Emma le era imposible estar nunca del todo tranquila.

Volumen I. Capítulo XVII

El señor y la señora de John Knightley no se demoraron mucho en Hartfield. El tiempo pronto mejoró lo bastante para que se movieran quienes tenían que moverse; y el señor Woodhouse, después de intentar, como de costumbre, convencer a su hija de que se quedara con todos sus hijos, tuvo que ver partir a todo el grupo y volver a sus lamentaciones por el destino de la pobre Isabella; la cual pobre Isabella, que pasaba la vida con aquellos a quienes adoraba, llena de sus méritos, ciega a sus defectos y siempre inocentemente atareada, bien podría haber sido un modelo de la felicidad femenina como es debido.

La tarde del mismo día en que se fueron llegó una nota del señor Elton para el señor Woodhouse, una nota larga, cortés y ceremoniosa, para decir, con los mejores saludos del señor Elton, «que se proponía salir de Highbury a la mañana siguiente camino de Bath, donde, accediendo a los insistentes ruegos de unos amigos, se había comprometido a pasar unas semanas, y lamentaba mucho que le fuera imposible, por diversas circunstancias de tiempo y de negocios, despedirse en persona del señor Woodhouse, de cuyas amables atenciones guardaría siempre un recuerdo agradecido; y que, si el señor Woodhouse tenía algún encargo, tendría mucho gusto en atenderlo».

Emma se llevó una sorpresa de lo más agradable. La ausencia del señor Elton justo en ese momento era precisamente lo más deseable. Lo admiró por haberla ideado, aunque no podía darle mucho mérito por la manera en que la anunciaba. El resentimiento no podría haberse expresado con más claridad que en una cortesía hacia su padre de la que ella quedaba tan intencionadamente excluida. Ni siquiera tenía parte en los saludos iniciales. Su nombre no se mencionaba; y había en todo esto un cambio tan llamativo, y una solemnidad de despedida tan desacertada en sus elegantes agradecimientos, que pensó, al princi-

pio, que no podría escapar a las sospechas de su padre.

Sin embargo, escapó. Su padre estaba completamente absorto en la sorpresa de un viaje tan repentino y en sus temores de que el señor Elton nunca llegara a salvo al final de él, y no vio nada extraordinario en su lenguaje. Fue una nota muy útil, porque les dio nuevo tema para pensar y conversar durante el resto de su solitaria velada. El señor Woodhouse habló de sus alarmas, y Emma estaba con ánimo para disiparlas con toda su prontitud habitual.

Resolvió entonces no tener más tiempo a Harriet a oscuras. Tenía motivos para creer que estaba casi repuesta del resfriado, y convenía que tuviera el mayor tiempo posible para sobreponerse a su otra dolencia antes del regreso del caballero. Fue, pues, a casa de la señora Goddard al día siguiente mismo, a cumplir la necesaria penitencia de la confesión; y vaya si fue dura. Tuvo que destruir todas las esperanzas que con tanto empeño había alimentado, aparecer en el ingrato papel de la preferida y reconocer que se había equivocado y había juzgado mal de manera burda en todas sus ideas sobre un asunto, en todas sus observaciones, todas sus convicciones, todas sus profecías de las últimas seis semanas.

La confesión renovó por completo su primera vergüenza, y ver las lágrimas de Harriet le hizo pensar que nunca volvería a estar en paz consigo misma.

Harriet recibió la noticia muy bien, sin culpar a nadie, y mostrando en todo una disposición tan ingenua y una opinión tan humilde de sí misma que no podían sino parecerle especialmente ventajosas, en ese momento, a su amiga.

Emma estaba de humor para valorar al máximo la sencillez y la modestia; y todo lo que era amable, todo lo que debía inspirar cariño, parecía estar del lado de Harriet, no del suyo. Harriet no creía tener nada de qué quejarse. El afecto de un hombre como el señor Elton habría sido una distinción demasiado grande. Ella nunca habría podido merecerlo, y nadie sino una amiga tan parcial y bondadosa como la se-

ñorita Woodhouse lo habría creído posible.

Sus lágrimas corrían en abundancia, pero su pena era tan verdaderamente sin artificio que ninguna dignidad habría podido hacerla más respetable a los ojos de Emma; y ella la escuchó y trató de consolarla con todo su corazón y su entendimiento, convencida de verdad, por el momento, de que Harriet era la criatura superior de las dos, y de que parecerse a ella le reportaría más bienestar y felicidad que todo lo que pudieran hacer el genio o la inteligencia.

Era un poco tarde para ponerse a ser sencilla e ignorante; pero se despidió de ella con todas sus resoluciones anteriores confirmadas: ser humilde y discreta, y reprimir la imaginación todo el resto de su vida. Su segundo deber ahora, inferior solo a lo que le debía a su padre, era procurar el bienestar de Harriet y esforzarse por demostrarle su afecto de una manera mejor que haciendo casamientos. La llevó a Hartfield y le mostró la bondad más constante, procurando ocuparla y entretenerla, y apartar al señor Elton de sus pensamientos con libros y conversación.

Sabía que había que dar tiempo para que esto se lograra del todo; y podía suponerse un juez bastante mediocre de tales asuntos en general, y muy poco apta para comprender un afecto por el señor Elton en particular; pero le parecía razonable que a la edad de Harriet, y con la total extinción de toda esperanza, se pudiera avanzar tanto hacia un estado de serenidad para cuando el señor Elton regresara que les permitiera a todos volver a encontrarse en la rutina corriente del trato, sin ningún peligro de delatar sentimientos ni de acrecentarlos.

Harriet sí lo creía la perfección misma, y sostenía que no existía nadie igual a él en apariencia ni en bondad; y en verdad demostró estar más resueltamente enamorada de lo que Emma había previsto; pero, aun así, a Emma le parecía tan natural, tan inevitable luchar contra una inclinación de esa clase *no correspondida*, que no podía comprender que siguiera mucho tiempo con la misma fuerza.

Si el señor Elton, a su regreso, hacía su propia indiferencia tan evi-

dente e indudable como ella no dudaba que se empeñaría en hacerla, no podía imaginar que Harriet siguiera poniendo su felicidad en verlo o en recordarlo.

Que estuvieran fijos, tan absolutamente fijos, en el mismo lugar era malo para cada uno, para los tres. Ninguno tenía la posibilidad de mudarse ni de cambiar en algo importante de compañía. Tenían que encontrarse y sobrellevarlo lo mejor posible.

Harriet tenía además la desgracia del tono de sus compañeras en casa de la señora Goddard, pues el señor Elton era la adoración de todas las maestras y de las niñas mayores del colegio; y solo en Hartfield podría tener alguna posibilidad de oír hablar de él con una moderación que enfriara o con una verdad que repeliera. Donde se había hecho la herida, allí debía encontrarse la cura, si es que había alguna; y Emma sentía que, hasta verla en vías de curarse, no podría haber verdadera paz para ella misma.

Volumen I. Capítulo XVIII

El señor Frank Churchill no vino. Cuando se acercaba la fecha propuesta, los temores de la señora Weston se vieron justificados con la llegada de una carta de disculpa. Por el momento no podían prescindir de él, para su «grandísima mortificación y pesar; pero aun así esperaba con ilusión venir a Randalls dentro de no mucho tiempo».

La señora Weston quedó sumamente desilusionada; mucho más desilusionada, de hecho, que su marido, aunque su confianza en ver al joven había sido mucho más mesurada; pero un carácter optimista, aunque siempre espera más bien del que ocurre, no siempre paga sus esperanzas con un abatimiento proporcionado. Pronto pasa por encima del fracaso presente y empieza a esperar de nuevo. Durante media hora el señor Weston estuvo sorprendido y apenado; pero luego empezó a ver que la venida de Frank dos o tres meses más tarde sería un plan mucho mejor: mejor época del año, mejor tiempo; y que podría, sin ninguna duda, quedarse con ellos bastante más tiempo que si hubiera venido antes.

Estos sentimientos le devolvieron rápidamente la tranquilidad, mientras que la señora Weston, de disposición más aprensiva, no preveía más que una repetición de excusas y demoras; y, después de toda su preocupación por lo que iba a sufrir su marido, sufrió mucho más ella misma.

Emma no estaba en ese momento de ánimo para que le importara de verdad que el señor Frank Churchill no viniera, salvo como una desilusión para Randalls. Por ahora ese conocimiento no tenía ningún encanto para ella. Más bien quería estar tranquila y lejos de la tentación; pero, aun así, como convenía que pareciera, en general, la de siempre, se cuidó de expresar tanto interés por lo ocurrido, y de compartir con tanto calor la desilusión del señor y la señora Weston, como correspon-

día naturalmente a su amistad.

Fue la primera en anunciárselo al señor Knightley; y protestó tanto como era necesario (o, como estaba representando un papel, quizá algo más) contra la conducta de los Churchill por retenerlo. Luego pasó a decir bastante más de lo que sentía sobre la ventaja de semejante incorporación a su reducida sociedad de Surrey, el placer de ver a alguien nuevo, el día de fiesta que su presencia habría sido para todo Highbury; y, terminando de nuevo con reflexiones sobre los Churchill, se encontró de pronto metida en un desacuerdo con el señor Knightley; y, para su gran diversión, se dio cuenta de que estaba defendiendo la postura contraria a su verdadera opinión y usando contra sí misma los argumentos de la señora Weston.

«Es muy probable que los Churchill tengan la culpa», dijo el señor Knightley, con frialdad; «pero me atrevo a decir que él podría venir si quisiera».

«No sé por qué dice eso. Él desea muchísimo venir; pero su tío y su tía no lo dejan ir».

«No puedo creer que no tenga la posibilidad de venir, si se empeñara en ello. Es demasiado improbable para que yo lo crea sin pruebas».

«¡Qué raro es usted! ¿Qué ha hecho el señor Frank Churchill para que lo suponga una criatura tan desnaturalizada?».

«No lo supongo en absoluto una criatura desnaturalizada al sospechar que puede haber aprendido a creerse por encima de sus parientes y a preocuparse muy poco por todo lo que no sea su propio placer, por vivir con quienes siempre le han dado ese ejemplo. Es mucho más natural de lo que uno quisiera que un joven criado por personas orgullosas, amantes del lujo y egoístas sea también orgulloso, amante del lujo y egoísta. Si Frank Churchill hubiera querido ver a su padre, se las habría arreglado entre septiembre y enero. Un hombre de su edad (¿cuántos tiene?, ¿veintitrés o veinticuatro?) no puede carecer de medios para hacer eso. Es imposible».

«Eso es fácil de decir, y fácil de sentir para usted, que siempre ha si-

do su propio dueño. Usted es el peor juez del mundo, señor Knightley, de las dificultades de la dependencia. No sabe lo que es tener que manejar caracteres».

«No se puede concebir que un hombre de veintitrés o veinticuatro años no tenga libertad de espíritu ni de movimiento hasta ese punto. No puede faltarle dinero, no puede faltarle tiempo libre. Sabemos, por el contrario, que tiene tanto de ambos que se alegra de deshacerse de ellos en los lugares más ociosos del reino. Siempre oímos que está en uno u otro balneario. Hace poco estuvo en Weymouth. Eso prueba que puede dejar a los Churchill».

«Sí, a veces puede».

«Y esas veces son cada vez que le parece que vale la pena; cada vez que hay alguna tentación de placer».

«Es muy injusto juzgar la conducta de alguien sin conocer de cerca su situación. Nadie que no haya estado en el interior de una familia puede decir cuáles pueden ser las dificultades de cualquiera de sus miembros. Tendríamos que conocer Enscombe, y el carácter de la señora Churchill, antes de pretender decidir lo que su sobrino puede hacer. Puede que a veces sea capaz de hacer mucho más que otras».

«Hay una cosa, Emma, que un hombre siempre puede hacer, si quiere, y es su deber; no con maniobras y artimañas, sino con energía y resolución. Es deber de Frank Churchill tener esta atención con su padre. Él sabe que es así, por sus promesas y sus mensajes; pero, si deseara hacerlo, podría hacerse. Un hombre de sentimientos rectos le diría de inmediato a la señora Churchill, con sencillez y resolución: "Siempre me encontrará dispuesto a hacer por su conveniencia cualquier sacrificio de un simple placer; pero tengo que ir a ver a mi padre enseguida. Sé que le dolería que yo faltara a semejante muestra de respeto en esta ocasión. Por lo tanto, saldré mañana". Si se lo dijera así de una vez, con el tono de decisión propio de un hombre, nadie se opondría a que fuera».

«No», dijo Emma, riendo; «pero quizá alguien se opondría a que vol-

viera. ¡Qué lenguaje para que lo use un joven que depende enteramente de otros! Nadie más que usted, señor Knightley, lo creería posible. Pero usted no tiene idea de lo que se requiere en situaciones exactamente opuestas a la suya. ¡El señor Frank Churchill soltándoles un discurso así al tío y la tía que lo han criado y que han de mantenerlo! De pie en medio del salón, supongo, y hablando lo más fuerte que pudiera. ¿Cómo puede imaginar que semejante conducta sea factible?».

«Créame, Emma, un hombre sensato no encontraría en ello ninguna dificultad. Se sentiría en lo justo; y la declaración, hecha, por supuesto, como la haría un hombre juicioso, de manera apropiada, le haría más bien, lo elevaría más, afianzaría más su posición ante las personas de quienes depende, que todo lo que pueda lograr jamás una serie de evasivas y expedientes. Al afecto se le sumaría el respeto. Sentirían que podían confiar en él; que el sobrino que se había portado bien con su padre se portaría bien con ellos; porque ellos saben, tan bien como él, tan bien como debe saberlo todo el mundo, que debe hacerle esta visita a su padre; y mientras ejercen mezquinamente su poder para retrasarla, en el fondo no lo estiman más por someterse a sus caprichos. Todo el mundo siente respeto por la conducta recta. Si él actuara de este modo, por principio, con constancia, con regularidad, esas mentes pequeñas se plegarían a la suya».

«Lo dudo bastante. A usted le gusta mucho plegar mentes pequeñas; pero, cuando las mentes pequeñas pertenecen a gente rica con autoridad, creo que tienen la habilidad de hincharse hasta volverse tan difíciles de manejar como las grandes. Puedo imaginar que, si a usted, tal como es, señor Knightley, lo trasladaran y lo pusieran de golpe en la situación del señor Frank Churchill, podría decir y hacer exactamente lo que le ha estado recomendando a él; y podría tener muy buen efecto. Quizá los Churchill no tendrían una palabra que responder; pero, claro, usted no tendría hábitos de obediencia temprana y de larga sumisión que romper. Para quien los tiene, quizá no sea tan fácil lanzarse de golpe a la independencia total y tener en nada todo lo que

ellos pueden reclamar a su gratitud y su consideración. Puede tener un sentido tan fuerte como el que usted pueda tener de lo que sería correcto, sin estar tan a la altura, en circunstancias particulares, de actuar en consecuencia».

«Entonces no sería un sentido tan fuerte. Si no produjera el mismo esfuerzo, no podría ser la misma convicción».

«¡Ay, la diferencia de situación y de costumbre! Ojalá usted intentara comprender lo que puede sentir un joven amable al oponerse directamente a aquellos a quienes, de niño y de muchacho, ha mirado con veneración toda su vida».

«Nuestro amable joven es un joven muy débil si esta es la primera ocasión en que lleva adelante una resolución de obrar bien contra la voluntad de otros. A estas alturas ya debería ser en él una costumbre seguir su deber en lugar de consultar la conveniencia. Puedo disculpar los temores del niño, pero no los del hombre. Cuando llegó al uso de razón, debió sacudirse y librarse de todo lo que había de indigno en la autoridad de ellos. Debió oponerse al primer intento por parte de ellos de hacerle desatender a su padre. Si hubiera empezado como debía, ahora no habría ninguna dificultad».

«Nunca nos pondremos de acuerdo sobre él», exclamó Emma; «pero eso no tiene nada de extraordinario. No tengo la menor idea de que sea un joven débil: estoy segura de que no lo es. El señor Weston no estaría ciego ante la tontería, aunque fuera en su propio hijo; pero es muy probable que tenga una disposición más dócil, más complaciente, más apacible de lo que convendría a sus ideas de la perfección masculina. Me atrevo a decir que la tiene; y aunque eso pueda privarlo de algunas ventajas, le asegurará muchas otras».

«Sí; todas las ventajas de quedarse sentado cuando debería moverse, de llevar una vida de puro placer ocioso y de figurarse sumamente hábil para encontrarle excusas. Puede sentarse a escribir una hermosa carta florida, llena de declaraciones y falsedades, y convencerse de que ha dado con el mejor método del mundo para conservar la paz en

casa e impedir que su padre tenga derecho a quejarse. Sus cartas me dan asco».

«Sus sentimientos son singulares. A todos los demás parecen satisfacerlos».

«Sospecho que a la señora Weston no la satisfacen. Difícilmente pueden satisfacer a una mujer de su buen juicio y su sensibilidad viva, que está en el lugar de una madre, pero sin el afecto de una madre que la ciegue. Es por ella que se le deben a Randalls atenciones dobles, y ella debe de sentir doblemente la omisión. Si ella misma hubiera sido una persona importante, él habría venido, me atrevo a decir; y no habría tenido importancia que viniera o no. ¿Cree usted que su amiga se queda atrás en esta clase de consideraciones? ¿Supone que no se dice todo esto a sí misma a menudo? No, Emma, su amable joven solo puede ser amable en francés, no en inglés. Puede ser muy *aimable*, tener muy buenos modales y ser muy agradable; pero no puede tener ninguna delicadeza inglesa hacia los sentimientos de los demás: nada verdaderamente amable».

«Parece decidido a pensar mal de él».

«¿Yo? En absoluto», replicó el señor Knightley, bastante disgustado; «no quiero pensar mal de él. Estaría tan dispuesto como cualquier otro a reconocer sus méritos; pero no oigo hablar de ninguno, salvo los puramente personales: que es alto y bien parecido, de modales suaves y convincentes».

«Bueno, aunque no tenga otra cosa que lo recomiende, será un tesoro en Highbury. No es frecuente que veamos jóvenes apuestos, bien educados y agradables. No debemos ser exigentes y pedir encima todas las virtudes. ¿No puede imaginar, señor Knightley, la *sensación* que va a causar su venida? No habrá más que un tema en las parroquias de Donwell y Highbury; no habrá más que un interés, un objeto de curiosidad; todo será el señor Frank Churchill; no pensaremos ni hablaremos de nadie más».

«Me disculpará que no me sienta tan abrumado. Si lo encuentro

buen conversador, me alegrará conocerlo; pero, si no es más que un petimetre parlanchín, no ocupará mucho de mi tiempo ni de mis pensamientos».

«La idea que tengo de él es que sabe adaptar su conversación al gusto de cada uno, y que tiene tanto la capacidad como el deseo de agradar a todo el mundo. Con usted hablará de agricultura; conmigo, de dibujo o de música; y así con todos, pues tiene esa cultura general sobre todos los temas que le permite seguir la conversación o llevarla, justo como lo exija el decoro, y hablar sumamente bien de cada cosa; esa es la idea que tengo de él».

«Y la mía», dijo el señor Knightley con vehemencia, «es que, si resulta ser algo así, ¡será el tipo más insoportable que exista! ¡Cómo! ¡A los veintitrés años ser el rey de la reunión, el gran hombre, el político experimentado que ha de leer el carácter de todos y hacer que los talentos de todos sirvan para lucir su propia superioridad; ir repartiendo halagos a su alrededor para hacer que todos parezcan tontos a su lado! Mi querida Emma, su propio buen juicio no soportaría a semejante mequetrefe llegado el momento».

«No diré nada más de él», exclamó Emma; «usted lo vuelve todo para mal. Los dos tenemos prejuicios; usted en contra de él y yo a favor; y no tenemos posibilidad de ponernos de acuerdo hasta que esté de verdad aquí».

«¡Prejuicios! Yo no tengo prejuicios».

«Pero yo sí, muchísimos, y sin avergonzarme en absoluto. Mi cariño por el señor y la señora Weston me da un claro prejuicio a su favor».

«Es una persona en la que no pienso de un mes para otro», dijo el señor Knightley, con un grado de irritación que hizo que Emma hablara de inmediato de otra cosa, aunque no podía comprender por qué él habría de enojarse.

Tomarle antipatía a un joven solo porque parecía ser de una disposición distinta de la suya era indigno de la verdadera amplitud de espí-

ritu que ella siempre había estado acostumbrada a reconocer en él; porque, con toda la alta opinión de sí mismo que tantas veces le había reprochado, nunca antes había supuesto ni por un momento que pudiera hacerlo injusto con el mérito de otro.

Volumen II. Capítulo I

Emma y Harriet habían salido a pasear juntas una mañana y, en opinión de Emma, ya habían hablado bastante del señor Elton por ese día. No creía que el consuelo de Harriet ni sus propios pecados exigieran más; y por eso, mientras volvían, se esforzaba con empeño en deshacerse del tema; pero este volvió a estallar cuando creía haberlo logrado, y después de hablar un rato de lo que deben de sufrir los pobres en invierno, y de no recibir más respuesta que un muy lastimero «¡El señor Elton es tan bueno con los pobres!», comprendió que había que hacer otra cosa.

Justo se acercaban a la casa donde vivían la señora y la señorita Bates. Decidió hacerles una visita y buscar seguridad en el número. Siempre había razones suficientes para esa atención; a la señora y a la señorita Bates les encantaba recibir visitas, y ella sabía que los poquísimos que se atrevían alguna vez a ver una imperfección en ella la consideraban algo descuidada en ese aspecto, y que no contribuía como debía a la reserva de sus escasas comodidades.

Había recibido muchas insinuaciones del señor Knightley, y algunas de su propio corazón, sobre esa falta suya; pero ninguna bastaba para contrarrestar la convicción de que era muy desagradable, una pérdida de tiempo, mujeres fastidiosas, y todo el horror de correr el peligro de toparse con la gente de segunda y de tercera de Highbury, que las visitaba sin cesar; y por eso rara vez se acercaba a ellas. Pero ahora tomó la repentina resolución de no pasar por su puerta sin entrar, observando, al proponérselo a Harriet, que, hasta donde podía calcular, en ese momento estaban completamente a salvo de cualquier carta de Jane Fairfax.

La casa pertenecía a gente de comercio. La señora y la señorita Bates ocupaban el piso del salón; y allí, en el aposento de tamaño muy

modesto que lo era todo para ellas, las visitantes fueron recibidas con la mayor cordialidad y hasta con gratitud: la anciana señora, tranquila y pulcra, que estaba sentada con su tejido en el rincón más abrigado, quiso incluso cederle su sitio a la señorita Woodhouse, y su hija, más activa y parlanchina, estuvo a punto de abrumarlas con cuidados y amabilidades, agradecimientos por la visita, preocupación por sus zapatos, ansiosas preguntas por la salud del señor Woodhouse, alegres noticias sobre la de su madre y bizcocho dulce del aparador: «La señora Cole acababa de estar allí, había pasado solo diez minutos y había tenido la bondad de quedarse una hora con ellas, y *ella* había tomado un trozo de bizcocho y había sido tan amable de decir que le gustaba mucho; y por eso esperaba que la señorita Woodhouse y la señorita Smith les hicieran el favor de comer un trozo también».

La mención de los Cole traería sin falta la del señor Elton. Había intimidad entre ellos, y el señor Cole había tenido noticias del señor Elton desde su partida. Emma sabía lo que se venía; tendrían que repasar otra vez la carta, y precisar cuánto tiempo llevaba fuera, y cuánto lo solicitaban en sociedad, y qué favorito era dondequiera que iba, y lo concurrido que había estado el baile del maestro de ceremonias; y ella lo sobrellevó muy bien, con todo el interés y todos los elogios que pudieran requerirse, y adelantándose siempre para que Harriet no tuviera que decir ni una palabra.

Para esto se había preparado al entrar en la casa; pero pensaba que, una vez que hubieran hablado de él como correspondía, no la incomodaría ningún tema molesto más, y podría pasearse a sus anchas entre todas las señoras y señoritas de Highbury y sus partidas de cartas. No se había preparado para que Jane Fairfax sucediera al señor Elton; pero la señorita Bates lo despachó deprisa, y por fin saltó bruscamente de él a los Cole, para introducir una carta de su sobrina.

«¡Ah, sí! El señor Elton, según tengo entendido... claro, en cuanto al baile... la señora Cole me contaba que el baile en los salones de Bath era... La señora Cole tuvo la bondad de quedarse un rato con no-

sotras, hablando de Jane; porque, en cuanto entró, empezó a preguntar por ella, Jane es tan favorita allí. Siempre que está con nosotras, la señora Cole no sabe cómo demostrarle bastante su cariño; y tengo que decir que Jane se lo merece como el que más. Y así empezó a preguntar por ella enseguida, diciendo: "Sé que no han podido tener noticias de Jane últimamente, porque no le toca escribir"; y cuando yo le dije en seguida: "Pues sí que las tenemos, recibimos una carta esta misma mañana", no sé si alguna vez he visto a alguien más sorprendido. "¿De veras, palabra de honor?", dijo ella; "bueno, eso sí que es inesperado. Déjeme oír lo que dice"».

La cortesía de Emma estuvo a mano de inmediato, para decir, con un interés sonriente:

«¿Ha tenido noticias de la señorita Fairfax tan recientes? Me alegro muchísimo. Espero que esté bien».

«Gracias. ¡Qué amable es usted!», replicó la tía, felizmente engañada, mientras buscaba con afán la carta. «¡Ah, aquí está! Estaba segura de que no podía estar lejos; pero le había puesto encima mi costurero, ¿ve?, sin darme cuenta, y así quedó del todo escondida, pero la tuve en la mano hace tan poquito que estaba casi segura de que tenía que estar en la mesa. Se la estaba leyendo a la señora Cole, y desde que se fue se la he estado leyendo otra vez a mi madre, porque es para ella un placer tan grande (una carta de Jane) que nunca se cansa de oírla; así que sabía que no podía estar lejos, y aquí está, justo debajo de mi costurero... y ya que usted es tan amable de querer oír lo que dice... pero, antes que nada, de verdad tengo que disculpar a Jane, en justicia, por escribir una carta tan corta: solo dos páginas, ¿ve?, apenas dos; y en general llena todo el papel y escribe cruzado sobre la mitad. Mi madre se pregunta a menudo cómo puedo descifrarla tan bien. Muchas veces dice, cuando se abre la carta: "Bueno, Hetty, ahora creo que te vas a ver en apuros para descifrar todo ese enrejado"... ¿no es cierto, mamá? Y entonces yo le digo que estoy segura de que ella se las arreglaría para descifrarla sola si no tuviera a nadie que lo hiciera

por ella, cada palabra; estoy segura de que se quedaría mirándola hasta haber descifrado cada palabra. Y, en efecto, aunque los ojos de mi madre ya no son lo que eran, todavía ve asombrosamente bien, ¡gracias a Dios!, con ayuda de los anteojos. ¡Es una bendición tan grande! Los de mi madre son de verdad muy buenos. Jane dice a menudo, cuando está aquí: "Estoy segura, abuelita, de que usted debió de tener una vista muy fuerte para ver como ve... ¡y con tantas labores finas como ha hecho, además! Ojalá mis ojos me duren igual de bien"».

Todo esto, dicho sumamente rápido, obligó a la señorita Bates a detenerse para tomar aliento; y Emma dijo algo muy cortés sobre la excelencia de la letra de la señorita Fairfax.

«Es usted sumamente amable», replicó la señorita Bates, muy halagada; «usted, que es tan buen juez y escribe tan bonito. Estoy segura de que no hay elogio que pudiera darnos tanto gusto como el de la señorita Woodhouse. Mi madre no oye; es un poco sorda, ¿sabe? Mamá», dirigiéndose a ella, «¿oye usted lo que la señorita Woodhouse tiene la amabilidad de decir de la letra de Jane?».

Y Emma tuvo la ventaja de oír su propio cumplido tonto repetido dos veces antes de que la buena anciana pudiera comprenderlo. Entretanto, cavilaba sobre la posibilidad de escapar de la carta de Jane Fairfax sin parecer muy grosera, y casi había resuelto marcharse enseguida con alguna pequeña excusa, cuando la señorita Bates se volvió de nuevo hacia ella y le captó la atención.

«La sordera de mi madre es muy poca cosa, ¿ve?, nada de nada. Con solo levantar la voz y decir las cosas dos o tres veces, oye seguro; aunque, claro, está acostumbrada a mi voz. Pero es muy notable que siempre oiga mejor a Jane que a mí. ¡Jane habla tan claro! En todo caso, no encontrará a su abuelita nada más sorda que hace dos años; lo que es mucho decir a la edad de mi madre; y de verdad hace dos años cumplidos, ¿sabe?, que estuvo aquí. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin verla, y como le decía a la señora Cole, ahora apenas sabremos cómo agasajarla lo suficiente».

«¿Esperan pronto aquí a la señorita Fairfax?».

«¡Ah, sí! La semana que viene».

«¡No me diga! Eso debe de ser una alegría muy grande».

«Gracias. Es usted muy amable. Sí, la semana que viene. Todos están tan sorprendidos; y todos dicen las mismas cosas amables. Estoy segura de que ella estará tan contenta de ver a sus amigos de Highbury como ellos de verla a ella. Sí, el viernes o el sábado; no puede decir cuál, porque el coronel Campbell va a necesitar el coche uno de esos días. ¡Qué bondad la suya de mandarla todo el camino! Pero siempre lo hacen, ¿sabe? Ah, sí, el viernes o el sábado próximo. De eso escribe. Esa es la razón de que escriba fuera de turno, como decimos nosotras; porque, en el curso normal, no habríamos tenido noticias suyas antes del martes o el miércoles próximos».

«Sí, así lo imaginaba. Temía que hubiera pocas posibilidades de que yo supiera algo de la señorita Fairfax hoy».

«¡Qué amable de su parte! No, no habríamos sabido nada si no hubiera sido por esta circunstancia especial de que va a venir tan pronto. ¡Mi madre está tan encantada! Porque va a pasar con nosotras tres meses por lo menos. Tres meses, lo dice así, con toda seguridad, como voy a tener el gusto de leerle. El caso es, ¿ve?, que los Campbell se van a Irlanda. La señora Dixon ha convencido a su padre y a su madre de que vayan a verla enseguida. No pensaban ir hasta el verano, pero ella está tan impaciente por volver a verlos... porque hasta que se casó, en octubre pasado, nunca había estado lejos de ellos ni siquiera una semana, lo que debe de hacer muy extraño estar en reinos distintos, iba a decir, pero en fin, en países distintos; y así le escribió una carta muy apremiante a su madre (o a su padre, le aseguro que no sé a cuál de los dos, pero ya lo veremos enseguida en la carta de Jane), escribió en nombre del señor Dixon además del suyo, para insistir en que fueran enseguida, y que ellos irían a recibirlos a Dublín y los llevarían a su casa de campo, Baly-craig, un lugar precioso, me imagino. Jane ha oído hablar mucho de su belleza; al señor Dixon, quiero decir;

no sé si alguna vez oyó hablar de él a otra persona; pero era muy natural, ¿sabe?, que a él le gustara hablar de su propia casa mientras cortejaba a su novia; y como Jane salía muy a menudo a pasear con ellos (porque el coronel y la señora Campbell eran muy estrictos en que su hija no saliera a menudo a pasear sola con el señor Dixon, cosa por la que no los culpo en absoluto), por supuesto oía todo lo que él le contara a la señorita Campbell sobre su propia casa en Irlanda; y creo que nos escribió que él les había mostrado unos dibujos del lugar, vistas que él mismo había tomado. Es un joven de lo más amable y encantador, creo yo. Jane tenía unas ganas enormes de ir a Irlanda, por lo que él contaba».

En ese momento, como le entró en la cabeza a Emma una sospecha ingeniosa y estimulante respecto de Jane Fairfax, este encantador señor Dixon y el no ir a Irlanda, dijo, con el insidioso propósito de descubrir más:

«Deben de considerar una gran suerte que a la señorita Fairfax le permitan venir con ustedes en un momento así. Dada la amistad tan especial entre ella y la señora Dixon, difícilmente podían esperar que la dispensaran de acompañar al coronel y a la señora Campbell».

«Muy cierto, de verdad muy cierto. Justo lo que siempre hemos temido un poco; porque no nos habría gustado tenerla tan lejos de nosotras durante meses seguidos, sin poder venir si pasaba algo. Pero ya ve, todo sale para bien. Ellos (el señor y la señora Dixon) desean muchísimo que vaya con el coronel y la señora Campbell; cuentan con ello del todo; nada puede ser más amable ni más insistente que su invitación *conjunta*, dice Jane, como oirá enseguida; el señor Dixon no parece quedarse atrás en ninguna atención. Es un joven de lo más encantador. Desde el servicio que le prestó a Jane en Weymouth, cuando salieron en aquel paseo por el agua y ella, por el giro repentino de no sé qué cosa entre las velas, habría caído al mar de golpe, y de hecho estuvo a punto de caer, si él no la hubiera agarrado del vestido, con la mayor presencia de ánimo (¡nunca puedo pensar en ello sin temblar!)...

Pero, desde que supimos la historia de aquel día, ¡le he tomado tanto cariño al señor Dixon!».

«Pero, a pesar de toda la insistencia de sus amigos y de su propio deseo de ver Irlanda, ¿la señorita Fairfax prefiere dedicarles ese tiempo a usted y a la señora Bates?».

«Sí, enteramente decisión suya, enteramente elección suya; y el coronel y la señora Campbell creen que hace muy bien, justo lo que ellos le recomendarían; y de hecho *desean* especialmente que pruebe el aire de su tierra, porque últimamente no ha estado tan bien como de costumbre».

«Lamento oírlo. Creo que juzgan con sensatez. Pero la señora Dixon debe de estar muy desilusionada. Según tengo entendido, la señora Dixon no tiene una belleza notable; no se la puede comparar en absoluto con la señorita Fairfax».

«¡Ah, no! Es muy amable de su parte decir esas cosas... pero, desde luego, no. No hay comparación entre ellas. La señorita Campbell siempre fue absolutamente sin gracia... pero sumamente elegante y amable».

«Sí, eso desde luego».

«¡Jane pescó un resfriado fuerte, pobrecita!, ya el 7 de noviembre (como voy a leerle), y desde entonces nunca ha estado bien. Es mucho tiempo, ¿no?, para que le dure un resfriado. Nunca lo había mencionado, para no alarmarnos. ¡Tan propio de ella! ¡Tan considerada! Pero, en fin, está tan lejos de estar bien que sus buenos amigos los Campbell creen que más vale que venga a casa y pruebe un aire que siempre le sienta bien; y no dudan de que tres o cuatro meses en Highbury la curarán por completo; y desde luego es muchísimo mejor que venga aquí que no que vaya a Irlanda, si no se encuentra bien. Nadie podría cuidarla como nosotras».

«Me parece el arreglo más conveniente del mundo».

«Y así, va a venir con nosotras el viernes o el sábado próximo, y los Campbell salen de la ciudad camino de Holyhead el lunes siguiente,

como verá por la carta de Jane. ¡Tan de repente! Ya puede imaginarse, querida señorita Woodhouse, ¡en qué agitación me ha puesto! Si no fuera por el inconveniente de su enfermedad... pero me temo que tendremos que esperar verla adelgazada y con muy mal aspecto. Tengo que contarle lo desafortunado que me pasó en eso. Yo siempre me empeño en leer primero para mí sola las cartas de Jane, de principio a fin, antes de leérselas en voz alta a mi madre, ¿sabe?, por miedo a que haya en ellas algo que la aflija. Jane me pidió que lo hiciera, así que siempre lo hago; y así empecé hoy con mi precaución de costumbre; pero en cuanto llegué a lo de que no estaba bien, se me escapó, muy asustada: "¡Dios bendito! ¡La pobre Jane está enferma!"; y mi madre, que estaba atenta, lo oyó claramente y se alarmó muchísimo. Sin embargo, cuando seguí leyendo, vi que no era ni de lejos tan grave como me había figurado al principio; y ahora le quito tanta importancia delante de ella que no piensa mucho en eso. Pero no me explico cómo pude descuidarme tanto. Si Jane no se mejora pronto, llamaremos al señor Perry. No se pensará en el gasto; y aunque él es tan generoso, y quiere tanto a Jane, que me atrevo a decir que no pensaría cobrar nada por atenderla, no podríamos consentirlo, ¿sabe? Tiene esposa e hijos que mantener, y no ha de andar regalando su tiempo. Bueno, ahora que le he dado una idea de lo que escribe Jane, vamos a su carta, y estoy segura de que ella cuenta su propia historia muchísimo mejor de lo que yo puedo contarla por ella».

«Me temo que tenemos que irnos corriendo», dijo Emma, echando una mirada a Harriet y empezando a levantarse. «Mi padre estará esperándonos. No tenía intención, creía que no podría quedarme más de cinco minutos cuando entré en la casa. Solo pasé porque no quería pasar por la puerta sin preguntar por la señora Bates; ¡pero me han retenido tan agradablemente! Ahora, sin embargo, tenemos que despedirnos de usted y de la señora Bates».

Y todo lo que se pudo insistir para retenerla no dio resultado. Volvió a salir a la calle, feliz de esto: que, aunque le habían impuesto mu-

cho contra su voluntad, aunque de hecho había oído toda la sustancia de la carta de Jane Fairfax, había podido escapar de la carta misma.

Volumen II. Capítulo II

Jane Fairfax era huérfana, la única hija de la hija menor de la señora Bates.

El matrimonio del teniente Fairfax, del ... regimiento de infantería, y la señorita Jane Bates había tenido su momento de fama y de alegría, de esperanza y de interés; pero ya no quedaba nada de él, salvo el triste recuerdo de él muriendo en combate en el extranjero, de su viuda consumiéndose de tisis y de pena poco después, y esta niña.

Por nacimiento pertenecía a Highbury; y cuando, a los tres años, al perder a su madre, pasó a ser la propiedad, la responsabilidad, el consuelo, la niña adoptada de su abuela y de su tía, todo hacía parecer muy probable que quedaría establecida allí para siempre; que solo se le enseñaría lo que pudieran costear unos medios muy limitados, y que crecería sin ventajas de relaciones ni de instrucción que injertar en lo que la naturaleza le había dado: una persona agradable, buen entendimiento y unos parientes de corazón cálido y bienintencionados.

Pero los sentimientos compasivos de un amigo de su padre cambiaron su destino. Era el coronel Campbell, que había tenido en altísima estima a Fairfax, como excelente oficial y joven de muchísimo mérito; y que, además, le debía unos cuidados, durante una grave fiebre de campamento, que él creía que le habían salvado la vida. Eran deudas que no aprendió a pasar por alto, aunque transcurrieron algunos años desde la muerte del pobre Fairfax antes de que su propio regreso a Inglaterra le permitiera hacer algo. Cuando por fin regresó, buscó a la niña y se ocupó de ella. Era un hombre casado, con una sola hija viva, una niña más o menos de la edad de Jane; y Jane se convirtió en su huésped, les hacía largas visitas y se ganó el cariño de todos; y antes de que cumpliera nueve años, el gran cariño que le tenía su hija y su propio deseo de ser un verdadero amigo se unieron para que el coro-

nel Campbell ofreciera hacerse cargo por completo de su educación. Se aceptó; y desde entonces Jane había pertenecido a la familia del coronel Campbell y había vivido enteramente con ellos, y solo visitaba a su abuela de vez en cuando.

El plan era que se la educara para educar a otros, pues los poquísimos cientos de libras que había heredado de su padre hacían imposible la independencia. Mantenerla de otro modo no estaba en manos del coronel Campbell; porque, aunque sus ingresos, por sueldo y cargos, eran buenos, su fortuna era moderada y toda debía ser para su hija; pero, al darle una educación, esperaba proporcionarle los medios de una subsistencia respetable en el futuro.

Tal era la historia de Jane Fairfax. Había caído en buenas manos, no había conocido de los Campbell más que bondad y había recibido una educación excelente. Al vivir siempre con personas de principios rectos y bien instruidas, su corazón y su entendimiento habían recibido todas las ventajas de la disciplina y la cultura; y como la residencia del coronel Campbell estaba en Londres, se había hecho plena justicia a todos sus talentos de adorno con maestros de primera. Su disposición y sus aptitudes eran igualmente dignas de todo lo que la amistad pudiera hacer; y a los dieciocho o diecinueve años estaba, en la medida en que una edad tan temprana puede estar preparada para el cuidado de niños, plenamente capacitada para el oficio de enseñar; pero la querían demasiado para separarse de ella. Ni el padre ni la madre podían propiciarlo, y la hija no podía soportarlo. Se aplazó el día aciago. Era fácil decidir que todavía era demasiado joven; y Jane se quedó con ellos, compartiendo, como otra hija, todos los placeres razonables de una sociedad elegante y una juiciosa mezcla de hogar y diversión, con el único inconveniente del futuro: las sensatas advertencias de su propio buen entendimiento, que le recordaban que todo aquello podía terminar pronto.

El afecto de toda la familia, y en particular el cálido apego de la señorita Campbell, honraba tanto más a cada parte por la circunstancia

de la clara superioridad de Jane, tanto en belleza como en conocimientos. Que la naturaleza se la había dado en los rasgos no podía dejar de verlo la joven, ni los padres podían dejar de percibir sus mayores dotes de inteligencia. Sin embargo, siguieron juntas con un aprecio que no disminuyó hasta el casamiento de la señorita Campbell, quien, por ese azar, por esa suerte que tan a menudo burla las previsiones en asuntos matrimoniales, dando atractivo a lo mediano más que a lo superior, conquistó el afecto del señor Dixon, un joven rico y agradable, casi tan pronto como se conocieron; y quedó bien y felizmente establecida, mientras Jane Fairfax aún tenía que ganarse el pan.

Este acontecimiento había ocurrido muy recientemente; demasiado recientemente para que su amiga menos afortunada hubiera intentado todavía nada para emprender el camino de su deber, aunque ya había llegado a la edad que su propio juicio había fijado para empezar. Hacía mucho que había resuelto que los veintiún años serían el momento. Con la fortaleza de una novicia consagrada, había resuelto, a los veintiún años, consumar el sacrificio y retirarse de todos los placeres de la vida, del trato razonable, de la compañía entre iguales, de la paz y de la esperanza, a la penitencia y la mortificación para siempre.

El buen juicio del coronel y la señora Campbell no podía oponerse a semejante resolución, aunque sí sus sentimientos. Mientras ellos vivieran, no le haría falta ningún esfuerzo, su casa podría ser la de ella para siempre; y, por su propio bienestar, la habrían retenido del todo; pero eso sería egoísmo: lo que tenía que ser al final, mejor que fuera pronto. Quizá empezaron a sentir que habría sido más bondadoso y más sensato resistir la tentación de cualquier demora y ahorrarle probar unos goces de comodidad y ocio a los que ahora tendría que renunciar. Aun así, el cariño se alegraba de aferrarse a cualquier excusa razonable para no apresurar el momento aciago. Ella nunca había estado del todo bien desde la época del casamiento de su hija; y hasta que hubiera recuperado por completo sus fuerzas habituales, tenían que prohibirle asumir unos deberes que, lejos de ser compatibles con un

cuerpo debilitado y un ánimo cambiante, parecían requerir, en las circunstancias más favorables, algo más que la perfección humana de cuerpo y espíritu para cumplirlos con un bienestar tolerable.

En cuanto a no acompañarlos a Irlanda, lo que le había contado a su tía no contenía más que la verdad, aunque quizá hubiera algunas verdades sin contar. Era elección suya dedicar a Highbury el tiempo de la ausencia de ellos; pasar, quizá, sus últimos meses de completa libertad con esos bondadosos parientes para quienes era tan querida; y los Campbell, fuera cual fuera su motivo o sus motivos, ya fuera uno, o dos, o tres, dieron al arreglo su pronta aprobación y dijeron que confiaban más en unos meses pasados en el aire de su tierra para que recobrara la salud que en cualquier otra cosa. Lo cierto era que iba a venir; y que Highbury, en lugar de dar la bienvenida a esa novedad absoluta que se le había prometido por tanto tiempo, el señor Frank Churchill, tendría que conformarse por ahora con Jane Fairfax, que solo podía traer la frescura de dos años de ausencia.

Emma lo lamentaba. ¡Tener que mostrarle cortesías a una persona que no le gustaba durante tres largos meses! ¡Estar siempre haciendo más de lo que deseaba y menos de lo que debía! Por qué no le gustaba Jane Fairfax podía ser una pregunta difícil de responder; el señor Knightley le había dicho una vez que era porque veía en ella a la joven verdaderamente consumada por la que ella misma quería pasar; y aunque en su momento había refutado con vehemencia la acusación, había momentos de examen de conciencia en que su conciencia no podía absolverla del todo. Pero «nunca lograba intimar con ella; no sabía por qué era, pero había tal frialdad y reserva, una indiferencia tan aparente de si agradaba o no... ¡y además su tía era tan eterna habladora! ¡Y todo el mundo le hacía tantos aspavientos! Y siempre se había imaginado que ellas serían tan íntimas... como tenían la misma edad, todo el mundo había supuesto que tenían que quererse mucho». Esas eran sus razones; no tenía otras mejores.

Era una antipatía tan poco justa (cada defecto que le atribuía lo

agrandaba tanto la imaginación) que nunca veía a Jane Fairfax por primera vez después de una ausencia considerable sin sentir que había sido injusta con ella; y ahora, cuando le hizo la debida visita a su llegada, después de un intervalo de dos años, le llamaron particularmente la atención precisamente el aspecto y los modales que durante esos dos años enteros había estado menospreciando. Jane Fairfax era muy elegante, notablemente elegante; y ella misma tenía en la más alta estima la elegancia. Su estatura era bonita, justo de las que casi todo el mundo consideraría altas y nadie consideraría muy altas; su figura, especialmente graciosa; su talla, un término medio de lo más favorecedor entre gruesa y delgada, aunque un leve aire de mala salud parecía indicar cuál de los dos males era el más probable. Emma no podía sino sentir todo esto; y luego, su rostro, sus facciones... había en ellas, en conjunto, más belleza de la que recordaba; no era una belleza regular, pero era muy agradable. Sus ojos, de un gris profundo, con pestañas y cejas oscuras, nunca habían dejado de recibir elogios; pero la piel, a la que ella solía ponerle reparos por falta de color, tenía una claridad y una delicadeza que de verdad no necesitaban más lozanía. Era un estilo de belleza cuyo rasgo dominante era la elegancia, y como tal, por honor, según todos sus principios, debía admirarla: la elegancia, que, ya fuera de la persona o del espíritu, veía tan poco en Highbury. Allí, no ser vulgar era distinción y mérito.

En suma, durante la primera visita estuvo mirando a Jane Fairfax con doble complacencia, la sensación de placer y la sensación de hacer justicia, y resolvía que ya no le tendría antipatía. Cuando tenía presente su historia, en efecto, su situación además de su belleza; cuando consideraba a qué estaba destinada toda esa elegancia, de qué altura iba a caer, cómo iba a vivir, parecía imposible sentir otra cosa que compasión y respeto; sobre todo si a cada pormenor conocido que la hacía digna de interés se sumaba la circunstancia, muy probable, de un apego al señor Dixon, que a ella se le había ocurrido de manera tan natural. En ese caso, nada podía ser más digno de lástima ni más hon-

roso que los sacrificios que había resuelto hacer. Emma estaba ahora muy dispuesta a absolverla de haberle robado al señor Dixon el afecto que debía a su esposa, o de cualquier maldad que su imaginación le hubiera sugerido al principio. Si era amor, podía ser un amor sencillo, solitario, sin esperanza, solo de parte de ella. Quizá había ido absorbiendo sin darse cuenta el triste veneno mientras compartía la conversación de él con su amiga; y por los mejores, por los más puros motivos, quizá ahora se negaba esta visita a Irlanda y resolvía separarse de verdad de él y de los suyos empezando pronto su carrera de laborioso deber.

En conjunto, Emma se despidió de ella con sentimientos tan suavizados y caritativos que, de vuelta a casa, miraba a su alrededor y lamentaba que Highbury no ofreciera ningún joven digno de darle independencia; nadie por quien pudiera desear hacer planes para ella.

Eran sentimientos encantadores, pero no duraderos. Antes de que se hubiera comprometido con alguna declaración pública de amistad eterna hacia Jane Fairfax, o de que hubiera hecho más por retractarse de sus prejuicios y errores pasados que decirle al señor Knightley: «Sin duda es guapa; ¡es más que guapa!», Jane había pasado una velada en Hartfield con su abuela y su tía, y todo estaba volviendo en buena medida a su estado habitual. Reaparecieron las irritaciones de antes. La tía era tan fastidiosa como siempre; más fastidiosa, porque ahora a la admiración por sus dotes se sumaba la inquietud por su salud; y tuvieron que escuchar la descripción de lo poquísimo pan con mantequilla que comía en el desayuno y de lo pequeña que era la tajada de cordero de la cena, además de ver la exhibición de cofias nuevas y bolsas de labor nuevas para su madre y para ella; y volvieron a alzarse las ofensas de Jane. Hubo música; Emma tuvo que tocar; y los agradecimientos y elogios que forzosamente siguieron le parecieron una afectación de franqueza, un aire de grandeza, con el único propósito de lucir con más estilo su propia ejecución, muy superior. Era además, y eso era lo peor de todo, ¡tan fría, tan cautelosa! No había forma de llegar a su

verdadera opinión. Envuelta en un manto de cortesía, parecía decidida a no arriesgar nada. Era reservada de un modo que repelía, de un modo que despertaba sospechas.

Si algo podía ser más, donde todo era lo máximo, era más reservada sobre el tema de Weymouth y los Dixon que sobre ningún otro. Parecía empeñada en no dejar ver nada real del carácter del señor Dixon, ni del aprecio que ella tenía por su compañía, ni de su opinión sobre la conveniencia del casamiento. Todo era aprobación general y suavidad; nada definido ni destacado. Sin embargo, no le sirvió de nada. Su cautela fue en vano. Emma vio el artificio y volvió a sus primeras conjeturas. Probablemente *había* algo más que ocultar que su propia preferencia; quizá el señor Dixon había estado muy cerca de cambiar a una amiga por la otra, o se había quedado con la señorita Campbell solo por las doce mil libras futuras.

La misma reserva reinaba en otros temas. Ella y el señor Frank Churchill habían estado en Weymouth al mismo tiempo. Se sabía que se conocían un poco; pero Emma no pudo obtener ni una sílaba de información real sobre cómo era él de verdad. «¿Era guapo?». «Creía que se lo consideraba un joven muy apuesto». «¿Era agradable?». «En general se lo consideraba así». «¿Parecía un joven sensato, un joven instruido?». «En un balneario, o en un trato corriente de Londres, era difícil decidir sobre esos puntos. Los modales eran lo único que se podía juzgar con seguridad, con un conocimiento mucho más largo del que habían tenido hasta entonces del señor Churchill. Creía que a todo el mundo sus modales le parecían agradables». Emma no podía perdonárselo.

Volumen II. Capítulo III

Emma no podía perdonarla; pero como el señor Knightley, que había sido de la reunión, no había advertido provocación ni resentimiento, y solo había visto atención apropiada y un trato agradable por ambas partes, a la mañana siguiente, estando otra vez en Hartfield para tratar asuntos con el señor Woodhouse, expresaba su aprobación de todo; no tan abiertamente como lo habría hecho si el padre de ella hubiera salido de la sala, pero hablando con la claridad suficiente para que Emma lo entendiera muy bien. Él solía pensar que ella era injusta con Jane, y ahora tenía gran placer en notar una mejoría.

«Una velada muy agradable», empezó, en cuanto hubo convencido al señor Woodhouse de lo necesario, le hubo dicho que lo entendía y se hubieron retirado los papeles; «agradabilísima. Usted y la señorita Fairfax nos dieron muy buena música. No conozco estado más placentero, señor, que estar sentado a gusto mientras dos jóvenes así lo entretienen a uno toda una velada, a veces con música y a veces con conversación. Estoy seguro de que la señorita Fairfax habrá encontrado agradable la velada, Emma. Usted no dejó nada por hacer. Me alegró que la hiciera tocar tanto, pues como no tiene instrumento en casa de su abuela, debe de haber sido un verdadero gusto para ella».

«Me alegra que lo aprobara», dijo Emma, sonriendo; «pero espero no faltar a menudo a lo que se debe a los invitados de Hartfield».

«No, querida», dijo su padre al instante; «*eso* estoy seguro de que no. No hay nadie ni la mitad de atenta y cortés que tú. Si acaso, eres demasiado atenta. El panecillo de anoche... si se hubiera pasado una sola vez, creo que habría bastado».

«No», dijo el señor Knightley, casi al mismo tiempo; «no falta usted a menudo; no falta a menudo ni en los modales ni en la comprensión. Creo, por tanto, que me entiende».

Una mirada traviesa expresó: «Lo entiendo bastante bien»; pero ella dijo solamente: «La señorita Fairfax es reservada».

«Siempre le dije que lo era... un poco; pero usted pronto vencerá toda esa parte de su reserva que debe vencerse, toda la que tiene su fundamento en la timidez. Lo que nace de la discreción debe respetarse».

«Usted la cree tímida. Yo no lo veo».

«Mi querida Emma», dijo él, pasando de su silla a una que estaba junto a ella, «no va a decirme, espero, que no pasó una velada agradable».

«¡Oh!, no; quedé contenta de mi propia perseverancia en hacer preguntas, y divertida al pensar qué poca información obtuve».

«Estoy decepcionado», fue su única respuesta.

«Espero que todos hayan pasado una velada agradable», dijo el señor Woodhouse, a su manera tranquila. «Yo sí. Una vez sentí el fuego un poco demasiado; pero entonces eché mi silla un poco hacia atrás, muy poco, y no me molestó. La señorita Bates estuvo muy conversadora y de buen humor, como siempre, aunque habla algo demasiado rápido. Con todo, es muy agradable, y la señora Bates también, de otra manera. Me gustan los viejos amigos; y la señorita Jane Fairfax es una joven muy linda, una joven muy linda y muy bien educada de verdad. Ha de haber encontrado agradable la velada, señor Knightley, porque tenía a Emma».

«Cierto, señor; y Emma, porque tenía a la señorita Fairfax».

Emma vio su inquietud y, deseando calmarla, al menos por el momento, dijo, y con una sinceridad que nadie podría poner en duda:

«Es una de esas criaturas elegantes de las que uno no puede apartar los ojos. Siempre la estoy mirando para admirarla; y la compadezco de todo corazón».

El señor Knightley pareció más complacido de lo que quería expresar; y antes de que pudiera responder, el señor Woodhouse, que tenía el pensamiento puesto en las Bates, dijo:

«¡Es una gran lástima que su situación sea tan estrecha!, ¡una gran

lástima, de verdad!, y a menudo he deseado... pero es tan poco lo que uno puede atreverse a hacer... pequeños regalos, insignificantes, de algo poco común... Ahora hemos matado un cerdito, y Emma piensa enviarles un lomo o una pierna; es muy pequeño y delicado (el cerdo de Hartfield no es como ningún otro cerdo), pero aun así es cerdo; y, mi querida Emma, a menos que uno pudiera estar seguro de que lo harán en filetes, bien fritos, como se fríen los nuestros, sin la menor grasa, y no lo asarán, porque no hay estómago que soporte el cerdo asado... creo que más vale que enviemos la pierna. ¿No te parece, querida?».

«Mi querido papá, envié todo el cuarto trasero. Sabía que lo desearías. Así tendrán la pierna para salar, ¿sabes?, que queda tan rica, y el lomo para prepararlo enseguida como más les guste».

«Eso está bien, querida, muy bien. No lo había pensado antes, pero es lo mejor. No deben salar demasiado la pierna; y entonces, si no está demasiado salada, y si se cuece muy bien, tal como Serle cuece la nuestra, y se come con mucha moderación, con un nabo hervido y un poco de zanahoria o de chirivía, no la considero malsana».

«Emma», dijo el señor Knightley al poco rato, «tengo una noticia para usted. A usted le gustan las noticias, y en el camino hacia acá oí una que creo que le interesará».

«¡Noticias! ¡Oh!, sí, siempre me gustan las noticias. ¿Qué es? ¿Por qué sonríe así? ¿Dónde la oyó? ¿En Randalls?».

Solo tuvo tiempo de decir:

«No, no en Randalls; no me he acercado a Randalls», cuando la puerta se abrió de par en par y la señorita Bates y la señorita Fairfax entraron en la sala. Llena de agradecimientos y llena de noticias, la señorita Bates no sabía qué dar primero. El señor Knightley vio pronto que había perdido su momento y que ni una sílaba más de la comunicación le correspondería a él.

«¡Oh!, mi querido señor, ¿cómo está esta mañana? Mi querida señorita Woodhouse, vengo abrumada del todo. ¡Qué hermoso cuarto trasero de cerdo! ¡Son ustedes demasiado generosos! ¿Han oído la noti-

cia? El señor Elton se va a casar».

Emma no había tenido tiempo ni de pensar en el señor Elton, y quedó tan completamente sorprendida que no pudo evitar un pequeño sobresalto y un ligero rubor al oírlo.

«Esa es mi noticia; pensé que le interesaría», dijo el señor Knightley, con una sonrisa que daba a entender cierta convicción acerca de algo de lo que había pasado entre ellos.

«Pero ¿dónde pudo oírlo *usted*?», exclamó la señorita Bates. «¿Dónde pudo usted oírlo, señor Knightley? Porque no hace cinco minutos que recibí la nota de la señora Cole... no, no pueden ser más de cinco... o a lo sumo diez..., porque ya me había puesto el sombrero y la chaquetilla, lista para salir... solo había bajado a hablar otra vez con Patty sobre el cerdo... Jane estaba de pie en el pasillo, ¿no es cierto, Jane?, porque mi madre temía tanto que no tuviéramos ninguna salera lo bastante grande. Así que dije que bajaría a ver, y Jane dijo: "¿Bajo yo en su lugar? Porque me parece que está usted un poco resfriada, y Patty ha estado lavando la cocina". "¡Oh!, querida", dije yo... bueno, y justo entonces llegó la nota. Una tal señorita Hawkins, es todo lo que sé. Una tal señorita Hawkins, de Bath. Pero, señor Knightley, ¿cómo pudo usted haberlo oído? Porque en el mismísimo momento en que el señor Cole se lo contó a la señora Cole, ella se sentó y me escribió. Una tal señorita Hawkins...».

«Estaba con el señor Cole por un asunto hace una hora y media. Acababa de leer la carta de Elton cuando me hicieron pasar, y me la entregó enseguida».

«¡Vaya! Eso es de lo más... supongo que nunca hubo una noticia de interés más general. Mi querido señor, de verdad es usted demasiado generoso. Mi madre le envía sus mejores saludos y recuerdos, y mil gracias, y dice que de verdad la abruma usted».

«Consideramos nuestro cerdo de Hartfield», respondió el señor Woodhouse (de hecho, sin duda lo es, tan superior a cualquier otro cerdo), «que Emma y yo no podemos tener mayor placer que...».

«¡Oh!, mi querido señor, como dice mi madre, nuestros amigos son demasiado buenos con nosotras. Si alguna vez hubo personas que, sin tener ellas mismas gran fortuna, tuvieran todo lo que podían desear, estoy segura de que somos nosotras. Bien podemos decir que "nuestra suerte ha caído en una heredad hermosa". Bueno, señor Knightley, ¿así que usted vio la carta en persona? Bueno...».

«Era breve, solo para anunciarlo, pero alegre, triunfante, por supuesto». Aquí hubo una mirada maliciosa a Emma. «Había tenido la fortuna de... olvido las palabras exactas; uno no tiene por qué recordarlas. La información era, como usted dice, que iba a casarse con una tal señorita Hawkins. Por su estilo, imagino que acababa de concertarse».

«¡El señor Elton se va a casar!», dijo Emma, en cuanto pudo hablar. «Tendrá los mejores deseos de todos para su felicidad».

«Es muy joven para establecerse», fue la observación del señor Woodhouse. «Más le valdría no apresurarse. Me parecía que estaba muy bien así. Siempre nos alegraba verlo en Hartfield».

«¡Un nuevo vecino para todos nosotros, señorita Woodhouse!», dijo la señorita Bates, con alegría; «¡mi madre está tan contenta! Dice que no soporta que la pobre vieja vicaría esté sin señora. Es una gran noticia, de verdad. Jane, ¡tú nunca has visto al señor Elton! No es raro que tengas tanta curiosidad por verlo».

La curiosidad de Jane no parecía de una naturaleza tan absorbente como para ocuparla por completo.

«No, nunca he visto al señor Elton», respondió, sobresaltándose ante esa interpelación; «¿es... es un hombre alto?».

«¿Quién podrá responder a esa pregunta?», exclamó Emma. «Mi padre diría que "sí"; el señor Knightley, que "no"; y la señorita Bates y yo, que tiene justo la feliz medida. Cuando lleve aquí un poco más de tiempo, señorita Fairfax, comprenderá que el señor Elton es el modelo de la perfección en Highbury, tanto en la persona como en el espíritu».

«Muy cierto, señorita Woodhouse, así lo comprenderá. Es el mejor

de los jóvenes... Pero, mi querida Jane, si te acuerdas, ayer te dije que tenía exactamente la estatura del señor Perry. La señorita Hawkins... me atrevo a decir que será una joven excelente. Sus extremadas atenciones con mi madre... queriendo que se sentara en el banco de la vicaría, para que oyera mejor, porque mi madre es un poco sorda, ¿sabe?; no es mucho, pero no oye con toda rapidez. Jane dice que el coronel Campbell es un poco sordo. Él creyó que los baños podrían hacerle bien (los baños calientes), pero ella dice que no le dieron ningún beneficio duradero. El coronel Campbell, ¿sabe?, es nuestro ángel. Y el señor Dixon parece un joven encantador, muy digno de él. Es una felicidad tan grande cuando la gente buena se junta... y siempre se junta. Ahora estarán el señor Elton y la señorita Hawkins; y están los Cole, gente tan buena; y los Perry... supongo que nunca hubo un matrimonio más feliz ni mejor que el señor y la señora Perry. Le digo, señor», volviéndose hacia el señor Woodhouse, «creo que hay pocos lugares con una sociedad como la de Highbury. Siempre digo que somos muy afortunados con nuestros vecinos. Mi querido señor, si hay algo que a mi madre le guste más que ninguna otra cosa, es el cerdo... un lomo de cerdo asado...».

«En cuanto a quién o qué es la señorita Hawkins, o cuánto tiempo hace que la conoce», dijo Emma, «supongo que nada puede saberse. Uno intuye que no puede ser una relación muy larga. Hace solo cuatro semanas que se fue».

Nadie tenía información que dar; y, después de unas cuantas conjeturas más, Emma dijo:

«Está usted callada, señorita Fairfax, pero espero que piense interesarse en esta noticia. Usted, que ha oído y visto tanto últimamente sobre estos asuntos, que tiene que haber estado tan metida en el tema a cuenta de la señorita Campbell, no le perdonaremos que se muestre indiferente respecto del señor Elton y la señorita Hawkins».

«Cuando haya visto al señor Elton», respondió Jane, «me atrevo a decir que me interesaré; pero creo que conmigo hace falta *eso*. Y como

hace algunos meses que se casó la señorita Campbell, la impresión puede haberse gastado un poco».

«Sí, hace justo cuatro semanas que se fue, como usted observa, señorita Woodhouse», dijo la señorita Bates, «ayer hizo cuatro semanas. ¡Una tal señorita Hawkins! Bueno, yo siempre había imaginado más bien que sería alguna joven de por aquí; no es que yo jamás... la señora Cole una vez me susurró... pero yo dije enseguida: "No, el señor Elton es un joven de lo más digno, pero...". En fin, no creo que sea especialmente rápida para esa clase de descubrimientos. No pretendo serlo. Lo que tengo delante, lo veo. Al mismo tiempo, nadie podría extrañarse si el señor Elton hubiera aspirado... La señorita Woodhouse me deja parlotear con tanto buen humor. Sabe que yo no ofendería por nada del mundo. ¿Cómo está la señorita Smith? Parece ya del todo repuesta. ¿Ha tenido noticias de la señora de John Knightley últimamente? ¡Oh!, esos queridos niñitos. Jane, ¿sabes que siempre me imagino al señor Dixon parecido al señor John Knightley? Quiero decir en la persona: alto, y con esa clase de aspecto... y no muy conversador».

«Se equivoca del todo, mi querida tía; no hay parecido ninguno».

«¡Qué raro! Pero uno nunca se forma una idea justa de nadie de antemano. Uno se hace una idea y se deja llevar por ella. El señor Dixon, dices, ¿no es, en rigor, buen mozo?».

«¡Buen mozo! ¡Oh!, no; lejos de eso; sin duda, feo. Le dije que era feo».

«Querida, dijiste que la señorita Campbell no admitía que fuera feo, y que tú misma...».

«¡Oh!, en cuanto a mí, mi juicio no vale nada. Cuando tengo aprecio por alguien, siempre me parece bien parecido. Pero di lo que creía la opinión general cuando lo llamé feo».

«Bueno, mi querida Jane, creo que debemos irnos corriendo. El tiempo no se ve bien, y la abuela estará inquieta. Es usted demasiado amable, mi querida señorita Woodhouse; pero de verdad tenemos que despedirnos. Ha sido una noticia de lo más agradable, de verdad. Solo

pasaré por casa de la señora Cole, pero no me quedaré ni tres minutos; y tú, Jane, mejor vete derecho a casa. ¡No quisiera que te pillara un chaparrón! Creemos que ya está mejor gracias a Highbury. Gracias, sí, de verdad. No intentaré visitar a la señora Goddard, porque de verdad no creo que le guste nada más que el cerdo *hervido*: cuando preparemos la pierna será otra cosa. Buenos días, mi querido señor. ¡Oh!, el señor Knightley viene también. Vaya, ¡eso es tan...! Estoy segura de que, si Jane se cansa, usted tendrá la bondad de darle el brazo. ¡El señor Elton y la señorita Hawkins! Buenos días».

Emma, a solas con su padre, tuvo que dedicarle la mitad de su atención mientras él lamentaba que los jóvenes tuvieran tanta prisa por casarse (y por casarse con desconocidas, además), y la otra mitad pudo dedicarla a su propia manera de ver el asunto. Para ella era una noticia divertida y muy bienvenida, pues probaba que el señor Elton no podía haber sufrido mucho tiempo; pero lo sentía por Harriet: Harriet tenía que sentirlo, y todo lo que podía esperar era, dándole ella misma la primera noticia, ahorrarle oírla de golpe de boca de otros. Era más o menos la hora en que solía venir de visita. ¡Si se encontrara con la señorita Bates en el camino! Y al empezar a llover, Emma tuvo que suponer que el tiempo la estaría reteniendo en casa de la señora Goddard y que la noticia sin duda le caería encima sin preparación.

El chaparrón fue fuerte, pero breve; y no hacía cinco minutos que había pasado cuando entró Harriet, justo con el aspecto acalorado y agitado que podía darle el haber venido de prisa con el corazón lleno; y el «¡Oh!, señorita Woodhouse, ¿qué cree usted que ha pasado?», que estalló al instante, tenía todas las señas de una turbación semejante. Puesto que el golpe ya estaba dado, Emma sintió que no podía mostrar ahora mayor bondad que escuchando; y Harriet, sin que nadie la detuviera, recorrió con afán lo que tenía que contar. «Había salido de casa de la señora Goddard hacía media hora; había tenido miedo de que lloviera; había tenido miedo de que se largara a llover a cántaros en cualquier momento; pero pensó que podría llegar antes a Hartfield;

se había dado toda la prisa posible; pero entonces, al pasar por la casa donde una joven le estaba haciendo un vestido, pensó que entraría un momento a ver cómo iba; y aunque no le pareció haberse quedado ni medio minuto, poco después de salir empezó a llover, y no supo qué hacer; así que echó a correr enseguida, tan rápido como pudo, y se refugió en la tienda de Ford». (La de Ford era la principal pañería, lencería y mercería, todo en uno; la tienda primera en tamaño y en moda del lugar). «Y así, allí estuvo sentada, sin pensar en nada del mundo, sus buenos diez minutos, quizá, cuando, de repente, quién iba a entrar (por cierto que era rarísimo, pero ellos siempre compraban en la tienda de Ford), quién iba a entrar sino Elizabeth Martin y su hermano. ¡Querida señorita Woodhouse! Imagínese. Creí que me iba a desmayar. No sabía qué hacer. Yo estaba sentada cerca de la puerta; Elizabeth me vio enseguida, pero él no; estaba ocupado con el paraguas. Estoy segura de que ella me vio, pero apartó la vista enseguida y no se dio por enterada; y los dos se fueron hasta el fondo mismo de la tienda; ¡y yo seguí sentada cerca de la puerta! ¡Oh!, Dios mío; ¡me sentía tan desgraciada! Estoy segura de que debía de estar tan blanca como mi vestido. No podía irme, ¿sabe?, por la lluvia; pero cómo deseaba estar en cualquier lugar del mundo menos allí. ¡Oh!, Dios mío, señorita Woodhouse... bueno, al final, me figuro, él miró alrededor y me vio; porque en vez de seguir con sus compras, empezaron a cuchichear entre ellos. Estoy segura de que hablaban de mí; y no pude dejar de pensar que él la estaba convenciendo de que me hablara (¿cree usted que sí, señorita Woodhouse?), porque al poco rato ella se adelantó, se acercó hasta mí y me preguntó cómo estaba, y parecía dispuesta a darme la mano, si yo quería. No hizo nada de eso de la misma manera que antes; pude ver que había cambiado; pero, con todo, parecía *intentar* ser muy amistosa, y nos dimos la mano, y estuvimos hablando un rato; pero ya no sé qué dije... ¡estaba temblando tanto! Recuerdo que dijo que sentía que ya nunca nos viéramos, ¡lo cual me pareció casi demasiado amable! ¡Querida señorita Woodhouse, me sentía absolutamente des-

graciada! Para entonces empezaba a escampar, y yo estaba decidida a que nada me impidiera irme; y entonces... ¡imagínese!, vi que él también venía hacia mí, despacio, ¿sabe?, y como si no supiera bien qué hacer; y así vino y me habló, y yo le respondí, y me quedé un minuto, sintiéndome espantosamente, ¿sabe?, no se puede decir cómo; y luego me armé de valor, y dije que ya no llovía y que tenía que irme; y así me puse en camino; y no me había alejado ni tres pasos de la puerta cuando él vino detrás de mí, solo para decirme que, si iba a Hartfield, le parecía que haría mucho mejor en dar la vuelta por las caballerizas del señor Cole, porque encontraría el camino corto todo inundado por esta lluvia. ¡Oh!, Dios mío, ¡creí que me moría! Así que le dije que le estaba muy agradecida: ya sabe usted que no podía hacer menos; y luego él volvió con Elizabeth, y yo di la vuelta por las caballerizas; creo que sí, pero apenas sabía dónde estaba ni nada. ¡Oh!, señorita Woodhouse, habría preferido cualquier cosa antes que esto pasara; y, sin embargo, ¿sabe?, había cierta satisfacción en verlo portarse de manera tan agradable y tan amable. Y Elizabeth también. ¡Oh!, señorita Woodhouse, háble me y consuéleme otra vez».

Muy sinceramente deseaba Emma hacerlo; pero no estaba en su poder hacerlo de inmediato. Tuvo que detenerse a pensar. Ella misma no estaba del todo tranquila. La conducta del joven, y la de su hermana, parecían fruto de un sentimiento verdadero, y no podía menos que compadecerlos. Según lo había descrito Harriet, había habido en su comportamiento una interesante mezcla de afecto herido y de auténtica delicadeza. Pero ya antes los había creído personas bienintencionadas y dignas; ¿y qué cambiaba esto en los males de la relación? Era una tontería inquietarse por ello. Desde luego, él tenía que sentir perderla; todos tenían que sentirlo. La ambición, además del amor, probablemente había quedado mortificada. Quizá todos habían esperado ascender gracias a la amistad de Harriet; y, además, ¿qué valor tenía la descripción de Harriet? Tan fácil de complacer, tan poco perspicaz; ¿qué significaban sus elogios?

Hizo un esfuerzo y de verdad trató de consolarla, considerando todo lo ocurrido como una simple nimiedad, del todo indigna de que se pensara en ella.

«Puede haber sido penoso en el momento», dijo; «pero parece que te portaste muy bien; y ya pasó, y puede que nunca... no puede nunca, como primer encuentro, volver a ocurrir, y por lo tanto no necesitas pensar en ello».

Harriet dijo: «Muy cierto», y que «no pensaría en ello»; pero seguía hablando de ello, no podía hablar de otra cosa; y Emma, al fin, para sacarle a los Martin de la cabeza, tuvo que apresurarse a darle la noticia que había querido dar con tan tierna cautela; sin saber ella misma si alegrarse o enojarse, avergonzarse o solo divertirse, ante semejante estado de ánimo en la pobre Harriet. ¡Semejante final para la importancia que el señor Elton tenía para ella!

Los derechos del señor Elton, sin embargo, fueron reviviendo poco a poco. Aunque no sintió la primera noticia como la habría sentido el día anterior, o una hora antes, su interés fue creciendo pronto; y antes de que terminara su primera conversación, ella misma se había convencido, a fuerza de hablar, de todas las sensaciones de curiosidad, asombro y pesar, de dolor y placer, respecto de esa afortunada señorita Hawkins, que pudieran contribuir a poner a los Martin en la debida subordinación en su fantasía.

Emma llegó a alegrarse más bien de que hubiera habido ese encuentro. Había servido para amortiguar la primera impresión, sin conservar ninguna influencia que alarmara. Tal como vivía ahora Harriet, los Martin no podían llegar hasta ella sin buscarla, y hasta ahora les había faltado el valor o la condescendencia para buscarla; pues desde que ella rechazó al hermano, las hermanas nunca habían ido a casa de la señora Goddard; y podía pasar un año entero sin que volvieran a encontrarse con ninguna necesidad, ni siquiera con ninguna posibilidad, de hablarse.

Volumen II. Capítulo IV

La naturaleza humana está tan bien dispuesta hacia quienes se hallan en situaciones interesantes, que una persona joven que se casa o se muere tiene asegurado que se hablará de ella con afecto.

No había pasado una semana desde que el nombre de la señorita Hawkins se mencionó por primera vez en Highbury cuando ya se había descubierto, por un medio u otro, que tenía todas las prendas de la persona y del espíritu: que era hermosa, elegante, de grandes talentos y perfectamente amable; y cuando el propio señor Elton llegó a triunfar con sus felices perspectivas y a difundir la fama de los méritos de ella, poco más le quedó por hacer que decir su nombre de pila y de quién era principalmente la música que tocaba.

El señor Elton volvió hecho un hombre muy feliz. Se había ido rechazado y mortificado, defraudado en una esperanza muy confiada, después de una serie de lo que a él le parecieron fuertes estímulos; y no solo había perdido a la dama indicada, sino que se había visto rebajado al nivel de una muy poco indicada. Se había ido profundamente ofendido; volvía comprometido con otra, y con otra tan superior, desde luego, a la primera, como en tales circunstancias lo que se gana siempre lo es a lo que se pierde. Volvía alegre y satisfecho de sí mismo, entusiasta y atareado, sin importarle nada la señorita Woodhouse y desafiando a la señorita Smith.

La encantadora Augusta Hawkins, además de todas las ventajas habituales de una belleza y unos méritos perfectos, poseía una fortuna propia de tantos miles que siempre se diría que eran diez; punto de cierta dignidad, además de cierta conveniencia. La historia sonaba bien: él no se había malbaratado; había conquistado a una mujer de 10.000 libras, o algo así; y la había conquistado con una rapidez tan deliciosa... A la primera hora de la presentación había seguido tan

pronto una atención distinguida; la historia que tenía que contar a la señora Cole sobre el nacimiento y el progreso del asunto era tan gloriosa (los pasos tan rápidos, desde el encuentro casual hasta la cena en casa del señor Green y la reunión en casa de la señora Brown, sonrisas y rubores creciendo en importancia, con turbación y agitación generosamente esparcidas), la dama se había impresionado tan fácilmente, había estado tan dulcemente dispuesta, había estado, en resumen, para usar una frase de lo más inteligible, tan bien dispuesta a aceptarlo, que la vanidad y la prudencia quedaron igualmente contentas.

Había atrapado la sustancia y la sombra, la fortuna y el afecto, y era justo el hombre feliz que debía ser: hablando solo de sí mismo y de sus asuntos, esperando que lo felicitaran, dispuesto a que se rieran de él y, con sonrisas cordiales y sin temor, dirigiéndose ahora a todas las jóvenes del lugar, con quienes, unas semanas antes, habría sido galante con más cautela.

La boda no era un acontecimiento lejano, pues los interesados solo tenían que complacerse a sí mismos y no debían esperar nada más que los preparativos necesarios; y cuando él partió otra vez hacia Bath, había una expectativa general, que cierta mirada de la señora Cole no parecía contradecir, de que la próxima vez que entrara en Highbury traería a su esposa.

Durante esta breve estadía, Emma apenas lo había visto; pero sí lo justo para sentir que el primer encuentro ya había pasado y para que le quedara la impresión de que no había mejorado con la mezcla de despecho y presunción que ahora se extendía por su aire. De hecho, empezaba a preguntarse muy seriamente cómo había podido encontrarlo agradable alguna vez; y verlo estaba tan inseparablemente unido a algunos sentimientos muy desagradables, que, salvo en un sentido moral, como penitencia, como lección, como fuente de humillación provechosa para su propio espíritu, habría agradecido que le aseguraran que no volvería a verlo nunca. Le deseaba todo el bien; pero le causaba dolor, y su bienestar a veinte millas de distancia le habría da-

do la mayor satisfacción.

El dolor de que siguiera residiendo en Highbury, sin embargo, tenía que aliviarse sin duda con su matrimonio. Se evitarían muchas inquietudes vanas y se suavizarían muchas incomodidades. Una *señora Elton* sería excusa para cualquier cambio en el trato; la antigua intimidad podría hundirse sin que nadie lo notara. Sería casi volver a empezar su vida de cortesía.

De la dama, en particular, Emma pensaba muy poco. Era lo bastante buena para el señor Elton, sin duda; lo bastante instruida para Highbury; lo bastante hermosa... para parecer fea, probablemente, al lado de Harriet. En cuanto a la familia, ahí Emma estaba perfectamente tranquila; persuadida de que, después de todas sus pretensiones tan alardeadas y de su desdén por Harriet, él no había conseguido nada. En ese punto la verdad parecía alcanzable. *Qué* era ella, debía ser incierto; pero *quién* era, podía averiguarse; y dejando aparte las 10.000 libras, no parecía que fuera en absoluto superior a Harriet. No aportaba apellido, ni sangre, ni alianza. La señorita Hawkins era la menor de las dos hijas de un... comerciante de Bristol, por supuesto, habrá que llamarlo; pero como el total de las ganancias de su vida mercantil parecía tan moderado, no era injusto suponer que la dignidad de su ramo de comercio también había sido muy moderada. Solía pasar parte de cada invierno en Bath; pero Bristol era su hogar, el mismísimo corazón de Bristol; pues aunque el padre y la madre habían muerto hacía algunos años, quedaba un tío (en el ramo de las leyes; de él no se aventuraba nada más claramente honorable que el que estaba en el ramo de las leyes), y con él había vivido la hija. Emma lo suponía el escribiente de algún procurador, y demasiado torpe para ascender. Y toda la grandeza de la familia parecía depender de la hermana mayor, que estaba *muy bien casada*, con un caballero *de gran posición*, cerca de Bristol, ¡que tenía dos coches! Ese era el remate de la historia; esa era la gloria de la señorita Hawkins.

¡Si al menos hubiera podido transmitirle a Harriet lo que ella sen-

tía de todo esto! A fuerza de hablarle la había hecho enamorarse; pero, ¡ay!, no era tan fácil que a fuerza de hablarle se desenamorara. El encanto de un objeto que ocupara los muchos vacíos de la mente de Harriet no podía disiparse hablando. Podía reemplazarlo otro; sin duda que sí; nada podía estar más claro; hasta un Robert Martin habría bastado; pero nada más, temía, la curaría. Harriet era de esas que, una vez que empiezan, siempre están enamoradas. ¡Y ahora, pobre muchacha!, estaba bastante peor por esta reaparición del señor Elton. Siempre lo estaba entreviendo en algún lugar u otro. Emma lo vio solo una vez; pero dos o tres veces al día Harriet estaba segura de encontrárselo *justo*, o de no verlo *justo* por poco, de oír *justo* su voz, o de ver su hombro, de que *justo* ocurriera algo que lo conservara en su fantasía, con todo el calor favorable de la sorpresa y la conjetura. Además, oía hablar de él continuamente; pues, salvo cuando estaba en Hartfield, siempre estaba entre quienes no veían ningún defecto en el señor Elton y no encontraban nada tan interesante como discutir sus asuntos; y por eso cada rumor, cada suposición, todo lo que ya había ocurrido, todo lo que podía ocurrir en el arreglo de sus asuntos, comprendidos sus ingresos, sus criados y sus muebles, estaba continuamente en movimiento a su alrededor. Su aprecio se fortalecía con los elogios invariables que oía de él, y su pesar se mantenía vivo y sus sentimientos se irritaban con las incesantes repeticiones de la felicidad de la señorita Hawkins y con la continua observación de ¡cuán enamorado parecía estar! Su aire al pasar frente a la casa, hasta la manera de llevar el sombrero, ¡todo probaba lo enamorado que estaba!

Si hubiera sido un entretenimiento lícito, si no hubiera habido dolor para su amiga ni reproche para ella misma en los vaivenes de la mente de Harriet, a Emma la habrían divertido sus variaciones. A veces predominaba el señor Elton, a veces los Martin; y cada uno servía de vez en cuando de freno al otro. El compromiso del señor Elton había sido la cura de la agitación del encuentro con el señor Martin. La desdicha que produjo saber de ese compromiso había quedado un po-

co a un lado con la visita que Elizabeth Martin hizo a casa de la señora Goddard pocos días después. Harriet no estaba en casa; pero se había preparado y dejado para ella una nota, escrita justo en el estilo que conmueve: una pequeña mezcla de reproche con muchísima amabilidad; y hasta que apareció el propio señor Elton, ella había estado muy ocupada con eso, pensando continuamente en lo que podría hacer en respuesta y deseando hacer más de lo que se atrevía a confesar. Pero el señor Elton, en persona, había ahuyentado todas esas preocupaciones. Mientras él se quedó, los Martin quedaron olvidados; y en la mañana misma en que partió de nuevo hacia Bath, Emma, para disipar algo de la aflicción que eso le causaba, juzgó que lo mejor era que Harriet devolviera la visita de Elizabeth Martin.

Cómo había que corresponder a esa visita, qué sería necesario y qué podría ser lo más seguro, había sido materia de una consideración bastante dudosa. Desatender por completo a la madre y a las hermanas, cuando la habían invitado a ir, sería ingratitud. No debía ser; y, sin embargo, el peligro de que se renovara la relación...

Después de pensarlo mucho, no pudo decidir nada mejor que Harriet devolviera la visita; pero de una manera que, si tenían entendimiento, los convenciera de que solo iba a ser una relación de cumplido. Pensaba llevarla en el coche, dejarla en la granja de Abbey-Mill mientras ella seguía un poco más allá, y volver a buscarla tan pronto que no hubiera tiempo para insinuaciones insidiosas ni peligrosos regresos al pasado, y diera la prueba más decidida del grado de intimidad que se elegía para el futuro.

No se le ocurrió nada mejor; y aunque había en ello algo que su propio corazón no podía aprobar (algo de ingratitud, apenas disimulada), había que hacerlo; si no, ¿qué sería de Harriet?

Volumen II. Capítulo V

Pocas ganas tenía Harriet de hacer visitas. Apenas media hora antes de que su amiga pasara a buscarla a casa de la señora Goddard, su mala estrella la había llevado justo al lugar donde, en ese momento, podía verse cómo subían a la carreta del carnicero, que había de llevarlo hasta donde pasaban las diligencias, un baúl dirigido al *Reverendo Philip Elton, White-Hart, Bath*; y, en consecuencia, todo en este mundo, salvo ese baúl y esa dirección, había quedado en blanco.

Fue, sin embargo; y cuando llegaron a la granja, y había que dejarla al final del ancho y pulcro sendero de gravilla que llevaba, entre manzanos en espaldera, hasta la puerta principal, la vista de todo lo que tanto placer le había dado el otoño anterior empezaba a despertarle cierta agitación local; y cuando se separaron, Emma notó que miraba a su alrededor con una especie de curiosidad temerosa, lo que la decidió a no permitir que la visita excediera el cuarto de hora propuesto. Ella siguió adelante, para dedicar ese tiempo a una antigua criada que se había casado y estaba establecida en Donwell.

El cuarto de hora la trajo puntualmente de vuelta a la puerta blanca; y la señorita Smith, al recibir el aviso, estuvo con ella sin demora, y sin la compañía de ningún joven alarmante. Bajó sola por el sendero de gravilla; una de las señoritas Martin apareció apenas en la puerta y se despidió de ella, al parecer, con ceremoniosa cortesía.

Harriet no pudo dar muy pronto un relato inteligible. Sentía demasiado; pero al fin Emma sacó de ella lo suficiente para comprender qué clase de encuentro había sido y qué clase de dolor le estaba causando. Solo había visto a la señora Martin y a las dos muchachas. La habían recibido con recelo, si no con frialdad; y casi todo el tiempo no se había hablado de nada más que de las trivialidades más corrientes, hasta que justo al final la señora Martin, al decir de repente que le pa-

recía que la señorita Smith había crecido, había traído a colación un tema más interesante y un trato más cálido. En esa misma sala la habían medido el septiembre anterior, con sus dos amigas. Allí estaban las marcas a lápiz y las anotaciones en el revestimiento de madera junto a la ventana. Lo había hecho *él*. Todos parecían recordar el día, la hora, la reunión, la ocasión; sentir la misma turbación, el mismo pesar; estar dispuestos a volver al mismo buen entendimiento; y justo empezaban a ser otra vez los de antes (Harriet, como Emma no podía menos que sospechar, tan dispuesta como la que más a mostrarse cordial y feliz), cuando reapareció el coche y todo terminó. El estilo de la visita, y su brevedad, se sintieron entonces como algo decisivo. ¡Catorce minutos para dedicar a aquellos con quienes, hacía menos de seis meses, había pasado agradecida seis semanas! Emma no pudo menos que imaginárselo todo y sentir con cuánta justicia podían resentirse y con cuánta naturalidad debía sufrir Harriet. Era un mal asunto. Habría dado mucho, o soportado mucho, por que los Martin tuvieran una posición más alta en la vida. Eran tan dignos que un *poco* más alta habría bastado; pero tal como estaban las cosas, ¿cómo podría haber hecho otra cosa? ¡Imposible! No podía arrepentirse. Había que separarlos; pero había mucho dolor en el proceso, tanto para ella misma en ese momento, que pronto sintió la necesidad de un pequeño consuelo y resolvió volver a casa pasando por Randalls para procurárselo. Tenía la mente harta del señor Elton y de los Martin. El alivio de Randalls era absolutamente necesario.

Era un buen plan; pero al llegar a la puerta les dijeron que «ni el señor ni la señora estaban en casa»; los dos habían salido hacía rato; el criado creía que habían ido a Hartfield.

«¡Qué fastidio!», exclamó Emma, cuando se alejaban. «Y ahora nos los vamos a cruzar sin verlos; ¡es exasperante! No sé cuándo me he llevado una decepción así». Y se recostó en el rincón, para dar rienda suelta a sus quejas o para disiparlas razonando; probablemente un poco de ambas cosas, pues ese es el proceso más común de una mente no

mal dispuesta. Al poco rato el coche se detuvo; ella levantó la vista; lo habían detenido el señor y la señora Weston, que estaban de pie para hablarle. Verlos le dio un placer inmediato, y oírlos le dio un placer todavía mayor, pues el señor Weston la abordó enseguida con:

«¿Cómo está? ¿Cómo está? Hemos estado con su padre; me alegra verlo tan bien. Frank llega mañana; recibí carta esta mañana; lo veremos mañana a la hora de la cena, con toda seguridad; hoy está en Oxford, y viene por quince días enteros; sabía que sería así. Si hubiera venido en Navidad no se habría podido quedar ni tres días; siempre me alegré de que no viniera en Navidad; ahora vamos a tener justo el tiempo apropiado para él: buen tiempo, seco, estable. Lo disfrutaremos del todo; todo ha salido exactamente como podíamos desear».

No había manera de resistirse a semejante noticia, ninguna posibilidad de sustraerse a la influencia de una cara tan feliz como la del señor Weston, confirmado todo como estaba por las palabras y el semblante de su esposa, menos numerosas y más tranquilas, pero no menos a propósito. Saber que *ella* creía segura la llegada de él bastaba para que Emma la considerara así, y se alegró sinceramente con la alegría de ellos. Fue la más deliciosa reanimación de un ánimo agotado. El gastado pasado se hundió en la frescura de lo que venía; y en la rapidez de medio instante de reflexión, esperó que ya no se hablara más del señor Elton.

El señor Weston le contó la historia de los compromisos de Enscombe que permitían a su hijo responder de que tendría quince días enteros a su disposición, así como la ruta y el modo de su viaje; y ella escuchó, sonrió y lo felicitó.

«Pronto lo llevaré a Hartfield», dijo él, para terminar.

A Emma le pareció ver que, ante estas palabras, su esposa le tocaba el brazo.

«Más vale que sigamos, señor Weston», dijo ella; «estamos deteniendo a las muchachas».

«Bueno, bueno, estoy listo»; y volviéndose otra vez hacia Emma:

«pero no debe esperar un joven tan *muy* apuesto; solo ha oído la descripción que hago *yo*, ¿sabe?; me atrevo a decir que en realidad no es nada extraordinario». Aunque sus propios ojos chispeantes expresaban en ese momento una convicción muy distinta.

Emma pudo mostrarse perfectamente desentendida e inocente y responder de un modo que no se adjudicaba nada.

«Piensa en mí mañana, mi querida Emma, a eso de las cuatro», fue el encargo de despedida de la señora Weston, dicho con cierta ansiedad y destinado solo a ella.

«¡A las cuatro! Puedes estar segura de que estará aquí a las tres», fue la rápida enmienda del señor Weston; y así terminó un encuentro de lo más satisfactorio. El ánimo de Emma subió hasta la felicidad; todo tenía otro aire; James y sus caballos no parecían ni la mitad de lentos que antes. Al mirar los setos, pensó que por lo menos el saúco no tardaría en brotar; y al volverse hacia Harriet, vio algo como un aire de primavera, una tierna sonrisa, incluso allí.

«¿El señor Frank Churchill pasará por Bath además de por Oxford?» fue, sin embargo, una pregunta que no auguraba mucho.

Pero ni la geografía ni la tranquilidad podían llegar de una vez, y Emma estaba ahora de humor para decidir que ambas llegarían con el tiempo.

Llegó la mañana del día interesante, y la fiel alumna de la señora Weston no olvidó, ni a las diez, ni a las once, ni a las doce, que tenía que pensar en ella a las cuatro.

«Mi querida, querida amiga ansiosa», dijo en un soliloquio mental mientras bajaba la escalera desde su cuarto, «siempre preocupada en exceso por la comodidad de todos menos la tuya; te veo ahora con todos tus pequeños nervios, entrando una y otra vez en su cuarto para asegurarte de que todo está en orden». El reloj dio las doce cuando pasaba por el vestíbulo. «Son las doce; no olvidaré pensar en ti dentro de cuatro horas; y mañana a esta hora, quizá, o un poco más tarde, puede que esté pensando en la posibilidad de que vengan todos de visita. Es-

toy segura de que lo traerán pronto».

Abrió la puerta del saloncito y vio a dos caballeros sentados con su padre: el señor Weston y su hijo. Hacía solo unos minutos que habían llegado, y el señor Weston apenas había terminado de explicar que Frank se había adelantado un día, y su padre todavía estaba en medio de su cortesísima bienvenida y sus felicitaciones, cuando ella apareció para tener su parte de sorpresa, de presentación y de placer.

El Frank Churchill de quien tanto se había hablado, tan alto en el interés de todos, estaba realmente frente a ella; se lo presentaron, y no le pareció que se hubiera dicho demasiado en su elogio; era un joven *muy* apuesto; la estatura, el aire, el trato, todo era irreprochable, y su semblante tenía mucho del brío y la vivacidad del de su padre; parecía despierto y sensato. Sintió de inmediato que le iba a caer bien; y había en sus modales una soltura de persona bien educada, y una facilidad para conversar, que la convencieron de que venía con la intención de conocerla, y de que pronto se conocerían.

Había llegado a Randalls la tarde anterior. A ella le agradó el afán por llegar que lo había hecho cambiar su plan y viajar más temprano, más tarde y más rápido, para ganar medio día.

«Se lo dije ayer», exclamó el señor Weston, exultante, «les dije a todos que estaría aquí antes de lo anunciado. Me acordaba de lo que yo mismo solía hacer. Uno no puede ir arrastrándose en un viaje; uno no puede evitar avanzar más rápido de lo que había planeado; y el placer de caer sobre los amigos antes de que empiecen a esperarlo a uno vale mucho más que cualquier pequeño esfuerzo que requiera».

«Es un gran placer cuando uno puede dárselo», dijo el joven, «aunque no hay muchas casas en las que me tomaría tanta confianza; pero al venir a *casa* sentí que podía hacer cualquier cosa».

La palabra *casa* hizo que su padre lo mirara con renovada complacencia. Emma tuvo enseguida la seguridad de que sabía hacerse agradable; y la convicción se fortaleció con lo que siguió. Estaba muy contento con Randalls, le parecía una casa admirablemente dispuesta, ape-

nas admitía siquiera que fuera muy pequeña, admiraba su situación, el camino a Highbury, el propio Highbury, Hartfield todavía más, y aseguró que siempre había sentido por la región esa clase de interés que solo da la tierra *propia*, y la mayor curiosidad por visitarla. Que nunca antes hubiera podido dar rienda suelta a un sentimiento tan amable cruzó, con sospecha, por la mente de Emma; pero aun así, si era una falsedad, era una falsedad agradable, y agradablemente manejada. Sus modales no tenían ningún aire de cosa estudiada ni de exageración. Realmente parecía y hablaba como quien se encuentra en un estado de disfrute nada común.

Sus temas, en general, fueron los propios de una relación que empieza. Por parte de él estaban las preguntas: «¿Montaba a caballo? ¿Había lindos paseos a caballo? ¿Lindos paseos a pie? ¿Tenían muchos vecinos? Highbury, quizá, ¿ofrecía suficiente sociedad? Había varias casas muy bonitas en él y en sus alrededores. Bailes... ¿tenían bailes? ¿Era una sociedad aficionada a la música?».

Pero una vez satisfecho en todos estos puntos, y avanzada en proporción la relación entre ellos, se las arregló para encontrar una oportunidad, mientras los dos padres estaban ocupados el uno con el otro, de sacar a relucir a su madrastra y de hablar de ella con tan generosos elogios, con tan cálida admiración, con tanta gratitud por la felicidad que le aseguraba a su padre y por la acogida tan amable que le había dado a él, que fue una prueba más de que sabía agradar, y de que sin duda le parecía que valía la pena intentar agradarle a ella. No adelantó ni una palabra de elogio más allá de lo que ella sabía que la señora Weston merecía plenamente; pero, sin duda, él podía saber muy poco del asunto. Comprendía lo que sería bien recibido; de poco más podía estar seguro. «El matrimonio de su padre», dijo, «había sido la medida más sabia; todo amigo debía alegrarse de él; y a la familia de la que había recibido semejante bendición debía considerársela siempre como la que le había hecho el mayor de los favores».

Llegó tan cerca como pudo de agradecerle a ella los méritos de la

señorita Taylor, sin parecer olvidar del todo que, en el curso ordinario de las cosas, más bien había que suponer que la señorita Taylor había formado el carácter de la señorita Woodhouse, y no la señorita Woodhouse el de la señorita Taylor. Y por fin, como si estuviera resuelto a preparar su opinión del todo para que diera la vuelta y llegara a su objeto, lo remató todo con su asombro por la juventud y la belleza de la persona de ella.

«Estaba preparado para unos modales elegantes y agradables», dijo; «pero confieso que, considerándolo todo, no esperaba más que una mujer de cierta edad, bastante bien parecida; no sabía que en la señora Weston iba a encontrar a una joven bonita».

«Por mis sentimientos, no puede usted ver demasiada perfección en la señora Weston», dijo Emma; «si le calculara *dieciocho* años, lo escucharía con gusto; pero *ella* estaría dispuesta a reñir con usted por usar esas palabras. No le deje imaginar que ha hablado de ella como de una joven bonita».

«Espero que sabría hacerlo mejor», respondió él; «no, puede estar segura (con una galante reverencia) de que, al dirigirme a la señora Weston, entendería a quién puedo elogiar sin ningún peligro de que mis términos parezcan extravagantes».

Emma se preguntó si la misma sospecha de lo que podía esperarse de que se conocieran, que se había adueñado con fuerza de su mente, habría cruzado alguna vez la de él; y si sus cumplidos debían considerarse señales de aquiescencia o pruebas de desafío. Tenía que verlo más para entender sus maneras; por el momento solo sentía que eran agradables.

No tenía duda de lo que el señor Weston pensaba a menudo. Sorprendía una y otra vez su mirada viva dirigida hacia ellos con una expresión feliz; e incluso cuando él podía haber decidido no mirar, estaba segura de que a menudo escuchaba.

Que su propio padre estuviera perfectamente libre de cualquier pensamiento de ese tipo, la total falta en él de toda esa clase de perspica-

cia o de sospecha, era una circunstancia de lo más cómoda. Por suerte, él no estaba más lejos de aprobar el matrimonio que de preverlo. Aunque siempre ponía reparos a todo casamiento que se arreglaba, nunca sufría de antemano por el temor de ninguno; parecía como si no pudiera pensar tan mal del entendimiento de dos personas como para suponer que pensaban casarse hasta que se les probara. Ella bendijo esa ceguera favorable. Él podía ahora, sin el inconveniente de una sola conjetura desagradable, sin mirar por adelantado ninguna posible traición en su huésped, dar rienda suelta a toda su natural y bondadosa cortesía en solícitas preguntas sobre cómo le había ido al señor Frank Churchill en su viaje, pasando por los tristes males de dormir dos noches en el camino, y expresar una inquietud muy genuina y sin mezcla por saber que se había librado con toda seguridad de resfriarse; cosa de la que, sin embargo, no podía permitirle sentirse del todo seguro hasta después de otra noche.

Hecha una visita razonable, el señor Weston empezó a moverse. «Tenía que irse. Tenía un asunto en la Corona sobre su heno, y muchísimos encargos para la señora Weston en la tienda de Ford; pero no tenía por qué apurar a nadie más». Su hijo, demasiado bien educado para captar la indirecta, se levantó también de inmediato, diciendo:

«Ya que usted va más lejos por negocios, señor, aprovecharé la oportunidad para hacer una visita que he de hacer algún día, y por tanto bien puedo hacerla ahora. Tengo el honor de conocer a una vecina de ustedes (volviéndose hacia Emma), una dama que reside en Highbury o cerca; una familia de apellido Fairfax. No tendré dificultad, supongo, en encontrar la casa; aunque Fairfax, creo, no es el apellido correcto; más bien debería decir Barnes, o Bates. ¿Conoce alguna familia con ese apellido?».

«Desde luego que sí», exclamó su padre; «la señora Bates; pasamos frente a su casa; vi a la señorita Bates en la ventana. Cierto, cierto, tú conoces a la señorita Fairfax; recuerdo que la conociste en Weymouth, y es una muchacha excelente. Ve a visitarla, por supuesto».

«No hay necesidad de que vaya esta mañana», dijo el joven; «otro día serviría igual; pero hubo en Weymouth ese grado de trato que...».

«¡Oh!, ve hoy, ve hoy. No lo dejes para después. Lo que es correcto hacer no puede hacerse demasiado pronto. Y, además, debo hacerte una advertencia, Frank: cualquier falta de atención con ella *aquí* debe evitarse con cuidado. Tú la viste con los Campbell, cuando era igual a todos aquellos con quienes trataba; pero aquí está con una pobre abuela anciana que apenas tiene para vivir. Si no la visitas pronto, será un desaire».

El hijo pareció convencido.

«La he oído hablar de esa relación», dijo Emma; «es una joven muy elegante».

Él asintió, pero con un «Sí» tan tranquilo que a ella casi le hizo dudar de que estuviera realmente de acuerdo; y, sin embargo, tenía que haber una clase de elegancia muy particular en el mundo de la moda si se podía pensar que Jane Fairfax solo estaba dotada de ella de manera corriente.

«Si nunca le llamaron especialmente la atención sus modales», dijo ella, «creo que hoy se la llamarán. La verá en su mejor luz; la verá y la oirá... no, me temo que no la oirá en absoluto, porque tiene una tía que nunca se calla».

«¿Usted conoce a la señorita Jane Fairfax, señor?», dijo el señor Woodhouse, siempre el último en abrirse paso en la conversación; «entonces permítame asegurarle que la encontrará una joven muy agradable. Está aquí de visita en casa de su abuela y su tía, gente muy digna; las conozco de toda la vida. Estarán contentísimas de verlo, estoy seguro; y uno de mis criados irá con usted para mostrarle el camino».

«Mi querido señor, por nada del mundo; mi padre puede indicármelo».

«Pero su padre no va tan lejos; solo va a la Corona, justo al otro lado de la calle, y hay muchísimas casas; usted podría verse muy desorientado, y es un camino muy embarrado, a menos que vaya por la

acera; pero mi cochero puede decirle dónde le conviene más cruzar la calle».

El señor Frank Churchill siguió declinándolo, con la cara más seria que pudo poner, y su padre le dio su firme apoyo exclamando: «Mi buen amigo, eso es del todo innecesario; Frank reconoce un charco de agua cuando lo ve, y en cuanto a la casa de la señora Bates, puede llegar allí desde la Corona en un dos por tres».

Se les permitió ir solos; y con un cordial gesto de cabeza del uno y una elegante reverencia del otro, los dos caballeros se despidieron. Emma quedó muy contenta con este comienzo de la relación, y ya podía comprometerse a pensar en todos ellos en Randalls a cualquier hora del día, con plena confianza en su bienestar.

Volumen II. Capítulo VI

La mañana siguiente trajo de nuevo al señor Frank Churchill. Vino con la señora Weston, a quien, lo mismo que a Highbury, parecía haber tomado muy cordial afecto. Había estado sentado con ella en casa, al parecer, en la más grata compañía, hasta la hora habitual de su ejercicio; y al pedirle ella que eligiera el paseo, se decidió de inmediato por Highbury. «No dudaba de que hubiera paseos muy agradables en todas direcciones, pero si se lo dejaban a él, siempre elegiría el mismo. Highbury, ese Highbury tan aireado, tan alegre, de aspecto tan feliz, sería su constante atracción». Highbury, para la señora Weston, quería decir Hartfield; y confiaba en que él le diera el mismo sentido. Fueron hacia allá directamente.

Emma apenas los esperaba, pues el señor Weston, que había pasado medio minuto para oír que su hijo era muy apuesto, no sabía nada de sus planes; y por eso fue para ella una agradable sorpresa verlos acercarse juntos a la casa, del brazo. Deseaba volver a verlo, y sobre todo verlo en compañía de la señora Weston, pues de su comportamiento con ella iba a depender la opinión que se formara de él. Si fallaba en eso, nada podría compensarlo. Pero al verlos juntos quedó perfectamente satisfecha. No era solo con bellas palabras o cumplidos hiperbólicos como él cumplía con su deber; nada podía ser más apropiado ni más agradable que todo su trato con ella; nada podía mostrar de manera más grata su deseo de considerarla una amiga y de asegurarse su afecto. Y hubo tiempo suficiente para que Emma se formara un juicio razonable, pues la visita ocupó todo el resto de la mañana. Los tres estuvieron paseando juntos una o dos horas, primero por los plantíos de arbustos de Hartfield y después por Highbury. Todo lo encantaba; admiró Hartfield lo suficiente para los oídos del señor Woodhouse; y cuando se resolvió que irían más lejos, confesó su deseo de conocer to-

do el pueblo, y encontró motivos de elogio y de interés mucho más a menudo de lo que Emma podría haber supuesto.

Algunos de los objetos de su curiosidad revelaban sentimientos muy amables. Pidió que le mostraran la casa en que su padre había vivido tanto tiempo y que había sido el hogar del padre de su padre; y al recordar que todavía vivía una anciana que lo había cuidado de niño, fue en busca de su casita de un extremo de la calle al otro; y aunque en algunos de sus empeños u observaciones no había ningún mérito positivo, mostraban, en conjunto, una buena voluntad hacia Highbury en general que debía de parecerse mucho a un mérito para quienes lo acompañaban.

Emma observó y decidió que, con sentimientos como los que ahora mostraba, no podía suponerse con justicia que se hubiera ausentado alguna vez por su propia voluntad; que no había estado representando un papel ni haciendo alarde de declaraciones insinceras; y que el señor Knightley, sin duda, no le había hecho justicia.

Su primera parada fue en la posada de la Corona, una casa de poca importancia, aunque la principal de su clase, donde se tenían un par de parejas de caballos de posta, más para conveniencia del vecindario que por el movimiento del camino; y sus acompañantes no habían esperado que los detuviera ningún interés despertado allí; pero al pasar contaron la historia del gran salón que a todas luces se había añadido; se había construido muchos años antes como salón de baile, y mientras el vecindario había estado especialmente poblado y aficionado al baile, se había usado como tal de vez en cuando; pero aquellos días brillantes habían pasado hacía mucho, y ahora el fin más elevado para el que se necesitaba era dar cabida a un club de whist establecido entre los caballeros y los medio caballeros del lugar. Él se interesó de inmediato. Su condición de salón de baile lo cautivó; y en vez de seguir de largo, se detuvo varios minutos ante las dos ventanas de guillotina más grandes, que estaban abiertas, para mirar dentro y contemplar sus posibilidades, y lamentar que hubiera dejado de cumplir su fin origi-

nal. No le veía ningún defecto al salón; no admitía ninguno de los que ellas le sugerían. No, era lo bastante largo, lo bastante ancho, lo bastante hermoso. Cabría justo el número de personas para estar cómodos. Debería haber bailes allí al menos cada quince días durante todo el invierno. ¿Por qué no había revivido la señorita Woodhouse los buenos tiempos de antes del salón? ¡Ella, que podía hacer cualquier cosa en Highbury! Se mencionó la falta de familias apropiadas en el lugar, y la convicción de que no se podría tentar a asistir a nadie que viviera más allá del lugar y de sus alrededores inmediatos; pero él no quedó satisfecho. No podía convencerse de que tantas casas de buen aspecto como veía a su alrededor no pudieran aportar gente suficiente para una reunión así; y aun cuando se le dieron detalles y se le describieron las familias, seguía sin querer admitir que el inconveniente de semejante mezcla significara nada, ni que hubiera la menor dificultad en que cada uno volviera a su lugar apropiado a la mañana siguiente. Discutía como un joven muy decidido a bailar; y a Emma le sorprendió bastante ver que la constitución de los Weston se imponía de manera tan decidida a las costumbres de los Churchill. Parecía tener toda la vida y el brío, los sentimientos alegres y las inclinaciones sociables de su padre, y nada del orgullo ni de la reserva de Enscombe. De orgullo, en verdad, quizá apenas tenía bastante; su indiferencia ante la confusión de rangos rozaba demasiado la falta de elegancia de espíritu. Él no podía juzgar, sin embargo, el mal que tenía en tan poco. No era más que una efusión de ánimo vivaz.

Por fin lograron convencerlo de que se alejara del frente de la Corona; y como ya estaban casi frente a la casa donde vivían las Bates, Emma recordó la visita que él pensaba hacer el día anterior y le preguntó si la había hecho.

«Sí, ¡oh!, sí», respondió; «justo iba a mencionarlo. Una visita muy lograda; vi a las tres damas, y le quedé muy agradecido por su advertencia previa. Si la tía habladora me hubiera tomado del todo por sorpresa, habría sido mi muerte. Tal como fue, solo me vi arrastrado a ha-

cer una visita de lo más excesiva. Diez minutos habrían sido todo lo necesario, quizá todo lo apropiado; y yo le había dicho a mi padre que sin falta estaría en casa antes que él; pero no había manera de irse, ninguna pausa; y, para mi absoluto asombro, cuando él (al no encontrarme en ninguna otra parte) se reunió por fin conmigo allí, descubrí que había estado sentado con ellas casi tres cuartos de hora. La buena señora no me había dado antes ninguna posibilidad de escapar».

«¿Y qué aspecto le pareció que tenía la señorita Fairfax?».

«Malo, muy malo; es decir, si es que alguna vez puede permitirse que una joven tenga mal aspecto. Pero la expresión apenas es admisible, señora Weston, ¿no es cierto? Las damas nunca pueden tener mal aspecto. Y, hablando en serio, la señorita Fairfax es por naturaleza tan pálida que casi siempre da la impresión de mala salud. Una lamentabilísima falta de color».

Emma no quiso estar de acuerdo con esto, y empezó una calurosa defensa del cutis de la señorita Fairfax. «Sin duda nunca había sido brillante, pero no admitía que tuviera en general un tono enfermizo; y había en su piel una suavidad y una delicadeza que daban una elegancia particular al carácter de su rostro». Él escuchó con toda la deferencia debida; reconoció que había oído a mucha gente decir lo mismo, pero aun así debía confesar que, para él, nada podía compensar la falta del hermoso resplandor de la salud. Donde las facciones eran indiferentes, un cutis hermoso les daba belleza a todas; y donde eran buenas, el efecto era... por suerte, no necesitaba intentar describir cuál era el efecto.

«Bueno», dijo Emma, «sobre gustos no hay nada escrito. Al menos usted la admira, salvo el cutis».

Él sacudió la cabeza y se rio. «No puedo separar a la señorita Fairfax de su cutis».

«¿La veía a menudo en Weymouth? ¿Frecuentaban a menudo la misma sociedad?».

En ese momento se acercaban a la tienda de Ford, y él exclamó de

prisa: «¡Ah! Esta debe de ser la tienda a la que todo el mundo va todos los días de su vida, según me informa mi padre. Él mismo viene a Highbury, dice, seis días de cada siete, y siempre tiene algo que hacer en la tienda de Ford. Si no le molesta, le ruego que entremos, para que pueda demostrar que pertenezco al lugar, que soy un verdadero ciudadano de Highbury. Tengo que comprar algo en la tienda de Ford. Será como obtener mi carta de vecindad. Me atrevo a decir que venden guantes».

«¡Oh!, sí, guantes y de todo. De verdad admiro su patriotismo. Lo van a adorar en Highbury. Ya era usted muy popular antes de venir, porque era el hijo del señor Weston; pero gaste media guinea en la tienda de Ford, y su popularidad se apoyará en sus propias virtudes».

Entraron; y mientras bajaban y extendían sobre el mostrador los lustrosos paquetes, bien atados, de «Castor para caballero» y «Piel curtida de York», él dijo: «Pero le ruego que me disculpe, señorita Woodhouse; me estaba hablando, estaba diciendo algo en el mismo momento de este arrebato de mi *amor patriae*. No me deje perderlo. Le aseguro que el mayor alcance de la fama pública no me compensaría la pérdida de ninguna felicidad en la vida privada».

«Solo le pregunté si había tratado mucho a la señorita Fairfax y a los suyos en Weymouth».

«Y ahora que entiendo su pregunta, debo declarar que es muy injusta. Siempre es derecho de la dama decidir el grado de trato. La señorita Fairfax ya debe de haber dado su versión. No voy a comprometerme pretendiendo más de lo que ella quiera conceder».

«¡Palabra! Responde usted con tanta discreción como podría hacerlo ella misma. Pero su versión de todo deja tanto por adivinar, es tan reservada, tan reacia a dar la menor información sobre nadie, que de verdad creo que puede decir lo que quiera de su relación con ella».

«¿De verdad puedo? Entonces diré la verdad, y nada me conviene tanto. La encontraba con frecuencia en Weymouth. Había tratado un poco a los Campbell en Londres; y en Weymouth estábamos mucho en

el mismo círculo. El coronel Campbell es un hombre muy agradable, y la señora Campbell una mujer amistosa y de buen corazón. Los aprecio a todos».

«Conoce usted la situación de la señorita Fairfax en la vida, supongo; ¿lo que está destinada a ser?».

«Sí (con cierta vacilación), creo que sí».

«Te metes en temas delicados, Emma», dijo la señora Weston, sonriendo; «acuérdate de que estoy aquí. El señor Frank Churchill apenas sabe qué decir cuando hablas de la situación de la señorita Fairfax en la vida. Me apartaré un poco».

«Es verdad que me olvido de pensar en *ella*», dijo Emma, «como si alguna vez hubiera sido otra cosa que mi amiga, y mi más querida amiga».

Él pareció comprender plenamente y respetar ese sentimiento.

Cuando estuvieron comprados los guantes y hubieron salido otra vez de la tienda, «¿Alguna vez oyó tocar a la joven de quien hablábamos?», dijo Frank Churchill.

«¡Que si la he oído!», repitió Emma. «Olvida usted cuánto pertenece ella a Highbury. La he oído todos los años de nuestra vida desde que las dos empezamos. Toca de maravilla».

«Así le parece, ¿verdad? Quería la opinión de alguien que pudiera juzgar de verdad. A mí me pareció que tocaba bien, es decir, con bastante gusto, pero yo no sé nada del asunto. Me gusta muchísimo la música, pero sin la menor habilidad ni derecho a juzgar la interpretación de nadie. Estoy acostumbrado a oír que se admira la suya; y recuerdo una prueba de que se la consideraba buena intérprete: un hombre, un hombre muy musical, y enamorado de otra mujer, comprometido con ella, a punto de casarse, nunca le pedía, sin embargo, a esa otra mujer que se sentara al instrumento si la dama en cuestión podía sentarse en su lugar; nunca parecía querer oír a una si podía oír a la otra. Eso, pensé, en un hombre de conocido talento musical, era cierta prueba».

«¡Toda una prueba, sí!», dijo Emma, muy divertida. «El señor Di-

xon es muy musical, ¿no es así? En media hora sabremos más de todos ellos por usted de lo que la señorita Fairfax se habría dignado contar en medio año».

«Sí, el señor Dixon y la señorita Campbell eran las personas; y me pareció una prueba muy contundente».

«Desde luego, muy contundente fue; a decir verdad, mucho más contundente de lo que, si *yo* hubiera sido la señorita Campbell, me habría resultado agradable en absoluto. No podría disculpar a un hombre que tuviera más música que amor, más oído que ojos, una sensibilidad más aguda para los sonidos bellos que para mis sentimientos. ¿Qué tal pareció tomarlo la señorita Campbell?».

«Era su amiga muy especial, ¿sabe?».

«¡Pobre consuelo!», dijo Emma, riéndose. «Una preferiría verse postergada por una desconocida antes que por su propia amiga muy especial; con una desconocida podría no repetirse; ¡pero la desgracia de tener a una amiga muy especial siempre a mano, para hacerlo todo mejor que una misma! ¡Pobre señora Dixon! Bueno, me alegro de que se haya ido a vivir a Irlanda».

«Tiene razón. No era muy halagador para la señorita Campbell; pero de verdad no pareció sentirlo».

«Tanto mejor, o tanto peor; no sé cuál de las dos. Pero, ya fuera dulzura o estupidez de su parte, prontitud en la amistad o torpeza en el sentimiento, hubo una persona, creo, que tuvo que sentirlo: la propia señorita Fairfax. Tuvo que sentir esa distinción impropia y peligrosa».

«En cuanto a eso... yo no...».

«¡Oh!, no se imagine que espero de usted, ni de nadie, un relato de las sensaciones de la señorita Fairfax. No las conoce ningún ser humano, supongo, salvo ella misma. Pero si siguió tocando cada vez que el señor Dixon se lo pedía, uno puede suponer lo que quiera».

«Parecía haber un entendimiento tan perfecto entre todos ellos...», empezó él, con bastante rapidez; pero conteniéndose, añadió: «sin embargo, me es imposible decir en qué términos estaban en realidad, có-

mo sería todo entre bastidores. Solo puedo decir que por fuera todo marchaba con suavidad. Pero usted, que conoce a la señorita Fairfax desde niña, debe de juzgar mejor que yo su carácter y cómo es probable que se conduzca en situaciones críticas».

«La conozco desde niña, sin duda; hemos sido niñas y mujeres a la vez; y es natural suponer que debíamos de ser íntimas, que debíamos de habernos tomado afecto cada vez que ella visitaba a los suyos. Pero nunca fue así. Apenas sé cómo ha ocurrido; un poco, quizá, por esa maldad de mi parte que tendía a tomarle aversión a una muchacha tan idolatrada y tan ensalzada como siempre lo fue por su tía y su abuela y todo su círculo. Y además, su reserva... nunca pude encariñarme con nadie tan completamente reservado».

«Es una cualidad de lo más repelente, en efecto», dijo él. «Muchas veces muy conveniente, sin duda, pero nunca agradable. En la reserva hay seguridad, pero no atractivo. Uno no puede amar a una persona reservada».

«No hasta que la reserva cesa con uno; y entonces el atractivo puede ser mayor. Pero yo tendría que necesitar una amiga, o una compañera agradable, más de lo que la he necesitado hasta ahora para tomarme la molestia de vencer la reserva de nadie y conseguir una. La intimidad entre la señorita Fairfax y yo está completamente fuera de la cuestión. No tengo motivo para pensar mal de ella, ni el más mínimo, salvo que tan extrema y perpetua cautela en las palabras y en los modales, tal temor de dar una idea clara de nadie, tiende a hacer sospechar que hay algo que ocultar».

Él estuvo perfectamente de acuerdo con ella; y después de pasear juntos tanto tiempo, y de pensar tan parecido, Emma sintió que lo conocía tan bien que apenas podía creer que fuera solo su segundo encuentro. No era exactamente lo que había esperado; menos hombre de mundo en algunas de sus ideas, menos niño mimado de la fortuna, y por tanto mejor de lo que había esperado. Sus ideas parecían más moderadas; sus sentimientos, más cálidos. Le llamó especialmente la aten-

ción su manera de considerar la casa del señor Elton, que, igual que la iglesia, quiso ir a ver, y a la que no quiso encontrarle muchos defectos junto con ellas. No, no podía creer que fuera una mala casa; no era una casa por la que hubiera que compadecer al hombre que la tuviera. Si había de compartirla con la mujer que amaba, no podía pensar que hubiera que compadecer a ningún hombre por tener esa casa. Tenía que haber en ella espacio de sobra para toda comodidad verdadera. Tenía que ser un necio el hombre que quisiera más.

La señora Weston se rio y dijo que no sabía de qué estaba hablando. Acostumbrado él solo a una casa grande, y sin pensar nunca cuántas ventajas y comodidades iban unidas a su tamaño, no podía juzgar las privaciones que inevitablemente traía una pequeña. Pero Emma, para sus adentros, determinó que *sí* sabía de qué hablaba, y que mostraba una inclinación muy amable a establecerse joven y a casarse por motivos dignos. Quizá no fuera consciente de los estragos que causaría en la paz doméstica la falta de un cuarto para el ama de llaves, o una mala despensa del mayordomo, pero sin duda sentía perfectamente que Enscombe no podía hacerlo feliz, y que cuando se enamorara renunciaría de buen grado a gran parte de su riqueza con tal de que se le permitiera establecerse pronto.

Volumen II. Capítulo VII

La muy buena opinión que Emma tenía de Frank Churchill se tambaleó un poco al día siguiente, al enterarse de que se había ido a Londres solo para cortarse el pelo. Al parecer, un capricho repentino se había apoderado de él durante el desayuno, y había mandado pedir una calesa y había partido con la intención de volver para la cena, pero sin otro propósito más importante, que se supiera, que cortarse el pelo. No había, sin duda, nada malo en que recorriera dos veces dieciséis millas por semejante encargo; pero había en ello un aire de presunción y de tontería que ella no podía aprobar. No concordaba con la sensatez de propósitos, la moderación en los gastos, ni siquiera con la generosa calidez de corazón que había creído discernir en él el día anterior. Vanidad, derroche, amor al cambio, inquietud de carácter que necesita estar haciendo algo, bueno o malo; descuido del agrado de su padre y de la señora Weston, indiferencia ante cómo pudiera parecer su conducta en general: todos estos cargos podían hacérsele. Su padre se limitó a llamarlo petimetre y le pareció una historia muy buena; pero que a la señora Weston no le gustó quedaba bastante claro por la rapidez con que pasó sobre ello, sin hacer otro comentario que el de que «todos los jóvenes tienen sus caprichitos».

Salvo esta pequeña mancha, Emma comprobó que la visita de él, hasta entonces, solo le había dado a su amiga buenas ideas sobre él. La señora Weston estaba muy dispuesta a decir qué compañero tan atento y agradable se mostraba, cuánto veía que apreciar en su carácter en conjunto. Parecía tener un temperamento muy franco, sin duda muy alegre y vivaz; ella no podía observar nada malo en sus ideas, y sí mucho decididamente bueno; hablaba de su tío con cálido afecto, le gustaba hablar de él, decía que sería el mejor hombre del mundo si lo dejaran actuar por sí mismo; y aunque no había manera de tomarle ca-

riño a la tía, reconocía con gratitud su bondad y parecía querer hablar siempre de ella con respeto. Todo esto era muy prometedor; y, de no ser por esa desafortunada ocurrencia de cortarse el pelo, nada indicaba que fuera indigno del distinguido honor que la imaginación de Emma le había concedido; el honor, si no de estar realmente enamorado de ella, de estar al menos muy cerca de ello, y a salvo solo por la indiferencia de ella misma (pues seguía firme su resolución de no casarse nunca); el honor, en suma, de que todos sus conocidos comunes lo señalaran para ella.

El señor Weston, por su parte, añadió a la cuenta una virtud que debía tener cierto peso. Le dio a entender que Frank la admiraba muchísimo, que la encontraba muy hermosa y encantadora; y con tanto que decir en su favor en conjunto, ella sintió que no debía juzgarlo con dureza. Como observó la señora Weston, «todos los jóvenes tienen sus caprichitos».

Había una persona entre sus nuevos conocidos de Surrey que no estaba tan indulgentemente dispuesta. En general se lo juzgaba, en todas las parroquias de Donwell y Highbury, con gran benevolencia; se hacían generosas concesiones a los pequeños excesos de un joven tan apuesto, uno que sonreía tan a menudo y hacía reverencias tan bien; pero había entre ellos un espíritu al que ni las reverencias ni las sonrisas podían ablandar en su poder de censura: el señor Knightley. Le contaron el hecho en Hartfield; por el momento, guardó silencio; pero Emma le oyó decir casi enseguida para sí, sobre un periódico que tenía en la mano: «¡Hum! Justo el tipo frívolo y tonto que yo creía». Ella estuvo medio tentada de ofenderse; pero un instante de observación la convenció de que en realidad lo había dicho solo para desahogar sus propios sentimientos, sin intención de provocar; y por eso lo dejó pasar.

Aunque en un aspecto portadores de noticias no buenas, la visita del señor y la señora Weston esa mañana fue especialmente oportuna en otro. Ocurrió algo mientras estaban en Hartfield que hizo que Emma quisiera su consejo; y, lo que fue todavía más afortunado, quiso

exactamente el consejo que le dieron.

Esto fue lo que ocurrió. Los Cole llevaban algunos años establecidos en Highbury y eran muy buena gente: amistosos, generosos y sin pretensiones; pero, por otra parte, eran de origen humilde, dedicados al comercio y solo medianamente distinguidos. Al llegar a la región, habían vivido en proporción a sus ingresos, tranquilamente, recibiendo poca gente, y esa poca sin grandes gastos; pero el último año o los dos últimos les habían traído un aumento considerable de recursos: la casa de comercio de Londres había dado mayores ganancias, y la fortuna en general les había sonreído. Con su riqueza crecieron sus miras: la necesidad de una casa más grande, la inclinación a recibir más gente. Ampliaron su casa, su número de criados, sus gastos de toda clase; y para entonces eran, en fortuna y en tren de vida, los segundos después de la familia de Hartfield. Su afición a la sociedad, y su nuevo comedor, hacían prever a todos que darían cenas; y ya se habían celebrado algunas reuniones, principalmente entre los hombres solteros. Emma apenas podía suponer que tuvieran la presunción de invitar a las familias de siempre y de más categoría: ni a Donwell, ni a Hartfield, ni a Randalls. Nada la tentaría a *ella* a ir, si lo hacían; y lamentaba que las costumbres conocidas de su padre fueran a quitarle a su negativa más significado del que ella quisiera. Los Cole eran muy respetables a su manera, pero había que enseñarles que no les correspondía a ellos fijar los términos en que las familias superiores los visitarían. Esta lección, temía mucho, solo la recibirían de ella misma; tenía poca esperanza en el señor Knightley, ninguna en el señor Weston.

Pero había decidido cómo responder a esa presunción tantas semanas antes de que se presentara que, cuando por fin llegó el insulto, la encontró afectada de manera muy distinta. Donwell y Randalls habían recibido su invitación, y no había llegado ninguna para su padre y para ella; y la explicación de la señora Weston, «Supongo que no se tomarán esa libertad contigo; saben que no cenas fuera», no fue del todo suficiente. Sintió que le habría gustado tener el poder de rehusar; y des-

pués, cuando la idea de la reunión que iba a juntarse allí, compuesta precisamente por aquellos cuya compañía le era más querida, se le presentaba una y otra vez, no estaba segura de que no se habría sentido tentada a aceptar. Harriet iba a estar allí por la noche, y las Bates. Habían hablado de ello mientras paseaban por Highbury el día anterior, y Frank Churchill había lamentado muy sinceramente la ausencia de ella. ¿No podría terminar la velada en baile?, había sido una pregunta suya. La mera posibilidad actuaba como una irritación más sobre su ánimo; y que la dejaran en su solitaria grandeza, aun suponiendo que la omisión se pensara como un cumplido, era un pobre consuelo.

Fue la llegada de esta misma invitación, mientras los Weston estaban en Hartfield, lo que hizo tan oportuna su presencia; pues aunque su primer comentario, al leerla, fue que «por supuesto había que rechazarla», pasó tan pronto a preguntarles qué le aconsejaban hacer que el consejo de que fuera llegó con toda prontitud y con todo éxito.

Reconoció que, considerándolo todo, no carecía absolutamente de ganas de ir a la reunión. Los Cole se expresaban con tanto decoro; había tanta atención verdadera en su manera de hacerlo, tanta consideración por su padre. «Habrían solicitado el honor antes, pero habían estado esperando que llegara de Londres un biombo, que esperaban que protegiera al señor Woodhouse de cualquier corriente de aire y que, por tanto, lo indujera más fácilmente a concederles el honor de su compañía». En conjunto, se dejaba persuadir muy fácilmente; y una vez acordado brevemente entre ellos cómo podría hacerse sin descuidar el bienestar de él (cómo podía contarse con toda seguridad con la señora Goddard, si no con la señora Bates, para hacerle compañía), había que convencer al señor Woodhouse de que consintiera en que su hija saliera a cenar un día ya próximo y pasara toda la velada lejos de él. En cuanto a que fuera *él*, Emma no quería que lo creyera posible: las horas serían demasiado tardías y la reunión demasiado numerosa. Él se resignó bastante pronto.

«No me gustan las cenas fuera de casa», dijo; «nunca me gustaron.

A Emma tampoco. Las horas tardías no nos sientan bien. Siento que el señor y la señora Cole lo hayan hecho. Creo que sería mucho mejor que vinieran una tarde del próximo verano a tomar el té con nosotros; que pasaran a vernos en su paseo de la tarde; cosa que podrían hacer, ya que nuestras horas son tan razonables, y aun así llegar a casa sin quedarse fuera con la humedad del anochecer. El rocío de una tarde de verano es algo a lo que yo no expondría a nadie. Sin embargo, como desean tanto que la querida Emma cene con ellos, y como ustedes dos estarán allí, y también el señor Knightley, para cuidarla, no puedo desear impedirlo, siempre que el tiempo sea el que debe, ni húmedo, ni frío, ni ventoso». Luego, volviéndose hacia la señora Weston con una mirada de suave reproche: «¡Ah!, señorita Taylor, si no se hubiera casado, se habría quedado en casa conmigo».

«Bueno, señor», exclamó el señor Weston, «como fui yo quien se llevó a la señorita Taylor, me corresponde ocupar su lugar, si puedo; e iré a casa de la señora Goddard en un momento, si usted lo desea».

Pero la idea de que algo se hiciera en un *momento* aumentaba, en vez de disminuir, la agitación del señor Woodhouse. Las damas sabían mejor cómo calmarla. El señor Weston debía quedarse tranquilo, y todo debía arreglarse con calma.

Con este tratamiento, el señor Woodhouse se serenó pronto lo suficiente para hablar como de costumbre. «Le encantaría ver a la señora Goddard. Tenía un gran aprecio por la señora Goddard; y Emma escribiría unas líneas para invitarla. James podía llevar la nota. Pero, antes que nada, había que escribir una respuesta a la señora Cole».

«Presentarás mis excusas, querida, con la mayor cortesía posible. Dirás que soy un completo inválido y que no voy a ninguna parte, y que por tanto debo declinar su amable invitación; empezando con mis *saludos*, por supuesto. Pero tú lo harás todo bien. No necesito decirte lo que hay que hacer. Tenemos que acordarnos de avisar a James que se necesitará el coche el martes. Con él no tendré ningún temor por ti. No hemos ido allá más que una vez desde que se hizo el nuevo acceso;

pero aun así no dudo de que James te llevará con toda seguridad. Y cuando llegues, tienes que decirle a qué hora quieres que vuelva a buscarte; y más vale que digas una hora temprana. No te gustará quedarte hasta tarde. Te cansarás mucho cuando termine el té».

«Pero no querrías que me viniera antes de estar cansada, ¿verdad, papá?».

«¡Oh!, no, mi amor; pero pronto estarás cansada. Habrá muchísima gente hablando a la vez. No te gustará el ruido».

«Pero, mi querido señor», exclamó el señor Weston, «si Emma se va temprano, se deshará la reunión».

«Y no sería gran daño si así fuera», dijo el señor Woodhouse. «Cuanto antes se deshaga cualquier reunión, mejor».

«Pero no piensa usted en cómo puede parecerles a los Cole. Que Emma se fuera inmediatamente después del té podría ofenderlos. Son gente bondadosa y no hacen gran caso de sus propios derechos; pero aun así tienen que sentir que el que alguien se vaya de prisa no es un gran cumplido; y que lo hiciera la señorita Woodhouse se notaría más que si lo hiciera cualquier otra persona de la sala. Usted no querría decepcionar y mortificar a los Cole, estoy seguro, señor; la gente más amistosa y buena que haya existido, y que han sido sus vecinos estos *diez* años».

«No, por nada del mundo, señor Weston; le estoy muy agradecido por recordármelo. Sentiría muchísimo causarles algún dolor. Sé qué gente tan digna es. Perry me dice que el señor Cole nunca prueba la cerveza. No lo pensaría usted al mirarlo, pero es bilioso; el señor Cole es muy bilioso. No, no quisiera ser yo el que les causara ningún dolor. Mi querida Emma, tenemos que considerar esto. Estoy seguro de que, antes que correr el riesgo de herir al señor y a la señora Cole, te quedarías un poco más de lo que quisieras. No te importará estar cansada. Estarás perfectamente segura, ¿sabes?, entre tus amigos».

«¡Oh!, sí, papá. No tengo ningún temor por mí; y no tendría ningún reparo en quedarme hasta tan tarde como la señora Weston, si no fue-

ra por ti. Solo temo que te quedes levantado esperándome. No temo que no estés comodísimo con la señora Goddard. A ella le encanta el piquet, ¿sabes?; pero cuando se haya ido a casa, temo que te quedes levantado solo, en vez de acostarte a tu hora de siempre; y esa idea me quitaría por completo la tranquilidad. Tienes que prometerme que no te quedarás levantado».

Él lo prometió, con la condición de algunas promesas por parte de ella: que, si volvía con frío, se aseguraría de calentarse bien; si con hambre, que tomaría algo de comer; que su propia doncella la esperaría levantada; y que Serle y el mayordomo se asegurarían, como de costumbre, de que todo en la casa estuviera seguro.

Volumen II. Capítulo VIII

Frank Churchill volvió; y si hizo esperar la cena de su padre, en Hartfield no se supo, porque la señora Weston deseaba demasiado que el señor Woodhouse lo tuviera en gran estima como para delatar cualquier imperfección que pudiera ocultarse.

Volvió con el pelo cortado y se rio de sí mismo con muy buena gracia, pero sin parecer en absoluto avergonzado de lo que había hecho. No tenía motivo para desear el pelo más largo, a fin de ocultar el rubor de su rostro; ni motivo para desear no haber gastado el dinero, a fin de mejorar su ánimo. Estaba tan impávido y tan animado como siempre; y Emma, después de verlo, moralizó así para sus adentros:

«No sé si debería ser así, pero es cierto que las tonterías dejan de ser tonterías cuando las hacen con desenfado personas sensatas. La maldad siempre es maldad, pero la locura no siempre es locura. Depende del carácter de quienes la manejan. Señor Knightley, él *no* es un joven frívolo y tonto. Si lo fuera, lo habría hecho de otro modo. O se habría jactado de la hazaña, o se habría avergonzado de ella. Habría habido o la ostentación de un fatuo, o los subterfugios de una mente demasiado débil para defender sus propias vanidades. No, estoy perfectamente segura de que no es frívolo ni tonto».

Con el martes llegó la grata perspectiva de volver a verlo, y por más tiempo que hasta entonces; de juzgar sus modales en general y, por inferencia, el sentido de sus modales hacia ella; de adivinar cuán pronto podría ser necesario que pusiera frialdad en su actitud; y de imaginar qué observarían todos los que ahora los veían juntos por primera vez.

Se proponía ser muy feliz, a pesar de que la escena transcurriera en casa del señor Cole; y sin poder olvidar que, entre los defectos del señor Elton, aun en los días en que gozaba de su favor, ninguno la había

molestado tanto como su propensión a cenar con el señor Cole.

La comodidad de su padre quedó ampliamente asegurada, pues tanto la señora Bates como la señora Goddard pudieron venir; y su último grato deber, antes de salir de casa, fue presentar sus respetos a las dos mientras estaban sentadas juntas después de la cena; y, mientras su padre comentaba con cariño la belleza de su vestido, compensar a las dos damas en todo lo que pudo, sirviéndoles grandes trozos de pastel y copas llenas de vino, por cualquier abstinencia forzosa que el cuidado de él por su salud las hubiera obligado a practicar durante la comida. Ella les había hecho preparar una cena abundante; le habría gustado saber que les habían permitido comérsela.

Siguió a otro coche hasta la puerta del señor Cole; y le agradó ver que era el del señor Knightley; porque el señor Knightley, que no tenía caballos, que disponía de poco dinero sobrante y de mucha salud, actividad e independencia, era demasiado propenso, en opinión de Emma, a moverse como podía, y no usaba su coche tan a menudo como correspondía al dueño de la abadía de Donwell. Ahora tenía ocasión de expresarle su aprobación con el corazón todavía caliente, pues él se detuvo para ayudarla a bajar.

«Así es como usted debería llegar», dijo ella; «como un caballero. Me alegra mucho verlo».

Él le dio las gracias y observó: «¡Qué suerte que hayamos llegado en el mismo momento! Porque si nos hubiéramos encontrado primero en el salón, dudo que usted me hubiera tenido por más caballero que de costumbre. Quizá no habría distinguido por mi aspecto o mis maneras cómo había llegado».

«Sí lo habría distinguido, estoy segura de que sí. Siempre hay un aire de turbación o de prisa cuando la gente llega de un modo que sabe que está por debajo de su condición. Usted cree que lo disimula muy bien, me atrevo a decir, pero en usted es una especie de bravuconería, un aire de indiferencia afectada; siempre lo noto cuando me lo encuentro en esas circunstancias. *Ahora* no tiene que esforzarse por nada. No

teme que lo crean avergonzado. No intenta parecer más alto que nadie. *Ahora* sí me alegrará de veras entrar en la misma sala con usted».

«¡Muchacha disparatada!», fue su respuesta, pero en absoluto con enojo.

Emma tuvo tantos motivos para estar satisfecha con el resto de los invitados como con el señor Knightley. La recibieron con un respeto cordial que no podía sino agradarle, y le dieron toda la importancia que pudiera desear. Cuando llegaron los Weston, las miradas más afectuosas y la mayor admiración fueron para ella, tanto del marido como de la mujer; el hijo se le acercó con una alegre impaciencia que la señalaba como su objeto particular, y en la cena se encontró con que él estaba sentado a su lado; y, según creía firmemente, no sin cierta destreza de su parte.

Los invitados eran bastantes, pues incluían a otra familia, una familia rural decorosa e intachable, a la que los Cole tenían la ventaja de contar entre sus conocidos, y a los varones de la familia del señor Cox, el abogado de Highbury. Las mujeres de menor categoría vendrían por la noche, con la señorita Bates, la señorita Fairfax y la señorita Smith; pero ya en la cena eran demasiados para que ningún tema de conversación fuera general; y, mientras se hablaba de política y del señor Elton, Emma pudo entregar con toda justicia su atención entera a lo agradable de su vecino de mesa. El primer sonido lejano al que se sintió obligada a atender fue el nombre de Jane Fairfax. La señora Cole parecía estar contando algo de ella que se esperaba que fuera muy interesante. Escuchó, y encontró que valía mucho la pena escuchar. Esa parte tan querida de Emma, su imaginación, recibió una provisión divertida. La señora Cole contaba que había ido a visitar a la señorita Bates, y apenas entró en la sala le había llamado la atención la vista de un pianoforte, un instrumento de aspecto muy elegante, no de cola, sino un pianoforte cuadrado de gran tamaño; y la sustancia del relato, el final de todo el diálogo que siguió, de sorpresa, preguntas y felicitaciones por parte de ella, y de explicaciones por parte de la señorita Ba-

tes, era que ese pianoforte había llegado de la casa Broadwood el día anterior, para gran asombro de la tía y de la sobrina, de manera del todo inesperada; que al principio, según contaba la señorita Bates, la propia Jane estaba completamente desconcertada, perpleja, pensando quién podría haberlo encargado; pero que ahora las dos estaban perfectamente convencidas de que solo podía venir de un lado; por supuesto, tenía que ser del coronel Campbell.

«No puede suponerse otra cosa», añadió la señora Cole, «y lo único que me sorprendió es que hubiera podido haber alguna duda. Pero parece que Jane recibió hace muy poco una carta de ellos, y no se decía ni una palabra al respecto. Ella conoce mejor sus costumbres; pero yo no tomaría su silencio como razón para pensar que no se proponían hacerle el regalo. Puede que quisieran sorprenderla».

Muchos estuvieron de acuerdo con la señora Cole; todos los que hablaron del asunto estaban igualmente convencidos de que tenía que venir del coronel Campbell, e igualmente contentos de que se hubiera hecho semejante regalo; y había bastantes dispuestos a hablar como para permitir que Emma pensara a su manera y siguiera escuchando a la señora Cole.

«¡Le aseguro que no sé cuándo he oído algo que me haya dado más satisfacción! Siempre me había dolido mucho que Jane Fairfax, que toca tan deliciosamente, no tuviera un instrumento. Parecía una verdadera lástima, sobre todo si se piensa en cuántas casas hay donde magníficos instrumentos están completamente desperdiciados. ¡Esto es como darnos una bofetada a nosotros mismos, desde luego! Y justo ayer le decía yo al señor Cole que de veras me daba vergüenza mirar nuestro nuevo pianoforte de cola en el salón, cuando yo no distingo una nota de otra, y nuestras niñas, que apenas están empezando, a lo mejor nunca sacan nada de él; y ahí está la pobre Jane Fairfax, que domina la música, y no tiene nada que se parezca a un instrumento, ni siquiera la espineta vieja más lastimosa del mundo, para entretenerse. Se lo decía al señor Cole justo ayer, y él estaba del todo de acuerdo conmigo;

solo que a él le gusta tanto la música que no pudo resistir darse el gusto de comprarlo, con la esperanza de que alguno de nuestros buenos vecinos tuviera de vez en cuando la amabilidad de darle mejor uso que nosotros; y esa es en verdad la razón por la que se compró el instrumento; si no, estoy segura de que deberíamos avergonzarnos de él. Tenemos grandes esperanzas de que la señorita Woodhouse se deje convencer para probarlo esta noche».

La señorita Woodhouse dio el debido asentimiento; y viendo que no se podía sonsacar nada más de lo que contara la señora Cole, se volvió hacia Frank Churchill.

«¿Por qué sonríe?», dijo ella.

«¿Y usted, por qué sonríe?».

«¿Yo? Supongo que sonrío de gusto porque el coronel Campbell sea tan rico y tan generoso. Es un regalo espléndido».

«Mucho».

«Más bien me extraña que no se lo hubiera hecho antes».

«Quizá la señorita Fairfax nunca había pasado aquí tanto tiempo».

«O que no le diera el uso de su propio instrumento, que ahora debe de estar cerrado en Londres, sin que nadie lo toque».

«Ese es un pianoforte de cola, y él pudo pensar que era demasiado grande para la casa de la señora Bates».

«Usted puede *decir* lo que quiera, pero su semblante atestigua que sus *pensamientos* sobre este asunto se parecen mucho a los míos».

«No sé. Más bien creo que me atribuye más agudeza de la que merezco. Sonrío porque usted sonríe, y probablemente sospecharé de lo que vea que usted sospecha; pero por ahora no veo qué hay que poner en duda. Si no es el coronel Campbell, ¿quién puede ser?».

«¿Qué me dice de la señora Dixon?».

«¡La señora Dixon! Es muy cierto. No había pensado en la señora Dixon. Ella debe de saber tan bien como su padre lo bienvenido que sería un instrumento; y quizá la manera, el misterio, la sorpresa, se parezcan más al plan de una mujer joven que al de un hombre mayor. Es

la señora Dixon, me atrevo a decir. Ya le dije que sus sospechas guiarían las mías».

«Si es así, debe ampliar sus sospechas e incluir en ellas al *señor* Dixon».

«El señor Dixon. Muy bien. Sí, enseguida me doy cuenta de que tiene que ser un regalo conjunto del señor y la señora Dixon. El otro día hablábamos, ya sabe, de que él era un admirador muy entusiasta de su manera de tocar».

«Sí, y lo que usted me dijo a ese respecto confirmó una idea que yo ya tenía. No pretendo poner en duda las buenas intenciones ni del señor Dixon ni de la señorita Fairfax, pero no puedo dejar de sospechar o que, después de pedir la mano de su amiga, él tuvo la desgracia de enamorarse de *ella*, o que se dio cuenta de un pequeño apego de parte de ella. Uno podría adivinar veinte cosas sin adivinar exactamente la verdadera; pero estoy segura de que debe de haber una causa particular para que ella decidiera venir a Highbury en vez de ir con los Campbell a Irlanda. Aquí debe de llevar una vida de privaciones y de penitencia; allá todo habría sido diversión. En cuanto al pretexto de probar los aires de su tierra natal, lo considero una simple excusa. En verano habría podido pasar; pero ¿de qué le sirven a nadie los aires de su tierra en los meses de enero, febrero y marzo? Un buen fuego y coches vendrían mucho más al caso en la mayoría de los casos de salud delicada, y me atrevo a decir que en el de ella. No le exijo que adopte todas mis sospechas, aunque hace usted tan noble profesión de hacerlo, pero le digo honradamente cuáles son».

«Y, ¡palabra!, tienen todo el aire de ser muy probables. De la preferencia del señor Dixon por la música de ella sobre la de su amiga, puedo responder que era muy decidida».

«Y además, le salvó la vida. ¿Ha oído hablar de eso? Un paseo en barco; y por algún accidente ella estaba cayéndose por la borda. Él la sujetó».

«Así fue. Yo estaba allí, era uno de los del grupo».

«¿De veras estaba? ¡Vaya! Pero no observó nada, claro, porque parece que es una idea nueva para usted. Si yo hubiera estado allí, creo que habría hecho algunos descubrimientos».

«Me atrevo a decir que sí; pero yo, simple de mí, no vi nada más que el hecho de que la señorita Fairfax estuvo a punto de ser arrojada de la embarcación y que el señor Dixon la sujetó. Fue cosa de un momento. Y aunque el sobresalto y la alarma consiguientes fueron muy grandes y mucho más duraderos (de hecho, creo que pasó media hora antes de que ninguno de nosotros volviera a estar tranquilo), fue una sensación demasiado general para que pudiera observarse ninguna inquietud particular. No quiero decir, sin embargo, que usted no hubiera podido hacer descubrimientos».

La conversación se interrumpió aquí. Tuvieron que participar en la incomodidad de un intervalo bastante largo entre los platos, y se vieron obligados a ser tan formales y ordenados como los demás; pero cuando la mesa estuvo otra vez a salvo cubierta, cuando cada fuente de las esquinas estuvo colocada exactamente en su lugar, y se restablecieron en general la ocupación y la soltura, Emma dijo:

«La llegada de este pianoforte es decisiva para mí. Quería saber un poco más, y esto me dice bastante. Créame, pronto oiremos que es un regalo del señor y la señora Dixon».

«Y si los Dixon negaran rotundamente saber nada de él, tendremos que concluir que viene de los Campbell».

«No, estoy segura de que no es de los Campbell. La señorita Fairfax sabe que no es de los Campbell, o habría pensado en ellos desde el principio. No habría estado perpleja si se hubiera atrevido a decidirse por ellos. Quizá no lo haya convencido a usted, pero yo estoy perfectamente convencida de que el señor Dixon es uno de los principales en este asunto».

«De veras me ofende si me supone no convencido. Sus razonamientos arrastran por completo mi juicio. Al principio, mientras la suponía a usted convencida de que el coronel Campbell era quien lo regalaba,

lo vi solo como una bondad paternal, y me pareció la cosa más natural del mundo. Pero cuando mencionó a la señora Dixon, sentí cuánto más probable era que fuese el tributo de una cálida amistad femenina. Y ahora no puedo verlo de otra manera que como una ofrenda de amor».

No había por qué insistir más en el asunto. La convicción parecía real; él tenía el aire de sentirla. Ella no dijo más, otros temas ocuparon su turno; y transcurrió el resto de la cena; siguió el postre, entraron los niños, y se les habló y se los admiró en medio del ritmo habitual de la conversación; unas cuantas cosas ingeniosas, unas cuantas francamente tontas, pero con mucho la mayor parte ni lo uno ni lo otro: nada peor que comentarios de todos los días, repeticiones aburridas, noticias viejas y bromas pesadas.

Las damas no llevaban mucho tiempo en el salón cuando llegaron las otras damas, en sus diferentes grupos. Emma observó la entrada de su propia amiguita; y si no podía regocijarse de su dignidad y su gracia, no solo podía amar su lozana dulzura y sus maneras sin artificio, sino alegrarse de todo corazón de esa disposición ligera, alegre y nada sentimental que le permitía tantos alivios de placer en medio de los dolores de un afecto defraudado. Allí estaba sentada; ¿y quién habría adivinado cuántas lágrimas había derramado en los últimos tiempos? Estar en compañía, bien vestida ella misma y viendo a los demás bien vestidos, sentarse y sonreír y verse bonita, y no decir nada, bastaba para la felicidad de la hora presente. Jane Fairfax sí que tenía un aspecto y un porte superiores; pero Emma sospechaba que tal vez le habría gustado cambiar sus sentimientos por los de Harriet, que le habría gustado mucho comprar la mortificación de haber amado (sí, de haber amado incluso al señor Elton) en vano, a cambio de renunciar a todo el peligroso placer de saberse amada por el marido de su amiga.

En una reunión tan grande no era necesario que Emma se le acercara. No deseaba hablar del pianoforte, se sentía ella misma demasiado al tanto del secreto como para considerar justo aparentar curiosidad o

interés, y por eso se mantuvo a distancia a propósito; pero los demás sacaron el tema casi de inmediato, y ella vio el rubor de conciencia con que se recibían las felicitaciones, el rubor de culpa que acompañaba el nombre de «mi excelente amigo el coronel Campbell».

La señora Weston, bondadosa y aficionada a la música, estaba particularmente interesada en el suceso, y Emma no pudo dejar de divertirse con su perseverancia en insistir en el tema; y con que tuviera tanto que preguntar y que decir sobre el tono, la pulsación y el pedal, sin sospechar en absoluto ese deseo de hablar de ello lo menos posible que ella leía claramente en el semblante de la bella heroína.

Pronto se les unieron algunos de los caballeros; y el primerísimo de los primeros fue Frank Churchill. Entró, el primero y el más apuesto; y después de presentar sus saludos *en passant* a la señorita Bates y a su sobrina, se dirigió directamente al lado opuesto del círculo, donde estaba sentada la señorita Woodhouse; y hasta que no encontró un asiento junto a ella, no quiso sentarse. Emma adivinó lo que todos los presentes debían de estar pensando. Ella era su objeto, y todos debían de notarlo. Le presentó a su amiga, la señorita Smith, y, en momentos oportunos, más tarde, oyó lo que cada uno pensaba del otro. «Él nunca había visto una cara tan encantadora, y estaba encantado con su *naïveté*». Y ella: «Desde luego era hacerle un cumplido demasiado grande, pero sí le parecía que había ciertos gestos que se parecían un poco a los del señor Elton». Emma contuvo su indignación, y se limitó a apartarse de ella en silencio.

Sonrisas de inteligencia pasaron entre ella y el caballero al dirigir la primera mirada hacia la señorita Fairfax; pero lo más prudente era evitar hablar. Él le dijo que había estado impaciente por salir del comedor; que detestaba quedarse sentado mucho tiempo; que siempre era el primero en moverse cuando podía; que su padre, el señor Knightley, el señor Cox y el señor Cole se habían quedado muy ocupados con asuntos de la parroquia; que, sin embargo, mientras se había quedado, lo había pasado bastante bien, pues los había encontrado en

general un grupo de hombres sensatos y caballerosos; y habló tan elogiosamente de Highbury en su conjunto (lo encontraba tan abundante en familias agradables) que Emma empezó a sentir que se había acostumbrado a despreciar el lugar un poco más de la cuenta. Le preguntó por la sociedad de Yorkshire, la extensión del vecindario en torno a Enscombe y de qué clase era; y por sus respuestas pudo deducir que, en lo que tocaba a Enscombe, había muy poco movimiento; que sus visitas eran entre un círculo de grandes familias, ninguna muy cercana; y que, incluso cuando se fijaban los días y se aceptaban las invitaciones, era igual de probable que la señora Churchill no tuviera la salud y el ánimo para ir; que tenían por norma no visitar a nadie nuevo; y que, aunque él tenía sus compromisos por separado, no era sin dificultad, sin considerable habilidad *a veces*, como conseguía escaparse, o llevar a un conocido a pasar una noche.

Vio que Enscombe no podía satisfacerlo, y que Highbury, tomado en su mejor aspecto, podía razonablemente agradar a un joven que tenía en su casa más retiro del que le gustaba. Su importancia en Enscombe era muy evidente. No se jactaba, pero se delataba con naturalidad que había persuadido a su tía allí donde su tío no podía nada, y cuando ella se rio y se lo hizo notar, él reconoció que creía (salvo en uno o dos puntos) que podría, *con tiempo*, persuadirla de cualquier cosa. Mencionó entonces uno de esos puntos en que su influencia fallaba. Había deseado mucho ir al extranjero; había estado muy deseoso, de verdad, de que le permitieran viajar; pero ella no quiso ni oír hablar de ello. Eso había sido el año anterior. *Ahora*, dijo, empezaba a no tener ya el mismo deseo.

El punto en que no se la podía persuadir, que él no mencionó, Emma adivinó que era el buen trato a su padre.

«He hecho un descubrimiento de lo más desdichado», dijo él, tras una breve pausa. «Mañana hará una semana que estoy aquí: la mitad de mi tiempo. Nunca vi que los días volaran tan deprisa. ¡Mañana hará una semana! Y apenas he empezado a divertirme. ¡Apenas acabo de

conocer a la señora Weston, y a otros! Detesto recordarlo».

«Quizá ahora empiece a lamentar haber pasado un día entero, de tan pocos, en cortarse el pelo».

«No», dijo él, sonriendo, «eso no es motivo de pesar en absoluto. No me da ningún gusto ver a mis amigos si no puedo creerme presentable».

Como el resto de los caballeros estaba ya en la sala, Emma se vio obligada a apartarse de él durante unos minutos y escuchar al señor Cole. Cuando el señor Cole se hubo alejado y ella pudo volver a prestar atención como antes, vio a Frank Churchill mirando fijamente, al otro lado de la sala, a la señorita Fairfax, que estaba sentada exactamente enfrente.

«¿Qué ocurre?», dijo ella.

Él se sobresaltó. «Gracias por despertarme», respondió. «Creo que he sido muy descortés; pero, de veras, la señorita Fairfax se ha peinado de una manera tan rara, tan rarísima, que no puedo quitarle los ojos de encima. ¡Nunca vi nada tan *outrée*! ¡Esos rizos! Debe de ser una ocurrencia suya. ¡No veo a nadie más que se le parezca! Tengo que ir a preguntarle si es una moda irlandesa. ¿Voy? Sí, voy; le aseguro que voy; y verá cómo lo toma; si se sonroja».

Se fue de inmediato; y Emma pronto lo vio de pie ante la señorita Fairfax, hablándole; pero en cuanto al efecto sobre la joven, como él se había puesto imprudentemente justo entre las dos, justo delante de la señorita Fairfax, no pudo distinguir absolutamente nada.

Antes de que él pudiera volver a su silla, la ocupó la señora Weston.

«Este es el lujo de una reunión grande», dijo ella: «uno puede acercarse a todos y decirlo todo. Mi querida Emma, me muero por hablar contigo. He estado haciendo descubrimientos y trazando planes, igual que tú, y tengo que contártelos mientras la idea está fresca. ¿Sabes cómo llegaron aquí la señorita Bates y su sobrina?».

«¿Cómo? Las invitaron, ¿no?».

«¡Ah, sí! Pero ¿cómo las trajeron? ¿De qué manera vinieron?».

«Caminando, supongo. ¿De qué otro modo podían venir?».

«Muy cierto. Pues bien, hace un rato se me ocurrió lo triste que sería que Jane Fairfax tuviera que volver a casa a pie, tarde por la noche, y con lo frías que son ahora las noches. Y al mirarla, aunque nunca la vi lucir mejor, me pareció que estaba acalorada y que, por tanto, estaría particularmente expuesta a resfriarse. ¡Pobre muchacha! No pude soportar la idea; así que, en cuanto el señor Weston entró en la sala y pude llegar hasta él, le hablé del coche. Ya puedes imaginar con qué prontitud accedió a mis deseos; y con su aprobación fui derecho a la señorita Bates, para asegurarle que el coche estaría a su disposición antes de llevarnos a nosotros a casa; porque pensé que así la dejaría tranquila de una vez. ¡Buena alma! Estuvo de lo más agradecida, puedes estar segura. "¡Nadie había tenido nunca tanta suerte como ella!"; pero, con muchísimas gracias, "no había por qué molestarnos, porque el coche del señor Knightley las había traído y las iba a llevar de vuelta a casa". Me sorprendió mucho; me alegré mucho, por cierto; pero de veras me sorprendió mucho. Una atención tan amable, ¡y una atención tan considerada!, la clase de cosa en que tan pocos hombres pensarían. Y, en resumen, conociendo sus costumbres, me inclino mucho a pensar que si se usó el coche fue precisamente para comodidad de ellas. Sospecho que no habría sacado un par de caballos para él solo, y que fue solo como excusa para ayudarlas».

«Muy probable», dijo Emma; «nada más probable. No conozco a ningún hombre más capaz que el señor Knightley de hacer esa clase de cosas, de hacer cualquier cosa de verdad bondadosa, útil, considerada o benévola. No es un hombre galante, pero es muy humano; y esto, considerando la mala salud de Jane Fairfax, le parecería un caso de humanidad; y para un acto de bondad sin ostentación no hay nadie en quien yo pensaría antes que en el señor Knightley. Sé que hoy tenía caballos, porque llegamos juntos; y me burlé de él por eso, pero no dijo una palabra que pudiera delatarlo».

«Bueno», dijo la señora Weston, sonriendo, «en este caso le atribuyes una benevolencia más simple y desinteresada que yo; porque mientras la señorita Bates hablaba, una sospecha me cruzó por la cabeza, y no he podido sacármela desde entonces. Cuanto más lo pienso, más probable me parece. En resumen, he arreglado un casamiento entre el señor Knightley y Jane Fairfax. ¡Mira lo que resulta de hacerte compañía! ¿Qué dices?».

«¡El señor Knightley y Jane Fairfax!», exclamó Emma. «Querida señora Weston, ¿cómo has podido pensar en semejante cosa? ¡El señor Knightley! ¡El señor Knightley no debe casarse! ¿No querrás que el pequeño Henry quede excluido de Donwell? ¡Oh, no, no, Henry tiene que heredar Donwell! No puedo de ningún modo consentir que el señor Knightley se case; y estoy segura de que no es nada probable. Me asombra que hayas pensado en semejante cosa».

«Mi querida Emma, ya te he dicho lo que me llevó a pensarlo. No deseo ese casamiento, no deseo perjudicar al querido pequeño Henry, pero las circunstancias me han dado la idea; y si el señor Knightley de verdad deseara casarse, ¿no querrás que se abstenga por causa de Henry, un niño de seis años que no sabe nada del asunto?».

«Sí, lo querría. No podría soportar que suplantaran a Henry. ¡Que el señor Knightley se case! No, nunca se me ha ocurrido semejante idea, y no puedo adoptarla ahora. ¡Y con Jane Fairfax, entre todas las mujeres!».

«Vamos, ella ha sido siempre una de sus grandes favoritas, como tú bien sabes».

«¡Pero qué imprudencia sería ese casamiento!».

«No hablo de su prudencia; solo de su probabilidad».

«No le veo ninguna probabilidad, a menos que tengas mejor fundamento que lo que mencionas. Su buen carácter, su humanidad, como te digo, bastarían de sobra para explicar lo de los caballos. Tiene un gran aprecio por las Bates, sabes, aparte de Jane Fairfax, y siempre le gusta tener atenciones con ellas. Mi querida señora Weston, no te dedi-

ques a hacer casamientos. Lo haces muy mal. ¡Jane Fairfax señora de la abadía! ¡Oh, no, no! Todo mi sentimiento se rebela. Por su propio bien, no querría que hiciera una locura semejante».

«Una imprudencia, si quieres, pero no una locura. Salvo la desigualdad de fortuna, y quizá una pequeña diferencia de edad, no veo nada inconveniente».

«Pero el señor Knightley no quiere casarse. Estoy segura de que no tiene la menor idea de hacerlo. No se lo metas en la cabeza. ¿Por qué habría de casarse? Es todo lo feliz que se puede ser solo; con su granja, y sus ovejas, y su biblioteca, y toda la parroquia que administrar; y quiere muchísimo a los hijos de su hermano. No tiene ninguna necesidad de casarse, ni para llenar su tiempo ni para llenar su corazón».

«Mi querida Emma, mientras él piense así, así es; pero si de verdad ama a Jane Fairfax...».

«¡Tonterías! A él no le importa Jane Fairfax. En cuanto a amor, estoy segura de que no. Le haría cualquier bien a ella o a su familia; pero...».

«Bueno», dijo la señora Weston, riendo, «quizá el mayor bien que podría hacerles sería darle a Jane un hogar tan respetable».

«Si fuera un bien para ella, estoy segura de que sería un mal para él; un parentesco muy vergonzoso y degradante. ¿Cómo soportaría que la señorita Bates fuera de su familia? ¿Tenerla rondando por la abadía y agradeciéndole todo el santo día su gran bondad al casarse con Jane? "¡Tan amable y tan atento! ¡Pero siempre había sido un vecino tan amable!". Y luego saltar, a mitad de una frase, a las viejas enaguas de su madre. "No es que fueran unas enaguas tan viejas tampoco, porque todavía durarían mucho tiempo; y, en verdad, tenía que decir con gratitud que sus enaguas eran todas muy resistentes"».

«¡Qué vergüenza, Emma! No la imites. Me diviertes contra mi conciencia. Y, ¡palabra!, no creo que la señorita Bates molestara mucho al señor Knightley. Las cosas pequeñas no lo irritan. Ella podría seguir hablando; y si él quisiera decir algo, no tendría más que hablar más alto

y ahogar su voz. Pero la cuestión no es si sería un mal parentesco para él, sino si lo desea; y yo creo que sí. ¡Le he oído hablar, y tú también debes de haberle oído, tan elogiosamente de Jane Fairfax! ¡El interés que se toma por ella, su inquietud por su salud, su preocupación porque no tenga un porvenir más feliz! ¡Lo he oído expresarse con tanto calor sobre esos puntos! ¡Tan admirador de su manera de tocar el pianoforte, y de su voz! Le he oído decir que podría escucharla eternamente. ¡Ah! Y casi había olvidado una idea que se me ocurrió: este pianoforte que alguien ha enviado aquí, aunque todos nos hemos quedado tan satisfechos considerándolo un regalo de los Campbell, ¿no podría ser del señor Knightley? No puedo dejar de sospechar de él. Creo que es justo la persona capaz de hacerlo, aun sin estar enamorado».

«Entonces no puede servir de argumento para probar que está enamorado. Pero no creo que sea nada probable que haga algo así. El señor Knightley no hace nada a escondidas».

«Lo he oído lamentar repetidas veces que ella no tenga instrumento; más a menudo de lo que yo supondría que, en el curso normal de las cosas, se le ocurriría pensar en semejante circunstancia».

«Muy bien; y si se hubiera propuesto regalarle uno, se lo habría dicho».

«Podría haber escrúpulos de delicadeza, mi querida Emma. Tengo la impresión muy fuerte de que viene de él. Estoy segura de que estuvo particularmente callado cuando la señora Cole nos lo contó en la cena».

«Tomas una idea, señora Weston, y te dejas llevar por ella; como tantas veces me has reprochado a mí que hago. No veo ninguna señal de afecto, no creo nada de lo del pianoforte, y solo una prueba me convencerá de que el señor Knightley tiene alguna intención de casarse con Jane Fairfax».

Discutieron el punto un rato más del mismo modo; Emma iba más bien ganando terreno en el ánimo de su amiga, pues la señora Weston era de las dos la más acostumbrada a ceder; hasta que un pequeño aje-

treo en la sala les mostró que el té había terminado y que se preparaba el instrumento; y en ese mismo momento el señor Cole se acercó a rogarle a la señorita Woodhouse que les hiciera el honor de probarlo. Frank Churchill, de quien, en el ardor de su conversación con la señora Weston, no había visto nada salvo que había encontrado asiento junto a la señorita Fairfax, siguió al señor Cole para añadir sus muy insistentes ruegos; y como, en todos los sentidos, a Emma le convenía más ser la primera, accedió con todo decoro.

Conocía demasiado bien los límites de sus propias facultades para intentar más de lo que podía hacer con lucimiento; no le faltaban ni gusto ni brío en las cosas pequeñas que suelen agradar, y sabía acompañar bien su propia voz. Un acompañamiento de su canción la tomó gratamente por sorpresa: una segunda voz, ligera pero correctamente cantada por Frank Churchill. Al final de la canción se le pidió debidamente perdón, y siguió todo lo habitual. Se le acusó a él de tener una voz deliciosa y un conocimiento perfecto de la música; lo cual se negó como era debido; y se afirmó rotundamente que no sabía nada del asunto y que no tenía voz en absoluto. Cantaron juntos una vez más; y Emma cedió entonces su lugar a la señorita Fairfax, cuya ejecución, tanto en el canto como en el instrumento, nunca había podido ocultarse a sí misma que era infinitamente superior a la suya.

Con sentimientos encontrados, se sentó a cierta distancia del grupo que rodeaba el instrumento, para escuchar. Frank Churchill volvió a cantar. Al parecer, habían cantado juntos una o dos veces en Weymouth. Pero la vista del señor Knightley entre los más atentos pronto se llevó la mitad de la mente de Emma; y cayó en una serie de reflexiones sobre las sospechas de la señora Weston, que los dulces sonidos de las voces unidas solo interrumpían por momentos. Sus objeciones a que el señor Knightley se casara no disminuyeron en lo más mínimo. No podía ver en ello más que males. Sería una gran desilusión para el señor John Knightley; y por consiguiente para Isabella. Un verdadero perjuicio para los niños; un cambio de lo más mortificante y una pérdi-

da material para todos ellos; una merma muy grande de la comodidad diaria de su padre; y, en cuanto a ella misma, no podía de ningún modo soportar la idea de Jane Fairfax en la abadía de Donwell. ¡Una señora Knightley ante la cual todos tendrían que ceder! No; el señor Knightley no debía casarse nunca. El pequeño Henry tenía que seguir siendo el heredero de Donwell.

Al poco rato el señor Knightley se volvió, vino y se sentó a su lado. Al principio solo hablaron de la ejecución. Su admiración era sin duda muy cálida; pero ella pensó que, de no ser por la señora Weston, no le habría llamado la atención. A modo de piedra de toque, sin embargo, empezó a hablar de su bondad al traer a la tía y a la sobrina; y aunque la respuesta de él fue en el tono de quien quiere cortar el asunto, ella creyó que solo indicaba su poca inclinación a detenerse en una bondad propia.

«A menudo me preocupa», dijo ella, «no atreverme a que nuestro coche sea más útil en ocasiones así. No es que me falte el deseo; pero usted sabe lo imposible que le parecería a mi padre que James enganchara los caballos para semejante fin».

«Ni pensarlo, ni pensarlo», respondió él; «pero estoy seguro de que usted lo desea a menudo». Y sonrió con tal aparente placer ante esa convicción, que ella tuvo que dar un paso más.

«Este regalo de los Campbell», dijo ella, «este pianoforte es un regalo muy amable».

«Sí», respondió él, y sin el menor embarazo aparente. «Pero habrían hecho mejor en avisarle. Las sorpresas son cosas tontas. El placer no aumenta, y la molestia suele ser considerable. Habría esperado mejor juicio del coronel Campbell».

Desde ese momento, Emma habría podido jurar que el señor Knightley no había tenido nada que ver con el regalo del instrumento. Pero si estaba enteramente libre de un afecto particular, si no había una verdadera preferencia, siguió siendo dudoso un poco más. Hacia el final de la segunda canción de Jane, su voz se volvió ronca.

«Ya basta», dijo él, cuando terminó, pensando en voz alta; «ya ha cantado bastante por una noche; ahora quédese tranquila».

Sin embargo, pronto le pidieron otra canción. «Una más; por nada del mundo querían cansar a la señorita Fairfax, y solo pedirían una más». Y se oyó a Frank Churchill decir: «Creo que podría con esta sin esfuerzo; la primera parte es tan poca cosa. La fuerza de la canción recae en la segunda».

El señor Knightley se enojó.

«Ese sujeto», dijo, indignado, «no piensa en otra cosa que en lucir su propia voz. Esto no puede ser». Y tocando a la señorita Bates, que en ese momento pasaba cerca: «Señorita Bates, ¿está loca para dejar que su sobrina se quede ronca cantando de esta manera? Vaya e intervenga. No tienen piedad de ella».

La señorita Bates, en su verdadera inquietud por Jane, apenas pudo detenerse siquiera a mostrarse agradecida antes de adelantarse y poner fin a todo canto. Aquí terminó la parte de concierto de la velada, pues la señorita Woodhouse y la señorita Fairfax eran las únicas señoritas que tocaban; pero pronto (en menos de cinco minutos) la propuesta de bailar, que nadie supo exactamente de dónde surgió, fue tan eficazmente promovida por el señor y la señora Cole que todo se estaba despejando rápidamente para dejar el espacio necesario. La señora Weston, excelente en las contradanzas, estaba sentada y empezaba un vals irresistible; y Frank Churchill, acercándose a Emma con la galantería más apropiada, se había asegurado su mano y la había llevado a la cabeza de la fila.

Mientras esperaba a que los demás jóvenes formaran parejas, Emma encontró tiempo, a pesar de los cumplidos que recibía por su voz y su gusto, para mirar alrededor y ver qué era del señor Knightley. Esto sería una prueba. Por lo general no era aficionado a bailar. Si ahora se mostraba muy diligente en invitar a Jane Fairfax, podría augurar algo. No hubo señal inmediata. No; estaba hablando con la señora Cole; miraba sin interés; otra persona invitó a Jane, y él seguía hablando con

la señora Cole.

Emma ya no sintió alarma por Henry; su interés seguía a salvo; y abrió el baile con verdadero brío y placer. No pudieron reunirse más de cinco parejas; pero lo raro y lo repentino del baile lo hicieron muy delicioso, y ella se encontró con una pareja a su altura. Eran una pareja digna de mirarse.

Por desgracia, solo pudieron permitirse dos bailes. Se hacía tarde, y la señorita Bates empezó a inquietarse por volver a casa, a causa de su madre. Así que, tras algunos intentos de que les permitieran empezar de nuevo, se vieron obligados a dar las gracias a la señora Weston, poner cara triste y dejarlo.

«Quizá sea mejor así», dijo Frank Churchill, mientras acompañaba a Emma a su coche. «Habría tenido que sacar a bailar a la señorita Fairfax, y su manera lánguida de bailar no me habría sentado bien, después de la suya».

Volumen II. Capítulo IX

Emma no se arrepintió de su condescendencia al ir a casa de los Cole. La visita le dejó muchos recuerdos agradables al día siguiente; y todo lo que pudiera suponerse que había perdido en cuanto a digno retiro debía de quedar ampliamente compensado con el esplendor de la popularidad. Tenía que haber encantado a los Cole (¡gente digna, que merecía que la hicieran feliz!) y dejado tras de sí un nombre que no se apagaría pronto.

La felicidad perfecta, aun en el recuerdo, no es común; y había dos puntos en los que no estaba del todo tranquila. Dudaba si no había faltado al deber de una mujer para con otra mujer al revelarle a Frank Churchill sus sospechas sobre los sentimientos de Jane Fairfax. No había estado del todo bien; pero había sido una idea tan fuerte que se le había escapado, y la sumisión de él a todo lo que ella le decía era un cumplido a su perspicacia que le hacía difícil estar del todo segura de que debió callarse.

La otra circunstancia que lamentaba tenía que ver también con Jane Fairfax; y en ella no tenía ninguna duda. Lamentaba sin fingimiento ni equívoco la inferioridad de su propia manera de tocar y de cantar. Se dolía de todo corazón de la pereza de su infancia; y se sentó y practicó con energía una hora y media.

La interrumpió entonces la llegada de Harriet; y si los elogios de Harriet hubieran podido satisfacerla, pronto se habría consolado.

«¡Ay, si yo pudiera tocar tan bien como usted y la señorita Fairfax!».

«No nos pongas en la misma clase, Harriet. Mi manera de tocar no se parece más a la suya que una lámpara a la luz del sol».

«¡Ay, Dios! Yo creo que usted es la que mejor toca de las dos. Creo que toca tan bien como ella. Estoy segura de que prefiero mucho más

oírla a usted. Anoche todos decían lo bien que tocaba».

«Los que entendían algo de eso habrán notado la diferencia. La verdad, Harriet, es que mi manera de tocar es apenas lo bastante buena para que la elogien, pero la de Jane Fairfax está muy por encima».

«Bueno, yo siempre pensaré que usted toca tan bien como ella, o que si hay alguna diferencia nadie la notaría nunca. El señor Cole dijo cuánto gusto tenía usted; y el señor Frank Churchill habló muchísimo de su gusto, y de que él apreciaba mucho más el gusto que la ejecución».

«¡Ah, pero Jane Fairfax tiene las dos cosas, Harriet!».

«¿Está segura? Vi que tenía ejecución, pero no sabía que tuviera nada de gusto. Nadie habló de eso. Y yo detesto el canto italiano. No se entiende ni una palabra. Además, si toca tan bien, ya sabe, no es más que lo que está obligada a hacer, porque va a tener que enseñar. Las Cox se preguntaban anoche si entraría en alguna gran familia. ¿Qué le parecieron las Cox?».

«Como siempre: muy vulgares».

«Me contaron algo», dijo Harriet con cierta vacilación; «pero no es nada de importancia».

Emma se vio obligada a preguntar qué le habían contado, aunque temía que saliera a relucir el señor Elton.

«Me contaron que el señor Martin cenó con ellos el sábado pasado».

«¡Ah!».

«Fue a ver a su padre por un asunto, y él lo invitó a quedarse a cenar».

«¡Ah!».

«Hablaron mucho de él, sobre todo Anne Cox. No sé qué quiso decir, pero me preguntó si pensaba ir a pasar otra temporada allá el próximo verano».

«Quiso ser impertinentemente curiosa, justo como debe ser una Anne Cox».

«Dijo que él estuvo muy agradable el día que cenó allí. Se sentó a su lado en la cena. La señorita Nash cree que cualquiera de las Cox estaría muy contenta de casarse con él».

«Muy probable. Creo que son, sin excepción, las muchachas más vulgares de Highbury».

Harriet tenía que hacer unas compras en la tienda de Ford. Emma pensó que lo más prudente era acompañarla. Era posible otro encuentro casual con los Martin, y en el estado en que Harriet estaba ahora sería peligroso.

Harriet, a quien todo tentaba y a quien media palabra hacía cambiar de opinión, siempre tardaba muchísimo en una compra; y mientras seguía inclinada sobre las muselinas y cambiando de parecer, Emma se fue a la puerta para entretenerse. No podía esperarse mucho del tráfico ni siquiera de la parte más concurrida de Highbury: el señor Perry pasando apresurado, el señor William Cox entrando por la puerta del despacho, los caballos del coche del señor Cole que volvían de hacer ejercicio, o algún muchacho de los recados extraviado sobre una mula obstinada eran los objetos más animados que podía atreverse a esperar; y cuando sus ojos solo dieron con el carnicero y su bandeja, una anciana pulcra que volvía de la tienda a su casa con la canasta llena, dos perros callejeros que se peleaban por un hueso sucio, y una hilera de niños remolones alrededor del pequeño escaparate saliente del panadero, mirando el pan de jengibre, supo que no tenía motivo para quejarse, y se entretuvo bastante; lo bastante como para seguir de pie en la puerta. Una mente viva y tranquila puede arreglárselas sin ver nada, y no ve nada que no le sirva.

Miró hacia el camino de Randalls. La escena se amplió; aparecieron dos personas: la señora Weston y su hijastro; venían caminando hacia Highbury; a Hartfield, por supuesto. Sin embargo, se detenían primero en casa de la señora Bates, que estaba un poco más cerca de Randalls que la tienda de Ford; y estaban a punto de llamar cuando divisaron a Emma. De inmediato cruzaron la calle y se le acercaron; y lo agrada-

ble de la reunión del día anterior pareció dar un placer nuevo al encuentro presente. La señora Weston le contó que iba a visitar a las Bates para oír el nuevo instrumento.

«Porque mi acompañante me dice», dijo ella, «que anoche le prometí sin falta a la señorita Bates que vendría esta mañana. Yo no me había dado cuenta. No sabía que había fijado un día, pero como él dice que sí, voy ahora».

«Y mientras la señora Weston hace su visita, espero que se me permita», dijo Frank Churchill, «unirme a ustedes y esperarla en Hartfield, si es que van a casa».

La señora Weston quedó decepcionada.

«Pensé que tenía intención de venir conmigo. Les daría mucho gusto».

«¡Yo! No haría más que estorbar. Pero quizá también estorbo aquí. La señorita Woodhouse tiene cara de no quererme. Mi tía siempre me despacha cuando va de compras. Dice que la pongo nerviosa hasta morir; y la señorita Woodhouse tiene cara de que casi podría decir lo mismo. ¿Qué debo hacer?».

«No estoy aquí por ningún asunto mío», dijo Emma; «solo espero a mi amiga. Probablemente terminará pronto, y entonces iremos a casa. Pero sería mejor que fuera usted con la señora Weston a oír el instrumento».

«Bueno, si usted lo aconseja. Pero (con una sonrisa) si el coronel Campbell hubiera recurrido a un amigo descuidado, y si resultara que el instrumento tiene un sonido mediocre, ¿qué voy a decir? No seré ningún apoyo para la señora Weston. A ella le iría muy bien sola. Una verdad desagradable resultaría aceptable en sus labios, pero yo soy el ser más desdichado del mundo para una mentira cortés».

«No creo nada de eso», respondió Emma. «Estoy convencida de que usted puede ser tan poco sincero como sus vecinos cuando es necesario; pero no hay razón para suponer que el instrumento sea mediocre. Todo lo contrario, en verdad, si entendí bien la opinión de la señorita

Fairfax anoche».

«Venga conmigo, por favor», dijo la señora Weston, «si no le resulta muy desagradable. No tiene por qué entretenernos mucho. Iremos a Hartfield después. Las seguiremos a Hartfield. De verdad deseo que haga la visita conmigo. ¡Se tomará como una atención tan grande! Y yo siempre pensé que esa era su intención».

Él no pudo decir más; y con la esperanza de Hartfield como recompensa, volvió con la señora Weston a la puerta de la señora Bates. Emma los vio entrar y luego se unió a Harriet ante el interesante mostrador, tratando, con toda la fuerza de su propia mente, de convencerla de que si quería muselina lisa no servía de nada mirar la estampada; y de que una cinta azul, por muy hermosa que fuera, nunca combinaría con su muestra amarilla. Por fin todo quedó arreglado, hasta el destino del paquete.

«¿Se lo envío a casa de la señora Goddard, señorita?», preguntó la señora Ford. «Sí... no... sí, a casa de la señora Goddard. Solo que mi vestido de muestra está en Hartfield. No, mándelo a Hartfield, por favor. Pero entonces la señora Goddard querrá verlo. Y el vestido de muestra podría llevármelo a casa cualquier día. Pero la cinta la voy a necesitar enseguida, así que mejor que vaya a Hartfield; por lo menos la cinta. Podría hacer dos paquetes, señora Ford, ¿no?».

«No vale la pena, Harriet, darle a la señora Ford la molestia de dos paquetes».

«Es verdad que no».

«Ninguna molestia en absoluto, señorita», dijo la complaciente señora Ford.

«¡Ay, pero de verdad prefiero mucho más que vaya en uno solo! Entonces, por favor, mándelo todo a casa de la señora Goddard... No sé... No, creo, señorita Woodhouse, que lo mismo da que lo manden a Hartfield, y me lo llevo a casa por la noche. ¿Qué me aconseja?».

«Que no le dediques ni medio segundo más al asunto. A Hartfield, por favor, señora Ford».

«Sí, eso será lo mejor», dijo Harriet, muy satisfecha; «no me gustaría nada que lo mandaran a casa de la señora Goddard».

Unas voces se acercaron a la tienda; o, mejor dicho, una voz y dos damas: la señora Weston y la señorita Bates las encontraron en la puerta.

«Mi querida señorita Woodhouse», dijo esta última, «acabo de cruzar corriendo para pedirle el favor de que venga a sentarse con nosotras un ratito y nos dé su opinión sobre nuestro nuevo instrumento; usted y la señorita Smith. ¿Cómo está, señorita Smith? Muy bien, gracias. Y le pedí a la señora Weston que viniera conmigo, para estar segura de conseguirlo».

«Espero que la señora Bates y la señorita Fairfax estén...».

«Muy bien, se lo agradezco mucho. Mi madre está estupendamente; y Jane no se resfrió anoche. ¿Cómo está el señor Woodhouse? Me alegro tanto de oír tan buenas noticias. La señora Weston me dijo que usted estaba aquí. ¡Ah!, entonces, dije yo, tengo que cruzar corriendo, estoy segura de que la señorita Woodhouse me permitirá cruzar corriendo y rogarle que entre; mi madre se alegrará tantísimo de verla; y ahora que somos un grupo tan agradable, no podrá negarse. “Sí, hágalo, por favor”, dijo el señor Frank Churchill, “vale la pena tener la opinión de la señorita Woodhouse sobre el instrumento”. Pero, dije yo, estaré más segura de conseguirlo si uno de ustedes viene conmigo. “Ah”, dijo él, “espere medio minuto, hasta que termine mi tarea”. Porque, ¿lo creería usted, señorita Woodhouse?, ahí está él, de la manera más atenta del mundo, poniéndole el remache a las gafas de mi madre. El remache se salió, sabe, esta mañana. ¡Tan atento! Porque mi madre no podía usar sus gafas, no podía ponérselas. Y, a propósito, todo el mundo debería tener dos pares de gafas; de verdad que sí. Jane lo dijo. Yo pensaba llevárselas a John Saunders a primera hora, pero una cosa u otra me lo impidió toda la mañana; primero una cosa, luego otra, no hay manera de decir qué, sabe. En un momento vino Patty a decir que le parecía que había que deshollinar la chimenea de la cocina. Ay, dije

yo, Patty, no vengas a mí con tus malas noticias. Aquí se le ha salido el remache a las gafas de tu señora. Luego llegaron las manzanas asadas, la señora Wallis las mandó con su muchacho; son sumamente corteses y atentos con nosotras, los Wallis, siempre... He oído decir a algunas personas que la señora Wallis puede ser descortés y dar una respuesta muy grosera, pero nosotras nunca hemos conocido de ellos más que las mayores atenciones. Y no puede ser por el valor de lo que les compramos ahora, porque ¿cuánto pan consumimos, sabe? Solo somos tres. Además de la querida Jane, por ahora, y ella de verdad no come nada; toma un desayuno tan pobre que se asustaría usted si lo viera. No me atrevo a dejar que mi madre sepa lo poco que come; así que digo una cosa y luego otra, y pasa. Pero hacia el mediodía le da hambre, y no hay nada que le guste tanto como estas manzanas asadas, y son sumamente sanas, porque el otro día aproveché la ocasión de preguntárselo al señor Perry; me lo encontré por casualidad en la calle. No es que tuviera antes ninguna duda; he oído tantas veces al señor Woodhouse recomendar una manzana asada. Creo que es la única manera en que el señor Woodhouse considera la fruta del todo sana. Sin embargo, comemos muy a menudo empanadillas de manzana. Patty hace unas empanadillas de manzana excelentes. Bueno, señora Weston, usted lo ha conseguido, espero, y estas damas nos harán el favor».

Emma estaría «encantada de presentar sus respetos a la señora Bates, etcétera», y por fin salieron de la tienda, sin más demora por parte de la señorita Bates que esta:

«¿Cómo está, señora Ford? Le ruego me perdone. No la había visto antes. Me han dicho que tiene una colección preciosa de cintas nuevas de Londres. Jane volvió encantada ayer. Gracias, los guantes van muy bien; solo un poco anchos en la muñeca; pero Jane los está estrechando».

«¿De qué estaba hablando?», dijo ella, empezando de nuevo cuando estuvieron todas en la calle.

Emma se preguntó en qué, de toda aquella mezcolanza, se fijaría.

«Le aseguro que no puedo acordarme de qué estaba hablando. ¡Ah, las gafas de mi madre! ¡Qué atento el señor Frank Churchill! "¡Oh!", dijo él, "de verdad creo que puedo poner el remache; me gustan muchísimo las tareas de este tipo". Lo cual, sabe, demostró que era tan... De verdad tengo que decir que, por mucho que hubiera oído hablar de él antes y por mucho que esperara, supera con mucho cualquier cosa... La felicito, señora Weston, de todo corazón. Parece todo lo que el padre más cariñoso podría... "¡Oh!", dijo él, "puedo poner el remache. Me gustan muchísimo las tareas de esa clase". Nunca olvidaré su manera. Y cuando saqué del armario las manzanas asadas, y dije que esperaba que nuestros amigos fueran tan amables de tomar algunas, "¡Oh!", dijo él enseguida, "no hay fruta que sea ni la mitad de buena, y estas son las manzanas asadas en casa de mejor aspecto que he visto en mi vida". Eso, sabe, fue tan... Y estoy segura, por su manera, de que no era un cumplido. De verdad son unas manzanas deliciosas, y la señora Wallis les hace plena justicia; solo que no las hacemos asar más de dos veces, y el señor Woodhouse nos hizo prometer que las haríamos asar tres veces; pero la señorita Woodhouse será tan amable de no mencionarlo. Las manzanas en sí son de la mejor clase para asar, sin duda alguna; todas de Donwell; de la generosísima provisión del señor Knightley. Nos manda un saco todos los años; y desde luego nunca hubo en ninguna parte una manzana que se conservara tan bien como las de uno de sus árboles; creo que son dos. Mi madre dice que el huerto ya era famoso cuando ella era joven. Pero el otro día me quedé de verdad muy afligida, porque el señor Knightley vino una mañana, y Jane estaba comiendo estas manzanas, y hablamos de ellas y dijimos cuánto le gustaban, y él preguntó si no se nos habían acabado ya las que teníamos. "Estoy seguro de que sí", dijo él, "y les mandaré otra provisión; porque tengo muchas más de las que podría usar nunca. William Larkins me dejó guardar este año una cantidad mayor que de costumbre. Les mandaré algunas más, antes de que se echen a perder". Así que le rogué que no lo hiciera, porque en verdad, en cuanto a que

se nos hubieran acabado, no podía decir exactamente que nos quedaran muchas; no eran más que media docena, de verdad; pero todas debían guardarse para Jane; y no podía de ningún modo soportar que nos mandara más, tan generoso como había sido ya; y Jane dijo lo mismo. Y cuando él se fue, ella casi se peleó conmigo... No, no debería decir que se peleó, porque nunca en la vida hemos tenido una pelea; pero estaba muy afligida porque yo había reconocido que las manzanas estaban casi acabadas; habría querido que yo le hiciera creer que nos quedaban muchas. Ay, dije yo, querida mía, dije todo lo que pude. Sin embargo, esa misma tarde vino William Larkins con una canasta grande de manzanas, la misma clase de manzanas, un almud por lo menos, y yo quedé muy agradecida, y bajé y hablé con William Larkins y le dije de todo, como usted puede suponer. ¡William Larkins es un conocido tan antiguo! Siempre me alegra verlo. Pero, sin embargo, después supe por Patty que William dijo que eran todas las manzanas de *esa* clase que tenía su amo; las había traído todas; y ahora a su amo no le quedaba ni una para asar o cocer. A William no pareció importarle, tan contento estaba de pensar que su amo había vendido tantas; porque William, sabe, piensa en el provecho de su amo más que en ninguna otra cosa; pero la señora Hodges, dijo él, estaba muy disgustada porque se las hubieran mandado todas. No podía soportar que su amo no pudiera comer otra tarta de manzana esta primavera. Él se lo contó a Patty, pero le dijo que no hiciera caso y que no se le ocurriera decirnos nada, porque la señora Hodges *tenía* que enojarse a veces, y mientras se vendieran tantos sacos, no importaba quién se comiera el resto. ¡Y así me lo contó Patty, y de verdad me quedé afligidísima! ¡Por nada del mundo querría que el señor Knightley supiera nada de esto! Él sería tan... Yo quería que Jane no se enterara; pero, por desgracia, se lo había mencionado sin darme cuenta».

La señorita Bates acababa de terminar cuando Patty abrió la puerta; y sus visitas subieron la escalera sin tener ninguna narración ordenada a la que atender, perseguidas solo por los sonidos de su buena vo-

luntad deshilvanada.

«Tenga cuidado, por favor, señora Weston, hay un escalón en la vuelta. Tenga cuidado, por favor, señorita Woodhouse, nuestra escalera es bastante oscura; bastante más oscura y estrecha de lo que uno quisiera. Señorita Smith, tenga cuidado, por favor. Señorita Woodhouse, estoy muy preocupada, estoy segura de que se golpeó el pie. Señorita Smith, el escalón de la vuelta».

Volumen II. Capítulo X

El aspecto del pequeño cuarto de estar, cuando entraron, era la tranquilidad misma: la señora Bates, privada de su ocupación habitual, dormitando a un lado del fuego; Frank Churchill, en una mesa cerca de ella, muy afanosamente ocupado con sus gafas; y Jane Fairfax, de pie y de espaldas a ellos, absorta en su pianoforte.

Sin embargo, por ocupado que estuviera, el joven pudo mostrar un semblante muy feliz al ver de nuevo a Emma.

«Esto es un placer», dijo él, en voz bastante baja, «que llega por lo menos diez minutos antes de lo que yo había calculado. Me encuentra tratando de ser útil; dígame si cree que lo conseguiré».

«¡Cómo!», dijo la señora Weston, «¿todavía no ha terminado? A este paso no se ganaría muy bien la vida como platero de oficio».

«No he estado trabajando sin interrupción», respondió él; «he estado ayudando a la señorita Fairfax a tratar de que su instrumento se asiente bien; no estaba del todo firme; un desnivel del piso, creo. Ya ve que hemos estado calzando una pata con papel. Ha sido muy amable de su parte dejarse convencer para venir. Casi temía que se fuera de prisa a casa».

Se las arregló para que ella se sentara a su lado; y estuvo bastante ocupado buscándole la mejor manzana asada y tratando de que lo ayudara o lo aconsejara en su trabajo, hasta que Jane Fairfax estuvo del todo dispuesta a sentarse otra vez al pianoforte. Que no estuviera dispuesta de inmediato, Emma sí sospechaba que se debía al estado de sus nervios; aún no tenía el instrumento desde hacía bastante tiempo como para tocarlo sin emoción; tenía que razonar consigo misma hasta sentirse capaz de tocar; y Emma no podía sino compadecer esos sentimientos, cualquiera que fuese su origen, y no podía sino resolver no volver a exponerlos nunca ante su vecino.

Por fin Jane empezó, y aunque los primeros compases salieron débiles, poco a poco se fue haciendo plena justicia a las facultades del instrumento. La señora Weston había quedado encantada antes, y volvió a quedar encantada; Emma se unió a ella en todos sus elogios; y el pianoforte, con todo el debido discernimiento, fue declarado en todo sentido de lo más prometedor.

«A quienquiera que haya recurrido el coronel Campbell», dijo Frank Churchill, con una sonrisa dirigida a Emma, «esa persona no ha elegido mal. Oí hablar mucho del gusto del coronel Campbell en Weymouth; y la suavidad de las notas altas estoy seguro de que es exactamente lo que él y *todo ese grupo* apreciarían de modo particular. Me atrevo a decir, señorita Fairfax, que o le dio a su amigo instrucciones muy minuciosas, o le escribió él mismo a Broadwood. ¿No le parece?».

Jane no se dio vuelta. No estaba obligada a oír. La señora Weston le había estado hablando en ese mismo momento.

«No es justo», dijo Emma en un susurro; «lo mío fue una conjetura al azar. No la aflija».

Él negó con la cabeza sonriendo, y parecía tener muy poca duda y muy poca piedad. Poco después empezó otra vez:

«Cuánto deben de estar disfrutando sus amigos de Irlanda de su alegría en esta ocasión, señorita Fairfax. Me atrevo a decir que piensan a menudo en usted y se preguntan cuál será el día, el día exacto en que el instrumento llegue a sus manos. ¿Se imagina usted que el coronel Campbell sabe que el asunto está en marcha justo en este momento? ¿Se imagina que es consecuencia de un encargo inmediato de su parte, o que puede haber mandado solo una indicación general, una orden sin fecha precisa, que dependiera de las circunstancias y las conveniencias?».

Hizo una pausa. Ella no podía dejar de oír; no podía evitar responder.

«Hasta que no reciba una carta del coronel Campbell», dijo ella, con una voz de calma forzada, «no puedo imaginar nada con seguri-

dad. Todo tiene que ser conjetura».

«Conjetura; sí, a veces uno conjetura bien, y a veces conjetura mal. Ojalá pudiera conjeturar cuándo dejaré este remache del todo firme. Qué tonterías dice uno, señorita Woodhouse, cuando está muy concentrado trabajando, si es que dice algo; los verdaderos artesanos, supongo, se callan; pero nosotros, los caballeros trabajadores, si atrapamos una palabra... La señorita Fairfax dijo algo de conjeturar. Listo, ya está. Tengo el placer, señora (a la señora Bates), de devolverle sus gafas, curadas por ahora».

Tanto la madre como la hija le dieron las gracias con mucho calor; para escapar un poco de esta última, se fue al pianoforte y le rogó a la señorita Fairfax, que seguía sentada ante él, que tocara algo más.

«Si es usted muy amable», dijo él, «será uno de los valses que bailamos anoche; déjeme volver a vivirlos. Usted no los disfrutó como yo; pareció cansada todo el tiempo. Creo que se alegró de que no bailáramos más; pero yo habría dado mundos, todos los mundos que uno tiene para dar, por otra media hora».

Ella tocó.

«¡Qué felicidad es volver a oír una melodía que *lo ha* hecho a uno feliz! Si no me equivoco, esa se bailó en Weymouth».

Ella lo miró un momento, se sonrojó intensamente y tocó otra cosa. Él tomó unas partituras de una silla cerca del pianoforte y, volviéndose hacia Emma, dijo:

«Aquí hay algo completamente nuevo para mí. ¿Lo conoce? Cramer. Y aquí hay una nueva colección de melodías irlandesas. Eso, viniendo de donde viene, era de esperar. Todo esto se mandó con el instrumento. Muy considerado de parte del coronel Campbell, ¿no? Sabía que la señorita Fairfax no podía tener partituras aquí. Honro particularmente esa parte de la atención; muestra que ha salido de veras del corazón. Nada hecho a la ligera; nada incompleto. Solo un afecto verdadero podía haberlo inspirado».

Emma deseaba que fuera menos intencionado, pero no podía dejar

de divertirse; y cuando, al echar una mirada hacia Jane Fairfax, sorprendió los restos de una sonrisa, cuando vio que con todo el intenso rubor de la conciencia había habido una sonrisa de secreto deleite, tuvo menos escrúpulo en divertirse, y mucho menos remordimiento respecto de ella. Esta amable, recta y perfecta Jane Fairfax al parecer abrigaba sentimientos muy reprensibles.

Él le llevó todas las partituras, y las revisaron juntos. Emma aprovechó la ocasión para susurrar:

«Habla usted demasiado claro. Ella tiene que entenderlo».

«Espero que sí. Quiero que me entienda. No me avergüenzo en lo más mínimo de lo que quiero decir».

«Pero, de verdad, yo estoy medio avergonzada, y ojalá nunca se me hubiera ocurrido la idea».

«Yo me alegro mucho de que se le ocurriera, y de que me la comunicara. Ahora tengo la clave de todas sus miradas y maneras extrañas. Deje la vergüenza para ella. Si obra mal, debe sentirlo».

«No está del todo libre de ella, creo».

«No veo mucha señal de eso. Está tocando *Robin Adair* en este momento: la favorita de *él*».

Poco después la señorita Bates, al pasar cerca de la ventana, divisó al señor Knightley a caballo no muy lejos.

«¡El señor Knightley, vaya! Tengo que hablarle si es posible, solo para darle las gracias. No voy a abrir la ventana aquí; les daría frío a todos; pero puedo ir al cuarto de mi madre, saben. Me atrevo a decir que entrará cuando sepa quién está aquí. ¡Qué delicioso que se reúnan todos así! ¡Nuestro cuartito tan honrado!».

Ya estaba en el cuarto contiguo mientras todavía hablaba, y abriendo allí la ventana llamó de inmediato la atención del señor Knightley, y cada sílaba de su conversación fue oída por los demás tan claramente como si hubiera ocurrido en la misma habitación.

«¿Cómo está? ¿Cómo está? Muy bien, gracias. Tan agradecida por el coche anoche. Llegamos justo a tiempo; mi madre estaba justo espe-

rándonos. Pase, por favor; pase, se lo ruego. Encontrará aquí a algunos amigos».

Así empezó la señorita Bates; y el señor Knightley parecía decidido a hacerse oír a su vez, porque dijo con la mayor resolución y en tono de mando:

«¿Cómo está su sobrina, señorita Bates? Quiero preguntar por todas ustedes, pero sobre todo por su sobrina. ¿Cómo está la señorita Fairfax? Espero que no se haya resfriado anoche. ¿Cómo está hoy? Dígame cómo está la señorita Fairfax».

Y la señorita Bates se vio obligada a darle una respuesta directa antes de que él quisiera oírla en ninguna otra cosa. Los que escuchaban se divirtieron; y la señora Weston le dirigió a Emma una mirada de significado muy particular. Pero Emma siguió negando con la cabeza con firme escepticismo.

«¡Tan agradecida! Tan agradecidísima por el coche», prosiguió la señorita Bates.

Él la interrumpió con esto:

«Voy a Kingston. ¿Puedo hacer algo por usted?».

«¡Ay, Dios, Kingston! ¿De veras? La señora Cole decía el otro día que necesitaba algo de Kingston».

«La señora Cole tiene criados a quienes mandar. ¿Puedo hacer algo por *usted*?».

«No, gracias. Pero pase, se lo ruego. ¿Quién cree que está aquí? La señorita Woodhouse y la señorita Smith; tan amables de venir a oír el nuevo pianoforte. Deje su caballo en la Corona, por favor, y entre».

«Bueno», dijo él, como quien delibera, «cinco minutos, quizá».

«¡Y aquí también están la señora Weston y el señor Frank Churchill! ¡Qué delicia; tantos amigos!».

«No, ahora no, gracias. No podría quedarme ni dos minutos. Tengo que seguir a Kingston lo más rápido que pueda».

«¡Ay, entre, por favor! Se alegrarán tantísimo de verlo».

«No, no; su cuarto ya está bastante lleno. Vendré otro día a oír el

pianoforte».

«¡Bueno, lo siento tanto! ¡Ay, señor Knightley, qué velada tan deliciosa la de anoche; qué agradable a más no poder! ¿Ha visto alguna vez bailar así? ¿No fue delicioso? La señorita Woodhouse y el señor Frank Churchill; nunca vi nada igual».

«¡Oh, delicioso de verdad! No puedo decir menos, porque supongo que la señorita Woodhouse y el señor Frank Churchill están oyendo todo lo que se dice. Y (alzando todavía más la voz) no veo por qué no habría de mencionarse también a la señorita Fairfax. Creo que la señorita Fairfax baila muy bien; y la señora Weston es, sin excepción, la mejor intérprete de contradanzas de Inglaterra. Ahora, si sus amigos tienen algo de gratitud, dirán a cambio algo bastante alto sobre usted y sobre mí; pero no puedo quedarme a oírlo».

«¡Ay, señor Knightley, un momento más; algo de importancia! ¡Tan afligidas! ¡Jane y yo estamos tan afligidas por las manzanas!».

«¿Qué pasa ahora?».

«Pensar que nos mandó toda su provisión de manzanas. Dijo que tenía muchísimas, y ahora no le queda ni una. ¡De verdad estamos tan afligidas! Bien puede enojarse la señora Hodges. William Larkins lo mencionó aquí. No debió hacerlo, de verdad que no. ¡Ah, se fue! Nunca soporta que le den las gracias. Pero pensé que esta vez se habría quedado, y habría sido una lástima no mencionar... Bueno (volviendo al cuarto), no he podido conseguirlo. El señor Knightley no puede detenerse. Va a Kingston. Me preguntó si podía hacer algo...».

«Sí», dijo Jane, «oímos sus amables ofrecimientos, lo oímos todo».

«¡Ah, sí, querida mía! Me atrevo a decir que sí, porque, sabes, la puerta estaba abierta, y la ventana estaba abierta, y el señor Knightley habló fuerte. Seguro que lo oíste todo. “¿Puedo hacer algo por usted en Kingston?”, dijo él; así que yo solo mencioné... ¡Ay, señorita Woodhouse! ¿Ya tiene que irse? Parece que acaba de llegar; tan amable de su parte».

A Emma le pareció que de verdad era hora de estar en casa; la visi-

ta ya había durado mucho; y al consultar los relojes se vio que había pasado tanto de la mañana que la señora Weston y su acompañante, que también se despedían, solo pudieron permitirse acompañar a las dos señoritas hasta la reja de Hartfield, antes de ponerse en camino a Randalls.

Volumen II. Capítulo XI

Quizá sea posible prescindir del baile por completo. Se conocen casos de jóvenes que han pasado muchos, muchísimos meses seguidos sin asistir a ningún baile de ninguna clase, sin que les resultara ningún daño material ni al cuerpo ni al espíritu; pero cuando se hace un comienzo, cuando se han sentido una vez, aunque sea levemente, las delicias del movimiento rápido, tiene que ser un grupo muy pesado el que no pida más.

Frank Churchill había bailado una vez en Highbury, y anhelaba volver a bailar; y la última media hora de una velada que el señor Woodhouse se dejó convencer de pasar con su hija en Randalls la pasaron los dos jóvenes haciendo planes sobre el asunto. La primera idea fue de Frank, y suyo el mayor celo en llevarla adelante; pues la dama era mejor juez de las dificultades, y la más preocupada por la comodidad y las apariencias. Pero aun así tenía bastantes ganas de mostrarle otra vez a la gente lo deliciosamente que bailaban el señor Frank Churchill y la señorita Woodhouse, de hacer aquello en que no tenía por qué avergonzarse de compararse con Jane Fairfax, e incluso de bailar sin más, sin ninguna de las perversas ayudas de la vanidad, como para ayudarlo primero a medir a pasos la sala en que estaban para ver cuántos podía contener, y luego a tomar las dimensiones del otro saloncito, con la esperanza de descubrir, a pesar de todo lo que el señor Weston pudiera decir sobre que eran exactamente del mismo tamaño, que era un poco más grande.

Su primera propuesta y petición, que el baile empezado en casa del señor Cole se terminara allí, que se reuniera el mismo grupo y se contratara al mismo músico, fue acogida con la más pronta aquiescencia. El señor Weston entró en la idea con verdadero entusiasmo, y la señora Weston se ofreció de muy buena gana a tocar todo el tiempo que

quisieran bailar; y siguió la interesante tarea de calcular exactamente quiénes estarían, y de repartir a cada pareja la indispensable porción de espacio.

«Usted y la señorita Smith, y la señorita Fairfax, serán tres, y las dos señoritas Cox, cinco», se había repetido muchas veces. «Y estarán los dos Gilbert, el joven Cox, mi padre y yo, además del señor Knightley. Sí, eso bastará de sobra para divertirse. Usted y la señorita Smith, y la señorita Fairfax, serán tres, y las dos señoritas Cox, cinco; y para cinco parejas habrá espacio de sobra».

Pero pronto se dijo por un lado:

«Pero ¿habrá espacio suficiente para cinco parejas? De verdad no creo que lo haya».

Y por otro:

«Y, después de todo, cinco parejas no bastan para que valga la pena ponerse a bailar. Cinco parejas no son nada, cuando uno lo piensa en serio. No puede ser *invitar* a cinco parejas. Solo puede admitirse como ocurrencia del momento».

Alguien dijo que se esperaba a la *señorita* Gilbert en casa de su hermano, y que había que invitarla con los demás. Otro creía que la *señora* Gilbert habría bailado la otra noche si se lo hubieran pedido. Se puso una palabra a favor de un segundo joven Cox; y finalmente, cuando el señor Weston nombró a una familia de primos que había que incluir, y a otra de conocidos muy antiguos a quienes no se podía dejar fuera, se volvió seguro que las cinco parejas serían por lo menos diez, y muy interesante la especulación sobre de qué manera se las podría acomodar.

Las puertas de las dos salas estaban justo una frente a otra. «¿No podrían usar las dos salas y bailar atravesando el pasillo?». Parecía el mejor plan; y sin embargo no era tan bueno que muchos no quisieran uno mejor. Emma dijo que sería incómodo; la señora Weston estaba afligida por la cena; y el señor Woodhouse se opuso con vehemencia, por razones de salud. De hecho, lo hizo tan desdichado que no se pudo

insistir.

«¡Oh, no!», dijo él; «sería el colmo de la imprudencia. ¡No podría soportarlo por Emma! Emma no es fuerte. Se resfriaría de una manera espantosa. Y lo mismo la pobre Harriet. Y lo mismo todos ustedes. Señora Weston, usted acabaría en cama; no deje que hablen de una cosa tan descabellada. Por favor, no deje que hablen de ello. Ese joven (hablando más bajo) es muy irreflexivo. No se lo diga a su padre, pero ese joven no es del todo como debe ser. Ha estado abriendo las puertas muy a menudo esta noche, y dejándolas abiertas muy desconsideradamente. No piensa en la corriente de aire. No pretendo ponerla en contra de él, ¡pero de verdad no es del todo como debe ser!».

A la señora Weston le apenó semejante acusación. Sabía la importancia que tenía, y dijo todo lo que pudo para disiparla. Ahora todas las puertas estaban cerradas, se abandonó el plan del pasillo y se volvió al primer proyecto de bailar solo en la sala en que estaban; y con tan buena voluntad por parte de Frank Churchill que el espacio que un cuarto de hora antes se había considerado apenas suficiente para cinco parejas ahora se intentaba demostrar que bastaba de sobra para diez.

«Fuimos demasiado espléndidos», dijo él. «Calculamos un espacio innecesario. Aquí pueden ponerse muy bien diez parejas».

Emma objetó. «Sería una aglomeración, una triste aglomeración; ¿y qué podría ser peor que bailar sin espacio para dar la vuelta?».

«Muy cierto», respondió él con gravedad; «sería muy malo». Pero siguió midiendo, y siguió terminando con esto:

«Creo que habrá un espacio muy aceptable para diez parejas».

«No, no», dijo ella, «es usted muy poco razonable. ¡Sería espantoso estar tan apretados! ¡Nada puede estar más lejos del placer que bailar en una aglomeración, y una aglomeración en una sala pequeña!».

«No se puede negar», respondió él. «Estoy exactamente de acuerdo con usted. Una aglomeración en una sala pequeña... Señorita Woodhouse, usted tiene el arte de pintar cuadros en pocas palabras.

¡Exquisito, verdaderamente exquisito! Sin embargo, después de haber llegado tan lejos, uno no quiere abandonar el asunto. Sería una desilusión para mi padre, y en conjunto... no sé... más bien soy de la opinión de que aquí pueden ponerse muy bien diez parejas».

Emma notó que su galantería era de naturaleza un poco obstinada, y que él prefería contradecirla antes que perder el placer de bailar con ella; pero aceptó el cumplido y perdonó lo demás. Si alguna vez se hubiera propuesto *casarse* con él, habría valido la pena detenerse a pensarlo, y tratar de entender el valor de su preferencia y la índole de su carácter; pero para todos los fines de su trato, él era lo bastante amable.

Antes del mediodía siguiente ya estaba en Hartfield; y entró en la sala con una sonrisa tan agradable que confirmaba que el plan seguía en pie. Pronto se vio que venía a anunciar una mejora.

«Bueno, señorita Woodhouse», empezó casi de inmediato, «espero que su inclinación al baile no se haya espantado del todo por los terrores de las salitas de mi padre. Traigo una nueva propuesta sobre el asunto: una idea de mi padre, que solo espera su aprobación para llevarse a cabo. ¿Puedo esperar el honor de su mano para los dos primeros bailes de este pequeño baile proyectado, que se dará no en Randalls, sino en la posada de la Corona?».

«¡La Corona!».

«Sí; si usted y el señor Woodhouse no ven ninguna objeción, y confío en que no puedan verla, mi padre espera que sus amigos tengan la amabilidad de visitarlo allí. Puede prometerles mejores comodidades, y una bienvenida no menos agradecida que en Randalls. Es idea suya. La señora Weston no le ve ninguna objeción, con tal de que usted esté satisfecha. Esto es lo que todos sentimos. ¡Oh, usted tenía toda la razón! ¡Diez parejas, en cualquiera de las salas de Randalls, habrían sido insoportables! ¡Espantoso! Todo el tiempo sentí cuánta razón tenía usted, pero estaba demasiado ansioso por asegurar *cualquier cosa* como para querer ceder. ¿No es un buen cambio? ¿Consiente usted? Espero

que consienta».

«Me parece un plan al que nadie puede poner objeciones, si el señor y la señora Weston no las ponen. Creo que es admirable; y, en lo que puedo responder por mí, estaré encantadísima... Parece la única mejora posible. Papá, ¿no te parece una mejora excelente?».

Se vio obligada a repetirlo y explicarlo antes de que él lo comprendiera del todo; y luego, como era completamente nuevo, hicieron falta más razones para que lo aceptara.

«No; a él le parecía que distaba mucho de ser una mejora; un plan muy malo; mucho peor que el otro. Una sala en una posada siempre era húmeda y peligrosa; nunca estaba bien ventilada ni en condiciones de ser habitada. Si tenían que bailar, mejor que bailaran en Randalls. Él no había estado en su vida en la sala de la Corona; no conocía ni de vista a la gente que la llevaba. ¡Oh, no!, un plan muy malo. En la Corona se resfriarían peor que en ninguna otra parte».

«Iba a observar, señor», dijo Frank Churchill, «que una de las grandes ventajas de este cambio sería el poquísimo peligro de que nadie se resfriara; ¡tanto menos peligro en la Corona que en Randalls! El señor Perry podría tener motivos para lamentar el cambio, pero nadie más».

«Señor», dijo el señor Woodhouse, con bastante calor, «se equivoca usted mucho si supone que el señor Perry es esa clase de persona. Al señor Perry le preocupa muchísimo cuando cualquiera de nosotros está enfermo. Pero no entiendo cómo la sala de la Corona puede ser más segura para ustedes que la casa de su padre».

«Por la circunstancia misma de ser más grande, señor. No tendremos necesidad de abrir las ventanas en absoluto; ni una vez en toda la noche; y es esa espantosa costumbre de abrir las ventanas, dejando entrar aire frío sobre cuerpos acalorados, la que (como usted bien sabe, señor) hace el daño».

«¡Abrir las ventanas! Pero sin duda, señor Churchill, a nadie se le ocurriría abrir las ventanas en Randalls. ¡Nadie podría ser tan imprudente! Nunca he oído de semejante cosa. ¡Bailar con las ventanas

abiertas! Estoy seguro de que ni su padre ni la señora Weston (la pobre señorita Taylor que era) lo consentirían».

«¡Ah, señor!, pero un joven irreflexivo a veces se mete detrás de la cortina de una ventana y sube el bastidor sin que nadie lo sospeche. Yo mismo lo he visto hacer a menudo».

«¿De veras, señor? ¡Válgame Dios! Nunca lo habría supuesto. Pero yo vivo fuera del mundo, y a menudo me asombra lo que oigo. Sin embargo, esto sí cambia las cosas; y quizá, cuando lleguemos a hablarlo... pero esta clase de cosas requieren mucha consideración. Uno no puede decidirlas de prisa. Si el señor y la señora Weston tienen la amabilidad de venir aquí una mañana, podremos hablarlo y ver qué se puede hacer».

«Pero, por desgracia, señor, mi tiempo es tan limitado...».

«¡Oh!», interrumpió Emma, «habrá tiempo de sobra para hablarlo todo. No hay ninguna prisa. Si se puede arreglar que sea en la Corona, papá, será muy cómodo para los caballos. Estarán tan cerca de su propio establo».

«Así es, querida. Eso es algo muy importante. No es que James se queje nunca; pero es justo ahorrarles esfuerzo a nuestros caballos cuando podemos. Si pudiera estar seguro de que las salas estuvieran bien ventiladas... pero ¿se puede confiar en la señora Stokes? Lo dudo. No la conozco, ni siquiera de vista».

«Puedo responder de todo lo de esa naturaleza, señor, porque estará al cuidado de la señora Weston. La señora Weston se encarga de dirigirlo todo».

«¡Ahí tienes, papá! Ahora tienes que quedarte satisfecho. Nuestra querida señora Weston, que es el cuidado en persona. ¿No te acuerdas de lo que dijo el señor Perry, hace tantos años, cuando tuve el sarampión? “Si la *señorita Taylor* se encarga de abrigar a la señorita Emma, no tiene por qué temer nada, señor”. ¡Cuántas veces te he oído hablar de eso como de un gran cumplido para ella!».

«Sí, muy cierto. El señor Perry dijo eso. Nunca lo olvidaré. ¡Pobre

Emmita! Lo pasaste muy mal con el sarampión; es decir, lo habrías pasado muy mal de no ser por los grandes cuidados de Perry. Vino cuatro veces al día durante una semana. Dijo desde el principio que era de una clase muy benigna, lo cual fue nuestro gran consuelo; pero el sarampión es una enfermedad espantosa. Espero que, cuando los pequeños de la pobre Isabella tengan el sarampión, ella mande llamar a Perry».

«Mi padre y la señora Weston están en la Corona en este momento», dijo Frank Churchill, «examinando lo que da de sí la casa. Los dejé allí y seguí hasta Hartfield, impaciente por conocer su opinión, y con la esperanza de que se dejara convencer de reunirse con ellos y dar su consejo en el lugar mismo. Ambos me encargaron decírselo. Sería el mayor placer para ellos si me permitiera acompañarla allí. No pueden hacer nada a su satisfacción sin usted».

Emma estuvo encantadísima de ser llamada a semejante consejo; y como su padre se comprometió a pensarlo todo mientras ella estaba fuera, los dos jóvenes partieron juntos sin demora hacia la Corona. Allí estaban el señor y la señora Weston, encantados de verla y de recibir su aprobación, muy ocupados y muy felices cada uno a su manera: ella, un poco afligida; y él, encontrándolo todo perfecto.

«Emma», dijo ella, «este papel está peor de lo que esperaba. ¡Mira! En algunas partes, ya ves, está espantosamente sucio; y el revestimiento de madera está más amarillo y más desolado de lo que habría podido imaginar».

«Querida, eres demasiado exigente», dijo su marido. «¿Qué importa todo eso? No verás nada a la luz de las velas. A la luz de las velas estará tan limpio como Randalls. Nosotros nunca vemos nada de eso en nuestras noches de club».

Las damas probablemente intercambiaron aquí miradas que querían decir: «Los hombres nunca saben si las cosas están sucias o no»; y los caballeros quizá pensaron cada uno para sí: «Las mujeres siempre tienen que tener sus pequeñas tonterías y sus cuidados innecesarios».

Sin embargo, surgió una dificultad que los caballeros no desdeñaron. Se refería a una sala para la cena. Cuando se construyó el salón de baile, no se había pensado en cenas; y la única añadidura era una pequeña sala de juego contigua. ¿Qué se podía hacer? Esa sala de juego se necesitaría ahora como sala de juego; o, si los cuatro decidían oportunamente que las cartas eran innecesarias, ¿no era de todos modos demasiado pequeña para una cena cómoda? Se podía conseguir para ese fin otra sala de tamaño mucho mejor; pero estaba en el otro extremo de la casa, y había que recorrer un pasillo largo e incómodo para llegar a ella. Esto creaba una dificultad. La señora Weston temía las corrientes de aire de ese pasillo para los jóvenes; y ni Emma ni los caballeros podían tolerar la perspectiva de estar miserablemente apretados en la cena.

La señora Weston propuso que no hubiera una cena propiamente dicha; solo sándwiches, etcétera, servidos en la salita; pero la idea fue rechazada como una sugerencia lamentable. Un baile privado sin sentarse a cenar fue declarado un fraude infame contra los derechos de hombres y mujeres; y la señora Weston no debía volver a hablar de ello. Entonces tomó otro camino de conveniencia y, asomándose a la sala dudosa, observó:

«No creo que *sea* tan pequeña. No vamos a ser muchos, ya saben».

Y al mismo tiempo el señor Weston, recorriendo el pasillo con paso enérgico y largas zancadas, exclamaba:

«Hablas mucho del largo de este pasillo, querida. Al fin y al cabo no es nada; y no hay la menor corriente de aire desde la escalera».

«Ojalá», dijo la señora Weston, «se pudiera saber qué arreglo preferirían en general nuestros invitados. Nuestro objetivo tiene que ser hacer lo que agrade más a la mayoría; si tan solo se pudiera saber qué es».

«Sí, muy cierto», exclamó Frank, «muy cierto. Quiere la opinión de sus vecinos. No me extraña. Si se pudiera averiguar qué piensan los principales... los Cole, por ejemplo. No están lejos. ¿Voy a verlos? ¿O

a la señorita Bates? Está todavía más cerca. Y no sé si la señorita Bates no tiene tantas probabilidades como cualquiera de entender las inclinaciones del resto de la gente. Creo que sí necesitamos un consejo más amplio. ¿Qué tal si voy a invitar a la señorita Bates a unirse a nosotros?».

«Bueno, si quiere», dijo la señora Weston con cierta vacilación, «si cree que servirá de algo».

«No sacará nada útil de la señorita Bates», dijo Emma. «Será toda deleite y gratitud, pero no le dirá nada. Ni siquiera escuchará sus preguntas. No veo ninguna ventaja en consultar a la señorita Bates».

«¡Pero es tan divertida, tan sumamente divertida! Me encanta oír hablar a la señorita Bates. Y no necesito traer a toda la familia, ya sabe».

Aquí el señor Weston se unió a ellos y, al oír lo que se proponía, le dio su decidida aprobación.

«Sí, hazlo, Frank. Ve a buscar a la señorita Bates, y terminemos el asunto de una vez. Le encantará el plan, estoy seguro; y no conozco a nadie más indicado para enseñarnos a acabar con las dificultades. Trae a la señorita Bates. Nos estamos poniendo un poco demasiado exigentes. Ella es una lección permanente de cómo ser feliz. Pero tráelas a las dos. Invítalas a las dos».

«¡A las dos, señor! ¿Puede la anciana...?».

«¡La anciana! No, la joven, por supuesto. Te tendré por un gran zoquete, Frank, si traes a la tía sin la sobrina».

«¡Oh, le ruego me perdone, señor! No lo recordé de inmediato. Sin duda, si usted lo desea, trataré de convencerlas a las dos». Y se fue corriendo.

Mucho antes de que reapareciera, acompañando a la tía, bajita, pulcra y de movimientos vivos, y a su elegante sobrina, la señora Weston, como mujer de buen carácter y buena esposa, había vuelto a examinar el pasillo y había encontrado sus males mucho menores de lo que antes había supuesto; en verdad, muy insignificantes; y aquí terminaron

las dificultades de la decisión. Todo lo demás, al menos en teoría, iba perfectamente sobre ruedas. Todos los arreglos menores de mesas y sillas, luces y música, té y cena, se hicieron solos; o se dejaron como simples menudencias que la señora Weston y la señora Stokes podían arreglar en cualquier momento. Todos los invitados vendrían, sin duda; Frank ya había escrito a Enscombe proponiendo quedarse unos días más allá de sus dos semanas, cosa que no se le podía negar de ningún modo. Y sería un baile delicioso.

Con toda cordialidad, cuando llegó la señorita Bates, estuvo de acuerdo en que tenía que serlo. Como consejera no hacía falta; pero como aprobadora (un papel mucho más seguro) fue verdaderamente bienvenida. Su aprobación, a la vez general y minuciosa, cálida e incesante, no podía sino agradar; y durante otra media hora todos anduvieron de un lado a otro entre las distintas salas, unos sugiriendo, otros atendiendo, y todos disfrutando felices del porvenir. El grupo no se separó sin que el héroe de la velada asegurara de modo definitivo a Emma para los dos primeros bailes, ni sin que ella oyera al señor Weston susurrarle a su mujer: «Se lo ha pedido, querida. Así me gusta. ¡Sabía que lo haría!».

Volumen II. Capítulo XII

Solo faltaba una cosa para que la perspectiva del baile fuera del todo satisfactoria para Emma: que se fijara para un día dentro del plazo concedido a la estancia de Frank Churchill en Surrey; porque, a pesar de la confianza del señor Weston, a ella no le parecía tan imposible que los Churchill no permitieran a su sobrino quedarse un día más allá de sus dos semanas. Pero no se juzgó factible. Los preparativos debían llevar su tiempo, nada podía estar debidamente listo hasta entrada la tercera semana, y durante unos días tendrían que planear, avanzar y tener esperanzas en la incertidumbre, con el riesgo (en su opinión, el gran riesgo) de que todo fuera en vano.

Enscombe, sin embargo, se mostró benévolo, benévolo en los hechos, si no en las palabras. Su deseo de quedarse más tiempo evidentemente no agradó; pero no se le opusieron. Todo estaba seguro y en buen camino; y como al quitarse una preocupación suele dejarse sitio para otra, Emma, segura ya de su baile, empezó a adoptar como siguiente motivo de enojo la exasperante indiferencia del señor Knightley al respecto. Ya fuera porque él mismo no bailaba, o porque el plan se había formado sin consultarlo, parecía resuelto a que no le interesara, decidido a que no le despertara ninguna curiosidad presente ni le procurara ninguna diversión futura. A lo que Emma le contaba por propia iniciativa no pudo obtener una respuesta más aprobadora que esta:

«Muy bien. Si los Weston creen que vale la pena tomarse todas estas molestias por unas horas de diversión ruidosa, no tengo nada que decir en contra, salvo que no serán ellos quienes elijan mis placeres. ¡Oh, sí!, tengo que ir; no podría negarme; y me mantendré despierto todo lo que pueda; pero preferiría estar en casa revisando las cuentas de la semana de William Larkins; lo preferiría mucho, lo confieso. ¡Pla-

cer en ver bailar! Yo no, de verdad; nunca lo miro; no sé quién lo hace. El buen baile, creo, como la virtud, debe ser su propia recompensa. Los que están mirando suelen estar pensando en algo muy distinto».

Emma sintió que esto iba dirigido a ella; y la enojó mucho. Sin embargo, no era por deferencia a Jane Fairfax que él se mostraba tan indiferente o tan indignado; no se guiaba por los sentimientos de *ella* al reprobar el baile, porque *ella* disfrutaba de la idea en un grado extraordinario. La animaba, la volvía expansiva; dijo por propia iniciativa:

«¡Oh, señorita Woodhouse, espero que no ocurra nada que impida el baile! ¡Qué desilusión sería! Lo espero, lo confieso, con *muchísimo* placer».

No era, por tanto, por complacer a Jane Fairfax por lo que él habría preferido la compañía de William Larkins. ¡No! Ella estaba cada vez más convencida de que la señora Weston se equivocaba por completo en esa conjetura. Había por parte de él mucho afecto amistoso y compasivo, pero no amor.

¡Ay! Pronto no hubo tiempo para pelearse con el señor Knightley. A dos días de alegre seguridad siguió de inmediato el derrumbe de todo. Llegó una carta del señor Churchill instando a su sobrino a volver inmediatamente. La señora Churchill estaba indispuesta, demasiado indispuesta para arreglárselas sin él; había estado en un estado de gran sufrimiento (así lo decía su marido) al escribirle a su sobrino dos días antes, aunque, por su habitual renuencia a causar pena y su constante costumbre de no pensar nunca en sí misma, no lo había mencionado; pero ahora estaba demasiado enferma para andarse con miramientos, y tenía que rogarle que partiera hacia Enscombe sin demora.

La sustancia de esta carta se le hizo llegar a Emma de inmediato, en una nota de la señora Weston. En cuanto a su partida, era inevitable. Tenía que irse en pocas horas, aunque sin sentir ninguna verdadera alarma por su tía que disminuyera su repugnancia. Conocía sus enfermedades; nunca se presentaban sino cuando a ella le convenía.

La señora Weston añadía «que él solo podía permitirse el tiempo de

ir de prisa a Highbury, después del desayuno, y despedirse de los pocos amigos de allí que podía suponer que sentían algún interés por él; y que muy pronto podían esperarlo en Hartfield».

Esta desdichada nota fue el final del desayuno de Emma. Una vez leída, no hubo nada que hacer sino lamentarse y exclamar. ¡La pérdida del baile, la pérdida del joven, y todo lo que el joven podía estar sintiendo! ¡Era demasiado desdichado! ¡Qué velada tan deliciosa habría sido! ¡Todos tan felices! ¡Y ella y su pareja, los más felices! «Ya dije que pasaría esto» fue el único consuelo.

Los sentimientos de su padre eran muy distintos. Pensaba principalmente en la enfermedad de la señora Churchill, y quería saber cómo la trataban; y en cuanto al baile, era terrible que la querida Emma se llevara una desilusión; pero todos estarían más seguros en casa.

Emma estuvo lista para recibir a su visitante algún tiempo antes de que apareciera; pero si esto hablaba en algo en contra de su impaciencia, su aire apesadumbrado y su total falta de ánimo cuando por fin llegó bien podían redimirlo. Sentía la partida casi demasiado para hablar de ella. Su abatimiento era de lo más evidente. Durante los primeros minutos estuvo sentado, verdaderamente absorto en sus pensamientos; y cuando salió de ellos fue solo para decir:

«De todas las cosas horribles, despedirse es la peor».

«Pero volverá», dijo Emma. «Esta no será su única visita a Randalls».

«¡Ah! (negando con la cabeza) ¡La incertidumbre de cuándo podré volver! ¡Lo intentaré con un celo...! ¡Será el objeto de todos mis pensamientos y desvelos! Y si mis tíos van a Londres esta primavera... pero me temo... la primavera pasada no se movieron... me temo que es una costumbre perdida para siempre».

«Nuestro pobre baile tendrá que abandonarse del todo».

«¡Ah, ese baile! ¿Por qué esperamos nada? ¿Por qué no aprovechar el placer en el acto? ¡Cuántas veces se destruye la felicidad con los preparativos, con tontos preparativos! Usted nos dijo que pasaría esto.

¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Por qué tiene siempre tanta razón?».

«De verdad, siento mucho tener razón en este caso. Habría preferido mucho más estar alegre que ser sensata».

«Si puedo volver, todavía tendremos nuestro baile. Mi padre cuenta con ello. No olvide su compromiso».

Emma lo miró con benevolencia.

«¡Qué dos semanas han sido!», continuó él; «¡cada día más precioso y más delicioso que el anterior! ¡Cada día dejándome menos capaz de soportar ningún otro lugar! ¡Felices los que pueden quedarse en Highbury!».

«Ya que ahora nos hace tan amplia justicia», dijo Emma, riendo, «me atreveré a preguntarle si al principio no vino un poco dudoso. ¿No superamos más bien sus expectativas? Estoy segura de que sí. Estoy segura de que no esperaba mucho que le gustáramos. No habría tardado tanto en venir si hubiera tenido una idea agradable de Highbury».

Él se rio con cierto embarazo; y aunque negó el sentimiento, Emma quedó convencida de que así había sido.

«¿Y tiene que irse esta misma mañana?».

«Sí; mi padre vendrá a buscarme aquí; volveremos juntos a pie, y tengo que irme de inmediato. Casi temo que cada momento lo traiga».

«¿Ni cinco minutos que dedicar siquiera a sus amigas la señorita Fairfax y la señorita Bates? ¡Qué mala suerte! La mente poderosa y razonadora de la señorita Bates podría haber fortalecido la suya».

«Sí, *sí* que he pasado por allí; al pasar por la puerta, pensé que era mejor. Era lo correcto. Entré por tres minutos, y me retuvo la ausencia de la señorita Bates. Había salido; y me pareció imposible no esperar hasta que volviera. Es una mujer de la que uno puede, de la que uno *tiene* que reírse; pero a la que uno no querría desairar. Era mejor hacer mi visita, entonces...».

Vaciló, se levantó, fue hasta una ventana.

«En resumen», dijo, «quizá, señorita Woodhouse... creo que usted

difícilmente puede estar del todo libre de sospechas...».

La miró como si quisiera leer sus pensamientos. Ella apenas sabía qué decir. Parecía el anuncio de algo absolutamente serio, que ella no deseaba. Obligándose a hablar, por tanto, con la esperanza de dejarlo de lado, dijo con calma:

«Tiene toda la razón; era lo más natural hacer su visita, entonces...».

Él guardó silencio. Ella creyó que la estaba mirando; probablemente reflexionando sobre lo que había dicho y tratando de entender su actitud. Lo oyó suspirar. Era natural que sintiera que tenía *motivo* para suspirar. No podía creer que ella lo alentara. Pasaron unos momentos incómodos, y él volvió a sentarse; y de un modo más decidido dijo:

«Ya era algo sentir que todo el resto de mi tiempo podía dedicarse a Hartfield. Mi aprecio por Hartfield es de lo más cálido...».

Se detuvo otra vez, se levantó otra vez, y pareció muy turbado. Estaba más enamorado de ella de lo que Emma había supuesto; ¿y quién puede decir cómo habría terminado, si su padre no hubiera aparecido? El señor Woodhouse lo siguió pronto; y la necesidad de hacer un esfuerzo lo serenó.

Unos pocos minutos más, sin embargo, completaron la prueba presente. El señor Weston, siempre diligente cuando había algo que hacer, y tan incapaz de aplazar un mal inevitable como de prever uno dudoso, dijo que «era hora de irse»; y el joven, aunque podía suspirar, y suspiró, no pudo sino estar de acuerdo y despedirse.

«Tendré noticias de todos ustedes», dijo él; «ese es mi principal consuelo. Me enteraré de todo lo que pase entre ustedes. He comprometido a la señora Weston a escribirme. Ha sido tan amable de prometérmelo. ¡Oh, la bendición de una corresponsal femenina, cuando uno de verdad se interesa por los ausentes! Ella me lo contará todo. En sus cartas estaré otra vez en el querido Highbury».

Un apretón de manos muy amistoso, un «Adiós» muy sentido cerraron el discurso, y la puerta pronto se cerró tras Frank Churchill. Breve

había sido el aviso, breve su encuentro; se había ido; y Emma sintió tanto la separación, y previó una pérdida tan grande para su pequeña sociedad con su ausencia, que empezó a temer estar sintiéndolo demasiado y que le afectara demasiado.

Era un cambio triste. Se habían visto casi todos los días desde su llegada. Ciertamente, su presencia en Randalls había dado gran animación a las dos últimas semanas, una animación indescriptible: ¡la idea, la expectativa de verlo que traía cada mañana, la seguridad de sus atenciones, su vivacidad, sus maneras! Habían sido dos semanas muy felices, y desolador tenía que ser el descenso desde ellas al curso común de los días de Hartfield. Para completar todos los demás méritos, *casi* le había dicho que la amaba. Qué fuerza o qué constancia de afecto podía tener él era otra cuestión; pero por ahora ella no podía dudar de que sentía una admiración decididamente cálida, una preferencia consciente por ella; y esta convicción, unida a todo lo demás, le hizo pensar que *debía* de estar un poco enamorada de él, a pesar de todas sus resoluciones anteriores en contra.

«Sin duda debo de estarlo», se dijo. «¡Esta sensación de desgana, de cansancio, de torpeza, esta falta de ganas de sentarme a ocuparme en algo, esta impresión de que todo en la casa es aburrido e insípido! Debo de estar enamorada; sería la criatura más rara del mundo si no lo estuviera; por unas semanas al menos. ¡Bueno! El mal de unos siempre es el bien de otros. Tendré muchos compañeros de duelo por el baile, si no por Frank Churchill; pero el señor Knightley estará contento. Ahora podrá pasar la velada con su querido William Larkins, si quiere».

El señor Knightley, sin embargo, no mostró ninguna felicidad triunfal. No podía decir que lo lamentara por sí mismo; su aire tan alegre lo habría contradicho si lo hubiera dicho; pero dijo, y con mucha firmeza, que lamentaba la desilusión de los demás, y con considerable bondad añadió:

«Usted, Emma, que tiene tan pocas ocasiones de bailar, de verdad

no ha tenido suerte; ¡no ha tenido ninguna suerte!».

Pasaron algunos días antes de que viera a Jane Fairfax, para juzgar su sincero pesar por este triste cambio; pero cuando por fin se encontraron, su compostura le resultó odiosa. Sin embargo, había estado particularmente indispuesta, sufriendo de dolores de cabeza hasta tal punto que su tía declaró que, si el baile se hubiera celebrado, no creía que Jane hubiera podido asistir; y era caridad atribuir parte de su impropia indiferencia a la languidez de la mala salud.

Volumen II. Capítulo XIII

Emma seguía sin abrigar ninguna duda de que estaba enamorada. Sus ideas solo variaban en cuanto a la medida. Al principio pensó que lo estaba bastante; y después, que muy poco. Le daba gran placer oír hablar de Frank Churchill y, por él, un placer mayor que nunca ver al señor y a la señora Weston; pensaba muy a menudo en él y esperaba con mucha impaciencia una carta, para saber cómo estaba, cómo andaba de ánimo, cómo seguía su tía y qué posibilidades había de que volviera a Randalls esa primavera. Pero, por otro lado, no podía admitir que se sintiera desdichada ni, pasada la primera mañana, menos dispuesta que de costumbre a ocuparse en algo; seguía activa y alegre; y, por agradable que él fuera, podía aun así imaginarle defectos; y además, aunque pensaba tanto en él y, mientras estaba sentada dibujando o con su labor, trazaba mil planes divertidos sobre el curso y el desenlace de su afecto, imaginaba diálogos interesantes e inventaba cartas elegantes, la conclusión de cada declaración imaginaria por parte de él era que ella *lo rechazaba*. Su cariño debía siempre calmarse hasta volverse amistad. Todo lo tierno y encantador iba a señalar su separación; pero aun así iban a separarse. Cuando se dio cuenta de esto, se le ocurrió que no podía estar muy enamorada; pues, a pesar de su decisión anterior y firme de no dejar nunca a su padre, de no casarse nunca, un afecto fuerte sin duda tenía que producir más lucha de la que ella podía prever en sus propios sentimientos.

«No me descubro usando para nada la palabra *sacrificio*», se dijo. «En ninguna de todas mis respuestas ingeniosas, de mis delicadas negativas, hay alusión alguna a hacer un sacrificio. Sospecho, en verdad, que él no es realmente necesario para mi felicidad. Tanto mejor. Desde luego no voy a convencerme de sentir más de lo que siento. Estoy bastante enamorada. Lamentaría estarlo más».

En conjunto, estaba igual de contenta con su visión de los sentimientos de él.

«*Él* está sin duda muy enamorado, todo lo indica, ¡muy enamorado de verdad!, y cuando vuelva, si su afecto continúa, debo estar en guardia para no alentarlo. Sería de lo más imperdonable hacer otra cosa, puesto que yo ya estoy completamente decidida. No es que imagine que él pueda pensar que lo he estado alentando hasta ahora. No; si hubiera creído en lo más mínimo que yo compartía sus sentimientos, no habría estado tan abatido. Si hubiera podido creerse alentado, sus miradas y sus palabras al despedirse habrían sido distintas. Aun así, de todos modos, debo estar en guardia. Esto suponiendo que su afecto siga siendo lo que es ahora; pero no sé si espero que lo siga siendo; no lo considero exactamente el tipo de hombre... no confío del todo en su firmeza ni en su constancia. Sus sentimientos son ardientes, pero me los imagino más bien cambiantes. Cada vez que considero el asunto, en suma, me alegro de que mi felicidad no esté más hondamente comprometida. Volveré a estar muy bien dentro de poco, y entonces será algo bueno que haya quedado atrás; porque dicen que todo el mundo se enamora una vez en la vida, y yo habré salido bien librada».

Cuando llegó la carta de él a la señora Weston, Emma pudo leerla; y la leyó con tal grado de placer y admiración que al principio movió la cabeza ante sus propias sensaciones y pensó que había subestimado su fuerza. Era una carta larga y bien escrita, que daba los pormenores de su viaje y de sus sentimientos, que expresaba todo el afecto, la gratitud y el respeto que eran naturales y honrosos, y que describía con viveza y precisión todo lo exterior y propio del lugar que pudiera suponerse atractivo. Nada de sospechosos floreos de disculpa o de preocupación esta vez; era el lenguaje del verdadero sentimiento hacia la señora Weston; y el paso de Highbury a Enscombe, el contraste entre ambos lugares en algunos de los primeros bienes de la vida social, apenas se tocaba lo justo para mostrar con cuánta intensidad se sentía y cuánto más podría haberse dicho de no ser por las restricciones del decoro.

No faltaba el encanto de su propio nombre. *La señorita Woodhouse* aparecía más de una vez, y nunca sin algo de grata relación, ya fuera un elogio a su gusto o el recuerdo de algo que ella había dicho; y en la última vez que se encontró con sus ojos, aunque no lo adornaba ninguna amplia guirnalda de galantería, pudo aun así discernir el efecto de su influencia y reconocer en él el mayor cumplido de todos, quizá. Apretadas en el último rincón libre de la página estaban estas palabras: «No tuve un momento libre el martes, como sabes, para la linda amiguita de la señorita Woodhouse. Te ruego que le presentes mis disculpas y mi despedida». Esto, Emma no podía dudarlo, era todo por ella. A Harriet la recordaba solo por ser amiga *suya*. Sus noticias y perspectivas en cuanto a Enscombe no eran ni peores ni mejores de lo que se había previsto; la señora Churchill se estaba recuperando y él no se atrevía aún, ni siquiera en su imaginación, a fijar una fecha para volver a Randalls.

Sin embargo, por gratificante y estimulante que fuera la carta en su parte principal, en sus sentimientos, ella descubrió, cuando la dobló y se la devolvió a la señora Weston, que no le había añadido ningún calor duradero, que todavía podía arreglárselas sin el autor y que él tendría que aprender a arreglárselas sin ella. Sus intenciones no habían cambiado. Su resolución de rechazarlo solo se volvía más interesante con el añadido de un plan para el consuelo y la felicidad posteriores de él. El recuerdo que él tenía de Harriet, y las palabras con que lo vestía, la «linda amiguita», le sugirieron la idea de que Harriet la sucediera en su afecto. ¿Era imposible? No. Harriet era sin duda muy inferior a él en entendimiento; pero a él le había impresionado mucho la belleza de su rostro y la cálida sencillez de sus modales; y todas las probabilidades de circunstancia y de relación estaban a su favor. Para Harriet, sería de veras ventajoso y delicioso.

«No debo detenerme en eso», se dijo. «No debo pensar en ello. Conozco el peligro de entregarse a tales especulaciones. Pero han pasado cosas más extrañas; y cuando dejemos de querernos como ahora, eso

servirá para afirmarnos en esa clase de amistad verdadera y desinteresada que ya puedo esperar con gusto».

Estaba bien tener un consuelo guardado para Harriet, aunque quizá fuera prudente que la fantasía lo tocara pocas veces; porque por ese lado se acercaba un mal. Así como la llegada de Frank Churchill había sucedido al compromiso del señor Elton en las conversaciones de Highbury, así como el interés más reciente había arrollado por completo al primero, así ahora, con la desaparición de Frank Churchill, los asuntos del señor Elton tomaban la forma más irresistible. Ya estaba fijado el día de su boda. Pronto estaría otra vez entre ellos: el señor Elton y su novia. Apenas hubo tiempo de comentar la primera carta de Enscombe antes de que «el señor Elton y su novia» estuviera en boca de todos, y Frank Churchill quedó olvidado. A Emma le daba náuseas oírlo. Había tenido tres semanas de feliz liberación del señor Elton; y el ánimo de Harriet, había querido esperar ella, había ido cobrando fuerza últimamente. Con el baile del señor Weston a la vista, al menos, había habido mucha insensibilidad hacia otras cosas; pero ahora era demasiado evidente que no había alcanzado un estado de serenidad capaz de resistir la llegada en sí, con coche nuevo, repique de campanas y todo.

La pobre Harriet estaba en una agitación de ánimo que requería todos los razonamientos, todos los consuelos y atenciones de toda clase que Emma pudiera darle. Emma sentía que no podía hacer demasiado por ella, que Harriet tenía derecho a todo su ingenio y a toda su paciencia; pero era una tarea pesada estar siempre convenciendo sin producir ningún efecto, siempre recibiendo asentimiento sin poder hacer que sus opiniones fueran las mismas. Harriet escuchaba con sumisión y decía «que era muy cierto, que era tal como la señorita Woodhouse lo describía, que no valía la pena pensar en ellos, y que no pensaría más en ellos»; pero ningún cambio de tema servía de nada, y la media hora siguiente la veía tan ansiosa e inquieta por los Elton como antes. Por fin Emma la atacó por otro flanco.

«Que te permitas estar tan pendiente y tan desdichada por la boda

del señor Elton, Harriet, es el reproche más fuerte que puedes hacer*me*. No podrías darme mayor reprimenda por el error en que caí. Todo fue obra mía, lo sé. No lo he olvidado, te lo aseguro. Engañándome a mí misma, te engañé a ti de un modo muy lamentable, y será para mí un pensamiento doloroso para siempre. No creas que corro peligro de olvidarlo».

Harriet lo sintió demasiado para decir más que unas pocas palabras de ardiente exclamación. Emma prosiguió:

«No te he dicho: esfuérzate, Harriet, por mí; piensa menos, habla menos del señor Elton por mí; porque más bien por ti misma desearía que se hiciera, por lo que es más importante que mi tranquilidad: un hábito de dominio de ti misma, una consideración de cuál es tu deber, una atención al decoro, un empeño en evitar las sospechas de los demás, en salvar tu salud y tu buen nombre y en recobrar tu tranquilidad. Estos son los motivos que he estado inculcándote. Son muy importantes, y lamento que no puedas sentirlos lo bastante para obrar de acuerdo con ellos. Que yo me libre de sufrir es una consideración muy secundaria. Quiero que tú te libres de un sufrimiento mayor. Quizá haya sentido alguna vez que Harriet no olvidaría lo que me debía, o más bien lo que sería amable conmigo».

Esta apelación a sus afectos hizo más que todo lo demás. La idea de que le faltaran gratitud y consideración hacia la señorita Woodhouse, a quien de verdad quería muchísimo, la hizo sentirse desdichada un rato, y cuando la violencia de la pena se hubo consolado, siguió siendo lo bastante poderosa como para impulsarla a lo correcto y sostenerla en ello bastante bien.

«¡Usted, que ha sido la mejor amiga que he tenido en mi vida! ¡Faltarle gratitud a usted! ¡Nadie se le iguala! ¡No quiero a nadie como la quiero a usted! ¡Oh, señorita Woodhouse, qué ingrata he sido!».

Tales expresiones, ayudadas como estaban por todo lo que podían hacer la mirada y los modales, hicieron sentir a Emma que nunca antes había querido tanto a Harriet ni había valorado tanto su cariño.

«No hay encanto que iguale a la ternura de corazón», se dijo después. «No hay nada que se le compare. El calor y la ternura de corazón, con unos modales afectuosos y francos, vencerán a toda la claridad de cabeza del mundo en cuanto a atractivo, estoy segura de que sí. Es la ternura de corazón lo que hace que a mi querido padre lo quieran todos, lo que le da a Isabella toda su popularidad. Yo no la tengo, pero sé apreciarla y respetarla. Harriet me es superior en todo el encanto y toda la dicha que da. ¡Querida Harriet! No te cambiaría por la mujer de cabeza más clara, de vista más larga y de mejor juicio que respire. ¡Oh, la frialdad de una Jane Fairfax! Harriet vale por cien como ella. Y para una esposa, la esposa de un hombre sensato, es invaluable. No digo nombres; ¡pero feliz el hombre que cambie a Emma por Harriet!».

Volumen II. Capítulo XIV

A la señora Elton se la vio por primera vez en la iglesia; pero, aunque la devoción pudiera verse interrumpida, una novia en un banco no podía satisfacer la curiosidad, y había que dejar para las visitas de cumplido que debían hacerse luego el decidir si era realmente muy bonita, o solo bastante bonita, o nada bonita.

Emma tenía sentimientos, menos de curiosidad que de orgullo o de decoro, que la hicieron resolverse a no ser la última en presentarle sus respetos; e insistió en que Harriet fuera con ella, para que lo peor del asunto pasara cuanto antes.

No podía entrar de nuevo en la casa, no podía estar en la misma habitación a la que, con tan vano artificio, se había retirado tres meses atrás a atarse la bota, sin *recordar*. Mil pensamientos molestos volvían a su mente. Cumplidos, charadas y desatinos horribles; y no era de suponer que la pobre Harriet no estuviera recordando también; pero se portó muy bien y solo estuvo algo pálida y callada. La visita fue, por supuesto, corta; y había tanta incomodidad y tanta preocupación para acortarla que Emma no se permitió formarse del todo una opinión de la dama, y de ningún modo darla, más allá de los términos vacíos de que estaba «elegantemente vestida y era muy agradable».

En realidad, no le gustó. No iba a apresurarse a encontrarle defectos, pero sospechaba que no había elegancia; desenvoltura, pero no elegancia. Estaba casi segura de que, para una mujer joven, forastera y recién casada, había demasiada desenvoltura. Su figura era bastante buena; su rostro, no feo; pero ni sus facciones, ni su aire, ni su voz, ni sus modales eran elegantes. Emma pensaba, al menos, que así resultaría.

En cuanto al señor Elton, sus modales no parecían... pero no, no se permitiría una palabra apresurada ni ingeniosa sobre sus modales. Re-

cibir visitas de boda era una ceremonia incómoda en cualquier circunstancia, y un hombre necesitaba ser todo gracia para salir bien parado de ella. La mujer lo tenía más fácil; podía contar con la ayuda de la ropa fina y con el privilegio de la timidez, pero el hombre solo podía confiar en su propio buen sentido; y cuando consideraba la singular mala suerte del pobre señor Elton al encontrarse a la vez en la misma habitación con la mujer con quien acababa de casarse, la mujer con quien había querido casarse y la mujer con quien se esperaba que se casara, tenía que concederle el derecho a parecer tan poco sensato y a estar tan afectadamente cómodo, y tan poco cómodo de verdad, como fuera posible.

«Bueno, señorita Woodhouse», dijo Harriet cuando hubieron salido de la casa, y después de esperar en vano a que su amiga empezara; «bueno, señorita Woodhouse (con un suave suspiro), ¿qué le parece? ¿No es encantadora?».

Hubo una leve vacilación en la respuesta de Emma.

«¡Oh, sí, mucho! Una mujer joven muy agradable».

«Yo la encuentro hermosa, verdaderamente hermosa».

«Muy bien vestida, en efecto; un vestido notablemente elegante».

«No me sorprende nada que él se haya enamorado».

«¡Oh, no! No hay nada en absoluto que sorprenda. Una linda fortuna; y se le cruzó en el camino».

«Me imagino», respondió Harriet, suspirando otra vez, «me imagino que ella le tenía mucho cariño».

«Quizá sí; pero no es el destino de todo hombre casarse con la mujer que más lo quiere. Tal vez la señorita Hawkins quería un hogar y pensó que esta era la mejor oferta que podía esperar».

«Sí», dijo Harriet con seriedad, «y bien podía pensarlo; nadie podría tener nunca una mejor. Bueno, les deseo que sean felices con todo mi corazón. Y ahora, señorita Woodhouse, creo que no me importará volver a verlos. Él es tan superior como siempre; pero estando casado, ¿sabe usted?, es algo muy distinto. No, de veras, señorita Woodhouse,

no tiene por qué temer; ahora puedo sentarme a admirarlo sin gran desdicha. ¡Saber que no se ha desperdiciado es un consuelo tan grande! Ella sí que parece una mujer encantadora, justo lo que él merece. ¡Dichosa criatura! La llamó "Augusta". ¡Qué delicia!».

Cuando la visita fue devuelta, Emma se formó su opinión. Entonces pudo ver más y juzgar mejor. Como Harriet no estaba en Hartfield por casualidad, y su padre estaba presente para entretener al señor Elton, tuvo para ella sola un cuarto de hora de conversación con la dama y pudo prestarle atención con calma; y el cuarto de hora la convenció por completo de que la señora Elton era una mujer vanidosa, sumamente satisfecha de sí misma y que tenía en mucho su propia importancia; que pretendía brillar y ser muy superior, pero con unos modales formados en una mala escuela, impertinentes y confianzudos; que todas sus ideas venían de un solo grupo de gente y de un solo estilo de vida; que, si no tonta, era ignorante, y que su compañía no le haría ningún bien al señor Elton.

Harriet habría sido mejor partido. Aunque ella misma no fuera sabia ni refinada, lo habría relacionado con quienes lo eran; pero la señorita Hawkins, podía suponerse con justicia por su desenvuelta presunción, había sido lo mejor de su propio círculo. El cuñado rico de cerca de Bristol era el orgullo de la alianza, y su finca y sus coches eran el orgullo de él.

El primerísimo tema, una vez sentados, fue Maple Grove, «la residencia de mi hermano, el señor Suckling»: una comparación de Hartfield con Maple Grove. Los terrenos de Hartfield eran pequeños, pero cuidados y bonitos; y la casa era moderna y bien construida. La señora Elton pareció muy favorablemente impresionada por el tamaño de la habitación, la entrada y todo lo que pudo ver o imaginar. «¡Muy parecido a Maple Grove, en verdad! ¡Le había llamado mucho la atención el parecido! Aquella habitación tenía exactamente la forma y el tamaño de la sala de mañana de Maple Grove, la habitación favorita de su hermana». Se apeló al señor Elton. «¿No era asombrosamente pareci-

da? De veras casi podía imaginarse en Maple Grove».

«Y la escalera... Sabe usted, al entrar, noté lo muy parecida que era la escalera; colocada exactamente en la misma parte de la casa. ¡De veras no pude evitar una exclamación! Le aseguro, señorita Woodhouse, que es una delicia para mí que me recuerden un lugar al que tengo tanto cariño como Maple Grove. ¡He pasado allí tantos meses felices! (con un pequeño suspiro sentimental). Un lugar encantador, sin duda. A todo el que lo ve le llama la atención su belleza; pero para mí ha sido un verdadero hogar. Cuando a usted la trasplanten, como a mí, señorita Woodhouse, comprenderá lo delicioso que es encontrarse con algo, lo que sea, parecido a lo que una ha dejado atrás. Siempre digo que este es precisamente uno de los males del matrimonio».

Emma respondió con la mayor brevedad que pudo; pero fue de sobra suficiente para la señora Elton, que solo quería hablar ella.

«¡Tan sumamente parecido a Maple Grove! Y no es solo la casa; los terrenos, se lo aseguro, por lo que pude observar, se parecen de un modo llamativo. Los laureles de Maple Grove son tan abundantes como aquí y están puestos casi del mismo modo, justo al otro lado del césped; ¡y alcancé a ver un árbol hermoso y grande, con un banco alrededor, que me lo recordó tan exactamente! Mi hermano y mi hermana quedarán encantados con este lugar. La gente que tiene terrenos extensos siempre se complace con todo lo que es del mismo estilo».

Emma dudó de la verdad de esa opinión. Tenía la firme idea de que a la gente que tenía terrenos extensos le importaban muy poco los terrenos extensos de cualquier otro; pero no valía la pena atacar un error tan arraigado, y por eso solo dijo en respuesta:

«Cuando haya visto más de esta región, me temo que pensará que ha sobrestimado Hartfield. Surrey está lleno de bellezas».

«¡Oh, sí, lo sé muy bien! Es el jardín de Inglaterra, ¿sabe usted? Surrey es el jardín de Inglaterra».

«Sí; pero no debemos basar nuestras pretensiones en esa distinción. Muchos condados, creo, son llamados el jardín de Inglaterra, además

de Surrey».

«No, me parece que no», replicó la señora Elton con una sonrisa de lo más satisfecha. «Nunca he oído que se llame así a ningún condado más que a Surrey».

Emma quedó reducida al silencio.

«Mi hermano y mi hermana nos han prometido una visita en primavera, o en verano a más tardar», continuó la señora Elton; «y ese será nuestro momento para explorar. Mientras estén con nosotros, exploraremos mucho, me imagino. Traerán su barouche-landó, por supuesto, en el que caben cuatro perfectamente; y por lo tanto, sin decir nada de *nuestro* coche, podremos explorar las distintas bellezas sumamente bien. Difícilmente vendrían en su calesa, creo, en esa época del año. En realidad, cuando se acerque la fecha, les recomendaré sin falta que traigan el barouche-landó; será muchísimo preferible. Cuando la gente viene a una región hermosa como esta, ¿sabe usted?, señorita Woodhouse, una naturalmente desea que vean lo más posible; y al señor Suckling le encanta explorar. El verano pasado exploramos dos veces hasta King's-Weston, de ese modo, de lo más deliciosamente, justo después de que tuvieran el barouche-landó por primera vez. Supongo que aquí hacen muchas excursiones de ese tipo, señorita Woodhouse, ¿todos los veranos?».

«No; no aquí mismo. Estamos algo lejos de las bellezas muy llamativas que atraen la clase de excursiones de que usted habla; y somos gente muy tranquila, creo; más dispuesta a quedarse en casa que a meterse en planes de diversión».

«¡Ah, no hay nada como quedarse en casa para estar verdaderamente a gusto! Nadie puede ser más casera que yo. En Maple Grove era casi proverbial. Cuántas veces ha dicho Selina, cuando iba a Bristol: “De veras no consigo que esta muchacha se mueva de la casa. Tengo que ir sola sin remedio, aunque detesto ir metida en el barouche-landó sin compañía; pero Augusta, creo, por su gusto, nunca pasaría de la cerca del parque”. Muchas veces lo ha dicho; y sin embargo no soy partida-

ria del encierro total. Creo, por el contrario, que cuando la gente se aparta del todo de la sociedad es muy mala cosa; y que es mucho más aconsejable alternar con el mundo en la medida adecuada, sin vivir en él ni demasiado ni demasiado poco. Comprendo perfectamente su situación, de todos modos, señorita Woodhouse (mirando hacia el señor Woodhouse). El estado de salud de su padre debe de ser un gran inconveniente. ¿Por qué no prueba Bath? De veras debería. Permítame recomendarle Bath. Le aseguro que no tengo duda de que le haría bien al señor Woodhouse».

«Mi padre lo probó más de una vez, en otro tiempo, pero sin recibir ningún beneficio; y el señor Perry, cuyo nombre, me imagino, no le es desconocido, no cree que fuera a ser más útil ahora».

«¡Ah, qué lástima! Porque le aseguro, señorita Woodhouse, que cuando las aguas sientan bien, es una maravilla el alivio que dan. ¡En mi vida en Bath he visto tales ejemplos! Y es un lugar tan alegre que no podría dejar de serle útil al ánimo del señor Woodhouse, que, según entiendo, a veces está muy decaído. Y en cuanto a lo que tiene para recomendárselo a *usted*, me parece que no necesito esforzarme mucho en insistir. Las ventajas de Bath para los jóvenes son bastante conocidas por todos. Sería una presentación en sociedad encantadora para usted, que ha llevado una vida tan retirada; y yo podría conseguirle de inmediato parte de la mejor sociedad del lugar. Una línea mía le traería un pequeño ejército de conocidos; y mi amiga íntima, la señora Partridge, la dama con quien siempre me he alojado cuando estoy en Bath, estaría encantadísima de tener con usted cualquier atención, y sería la persona perfecta para que usted saliera en público con ella».

Era todo lo que Emma podía soportar sin ser descortés. ¡La idea de deberle a la señora Elton lo que se llamaba una *presentación*, de salir en público bajo los auspicios de una amiga de la señora Elton, probablemente alguna viuda vulgar y llamativa que, con la ayuda de una huésped, apenas se las arreglaba para vivir! ¡La dignidad de la señorita Woodhouse, de Hartfield, sí que estaba por los suelos!

Se contuvo, sin embargo, de cualquiera de los reproches que podría haber hecho, y solo le dio las gracias fríamente a la señora Elton; «pero que fueran a Bath estaba completamente descartado; y no estaba del todo convencida de que el lugar fuera a sentarle a ella mejor que a su padre». Y entonces, para evitar más ofensas e indignación, cambió de tema de inmediato.

«No le pregunto si es usted aficionada a la música, señora Elton. En estas ocasiones, la reputación de una dama suele precederla; y Highbury sabe desde hace mucho que usted toca de un modo superior».

«¡Oh, no, de veras! Debo protestar contra semejante idea. ¡Tocar de un modo superior! Muy lejos de eso, se lo aseguro. Considere de qué fuente tan parcial le vino la información. Adoro la música, me apasiona; y mis amigos dicen que no estoy del todo desprovista de gusto; pero en cuanto a lo demás, palabra de honor que toco de un modo *mediocre* en grado sumo. Usted, señorita Woodhouse, lo sé bien, toca deliciosamente. Le aseguro que ha sido para mí la mayor satisfacción, consuelo y deleite saber en qué sociedad tan musical he venido a dar. No puedo en absoluto vivir sin música. Es para mí una necesidad de la vida; y como siempre he estado acostumbrada a una sociedad muy musical, tanto en Maple Grove como en Bath, habría sido un sacrificio de lo más serio. Así se lo dije con toda franqueza al señor E. cuando me hablaba de mi futuro hogar y me expresaba su temor de que el retiro me resultara desagradable; y también la inferioridad de la casa; sabiendo a qué estaba acostumbrada yo, por supuesto no dejaba de tener cierto recelo. Cuando me hablaba de eso así, le dije con toda franqueza que podía renunciar *al mundo*, a fiestas, bailes, teatros, porque no temía al retiro. Bendecida con tantos recursos en mí misma, el mundo no me era necesario a *mí*. Podía arreglármelas muy bien sin él. Para quienes no tenían recursos era otra cosa; pero mis recursos me hacían completamente independiente. Y en cuanto a habitaciones más pequeñas que aquellas a las que estaba acostumbrada, de veras no podía ni pensar en eso. Esperaba estar perfectamente a la altura de cualquier sacrificio

de ese tipo. Por cierto que en Maple Grove había estado acostumbrada a todos los lujos; pero le aseguré que dos coches no eran necesarios para mi felicidad, ni tampoco las habitaciones espaciosas. "Pero", le dije, "para ser del todo franca, no creo que pueda vivir sin algo de sociedad musical. No pongo ninguna otra condición; pero sin música, la vida sería para mí un vacío"».

«No podemos suponer», dijo Emma, sonriendo, «que el señor Elton vacilara en asegurarle que en Highbury hay una sociedad *muy* musical; y espero que no descubra que se ha excedido de la verdad más de lo que pueda perdonarse en consideración al motivo».

«No, de veras, no tengo ninguna duda en ese punto. Estoy encantada de encontrarme en un círculo así. Espero que tengamos muchos conciertitos deliciosos juntas. Creo, señorita Woodhouse, que usted y yo debemos fundar un club musical y tener reuniones semanales regulares en su casa o en la nuestra. ¿No será un buen plan? Si *nosotras* nos esforzamos, creo que no nos faltarán aliados por mucho tiempo. Algo de esa naturaleza sería particularmente deseable para *mí*, como incentivo para mantenerme en práctica; porque las mujeres casadas, ¿sabe usted?... corre sobre ellas, en general, una triste historia. Son demasiado propensas a abandonar la música».

«Pero usted, a quien le gusta tantísimo, ¿no puede correr ese peligro, verdad?».

«Espero que no; pero, de veras, cuando miro alrededor entre mis conocidas, tiemblo. Selina ha abandonado por completo la música, nunca toca el instrumento, aunque tocaba con dulzura. Y lo mismo puede decirse de la señora Jeffereys, que antes era Clara Partridge, y de las dos Milman, ahora la señora Bird y la señora James Cooper; y de más de las que puedo enumerar. ¡Palabra!, es como para asustarse. Yo solía enojarme mucho con Selina; pero de veras empiezo a comprender ahora que una mujer casada tiene muchas cosas que reclaman su atención. Creo que esta mañana estuve media hora encerrada con mi ama de llaves».

«Pero todo eso», dijo Emma, «pronto irá por un cauce tan regular...».

«Bueno», dijo la señora Elton, riendo, «ya veremos».

Emma, viéndola tan decidida a descuidar su música, no tuvo nada más que decir; y, tras un momento de pausa, la señora Elton eligió otro tema.

«Hemos estado de visita en Randalls», dijo, «y los encontramos a los dos en casa; y parecen ser gente muy agradable. Me gustan muchísimo. El señor Weston parece una criatura excelente; ya es uno de mis preferidos de primera categoría, se lo aseguro. Y *ella* parece tan verdaderamente buena... hay en ella algo tan maternal y tan bondadoso que a una la conquista de inmediato. Fue su institutriz, ¿no?».

Emma estaba casi demasiado asombrada para responder; pero la señora Elton apenas esperó la afirmación antes de continuar.

«Como lo sabía, ¡me asombró bastante encontrarla tan dama! Pero es de veras toda una señora».

«Los modales de la señora Weston», dijo Emma, «siempre fueron particularmente buenos. Su decoro, su sencillez y su elegancia los harían el modelo más seguro para cualquier mujer joven».

«¿Y quién cree usted que llegó mientras estábamos allí?».

Emma no tenía la menor idea. El tono daba a entender algún conocido antiguo; ¿y cómo iba ella a adivinarlo?

«¡Knightley!», continuó la señora Elton; «¡el mismísimo Knightley! ¿No fue una suerte? Porque, como yo no estaba en casa cuando vino el otro día, nunca lo había visto; y, por supuesto, siendo tan amigo del señor E., tenía mucha curiosidad. Me habían mencionado tantas veces a “mi amigo Knightley” que de veras estaba impaciente por verlo; y debo hacerle a mi *cara sposo* la justicia de decir que no tiene por qué avergonzarse de su amigo. Knightley es todo un caballero. Me gusta mucho. Decididamente, creo, un hombre muy caballeroso».

Por suerte, ya era hora de irse. Se marcharon; y Emma pudo respirar.

«¡Mujer insufrible!», fue su exclamación inmediata. «Peor de lo que había supuesto. ¡Absolutamente insufrible! ¡Knightley! No lo habría creído. ¡Knightley! ¡No lo ha visto nunca en su vida y lo llama Knightley! ¡Y descubre que es un caballero! Una advenediza, una criatura vulgar, con su señor E., y su *caro sposo*, y sus recursos, y todos sus aires de impertinente pretensión y de lujo de mala crianza. ¡Descubrir nada menos que el señor Knightley es un caballero! Dudo que él le devuelva el cumplido y descubra que ella es una dama. ¡No lo habría creído! ¡Y proponer que ella y yo nos unamos para formar un club musical! ¡Cualquiera pensaría que somos amigas del alma! ¡Y la señora Weston! ¡Asombrada de que la persona que me crio sea una señora! De mal en peor. Nunca me he encontrado con nadie igual. Mucho más allá de lo que esperaba. Harriet queda deshonrada con cualquier comparación. ¡Oh! ¿Qué le diría Frank Churchill si estuviera aquí? ¡Qué enojado y qué divertido estaría! ¡Ah, ya estoy otra vez pensando en él! ¡Siempre la primera persona en quien pensar! ¡Cómo me sorprendo a mí misma! ¡Frank Churchill me viene a la mente con tanta regularidad!».

Todo esto le pasó por el pensamiento con tanta soltura que, para cuando su padre se hubo acomodado tras el ajetreo de la partida de los Elton y estuvo listo para hablar, ella era bastante capaz de prestarle atención.

«Bueno, querida», empezó él pausadamente, «considerando que nunca la habíamos visto, parece una joven muy bonita en su estilo; y me imagino que tú le gustaste mucho. Habla un poco demasiado rápido. Hay en su voz una pequeña rapidez que lastima un poco el oído. Pero creo que soy exigente; no me gustan las voces desconocidas; y nadie habla como tú y la pobre señorita Taylor. Sin embargo, parece una joven muy servicial y de buenos modales, y sin duda le será una muy buena esposa. Aunque creo que habría sido mejor que no se casara. Di las mejores excusas que pude por no haber podido visitarlo a él y a la señora Elton en esta feliz ocasión; dije que esperaba *hacerlo* en el cur-

so del verano. Pero debería haber ido antes. No visitar a una novia es una gran negligencia. ¡Ah, eso muestra qué inválido tan triste soy! Pero no me gusta la esquina de la calle de la Vicaría».

«Me imagino que tus disculpas fueron aceptadas, papá. El señor Elton te conoce».

«Sí; pero una joven, una novia... debería haberle presentado mis respetos, si era posible. Fue una gran falta».

«Pero, mi querido papá, tú no eres amigo del matrimonio; ¿por qué, entonces, tendrías que estar tan ansioso por presentarle tus respetos a una *novia*? Para *ti* eso no debería ser una recomendación. Es animar a la gente a casarse si se le da tanta importancia».

«No, querida, nunca he animado a nadie a casarse, pero siempre querría tener toda la atención debida con una dama; y a una novia, especialmente, nunca se la debe descuidar. Es reconocido que a *ella* se le debe más. Una novia, ¿sabes, querida?, es siempre la primera en una reunión, sean quienes sean los demás».

«Bueno, papá, si esto no es animar a casarse, no sé qué lo será. Y nunca habría esperado que tú dieras tu aprobación a semejantes cebos de vanidad para las pobres jóvenes».

«Querida, no me entiendes. Esto es una cuestión de simple cortesía común y de buena crianza, y no tiene nada que ver con animar a la gente a casarse».

Emma no dijo más. Su padre se estaba poniendo nervioso y no podía entenderla a *ella*. Su mente volvió a las ofensas de la señora Elton, que la ocuparon largo, muy largo rato.

Volumen II. Capítulo XV

Ningún descubrimiento posterior obligó a Emma a retractarse de su mala opinión de la señora Elton. Su observación había sido bastante acertada. Tal como la señora Elton le pareció en esta segunda entrevista, así le pareció cada vez que volvieron a encontrarse: engreída, presuntuosa, confianzuda, ignorante y mal educada. Tenía un poco de belleza y un poco de talento, pero tan poco juicio que se creía llegada, con un conocimiento superior del mundo, a animar y mejorar un vecindario de campo; y suponía que la señorita Hawkins había ocupado en la sociedad un lugar que solo la importancia de la señora Elton podía superar.

No había razón para suponer que el señor Elton pensara de otro modo que su mujer. Parecía no solo feliz con ella, sino orgulloso. Tenía el aire de felicitarse por haber traído a Highbury a una mujer a la que ni siquiera la señorita Woodhouse podía igualar; y la mayor parte de sus nuevos conocidos, dispuestos a elogiar o poco acostumbrados a juzgar, siguiendo el ejemplo de la buena voluntad de la señorita Bates o dando por sentado que la novia debía de ser tan lista y tan agradable como ella misma decía, estaban muy satisfechos; de modo que el elogio de la señora Elton pasaba de boca en boca como debía, sin que lo estorbara la señorita Woodhouse, que siguió de buena gana con su primera contribución y hablaba de buen grado de que era «muy agradable y vestía con mucha elegancia».

En un aspecto la señora Elton se volvió incluso peor de lo que había parecido al principio. Sus sentimientos hacia Emma cambiaron. Ofendida, probablemente, por la poca acogida que encontraron sus propuestas de intimidad, se retrajo a su vez y poco a poco se volvió mucho más fría y distante; y aunque el efecto era agradable, la mala voluntad que lo producía aumentaba necesariamente la antipatía de

Emma. Sus modales, además, y los del señor Elton, eran desagradables con Harriet. Eran burlones y descuidados. Emma esperaba que eso obrara rápidamente la curación de Harriet; pero los sentimientos que podían inspirar semejante conducta los rebajaban mucho a los dos. No cabía duda de que el cariño de la pobre Harriet había sido una ofrenda a la franqueza conyugal, y de que la parte que ella misma había tenido en la historia, bajo el color menos favorable para ella y más halagador para él, también se había contado, con toda probabilidad. Era, por supuesto, el objeto de la antipatía de ambos. Cuando no tenían otra cosa que decir, siempre debía de ser fácil empezar a hablar mal de la señorita Woodhouse; y la enemistad que no se atrevían a mostrarle con una falta de respeto abierta encontraba una salida más amplia en el trato despectivo a Harriet.

La señora Elton se encaprichó mucho con Jane Fairfax, y desde el principio. No solo cuando podía suponerse que el estado de guerra con una joven la hacía inclinarse por la otra, sino desde el mismísimo principio; y no se contentaba con expresar una admiración natural y razonable, sino que, sin que se lo pidieran, sin pretexto ni privilegio, tenía que querer ayudarla y protegerla. Antes de que Emma perdiera su confianza, y más o menos la tercera vez que se vieron, oyó toda la caballería andante de la señora Elton en ese tema.

«Jane Fairfax es absolutamente encantadora, señorita Woodhouse. Me deshago en elogios por Jane Fairfax. Una criatura dulce, interesante. Tan apacible y tan señorita, ¡y con tanto talento! Le aseguro que creo que tiene un talento muy extraordinario. No vacilo en decir que toca sumamente bien. Sé bastante de música para hablar con decisión sobre ese punto. ¡Oh, es absolutamente encantadora! Usted se reirá de mi entusiasmo, pero, ¡palabra!, no hablo más que de Jane Fairfax. ¡Y su situación es tan apropiada para conmover a cualquiera! Señorita Woodhouse, debemos esforzarnos y procurar hacer algo por ella. Debemos darla a conocer. Un talento como el suyo no puede quedar en el olvido. Me imagino que habrá oído esos versos encantadores del poe-

ta:

> Más de una flor nace para ruborizarse sin que la vean
> y derrochar su fragancia en el aire del desierto.

»No debemos permitir que se cumplan en la dulce Jane Fairfax».

«No creo que haya ningún peligro de eso», fue la tranquila respuesta de Emma; «y cuando conozca usted mejor la situación de la señorita Fairfax y entienda lo que ha sido su hogar, con el coronel y la señora Campbell, no creo que vaya a suponer que su talento pueda quedar en el olvido».

«¡Oh, pero, querida señorita Woodhouse, ahora está en tal retiro, en tal oscuridad, tan desperdiciada! ¡Las ventajas de que haya gozado con los Campbell se han acabado de un modo tan palpable! Y creo que ella lo siente. Estoy segura de que sí. Es muy tímida y callada. Se ve que siente la falta de aliento. Me gusta más por eso. Debo confesar que para mí es una recomendación. Soy una gran partidaria de la timidez, y estoy segura de que no se la encuentra a menudo. Pero en quienes son de algún modo inferiores, predispone sumamente a su favor. ¡Oh, le aseguro que Jane Fairfax tiene un carácter delicioso y me interesa más de lo que puedo expresar!».

«Parece que usted siente mucho; pero no veo cómo usted o cualquiera de los conocidos de la señorita Fairfax aquí, cualquiera de los que la conocen desde hace más tiempo que usted, puede tener con ella otra atención que...».

«Mi querida señorita Woodhouse, se puede hacer muchísimo cuando uno se atreve a actuar. Usted y yo no tenemos por qué tener miedo. Si *nosotras* damos el ejemplo, muchos lo seguirán en la medida de sus posibilidades, aunque no todos estén en nuestra situación. *Nosotras* tenemos coches para ir a buscarla y llevarla a su casa, y *nosotras* vivimos con un tren de vida al que el añadido de Jane Fairfax nunca podría causar la menor molestia. Me disgustaría muchísimo que Wright nos

sirviera una cena que pudiera hacerme lamentar haber invitado a compartirla a *alguien más* que a Jane Fairfax. No concibo esa clase de cosas. No es probable que *pudiera*, considerando a qué estoy acostumbrada. Mi mayor peligro en el manejo de la casa, quizá, esté más bien del otro lado: en hacer demasiado y en no cuidar bastante los gastos. Maple Grove será probablemente mi modelo más de lo que debiera, porque no pretendemos en absoluto igualar los ingresos de mi hermano, el señor Suckling. Sin embargo, ya he tomado mi decisión en cuanto a ocuparme de Jane Fairfax. Desde luego la tendré muy a menudo en mi casa, la presentaré dondequiera que pueda, daré veladas musicales para lucir su talento y estaré siempre al acecho de una colocación conveniente. Mis relaciones son tan extensas que no me cabe duda de que pronto sabré de algo que le convenga. La presentaré, por supuesto, muy especialmente a mi hermano y a mi hermana cuando vengan a vernos. Estoy segura de que les gustará muchísimo; y cuando los conozca un poco, sus temores se le pasarán por completo, porque de veras no hay nada en los modales de ninguno de los dos que no sea sumamente conciliador. La tendré muy a menudo, de veras, mientras estén conmigo, y me imagino que alguna vez le encontraremos un asiento en el barouche-landó en algunas de nuestras excursiones de exploración».

«¡Pobre Jane Fairfax!», pensó Emma. «No te mereces esto. Puede que hayas hecho mal en lo que toca al señor Dixon, pero este es un castigo mayor del que puedas haber merecido. ¡La bondad y la protección de la señora Elton! "Jane Fairfax por aquí y Jane Fairfax por allá". ¡Cielos! ¡No quiero ni suponer que se atreve a andar por ahí llamándome Emma Woodhouse a secas! Pero, palabra de honor, ¡parece que no hay límites para el desenfreno de la lengua de esa mujer!».

Emma no tuvo que escuchar de nuevo semejantes alardes, ni ninguno dirigido tan exclusivamente a ella, ni tan asquerosamente adornado con un «querida señorita Woodhouse». El cambio por parte de la señora Elton apareció poco después, y la dejaron en paz: ni obligada a

ser la amiga muy íntima de la señora Elton ni, bajo la dirección de la señora Elton, la protectora muy activa de Jane Fairfax, y solo compartiendo con los demás, de un modo general, el saber lo que se sentía, lo que se planeaba, lo que se hacía.

Lo observaba con cierta diversión. La gratitud de la señorita Bates por las atenciones de la señora Elton hacia Jane era del más alto grado de sencillez y calidez sin malicia. La tenía por una de sus personas más dignas: la mujer más amable, afable y deliciosa; tan cumplida y condescendiente como la señora Elton pretendía que se la considerara. La única sorpresa de Emma era que Jane Fairfax aceptara esas atenciones y tolerara a la señora Elton como parecía hacerlo. ¡Oía hablar de ella paseando con los Elton, de visita con los Elton, pasando un día con los Elton! ¡Era asombroso! No habría creído posible que el gusto o el orgullo de la señorita Fairfax pudieran soportar la compañía y la amistad que la vicaría tenía para ofrecer.

«¡Es un acertijo, todo un acertijo!», se dijo. «¡Elegir quedarse aquí mes tras mes, con privaciones de toda clase! Y ahora elegir la mortificación de las atenciones de la señora Elton y la pobreza de su conversación, antes que volver con las compañeras superiores que siempre la han querido con un afecto tan real y generoso».

Jane había venido a Highbury, según se dijo, por tres meses; los Campbell se habían ido a Irlanda por tres meses; pero ahora los Campbell le habían prometido a su hija quedarse al menos hasta pleno verano, y habían llegado nuevas invitaciones para que ella se reuniera con ellos allá. Según la señorita Bates, pues todo venía de ella, la señora Dixon había escrito con la mayor insistencia. Con tal de que Jane fuera, se encontrarían los medios, se enviarían criados, se dispondría de amigos; no se permitiría que existiera ninguna dificultad para el viaje; ¡pero aun así ella lo había rechazado!

«Debe de tener algún motivo, más poderoso de lo que parece, para rechazar esta invitación», fue la conclusión de Emma. «Debe de estar sometida a alguna clase de penitencia, impuesta por los Campbell o

por ella misma. Hay un gran temor, una gran cautela, una gran resolución en alguna parte. *No* debe estar con los *Dixon*. Alguien ha dado la orden. Pero ¿por qué tiene que consentir en estar con los Elton? Este es un enigma completamente aparte».

Cuando expresó en voz alta su asombro sobre esa parte del asunto, delante de los pocos que conocían su opinión de la señora Elton, la señora Weston aventuró esta defensa de Jane:

«No podemos suponer que disfrute mucho en la vicaría, mi querida Emma; pero es mejor que estar siempre en casa. Su tía es una buena criatura, pero, como compañía constante, debe de ser muy cansadora. Tenemos que considerar lo que deja la señorita Fairfax antes de condenar su gusto por aquello a lo que va».

«Tiene razón, señora Weston», dijo el señor Knightley con calor. «La señorita Fairfax es tan capaz como cualquiera de nosotros de formarse una opinión justa de la señora Elton. Si hubiera podido elegir con quién tratar, no la habría elegido a ella. Pero (con una sonrisa de reproche a Emma) recibe de la señora Elton atenciones que nadie más le presta».

Emma sintió que la señora Weston le lanzaba una mirada momentánea; y ella misma quedó impresionada por el calor de él. Con un leve rubor, respondió al poco rato:

«Unas atenciones como las de la señora Elton, habría imaginado yo, más bien disgustarían que agradarían a la señorita Fairfax. Las invitaciones de la señora Elton me las habría imaginado cualquier cosa menos invitadoras».

«No me extrañaría», dijo la señora Weston, «que a la señorita Fairfax la hubiera arrastrado más allá de su propia inclinación el afán de su tía por aceptar en su nombre las cortesías de la señora Elton. Es muy probable que la pobre señorita Bates haya comprometido a su sobrina y la haya empujado a una apariencia de intimidad mayor de la que le habría dictado su propio buen juicio, a pesar del deseo tan natural de cambiar un poco».

Las dos sentían bastante ansiedad por oírlo hablar otra vez; y, tras unos minutos de silencio, él dijo:

«Hay que tener en cuenta otra cosa, además: la señora Elton no habla *con* la señorita Fairfax como habla *de* ella. Todos conocemos la diferencia entre los pronombres él o ella y tú, aun los más francos de entre nosotros; todos sentimos en nuestro trato personal unos con otros la influencia de algo que va más allá de la cortesía común, algo implantado más temprano. No podemos darle a nadie las indirectas desagradables de las que quizá estábamos llenos una hora antes. Sentimos las cosas de otro modo. Y además de la acción de esto, como principio general, pueden estar seguras de que la señorita Fairfax intimida a la señora Elton con su superioridad tanto de inteligencia como de modales; y de que, cara a cara, la señora Elton la trata con todo el respeto al que tiene derecho. Probablemente nunca antes se había cruzado en el camino de la señora Elton una mujer como Jane Fairfax, y ningún grado de vanidad puede impedirle reconocer su propia pequeñez comparativa en los hechos, si no en la conciencia».

«Sé lo mucho que estima usted a Jane Fairfax», dijo Emma. Tenía en mente al pequeño Henry, y una mezcla de alarma y de delicadeza la dejó indecisa sobre qué más decir.

«Sí», respondió él, «cualquiera puede saber lo mucho que la estimo».

«Y sin embargo», dijo Emma, empezando apresuradamente y con una mirada maliciosa, pero deteniéndose pronto; era mejor, sin embargo, saber lo peor de una vez; siguió de prisa: «y sin embargo, quizá usted mismo apenas se dé cuenta de cuánto es. El alcance de su admiración puede tomarlo por sorpresa algún día».

El señor Knightley estaba muy atareado con los botones inferiores de sus gruesas polainas de cuero, y el esfuerzo de abrochárselas, o alguna otra causa, le subió el color a la cara al responder:

«¡Oh! ¿Conque por ahí va usted? Pero va lamentablemente atrasada. El señor Cole me lo insinuó hace seis semanas».

Se detuvo. Emma sintió que la señora Weston le apretaba el pie, y ella misma no sabía qué pensar. Al momento él prosiguió:

«Eso no ocurrirá nunca, sin embargo, se lo aseguro. La señorita Fairfax, me imagino, no me aceptaría si se lo pidiera, y estoy muy seguro de que nunca se lo pediré».

Emma devolvió con creces el apretón de su amiga; y quedó lo bastante contenta como para exclamar:

«No es usted vanidoso, señor Knightley. Eso sí se lo reconozco».

Él pareció apenas oírla; estaba pensativo, y de un modo que mostraba que no estaba complacido, dijo poco después:

«¿Así que usted ha estado decidiendo que yo me case con Jane Fairfax?».

«No, de veras que no. Usted me ha regañado demasiado por hacer casamientos para que yo me atreva a tomarme semejante libertad con usted. Lo que dije hace un momento no quería decir nada. Esas cosas se dicen, por supuesto, sin ninguna idea de un sentido serio. ¡Oh, no, palabra!, no tengo el menor deseo de que se case usted con Jane Fairfax ni con ninguna otra Jane. No vendría a sentarse con nosotras tan cómodamente si estuviera casado».

El señor Knightley volvió a quedar pensativo. El resultado de su ensimismamiento fue: «No, Emma, no creo que el alcance de mi admiración por ella vaya a tomarme nunca por sorpresa. Nunca he pensado en ella de ese modo, se lo aseguro». Y poco después: «Jane Fairfax es una joven encantadora, pero ni siquiera Jane Fairfax es perfecta. Tiene un defecto. No tiene el carácter abierto que un hombre desearía en una esposa».

Emma no pudo menos que alegrarse de oír que tenía un defecto. «Bueno», dijo, «y usted hizo callar pronto al señor Cole, supongo».

«Sí, muy pronto. Me hizo una insinuación discreta; le dije que se equivocaba; me pidió perdón y no dijo más. Cole no pretende ser más sabio ni más ingenioso que sus vecinos».

«¡En ese aspecto, qué distinto de la querida señora Elton, que pre-

tende ser más sabia y más ingeniosa que todo el mundo! Me pregunto cómo hablará de los Cole, ¡cómo los llamará! ¿Cómo podrá encontrar algún apelativo para ellos lo bastante hondo en vulgar familiaridad? A usted lo llama Knightley; ¿qué podrá hacer con el señor Cole? Así que no tiene por qué sorprenderme que Jane Fairfax acepte sus cortesías y consienta en estar con ella. Señora Weston, tu argumento es el que más pesa para mí. Puedo comprender mucho más fácilmente la tentación de alejarse de la señorita Bates que creer en el triunfo de la inteligencia de la señorita Fairfax sobre la señora Elton. No tengo fe en que la señora Elton se reconozca inferior en pensamiento, palabra u obra; ni en que se sujete a otra restricción que su propia y escasa regla de buena crianza. No puedo imaginar que no esté insultando continuamente a su visita con elogios, ánimos y ofrecimientos de ayuda; que no esté continuamente detallando sus magníficas intenciones, desde procurarle una colocación permanente hasta incluirla en esas deliciosas excursiones de exploración que van a hacerse en el barouche-landó».

«Jane Fairfax tiene sentimientos», dijo el señor Knightley. «No la acuso de falta de sentimientos. Su sensibilidad, sospecho, es fuerte, y su carácter, excelente en su capacidad de tolerancia, de paciencia, de dominio de sí; pero le falta franqueza. Es reservada, más reservada, creo, de lo que solía ser. Y a mí me gusta un carácter abierto. No; hasta que Cole aludió a mi supuesto afecto, nunca se me había pasado por la cabeza. Veía a Jane Fairfax y conversaba con ella, siempre con admiración y con gusto, pero sin ningún pensamiento más allá».

«Bueno, señora Weston», dijo Emma con aire de triunfo cuando él las dejó, «¿qué dices ahora de que el señor Knightley se case con Jane Fairfax?».

«Pues, de veras, querida Emma, digo que está tan ocupado con la idea de *no* estar enamorado de ella que no me extrañaría que terminara por estarlo al final. No me pegues».

Volumen II. Capítulo XVI

Todo el mundo en Highbury y sus alrededores que alguna vez había visitado al señor Elton estaba dispuesto a tener atenciones con él con motivo de su boda. Se organizaron cenas y veladas para él y su señora; y las invitaciones llegaban tan rápido que ella pronto tuvo el placer de temer que nunca iban a tener un día libre.

«Ya veo cómo es esto», dijo. «Ya veo qué vida voy a llevar entre ustedes. ¡Palabra!, vamos a ser unos completos disipados. De veras parece que estamos muy de moda. Si esto es vivir en el campo, no es nada muy temible. ¡Desde el lunes próximo hasta el sábado, le aseguro que no tenemos un día libre! Una mujer con menos recursos que yo no habría tenido por qué sentirse perdida».

Ninguna invitación le venía mal. Sus costumbres de Bath le hacían perfectamente naturales las veladas, y Maple Grove le había dado el gusto por las cenas. Le chocó un poco la falta de dos salones, el pobre intento de pastelillos de recepción y que no hubiera helados en las partidas de cartas de Highbury. La señora Bates, la señora Perry, la señora Goddard y otras estaban bastante atrasadas en conocimiento del mundo, pero ella pronto les mostraría cómo debía arreglarse todo. En el curso de la primavera tenía que devolverles sus cortesías con una reunión muy superior, en la que sus mesas de juego estarían dispuestas con sus velas separadas y sus barajas sin abrir, al verdadero estilo, y con más camareros contratados para la velada de los que podía proporcionar su propia servidumbre, para que hicieran circular los refrescos exactamente a la hora apropiada y en el orden apropiado.

Emma, entretanto, no podía quedarse tranquila sin dar una cena en Hartfield para los Elton. No debían hacer menos que los demás, o ella se expondría a sospechas odiosas y la creerían capaz de un resentimiento mezquino. Tenía que haber una cena. Después de que Emma

hablara del asunto diez minutos, el señor Woodhouse no sintió ninguna resistencia, y solo puso la condición habitual de no sentarse él a la cabecera inferior de la mesa, con la habitual dificultad de decidir quién lo haría por él.

Las personas que había que invitar requirieron poca reflexión. Además de los Elton, debían ser los Weston y el señor Knightley; hasta ahí todo era evidente; y era apenas menos inevitable que había que invitar a la pobre Harriet para completar los ocho; pero esta invitación no se hizo con igual satisfacción, y por muchas razones Emma se alegró especialmente de que Harriet le rogara que le permitiera declinarla. «Prefería no estar en compañía de él más de lo que no pudiera evitar. Todavía no era del todo capaz de verlo a él y a su encantadora y feliz esposa juntos sin sentirse incómoda. Si a la señorita Woodhouse no le molestaba, prefería quedarse en casa». Era precisamente lo que Emma habría deseado, si lo hubiera creído lo bastante posible como para desearlo. Estaba encantada con la fortaleza de su amiguita, pues sabía que era fortaleza en ella renunciar a la compañía y quedarse en casa; y ahora podía invitar justamente a la persona que de verdad quería para completar los ocho: Jane Fairfax. Desde su última conversación con la señora Weston y el señor Knightley, sentía más remordimientos de conciencia respecto a Jane Fairfax de lo que solía. Las palabras del señor Knightley se le habían quedado. Había dicho que Jane Fairfax recibía de la señora Elton atenciones que nadie más le prestaba.

«Es muy cierto», se dijo, «al menos en lo que a mí respecta, que era todo lo que quería decir; y es muy vergonzoso. De la misma edad, y conociéndola desde siempre... debería haber sido más amiga suya. Ya nunca me tendrá simpatía. La he descuidado demasiado tiempo. Pero voy a tener con ella más atenciones de las que he tenido».

Todas las invitaciones tuvieron éxito. Todos estaban libres y todos contentos. El interés de los preparativos de esta cena, sin embargo, aún no había terminado. Ocurrió una circunstancia más bien desafortunada. Estaba convenido que los dos mayores de los pequeños

Knightley harían a su abuelito y a su tía una visita de algunas semanas en primavera, y su papá propuso entonces traerlos y quedarse un día entero en Hartfield; y ese único día iba a ser justamente el de la cena. Sus compromisos profesionales no permitían aplazarlo, pero tanto al padre como a la hija les inquietó que coincidiera así. El señor Woodhouse consideraba ocho personas cenando juntas como lo máximo que sus nervios podían soportar, y aquí habría un noveno; y Emma temía que fuera un noveno de muy mal humor por no poder venir ni siquiera a Hartfield por cuarenta y ocho horas sin encontrarse con una cena.

Consoló a su padre mejor de lo que pudo consolarse a sí misma, haciéndole ver que, aunque desde luego él haría que fueran nueve, siempre hablaba tan poco que el aumento del ruido sería muy insignificante. En realidad, pensaba que para ella era un triste cambio tenerlo frente a sí, con su aire grave y su conversación reacia, en lugar de su hermano.

El acontecimiento fue más favorable para el señor Woodhouse que para Emma. John Knightley vino; pero al señor Weston lo llamaron inesperadamente a Londres y tenía que ausentarse justo ese día. Quizá podría reunirse con ellos por la noche, pero desde luego no para la cena. El señor Woodhouse quedó del todo tranquilo; y el verlo así, con la llegada de los niños y la serenidad filosófica de su cuñado al enterarse de su suerte, le quitó a Emma incluso lo principal de su contrariedad.

Llegó el día, los invitados se reunieron puntualmente, y el señor John Knightley pareció consagrarse desde temprano a la tarea de ser agradable. En lugar de llevarse a su hermano aparte junto a una ventana mientras esperaban la cena, estaba hablando con la señorita Fairfax. A la señora Elton, tan elegante como podían hacerla el encaje y las perlas, la miraba en silencio, queriendo solo observar lo suficiente para informar a Isabella; pero la señorita Fairfax era una conocida antigua y una muchacha tranquila, y con ella podía hablar. La había en-

contrado antes del desayuno, cuando volvía de un paseo con sus niños, justo cuando empezaba a llover. Era natural tener algunas esperanzas corteses sobre el asunto, y dijo:

«Espero que no se haya aventurado muy lejos esta mañana, señorita Fairfax, porque si no, estoy seguro de que se habrá mojado. Nosotros apenas llegamos a casa a tiempo. Espero que se haya vuelto de inmediato».

«Solo fui a la oficina de correos», dijo ella, «y llegué a casa antes de que lloviera mucho. Es mi diligencia diaria. Siempre voy a buscar las cartas cuando estoy aquí. Ahorra molestias y es algo que me hace salir. Un paseo antes del desayuno me hace bien».

«No un paseo bajo la lluvia, me imagino».

«No, pero no llovía propiamente cuando salí».

El señor John Knightley sonrió y respondió:

«Es decir, que usted eligió dar su paseo, porque no estaba ni a seis yardas de su puerta cuando tuve el placer de encontrarla; y Henry y John habían visto más gotas de las que podían contar mucho antes. La oficina de correos tiene un gran encanto en cierta época de nuestra vida. Cuando haya llegado a mi edad, empezará a pensar que las cartas nunca valen la pena de salir bajo la lluvia».

Hubo un leve rubor, y luego esta respuesta:

«No debo esperar estar nunca en una situación como la suya, en medio de todos los lazos más queridos, y por eso no puedo esperar que el simple hecho de envejecer me vuelva indiferente a las cartas».

«¡Indiferente! ¡Oh, no! Nunca pensé que usted pudiera volverse indiferente. Las cartas no son cosa indiferente; por lo general son una verdadera maldición».

«Usted habla de cartas de negocios; las mías son cartas de amistad».

«Muchas veces he pensado que son las peores de las dos», replicó él con frialdad. «Los negocios, ¿sabe usted?, pueden traer dinero, pero la amistad casi nunca».

«¡Ah, ahora no habla en serio! Conozco demasiado bien al señor John Knightley; estoy muy segura de que él entiende el valor de la amistad tan bien como cualquiera. Puedo creer fácilmente que las cartas significan muy poco para usted, mucho menos que para mí, pero no es que usted sea diez años mayor que yo lo que hace la diferencia; no es la edad, sino la situación. Usted tiene siempre cerca a todas las personas que más quiere; yo, probablemente, nunca volveré a tenerlas; y por eso, mientras no haya sobrevivido a todos mis afectos, una oficina de correos, creo, siempre tendrá poder para hacerme salir, con un tiempo peor que el de hoy».

«Cuando hablé de que el tiempo, el paso de los años, la cambiaría», dijo John Knightley, «quise dar a entender el cambio de situación que el tiempo suele traer. Considero que lo uno incluye lo otro. El tiempo suele disminuir el interés de todo afecto que no esté dentro del círculo diario; pero no es ese el cambio que tenía en vista para usted. Como viejo amigo, me permitirá esperar, señorita Fairfax, que dentro de diez años usted tenga tantos objetos de afecto reunidos a su alrededor como yo».

Lo dijo con bondad, y estuvo muy lejos de ofender. Un amable «gracias» pareció querer tomarlo a risa, pero un rubor, un labio tembloroso, una lágrima en los ojos, mostraron que lo sentía más allá de la risa. Reclamó entonces su atención el señor Woodhouse, que, haciendo según su costumbre en tales ocasiones la ronda de sus invitados y dedicando sus cumplidos particulares a las damas, terminaba con ella; y con toda su más suave urbanidad, dijo:

«Siento mucho saber, señorita Fairfax, que estuvo usted fuera esta mañana bajo la lluvia. Las jóvenes deben cuidarse. Las jóvenes son plantas delicadas. Deben cuidar su salud y su cutis. Querida, ¿se cambió las medias?».

«Sí, señor, de veras que sí; y le agradezco mucho su amable preocupación por mí».

«Mi querida señorita Fairfax, a las jóvenes hay que cuidarlas, sin

duda. Espero que su buena abuelita y su tía estén bien. Son de mis más viejas amigas. Ojalá mi salud me permitiera ser mejor vecino. Usted nos hace un gran honor hoy, estoy seguro. Mi hija y yo apreciamos mucho su bondad, y nos da la mayor satisfacción verla en Hartfield».

El anciano, bondadoso y cortés, pudo entonces sentarse y sentir que había cumplido con su deber y hecho que cada bella dama se sintiera bienvenida y a gusto.

Para entonces, el paseo bajo la lluvia había llegado a oídos de la señora Elton, y sus reconvenciones cayeron entonces sobre Jane.

«Mi querida Jane, ¿qué es esto que oigo? ¡Ir a la oficina de correos bajo la lluvia! Esto no puede ser, se lo aseguro. ¡Muchacha terrible! ¿Cómo pudo hacer algo así? Es señal de que yo no estaba ahí para cuidarla».

Jane le aseguró con mucha paciencia que no se había resfriado.

«¡Oh, no *me* diga! De veras es usted una muchacha terrible y no sabe cuidarse. ¡A la oficina de correos, nada menos! Señora Weston, ¿ha oído alguna vez cosa igual? Usted y yo tenemos que ejercer nuestra autoridad sin falta».

«Mi consejo», dijo la señora Weston con bondad y persuasión, «desde luego me siento tentada a darlo. Señorita Fairfax, no debe correr esos riesgos. Propensa como ha sido a resfríos fuertes, de veras debería tener especial cuidado, sobre todo en esta época del año. La primavera, pienso siempre, requiere un cuidado mayor que el común. Más vale esperar una hora o dos, o incluso medio día, por sus cartas, que correr el riesgo de que le vuelva la tos. Ahora, ¿no siente usted que habría sido mejor? Sí, estoy segura de que es usted demasiado razonable. Tiene cara de que no volverá a hacer algo así».

«¡Oh, *no volverá* a hacer algo así!», replicó con vehemencia la señora Elton. «No le permitiremos volver a hacer algo así»; y, asintiendo con aire significativo: «hay que hacer algún arreglo, sí, hay que hacerlo. Hablaré con el señor E. El hombre que va a buscar nuestras cartas todas las mañanas (uno de nuestros criados, olvido su nombre) pregun-

tará también por las suyas y se las llevará. Eso evitará todas las dificultades, ¿sabe usted?; y de *nosotros*, mi querida Jane, de veras creo que no puede tener ningún escrúpulo en aceptar semejante favor».

«Es usted sumamente amable», dijo Jane; «pero no puedo renunciar a mi paseo temprano. Me han aconsejado estar al aire libre lo más posible; tengo que caminar a alguna parte, y la oficina de correos es un objetivo; y, palabra, casi nunca había tenido una mañana mala antes».

«Mi querida Jane, no diga más. El asunto está decidido, es decir (riendo con afectación), en la medida en que puedo atreverme a decidir algo sin el consentimiento de mi señor y dueño. Ya sabe, señora Weston, usted y yo tenemos que ser cautas en cómo nos expresamos. Pero sí me jacto, mi querida Jane, de que mi influencia no está del todo gastada. Si no encuentro, pues, dificultades insuperables, considere ese punto resuelto».

«Perdóneme», dijo Jane con seriedad, «no puedo de ningún modo consentir en semejante arreglo, tan innecesariamente molesto para su criado. Si la diligencia no fuera un placer para mí, podría hacerla, como siempre se hace cuando no estoy aquí, la criada de mi abuela».

«¡Oh, querida! ¡Pero si Patty tiene tanto que hacer! Y es una bondad darles ocupación a nuestros criados».

Jane tenía cara de no querer dejarse vencer; pero, en lugar de responder, volvió a hablar con el señor John Knightley.

«¡La oficina de correos es una institución maravillosa!», dijo. «¡Su regularidad y su rapidez! ¡Si uno piensa en todo lo que tiene que hacer, y en todo lo que hace tan bien, es de veras asombroso!».

«Desde luego está muy bien organizada».

«¡Tan rara vez se ve alguna negligencia o algún error! ¡Tan rara vez una carta, entre los miles que circulan constantemente por el reino, se lleva siquiera a un lugar equivocado, y ni una en un millón, supongo, se pierde de verdad! Y cuando uno considera la variedad de letras, y de malas letras además, que hay que descifrar, aumenta el asombro».

«Los empleados se vuelven expertos por la costumbre. Deben empezar con cierta rapidez de vista y de mano, y la práctica los mejora. Si quiere otra explicación», continuó él, sonriendo, «les pagan por ello. Esa es la clave de mucha capacidad. El público paga y debe ser bien servido».

Se siguió hablando de las variedades de letra, y se hicieron las observaciones de costumbre.

«He oído afirmar», dijo John Knightley, «que a menudo predomina en una familia el mismo tipo de letra; y donde enseña el mismo maestro, es bastante natural. Pero por esa razón me imagino que el parecido debe limitarse sobre todo a las mujeres, porque los muchachos reciben muy poca enseñanza pasada la primera edad y se las arreglan con cualquier letra que puedan. Isabella y Emma, creo, sí escriben muy parecido. No siempre he sabido distinguir su letra».

«Sí», dijo su hermano con vacilación, «hay un parecido. Sé lo que quieres decir; pero la letra de Emma es la más firme».

«Isabella y Emma escriben las dos muy bonito», dijo el señor Woodhouse; «y siempre lo hicieron. Y también la pobre señora Weston», con un medio suspiro y una media sonrisa hacia ella.

«Nunca he visto letra de caballero...», empezó Emma, mirando también a la señora Weston; pero se detuvo al notar que la señora Weston atendía a otra persona; y la pausa le dio tiempo para reflexionar: «Veamos, ¿cómo voy a sacarlo a relucir? ¿Soy incapaz de decir su nombre de una vez delante de toda esta gente? ¿Es necesario que use algún rodeo? Tu amigo de Yorkshire, tu corresponsal en Yorkshire; ese sería el modo, supongo, si estuviera muy mal. No, puedo pronunciar su nombre sin la menor angustia. Desde luego estoy cada vez mejor. Allá voy».

La señora Weston quedó libre y Emma empezó de nuevo: «El señor Frank Churchill tiene una de las mejores letras de caballero que he visto».

«A mí no me gusta», dijo el señor Knightley. «Es demasiado peque-

ña; le falta firmeza. Es como letra de mujer».

Ninguna de las dos damas se resignó a esto. Lo defendieron de la vil calumnia. «No, de ningún modo le faltaba firmeza; no era una letra grande, pero sí muy clara y desde luego firme. ¿No tenía la señora Weston alguna carta a mano para mostrarla?». No, había tenido noticias de él hacía muy poco, pero, como ya había contestado la carta, la había guardado.

«Si estuviéramos en la otra habitación», dijo Emma, «si tuviera mi escritorio, estoy segura de que podría mostrar una muestra. Tengo una nota suya. ¿No te acuerdas, señora Weston, de que un día le pediste que escribiera por ti?».

«Él prefirió decir que se lo había pedido...».

«Bueno, bueno, tengo esa nota; y puedo mostrarla después de la cena para convencer al señor Knightley».

«¡Oh! Cuando un joven galante como el señor Frank Churchill», dijo secamente el señor Knightley, «le escribe a una bella dama como la señorita Woodhouse, por supuesto pone todo su empeño».

La cena estaba servida. La señora Elton, antes de que nadie pudiera hablarle, ya estaba lista; y antes de que el señor Woodhouse llegara hasta ella con su ruego de que le permitiera conducirla al comedor, ya estaba diciendo:

«¿Tengo que ir primero? De veras me da vergüenza abrir siempre la marcha».

La preocupación de Jane por ir a buscar ella misma sus cartas no se le había escapado a Emma. Lo había oído y visto todo; y sentía cierta curiosidad por saber si el paseo mojado de esa mañana había dado algún fruto. Sospechaba que *sí*; que no lo habría emprendido con tanta resolución si no fuera con la plena esperanza de tener noticias de alguien muy querido, y que no había sido en vano. Le pareció que había en ella un aire de felicidad mayor que de costumbre, un resplandor tanto en el cutis como en el ánimo.

Podría haber hecho una o dos preguntas sobre la rapidez y el costo

del correo de Irlanda; las tenía en la punta de la lengua; pero se abstuvo. Estaba muy decidida a no pronunciar una palabra que pudiera herir los sentimientos de Jane Fairfax; y siguieron a las demás damas fuera de la habitación, del brazo, con una apariencia de buena voluntad que sentaba muy bien a la belleza y la gracia de cada una.

Volumen II. Capítulo XVII

Cuando las damas volvieron al salón después de la cena, a Emma le resultó casi imposible impedir que formaran dos grupos separados: con tanta perseverancia en juzgar y portarse mal acaparaba la señora Elton a Jane Fairfax y la desairaba a ella. Ella y la señora Weston se vieron obligadas a estar casi siempre o hablando juntas o calladas juntas. La señora Elton no les dejaba elección. Si Jane la contenía un rato, pronto empezaba de nuevo; y aunque mucho de lo que pasaba entre ellas era a media voz, especialmente por parte de la señora Elton, no había modo de no enterarse de sus temas principales: la oficina de correos, los resfríos, ir a buscar las cartas y la amistad estuvieron largo rato en discusión; y les siguió otro que debía de ser por lo menos igual de desagradable para Jane: preguntas sobre si ya había sabido de alguna colocación que pudiera convenirle, y declaraciones de la actividad que la señora Elton se proponía desplegar.

«¡Ya estamos en abril!», dijo ella. «Me pongo muy ansiosa por usted. Junio estará aquí pronto».

«Pero nunca he fijado junio ni ningún otro mes; solo pensaba en el verano en general».

«Pero ¿de veras no ha sabido de nada?».

«Ni siquiera he preguntado; todavía no deseo preguntar».

«¡Oh, querida, nunca empezaremos demasiado temprano! Usted no se da cuenta de lo difícil que es conseguir exactamente lo deseable».

«¡Que yo no me doy cuenta!», dijo Jane, moviendo la cabeza; «querida señora Elton, ¿quién puede haber pensado en ello tanto como yo?».

«Pero usted no ha visto tanto mundo como yo. No sabe cuántas candidatas hay siempre para las *primeras* colocaciones. Vi muchísimo de eso en la vecindad de Maple Grove. Una prima del señor Suckling, la

señora Bragge, tenía una infinidad de solicitudes; todo el mundo estaba ansioso por entrar en su familia, porque ella se mueve en el primer círculo. ¡Velas de cera en el cuarto de estudio! ¡Imagínese lo deseable que es! De todas las casas del reino, la de la señora Bragge es en la que más me gustaría verla».

«El coronel y la señora Campbell estarán otra vez en Londres a mediados del verano», dijo Jane. «Tengo que pasar algún tiempo con ellos; estoy segura de que lo querrán; después probablemente me alegrará disponer de mí misma. Pero no quisiera que usted se tomara la molestia de hacer averiguaciones por ahora».

«¡Molestia! Sí, ya conozco sus escrúpulos. Tiene miedo de darme molestias; pero le aseguro, mi querida Jane, que a los Campbell difícilmente puede interesarles usted más que a mí. Le escribiré a la señora Partridge dentro de un día o dos, y le encargaré estrictamente que esté atenta a cualquier cosa conveniente».

«Gracias, pero preferiría que no le mencionara el asunto; hasta que se acerque más la fecha, no deseo estar dando molestias a nadie».

«Pero, mi querida niña, la fecha se está acercando; ya estamos en abril, y junio, o digamos incluso julio, está muy cerca, con semejante asunto por delante. ¡Su inexperiencia de veras me divierte! Una colocación como la que usted merece, y como la que sus amigos exigirían para usted, no se presenta todos los días ni se consigue de un momento para otro; de veras, de veras, tenemos que empezar a averiguar de inmediato».

«Perdone, señora, pero esa no es de ningún modo mi intención; yo misma no hago averiguaciones, y lamentaría que mis amigos las hicieran. Cuando esté del todo decidida en cuanto a la fecha, no temo en absoluto quedarme mucho tiempo sin empleo. Hay lugares en Londres, oficinas, donde preguntar pronto daría algún resultado. Oficinas para la venta... no exactamente de carne humana, pero sí de intelecto humano».

«¡Oh, querida, carne humana! Me escandaliza usted; si es una pulla

contra la trata de esclavos, le aseguro que el señor Suckling fue siempre más bien partidario de la abolición».

«No quise decir eso, no pensaba en la trata de esclavos», respondió Jane; «la trata de institutrices, se lo aseguro, era todo lo que tenía en mente; muy distinta, sin duda, en cuanto a la culpa de quienes la practican; pero en cuanto a la mayor desdicha de las víctimas, no sé dónde está. Pero solo quiero decir que hay agencias de anuncios, y que acudiendo a ellas no tendría duda de encontrar muy pronto algo que sirviera».

«¡Algo que sirviera!», repitió la señora Elton. «Sí, *eso* puede convenir a la humilde idea que tiene usted de sí misma; ya sé qué criatura tan modesta es usted; pero a sus amigos no les satisfará que se conforme con cualquier cosa que se ofrezca, con cualquier colocación inferior y común, en una familia que no se mueva en cierto círculo ni pueda permitirse las elegancias de la vida».

«Es usted muy amable; pero todo eso me es muy indiferente; estar con los ricos no sería para mí ningún objetivo; mis mortificaciones, creo, solo serían mayores; sufriría más por la comparación. Una familia de caballeros es todo lo que pondría como condición».

«La conozco, la conozco; usted se conformaría con cualquier cosa; pero yo seré un poco más exigente, y estoy segura de que los buenos Campbell estarán completamente de mi parte; con su talento superior, tiene derecho a moverse en el primer círculo. Solo sus conocimientos musicales le darían derecho a poner sus propias condiciones, a tener tantas habitaciones como quisiera y a alternar con la familia tanto como le pareciera; es decir... no sé... si supiera tocar el arpa, podría hacer todo eso, estoy muy segura; pero usted canta además de tocar; sí, de veras creo que podría, aun sin el arpa, estipular lo que quisiera; y debe quedar, y quedará, colocada de un modo delicioso, honroso y cómodo antes de que los Campbell o yo tengamos descanso».

«Bien puede usted poner juntos el deleite, el honor y la comodidad de semejante colocación», dijo Jane; «es bastante seguro que serán

iguales; sin embargo, hablo muy en serio cuando digo que no deseo que se intente nada por mí por ahora. Le estoy sumamente agradecida, señora Elton; estoy agradecida a cualquiera que se interese por mí, pero hablo muy en serio cuando deseo que no se haga nada hasta el verano. Por dos o tres meses más me quedaré donde estoy y como estoy».

«Y yo también hablo muy en serio, se lo aseguro», replicó alegremente la señora Elton, «cuando resuelvo estar siempre al acecho, y pedir a mis amigos que también lo estén, para que no se nos escape nada que sea de veras irreprochable».

De este modo siguió hablando, sin que nada la detuviera del todo hasta que el señor Woodhouse entró en la habitación; su vanidad cambió entonces de objeto, y Emma la oyó decirle a Jane, con la misma media voz:

«¡Aquí viene este querido galán mío, lo juro! ¡Piense nada más en la galantería de venir antes que los demás hombres! Qué criatura tan querida es; le aseguro que me gusta muchísimo. Admiro toda esa cortesía pintoresca y anticuada; es mucho más de mi gusto que la desenvoltura moderna; la desenvoltura moderna a menudo me repugna. Pero este buen señor Woodhouse... ojalá hubiera oído usted los discursos galantes que me dirigió en la cena. ¡Oh, le aseguro que empecé a pensar que mi *cara sposo* se iba a poner celoso de verdad! Me imagino que soy más bien una de sus preferidas; se fijó en mi vestido. ¿Qué le parece? Lo eligió Selina; bonito, creo, pero no sé si no está demasiado adornado; me disgusta muchísimo la idea de ir demasiado adornada; me horroriza el exceso de adornos. Ahora tengo que ponerme unos pocos, porque se espera de mí. Una novia, ¿sabe usted?, tiene que parecer una novia, pero mi gusto natural es todo sencillez; un estilo sencillo de vestir es infinitamente preferible a los adornos. Pero estoy bastante en minoría, creo; poca gente parece valorar la sencillez en el vestir; la ostentación y los adornos lo son todo. Tengo cierta idea de ponerle un adorno como este a mi popelina blanca y plateada. ¿Cree que quedará bien?».

Apenas se había vuelto a reunir todo el grupo en el salón cuando el señor Weston hizo su aparición entre ellos. Había vuelto para una cena tardía y había ido a pie a Hartfield en cuanto terminó. Los mejores jueces lo esperaban demasiado para que causara sorpresa, pero hubo gran alegría. El señor Woodhouse estaba casi tan contento de verlo ahora como lo habría lamentado si lo hubiera visto antes. Solo John Knightley quedó en mudo asombro. Que un hombre que podría haber pasado la velada tranquilamente en casa tras un día de negocios en Londres volviera a salir y caminara media milla hasta la casa de otro, por el gusto de estar en compañía variada hasta la hora de acostarse, de terminar su día en los esfuerzos de la cortesía y el ruido de la concurrencia, era una circunstancia que lo impresionaba hondamente. ¡Un hombre que había estado en movimiento desde las ocho de la mañana y podría estar ahora quieto, que había hablado mucho rato y podría estar callado, que había estado entre más de una multitud y podría estar solo! ¡Un hombre así, dejar la tranquilidad y la independencia de su propio hogar y, en la noche de un frío día de abril con aguanieve, lanzarse de nuevo al mundo! Si con un toque de su dedo hubiera podido llevarse al instante a su mujer, habría habido un motivo; pero su llegada probablemente prolongaría la reunión en lugar de disolverla. John Knightley lo miró con asombro, luego se encogió de hombros y dijo: «No lo habría creído ni siquiera de *él*».

El señor Weston, entretanto, sin sospechar en absoluto la indignación que estaba provocando, feliz y alegre como de costumbre, y con todo el derecho a ser el que más hablara que confiere un día pasado en cualquier parte fuera de casa, se hacía agradable entre los demás; y después de satisfacer las preguntas de su mujer sobre su cena, convenciéndola de que no se había olvidado ninguna de las cuidadosas instrucciones que ella había dado a los criados, y de difundir las noticias públicas que había oído, pasaba a una comunicación familiar que, aunque dirigida principalmente a la señora Weston, no tenía la menor duda de que sería sumamente interesante para todos los presentes. Le

dio una carta; era de Frank, y para ella; se la había encontrado en el camino y se había tomado la libertad de abrirla.

«Léela, léela», dijo, «te dará gusto; solo unas pocas líneas; no te llevará mucho; léesela a Emma».

Las dos damas la leyeron juntas; y él se quedó sentado sonriendo y hablándoles todo el tiempo, con una voz algo contenida, pero muy audible para todos.

«Bueno, viene, ya ves; buenas noticias, creo. Bueno, ¿qué dices? Siempre te dije que estaría aquí de nuevo pronto, ¿no es así? Anne, querida, ¿no te lo dije siempre, y tú no me creías? En Londres la semana próxima, ya ves; a más tardar, me imagino; porque *ella* es tan impaciente como el diablo cuando hay algo que hacer; lo más probable es que estén allá mañana o el sábado. En cuanto a su enfermedad, todo nada, por supuesto. Pero es excelente tener a Frank otra vez entre nosotros, tan cerca como Londres. Se quedarán un buen tiempo cuando vengan, y él pasará la mitad del tiempo con nosotros. Esto es precisamente lo que yo quería. Bueno, bastante buenas noticias, ¿no? ¿La terminaste? ¿Emma la leyó entera? Guárdala, guárdala; ya hablaremos largo de esto en otro momento, pero ahora no conviene. Solo voy a mencionarles el hecho a los demás de un modo corriente».

La señora Weston estaba de lo más cómodamente complacida con la ocasión. Nada tenía que contener sus miradas ni sus palabras. Era feliz, sabía que era feliz y sabía que debía ser feliz. Sus felicitaciones fueron cálidas y francas; pero Emma no podía hablar con tanta soltura. *Ella* estaba algo ocupada en sopesar sus propios sentimientos y en tratar de entender el grado de su agitación, que más bien creía que era considerable.

El señor Weston, sin embargo, demasiado impaciente para ser muy observador, demasiado comunicativo para necesitar que los demás hablaran, quedó muy satisfecho con lo que ella sí dijo, y pronto se alejó para hacer felices al resto de sus amigos con una comunicación parcial de lo que toda la sala ya debía de haber oído.

Fue una suerte que diera por sentada la alegría de todos, pues de otro modo quizá no habría pensado que el señor Woodhouse ni el señor Knightley estuvieran particularmente encantados. Eran los primeros con derecho, después de la señora Weston y Emma, a ser hechos felices; de ellos habría pasado a la señorita Fairfax, pero ella estaba tan absorta en la conversación con John Knightley que habría sido una interrupción demasiado marcada; y, al encontrarse junto a la señora Elton, con la atención libre, empezó necesariamente a hablar del asunto con ella.

Volumen II. Capítulo XVIII

«Espero tener pronto el placer de presentarle a mi hijo», dijo el señor Weston.

La señora Elton, muy dispuesta a suponer que con tal esperanza se le dirigía un cumplido particular, sonrió con suma amabilidad.

«Habrá oído hablar de cierto Frank Churchill, supongo», continuó él, «y sabrá que es mi hijo, aunque no lleva mi apellido».

«¡Oh, sí!, y me alegrará mucho conocerlo. Estoy segura de que el señor Elton no perderá tiempo en ir a visitarlo, y los dos tendremos gran placer en recibirlo en la vicaría».

«Es usted muy amable. Frank estará encantado, estoy seguro. Ha de llegar a Londres la semana próxima, si no antes. Nos lo avisa en una carta de hoy. Me crucé con el correo esta mañana por el camino y, al ver la letra de mi hijo, me tomé la libertad de abrirla, aunque no venía dirigida a mí, sino a la señora Weston. Ella es su corresponsal principal, se lo aseguro. Yo casi nunca recibo una carta».

«¡Y entonces abrió usted, nada menos, lo que venía dirigido a ella! ¡Oh, señor Weston! (riendo con afectación), tengo que protestar contra eso. ¡Un precedente de lo más peligroso, de veras! Le ruego que no deje que sus vecinos sigan su ejemplo. ¡Palabra!, si esto es lo que me espera, las mujeres casadas tendremos que empezar a hacernos valer. ¡Oh, señor Weston, no lo habría creído de usted!».

«Sí, los hombres somos unos sinvergüenzas. Usted cuídese, señora Elton. Esta carta nos dice (es una carta corta, escrita deprisa, solo para avisarnos), nos dice que van todos a Londres de inmediato, por la señora Churchill: no ha estado bien en todo el invierno y encuentra que Enscombe es demasiado frío para ella; así que se mudan todos al sur sin perder tiempo».

«¡No me diga! Desde Yorkshire, creo. ¿Enscombe está en Yorkshi-

re?».

«Sí, están a unas ciento noventa millas de Londres; un viaje considerable».

«Sí, palabra, muy considerable. Sesenta y cinco millas más que de Maple Grove a Londres. Pero ¿qué es la distancia, señor Weston, para la gente de gran fortuna? Le asombraría saber cómo vuela de un lado a otro, a veces, mi cuñado, el señor Suckling. Apenas va a creerme, pero dos veces en una semana él y el señor Bragge fueron a Londres y volvieron con cuatro caballos».

«Lo malo de la distancia desde Enscombe», dijo el señor Weston, «es que la señora Churchill, *según entendemos*, no ha podido dejar el sofá por una semana entera. En la última carta de Frank, decía él, se quejaba de estar demasiado débil para ir a su invernadero sin apoyarse en el brazo de él y en el de su tío. Eso, como comprenderá, indica una gran debilidad; pero ahora está tan impaciente por estar en Londres que piensa dormir solo dos noches en el camino. Eso escribe Frank. Sin duda, las damas delicadas tienen constituciones de lo más extraordinarias, señora Elton. Eso tiene que concedérmelo».

«No, de veras, no le concedo nada. Yo siempre tomo el partido de mi propio sexo. De veras que sí. Se lo advierto: en ese punto va a encontrar en mí una adversaria temible. Yo siempre defiendo a las mujeres, y le aseguro que, si supiera lo que siente Selina respecto de dormir en una posada, no le extrañaría que la señora Churchill haga esfuerzos increíbles por evitarlo. Selina dice que le causa verdadero horror, y creo que a mí se me ha pegado un poco de su delicadeza. Siempre viaja con sus propias sábanas; una precaución excelente. ¿La señora Churchill hace lo mismo?».

«Puede estar segura de que la señora Churchill hace todo lo que haya hecho jamás cualquier otra gran dama. La señora Churchill no se quedará atrás de ninguna dama del país en...».

La señora Elton lo interrumpió con viveza:

«¡Oh, señor Weston, no me entienda mal! Selina no es ninguna

gran dama, se lo aseguro. No se lleve esa idea».

«¿Ah, no? Entonces no sirve de norma para la señora Churchill, que es tan cabal gran dama como no ha visto nadie otra».

La señora Elton empezó a pensar que se había equivocado al negarlo con tanto calor. No era en absoluto su intención que se creyera que su hermana *no* era una gran dama; tal vez había faltado brío en la pretensión de serlo; y estaba considerando de qué modo le convendría retractarse cuando el señor Weston prosiguió.

«La señora Churchill no goza mucho de mi simpatía, como puede suponer; pero esto queda entre nosotros. Quiere mucho a Frank, y por eso no quisiera hablar mal de ella. Además, ahora está mal de salud; aunque *eso*, en verdad, según ella misma cuenta, lo ha estado siempre. No se lo diría a cualquiera, señora Elton, pero no tengo mucha fe en la enfermedad de la señora Churchill».

«Si de verdad está enferma, ¿por qué no va a Bath, señor Weston? ¿A Bath, o a Clifton?».

«Se le ha metido en la cabeza que Enscombe es demasiado frío para ella. La verdad, supongo, es que está cansada de Enscombe. Lleva ahora más tiempo quieta allí que nunca antes, y empieza a querer un cambio. Es un lugar retirado. Un lugar hermoso, pero muy retirado».

«Sí, como Maple Grove, me atrevo a decir. No hay nada más apartado del camino que Maple Grove. ¡Una arboleda inmensa todo alrededor! Una se siente aislada de todo, en el retiro más completo. Y la señora Churchill probablemente no tiene la salud ni el ánimo de Selina para disfrutar de esa clase de reclusión. O tal vez no tenga recursos suficientes en sí misma para estar hecha a la vida de campo. Yo siempre digo que una mujer nunca tiene demasiados recursos, y me siento muy agradecida de tener yo misma tantos que no dependo para nada de la sociedad».

«Frank estuvo aquí en febrero, quince días».

«Eso recuerdo haber oído. Cuando vuelva, encontrará una *adición* a la sociedad de Highbury; es decir, si puedo atreverme a llamarme a mí

misma una adición. Pero quizá nunca haya oído que existe semejante criatura en el mundo».

Era una invitación demasiado sonora a un cumplido para dejarla pasar, y el señor Weston, con muy buena gracia, exclamó en el acto:

«¡Mi querida señora! Nadie más que usted podría imaginar posible algo así. ¡No haber oído de usted! Creo que últimamente las cartas de la señora Weston han estado llenas de muy poco más que de la señora Elton».

Había cumplido con su deber y podía volver a su hijo.

«Cuando Frank se fue», continuó, «no se sabía en absoluto cuándo podríamos volver a verlo, y eso hace doblemente bienvenida la noticia de hoy. Ha sido del todo inesperada. Es decir, *yo* siempre estuve muy convencido de que volvería pronto, estaba seguro de que algo favorable iba a surgir; pero nadie me creía. Él y la señora Weston estaban terriblemente desanimados. "¿Cómo iba a arreglárselas para venir? ¿Y cómo suponer que sus tíos volverían a prescindir de él?", y cosas así. Yo siempre sentí que algo ocurriría a nuestro favor; y así ha sido, ya ve. He observado, señora Elton, en el curso de mi vida, que si las cosas van mal un mes, de seguro mejoran al siguiente».

«Muy cierto, señor Weston, cierto del todo. Es justamente lo que yo solía decirle a cierto caballero aquí presente en los días del cortejo, cuando, porque las cosas no iban del todo bien, no avanzaban con toda la rapidez que convenía a sus sentimientos, tendía a desesperarse y a exclamar que estaba seguro de que, a ese paso, llegaría *mayo* antes de que nos pusiéramos el manto azafranado de Himeneo. ¡Oh, lo que me costó disipar esas ideas sombrías y darle una visión más alegre! El coche... tuvimos contrariedades con el coche; una mañana, me acuerdo, vino a verme completamente desesperado».

La detuvo un ligero acceso de tos, y el señor Weston aprovechó al instante la ocasión de seguir.

«Usted mencionaba mayo. Mayo es justamente el mes en que a la señora Churchill le han ordenado, o se ha ordenado ella misma, pasar

en algún lugar más templado que Enscombe; en suma, pasarlo en Londres; de modo que tenemos la grata perspectiva de frecuentes visitas de Frank durante toda la primavera, precisamente la estación del año que uno habría elegido para ello: días casi en lo más largo; un tiempo benigno y agradable, que siempre invita a salir y nunca es demasiado caluroso para el ejercicio. Cuando estuvo aquí antes, le sacamos el mejor partido; pero hubo mucho tiempo mojado, húmedo y triste, como lo hay siempre en febrero, ya sabe, y no pudimos hacer ni la mitad de lo que pensábamos. Ahora será el momento. Será un goce completo; y no sé, señora Elton, si la incertidumbre de nuestros encuentros, esa especie de espera constante de que llegue hoy o mañana, y a cualquier hora, no favorece más la felicidad que tenerlo de verdad en casa. Creo que es así. Creo que es el estado de ánimo que da más vida y más deleite. Espero que mi hijo le agrade; pero no debe esperar un prodigio. En general se le tiene por un joven excelente, pero no espere un prodigio. La predilección de la señora Weston por él es muy grande y, como puede suponer, me es de lo más grata. Ella piensa que nadie lo iguala».

«Y le aseguro, señor Weston, que tengo muy pocas dudas de que mi opinión le será decididamente favorable. He oído tantos elogios del señor Frank Churchill. Al mismo tiempo, es justo advertir que soy de las que siempre juzgan por sí mismas y no se dejan guiar ciegamente por otros. Le advierto que juzgaré a su hijo según lo encuentre. Yo no soy aduladora».

El señor Weston estaba pensativo.

«Espero», dijo al cabo de un momento, «no haber sido severo con la pobre señora Churchill. Si está enferma, lamentaría ser injusto con ella; pero hay rasgos en su carácter que me hacen difícil hablar de ella con la indulgencia que quisiera. No puede usted ignorar, señora Elton, mi parentesco con la familia ni el trato que he recibido; y, entre nosotros, toda la culpa hay que echársela a ella. Ella fue la instigadora. La madre de Frank nunca habría sido desairada como lo fue si no hubiera

sido por ella. El señor Churchill tiene orgullo; pero su orgullo no es nada al lado del de su mujer: el de él es un orgullo tranquilo, indolente, de caballero, que no haría daño a nadie y solo lo vuelve a él un poco inútil y aburrido; ¡pero el orgullo de ella es arrogancia e insolencia! Y lo que hace menos soportable, no tiene ningún título legítimo de familia ni de linaje. No era nadie cuando él se casó con ella, apenas la hija de un caballero; pero desde que la convirtieron en una Churchill ha superado en churchillismo a todos ellos en pretensiones altivas y encumbradas; pero en sí misma, se lo aseguro, es una advenediza».

«¡Imagínese! Bueno, eso debe de ser de lo más irritante. Yo les tengo verdadero horror a los advenedizos. Maple Grove me ha dado un hondo disgusto por esa clase de gente, porque hay una familia en esa vecindad que es tal fastidio para mi cuñado y mi hermana, ¡por los aires que se dan! Su descripción de la señora Churchill me hizo pensar en ellos de inmediato. Gente de apellido Tupman, establecida allí muy recientemente, y cargada de muchas relaciones vulgares, pero que se da aires inmensos y espera estar en pie de igualdad con las familias antiguas y establecidas. Año y medio es lo más que pueden haber vivido en West Hall; y cómo hicieron su fortuna, nadie lo sabe. Vinieron de Birmingham, que no es un lugar que prometa mucho, ya sabe, señor Weston. No se esperan grandes cosas de Birmingham. Yo siempre digo que hay algo funesto en el sonido; pero nada más se sabe con certeza de los Tupman, aunque se sospechan bastantes cosas, se lo aseguro; y aun así, por sus modales, es evidente que se creen iguales incluso a mi cuñado, el señor Suckling, que resulta ser uno de sus vecinos más cercanos. Es infinitamente intolerable. El señor Suckling, que reside en Maple Grove desde hace once años, y cuyo padre la tuvo antes que él... al menos eso creo... estoy casi segura de que el viejo señor Suckling había completado la compra antes de morir».

Los interrumpieron. Estaban sirviendo el té, y el señor Weston, que había dicho todo lo que quería, pronto aprovechó la ocasión de alejarse.

Después del té, el señor y la señora Weston y el señor Elton se sentaron a jugar a las cartas con el señor Woodhouse. Los cinco restantes quedaron librados a sus propias fuerzas, y Emma dudaba de que se las arreglaran muy bien; porque el señor Knightley parecía poco dispuesto a conversar; la señora Elton reclamaba una atención que nadie tenía ganas de prestarle, y la propia Emma estaba en una agitación de ánimo que le habría hecho preferir quedarse callada.

El señor John Knightley resultó más conversador que su hermano. Debía partir temprano al día siguiente, y pronto empezó así:

«Bien, Emma, no creo que tenga nada más que decir sobre los niños; pero usted tiene la carta de su hermana, y allí está todo escrito con todo detalle, podemos estar seguros. Mis encargos serían mucho más breves que los de ella, y probablemente no muy en el mismo espíritu; todo lo que tengo que recomendarle se reduce a esto: no los consienta y no les dé remedios».

«Más bien espero dejarlos satisfechos a los dos», dijo Emma, «porque haré todo lo que esté en mi mano por hacerlos felices, lo que bastará para Isabella; y la felicidad debe excluir la falsa indulgencia y los remedios».

«Y si le dan molestias, tiene que mandarlos de vuelta a casa».

«Es muy probable. Usted lo cree así, ¿no?».

«Supongo que me doy cuenta de que pueden ser demasiado ruidosos para su padre, o incluso un estorbo para usted, si sus compromisos de visitas siguen aumentando tanto como últimamente».

«¡Aumentando!».

«Por supuesto; tiene que darse cuenta de que el último medio año ha supuesto una gran diferencia en su modo de vivir».

«¡Diferencia! No, de veras que no me doy cuenta».

«No cabe duda de que está mucho más ocupada con visitas que antes. Prueba de ello, este mismo momento. Aquí vengo yo por un solo día, ¡y usted tiene una cena! ¿Cuándo ocurrió antes algo así, o parecido? Su vecindario está creciendo y usted se mezcla más con él. Hace

poco, cada carta a Isabella traía noticia de nuevas diversiones: cenas en casa del señor Cole o bailes en la Corona. La diferencia que Randalls, solo Randalls, ha supuesto en sus andanzas es muy grande».

«Sí», dijo rápidamente su hermano, «es Randalls lo que lo hace todo».

«Muy bien; y como Randalls, supongo, no es probable que tenga menos influencia que hasta ahora, se me ocurre como cosa posible, Emma, que Henry y John estorben a veces. Y si es así, solo le ruego que los mande a casa».

«No», exclamó el señor Knightley, «no tiene por qué ser esa la consecuencia. Que los manden a Donwell. Yo de seguro tendré tiempo libre».

«¡Palabra!», exclamó Emma, «¡usted me divierte! Me gustaría saber cuántos de todos mis numerosos compromisos tienen lugar sin que usted forme parte del grupo, y por qué se supone que corro peligro de que me falte tiempo para atender a los niños. Estos asombrosos compromisos míos, ¿cuáles han sido? Cenar una vez con los Cole, y que se hablara de un baile que nunca se hizo. A usted lo entiendo (con un gesto de cabeza hacia el señor John Knightley): su buena fortuna de encontrarse aquí con tantos de sus amigos a la vez lo deleita demasiado para pasar inadvertida. Pero usted (volviéndose hacia el señor Knightley), que sabe qué poquísimas veces paso yo dos horas lejos de Hartfield, por qué habría de prever para mí semejante serie de disipaciones, no lo puedo imaginar. Y en cuanto a mis queridos niños, debo decir que, si la tía Emma no tiene tiempo para ellos, no creo que les fuera mucho mejor con el tío Knightley, que está fuera de casa unas cinco horas por cada una que ella se ausenta, y que, cuando está en casa, o lee para sí o arregla sus cuentas».

El señor Knightley parecía esforzarse por no sonreír; y lo logró sin dificultad cuando la señora Elton empezó a hablarle.

Volumen III. Capítulo I

Bastó una muy breve y tranquila reflexión para que Emma quedara satisfecha acerca de la naturaleza de su agitación al oír esa noticia de Frank Churchill. Pronto se convenció de que no era por sí misma por quien sentía alguna aprensión o turbación; era por él. Su propio apego se había reducido en verdad a una nada; no valía la pena pensar en él; pero si él, que sin duda había sido siempre, con mucho, el más enamorado de los dos, volvía con el mismo ardor de sentimiento que se había llevado, sería muy penoso. Si una separación de dos meses no lo había enfriado, había peligros y males ante ella: sería necesaria la cautela, por él y por ella misma. No pensaba dejar que sus propios afectos volvieran a enredarse, y le correspondería evitar dar cualquier aliento a los de él.

Deseaba poder impedir que llegara a una declaración formal. ¡Sería un final tan penoso para su actual amistad! Y sin embargo no podía evitar más bien anticipar algo decisivo. Sentía como si la primavera no fuera a pasar sin traer una crisis, un acontecimiento, un algo que alterara su actual estado de serenidad y sosiego.

No pasó mucho tiempo, aunque sí algo más del que el señor Weston había previsto, antes de que ella pudiera formarse alguna opinión de los sentimientos de Frank Churchill. La familia de Enscombe no estuvo en Londres tan pronto como se había imaginado, pero él estuvo en Highbury muy poco después. Vino a caballo por un par de horas; todavía no podía hacer más; pero como de Randalls fue inmediatamente a Hartfield, ella pudo entonces ejercer toda su rápida observación y determinar en seguida cómo estaba él dispuesto y cómo debía obrar ella. Se encontraron con la mayor cordialidad. No cabía duda de su gran placer al verla. Pero ella dudó casi al instante de que él la quisiera como antes, de que sintiera la misma ternura en el mismo grado. Lo ob-

servó bien. Estaba claro que estaba menos enamorado que antes. La ausencia, junto, probablemente, con la convicción de la indiferencia de ella, había producido ese efecto tan natural y tan deseable.

Estaba de excelente ánimo; tan dispuesto a hablar y a reír como siempre, y parecía encantado de hablar de su visita anterior y de volver a viejas historias; y no estaba exento de agitación. No fue en su calma donde ella leyó su relativa indiferencia. No estaba tranquilo; su ánimo estaba a todas luces inquieto; había en él cierto desasosiego. Por animado que estuviera, parecía una animación que no lo satisfacía ni a él mismo; pero lo que decidió la opinión de ella al respecto fue que se quedara solo un cuarto de hora y se fuera deprisa a hacer otras visitas en Highbury. «Había visto un grupo de viejos conocidos en la calle al pasar; no se había detenido, no quería detenerse más que para una palabra; pero tenía la vanidad de pensar que se sentirían decepcionados si no los visitaba, y, por mucho que deseara quedarse más tiempo en Hartfield, tenía que irse deprisa». Ella no dudaba de que estuviera menos enamorado; pero ni su ánimo agitado ni su partida apresurada parecían propios de una curación completa; y se inclinaba más bien a pensar que significaban temor al poder que ella pudiera recobrar, y una discreta resolución de no fiarse de sí mismo a su lado por mucho rato.

Esa fue la única visita de Frank Churchill en el curso de diez días. A menudo esperaba venir, se proponía venir, pero siempre se lo impedía algo. Su tía no soportaba que la dejara. Así lo contaba él mismo en Randalls. Si era del todo sincero, si de verdad intentaba venir, había que inferir que el traslado de la señora Churchill a Londres no le había servido de nada a la parte caprichosa o nerviosa de su mal. Que estaba realmente enferma era muy cierto; él se había declarado convencido de ello en Randalls. Aunque mucho pudiera ser imaginación, no podía dudar, mirando hacia atrás, de que su salud estaba más débil que medio año antes. No creía que proviniera de algo que los cuidados y los remedios no pudieran quitar, o al menos que le impidiera tener mu-

chos años de vida por delante; pero no hubo modo de que, con todas las dudas de su padre, dijera que sus males eran meramente imaginarios o que estaba tan fuerte como siempre.

Pronto se vio que Londres no era lugar para ella. No soportaba su ruido. Sus nervios sufrían una irritación y un padecimiento continuos; y al cabo de los diez días, la carta de su sobrino a Randalls comunicó un cambio de planes. Iban a trasladarse inmediatamente a Richmond. A la señora Churchill le habían recomendado la ciencia médica de una persona eminente de allí, y además el lugar le gustaba. Se tomó una casa amueblada en un sitio predilecto, y se esperaba mucho beneficio del cambio.

Emma supo que Frank escribía con el mejor de los ánimos sobre este arreglo, y que parecía apreciar en todo su valor la dicha de tener por delante dos meses de tan estrecha vecindad con muchos amigos queridos, porque la casa se había tomado para mayo y junio. Le dijeron que ahora escribía con la mayor confianza de estar a menudo con ellos, casi tan a menudo como él mismo pudiera desear.

Emma vio cómo entendía el señor Weston estas gozosas perspectivas. La consideraba a ella la fuente de toda la felicidad que ofrecían. Ella esperaba que no fuera así. Los dos meses lo pondrían a prueba.

La felicidad del propio señor Weston era indiscutible. Estaba encantado. Era justamente la circunstancia que habría podido desear. Ahora sí que tendrían de verdad a Frank en la vecindad. ¿Qué eran nueve millas para un joven? Una hora a caballo. Vendría continuamente. La diferencia, en ese aspecto, entre Richmond y Londres bastaba para hacer toda la diferencia entre verlo siempre y no verlo nunca. Dieciséis millas, no, dieciocho (tenían que ser dieciocho cabales hasta Manchester Street), eran un obstáculo serio. Si alguna vez lograba escaparse, el día se le iría en venir y en volver. No había consuelo en tenerlo en Londres; lo mismo daba que estuviera en Enscombe; pero Richmond estaba justo a la distancia para un trato fácil. ¡Mejor que si estuviera más cerca!

Una cosa buena quedó de inmediato asegurada con este traslado: el baile en la Corona. No se había olvidado antes, pero pronto se había reconocido que era inútil intentar fijar un día. Ahora, sin embargo, iba a hacerse sin falta; se reanudaron todos los preparativos, y muy poco después de que los Churchill se trasladaran a Richmond, unas líneas de Frank, en que decía que su tía ya se sentía mucho mejor con el cambio y que no dudaba de poder reunirse con ellos por veinticuatro horas en cualquier momento que se fijara, los movieron a señalar un día lo más próximo posible.

El baile del señor Weston iba a ser una realidad. Muy pocos mañanas se interponían entre los jóvenes de Highbury y la felicidad.

El señor Woodhouse estaba resignado. La época del año le aliviaba el mal. Mayo era mejor que febrero para todo. La señora Bates estaba comprometida a pasar la velada en Hartfield, James había sido debidamente avisado, y él esperaba confiado que ni al querido pequeño Henry ni al querido pequeño John les pasara nada mientras la querida Emma estuviera fuera.

Volumen III. Capítulo II

Esta vez ninguna desgracia vino a impedir el baile. El día se acercó, el día llegó; y tras una mañana de cierta ansiosa vigilancia, Frank Churchill, con toda la certeza de su propia persona, llegó a Randalls antes de la cena, y todo quedó a salvo.

Aún no había habido un segundo encuentro entre él y Emma. El salón de la Corona iba a ser testigo de él; pero sería mejor que un encuentro corriente entre la multitud. El señor Weston le había rogado con tanto empeño que llegara allí lo antes posible después de ellos, para pedirle su opinión sobre el decoro y la comodidad de las salas antes de que llegara nadie más, que ella no pudo negárselo, y tendría por tanto que pasar un rato tranquilo en compañía del joven. Iba a llevar a Harriet, y llegaron en coche a la Corona con tiempo de sobra, los de Randalls justo lo suficiente antes que ellas.

Frank Churchill parecía haber estado al acecho; y aunque no dijo mucho, sus ojos declaraban que pensaba pasar una velada deliciosa. Recorrieron juntos las salas para ver que todo estuviera como debía; y a los pocos minutos se les unió el contenido de otro coche, cuyo ruido Emma no pudo oír al principio sin gran sorpresa. «¡Tan absurdamente temprano!», iba a exclamar; pero pronto descubrió que era una familia de viejos amigos que venía, como ella, a petición expresa, a ayudar al juicio del señor Weston; y a estos los siguió tan de cerca otro coche de primos, a quienes se había rogado que vinieran temprano con el mismo empeño distinguido y con el mismo fin, que parecía que la mitad de los invitados pronto estaría reunida con el propósito de una inspección preparatoria.

Emma advirtió que su gusto no era el único gusto en que confiaba el señor Weston, y sintió que ser la favorita y la íntima de un hombre que tenía tantos íntimos y confidentes no era la primera distinción en

la escala de la vanidad. Le gustaban sus modales francos, pero un poco menos de franqueza de corazón le habría dado un carácter más elevado. La benevolencia general, pero no la amistad general, hacía a un hombre lo que debía ser. Ella podía imaginar a un hombre así. Todo el grupo recorrió las salas, miró y volvió a elogiar; y luego, como no tenían otra cosa que hacer, formaron una especie de semicírculo alrededor del fuego, para observar cada uno a su modo, hasta que se plantearon otros temas, que, aunque fuera *mayo*, un fuego por la noche seguía siendo muy agradable.

Emma comprobó que no era culpa del señor Weston que el número de consejeros privados no fuera aún mayor. Se habían detenido a la puerta de la señora Bates para ofrecer el uso de su coche, pero a la tía y a la sobrina iban a traerlas los Elton.

Frank estaba de pie junto a ella, pero no quieto; había en él un desasosiego que revelaba un espíritu intranquilo. Miraba a su alrededor, iba hacia la puerta, estaba atento al ruido de otros coches, impaciente por empezar o temeroso de estar siempre cerca de ella.

Se habló de la señora Elton. «Creo que debe de estar por llegar», dijo él. «Tengo mucha curiosidad por ver a la señora Elton; he oído hablar tanto de ella. No puede tardar mucho, creo, en llegar».

Se oyó un coche. Él se puso en movimiento al instante; pero, volviendo, dijo:

«Me olvido de que no la conozco. Nunca he visto ni al señor ni a la señora Elton. No tengo por qué adelantarme».

Aparecieron el señor y la señora Elton, y se cumplieron todas las sonrisas y todas las cortesías.

«¡Pero la señorita Bates y la señorita Fairfax!», dijo el señor Weston, mirando a su alrededor. «Creíamos que ustedes iban a traerlas».

El error había sido pequeño. Ahora se mandó el coche a buscarlas. Emma ansiaba saber cuál sería la primera opinión de Frank sobre la señora Elton; cómo lo impresionaban la estudiada elegancia de su vestido y sus sonrisas de amabilidad. Él se puso de inmediato en condicio-

nes de formarse una opinión, prestándole una atención muy correcta después de la presentación.

A los pocos minutos volvió el coche. Alguien habló de lluvia. «Me ocuparé de que haya paraguas, padre», le dijo Frank a su padre; «no hay que olvidarse de la señorita Bates»; y allá se fue. El señor Weston iba a seguirlo; pero la señora Elton lo detuvo para halagarlo con su opinión sobre su hijo; y empezó con tanta viveza que el propio joven, aunque no se movía en absoluto despacio, apenas podía estar fuera del alcance de su voz.

«Un joven de veras excelente, señor Weston. Ya sabe que le dije con franqueza que me formaría mi propia opinión; y me alegra decir que me ha agradado muchísimo. Puede creerme. Yo nunca hago cumplidos. Me parece un joven muy apuesto, y sus modales son precisamente los que me gustan y apruebo: tan verdaderamente caballero, sin la menor presunción ni petulancia de pisaverde. Ha de saber que les tengo una enorme antipatía a los pisaverdes; verdadero horror. Nunca se los toleró en Maple Grove. Ni el señor Suckling ni yo tuvimos nunca paciencia con ellos; ¡y a veces solíamos decir cosas muy mordaces! Selina, que es suave casi hasta el defecto, los soportaba mucho mejor».

Mientras ella hablaba de su hijo, la atención del señor Weston quedó encadenada; pero cuando llegó a Maple Grove, pudo recordar que había damas recién llegadas a quienes atender, y con alegres sonrisas tuvo que irse deprisa.

La señora Elton se volvió hacia la señora Weston. «No me cabe duda de que es nuestro coche con la señorita Bates y Jane. ¡Nuestro cochero y nuestros caballos son tan sumamente rápidos! Creo que vamos más rápido que nadie. ¡Qué placer es mandar el propio coche a buscar a una amiga! Entiendo que usted tuvo la amabilidad de ofrecerlo, pero otra vez será del todo innecesario. Puede estar muy segura de que yo siempre me ocuparé de *ellas*».

La señorita Bates y la señorita Fairfax, escoltadas por los dos caballeros, entraron en la sala; y la señora Elton pareció pensar que recibir-

las era tan deber suyo como de la señora Weston. Sus gestos y movimientos podía entenderlos cualquiera que mirara como Emma; pero sus palabras, las palabras de todos, quedaron pronto ahogadas bajo el flujo incesante de la señorita Bates, que entró hablando y no terminó su discurso hasta muchos minutos después de haber sido admitida en el círculo junto al fuego. Al abrirse la puerta se la oyó:

«¡Tan amable de su parte! Nada de lluvia. Nada que importe. Por mí no me preocupo. Zapatos bien gruesos. Y Jane asegura... ¡Vaya! (en cuanto cruzó la puerta) ¡Vaya! ¡Esto sí que es espléndido! ¡Esto es admirable! Excelentemente dispuesto, palabra. No falta nada. No me lo habría imaginado. ¡Tan bien iluminado! Jane, Jane, ¡mira! ¿Has visto alguna vez algo así? ¡Oh, señor Weston, usted debe de haber tenido de veras la lámpara de Aladino! La buena señora Stokes no reconocería su propia sala. La vi al entrar; estaba de pie en la entrada. "¡Oh, señora Stokes!", le dije; pero no tuve tiempo para más». Ahora la recibía la señora Weston. «Muy bien, gracias, señora. Espero que usted esté muy bien. Me alegra mucho saberlo. ¡Tenía tanto miedo de que tuviera dolor de cabeza!, viéndola pasar tan a menudo y sabiendo cuánto trabajo debe de haber tenido. Encantada de saberlo, de veras. ¡Ah, querida señora Elton, tan agradecida por el coche! Excelente hora. Jane y yo, listas del todo. No hicimos esperar a los caballos ni un momento. Comodísimo coche. ¡Oh!, y estoy segura de que le debemos las gracias a usted, señora Weston, por eso mismo. La señora Elton le había mandado una nota a Jane, con toda amabilidad, o habríamos estado... ¡Pero dos ofrecimientos así en un solo día! Nunca hubo vecinos semejantes. Le dije a mi madre: "Palabra, señora...". Gracias, mi madre está notablemente bien. Se fue a casa del señor Woodhouse. La hice llevar su chal, porque las noches no son templadas, su chal grande nuevo, el regalo de bodas de la señora Dixon. ¡Tan amable de su parte acordarse de mi madre! Comprado en Weymouth, ya sabe; lo eligió el señor Dixon. Había otros tres, dice Jane, entre los que dudaron un buen rato. El coronel Campbell prefería más bien uno color oliva. Mi querida Jane, ¿es-

tás segura de que no te mojaste los pies? No fueron más que una o dos gotas, pero tengo tanto miedo... pero el señor Frank Churchill fue tan sumamente... y había una estera donde pisar... nunca olvidaré su extrema cortesía. ¡Oh, señor Frank Churchill!, tengo que contarle que los anteojos de mi madre no han vuelto a fallar desde entonces; el remache nunca volvió a salirse. Mi madre habla a menudo de su bondad. ¿No es así, Jane? ¿No hablamos a menudo del señor Frank Churchill? ¡Ah, aquí está la señorita Woodhouse! Querida señorita Woodhouse, ¿cómo está usted? Muy bien, gracias, muy bien. ¡Esto es como encontrarse en el país de las hadas! ¡Qué transformación! No debo hacer cumplidos, ya lo sé (mirando a Emma con gran complacencia), eso sería descortés; pero palabra, señorita Woodhouse, usted está... ¿qué le parece el peinado de Jane? Usted es buen juez. Se lo hizo todo ella sola. ¡Es asombroso cómo se peina! Creo que ningún peluquero de Londres podría. ¡Ah, el doctor Hughes, vaya, y la señora Hughes! Tengo que ir a saludar un momento al doctor y a la señora Hughes. ¿Cómo están? ¿Cómo están? Muy bien, gracias. Esto es delicioso, ¿no es cierto? ¿Dónde está el querido señor Richard? ¡Oh, ahí está! No lo molesten. Mucho mejor ocupado conversando con las señoritas. ¿Cómo está, señor Richard? Lo vi el otro día cuando pasaba a caballo por el pueblo... ¡La señora Otway, vaya!, y el buen señor Otway, y la señorita Otway y la señorita Caroline. ¡Cuántos amigos! ¡Y el señor George y el señor Arthur! ¿Cómo están? ¿Cómo están todos? Muy bien, muy agradecida. Nunca mejor. ¿No oigo otro coche? ¿Quién podrá ser? Muy probablemente los dignos Cole. ¡Palabra, qué encanto estar aquí entre tantos amigos! ¡Y qué fuego tan espléndido! Estoy asada del todo. Café no, gracias, para mí no; nunca tomo café. Un poco de té, si me hace el favor, señor, dentro de un rato, sin apuro... ¡Oh, aquí viene! ¡Todo tan bueno!».

Frank Churchill volvió a su puesto junto a Emma; y en cuanto la señorita Bates se calló, ella se encontró oyendo forzosamente la conversación de la señora Elton y la señorita Fairfax, que estaban de pie un

poco detrás de ella. Él estaba pensativo. Si también él estaba oyendo, ella no pudo determinarlo. Después de muchos cumplidos a Jane por su vestido y su aspecto, cumplidos recibidos con mucha calma y corrección, era evidente que la señora Elton quería que la cumplimentaran a ella; y empezó: «¿Qué le parece mi vestido? ¿Qué le parecen mis adornos? ¿Qué tal me ha peinado Wright?», con muchas otras preguntas relativas, todas respondidas con paciente cortesía. La señora Elton dijo entonces: «Nadie puede pensar menos que yo en la ropa en general; pero en una ocasión como esta, cuando los ojos de todos están tan puestos en mí, y por cumplido con los Weston, que sin duda dan este baile principalmente en mi honor, no quisiera ser menos que las demás. Y veo muy pocas perlas en la sala, salvo las mías. Así que Frank Churchill es un bailarín de primera, según tengo entendido. Ya veremos si nuestros estilos congenian. Un joven excelente, sin duda, es Frank Churchill. Me gusta mucho».

En ese momento Frank empezó a hablar con tanto brío que Emma no pudo menos que imaginar que había oído sus propios elogios y no quería oír más; y las voces de las damas quedaron ahogadas por un rato, hasta que otra pausa volvió a traer con claridad el tono de la señora Elton. El señor Elton acababa de unirse a ellas, y su esposa exclamaba:

«¡Oh!, conque por fin nos has descubierto en nuestro retiro, ¿eh? En este momento le decía a Jane que pensaba que empezarías a impacientarte por tener noticias nuestras».

«¡Jane!», repitió Frank Churchill, con una mirada de sorpresa y desagrado. «Eso es mucha familiaridad; pero supongo que la señorita Fairfax no lo desaprueba».

«¿Qué le parece la señora Elton?», dijo Emma en un susurro.

«Nada en absoluto».

«Es usted un ingrato».

«¡Ingrato! ¿Qué quiere decir?». Luego, pasando del ceño a la sonrisa: «No, no me lo diga; no quiero saber qué quiere decir. ¿Dónde está

mi padre? ¿Cuándo vamos a empezar a bailar?».

Emma apenas podía entenderlo; parecía de un humor extraño. Se fue a buscar a su padre, pero pronto estuvo de vuelta con el señor y la señora Weston. Los había encontrado en una pequeña perplejidad que había que exponerle a Emma. A la señora Weston se le acababa de ocurrir que había que pedirle a la señora Elton que abriera el baile; que ella lo esperaría; lo cual chocaba con todos sus deseos de conceder esa distinción a Emma. Emma oyó la triste verdad con entereza.

«¿Y qué haremos para darle una pareja adecuada?», dijo el señor Weston. «Ella pensará que Frank debería sacarla».

Frank se volvió al instante hacia Emma para reclamar su promesa anterior, y se jactó de ser un hombre comprometido, lo cual su padre aprobó con la mirada más cabal; y entonces resultó que la señora Weston quería que fuera *él* mismo quien bailara con la señora Elton, y que lo que tenían que hacer era ayudar a persuadirlo, cosa que se logró bastante pronto. El señor Weston y la señora Elton abrieron la marcha; el señor Frank Churchill y la señorita Woodhouse los siguieron. Emma tuvo que resignarse a quedar en segundo lugar detrás de la señora Elton, aunque siempre había considerado el baile como algo especialmente suyo. Era casi suficiente para hacerla pensar en casarse. La señora Elton tenía sin duda la ventaja, en ese momento, de una vanidad completamente satisfecha; porque, aunque había pensado empezar con Frank Churchill, no podía perder con el cambio. El señor Weston quizá era superior a su hijo. Pese a este pequeño roce, sin embargo, Emma sonreía de gusto, encantada de ver la respetable longitud de la fila a medida que se formaba, y de sentir que tenía por delante tantas horas de una fiesta poco común. Lo que más la inquietaba era que el señor Knightley no bailara. Allí estaba, entre los que miraban, donde no debía estar; debería estar bailando, y no contarse entre los maridos, los padres y los jugadores de whist, que fingían interesarse por el baile hasta que se armaran sus partidas... ¡con lo joven que se veía! Quizá en ninguna parte habría podido lucir más que donde se había

colocado. Su figura alta, firme y erguida, entre las formas voluminosas y los hombros encorvados de los hombres mayores, era tal, sentía Emma, que debía atraer los ojos de todos; y, salvo su propia pareja, no había entre toda la fila de jóvenes uno que pudiera comparársele. Se acercó unos pasos, y esos pocos pasos bastaron para demostrar de qué modo tan caballeroso, con qué gracia natural, habría bailado, con solo tomarse la molestia. Cada vez que ella cruzaba la mirada con él, lo obligaba a sonreír; pero en general se lo veía serio. Ella deseaba que le gustaran más los salones de baile, y que le gustara más Frank Churchill. Parecía observarla a menudo. No debía halagarse pensando que él se fijaba en cómo bailaba; pero si criticaba su conducta, no sentía temor. No había nada parecido a un coqueteo entre ella y su pareja. Parecían más amigos alegres y sin cumplidos que enamorados. Que Frank Churchill pensaba menos en ella que antes era indudable.

El baile prosiguió agradablemente. Los ansiosos cuidados, las incesantes atenciones de la señora Weston no se desperdiciaron. Todos parecían felices; y el elogio de ser un baile delicioso, que rara vez se concede hasta que un baile ha dejado de existir, se le dio a este repetidamente desde el comienzo mismo de su existencia. De acontecimientos muy importantes, muy dignos de registrarse, no fue más fecundo que lo que suelen serlo tales reuniones. Hubo uno, sin embargo, al que Emma dio cierta importancia. Habían empezado los dos últimos bailes antes de la cena, y Harriet no tenía pareja: la única señorita sentada; y hasta entonces había sido tan parejo el número de bailarines, ¡que era de admirar cómo podía haber alguien libre! Pero la sorpresa de Emma disminuyó poco después, al ver al señor Elton paseándose sin rumbo. No sacaría a bailar a Harriet si podía evitarlo: estaba segura de que no lo haría, y esperaba a cada momento verlo escapar a la sala de juego.

Escapar, sin embargo, no era su plan. Vino a la parte de la sala donde estaban reunidos los que estaban sentados, habló con algunos y se paseó delante de ellos, como para mostrar su libertad y su resolución de conservarla. No dejó de ponerse a veces justo delante de la señorita

Smith, o de hablar con los que estaban junto a ella. Emma lo vio. Ella aún no bailaba; iba subiendo desde el final de la fila y tenía por tanto tiempo para mirar a su alrededor, y con solo volver un poco la cabeza lo vio todo. Cuando estuvo a mitad de la fila, todo el grupo quedó justo detrás de ella, y no quiso seguir permitiendo que sus ojos vigilaran; pero el señor Elton estaba tan cerca que oyó cada sílaba de un diálogo que se produjo en ese momento entre él y la señora Weston; y advirtió que su esposa, que estaba inmediatamente por encima de ella en la fila, no solo escuchaba también, sino que incluso lo animaba con miradas elocuentes. La bondadosa y dulce señora Weston había dejado su asiento para acercarse a él y decirle: «¿No baila usted, señor Elton?», a lo que él respondió prontamente: «Con muchísimo gusto, señora Weston, si usted baila conmigo».

«¡Yo! ¡Oh, no! Le conseguiría una pareja mejor que yo. Yo no bailo».

«Si la señora Gilbert desea bailar», dijo él, «tendré mucho gusto, estoy seguro; porque, aunque empiezo a sentirme ya un viejo casado y que mis días de baile han pasado, me daría muchísimo gusto en cualquier momento bailar con una vieja amiga como la señora Gilbert».

«La señora Gilbert no piensa bailar, pero hay una señorita libre a quien me alegraría mucho ver bailando: la señorita Smith». «¡La señorita Smith! ¡Oh! No me había fijado. Es usted sumamente amable, y si no fuera yo un viejo casado... Pero mis días de baile han pasado, señora Weston. Usted me disculpará. Cualquier otra cosa la haría con muchísimo gusto, a sus órdenes; pero mis días de baile han pasado».

La señora Weston no dijo más; y Emma pudo imaginar con qué sorpresa y mortificación debía de estar volviendo a su asiento. ¡Este era el señor Elton! El amable, complaciente, gentil señor Elton. Ella miró a su alrededor un momento; él se había unido al señor Knightley a poca distancia y se acomodaba para una conversación en regla, mientras se cruzaban sonrisas de gran regocijo entre él y su esposa.

No quiso mirar otra vez. Le ardía el corazón, y temía que la cara le

ardiera igual.

Al momento la cautivó una escena más feliz: ¡el señor Knightley llevando a Harriet a la fila! Nunca había estado más sorprendida, pocas veces más encantada que en ese instante. Era toda placer y gratitud, tanto por Harriet como por ella misma, y ansiaba darle las gracias; y aunque estaba demasiado lejos para hablar, su semblante dijo mucho en cuanto pudo volver a cruzar la mirada con él.

Su modo de bailar resultó ser justo lo que ella había creído, excelente; y Harriet habría parecido casi demasiado afortunada, de no ser por la cruel situación de antes y por el goce tan completo y el sentido tan alto de la distinción que anunciaban sus rasgos felices. No se le desperdició: saltaba más alto que nunca, volaba más lejos por el centro y no dejaba de sonreír.

El señor Elton se había retirado a la sala de juego, con aire (así confiaba Emma) muy necio. Ella no creía que estuviera tan endurecido como su esposa, aunque se le iba pareciendo mucho; *ella* expresó algo de sus sentimientos observando en voz alta a su pareja:

«¡Knightley se ha compadecido de la pobre señorita Smith! Muy bondadoso, de veras».

Se anunció la cena. Empezó el movimiento; y desde ese momento se pudo oír a la señorita Bates, sin interrupción, hasta que estuvo sentada a la mesa y tomó la cuchara.

«Jane, Jane, mi querida Jane, ¿dónde estás? Aquí tienes tu esclavina. La señora Weston te ruega que te pongas la esclavina. Dice que teme que haya corrientes de aire en el pasillo, aunque se ha hecho todo... Una puerta clavada... Montones de esteras... Mi querida Jane, de veras tienes que ponértela. Señor Churchill, ¡oh, es usted demasiado amable! ¡Qué bien se la pone! ¡Tan agradecida! ¡Excelente baile, de veras! Sí, querida, corrí a casa, como dije que haría, a ayudar a la abuela a acostarse, y volví, y nadie me echó de menos. Salí sin decir una palabra, tal como te dije. La abuela estaba muy bien, pasó una velada encantadora con el señor Woodhouse, muchísima charla, y backgam-

mon. Se hizo té abajo, galletas y manzanas asadas y vino antes de que se viniera; una suerte asombrosa en algunas de sus tiradas; y preguntó mucho por ti, cómo te divertías y quiénes eran tus parejas. "¡Oh!", le dije, "no voy a adelantarme a Jane; la dejé bailando con el señor George Otway; le encantará contárselo todo ella misma mañana: su primera pareja fue el señor Elton, no sé quién la sacará después, quizá el señor William Cox". Mi querido señor, es usted demasiado amable. ¿No hay nadie a quien prefiera...? No estoy desvalida. Señor, es usted amabilísimo. ¡Palabra, Jane de un brazo y yo del otro! Esperen, esperen, retrocedamos un poco, ahí va la señora Elton; ¡la querida señora Elton, qué elegante está! ¡Un encaje precioso! Ahora la seguimos todos en su cortejo. ¡Toda una reina de la velada! Bueno, aquí estamos en el pasillo. Dos escalones, Jane, cuidado con los dos escalones. ¡Oh, no, hay uno solo! Vaya, estaba convencida de que eran dos. ¡Qué raro! Estaba convencida de que había dos, y hay uno solo. Nunca vi nada igual a la comodidad y el estilo... Velas por todas partes. Te estaba hablando de tu abuela, Jane... Hubo una pequeña decepción. Las manzanas asadas y las galletas, excelentes en su género, ya sabes; pero al principio trajeron una delicada fricasé de mollejas y unos espárragos, y el buen señor Woodhouse, pensando que los espárragos no estaban bastante cocidos, lo mandó todo de vuelta. Y no hay nada que le guste más a la abuela que las mollejas y los espárragos; así que quedó algo decepcionada, pero acordamos no decírselo a nadie, no fuera a llegar a oídos de la querida señorita Woodhouse, ¡que lo sentiría tanto! Bueno, ¡esto es espléndido! ¡Estoy maravillada! ¡No me lo habría imaginado! ¡Qué elegancia y qué abundancia! No he visto nada igual desde... Bueno, ¿dónde nos sentamos? ¿Dónde nos sentamos? En cualquier parte, con tal que Jane no quede en una corriente de aire. Donde me siente *yo* no tiene importancia. ¡Oh! ¿Usted recomienda este lado? Bueno, de seguro, señor Churchill... solo que parece demasiado bueno... pero como usted quiera. Lo que usted disponga en esta casa no puede estar mal. Querida Jane, ¿cómo vamos a acordarnos de la mitad de los pla-

tos para la abuela? ¡Sopa también! ¡Válgame! No deberían servirme tan pronto, pero huele de lo más bien, y no puedo evitar empezar».

Emma no tuvo ocasión de hablar con el señor Knightley hasta después de la cena; pero, cuando estuvieron todos otra vez en el salón de baile, sus ojos lo invitaron irresistiblemente a acercarse a ella para recibir su agradecimiento. Él reprobó con calor la conducta del señor Elton; había sido una grosería imperdonable; y las miradas de la señora Elton recibieron también su debida parte de censura.

«Pretendían herir a alguien más que a Harriet», dijo él. «Emma, ¿por qué son sus enemigos?».

Miraba con sonriente penetración; y, al no recibir respuesta, añadió: «*Ella* no debería estar enojada con usted, sospecho, lo esté él o no. A esa conjetura no dice usted nada, por supuesto; pero confiese, Emma, que usted sí quería que él se casara con Harriet».

«Sí quería», respondió Emma, «y no pueden perdonármelo».

Él movió la cabeza; pero lo acompañó una sonrisa de indulgencia, y solo dijo:

«No voy a regañarla. La dejo con sus propias reflexiones».

«¿Puede usted confiarme a semejantes aduladores? ¿Me dice alguna vez mi espíritu vanidoso que estoy equivocada?».

«No su espíritu vanidoso, sino su espíritu serio. Si uno la lleva por mal camino, estoy seguro de que el otro se lo dice».

«Reconozco que me equivoqué por completo con el señor Elton. Hay en él una mezquindad que usted descubrió y yo no; y yo estaba plenamente convencida de que estaba enamorado de Harriet. ¡Fue por una serie de extraños desatinos!».

«Y, en pago de que reconozca usted tanto, le haré la justicia de decir que usted habría elegido para él mejor que lo que él ha elegido para sí mismo. Harriet Smith tiene algunas cualidades de primer orden de las que la señora Elton carece por completo. Una muchacha sin pretensiones, sencilla de corazón, sin artificio; infinitamente preferible, para cualquier hombre de juicio y de gusto, a una mujer como la seño-

ra Elton. Encontré a Harriet más conversadora de lo que esperaba».

Emma quedó sumamente complacida. Los interrumpió el bullicio del señor Weston, que llamaba a todos a volver a bailar.

«¡Vamos, señorita Woodhouse, señorita Otway, señorita Fairfax!, ¿qué están haciendo todas? Vamos, Emma, dé el ejemplo a sus compañeras. ¡Todos están perezosos! ¡Todos están dormidos!».

«Estoy lista», dijo Emma, «en cuanto me necesiten».

«¿Con quién va a bailar?», preguntó el señor Knightley.

Ella vaciló un momento y luego respondió: «Con usted, si me lo pide».

«¿Bailaría usted?», dijo él, ofreciéndole la mano.

«Claro que sí. Ha demostrado que sabe bailar, y ya sabe que en realidad no somos tan hermano y hermana como para que sea en absoluto impropio».

«¡Hermano y hermana! No, de veras que no».

Volumen III. Capítulo III

Esta pequeña explicación con el señor Knightley le dio a Emma considerable placer. Era uno de los gratos recuerdos del baile que salió a disfrutar paseando por el césped a la mañana siguiente. Se alegraba muchísimo de que hubieran llegado a tan buen entendimiento respecto de los Elton, y de que sus opiniones sobre el marido y la mujer fueran tan parecidas; y su elogio de Harriet, su concesión en favor de ella, le resultaba especialmente grato. La impertinencia de los Elton, que por unos minutos había amenazado con arruinarle el resto de la velada, había sido ocasión de algunas de sus mayores satisfacciones; y esperaba otro feliz resultado: la curación del encaprichamiento de Harriet. Por el modo en que Harriet había hablado de lo ocurrido antes de que salieran del salón de baile, tenía grandes esperanzas. Parecía como si de pronto se le hubieran abierto los ojos y pudiera ver que el señor Elton no era la criatura superior que había creído. La fiebre había pasado, y Emma apenas podía abrigar temor de que una cortesía dañina volviera a acelerarle el pulso. Contaba con los malos sentimientos de los Elton para suministrar toda la disciplina de desaire intencionado que pudiera hacer falta en adelante. Harriet razonable, Frank Churchill no demasiado enamorado y el señor Knightley sin ganas de reñir con ella: ¡qué verano tan feliz debía de tener por delante!

No iba a ver a Frank Churchill esa mañana. Él le había dicho que no podía permitirse el placer de detenerse en Hartfield, porque debía estar en casa a mediodía. Ella no lo lamentaba.

Una vez que hubo dispuesto todos estos asuntos, los hubo examinado y puesto todos en orden, se volvía hacia la casa con el ánimo refrescado para las exigencias de los dos niños, así como de su abuelo, cuando se abrió la gran verja de hierro del camino de entrada y entraron dos personas a quienes nunca había esperado menos ver juntas: Frank

Churchill, con Harriet apoyada en su brazo... ¡nada menos que Harriet! Un momento bastó para convencerla de que había ocurrido algo extraordinario. Harriet estaba pálida y asustada, y él trataba de darle ánimo. La verja de hierro y la puerta principal no distaban veinte yardas; pronto estuvieron los tres en el vestíbulo, y Harriet, dejándose caer de inmediato en una silla, se desmayó.

A una señorita que se desmaya hay que reanimarla; hay que responder preguntas y explicar sorpresas. Tales sucesos son muy interesantes, pero la incertidumbre que causan no puede durar mucho. Unos pocos minutos pusieron a Emma al tanto de todo.

La señorita Smith y la señorita Bickerton, otra pensionista de salón de la señora Goddard, que también había estado en el baile, habían salido a caminar juntas y habían tomado un camino, el de Richmond, que, aunque al parecer bastante concurrido para ser seguro, las había llevado a pasar un susto. Como a media milla más allá de Highbury, el camino hacía una curva brusca y, muy sombreado por olmos a ambos lados, se volvía por un buen trecho muy solitario; y cuando las señoritas se habían adentrado algo en él, de pronto vieron a poca distancia delante de ellas, en un trozo más ancho de césped a un lado, a un grupo de gitanos. Un niño que estaba al acecho se acercó a pedirles limosna; y la señorita Bickerton, asustadísima, dio un gran grito y, llamando a Harriet para que la siguiera, subió corriendo por un talud empinado, saltó un seto bajo que había arriba y volvió a Highbury lo más deprisa que pudo por un atajo. Pero la pobre Harriet no pudo seguirla. Había sufrido mucho de calambres después de bailar, y su primer intento de subir el talud se los trajo de nuevo de tal modo que la dejó completamente sin fuerzas; y en ese estado, y aterrada en extremo, se había visto obligada a quedarse.

Cómo se habrían comportado los vagabundos si las señoritas hubieran sido más valientes es cosa dudosa; pero semejante invitación al ataque no podía resistirse; y pronto asaltaron a Harriet media docena de niños, encabezados por una mujer robusta y un muchacho grando-

te, todos vociferantes e impertinentes en la mirada, aunque no del todo en las palabras. Cada vez más asustada, ella les prometió dinero de inmediato y, sacando su bolsa, les dio un chelín y les rogó que no quisieran más ni la maltrataran. Pudo entonces caminar, aunque despacio, y se estaba alejando; pero su terror y su bolsa eran demasiado tentadores, y toda la banda la siguió, o más bien la rodeó, exigiendo más.

En ese estado la había encontrado Frank Churchill, ella temblando y negociando, ellos ruidosos e insolentes. Por una casualidad de lo más afortunada, su salida de Highbury se había retrasado lo justo para traerlo en su ayuda en ese momento crítico. Lo agradable de la mañana lo había inducido a adelantarse a pie y dejar que sus caballos le salieran al encuentro por otro camino, una o dos millas más allá de Highbury; y como la noche anterior le había pedido prestadas unas tijeras a la señorita Bates y se había olvidado de devolvérselas, se había visto obligado a detenerse a su puerta y entrar por unos minutos; por eso iba más tarde de lo que se había propuesto; y como iba a pie, nadie del grupo lo vio hasta que estuvo casi encima de ellos. El terror que la mujer y el muchacho habían estado causando a Harriet les tocó entonces a ellos. Los había dejado completamente asustados; y Harriet, aferrándose ansiosa a él y casi sin poder hablar, tuvo apenas fuerzas suficientes para llegar a Hartfield antes de que se le acabara del todo el ánimo. Fue idea de él traerla a Hartfield: no había pensado en otro lugar.

Este era el total de la historia, de lo que contó él y de lo que contó Harriet en cuanto recobró el sentido y el habla. Él no se atrevió a quedarse más que lo necesario para verla bien; los diversos retrasos no le dejaban ni un minuto más que perder; y comprometiéndose Emma a dar a la señora Goddard la seguridad de que Harriet estaba a salvo, y a avisar al señor Knightley de que había semejante gente en la vecindad, él partió, con todas las bendiciones agradecidas que ella pudo pronunciar por su amiga y por sí misma.

Una aventura como esta, un joven apuesto y una joven encantado-

ra reunidos de tal modo, difícilmente podía dejar de sugerir ciertas ideas al corazón más frío y al cerebro más firme. Así lo pensaba Emma, al menos. ¿Habría podido un lingüista, un gramático, ni siquiera un matemático, ver lo que ella vio, presenciar su llegada juntos y oírles contar la historia, sin sentir que las circunstancias habían obrado para hacerlos especialmente interesantes el uno para el otro? ¡Cuánto más debía arder en especulaciones y previsiones una imaginativa como ella!, sobre todo con la base de anticipaciones que su mente ya se había formado.

¡Era una cosa extraordinaria! Nada parecido les había ocurrido nunca antes a ninguna de las señoritas del lugar, que ella recordara; ningún encuentro, ningún susto de ese tipo; ¡y ahora le había pasado justamente a esa persona, y justo a la hora en que la otra persona justa acertaba a pasar para rescatarla! ¡Sin duda era extraordinario! Y sabiendo, como sabía, la favorable disposición de ánimo de cada uno en ese momento, le llamaba más la atención. Él deseaba vencer su apego por ella; ella acababa de recuperarse de su manía por el señor Elton. Parecía como si todo se uniera para prometer las consecuencias más interesantes. No era posible que lo ocurrido no recomendara vivamente al uno ante el otro.

En los pocos minutos de conversación que había tenido con él, mientras Harriet había estado medio inconsciente, él había hablado del terror de ella, de su *naïveté*, del fervor con que se había asido y aferrado a su brazo, con una sensibilidad divertida y encantada; y justo al final, después de que la propia Harriet contara lo sucedido, había expresado en los términos más vivos su indignación por la abominable necedad de la señorita Bickerton. Todo debía seguir su curso natural, sin embargo, sin empujarlo ni ayudarlo. Ella no daría un paso ni dejaría caer una insinuación. No, ya había tenido bastante de entrometerse. No podía haber mal alguno en un proyecto, un mero proyecto pasivo. No era más que un deseo. Más allá de eso, por ningún motivo avanzaría.

La primera resolución de Emma fue que su padre no supiera lo ocurrido, consciente de la inquietud y la alarma que le causaría; pero pronto comprendió que ocultarlo sería imposible. En media hora se sabía en todo Highbury. Era justamente el suceso que ocupa a los que más hablan, los jóvenes y la gente humilde; y toda la juventud y los criados del lugar estuvieron pronto en la dicha de una noticia espantosa. El baile de la noche anterior pareció perderse entre los gitanos. El pobre señor Woodhouse temblaba en su asiento y, como Emma había previsto, apenas quedaría satisfecho sin que le prometieran no volver a pasar nunca más allá del plantío de arbustos. Le sirvió de algún consuelo que durante el resto del día llegaran muchas preguntas por él y por la señorita Woodhouse (porque sus vecinos sabían que le encantaba que preguntaran por él), así como por la señorita Smith; y tuvo el placer de mandar por respuesta que estaban todos bastante mal, lo cual, aunque no era exactamente cierto, porque ella estaba perfectamente bien y Harriet no mucho peor, Emma no quiso contradecir. Ella gozaba, en general, de una salud desdichada para hija de un hombre así, porque apenas sabía lo que era una indisposición; y si él no le inventaba enfermedades, no podía hacer ningún papel en un mensaje.

Los gitanos no esperaron a que actuara la justicia; se marcharon deprisa. Las señoritas de Highbury podrían haber vuelto a pasear seguras antes de que empezara su pánico, y toda la historia se redujo pronto a un asunto de poca importancia, salvo para Emma y sus sobrinos: en la imaginación de ella mantenía su terreno, y Henry y John seguían pidiendo cada día la historia de Harriet y los gitanos, y seguían corrigiéndola con tenacidad si ella se apartaba en el más mínimo detalle del relato original.

Volumen III. Capítulo IV

Habían pasado muy pocos días después de esta aventura cuando Harriet vino una mañana a ver a Emma con un paquetito en la mano y, después de sentarse y vacilar, empezó así:

«Señorita Woodhouse, si está usted desocupada, tengo algo que quisiera contarle, una especie de confesión que hacerle, y luego, ya sabe, se habrá terminado».

Emma se sorprendió bastante, pero le rogó que hablara. Había en los modales de Harriet una seriedad que la preparaba, tanto como sus palabras, para algo fuera de lo común.

«Es mi deber, y estoy segura de que es mi deseo», continuó, «no tener reservas con usted en este asunto. Como felizmente soy una criatura del todo cambiada *en un aspecto*, es muy justo que usted tenga la satisfacción de saberlo. No quiero decir más de lo necesario; me avergüenza demasiado haberme dejado llevar como lo hice, y me atrevo a decir que usted me entiende».

«Sí», dijo Emma, «espero entenderla».

«¡Cómo pude pasar tanto tiempo imaginándome...!», exclamó Harriet con calor. «¡Parece una locura! Ahora no veo en él nada extraordinario en absoluto. Me da igual encontrármelo o no, salvo que, de las dos cosas, preferiría no verlo; y de veras daría cualquier rodeo para evitarlo; pero no envidio a su esposa en lo más mínimo; ni la admiro ni la envidio, como antes: es muy encantadora, me atrevo a decir, y todo eso, pero me parece de muy mal genio y desagradable. ¡Nunca olvidaré su mirada de la otra noche! Sin embargo, le aseguro, señorita Woodhouse, que no le deseo ningún mal. No, por felices que sean juntos, no me causará ni un momento más de pena; y para convencerla de que he dicho la verdad, voy a destruir ahora lo que debí haber destruido hace mucho, lo que nunca debí haber guardado, eso lo sé muy

bien (sonrojándose mientras hablaba). Sin embargo, ahora lo destruiré todo, y es mi deseo particular hacerlo en su presencia, para que vea qué razonable me he vuelto. ¿No adivina qué contiene este paquete?», dijo, con aire cohibido.

«En absoluto. ¿Le regaló él alguna vez algo?».

«No; no puedo llamarlos regalos; pero son cosas que he apreciado muchísimo».

Le tendió el paquete, y Emma leyó encima las palabras *Tesoros preciosísimos*. Su curiosidad se excitó mucho. Harriet desenvolvió el paquete, y ella miraba con impaciencia. Entre abundante papel de seda había una linda cajita de taracea de Tunbridge, que Harriet abrió: estaba bien forrada del algodón más suave; pero, aparte del algodón, Emma solo vio un trocito de tafetán inglés.

«Ahora», dijo Harriet, «*tiene* que acordarse».

«No, de veras que no».

«¡Dios mío! No habría creído posible que olvidara lo que pasó en esta misma sala con el tafetán inglés, una de las últimas veces que estuvimos aquí juntos. Fue solo unos días antes de que me doliera la garganta, justo antes de que vinieran el señor y la señora de John Knightley; creo que esa misma tarde. ¿No se acuerda de que él se cortó el dedo con su cortaplumas nuevo, y usted le recomendó tafetán inglés? Pero como usted no llevaba encima y sabía que yo sí, me pidió que se lo diera; así que saqué el mío y le corté un trozo; pero era demasiado grande, y él lo cortó más chico, y estuvo jugando un rato con lo que sobró antes de devolvérmelo. Y entonces, en mi tontería, no pude evitar hacer de ello un tesoro; así que lo guardé para no usarlo nunca, y de vez en cuando lo miraba como un gran regalo».

«¡Mi queridísima Harriet!», exclamó Emma, tapándose la cara con la mano y poniéndose de pie de un salto, «me haces avergonzarme de mí misma más de lo que puedo soportar. ¿Acordarme? Sí, ahora me acuerdo de todo; de todo, salvo de que guardaras esta reliquia, de eso no sabía nada hasta este momento; ¡pero el dedo cortado, y que yo re-

comendara tafetán inglés, y que dijera que no llevaba encima! ¡Oh, mis pecados, mis pecados! ¡Y todo el tiempo tenía de sobra en el bolsillo! ¡Una de mis tretas insensatas! Merezco estar sonrojada sin cesar el resto de mi vida. Bueno (volviendo a sentarse), sigue. ¿Qué más?».

«¿Y de verdad tenía usted a mano? Le aseguro que nunca lo sospeché; lo hizo con tanta naturalidad».

«¡Y entonces de verdad guardaste este trozo de tafetán inglés por él!», dijo Emma, reponiéndose de su vergüenza y sintiéndose dividida entre el asombro y la diversión. Y en secreto añadió para sí: «¡Válgame Dios! ¡Cuándo se me habría ocurrido a mí guardar entre algodones un trozo de tafetán inglés que Frank Churchill hubiera estado manoseando! Nunca he estado a esa altura».

«Aquí», prosiguió Harriet, volviendo a su caja, «aquí hay algo todavía más valioso, quiero decir que *ha sido* más valioso, porque esto sí le perteneció de verdad alguna vez, cosa que el tafetán inglés nunca».

Emma estaba ansiosa por ver ese tesoro superior. Era la punta de un lápiz viejo, la parte sin mina.

«Este era de verdad suyo», dijo Harriet. «¿No se acuerda de una mañana? No, me atrevo a decir que no. Pero una mañana, no recuerdo bien el día, pero quizá fue el martes o el miércoles antes de *aquella noche*, él quiso anotar algo en su libreta; era sobre la cerveza de abeto. El señor Knightley le había estado contando algo sobre cómo fabricar cerveza de abeto, y él quería apuntarlo; pero cuando sacó el lápiz tenía tan poca mina que pronto se le acabó al afilarlo y no servía, así que usted le prestó otro, y este quedó sobre la mesa como cosa inservible. Pero yo no le quité el ojo de encima; y, en cuanto me atreví, lo recogí, y desde ese momento nunca más me separé de él».

«Sí que me acuerdo», exclamó Emma; «me acuerdo perfectamente. Hablando de la cerveza de abeto. ¡Oh, sí! El señor Knightley y yo diciendo los dos que nos gustaba, y el señor Elton que parecía resuelto a aprender a que le gustara también. Me acuerdo perfectamente. Espera; el señor Knightley estaba de pie justo aquí, ¿no? Me parece que estaba

de pie justo aquí».

«¡Ah! No sé. No puedo recordarlo. Es muy raro, pero no puedo recordarlo. El señor Elton estaba sentado aquí, me acuerdo, más o menos donde estoy yo ahora».

«Bueno, sigue».

«¡Oh!, eso es todo. No tengo nada más que mostrarle ni que decirle, salvo que ahora voy a echarlos los dos al fuego, y quiero que me vea hacerlo».

«¡Mi pobre querida Harriet! ¿Y de verdad has encontrado la felicidad atesorando estas cosas?».

«¡Sí, tonta de mí! Pero ahora me avergüenzo mucho de ello, y quisiera poder olvidar con la misma facilidad con que puedo quemarlas. Estuvo muy mal de mi parte, ya sabe, guardar recuerdos después de que él se casó. Sabía que estaba mal, pero no tenía la resolución suficiente para desprenderme de ellos».

«Pero, Harriet, ¿es necesario quemar el tafetán inglés? No tengo nada que decir en favor del pedazo de lápiz viejo, pero el tafetán inglés podría ser útil».

«Seré más feliz quemándolo», respondió Harriet. «Tiene un aspecto desagradable para mí. Tengo que deshacerme de todo. Ahí va, ¡y se acabó, gracias al Cielo, el señor Elton!».

«¿Y cuándo», pensó Emma, «empezará el señor Churchill?».

Poco después tuvo motivos para creer que ese comienzo ya se había producido, y no pudo menos que esperar que la gitana, aunque no le había *dicho* la buenaventura, resultara haberle hecho la ventura a Harriet. Unos quince días después del susto, llegaron a una explicación suficiente, y sin proponérselo en absoluto. Emma no estaba pensando en ello en ese momento, lo que hizo más valiosa la información que recibió. Solo dijo, en el curso de una charla trivial: «Bueno, Harriet, cuando te cases, te aconsejaría que hicieras tal y cual cosa», y no pensó más en ello, hasta que, tras un minuto de silencio, oyó a Harriet decir en un tono muy serio: «Yo nunca me casaré».

Emma levantó entonces la vista, y vio de inmediato lo que pasaba; y tras deliberar un momento sobre si debía pasarlo por alto o no, respondió:

«¡Nunca casarte! Esa es una resolución nueva».

«Pero es una que nunca cambiaré».

Tras otra breve vacilación: «Espero que no provenga de... Espero que no sea en atención al señor Elton».

«¡El señor Elton, nada menos!», exclamó Harriet indignada. «¡Oh, no!», y Emma alcanzó a captar las palabras: «¡tan superior al señor Elton!».

Se tomó entonces más tiempo para reflexionar. ¿No debía seguir adelante? ¿Debía dejarlo pasar y aparentar que no sospechaba nada? Quizá Harriet la creería fría o enojada si lo hacía; o quizá, si guardaba silencio por completo, solo empujaría a Harriet a pedirle que escuchara demasiado; y contra cualquier cosa parecida a la falta de reserva que había habido, a aquella discusión franca y frecuente de esperanzas y posibilidades, estaba firmemente resuelta. Creyó que sería más prudente decir y saber de una vez todo lo que pensaba decir y saber. El trato llano era siempre lo mejor. Ya había determinado de antemano hasta dónde llegaría ante cualquier petición de esa clase; y sería más seguro para ambas establecer pronto la juiciosa ley de su propio cerebro. Estaba decidida, y habló así:

«Harriet, no voy a fingir que dudo de lo que quieres decir. Tu resolución, o más bien tu expectativa de no casarte nunca, nace de la idea de que la persona a quien podrías preferir sería demasiado superior a ti en posición como para pensar en ti. ¿No es así?».

«¡Oh, señorita Woodhouse, créame que no tengo la presunción de suponer...! De veras que no estoy tan loca. Pero es un placer para mí admirarlo de lejos, y pensar en su infinita superioridad sobre todo el resto del mundo, con la gratitud, el asombro y la veneración que tan bien corresponden, en mí sobre todo».

«No me sorprendes en absoluto, Harriet. El servicio que te prestó

bastaba para encenderte el corazón».

«¡Servicio! ¡Oh, fue una deuda tan inexpresable! El solo recuerdo, y todo lo que sentí en ese momento, cuando lo vi venir, su aire noble, y mi desdicha de antes. ¡Qué cambio! ¡En un momento, qué cambio! ¡De la perfecta desgracia a la perfecta felicidad!».

«Es muy natural. Es natural, y es honroso. Sí, honroso, creo, elegir tan bien y con tanta gratitud. Pero que sea una preferencia afortunada es más de lo que puedo prometer. No te aconsejo que te abandones a ella, Harriet. De ningún modo respondo de que sea correspondida. Piensa en lo que haces. Quizá lo más sensato sería que refrenaras tus sentimientos mientras puedas; en todo caso, no dejes que te lleven lejos, a menos que estés convencida de que le gustas. Obsérvalo. Que su conducta sea la guía de tus sensaciones. Te hago esta advertencia ahora porque nunca volveré a hablarte del asunto. Estoy decidida a no entrometerme en nada. De aquí en adelante no sé nada del asunto. Que ningún nombre pase nunca por nuestros labios. Antes nos equivocamos mucho; ahora seremos cautas. Él es superior a ti, sin duda, y parece haber objeciones y obstáculos de naturaleza muy seria; pero aun así, Harriet, han ocurrido cosas más asombrosas, ha habido casamientos de mayor desigualdad. Pero cuídate. No quisiera que tuvieras demasiadas ilusiones; aunque, termine como termine, ten la seguridad de que elevar tus pensamientos hacia *él* es una muestra de buen gusto que siempre sabré valorar».

Harriet le besó la mano con gratitud silenciosa y sumisa. Emma estaba muy decidida a pensar que semejante apego no era nada malo para su amiga. Su tendencia sería elevar y refinar su espíritu, y por fuerza la estaría salvando del peligro de rebajarse.

Volumen III. Capítulo V

En este estado de planes, esperanzas y complicidades, junio llegó a Hartfield. A Highbury en general no le trajo ningún cambio de importancia. Los Elton seguían hablando de una visita de los Suckling y del uso que se le daría a su landó; y Jane Fairfax seguía en casa de su abuela; y como el regreso de los Campbell de Irlanda se había vuelto a aplazar, y se había fijado para agosto en vez de para San Juan, era probable que se quedara allí dos meses más, por lo menos si conseguía frustrar el celo de la señora Elton a su servicio y librarse de que la precipitaran contra su voluntad a un puesto encantador.

El señor Knightley, que, por alguna razón que él sabría mejor que nadie, le había tomado sin duda una temprana antipatía a Frank Churchill, no hacía más que aborrecerlo cada vez más. Empezó a sospechar que jugaba a dos bandas en su cortejo a Emma. Que Emma era su objetivo parecía indiscutible. Todo lo proclamaba: sus propias atenciones, las insinuaciones de su padre, el silencio cauteloso de su madrastra; todo concordaba; las palabras, la conducta, la discreción y la indiscreción contaban la misma historia. Pero mientras tantos lo destinaban a Emma, y la propia Emma lo cedía a Harriet, el señor Knightley empezó a sospechar que tenía cierta inclinación a coquetear con Jane Fairfax. No podía entenderlo; pero había señales de entendimiento entre ellos (así le parecía, al menos), señales de admiración por parte de él, que, una vez observadas, no podía convencerse de que estuvieran del todo vacías de sentido, por mucho que quisiera evitar cualquiera de los errores de imaginación de Emma. *Ella* no estaba presente cuando surgió la primera sospecha. Él cenaba con la familia de Randalls y con Jane en casa de los Elton, y había visto una mirada, más de una sola mirada, dirigida a la señorita Fairfax, que, en el admirador de la señorita Woodhouse, parecía algo fuera de lugar. Cuando volvió a estar en

su compañía, no pudo dejar de recordar lo que había visto; ni pudo evitar observaciones que, a menos que le pasara como a Cowper con su fuego al anochecer,

> Yo mismo creando lo que veía,

le dieron una sospecha todavía más fuerte de que había algo de simpatía secreta, incluso de entendimiento secreto, entre Frank Churchill y Jane.

Un día había subido después de comer, como hacía muy a menudo, a pasar la velada en Hartfield. Emma y Harriet iban a salir a caminar; él se les unió; y, al volver, se encontraron con un grupo más numeroso que, como ellos, había juzgado más prudente hacer ejercicio temprano, porque el tiempo amenazaba lluvia: el señor y la señora Weston y su hijo, la señorita Bates y su sobrina, que se habían encontrado por casualidad. Todos se juntaron; y, al llegar a la reja de Hartfield, Emma, que sabía que era exactamente el tipo de visita que agradaría a su padre, les insistió a todos en que entraran a tomar el té con él. Los de Randalls aceptaron de inmediato; y, después de un discurso bastante largo de la señorita Bates, que pocos escucharon, también ella encontró posible aceptar la amabilísima invitación de la querida señorita Woodhouse.

Cuando entraban en la propiedad, pasó a caballo el señor Perry. Los caballeros hablaron de su caballo.

«A propósito», le dijo Frank Churchill a la señora Weston al poco rato, «¿qué fue del proyecto del señor Perry de tener coche propio?».

La señora Weston pareció sorprendida y dijo: «No sabía que hubiera tenido nunca semejante proyecto».

«Pero si me lo contó usted. Me escribió sobre eso hace tres meses».

«¡Yo! ¡Imposible!».

«De verdad que sí. Lo recuerdo perfectamente. Lo mencionó como algo que iba a ocurrir muy pronto, sin duda. La señora Perry se lo ha-

bía contado a alguien y estaba feliz con la idea. Era cosa de *su* insistencia, porque pensaba que salir con mal tiempo le hacía mucho daño a él. ¿Ahora sí lo recuerda?».

«¡Palabra que no había oído hablar de eso hasta este momento!».

«¡Nunca! ¿De veras, nunca? ¡Válgame! ¿Cómo puede ser? Entonces debo de haberlo soñado... pero estaba completamente convencido... Señorita Smith, camina como si estuviera cansada. No le pesará verse en casa».

«¿Qué es esto? ¿Qué es esto?», exclamó el señor Weston, «¿de Perry y un coche? ¿Perry va a tener coche propio, Frank? Me alegro de que pueda permitírselo. Te lo dijo él mismo, ¿no?».

«No, señor», respondió su hijo, riendo, «parece que no me lo dijo nadie. ¡Qué raro! De verdad estaba convencido de que la señora Weston lo había mencionado en una de sus cartas a Enscombe, hace muchas semanas, con todos estos detalles; pero, como ella asegura que nunca había oído una sílaba de eso, tiene que haber sido un sueño, por supuesto. Soy un gran soñador. Sueño con todo el mundo de Highbury cuando estoy lejos; y cuando ya he pasado por mis amigos más cercanos, empiezo a soñar con el señor y la señora Perry».

«Es raro, de todos modos», observó su padre, «que hayas tenido un sueño tan ordenado y coherente sobre personas en las que no era muy probable que estuvieras pensando en Enscombe. ¡Perry con coche propio! ¡Y su mujer convenciéndolo, por cuidado de su salud! Es justo lo que pasará, no me cabe duda, tarde o temprano; solo que un poco antes de tiempo. ¡Qué aire de probabilidad tiene a veces un sueño! ¡Y otras veces, qué montón de disparates es! Bueno, Frank, tu sueño demuestra sin duda que Highbury está en tus pensamientos cuando estás ausente. Emma, tú eres una gran soñadora, ¿verdad?».

Emma no podía oírlo. Se había adelantado a sus invitados para preparar a su padre para su llegada, y estaba fuera del alcance de la indirecta del señor Weston.

«Bueno, a decir verdad», exclamó la señorita Bates, que llevaba dos

minutos intentando en vano hacerse oír, «si tengo que hablar de este asunto, no se puede negar que el señor Frank Churchill pudo haber... no quiero decir que no lo soñara... estoy segura de que yo a veces tengo los sueños más raros del mundo... pero si me preguntan, tengo que reconocer que hubo una idea así la primavera pasada; porque la propia señora Perry se lo mencionó a mi madre, y los Cole lo sabían igual que nosotras... pero era un completo secreto, no lo sabía nadie más, y solo se pensó durante unos tres días. La señora Perry tenía muchas ganas de que él tuviera coche, y una mañana vino a ver a mi madre muy animada porque creía haberlo convencido. Jane, ¿no te acuerdas de que la abuela nos lo contó cuando llegamos a casa? No me acuerdo adónde habíamos ido a caminar... muy probablemente a Randalls; sí, creo que fue a Randalls. La señora Perry siempre le ha tenido un cariño especial a mi madre... la verdad es que no sé quién no se lo tiene... y se lo había mencionado en confianza; no tenía inconveniente en que nos lo contara a nosotras, por supuesto, pero no debía ir más allá: y, desde aquel día hasta hoy, nunca se lo mencioné a nadie, que yo sepa. Al mismo tiempo, no respondería con seguridad de no haber dejado caer nunca una insinuación, porque sé que a veces suelto una cosa antes de darme cuenta. Soy habladora, ¿saben?; soy bastante habladora; y de vez en cuando se me ha escapado algo que no debía. No soy como Jane; ojalá lo fuera. Respondo de que *ella* nunca ha revelado la menor cosa del mundo. ¿Dónde está? ¡Ah, justo detrás! Recuerdo perfectamente la visita de la señora Perry. ¡Un sueño extraordinario, de verdad!».

Estaban entrando en el vestíbulo. Los ojos del señor Knightley se habían adelantado a los de la señorita Bates en una mirada a Jane. Del rostro de Frank Churchill, donde le pareció ver una turbación contenida o disimulada con risa, se había vuelto sin querer hacia el de ella; pero ella estaba, en efecto, detrás, y demasiado ocupada con su chal. El señor Weston había entrado. Los otros dos caballeros esperaron en la puerta para dejarla pasar. El señor Knightley sospechó en Frank

Churchill el propósito de atrapar su mirada (parecía observarla atentamente), en vano, sin embargo, si así era: Jane pasó entre ellos al vestíbulo y no miró a ninguno de los dos.

No hubo tiempo para más comentarios ni explicaciones. Había que soportar el sueño, y el señor Knightley tuvo que tomar asiento con los demás alrededor de la gran mesa redonda moderna que Emma había introducido en Hartfield, y que nadie más que Emma habría tenido poder para poner allí y para convencer a su padre de que la usara, en lugar de la pequeña mesa Pembroke en la que, durante cuarenta años, se habían apretujado dos de sus comidas diarias. El té transcurrió agradablemente, y nadie parecía tener prisa por moverse.

«Señorita Woodhouse», dijo Frank Churchill, después de examinar una mesa que tenía detrás y que alcanzaba sin levantarse, «¿se llevaron sus sobrinos sus alfabetos, su caja de letras? Antes estaba aquí. ¿Dónde está? Esta es una tarde de aspecto algo triste, que habría que tratar más como de invierno que de verano. Una mañana nos divertimos mucho con esas letras. Quiero volver a ponerla en aprietos».

A Emma le agradó la idea; y, sacada la caja, la mesa quedó pronto sembrada de alfabetos, que nadie parecía tan dispuesto a usar como ellos dos. Formaban palabras rápidamente el uno para el otro, o para cualquier otro que quisiera devanarse los sesos. Lo tranquilo del juego lo hacía especialmente apropiado para el señor Woodhouse, a quien a menudo habían afligido los juegos más animados que el señor Weston había introducido de vez en cuando, y que ahora estaba sentado, felizmente ocupado en lamentarse, con tierna melancolía, por la partida de los «pobres niñitos», o en señalar con cariño, cada vez que tomaba alguna letra suelta cerca de él, qué bonita la había escrito Emma.

Frank Churchill puso una palabra delante de la señorita Fairfax. Ella echó una ligera mirada alrededor de la mesa y se aplicó a ella. Frank estaba junto a Emma, Jane frente a ellos, y el señor Knightley situado de modo que los veía a todos; y su propósito era ver todo lo que pudiera, aparentando observar lo menos posible. La palabra fue descu-

bierta y, con una leve sonrisa, apartada. Si la intención era mezclarla enseguida con las demás y esconderla de la vista, ella debería haber mirado la mesa en vez de mirar justo enfrente, porque no quedó mezclada; y Harriet, ávida de cada palabra nueva y sin descubrir ninguna, la tomó en el acto y se puso a trabajar. Estaba sentada junto al señor Knightley y se volvió hacia él para pedirle ayuda. La palabra era *desatino*; y cuando Harriet la proclamó con júbilo, hubo en la mejilla de Jane un rubor que le dio un sentido que de otro modo no habría sido visible. El señor Knightley lo relacionó con el sueño; pero cómo podía ser todo aquello, escapaba a su comprensión. ¡Cómo podían haberse adormecido así la delicadeza, la discreción de su favorita! Temía que hubiera algún compromiso decidido. La falta de franqueza y el doble juego parecían salirle al paso a cada momento. Aquellas letras no eran más que el vehículo de la galantería y del engaño. Era un juego de niños, elegido para ocultar un juego más profundo por parte de Frank Churchill.

Con gran indignación siguió observándolo; con gran alarma y desconfianza, observaba también a sus dos compañeras cegadas. Vio que preparaba una palabra corta para Emma y que se la daba con una mirada pícara y recatada. Vio que Emma la descifraba pronto y la encontraba muy divertida, aunque era algo que juzgó apropiado aparentar censurar, porque dijo: «¡Tonterías! ¡Qué vergüenza!». Oyó a Frank Churchill decir a continuación, con una mirada hacia Jane: «Se la daré a ella... ¿le parece?»; y oyó con la misma claridad a Emma oponerse con viva y risueña vehemencia: «No, no, no debe; no lo hará, de verdad».

Sin embargo, se hizo. Aquel galante joven, que parecía amar sin sentir y hacerse agradable sin complacencia, le pasó directamente la palabra a la señorita Fairfax y, con un particular grado de sosegada cortesía, le rogó que la estudiara. La excesiva curiosidad del señor Knightley por saber cuál podía ser esa palabra le hizo aprovechar cada momento posible para lanzarle una mirada, y no tardó mucho en ver

que era *Dixon*. La percepción de Jane Fairfax pareció acompañar la suya; su comprensión estaba sin duda más a la altura del sentido oculto, de la inteligencia superior de aquellas cinco letras así dispuestas. Era evidente que estaba disgustada; levantó la vista y, al verse observada, se ruborizó más intensamente de lo que él la había visto nunca, y, diciendo solo «No sabía que se permitieran nombres propios», apartó las letras con un ánimo casi enojado, y pareció decidida a no dejarse ocupar por ninguna otra palabra que pudieran ofrecerle. Apartó el rostro de quienes la habían atacado y lo volvió hacia su tía.

«Sí, es muy cierto, querida», exclamó esta, aunque Jane no había dicho una palabra, «justo iba a decir lo mismo. Ya es hora de que nos vayamos, de verdad. Está anocheciendo y la abuela nos estará esperando. Mi querido señor, es usted demasiado amable. De verdad tenemos que darle las buenas noches».

La prontitud de Jane en moverse demostró que estaba tan dispuesta como su tía había supuesto. Se levantó enseguida, deseosa de dejar la mesa; pero eran tantos los que se movían también que no pudo salir; y al señor Knightley le pareció ver que otro grupo de letras era empujado con ansiedad hacia ella, y que ella lo barría con decisión sin examinarlo. Después estuvo buscando su chal (Frank Churchill también lo buscaba); oscurecía, y en la sala reinaba la confusión; y cómo se despidieron, el señor Knightley no pudo saberlo.

Se quedó en Hartfield después de que se fueran todos los demás, con los pensamientos llenos de lo que había visto; tan llenos que, cuando llegaron las velas a ayudar a sus observaciones, sintió que debía (sí, sin duda debía, como amigo, como amigo preocupado) darle a Emma alguna indicación, hacerle alguna pregunta. No podía verla en una situación de tanto peligro sin intentar protegerla. Era su deber.

«Dígame, Emma», dijo él, «¿puedo preguntarle en qué consistía la gran diversión, el agudo aguijón de la última palabra que les dieron a usted y a la señorita Fairfax? Vi la palabra, y tengo curiosidad por saber cómo podía ser tan divertida para una y tan penosa para la otra».

Emma se turbó extraordinariamente. No soportaba darle la verdadera explicación; porque, aunque sus sospechas no se habían disipado en absoluto, de verdad se avergonzaba de haberlas comunicado alguna vez.

«¡Ah!», exclamó con evidente apuro, «no significaba nada; una simple broma entre nosotros».

«La broma», respondió él gravemente, «parecía limitada a usted y al señor Churchill».

Había esperado que ella volviera a hablar, pero no lo hizo. Prefería ocuparse en cualquier cosa antes que hablar. Él se quedó un rato sentado, dudando. Una variedad de males le cruzó por la mente. Entrometerse, entrometerse sin fruto. La turbación de Emma y la intimidad reconocida parecían declarar que su afecto estaba comprometido. Aun así, hablaría. Se lo debía: prefería arriesgar cualquier cosa que pudiera traer una intromisión mal recibida antes que arriesgar su bienestar; afrontar cualquier cosa antes que el recuerdo de haberse descuidado en una causa así.

«Mi querida Emma», dijo por fin, con seria bondad, «¿cree usted que entiende perfectamente el grado de relación que hay entre el caballero y la dama de quienes hemos estado hablando?».

«¿Entre el señor Frank Churchill y la señorita Fairfax? ¡Oh, sí, perfectamente! ¿Por qué lo pone en duda?».

«¿Nunca, en ningún momento, ha tenido motivos para pensar que él la admiraba, o que ella lo admiraba a él?».

«¡Nunca, nunca!», exclamó ella con la más franca vehemencia. «¡Nunca, ni por la vigésima parte de un instante, se me ocurrió una idea así! ¿Y cómo pudo entrarle a usted en la cabeza?».

«Últimamente me ha parecido ver señales de afecto entre ellos, ciertas miradas expresivas que no creo que estuvieran destinadas al público».

«¡Ay, me divierte usted muchísimo! Me encanta descubrir que se digna dejar vagar su imaginación... pero no sirve... siento mucho fre-

narlo en su primer ensayo... pero de verdad no sirve. No hay admiración entre ellos, se lo aseguro; y las apariencias que lo han atrapado a usted se deben a ciertas circunstancias particulares, sentimientos más bien de una naturaleza totalmente distinta; es imposible explicarlo con exactitud; hay mucho de tontería en ello; pero la parte que puede comunicarse, que es la sensata, es que están tan lejos de cualquier afecto o admiración el uno por el otro como puedan estarlo dos seres cualesquiera en el mundo. Es decir, *supongo* que es así por parte de ella, y puedo *responder* de que es así por parte de él. Respondo de la indiferencia del caballero».

Habló con una seguridad que desconcertó, con una satisfacción que hizo callar, al señor Knightley. Ella estaba de muy buen humor y habría prolongado la conversación, deseosa de oír los detalles de sus sospechas, cada mirada descrita, y todos los dóndes y cómos de una circunstancia que la divertía muchísimo; pero la alegría de él no salió al encuentro de la de ella. Vio que no podía ser útil, y sus sentimientos estaban demasiado irritados para hablar. Para no irritarse hasta una verdadera fiebre junto al fuego que las delicadas costumbres del señor Woodhouse requerían casi todas las tardes del año, se despidió poco después con prisa y volvió a pie a la frescura y la soledad de la abadía de Donwell.

Volumen III. Capítulo VI

Después de haberse alimentado largo tiempo con la esperanza de una pronta visita del señor y la señora Suckling, el mundo de Highbury tuvo que soportar la mortificación de enterarse de que no podrían venir de ningún modo hasta el otoño. Por el momento, ninguna importación de novedades como aquella vendría a enriquecer sus reservas intelectuales. En el intercambio diario de noticias tendrían que limitarse otra vez a los demás temas a los que durante un tiempo se había sumado la llegada de los Suckling, como las últimas noticias de la señora Churchill, cuya salud parecía dar cada día un parte distinto, y el estado de la señora Weston, cuya felicidad, era de esperar, se vería a su tiempo tan aumentada por la llegada de un hijo como lo estaba la de todos sus vecinos por su proximidad.

La señora Elton quedó muy decepcionada. Era el aplazamiento de mucho placer y mucha ostentación. Sus presentaciones y recomendaciones tendrían que esperar, y de cada excursión proyectada solo se podría seguir hablando. Así lo pensó al principio; pero un poco de reflexión la convenció de que no había por qué aplazarlo todo. ¿Por qué no iban a ir de excursión a Box Hill aunque los Suckling no vinieran? Podrían volver con ellos en otoño. Se decidió que irían a Box Hill. Que habría una excursión así se sabía desde hacía mucho en general; incluso había dado la idea de otra. Emma nunca había estado en Box Hill; deseaba ver lo que todo el mundo encontraba tan digno de verse, y ella y el señor Weston habían acordado elegir alguna mañana buena e ir allá en coche. Solo se admitiría que se les unieran dos o tres más de los elegidos, y se haría de un modo tranquilo, sin pretensiones, elegante, infinitamente superior al ajetreo y los preparativos, al comer y beber en regla y a la ostentación de merienda campestre de los Elton y los Suckling.

Esto estaba tan bien entendido entre ellos que Emma no pudo menos de sentir cierta sorpresa, y un poco de disgusto, al oír del señor Weston que le había propuesto a la señora Elton, ya que su hermano y su hermana le habían fallado, que los dos grupos se unieran y fueran juntos; y que, como la señora Elton había accedido con mucho gusto, así se haría, si ella no tenía objeción. Ahora bien, como su objeción no era más que la enorme antipatía que le tenía a la señora Elton, de la que el señor Weston ya debía de estar perfectamente enterado, no valía la pena volver a sacarla: no podía hacerse sin un reproche hacia él, lo que sería darle un disgusto a su mujer; y se vio por tanto obligada a consentir en un arreglo que habría hecho mucho por evitar; ¡un arreglo que probablemente la expondría incluso a la humillación de que se dijera que formaba parte del grupo de la señora Elton! Todos sus sentimientos quedaron ofendidos; y la paciencia de su sumisión exterior dejó pendiente una pesada deuda de severidad secreta en sus reflexiones sobre la buena voluntad incontrolable del carácter del señor Weston.

«Me alegro de que apruebe lo que he hecho», dijo él muy satisfecho. «Pero ya pensaba que lo aprobaría. Planes como estos no son nada sin mucha gente. Nunca se es demasiado numeroso. Un grupo grande se asegura su propia diversión. Y ella, después de todo, es una mujer de buen corazón. No se la podía dejar fuera».

Emma no negó nada de eso en voz alta, y no estuvo de acuerdo con nada de eso en privado.

Era ya mediados de junio y hacía buen tiempo; y la señora Elton empezaba a impacientarse por fijar el día y ponerse de acuerdo con el señor Weston en cuanto a los pasteles de pichón y el cordero frío, cuando un caballo de tiro que se quedó cojo lo sumió todo en una triste incertidumbre. Podían pasar semanas, o solo unos pocos días, antes de que el caballo pudiera usarse; pero no podía aventurarse ningún preparativo, y todo era un melancólico estancamiento. Los recursos de la señora Elton no estaban a la altura de semejante ataque.

«¿No es de lo más fastidioso, Knightley?», exclamó. «¡Y con este

tiempo tan bueno para excursiones! Estos retrasos y decepciones son verdaderamente odiosos. ¿Qué vamos a hacer? A este paso se nos irá el año sin haber hecho nada. Le aseguro que el año pasado, antes de esta fecha, ya habíamos hecho una excursión deliciosa de Maple Grove a Kings Weston».

«Mejor haga una excursión a Donwell», respondió el señor Knightley. «Eso puede hacerse sin caballos. Venga a comer mis frutillas. Están madurando rápido».

Si el señor Knightley no empezó en serio, tuvo que seguir así, porque su propuesta fue acogida con entusiasmo; y el «¡Oh! ¡Nada me gustaría más!» no fue más claro en las palabras que en los modales. Donwell era famoso por sus plantaciones de frutillas, lo que parecía un pretexto para la invitación; pero no hacía falta ningún pretexto: plantaciones de repollos habrían bastado para tentar a la dama, que solo quería ir a alguna parte. Le prometió una y otra vez que iría (muchas más veces de las que él lo dudaba) y quedó sumamente halagada por semejante prueba de intimidad, por un cumplido tan distinguido, como prefirió considerarlo.

«Puede contar conmigo», dijo. «Iré sin falta. Fije usted el día, e iré. ¿Me permitirá llevar a Jane Fairfax?».

«No puedo fijar un día», dijo él, «hasta haber hablado con algunas otras personas a quienes me gustaría que usted encontrara allí».

«¡Oh! Déjeme todo eso a mí. Solo deme *carte-blanche*. Yo soy la dama patrocinadora, ¿sabe? Es mi excursión. Llevaré amigos conmigo».

«Espero que lleve a Elton», dijo él, «pero no la molestaré con que haga ninguna otra invitación».

«¡Oh! Ahora pone usted cara de pícaro. Pero piénselo: no tiene por qué temer delegar poder en *mí*. No soy ninguna jovencita en busca de partido. A las mujeres casadas, ¿sabe?, se las puede autorizar sin peligro. Es mi excursión. Déjemelo todo a mí. Yo invitaré a sus invitados».

«No», respondió él con calma, «solo hay una mujer casada en el mundo a quien pueda permitir alguna vez invitar a Donwell a los invi-

tados que quiera, y esa es...».

«... la señora Weston, supongo», interrumpió la señora Elton, bastante mortificada.

«No: la señora Knightley; y mientras no exista, me ocuparé yo mismo de esos asuntos».

«¡Ah! ¡Qué criatura tan rara es usted!», exclamó ella, satisfecha de que no se prefiriera a nadie antes que a ella. «Es usted un humorista y puede decir lo que quiera. Todo un humorista. Bueno, llevaré a Jane conmigo, a Jane y a su tía. El resto se lo dejo a usted. No tengo ninguna objeción en encontrarme con la familia de Hartfield. No tenga reparos. Sé que les tiene cariño».

«Sin duda se encontrará con ellos, si logro convencerlos; y pasaré a ver a la señorita Bates de camino a casa».

«Eso es del todo innecesario; veo a Jane todos los días; pero como quiera. Será un plan de mañana, ¿sabe, Knightley?; algo muy sencillo. Me pondré un sombrero grande y llevaré colgada del brazo una de mis cestitas. Aquí tiene: probablemente esta cesta de cinta rosa. Nada puede ser más sencillo, ya ve. Y Jane llevará otra igual. No habrá ceremonia ni ostentación: una especie de excursión de gitanos. Pasearemos por sus jardines, recogeremos nosotros mismos las frutillas y nos sentaremos bajo los árboles; y todo lo demás que usted quiera ofrecer será al aire libre: una mesa puesta a la sombra, ¿sabe? Todo lo más natural y sencillo posible. ¿No es esa su idea?».

«No del todo. Mi idea de lo sencillo y lo natural será poner la mesa en el comedor. La naturalidad y la sencillez de los caballeros y las damas, con sus criados y sus muebles, creo que se observan mejor en comidas bajo techo. Cuando se canse de comer frutillas en el jardín, habrá carne fría en la casa».

«Bueno, como quiera; solo que no haga un gran despliegue. Y, a propósito, ¿podemos yo o mi ama de llaves serle de alguna utilidad con nuestra opinión? Le ruego que sea sincero, Knightley. Si desea que hable con la señora Hodges, o que inspeccione algo...».

«No tengo el menor deseo de ello, se lo agradezco».

«Bueno, pero si surgiera alguna dificultad, mi ama de llaves es sumamente hábil».

«Respondo de que la mía se cree igual de hábil y rechazaría la ayuda de cualquiera».

«Ojalá tuviéramos un burro. Lo ideal sería que viniéramos todas en burro, Jane, la señorita Bates y yo, y mi *caro sposo* caminando al lado. De verdad tengo que hablarle de comprar un burro. En la vida de campo lo considero una especie de necesidad; porque, por muchos recursos que tenga una mujer, no le es posible estar siempre encerrada en casa; y las caminatas muy largas, ya sabe... en verano hay polvo, y en invierno hay barro».

«No encontrará ni lo uno ni lo otro entre Donwell y Highbury. El camino de Donwell nunca tiene polvo, y ahora está perfectamente seco. Pero venga en burro, si lo prefiere. Puede pedirle prestado el suyo a la señora Cole. Quisiera que todo fuera lo más de su gusto posible».

«De eso estoy segura. De verdad le hago justicia, mi buen amigo. Bajo esa especie de manera seca y brusca tan particular, sé que tiene usted el corazón más cálido. Como le digo al señor E., es usted un humorista de pies a cabeza. Sí, créame, Knightley, soy plenamente consciente de su atención conmigo en todo este plan. Ha dado justo con lo que me agrada».

El señor Knightley tenía otra razón para evitar una mesa a la sombra. Deseaba convencer al señor Woodhouse, igual que a Emma, de que se uniera a la excursión; y sabía que ver a cualquiera de ellos sentado a comer al aire libre lo enfermaría sin remedio. No había que tentar al señor Woodhouse, con el engañoso pretexto de un paseo matinal en coche y una o dos horas en Donwell, para llevarlo a su desdicha.

Se le invitó de buena fe. Ningún horror escondido le reprocharía su fácil credulidad. Él aceptó. Hacía dos años que no iba a Donwell. «Alguna mañana muy buena, él, Emma y Harriet podrían ir muy bien; y él podría quedarse sentado tranquilo con la señora Weston mientras

las queridas muchachas paseaban por los jardines. No suponía que pudieran estar húmedos ahora, a mediodía. Le gustaría muchísimo volver a ver la vieja casa, y se alegraría mucho de encontrarse con el señor y la señora Elton y con cualquier otro de sus vecinos. No veía ninguna objeción en que él, Emma y Harriet fueran allí alguna mañana muy buena. Le parecía muy bien hecho por parte del señor Knightley invitarlos; muy amable y sensato; mucho más inteligente que invitar a cenar. A él no le gustaba cenar fuera».

El señor Knightley tuvo la suerte de que todos aceptaran de muy buena gana. La invitación fue tan bien recibida en todas partes que parecía como si, igual que la señora Elton, todos tomaran el plan como un cumplido particular hacia ellos mismos. Emma y Harriet declararon esperar de él mucho placer; y el señor Weston, sin que nadie se lo pidiera, prometió hacer venir a Frank para que se les uniera, si era posible; una prueba de aprobación y gratitud de la que se podría haber prescindido. El señor Knightley se vio entonces obligado a decir que se alegraría de verlo; y el señor Weston se comprometió a escribirle sin perder tiempo y a no ahorrar argumentos para convencerlo de que viniera.

Entretanto, el caballo cojo se recuperó tan deprisa que la excursión a Box Hill volvió a estar felizmente en consideración; y por fin se fijó Donwell para un día y Box Hill para el siguiente, pues el tiempo parecía justo el adecuado.

Bajo un brillante sol de mediodía, casi en pleno San Juan, el señor Woodhouse fue trasladado sin peligro en su coche, con una ventanilla bajada, a tomar parte en aquella excursión *al-fresco*; y en una de las habitaciones más cómodas de la abadía, especialmente preparada para él con un fuego encendido toda la mañana, quedó felizmente instalado, muy a sus anchas, dispuesto a hablar con gusto de lo que se había logrado y a aconsejar a todo el mundo que viniera a sentarse y no se acalorara. La señora Weston, que parecía haber ido a pie a propósito para estar cansada y quedarse todo el tiempo sentada con él, permaneció,

cuando a todos los demás los invitaron o convencieron de salir, como su oyente paciente y compasiva.

Hacía tanto tiempo que Emma no había estado en la abadía que, en cuanto se aseguró de la comodidad de su padre, se alegró de dejarlo y mirar a su alrededor, deseosa de refrescar y corregir su memoria con una observación más detenida, con un conocimiento más exacto de una casa y unas tierras que siempre habrían de interesarles tanto a ella y a toda su familia.

Sintió todo el honrado orgullo y la complacencia que su parentesco con el propietario presente y futuro podía justificar con razón, mientras contemplaba el tamaño y el estilo respetables del edificio, su emplazamiento adecuado, decoroso, característico, bajo y abrigado; sus amplios jardines que bajaban hasta unos prados bañados por un arroyo, del que la abadía, con todo el antiguo desdén por las vistas, apenas tenía una visión; y su abundancia de árboles en hileras y avenidas, que ni la moda ni la extravagancia habían arrancado. La casa era más grande que Hartfield y totalmente distinta, extendida sobre bastante terreno, desordenada e irregular, con muchas habitaciones cómodas y una o dos hermosas. Era justo lo que debía ser, y parecía lo que era; y Emma sintió un respeto creciente por ella, como residencia de una familia de tan verdadera nobleza, sin mancha en la sangre ni en el entendimiento. Algunos defectos de carácter tenía John Knightley; pero Isabella se había unido de un modo irreprochable. No les había dado ni hombres, ni nombres, ni lugares que pudieran causar sonrojo. Eran sentimientos agradables, y ella paseó y se entregó a ellos hasta que fue necesario hacer lo que hacían los demás y reunirse alrededor de las plantaciones de frutillas. Todo el grupo estaba reunido, salvo Frank Churchill, a quien se esperaba de un momento a otro desde Richmond; y la señora Elton, con todo su aparato de felicidad, su sombrero grande y su cesta, estaba muy dispuesta a ir a la cabeza en recoger, aceptar o hablar: en frutillas, y solo en frutillas, se podía pensar o hablar ahora. «La mejor fruta de Inglaterra, la preferida de todos, siempre sa-

ludable. Estas, las mejores plantaciones y las mejores variedades. Delicioso recogerlas uno mismo, la única manera de disfrutarlas de verdad. La mañana, sin duda, el mejor momento; nunca cansa; todas las variedades son buenas; la almizclera, infinitamente superior, no hay comparación; las otras, apenas comestibles; las almizcleras, muy escasas; se prefiere la de Chile; la blanca de bosque, el sabor más fino de todos; el precio de las frutillas en Londres; abundancia en los alrededores de Bristol; Maple Grove; el cultivo; cuándo hay que renovar las plantaciones; los jardineros piensan exactamente lo contrario; no hay regla general; a los jardineros nunca hay que sacarlos de sus costumbres; fruta deliciosa; solo que demasiado pesada para comer mucha; inferior a las cerezas; las grosellas, más refrescantes; la única objeción a recoger frutillas, tener que agacharse; un sol que deslumbra; muerta de cansancio; no podía aguantar más; tenía que ir a sentarse a la sombra».

Tal fue la conversación durante media hora, interrumpida solo una vez por la señora Weston, que salió, preocupada por su hijastro, a preguntar si había llegado; y estaba un poco inquieta. Tenía cierto temor por su caballo.

Se encontraron asientos bastante a la sombra; y entonces Emma se vio obligada a oír lo que hablaban la señora Elton y Jane Fairfax. Se trataba de un puesto, de un puesto de lo más deseable. La señora Elton se había enterado de él esa mañana y estaba entusiasmada. No era con la señora Suckling, no era con la señora Bragge, pero en felicidad y esplendor solo quedaba por debajo de ellas: era con una prima de la señora Bragge, una conocida de la señora Suckling, una dama conocida en Maple Grove. Encantadora, deliciosa, superior, primeros círculos, esferas, linajes, rangos, todo; y la señora Elton estaba loca por que se cerrara el trato de inmediato. Por su parte, todo era calor, energía y triunfo; y se negaba en redondo a aceptar la negativa de su amiga, aunque la señorita Fairfax seguía asegurándole que por el momento no se comprometería a nada, repitiendo los mismos motivos que ya se

le habían oído alegar antes. Aun así, la señora Elton insistía en que la autorizara a escribir una aceptación por el correo del día siguiente. Cómo podía Jane soportarlo era asombroso para Emma. Sí que parecía fastidiada, sí que hablaba con intención; y por fin, con una decisión en el actuar poco habitual en ella, propuso moverse. «¿No podrían caminar? ¿No les mostraría el señor Knightley los jardines, todos los jardines? Deseaba ver toda su extensión». La obstinación de su amiga parecía más de lo que podía soportar.

Hacía calor; y después de pasear un rato por los jardines de un modo desperdigado y disperso, sin que apenas fueran tres juntos, se fueron siguiendo unos a otros sin darse cuenta hasta la deliciosa sombra de una avenida corta y ancha de tilos que, extendiéndose más allá del jardín a igual distancia del río, parecía el remate de los terrenos de recreo. No llevaba a ninguna parte; a nada más que a una vista, al final, por encima de un muro bajo de piedra con pilares altos, que parecían haberse levantado para dar la apariencia de una entrada a la casa que nunca había estado allí. Por discutible, sin embargo, que fuera el gusto de un remate así, era en sí misma un paseo encantador, y la vista que lo cerraba, sumamente bonita. La considerable pendiente, casi al pie de la cual se alzaba la abadía, iba adquiriendo gradualmente una forma más empinada más allá de sus tierras; y a media milla de distancia había una ladera de considerable aspereza y grandeza, bien cubierta de bosque; y al pie de esa ladera, en un lugar favorable y abrigado, se alzaba la granja de Abbey-Mill, con prados delante y el río trazando una curva cerrada y hermosa a su alrededor.

Era una vista dulce, dulce para los ojos y para el espíritu. Verdor inglés, cultivo inglés, bienestar inglés, vistos bajo un sol brillante sin ser agobiante.

En este paseo, Emma y el señor Weston encontraron reunidos a todos los demás; y hacia esa vista divisó enseguida al señor Knightley y a Harriet, apartados del resto, abriendo tranquilamente la marcha. ¡El señor Knightley y Harriet! Era un *tête-à-tête* curioso; pero se alegró de

verlo. Hubo un tiempo en que él la habría desdeñado como compañera y se habría apartado de ella con poca ceremonia. Ahora parecían enfrascados en una conversación agradable. Hubo un tiempo también en que a Emma le habría pesado ver a Harriet en un lugar tan favorable para contemplar la granja de Abbey-Mill; pero ahora no lo temía. Podía contemplarse sin peligro con todos sus atributos de prosperidad y belleza, sus ricos pastos, sus rebaños esparcidos, su huerto en flor y su ligera columna de humo que subía. Se reunió con ellos junto al muro y los encontró más ocupados en hablar que en mirar alrededor. Él le estaba dando a Harriet información sobre métodos de agricultura, etcétera, y Emma recibió una sonrisa que parecía decir: «Estos son asuntos míos. Tengo derecho a hablar de estos temas sin que se sospeche que estoy haciendo entrar a Robert Martin». Ella no sospechaba de él. Era una historia demasiado vieja. Robert Martin probablemente había dejado de pensar en Harriet. Dieron unas cuantas vueltas juntos por el paseo. La sombra era de lo más refrescante, y a Emma le pareció la parte más agradable del día.

El siguiente traslado fue a la casa; todos tenían que entrar a comer; y ya estaban todos sentados y ocupados, y Frank Churchill seguía sin llegar. La señora Weston miraba, y miraba en vano. Su padre no quería reconocerse inquieto y se reía de los temores de ella; pero ella no podía dejar de desear que él se deshiciera de su yegua negra. Él se había expresado sobre su venida con una seguridad más que corriente. «Su tía estaba tanto mejor que no tenía ninguna duda de poder ir a verlos». El estado de la señora Churchill, sin embargo, como muchos estaban dispuestos a recordarle, estaba sujeto a variaciones tan repentinas que podían defraudar a su sobrino en la confianza más razonable; y la señora Weston se dejó convencer por fin de creer, o de decir, que algún ataque de la señora Churchill debía de haberle impedido venir. Emma miró a Harriet mientras se consideraba el asunto; ella se comportó muy bien y no dejó ver ninguna emoción.

Terminado el almuerzo frío, el grupo iba a salir una vez más a ver

lo que aún no se había visto, los viejos estanques de peces de la abadía; quizá llegar hasta el trébol, que se empezaría a segar al día siguiente, o, en todo caso, tener el placer de acalorarse y volver a refrescarse. El señor Woodhouse, que ya había dado su vueltecita por la parte más alta de los jardines, donde ni siquiera él imaginaba humedades del río, no se movió más; y su hija resolvió quedarse con él para que su marido pudiera convencer a la señora Weston de salir a hacer el ejercicio y buscar la variedad que su ánimo parecía necesitar.

El señor Knightley había hecho todo lo que estaba en su mano para entretener al señor Woodhouse. Libros de grabados, cajones de medallas, camafeos, corales, conchas y todas las demás colecciones familiares de sus vitrinas se habían preparado para su viejo amigo, para hacerle pasar la mañana; y la amabilidad había dado un resultado perfecto. El señor Woodhouse se había entretenido muchísimo. La señora Weston se los había estado mostrando todos, y ahora él se los mostraría todos a Emma; afortunado de no parecerse a un niño más que en una total falta de gusto por lo que veía, porque era lento, constante y metódico. Antes de que empezara esta segunda revisión, sin embargo, Emma salió al vestíbulo para observar libremente durante unos momentos la entrada y la planta de la casa; y apenas estaba allí cuando apareció Jane Fairfax, entrando deprisa desde el jardín, con aire de huida. Como no esperaba encontrarse tan pronto con la señorita Woodhouse, al principio se sobresaltó; pero la señorita Woodhouse era precisamente la persona que buscaba.

«¿Tendría la amabilidad», dijo, «cuando me echen de menos, de decir que me he ido a casa? Me voy en este momento. Mi tía no se da cuenta de lo tarde que es, ni de cuánto tiempo hemos estado fuera; pero estoy segura de que nos necesitarán, y estoy decidida a irme enseguida. No le he dicho nada a nadie. Solo sería causar molestias y preocupación. Unos han ido a los estanques y otros al paseo de los tilos. Hasta que vuelvan todos, no me echarán de menos; y cuando vuelvan, ¿tendrá la bondad de decir que me he ido?».

«Desde luego, si así lo desea; pero ¿no irá a ir a pie sola hasta Highbury?».

«Sí, ¿qué podría pasarme? Camino rápido. Estaré en casa en veinte minutos».

«Pero es demasiado lejos, de verdad, para ir caminando completamente sola. Deje que la acompañe el criado de mi padre. Deje que pida el coche. Puede estar en la puerta en cinco minutos».

«Gracias, gracias, pero de ningún modo. Prefiero caminar. ¡Y que *yo* tenga miedo de caminar sola! ¡Yo, que tal vez muy pronto tenga que cuidar de otros!».

Hablaba con gran agitación; y Emma respondió con mucho sentimiento: «Esa no puede ser una razón para que se exponga ahora al peligro. Tengo que pedir el coche. Hasta el calor sería un peligro. Ya está usted fatigada».

«Lo estoy», respondió ella, «estoy fatigada; pero no es esa clase de fatiga; caminar rápido me refrescará. Señorita Woodhouse, todos sabemos a veces lo que es tener el ánimo agotado. El mío, lo confieso, está exhausto. La mayor amabilidad que puede mostrarme será dejarme hacer lo que quiero y decir solo que me he ido cuando sea necesario».

Emma no tuvo una palabra más que oponer. Lo comprendió todo; y, poniéndose en su lugar, la ayudó a salir de la casa de inmediato y la vio partir sana y salva con el celo de una amiga. Su mirada de despedida fue agradecida; y sus palabras de despedida, «¡Ay, señorita Woodhouse, qué consuelo es estar sola a veces!», parecieron brotar de un corazón demasiado cargado y describir algo de la continua paciencia que tenía que ejercitar, incluso con algunos de los que más la querían.

«¡Qué casa, de verdad! ¡Qué tía!», dijo Emma, al volver al vestíbulo. «Me da usted mucha pena. Y cuanto más sensible se muestre a sus justos horrores, más me gustará».

No hacía un cuarto de hora que Jane se había ido, y solo habían alcanzado a ver algunas vistas de la plaza de San Marcos de Venecia,

cuando Frank Churchill entró en la habitación. Emma no había estado pensando en él, se había olvidado de pensar en él; pero se alegró mucho de verlo. La señora Weston estaría tranquila. La yegua negra no tenía la culpa; tenían razón *los* que habían señalado a la señora Churchill como la causa. Lo había retenido un empeoramiento pasajero de la enfermedad de ella; un ataque de nervios que había durado algunas horas; y había renunciado del todo a la idea de venir hasta muy tarde; y si hubiera sabido el calor que pasaría en el camino, y lo tarde que llegaría con toda su prisa, creía que no habría venido en absoluto. El calor era excesivo; nunca había sufrido nada igual; casi deseaba haberse quedado en casa; nada lo mataba como el calor; podía soportar cualquier grado de frío, etcétera, pero el calor era intolerable; y se sentó, lo más lejos posible de los escasos restos del fuego del señor Woodhouse, con aspecto muy lastimoso.

«Pronto se refrescará, si se queda sentado tranquilo», dijo Emma.

«En cuanto me refresque, me volveré. Difícilmente podían prescindir de mí; ¡pero se había insistido tanto en que viniera! Ustedes se irán pronto, supongo; todo el grupo se dispersará. Me encontré con *una* cuando venía. ¡Qué locura con este tiempo! ¡Una locura absoluta!».

Emma escuchó y miró, y pronto se dio cuenta de que el estado de Frank Churchill podía definirse mejor con la expresiva frase de estar de mal humor. Algunas personas siempre se ponían de mal genio cuando tenían calor. Tal vez esa fuera su constitución; y como sabía que comer y beber eran a menudo el remedio de semejantes malestares pasajeros, le recomendó tomar algún refrigerio; encontraría abundancia de todo en el comedor; y con humanidad le señaló la puerta.

«No, no comería. No tenía hambre; solo le daría más calor». A los dos minutos, sin embargo, cedió en su propio favor; y, murmurando algo sobre cerveza de abeto, se fue. Emma volvió a dedicar toda su atención a su padre, diciéndose en secreto:

«Me alegro de haber dejado de estar enamorada de él. No me gustaría un hombre que se descompone tan pronto por una mañana caluro-

sa. Al carácter dulce y tranquilo de Harriet no le importará».

Estuvo fuera el tiempo suficiente para haber hecho una comida muy completa, y volvió mucho mejor, ya bastante fresco y, con buenos modales, como él era: capaz de acercar una silla a ellos, interesarse en lo que hacían y lamentar, de un modo razonable, haber llegado tan tarde. No estaba de su mejor humor, pero parecía intentar mejorarlo; y por fin se obligó a decir tonterías muy agradablemente. Estaban mirando vistas de Suiza.

«En cuanto mi tía se reponga, me iré al extranjero», dijo. «Nunca estaré tranquilo hasta haber visto algunos de estos lugares. Algún día tendrá usted mis bocetos para mirarlos, o el relato de mi viaje para leerlo, o mi poema. Haré algo para ponerme en evidencia».

«Puede ser, pero no con bocetos de Suiza. Usted nunca irá a Suiza. Sus tíos nunca le permitirán salir de Inglaterra».

«Puede que se les convenza de ir también. A ella pueden recetarle un clima cálido. Tengo más que medio esperanza de que nos vayamos todos al extranjero. Se lo aseguro. Esta mañana siento la fuerte convicción de que pronto estaré en el extranjero. Debería viajar. Estoy cansado de no hacer nada. Quiero un cambio. Hablo en serio, señorita Woodhouse, imagine lo que imagine con sus ojos penetrantes: estoy harto de Inglaterra, y me iría mañana mismo si pudiera».

«Usted está harto de prosperidad y de que lo consientan. ¿No puede inventarse unas cuantas penurias y conformarse con quedarse?».

«¡*Yo*, harto de prosperidad y de que me consientan! Se equivoca usted por completo. No me considero ni próspero ni consentido. Me contrarían en todo lo importante. No me considero en absoluto una persona afortunada».

«Sin embargo, no es usted tan desdichado como cuando llegó. Vaya a comer y beber un poco más y estará muy bien. Otra tajada de carne fría, otro trago de madeira con agua, y estará casi a la par con el resto de nosotros».

«No, no me moveré. Me quedaré sentado a su lado. Usted es mi me-

jor remedio».

«Mañana vamos a Box Hill; usted vendrá con nosotros. No es Suiza, pero será algo para un joven tan necesitado de un cambio. ¿Se quedará e irá con nosotros?».

«No, desde luego que no; me iré a casa con el fresco de la tarde».

«Pero puede volver con el fresco de mañana por la mañana».

«No; no valdrá la pena. Si vengo, estaré de mal humor».

«Entonces, le ruego que se quede en Richmond».

«Pero si me quedo, estaré de peor humor todavía. Nunca soportaría pensar en todos ustedes allí sin mí».

«Esas son dificultades que tiene que resolver usted mismo. Elija su propio grado de mal humor. No insistiré más».

El resto del grupo volvía ya, y pronto estuvieron todos reunidos. En algunos hubo gran alegría al ver a Frank Churchill; otros lo tomaron con mucha calma; pero hubo una inquietud y una perturbación muy generales cuando se explicó la desaparición de la señorita Fairfax. Que era hora de que todos se fueran zanjó el asunto; y con un breve arreglo final para el plan del día siguiente, se separaron. Las pocas ganas de Frank Churchill de quedar excluido aumentaron tanto que sus últimas palabras a Emma fueron:

«Bueno, si *usted* desea que me quede y me una a la excursión, lo haré».

Ella le sonrió en señal de aceptación; y nada menos que un aviso de Richmond lo haría volver antes de la tarde siguiente.

Volumen III. Capítulo VII

Tuvieron un día espléndido para Box Hill; y todas las demás circunstancias externas de organización, comodidad y puntualidad estaban a favor de una excursión agradable. El señor Weston lo dirigió todo, oficiando sin tropiezos entre Hartfield y la vicaría, y todo el mundo llegó a tiempo. Emma y Harriet fueron juntas; la señorita Bates y su sobrina, con los Elton; los caballeros, a caballo. La señora Weston se quedó con el señor Woodhouse. No faltaba nada más que ser felices al llegar. Se recorrieron siete millas con la expectativa de disfrutar, y todo el mundo prorrumpió en admiración al llegar; pero en el balance general del día hubo carencias. Hubo una languidez, una falta de ánimo, una falta de unión que no pudo superarse. Se separaron demasiado en grupos. Los Elton paseaban juntos; el señor Knightley se hizo cargo de la señorita Bates y de Jane; y Emma y Harriet le pertenecían a Frank Churchill. Y el señor Weston intentó en vano que se avinieran mejor. Al principio pareció una división casual, pero nunca varió de manera importante. El señor y la señora Elton, es cierto, no mostraron ninguna desgana en mezclarse y ser tan agradables como pudieran; pero durante las dos horas enteras que pasaron en la colina pareció haber, entre los demás grupos, un principio de separación demasiado fuerte para que lo eliminaran las hermosas vistas, el almuerzo frío o la alegría del señor Weston.

Al principio fue para Emma un aburrimiento rotundo. Nunca había visto a Frank Churchill tan callado y tan torpe. No decía nada que valiera la pena oír; miraba sin ver, admiraba sin inteligencia, escuchaba sin saber lo que ella decía. Estando él tan apagado, no era de extrañar que Harriet estuviera apagada también; y los dos eran insufribles.

Cuando todos se sentaron, fue mejor; a su gusto, mucho mejor, porque Frank Churchill se volvió hablador y alegre, y la convirtió en su

principal objeto. Toda atención distinguida que podía dedicársele, se le dedicó. Divertirla y resultar agradable a sus ojos parecía lo único que le importaba; y Emma, contenta de animarse, y no disgustada de que la halagaran, estuvo también alegre y desenvuelta, y le dio todo el aliento amistoso, toda la licencia para mostrarse galante, que le había dado en el primer y más animado período de su relación; pero que ahora, en su propia estimación, no significaba nada, aunque a juicio de la mayoría de quienes los miraban debía de tener una apariencia que ninguna palabra inglesa, salvo *flirtation*, podría describir muy bien. «El señor Frank Churchill y la señorita Woodhouse coquetearon muchísimo». Se estaban exponiendo precisamente a esa frase, y a que una dama la enviara en una carta a Maple Grove, y otra a Irlanda. No es que Emma estuviera alegre y despreocupada por una verdadera felicidad; era más bien porque se sentía menos feliz de lo que había esperado. Reía porque estaba decepcionada; y aunque le agradaba él por sus atenciones, y las encontraba todas, fueran de amistad, de admiración o de juego, sumamente juiciosas, no le estaban recuperando el corazón. Seguía destinándolo a su amiga.

«¡Cuánto le agradezco», dijo él, «que me dijera que viniera hoy! Si no hubiera sido por usted, sin duda me habría perdido toda la felicidad de esta excursión. Estaba completamente decidido a volver a irme».

«Sí, estaba usted de muy mal humor; y no sé por qué, salvo que llegó demasiado tarde para las mejores frutillas. Fui una amiga más amable de lo que usted merecía. Pero estuvo usted humilde. Suplicó mucho que se le ordenara venir».

«No diga que estaba de mal humor. Estaba fatigado. El calor me venció».

«Hoy hace más calor».

«No para mí. Hoy estoy perfectamente a gusto».

«Está a gusto porque está bajo dominio».

«¿Bajo su dominio? Sí».

«Quizá pretendía que dijera eso, pero me refería al dominio de sí mismo. Ayer, de un modo u otro, se había salido de sus límites y se había escapado de su propio gobierno; pero hoy ha vuelto a ellos; y como yo no puedo estar siempre con usted, es mejor creer que su genio está bajo su propio dominio y no bajo el mío».

«Viene a ser lo mismo. No puedo dominarme sin un motivo. Usted me da órdenes, hable o no. Y puede estar siempre conmigo. Está siempre conmigo».

«A partir de ayer a las tres. Mi influencia perpetua no pudo empezar antes, o no habría estado usted de tan mal humor antes de esa hora».

«¡Ayer a las tres! Esa es su fecha. Yo creía haberla visto por primera vez en febrero».

«Su galantería es de verdad incontestable. Pero (bajando la voz) nadie habla salvo nosotros, y es un poco excesivo estar diciendo tonterías para entretener a siete personas calladas».

«No digo nada de lo que me avergüence», respondió él, con viva desfachatez. «La vi por primera vez en febrero. Que me oigan todos en la colina, si pueden. Que mi voz llegue hasta Mickleham por un lado y hasta Dorking por el otro. La vi por primera vez en febrero». Y luego, en un susurro: «Nuestros compañeros están de lo más torpes. ¿Qué haremos para despertarlos? Cualquier tontería servirá. *Tienen* que hablar. Damas y caballeros, la señorita Woodhouse (que, dondequiera que esté, preside) me ordena decirles que desea saber en qué están pensando todos ustedes».

Algunos rieron y respondieron de buen humor. La señorita Bates dijo muchísimo; la señora Elton se infló ante la idea de que la señorita Woodhouse presidiera; la respuesta del señor Knightley fue la más clara.

«¿Está segura la señorita Woodhouse de que le gustaría oír en qué estamos pensando todos?».

«¡Oh, no, no!», exclamó Emma, riendo con toda la despreocupación

que pudo. «¡Por nada del mundo! Es lo último cuyo embate soportaría en este momento. Prefiero oír cualquier cosa antes que lo que están pensando todos ustedes. No diré que todos. Hay uno o dos, quizá (mirando al señor Weston y a Harriet), cuyos pensamientos no me daría miedo conocer».

«Es una clase de cosa», exclamó la señora Elton con énfasis, «sobre la que *yo* no me habría creído con el privilegio de preguntar. Aunque quizá, como *chaperona* del grupo... *yo* nunca he estado en ningún círculo... excursiones... jovencitas... mujeres casadas...».

Sus murmullos iban dirigidos sobre todo a su marido; y él murmuró en respuesta:

«Muy cierto, mi amor, muy cierto. Exactamente así, de verdad; algo nunca visto; pero algunas damas dicen cualquier cosa. Mejor tomarlo como una broma. Todo el mundo sabe lo que se *te* debe».

«No funciona», le susurró Frank a Emma; «la mayoría están ofendidos. Los atacaré con más habilidad. Damas y caballeros: la señorita Woodhouse me ordena decirles que renuncia a su derecho de saber exactamente en qué puedan estar pensando todos ustedes, y que solo pide de cada uno algo muy entretenido, en general. Aquí son ustedes siete, además de mí (que, según tiene a bien decir, ya soy muy entretenido), y ella solo exige de cada uno o bien una cosa muy ingeniosa, sea en prosa o en verso, original o repetida, o bien dos cosas medianamente ingeniosas, o bien tres cosas verdaderamente muy tontas, y se compromete a reírse de buena gana de todas ellas».

«¡Ah, muy bien!», exclamó la señorita Bates, «entonces no tengo por qué preocuparme. “Tres cosas verdaderamente muy tontas”. Eso me viene justo a mí, ¿saben? Seguro que diré tres cosas tontas en cuanto abra la boca, ¿no es cierto? (mirando alrededor con la más bondadosa confianza en el asentimiento de todos). ¿No creen todos que sí?».

Emma no pudo resistirse.

«¡Ah, señora, pero puede haber una dificultad! Perdóneme, pero tendrá usted un límite en cuanto al número: solo tres de una vez».

La señorita Bates, engañada por la fingida ceremonia de sus modales, no captó enseguida lo que quería decir; pero, cuando lo comprendió de golpe, no pudo enojarla, aunque un ligero rubor mostró que sí podía dolerle.

«¡Ah! Bueno... claro. Sí, ya entiendo lo que quiere decir (volviéndose hacia el señor Knightley), e intentaré callarme. Debo de hacerme muy desagradable, o no le habría dicho algo así a una vieja amiga».

«Me gusta su plan», exclamó el señor Weston. «De acuerdo, de acuerdo. Haré lo que pueda. Estoy preparando una adivinanza. ¿Cuánto cuenta una adivinanza?».

«Poco, me temo, señor, muy poco», respondió su hijo, «pero seremos indulgentes, sobre todo con quien abra la marcha».

«No, no», dijo Emma, «no contará poco. Una adivinanza del señor Weston lo librará a él y a su vecino de al lado. Vamos, señor, le ruego que me la diga».

«Yo mismo dudo que sea muy ingeniosa», dijo el señor Weston. «Es demasiado prosaica, pero ahí va. ¿Cuáles son las dos letras del alfabeto que expresan la perfección?».

«¡Qué dos letras! ¡Que expresan la perfección! La verdad es que no lo sé».

«¡Ah! Nunca lo adivinarán. Usted (a Emma), estoy seguro, nunca lo adivinará. Se lo diré. La M y la A. ¡Em-ma! ¿Lo entienden?».

La comprensión y el agrado llegaron juntos. Podía ser una muestra de ingenio muy mediocre, pero Emma encontró en ella mucho de que reírse y disfrutar; y lo mismo Frank y Harriet. No pareció tocar igual al resto del grupo; algunos pusieron cara de no entender nada, y el señor Knightley dijo gravemente:

«Esto explica la clase de cosa ingeniosa que se busca, y el señor Weston ha salido muy bien parado; pero debe de haber dejado fuera de combate a todos los demás. La *perfección* no debería haber llegado tan pronto».

«¡Oh! En cuanto a mí, protesto que deben excusarme», dijo la seño-

ra Elton; «*yo* de verdad no puedo intentarlo... no me gustan nada esas cosas. Una vez me enviaron un acróstico sobre mi propio nombre que no me agradó en absoluto. Sabía de quién venía. ¡Un mequetrefe abominable! Ya sabes a quién me refiero (con un gesto de cabeza a su marido). Esta clase de cosas están muy bien en Navidad, cuando uno está sentado alrededor del fuego; pero muy fuera de lugar, en mi opinión, cuando uno está de excursión por el campo en verano. La señorita Woodhouse debe excusarme. No soy de esas que tienen ocurrencias al servicio de todo el mundo. No pretendo ser ingeniosa. Tengo mucha vivacidad, a mi manera, pero de verdad deben permitirme juzgar cuándo hablar y cuándo callarme. Sáltenos, por favor, señor Churchill. Sáltese al señor E., a Knightley, a Jane y a mí. No tenemos nada ingenioso que decir, ni uno solo de nosotros».

«Sí, sí, le ruego que *me* salte», añadió su marido, con una especie de conciencia burlona; «*yo* no tengo nada que decir que pueda entretener a la señorita Woodhouse ni a ninguna otra jovencita. Un viejo casado, que no sirve para nada. ¿Damos un paseo, Augusta?».

«Con mucho gusto. De verdad estoy cansada de excursionar tanto rato en un mismo sitio. Vamos, Jane, toma mi otro brazo».

Jane, sin embargo, lo rehusó, y marido y mujer se alejaron. «¡Feliz pareja!», dijo Frank Churchill, en cuanto no pudieron oírlo. «¡Qué bien se avienen! ¡Qué suerte, casarse como lo hicieron, tras conocerse solo en un lugar público! ¡Creo que solo se trataron unas pocas semanas en Bath! ¡Una suerte singular! Porque, en cuanto al verdadero conocimiento del carácter de una persona que pueden dar Bath o cualquier lugar público, no es nada; no puede haber conocimiento. Solo viendo a las mujeres en su propia casa, entre los suyos, tal como son siempre, puede uno formarse un juicio justo. Sin eso, todo es conjetura y suerte, y generalmente mala suerte. ¡Cuántos hombres se han comprometido tras un trato breve y lo han lamentado el resto de su vida!».

La señorita Fairfax, que hasta entonces apenas había hablado, salvo con sus propios aliados, habló ahora.

«Esas cosas ocurren, sin duda». La detuvo un acceso de tos. Frank Churchill se volvió hacia ella para escuchar.

«Estaba usted hablando», dijo él, gravemente. Ella recobró la voz.

«Solo iba a observar que, aunque circunstancias tan desafortunadas les ocurren a veces tanto a hombres como a mujeres, no puedo imaginar que sean muy frecuentes. Puede surgir un afecto precipitado e imprudente, pero por lo general hay tiempo después para recuperarse de él. Quisiera que se me entendiera que solo los caracteres débiles e indecisos (cuya felicidad estará siempre a merced del azar) permitirán que un trato desafortunado sea un inconveniente, una opresión para siempre».

Él no respondió; solo la miró e hizo una reverencia de sumisión; y poco después dijo, en tono animado:

«Bueno, tengo tan poca confianza en mi propio juicio que, cuando me case, espero que alguien me elija la esposa. ¿Lo hará usted? (volviéndose hacia Emma). ¿Me elegirá usted una esposa? Estoy seguro de que me gustaría cualquiera en quien usted se fijara. Usted provee a la familia, ¿sabe? (con una sonrisa a su padre). Encuéntreme a alguien. No tengo prisa. Adóptela, edúquela».

«Y hágala como yo».

«Por supuesto, si puede».

«Muy bien. Acepto el encargo. Tendrá usted una esposa encantadora».

«Tiene que ser muy alegre y tener los ojos color avellana. No me importa nada más. Me iré al extranjero un par de años; y cuando vuelva, vendré a buscar a mi esposa a su casa. Recuérdelo».

Emma no corría peligro de olvidarlo. Era un encargo que tocaba todos sus sentimientos preferidos. ¿No sería Harriet la criatura misma que él había descrito? Salvo los ojos color avellana, dos años más podían hacer de ella todo lo que él deseaba. Quizá incluso tuviera a Harriet en sus pensamientos en ese momento; ¿quién podía decirlo? Confiarle a ella la educación parecía insinuarlo.

«Bueno, tía», dijo Jane, «¿nos unimos a la señora Elton?».

«Si quieres, querida. Con mucho gusto. Estoy completamente lista. Estaba lista para haber ido con ella, pero así también está bien. Pronto la alcanzaremos. Ahí está... no, esa es otra persona. Esa es una de las damas del grupo del carro irlandés, no se le parece nada. Bueno, ¡vaya...!».

Se alejaron, seguidas medio minuto después por el señor Knightley. Solo quedaron el señor Weston, su hijo, Emma y Harriet; y el ánimo del joven subió entonces hasta un punto casi desagradable. Hasta Emma se cansó por fin de la adulación y del alborozo, y deseó más bien estar paseando tranquilamente con cualquiera de los otros, o sentada casi sola, sin que nadie le prestara atención, contemplando con calma las hermosas vistas que tenía a sus pies. La aparición de los criados que los buscaban para avisar de los coches fue una visión feliz; e incluso el ajetreo de reunirse y prepararse para partir, y el afán de la señora Elton por que *su* coche fuera el primero, se soportaron con gusto, ante la perspectiva del tranquilo regreso a casa que había de cerrar los muy discutibles placeres de aquel día de recreo. Esperaba no dejarse arrastrar nunca más a otro plan semejante, compuesto de tanta gente mal avenida.

Mientras esperaba el coche, se encontró con el señor Knightley a su lado. Él miró alrededor, como para asegurarse de que no había nadie cerca, y luego dijo:

«Emma, tengo que hablarle una vez más como he acostumbrado: un privilegio más tolerado que concedido, quizá, pero tengo que seguir usándolo. No puedo verla obrar mal sin hacerle un reproche. ¿Cómo pudo ser tan insensible con la señorita Bates? ¿Cómo pudo ser tan insolente en su ingenio con una mujer de su carácter, edad y situación? Emma, no lo creía posible».

Emma lo recordó, se ruborizó, lo lamentó, pero intentó tomarlo a risa.

«Vamos, ¿cómo podía evitar decir lo que dije? Nadie habría podido

evitarlo. No fue tan grave. Me atrevo a decir que ella no me entendió».

«Le aseguro que sí. Entendió todo lo que quiso decir. Ha hablado de ello después. Ojalá hubiera podido oír cómo hablaba de ello, con qué franqueza y generosidad. Ojalá la hubiera oído alabar su paciencia, la de usted, por ser capaz de prestarle las atenciones que recibía continuamente de usted y de su padre, cuando su compañía tenía que resultar tan pesada».

«¡Oh!», exclamó Emma, «ya sé que no hay mejor criatura en el mundo; pero tiene que reconocer que en ella lo bueno y lo ridículo están mezclados de la manera más desafortunada».

«Están mezclados», dijo él, «lo reconozco; y si ella viviera en la prosperidad, podría ser muy indulgente con que lo ridículo prevaleciera de vez en cuando sobre lo bueno. Si fuera una mujer de fortuna, dejaría que cada absurdo inofensivo corriera su suerte, no le reprocharía a usted ninguna libertad en los modales. Si fuera su igual en posición... pero, Emma, piense cuán lejos está de ser así. Es pobre; ha descendido desde las comodidades en las que nació; y, si llega a vieja, probablemente descenderá más. Su situación debería asegurarle su compasión. ¡Estuvo muy mal hecho, de verdad! Usted, a quien ella conoció desde que era una niña de pecho, a quien vio crecer desde una época en que la atención de ella era un honor, ¡que ahora usted, con ánimo irreflexivo y el orgullo del momento, se ría de ella, la humille! Y delante de su sobrina, además; y delante de otros, muchos de los cuales (sin duda *algunos*) se guiarían por completo por el trato que *usted* le dé. Esto no le resulta agradable, Emma, y está muy lejos de resultarme agradable a mí; pero debo, quiero... quiero decirle verdades mientras pueda; satisfecho con demostrarle que soy su amigo con un consejo muy leal, y confiando en que algún día me hará más justicia de la que puede hacerme ahora».

Mientras hablaban, iban avanzando hacia el coche; estaba listo; y antes de que ella pudiera volver a hablar, él la había ayudado a subir.

Había malinterpretado los sentimientos que la habían hecho apartar el rostro y mantener la lengua inmóvil. Se componían solo de enojo contra sí misma, mortificación y honda pesadumbre. No había podido hablar; y, al entrar en el coche, se dejó caer hacia atrás un momento, abrumada; luego, reprochándose no haberse despedido, no haber reconocido nada, haberse separado de él con aparente hosquedad, se asomó, con la voz y la mano deseosas de mostrar otra cosa; pero era justo demasiado tarde. Él se había dado la vuelta, y los caballos ya se movían. Siguió mirando hacia atrás, pero en vano; y pronto, a lo que pareció una velocidad inusual, estaban a mitad de la bajada de la colina, y todo había quedado muy atrás. Estaba afligida más de lo que podría haberse expresado, casi más de lo que podía ocultar. Nunca en su vida se había sentido tan agitada, mortificada y apenada por ninguna circunstancia. Estaba hondamente impresionada. La verdad de lo que él le había expuesto no podía negarse. La sentía en el corazón. ¡Cómo podía haber sido tan brutal, tan cruel con la señorita Bates! ¡Cómo podía haberse expuesto a una opinión tan mala en alguien a quien estimaba! ¡Y cómo había podido dejar que él se fuera sin decirle una palabra de gratitud, de conformidad, de simple amabilidad!

El tiempo no la calmó. Cuanto más reflexionaba, más parecía sentirlo. Nunca había estado tan abatida. Por suerte, no era necesario hablar. Solo estaba Harriet, que tampoco parecía estar de buen ánimo, rendida y muy dispuesta a callar; y Emma sintió las lágrimas correrle por las mejillas casi todo el camino a casa, sin tomarse ninguna molestia en contenerlas, por extraordinarias que fueran.

Volumen III. Capítulo VIII

Lo desdichado de aquella excursión a Box Hill ocupó los pensamientos de Emma toda la tarde. Cómo la considerarían los demás del grupo, no podía saberlo. Ellos, en sus distintas casas y a sus distintas maneras, quizá la recordaran con placer; pero, en su opinión, había sido una mañana más completamente malgastada, más totalmente desprovista de satisfacción razonable en su momento y más digna de aborrecerse en el recuerdo que ninguna otra que hubiera pasado nunca. Una tarde entera de backgammon con su padre era la felicidad comparada con ella. *Allí*, en efecto, había verdadero placer, porque allí dedicaba las horas más dulces de las veinticuatro a la comodidad de él; y sentía que, por inmerecido que fuera el grado de su tierno afecto y de su confiada estima, no podía, en su conducta general, estar expuesta a ningún reproche severo. Como hija, esperaba no carecer de corazón. Esperaba que nadie hubiera podido decirle: «¿Cómo pudo ser tan insensible con su padre? Debo, quiero decirle verdades mientras pueda». La señorita Bates nunca más... ¡no, nunca! Si en el futuro la atención podía borrar el pasado, podía esperar que la perdonaran. A menudo había sido negligente, su conciencia se lo decía; negligente, quizá, más en pensamiento que en hechos; desdeñosa, descortés. Pero no volvería a ser así. En el calor de la verdadera contrición, iría a verla a la mañana siguiente misma, y eso sería el comienzo, por su parte, de un trato regular, de igual a igual, afectuoso.

Seguía igual de decidida cuando llegó el día siguiente, y salió temprano, para que nada se lo impidiera. No era improbable, pensó, que viera al señor Knightley por el camino; o quizá él entrara mientras ella estaba de visita. No tenía inconveniente. No se avergonzaría de que se viera su arrepentimiento, tan justa y verdaderamente suyo. Mientras caminaba, sus ojos miraban hacia Donwell, pero no lo vio.

«Las señoras estaban todas en casa». Nunca antes se había alegrado al oírlo, ni había entrado nunca en el pasillo ni subido la escalera con el deseo de dar placer, sino de conceder un favor, o de sacarlo, salvo en la burla posterior.

Hubo un revuelo al acercarse ella; mucho moverse y hablar. Oyó la voz de la señorita Bates; había que hacer algo deprisa; la criada parecía asustada y torpe; esperaba que tuviera la bondad de aguardar un momento, y luego la hizo pasar demasiado pronto. La tía y la sobrina parecían escaparse las dos a la habitación contigua. A Jane la vio con claridad un instante, con muy mala cara; y, antes de que la puerta se cerrara tras ellas, oyó a la señorita Bates decir: «Bueno, querida, *diré* que estás acostada en la cama, y estoy segura de que estás bastante enferma».

La pobre señora Bates, la anciana, cortés y humilde como siempre, parecía no entender del todo lo que pasaba.

«Me temo que Jane no está muy bien», dijo, «pero no sé; me *dicen* que está bien. Seguro que mi hija vendrá enseguida, señorita Woodhouse. Espero que encuentre una silla. Ojalá Hetty no se hubiera ido. Yo puedo muy poco... ¿Tiene una silla, señorita? ¿Se sienta donde le guste? Estoy segura de que vendrá enseguida».

Emma esperaba de veras que así fuera. Tuvo por un momento el temor de que la señorita Bates la estuviera evitando. Pero la señorita Bates llegó pronto («Muy feliz y muy agradecida»); pero la conciencia de Emma le dijo que no había la misma alegre locuacidad de antes, que había menos soltura en su mirada y en sus modales. Una pregunta muy amistosa por la señorita Fairfax, esperaba, podría abrir el camino a que volvieran los antiguos sentimientos. El efecto pareció inmediato.

«¡Ah, señorita Woodhouse, qué amable es usted! Supongo que se ha enterado... y viene a felicitarnos. Esto no parece mucha alegría, la verdad, en mí (parpadeando para quitarse una o dos lágrimas), pero será muy duro para nosotras separarnos de ella, después de haberla tenido tanto tiempo, y ahora mismo tiene un terrible dolor de cabeza,

de escribir toda la mañana: cartas tan largas, ¿sabe?, que había que escribir al coronel Campbell y a la señora Dixon. "Querida", le dije, "te vas a quedar ciega", porque tenía lágrimas en los ojos todo el tiempo. No es de extrañar, no es de extrañar. Es un gran cambio; y aunque tiene una suerte asombrosa (un puesto como, supongo, ninguna joven ha encontrado nunca al salir por primera vez), no nos crea desagradecidas, señorita Woodhouse, por una fortuna tan sorprendente (dispersando otra vez sus lágrimas), pero, ¡pobre alma querida!, si viera usted qué dolor de cabeza tiene. Cuando uno sufre mucho, ya sabe, no puede sentir ninguna bendición como se merece. Está de lo más abatida. Al mirarla, nadie pensaría lo encantada y feliz que está de haberse asegurado un puesto así. Usted la disculpará por no salir a verla; no puede; se ha ido a su habitación; yo quiero que se acueste en la cama. "Querida", le dije, "diré que estás acostada en la cama"; pero, sin embargo, no lo está; está paseándose por la habitación. Pero, ahora que ha escrito sus cartas, dice que pronto estará bien. Sentirá muchísimo no haberla visto, señorita Woodhouse, pero la amabilidad de usted la disculpará. La hicimos esperar en la puerta (me dio mucha vergüenza), pero, no sé cómo, hubo un poco de revuelo; porque dio la casualidad de que no habíamos oído llamar, y hasta que usted estuvo en la escalera no supimos que venía nadie. "No es más que la señora Cole", dije, "ya verás. Nadie más vendría tan temprano". "Bueno", dijo ella, "alguna vez habrá que soportarlo, y tanto da que sea ahora". Pero entonces entró Patty y dijo que era usted. "¡Ah!", dije yo, "es la señorita Woodhouse: estoy segura de que te gustará verla". "No puedo ver a nadie", dijo ella; y se levantó y quiso irse; y eso fue lo que nos hizo hacerla esperar; y lo sentimos muchísimo y nos dio mucha vergüenza. "Si tienes que irte, querida", le dije, "vete, y diré que estás acostada en la cama"».

Emma se interesó muy sinceramente. Su corazón se había ido volviendo desde hacía tiempo más amable con Jane; y aquel cuadro de sus sufrimientos actuales obró como remedio de toda sospecha poco

generosa de antes y no le dejó más que compasión; y el recuerdo de los sentimientos menos justos y menos gentiles del pasado la obligó a admitir que era muy natural que Jane resolviera ver a la señora Cole o a cualquier otra amiga constante, cuando quizá no soportaría verla a ella. Habló como sentía, con sincero pesar y solicitud, deseando de verdad que las circunstancias que, según deducía de lo que decía la señorita Bates, ya estaban efectivamente decididas fueran lo más ventajosas y cómodas posible para la señorita Fairfax. «Debía de ser una dura prueba para todas ellas. Ella había entendido que se aplazaría hasta el regreso del coronel Campbell».

«¡Qué amable!», respondió la señorita Bates. «Pero usted siempre es amable».

No había modo de soportar semejante «siempre»; y, para romper aquella terrible gratitud, Emma hizo la pregunta directa:

«¿Adónde, si se puede saber, va a ir la señorita Fairfax?».

«A casa de una tal señora Smallridge, una mujer encantadora, de lo más superior, para hacerse cargo de sus tres niñitas, unas niñas deliciosas. Imposible que un puesto esté más lleno de comodidades; si exceptuamos, quizá, la propia familia de la señora Suckling y la de la señora Bragge; pero la señora Smallridge tiene intimidad con las dos, y en el mismo vecindario: vive a solo cuatro millas de Maple Grove. Jane estará a solo cuatro millas de Maple Grove».

«La señora Elton, supongo, ha sido la persona a quien la señorita Fairfax debe...».

«Sí, nuestra buena señora Elton. La amiga más infatigable y verdadera. No aceptaba una negativa. No dejaba que Jane dijera “No”; porque cuando Jane se enteró al principio (fue anteayer, la misma mañana en que estuvimos en Donwell), cuando Jane se enteró al principio, estaba completamente decidida a no aceptar el ofrecimiento, y por las razones que usted menciona; tal como usted dice, se había propuesto no cerrar ningún trato hasta el regreso del coronel Campbell, y nada la convencería de comprometerse por ahora; y así se lo dijo a la seño-

ra Elton una y otra vez; ¡y le aseguro que yo no tenía la menor idea de que cambiaría de opinión! Pero esa buena señora Elton, cuyo juicio nunca le falla, vio más lejos que yo. No todo el mundo se habría mantenido firme de un modo tan amable como ella, negándose a aceptar la respuesta de Jane; pero declaró rotundamente que *no* escribiría ayer ninguna negativa así, como Jane quería; que esperaría; y, efectivamente, ayer por la tarde quedó todo arreglado para que Jane se fuera. ¡Fue toda una sorpresa para mí! ¡No tenía la menor idea! Jane llevó aparte a la señora Elton y le dijo enseguida que, después de pensar en las ventajas del puesto en casa de la señora Smallridge, había resuelto aceptarlo. Yo no supe ni una palabra hasta que todo estuvo arreglado».

«¿Pasaron la tarde con la señora Elton?».

«Sí, todas nosotras; la señora Elton insistió en que fuéramos. Así se arregló en la colina, mientras paseábamos con el señor Knightley. "*Tienen* que pasar la tarde con nosotros *todas*", dijo ella. "Tengo que tenerlas aquí a *todas*, sin falta"».

«El señor Knightley también estaba allí, ¿verdad?».

«No, el señor Knightley no; lo rehusó desde el principio; y aunque yo pensaba que iría, porque la señora Elton declaró que no lo dejaría escapar, no fue; pero mi madre, Jane y yo estuvimos allí, y pasamos una tarde muy agradable. A amigos tan amables, ¿sabe, señorita Woodhouse?, una siempre los encuentra agradables, aunque todo el mundo parecía bastante rendido después de la excursión de la mañana. Hasta el placer, ¿sabe?, cansa; y no puedo decir que ninguno de ellos pareciera haberla disfrutado mucho. Sin embargo, *yo* siempre la recordaré como una excursión muy agradable, y me sentiré sumamente agradecida a los amables amigos que me incluyeron en ella».

«La señorita Fairfax, supongo, aunque usted no se diera cuenta, había estado decidiéndose todo el día».

«Me atrevo a decir que sí».

«Cuando llegue el momento, tiene que ser penoso para ella y para todos sus amigos; pero espero que su colocación tenga todos los ali-

vios posibles; me refiero al carácter y los modales de la familia».

«Gracias, querida señorita Woodhouse. Sí, de verdad, tiene todo lo que hay en el mundo para hacerla feliz en ella. Salvo los Suckling y los Bragge, no hay otro cuarto de niños igual, tan generoso y elegante, entre todas las amistades de la señora Elton. ¡La señora Smallridge, una mujer de lo más encantadora! Un tren de vida casi igual al de Maple Grove; y en cuanto a los niños, salvo los pequeños Suckling y los pequeños Bragge, no hay en ninguna parte niños tan elegantes y tan dulces. ¡Tratarán a Jane con tanta consideración y amabilidad! No será más que placer, una vida de placer. ¡Y su sueldo! De verdad no me atrevo a decirle su sueldo, señorita Woodhouse. Ni siquiera usted, acostumbrada como está a grandes sumas, creería que se le puede dar tanto a una joven como Jane».

«¡Ah, señora!», exclamó Emma, «si otros niños se parecen en algo a lo que recuerdo haber sido yo misma, me parecería que cinco veces la cantidad que he oído mencionar como sueldo en tales casos estaría bien ganada a costa de mucho».

«¡Tiene usted unas ideas tan nobles!».

«¿Y cuándo las dejará la señorita Fairfax?».

«Muy pronto, muy pronto, de verdad; eso es lo peor. Dentro de quince días. La señora Smallridge tiene mucha prisa. Mi pobre madre no sabe cómo soportarlo. Así que yo trato de quitárselo de la cabeza y le digo: Vamos, madre, no pensemos más en eso».

«Todos sus amigos lamentarán perderla; ¿y no lamentarán el coronel y la señora Campbell descubrir que se ha comprometido antes de su regreso?».

«Sí; Jane dice que está segura de que lo lamentarán; pero, aun así, es un puesto tal que no se siente con derecho a rechazarlo. ¡Me quedé tan asombrada cuando me contó por primera vez lo que le había estado diciendo a la señora Elton, y cuando la señora Elton vino en ese mismo momento a felicitarme por ello! Fue antes del té... espere... no, no pudo ser antes del té, porque justo íbamos a jugar a las cartas... y

sin embargo fue antes del té, porque recuerdo que pensé... ¡Ah, no, ahora me acuerdo, ya lo tengo! Algo pasó antes del té, pero no eso. Al señor Elton lo llamaron fuera de la sala antes del té: el hijo del viejo John Abdy quería hablar con él. El pobre viejo John, le tengo mucho aprecio; fue sacristán de mi pobre padre veintisiete años; y ahora, pobre anciano, está postrado en cama, y muy mal con la gota reumática en las articulaciones. Tengo que ir a verlo hoy; y Jane también, estoy segura, si es que sale. Y el hijo del pobre John vino a hablar con el señor Elton sobre una ayuda de la parroquia; a él le va muy bien, ¿sabe?, porque es el encargado principal de la Corona, mozo de cuadra y todo eso, pero aun así no puede mantener a su padre sin algo de ayuda; y entonces, cuando el señor Elton volvió, nos contó lo que John el mozo de cuadra le había estado diciendo, y entonces salió lo de la calesa que habían mandado a Randalls para llevar al señor Frank Churchill a Richmond. Eso fue lo que pasó antes del té. Fue después del té cuando Jane habló con la señora Elton».

La señorita Bates apenas le dio tiempo a Emma de decir lo completamente nueva que era para ella esa circunstancia; pero como, sin suponer posible que ignorara ninguno de los detalles de la partida del señor Frank Churchill, procedió a contárselos todos, no tuvo importancia.

Lo que el señor Elton se había enterado por el mozo de cuadra sobre el asunto, que era la suma de lo que sabía el propio mozo y de lo que sabían los criados de Randalls, era que había llegado un mensajero de Richmond poco después de que el grupo volviera de Box Hill (mensajero que, sin embargo, no era más de lo que se esperaba); y que el señor Churchill le había enviado a su sobrino unas líneas que contenían, en conjunto, noticias aceptables de la señora Churchill, y en las que solo le pedía que no tardara en volver más allá de la mañana siguiente temprano; pero que, como el señor Frank Churchill había resuelto irse a casa enseguida, sin esperar nada, y su caballo parecía haberse resfriado, habían mandado inmediatamente a Tom por la calesa

de la Corona, y el mozo de cuadra había salido a la puerta y la había visto pasar, con el muchacho llevando buen paso y conduciendo con mucha firmeza.

No había en todo esto nada que asombrara ni interesara, y solo atrajo la atención de Emma en cuanto se unía al tema que ya ocupaba su mente. Le impresionó el contraste entre la importancia de la señora Churchill en el mundo y la de Jane Fairfax; una lo era todo, la otra nada; y se quedó sentada cavilando sobre la diferencia en el destino de las mujeres, sin darse ninguna cuenta de dónde tenía fijos los ojos, hasta que la despertó la señorita Bates diciendo:

«Sí, ya veo en qué está pensando: en el pianoforte. ¿Qué va a ser de él? Muy cierto. La pobre Jane querida estaba hablando de eso hace un momento. “Tú tienes que irte”, dijo. “Tú y yo tenemos que separarnos. Aquí no tendrás nada que hacer. Pero que se quede”, dijo; “dele lugar en la casa hasta que vuelva el coronel Campbell. Hablaré con él de esto; él lo arreglará por mí; me sacará de todas mis dificultades”. Y hasta el día de hoy, creo de verdad, no sabe si fue regalo de él o de su hija».

Ahora Emma tuvo que pensar en el pianoforte; y el recuerdo de todas sus antiguas conjeturas fantasiosas e injustas le resultó tan poco grato que pronto se permitió creer que su visita ya había sido bastante larga; y, repitiendo todo lo que se atrevió a decir de los buenos deseos que de verdad sentía, se despidió.

Volumen III. Capítulo IX

Las pensativas meditaciones de Emma, mientras volvía a casa, no se vieron interrumpidas; pero al entrar en el saloncito encontró a quienes no podían dejar de sacarla de ellas. El señor Knightley y Harriet habían llegado durante su ausencia y estaban sentados con su padre. El señor Knightley se levantó enseguida y, con un aire decididamente más grave que de costumbre, dijo:

«No quería irme sin verla, pero no tengo tiempo que perder, así que debo marcharme ahora mismo. Me voy a Londres a pasar unos días con John e Isabella. ¿Tiene algo que enviar o que decir, además de los "cariños", que nadie lleva?».

«Nada en absoluto. Pero ¿no es un plan repentino?».

«Sí... algo... Hace un tiempito que lo vengo pensando».

Emma estaba segura de que él no la había perdonado; no parecía el de siempre. El tiempo, sin embargo, pensó ella, le diría que debían volver a ser amigos. Mientras él seguía de pie, como si tuviera intención de irse pero sin irse, su padre empezó con sus preguntas.

«Bueno, querida, ¿llegaste allí sin percances? ¿Y cómo encontraste a mi digna y vieja amiga y a su hija? Me atrevo a decir que te habrán agradecido mucho la visita. La querida Emma ha ido a visitar a la señora y a la señorita Bates, señor Knightley, como le dije antes. ¡Siempre es tan atenta con ellas!».

Emma se sonrojó ante aquel elogio injusto; y, con una sonrisa y un movimiento de cabeza que decían mucho, miró al señor Knightley. Pareció como si hubiera una impresión instantánea a su favor, como si los ojos de él recibieran la verdad de los de ella, y todo lo que de bueno había habido en sus sentimientos fuera captado y honrado de una vez. Él la miró con un brillo de estima. Ella se sintió vivamente halagada; y un momento después todavía más, por un pequeño gesto de amis-

tad más que corriente por parte de él. Le tomó la mano; si no había sido ella misma quien había hecho el primer movimiento, no podría decirlo (quizá, más bien, se la había ofrecido); pero él le tomó la mano, se la estrechó y sin duda estuvo a punto de llevársela a los labios, cuando, por algún capricho u otro, de pronto la soltó. Por qué había de tener semejante escrúpulo, por qué había de cambiar de opinión cuando ya casi estaba hecho, ella no alcanzaba a verlo. Habría juzgado mejor, pensó, si no se hubiera detenido. La intención, sin embargo, era indudable; y, fuera porque sus modales tenían en general tan poca galantería, o pasara lo que pasara, a ella le pareció que nada le sentaba mejor. En él era algo de naturaleza tan sencilla y a la vez tan digna. No pudo menos de recordar el intento con gran satisfacción. Expresaba una amistad tan perfecta. Él se fue inmediatamente después; se marchó en un instante. Siempre se movía con la presteza de un espíritu que no podía ser ni indeciso ni moroso, pero ahora pareció desaparecer más repentinamente que de costumbre.

Emma no podía lamentar haber ido a ver a la señorita Bates, pero deseó haberse despedido de ella diez minutos antes; habría sido un gran placer comentar la situación de Jane Fairfax con el señor Knightley. Tampoco lamentaría que se fuera a Brunswick Square, porque sabía cuánto se disfrutaría su visita; pero podría haber sido en un momento mejor; y habría sido más agradable saberlo con más anticipación. Se separaron como muy buenos amigos, sin embargo; ella no podía engañarse sobre el sentido de su semblante y de su galantería inacabada; todo se había hecho para asegurarle que había recuperado del todo su buena opinión. Había estado sentado con ellos media hora, supo ella. ¡Qué lástima no haber vuelto antes!

Con la esperanza de distraer los pensamientos de su padre de lo desagradable que era que el señor Knightley se fuera a Londres, y que se fuera tan de repente, y que se fuera a caballo, cosas que sabía que a él le parecerían todas muy mal, Emma le comunicó sus noticias sobre Jane Fairfax, y su confianza en el efecto quedó justificada: le sirvió de

freno muy útil; lo interesó sin perturbarlo. Hacía mucho tiempo que se había hecho a la idea de que Jane Fairfax saliera a trabajar de institutriz, y podía hablar de ello con alegría, pero la ida del señor Knightley a Londres había sido un golpe inesperado.

«Me alegro mucho, de verdad, querida, de saber que va a quedar tan cómodamente instalada. La señora Elton es muy bondadosa y agradable, y me atrevo a decir que sus amistades son justo como deben ser. Espero que sea un lugar seco y que cuiden bien de su salud. Eso debería ser lo primero, como estoy seguro de que la salud de la pobre señorita Taylor lo fue siempre conmigo. Sabes, querida, ella va a ser para esa nueva señora lo que la señorita Taylor fue para nosotros. Y espero que le vaya mejor en un aspecto, y que no la convenzan de irse después de haber sido aquella su casa durante tanto tiempo».

El día siguiente trajo de Richmond noticias que relegaron todo lo demás a segundo plano. ¡Llegó a Randalls un correo urgente para anunciar la muerte de la señora Churchill! Aunque su sobrino no había tenido ninguna razón particular para volver deprisa por ella, no había vivido más de treinta y seis horas después de su regreso. Un ataque repentino, de naturaleza distinta de todo lo que su estado general hacía presagiar, se la había llevado tras una breve lucha. La gran señora Churchill ya no existía.

Se sintió como deben sentirse estas cosas. Todo el mundo mostró cierto grado de gravedad y de pesar; ternura hacia la difunta, solicitud por los amigos que le sobrevivían; y, al cabo de un tiempo razonable, curiosidad por saber dónde la enterrarían. Goldsmith nos dice que, cuando una mujer encantadora se rebaja a la locura, no le queda más que morir; y cuando se rebaja a ser desagradable, es igualmente recomendable como remedio para la mala fama. De la señora Churchill, después de haber sido aborrecida por lo menos veinticinco años, se hablaba ahora con compasiva indulgencia. En un punto quedó plenamente justificada. Nunca antes se había admitido que estuviera gravemente enferma. El suceso la absolvió de toda la extravagancia y de todo el

egoísmo de las dolencias imaginarias.

«¡Pobre señora Churchill! Sin duda había sufrido mucho, más de lo que nadie había supuesto nunca; y el dolor continuo pone a prueba el carácter. Era un triste suceso, un gran golpe; con todos sus defectos, ¿qué haría el señor Churchill sin ella? La pérdida del señor Churchill sería verdaderamente terrible. El señor Churchill nunca se repondría». Hasta el señor Weston movió la cabeza, puso cara solemne y dijo: «¡Ah, pobre mujer, quién lo hubiera pensado!»; y resolvió que su luto fuera lo más elegante posible; y su esposa se quedó sentada suspirando y moralizando sobre sus anchos dobladillos con una conmiseración y un buen juicio verdaderos y firmes. Cómo afectaría aquello a Frank fue uno de los primeros pensamientos de ambos. También fue muy pronto una de las especulaciones de Emma. El carácter de la señora Churchill, el dolor de su marido: su mente pasó sobre ambos con sobrecogimiento y compasión, y luego se detuvo, con el ánimo aliviado, en cómo podría afectar el suceso a Frank, cuánto lo beneficiaría, cuánto lo liberaría. Vio en un momento todo el bien posible. Ahora, un afecto por Harriet Smith no tendría nada contra lo que luchar. Al señor Churchill, sin su esposa, no lo temía nadie; era un hombre fácil, manejable, a quien su sobrino podría convencer de cualquier cosa. Lo único que quedaba por desear era que el sobrino se encariñara, pues, con toda su buena voluntad por la causa, Emma no podía tener ninguna certeza de que ya se hubiera encariñado.

Harriet se comportó sumamente bien en aquella ocasión, con gran dominio de sí misma. Sintiera lo que sintiera de esperanzas más brillantes, no dejó ver nada. A Emma le agradó observar en ella semejante prueba de un carácter fortalecido, y se abstuvo de toda alusión que pudiera ponerlo en peligro. Hablaron, por tanto, de la muerte de la señora Churchill con mutua contención.

En Randalls se recibieron cartas breves de Frank en las que comunicaba todo lo inmediatamente importante sobre su estado y sus planes. El señor Churchill estaba mejor de lo que cabía esperar; y su primer

traslado, una vez partido el cortejo fúnebre hacia Yorkshire, sería a casa de un amigo muy antiguo en Windsor, a quien el señor Churchill llevaba diez años prometiéndole una visita. Por el momento no había nada que hacer por Harriet; buenos deseos para el futuro eran todo lo que, por parte de Emma, era posible todavía.

Era una preocupación más apremiante mostrarle atención a Jane Fairfax, cuyas perspectivas se cerraban mientras las de Harriet se abrían, y cuyos compromisos no permitían ya ninguna demora a nadie en Highbury que deseara mostrarle amabilidad; y en Emma eso se había convertido en su primer deseo. Casi no tenía pesar más fuerte que el de su frialdad pasada; y la persona a quien había estado descuidando durante tantos meses era ahora precisamente aquella a quien habría prodigado todas las muestras de estima o de simpatía. Quería serle útil; quería mostrarle que apreciaba su compañía y testimoniarle respeto y consideración. Resolvió convencerla de que pasara un día en Hartfield. Se escribió una nota para instarla a ello. La invitación fue rehusada, y de palabra. «La señorita Fairfax no se encontraba lo bastante bien para escribir»; y cuando el señor Perry pasó por Hartfield esa misma mañana, resultó que estaba tan indispuesta que él mismo la había visitado, aunque contra su voluntad, y que sufría fuertes dolores de cabeza y una fiebre nerviosa en un grado que le hacía dudar de que pudiera ir a casa de la señora Smallridge en la fecha prevista. Su salud parecía por el momento completamente trastornada; había perdido del todo el apetito; y, aunque no había síntomas en absoluto alarmantes, nada que tocara la afección pulmonar, que era el temor constante de la familia, el señor Perry estaba inquieto por ella. Pensaba que había emprendido más de lo que sus fuerzas le permitían, y que ella misma lo sentía así, aunque no quisiera reconocerlo. Su ánimo parecía vencido. Su casa actual, no podía dejar de observar, era desfavorable para un trastorno nervioso: siempre encerrada en una sola habitación; él habría deseado que fuera de otro modo; y su buena tía, aunque era amiga suya desde hacía mucho, tenía que reconocer que no era la mejor

compañía para una enferma de esa clase. Sus cuidados y su atención no podían ponerse en duda; eran, de hecho, demasiado grandes. Temía mucho que a la señorita Fairfax le hicieran más mal que bien. Emma escuchó con la más viva preocupación; se afligía por ella cada vez más, y miraba a su alrededor, ansiosa por descubrir algún modo de serle útil. Sacarla, aunque fuera solo una o dos horas, de junto a su tía, darle un cambio de aire y de escenario, y una conversación tranquila y razonable, aunque solo fuera una o dos horas, podría hacerle bien; y a la mañana siguiente volvió a escribir para decirle, en el lenguaje más sentido de que fue capaz, que pasaría a buscarla en el coche a la hora que Jane indicara, mencionando que contaba con la opinión decidida del señor Perry en favor de semejante ejercicio para su paciente. La respuesta vino solo en esta breve nota:

«Saludos y agradecimientos de la señorita Fairfax, pero no está en absoluto en condiciones de hacer ningún ejercicio».

Emma sintió que su propia nota había merecido algo mejor; pero era imposible enfadarse con unas palabras cuya trémula desigualdad mostraba tan claramente la indisposición, y solo pensó en cómo contrarrestar mejor aquella resistencia a dejarse ver o ayudar. A pesar de la respuesta, por tanto, pidió el coche y fue a casa de la señora Bates, con la esperanza de que Jane se dejara convencer de acompañarla; pero no hubo manera. La señorita Bates salió a la portezuela del coche, toda gratitud, y muy de acuerdo con ella en que un paseo al aire libre podría hacerle muchísimo bien; y se intentó todo lo que podía hacer un recado, pero todo en vano. La señorita Bates tuvo que volver sin éxito; Jane era del todo imposible de convencer; la mera propuesta de salir parecía ponerla peor. Emma deseó haber podido verla y probar su propio poder de persuasión; pero, casi antes de que pudiera insinuar el deseo, la señorita Bates dejó ver que le había prometido a su sobrina no dejar entrar de ningún modo a la señorita Woodhouse. «La verdad, en efecto, era que la pobre Jane querida no soportaba ver a nadie, a nadie en absoluto; a la señora Elton, es cierto, no se le podía ne-

gar la entrada; y la señora Cole había insistido tanto; y la señora Perry había dicho tanto; pero, salvo a ellas, Jane de verdad no quería ver a nadie».

Emma no quería que la clasificaran con las señoras Elton, las señoras Perry y las señoras Cole, que se metían a la fuerza en cualquier parte; tampoco podía sentir ningún derecho a que la prefirieran; se resignó, por tanto, y solo le preguntó algo más a la señorita Bates sobre el apetito y la dieta de su sobrina, en lo que deseaba ardientemente poder ayudar. Sobre ese tema la pobre señorita Bates estaba muy afligida y muy comunicativa; Jane apenas comía nada; el señor Perry recomendaba alimentos nutritivos; pero todo lo que podían conseguir (y nunca nadie tuvo tan buenos vecinos) le resultaba desagradable.

Emma, al llegar a casa, llamó enseguida al ama de llaves para revisar sus provisiones; y se despachó rápidamente a la señorita Bates un poco de arrurruz de calidad muy superior, con una nota de lo más amistosa. Media hora después devolvieron el arrurruz, con mil gracias de la señorita Bates, pero «la querida Jane no se quedaría tranquila hasta que lo devolvieran; era algo que ella no podía tomar; y, además, insistía en que dijera que no le hacía falta nada en absoluto».

Cuando Emma oyó después que habían visto a Jane Fairfax vagando por los prados, a cierta distancia de Highbury, en la tarde del mismo día en que, con el pretexto de no estar en condiciones de hacer ningún ejercicio, se había negado tan tajantemente a salir con ella en el coche, no le cupo ninguna duda, atando cabos, de que Jane estaba resuelta a no recibir ninguna amabilidad de *ella*. Lo sintió, lo sintió mucho. Se le afligía el corazón por un estado que parecía todavía más digno de lástima por aquella especie de irritación del ánimo, de incoherencia en los actos y de desigualdad de las fuerzas; y la mortificaba que se le reconocieran tan pocos buenos sentimientos, o que se la estimara tan poco digna como amiga; pero tenía el consuelo de saber que sus intenciones eran buenas y de poder decirse que, si el señor Knightley hubiera podido estar al tanto de todos sus intentos de ayu-

dar a Jane Fairfax, si hubiera podido incluso ver dentro de su corazón, no habría encontrado, en esta ocasión, nada que reprocharle.

Volumen III. Capítulo X

Una mañana, unos diez días después del fallecimiento de la señora Churchill, llamaron a Emma para que bajara a ver al señor Weston, que «no podía quedarse ni cinco minutos y quería hablar con ella muy especialmente». Él la recibió a la puerta del saloncito y, sin apenas preguntarle cómo estaba con el tono natural de su voz, la bajó enseguida para decirle, sin que lo oyera el padre de ella:

«¿Puede usted venir a Randalls en algún momento de esta mañana? Venga, si es posible. La señora Weston quiere verla. Tiene que verla».

«¿Está enferma?».

«No, no, en absoluto; solo un poco alterada. Habría pedido el coche y habría venido a verla a usted, pero tiene que verla *a solas*, y eso ya sabe usted... (señalando con la cabeza al padre). ¡Ejem! ¿Puede venir?».

«Por supuesto. Ahora mismo, si quiere. Es imposible negarse a lo que se pide de ese modo. Pero ¿qué puede ocurrir? ¿De verdad no está enferma?».

«Confíe en mí, pero no haga más preguntas. Lo sabrá todo a su tiempo. ¡El asunto más inexplicable! Pero ¡chitón, chitón!».

Adivinar qué significaba todo aquello era imposible incluso para Emma. Su semblante parecía anunciar algo realmente importante; pero, como su amiga estaba bien, procuró no inquietarse y, tras convenir con su padre que daría su paseo en ese momento, ella y el señor Weston salieron pronto juntos de la casa y se encaminaron a paso rápido hacia Randalls.

«Ahora», dijo Emma, cuando ya habían dejado bien atrás las rejas de la entrada, «ahora, señor Weston, dígame de una vez qué ha pasado».

«No, no», respondió él gravemente. «No me pregunte. Le prometí a

mi mujer dejárselo todo a ella. Ella sabrá comunicárselo mejor que yo. No se impaciente, Emma; todo saldrá a la luz demasiado pronto».

«¡Comunicármelo!», exclamó Emma, deteniéndose aterrada. «¡Santo Dios! Señor Weston, dígamelo enseguida. Algo ha pasado en Brunswick Square. Sé que sí. Dígame, le exijo que me diga en este mismo instante qué es».

«No, de veras, se equivoca usted».

«Señor Weston, no juegue conmigo. Piense cuántos de mis amigos más queridos están ahora en Brunswick Square. ¿Cuál de ellos es? Le exijo, por todo lo que es sagrado, que no intente ocultármelo».

«¡Palabra, Emma!».

«¡Su palabra! ¿Por qué no su honor? ¿Por qué no dice por su honor que no tiene nada que ver con ninguno de ellos? ¡Santo cielo! ¿Qué pueden tener que *comunicarme* que no se refiera a alguien de esa familia?».

«Por mi honor», dijo él muy serio, «que no. No tiene la menor relación con ningún ser humano que se apellide Knightley».

A Emma le volvió el valor y siguió caminando.

«Me equivoqué», continuó él, «al hablar de *comunicárselo*. No debí usar esa expresión. En realidad, no le concierne a usted; me concierne solo a mí, es decir, eso esperamos. ¡Ejem! En suma, mi querida Emma, no hay motivo para inquietarse tanto. No digo que no sea un asunto desagradable, pero las cosas podrían estar mucho peor. Si caminamos rápido, pronto estaremos en Randalls».

Emma comprendió que debía esperar, y ahora le costaba poco esfuerzo. No hizo más preguntas, pues, y se limitó a ocupar su imaginación, que pronto le señaló la probabilidad de que fuera algún asunto de dinero: algo recién descubierto, de naturaleza desagradable, en la situación de la familia; algo que el reciente suceso de Richmond había sacado a relucir. Su imaginación trabajaba mucho. Media docena de hijos naturales, quizá, ¡y el pobre Frank desheredado! Esto, aunque muy poco deseable, no sería motivo de angustia para ella. No le inspi-

raba mucho más que una curiosidad estimulante.

«¿Quién es ese caballero a caballo?», dijo ella mientras avanzaban, hablando más por ayudar al señor Weston a guardar su secreto que con ninguna otra intención.

«No sé. Uno de los Otway. No es Frank; no es Frank, se lo aseguro. No lo verá usted. A estas horas ya va a medio camino de Windsor».

«Entonces, ¿ha estado su hijo con ustedes?».

«¡Oh, sí! ¿No lo sabía? Bueno, bueno, no importa».

Guardó silencio un momento y luego añadió, en un tono mucho más cauto y recatado:

«Sí, Frank vino esta mañana, solo para preguntarnos cómo estábamos».

Siguieron a toda prisa y pronto estuvieron en Randalls. «Bueno, querida», dijo él al entrar en la sala, «aquí la traigo, y ahora espero que pronto te sientas mejor. Las dejaré solas. No sirve de nada demorarse. No me alejaré mucho, por si me necesitas». Y Emma lo oyó claramente añadir, en voz más baja, antes de salir de la sala: «He cumplido mi palabra. No tiene la menor idea».

La señora Weston tenía tan mal aspecto, y un aire de tanta turbación, que la inquietud de Emma aumentó; y en cuanto estuvieron solas, le dijo con ansiedad:

«¿Qué pasa, querida amiga? Veo que ha ocurrido algo muy desagradable; dime enseguida qué es. He venido todo el camino en completa incertidumbre. Las dos aborrecemos la incertidumbre. No dejes que la mía dure más. Te hará bien hablar de lo que te aflige, sea lo que sea».

«¿De veras no tienes idea?», dijo la señora Weston con voz temblorosa. «¿No puedes, mi querida Emma, no puedes adivinar lo que vas a oír?».

«En cuanto a que se refiere al señor Frank Churchill, sí lo adivino».

«Tienes razón. Se refiere a él, y te lo diré enseguida» (volviendo a su labor y como resuelta a no levantar la vista). «Estuvo aquí esta misma mañana, con un encargo de lo más extraordinario. Es imposible ex-

presar nuestra sorpresa. Vino a hablar con su padre de un asunto..., a anunciarle un afecto...».

Se detuvo a tomar aliento. Emma pensó primero en sí misma y luego en Harriet.

«Más que un afecto, en realidad», continuó la señora Weston; «un compromiso, un compromiso formal. ¿Qué dirás, Emma, qué dirá todo el mundo cuando se sepa que Frank Churchill y la señorita Fairfax están comprometidos; más aún, que llevan mucho tiempo comprometidos?».

Emma hasta dio un salto de sorpresa y, horrorizada, exclamó:

«¡Jane Fairfax! ¡Santo Dios! ¿No hablas en serio? ¿No lo dices de veras?».

«Bien puedes asombrarte», respondió la señora Weston, todavía apartando la mirada y hablando sin parar con afán, para que Emma tuviera tiempo de reponerse. «Bien puedes asombrarte. Pero así es. Ha habido un compromiso solemne entre ellos desde octubre, contraído en Weymouth y guardado en secreto para todo el mundo. Ni un alma lo sabía salvo ellos dos: ni los Campbell, ni la familia de ella, ni la de él. Es tan asombroso que, aunque estoy perfectamente convencida del hecho, todavía me parece casi increíble. Apenas puedo creerlo. Creía conocerlo».

Emma apenas oía lo que le decían. Su mente estaba dividida entre dos ideas: sus propias conversaciones de antes con él acerca de la señorita Fairfax, y la pobre Harriet; y durante un rato solo pudo exclamar y pedir confirmación, una confirmación repetida.

«Bueno», dijo por fin, tratando de reponerse; «esta es una circunstancia en la que tendré que pensar al menos medio día antes de poder entenderla en absoluto. ¡Cómo! ¿Comprometido con ella todo el invierno, antes de que ninguno de los dos viniera a Highbury?».

«Comprometidos desde octubre, comprometidos en secreto. Me ha dolido, Emma, muchísimo. Le ha dolido lo mismo a su padre. *Una parte* de su conducta no podemos disculparla».

Emma reflexionó un momento y luego respondió: «No voy a fingir que *no* te entiendo; y para darte todo el alivio que esté en mi mano, ten la seguridad de que sus atenciones conmigo no han tenido el efecto que temes».

La señora Weston levantó la vista, temerosa de creerlo; pero el semblante de Emma era tan firme como sus palabras.

«Para que te cueste menos creer esta jactancia de mi perfecta indiferencia actual», continuó, «te diré además que hubo un tiempo, al principio de conocernos, en que sí me gustaba, en que estaba muy dispuesta a enamorarme de él; más aún, lo estaba; y cómo llegó a pasárseme es quizá lo asombroso. Por fortuna, sin embargo, se me pasó. De veras hace ya algún tiempo, por lo menos estos tres meses, que no me importa nada. Puedes creerme, señora Weston. Es la pura verdad».

La señora Weston la besó con lágrimas de alegría y, cuando pudo hablar, le aseguró que esa declaración le había hecho más bien que cualquier otra cosa en el mundo.

«El señor Weston se sentirá casi tan aliviado como yo», dijo. «En este punto hemos sufrido muchísimo. Nuestro deseo más querido era que se tomaran afecto el uno al otro, y estábamos convencidos de que así era. Imagínate lo que hemos sentido por ti».

«Me he librado; y que me librara puede ser motivo de agradecido asombro para ti y para mí. Pero eso no *lo* absuelve a él, señora Weston; y debo decir que me parece muy culpable. ¿Qué derecho tenía a venir entre nosotros con el afecto y la palabra comprometidos, y con modales tan *poco* comprometidos? ¿Qué derecho tenía a esforzarse por agradar, como sin duda lo hizo; a distinguir a una joven con atenciones constantes, como sin duda lo hizo, mientras en realidad pertenecía a otra? ¿Cómo podía saber el daño que estaba haciendo? ¿Cómo podía saber que no me estaba haciendo enamorarme de él? Muy mal, de veras muy mal».

«Por algo que dijo, mi querida Emma, más bien me imagino...».

«¡Y cómo pudo *ella* soportar semejante conducta! ¡Vaya serenidad!

Mirar mientras se le hacían atenciones repetidas a otra mujer, delante de ella, y no ofenderse. Ese es un grado de placidez que no puedo ni entender ni respetar».

«Hubo malentendidos entre ellos, Emma; él lo dijo expresamente. No tuvo tiempo de dar muchas explicaciones. Estuvo aquí solo un cuarto de hora, y en un estado de agitación que no le permitió aprovechar del todo ni siquiera el tiempo que pudo quedarse; pero dijo con firmeza que había habido malentendidos. La crisis actual, de hecho, parecía haberla provocado eso; y esos malentendidos bien pudieron nacer de lo impropio de su conducta».

«¡Impropio! ¡Oh, señora Weston, es una censura demasiado tibia! ¡Mucho, mucho más que impropio! Lo ha rebajado, no puedo decir cuánto lo ha rebajado en mi opinión. ¡Tan distinto de lo que debe ser un hombre! Nada de esa integridad recta, de esa estricta fidelidad a la verdad y a los principios, de ese desdén por las tretas y las mezquindades, que un hombre debe mostrar en todos los actos de su vida».

«Vamos, querida Emma, ahora tengo que ponerme de su parte; porque, aunque haya obrado mal en esto, lo conozco desde hace bastante tiempo para responder de que tiene muchas, muchísimas buenas cualidades; y...».

«¡Santo Dios!», exclamó Emma, sin prestarle atención. «¡La señora Smallridge, además! ¡Jane a punto de irse de institutriz! ¿Qué pretendía él con una falta de delicadeza tan horrible? ¡Consentir que ella se comprometiera, consentir siquiera que pensara en semejante paso!».

«Él no sabía nada de eso, Emma. En este punto puedo absolverlo por completo. Fue una resolución privada de ella, que no le comunicó, o al menos no se la comunicó de un modo que lo convenciera. Hasta ayer, sé que dijo que no sabía nada de sus planes. Le cayeron encima, no sé cómo, pero por alguna carta o recado; y fue el descubrimiento de lo que ella estaba haciendo, de ese mismo proyecto suyo, lo que lo decidió a dar la cara de una vez, confesárselo todo a su tío, ponerse en manos de su bondad y, en suma, acabar con el penoso estado de ocul-

tamiento que llevaba tanto tiempo».

Emma empezó a escuchar mejor.

«Pronto tendré noticias suyas», continuó la señora Weston. «Me dijo al despedirse que escribiría pronto; y habló de un modo que parecía prometerme muchos detalles que no se podían dar ahora. Esperemos, pues, esa carta. Puede traer muchos atenuantes. Puede hacer comprensibles y disculpables muchas cosas que ahora no se entienden. No seamos severas, no nos apresuremos a condenarlo. Tengamos paciencia. Tengo que quererlo; y ahora que estoy tranquila en un punto, el único punto importante, deseo sinceramente que todo salga bien y estoy dispuesta a esperar que así sea. Los dos deben de haber sufrido mucho con semejante régimen de secreto y ocultamiento».

«*Sus* sufrimientos», respondió Emma secamente, «no parecen haberle hecho mucho daño. Bueno, ¿y cómo lo tomó el señor Churchill?».

«De lo más favorable para su sobrino: dio su consentimiento casi sin dificultad. ¡Imagínate lo que los sucesos de una semana han hecho en esa familia! Mientras vivía la pobre señora Churchill, supongo que no podía haber ni una esperanza, ni una oportunidad, ni una posibilidad; pero apenas descansan sus restos en la cripta familiar, convencen a su marido de que haga exactamente lo contrario de lo que ella habría exigido. ¡Qué bendición es cuando una influencia indebida no sobrevive a la tumba! Dio su consentimiento sin que hubiera que persuadirlo mucho».

«¡Ah!», pensó Emma, «lo mismo habría hecho por Harriet».

«Esto quedó arreglado anoche, y Frank partió al amanecer. Se detuvo en Highbury, en casa de las Bates, me figuro, un rato, y luego vino acá; pero tenía tanta prisa por volver junto a su tío, para quien ahora es más necesario que nunca, que, como te digo, solo pudo quedarse con nosotros un cuarto de hora. Estaba muy agitado, muchísimo, de veras, hasta el punto de parecer una criatura muy distinta de como nunca lo había visto. Además de todo lo demás, había sufrido la impresión de encontrarla a ella tan enferma, cosa que no había sospechado

en absoluto; y todo hacía pensar que había sentido mucho».

«¿Y de veras crees que el asunto se ha llevado con tan perfecto secreto? Los Campbell, los Dixon, ¿ninguno de ellos sabía del compromiso?».

Emma no pudo pronunciar el nombre de Dixon sin ruborizarse un poco.

«Ninguno; ni uno solo. Dijo categóricamente que no lo sabía ningún ser en el mundo salvo ellos dos».

«Bueno», dijo Emma, «supongo que poco a poco nos iremos haciendo a la idea, y les deseo mucha felicidad. Pero siempre pensaré que ha sido un modo de proceder abominable. ¿Qué ha sido sino un régimen de hipocresía y engaño, de espionaje y traición? ¡Venir entre nosotros haciendo gala de franqueza y sencillez, y con semejante liga en secreto para juzgarnos a todos! Aquí hemos estado todo el invierno y la primavera, completamente engañados, creyéndonos todos en pie de igualdad en verdad y honor, con dos personas en medio de nosotros que quizá han andado llevando y trayendo, comparando y juzgando sentimientos y palabras que nunca se dijeron para que los oyeran los dos. ¡Que carguen con las consecuencias, si han oído hablar el uno del otro de un modo no del todo agradable!».

«Yo estoy muy tranquila en ese punto», respondió la señora Weston. «Estoy segurísima de que nunca dije nada de uno al otro que no hubieran podido oír los dos».

«Tienes suerte. Tu único desacierto quedó confinado a mis oídos, cuando imaginaste a cierto amigo nuestro enamorado de la dama».

«Es verdad. Pero como siempre he tenido una opinión completamente buena de la señorita Fairfax, nunca, por mucho que me equivocara, habría podido hablar mal de ella; y en cuanto a hablar mal de él, ahí tenía que estar a salvo».

En ese momento apareció el señor Weston a poca distancia de la ventana, evidentemente al acecho. Su mujer le dirigió una mirada que lo invitaba a entrar y, mientras él daba la vuelta, añadió: «Ahora, que-

ridísima Emma, déjame suplicarte que digas y muestres en tu cara todo lo que pueda tranquilizarle el corazón e inclinarlo a quedar satisfecho con el casamiento. Saquemos el mejor partido posible; y, de veras, casi todo puede decirse con justicia en favor de ella. No es un enlace que halague; pero si al señor Churchill no le importa eso, ¿por qué habría de importarnos a nosotros? Y puede ser una circunstancia muy afortunada para él, para Frank, quiero decir, haberse prendado de una muchacha de tanta firmeza de carácter y tan buen juicio como siempre le he reconocido, y como todavía estoy dispuesta a reconocerle, a pesar de esta única gran desviación de la estricta regla del bien. ¡Y cuánto puede decirse, en su situación, incluso en favor de ese error!».

«¡Mucho, de veras!», exclamó Emma con sentimiento. «Si alguna vez puede disculparse a una mujer por pensar solo en sí misma, es en una situación como la de Jane Fairfax. De las que están así casi puede decirse que "el mundo no es suyo, ni la ley del mundo"».

Recibió al señor Weston a su entrada con semblante risueño, exclamando:

«¡Bonita broma me ha estado gastando usted, palabra! Supongo que fue una estratagema para jugar con mi curiosidad y ejercitar mi talento para adivinar. Pero de veras me asustó. Creí que había perdido usted la mitad de su fortuna, por lo menos. Y resulta que, en lugar de ser motivo de pésame, lo es de felicitación. Lo felicito, señor Weston, de todo corazón, por la perspectiva de tener por hija a una de las jóvenes más encantadoras y cultivadas de Inglaterra».

Una o dos miradas entre él y su mujer lo convencieron de que todo estaba tan bien como proclamaba este discurso, y su feliz efecto en su ánimo fue inmediato. Su aire y su voz recobraron su viveza habitual: le estrechó la mano con calor y gratitud, y entró en el tema de un modo que demostraba que ahora solo le hacían falta tiempo y persuasión para pensar que el compromiso no era tan malo. Sus acompañantes solo apuntaron lo que podía atenuar la imprudencia o allanar las objeciones; y para cuando lo hubieron hablado todo juntos, y él lo hubo ha-

blado todo otra vez con Emma en el camino de vuelta a Hartfield, se había reconciliado por completo y no estaba lejos de pensar que era lo mejor que Frank podría haber hecho.

Volumen III. Capítulo XI

«¡Harriet, pobre Harriet!». Esas eran las palabras; en ellas estaban las ideas atormentadoras de las que Emma no podía librarse y que constituían para ella la verdadera desgracia del asunto. Frank Churchill se había portado muy mal con ella, muy mal en muchos sentidos; pero no era tanto la conducta *de él* como la *suya propia* lo que la enfadaba tanto con él. Era el aprieto en que la había metido a causa de Harriet lo que daba el tinte más oscuro a su ofensa. ¡Pobre Harriet! Ser por segunda vez víctima de los errores y las lisonjas de ella. El señor Knightley había hablado como un profeta cuando le dijo una vez: «Emma, usted no ha sido una amiga para Harriet Smith». Temía no haberle hecho más que perjuicios. Era cierto que esta vez, a diferencia de la anterior, no tenía que acusarse de ser la única y primera autora del daño, de haber sugerido sentimientos que de otro modo quizá nunca habrían entrado en la imaginación de Harriet; pues Harriet le había confesado su admiración y su preferencia por Frank Churchill antes de que ella le hubiera insinuado nada sobre el tema; pero se sentía del todo culpable de haber alentado lo que podría haber reprimido. Podría haber impedido que esos sentimientos se consintieran y crecieran. Su influencia habría bastado. Y ahora tenía plena conciencia de que debió impedirlos. Sentía que había arriesgado la felicidad de su amiga con fundamentos de lo más insuficientes. El sentido común le habría indicado que le dijera a Harriet que no debía permitirse pensar en él, y que había quinientas probabilidades contra una de que él llegara nunca a interesarse por ella. «Pero con el sentido común», añadió, «me temo que he tenido poco que ver».

Estaba enfadadísima consigo misma. Si no hubiera podido enfadarse también con Frank Churchill, habría sido terrible. En cuanto a Jane Fairfax, al menos podía librar sus sentimientos de toda preocupación

presente por ella. Harriet ya sería inquietud suficiente; ya no tenía que sentirse desdichada por Jane, cuyos problemas y cuya mala salud, como tenían por supuesto el mismo origen, debían de estar igualmente en vías de curarse. Sus días de insignificancia y de males habían terminado. Pronto estaría bien, y feliz, y próspera. Emma podía imaginar ahora por qué sus propias atenciones habían sido desdeñadas. Este descubrimiento aclaraba muchas cosas menores. Sin duda habían sido celos. A los ojos de Jane, ella había sido una rival; y bien podía rechazar cualquier ayuda o muestra de aprecio que ella le ofreciera. Un paseo en el coche de Hartfield habría sido el potro de tormento, y el arrurruz de la despensa de Hartfield debía de ser veneno. Lo entendía todo; y en la medida en que su mente podía desprenderse de la injusticia y el egoísmo de los sentimientos de enojo, reconocía que Jane Fairfax no tendría ni más elevación ni más felicidad de las que merecía. ¡Pero la pobre Harriet era una carga tan absorbente! Quedaba poca compasión para nadie más. Emma temía tristemente que esta segunda decepción fuera más dura que la primera. Considerando los méritos muy superiores del objeto, debía serlo; y a juzgar por su efecto aparentemente más fuerte en el ánimo de Harriet, que la había vuelto reservada y dueña de sí, lo sería. Tenía que comunicarle la dolorosa verdad, sin embargo, y cuanto antes. Entre las últimas palabras del señor Weston al despedirse había habido una orden de guardar el secreto. «Por el momento, todo el asunto debía quedar en completo secreto. El señor Churchill había insistido en ello, como muestra de respeto a la esposa que acababa de perder; y todo el mundo admitía que no era más que el debido decoro». Emma lo había prometido; pero aun así Harriet tenía que ser la excepción. Era su deber superior.

A pesar de su disgusto, no pudo menos que encontrar casi ridículo tener que cumplir con Harriet el mismo penoso y delicado oficio que la señora Weston acababa de cumplir con ella. La noticia que tan ansiosamente le habían anunciado, ahora tendría que anunciársela ansiosamente a otra. El corazón le latió deprisa al oír los pasos y la voz de

Harriet; así, suponía, se habría sentido la pobre señora Weston cuando *ella* se acercaba a Randalls. ¡Ojalá el resultado de la revelación se pareciera otro tanto! Pero de eso, por desgracia, no había ninguna posibilidad.

«¡Ay, señorita Woodhouse!», exclamó Harriet, entrando con afán en la sala, «¿no es esta la noticia más extraña que ha habido nunca?».

«¿Qué noticia?», respondió Emma, incapaz de adivinar, por la mirada o la voz, si Harriet podía haber recibido de verdad algún indicio.

«La de Jane Fairfax. ¿Ha oído usted alguna vez algo tan raro? ¡Oh! No tenga miedo de confesármelo, porque el señor Weston me lo ha dicho él mismo. Me lo encontré hace un momento. Me dijo que era un gran secreto, y por eso yo no pensaría en mencionárselo a nadie más que a usted; pero él dijo que usted lo sabía».

«¿Qué le dijo el señor Weston?», dijo Emma, todavía perpleja.

«¡Oh! Me lo contó todo: que Jane Fairfax y el señor Frank Churchill se van a casar, y que llevan mucho tiempo comprometidos en secreto. ¡Qué raro!».

Era, en efecto, muy raro; la conducta de Harriet era tan extremadamente rara que Emma no sabía cómo entenderla. Su carácter parecía haber cambiado por completo. Daba la impresión de proponerse no mostrar ni agitación, ni decepción, ni un interés especial en el descubrimiento. Emma la miró, del todo incapaz de hablar.

«¿Tenía usted alguna idea», exclamó Harriet, «de que él estuviera enamorado de ella? Usted quizá sí. Usted (ruborizándose al hablar), que puede ver dentro del corazón de todo el mundo; pero nadie más...».

«Palabra», dijo Emma, «que empiezo a dudar de tener semejante talento. ¿Puedes preguntarme en serio, Harriet, si yo lo imaginaba enamorado de otra mujer en el mismo momento en que te estaba alentando, tácitamente, si no abiertamente, a dejarte llevar por tus propios sentimientos? Nunca tuve la menor sospecha, hasta hace una hora, de que el señor Frank Churchill sintiera el más mínimo aprecio por Jane

Fairfax. Puedes estar segura de que, si la hubiera tenido, te habría prevenido como correspondía».

«¡A mí!», exclamó Harriet, sonrojándose y asombrada. «¿Por qué habría de prevenirme? Usted no pensará que me importa el señor Frank Churchill».

«Me encanta oírte hablar con tanta firmeza del asunto», respondió Emma sonriendo; «pero no pretenderás negar que hubo un tiempo, y no muy lejano, en que me diste motivos para entender que sí te importaba».

«¡Él! Nunca, nunca. Querida señorita Woodhouse, ¿cómo pudo entenderme tan mal?», volviéndose afligida.

«¡Harriet!», exclamó Emma, tras un momento de silencio. «¿Qué quieres decir? ¡Santo cielo! ¿Qué quieres decir? ¡Entenderte mal! ¿Debo suponer entonces...?».

No pudo decir una palabra más. Se le fue la voz, y se sentó, esperando con gran terror a que Harriet contestara.

Harriet, que estaba de pie a cierta distancia y con la cara vuelta hacia otro lado, no dijo nada enseguida; y cuando habló, fue con una voz casi tan agitada como la de Emma.

«¡No habría creído posible», empezó, «que usted pudiera haberme entendido mal! Sé que acordamos no nombrarlo nunca; pero considerando lo infinitamente superior que es a todos los demás, no habría creído posible que se pudiera suponer que me refería a otra persona. ¡El señor Frank Churchill, nada menos! No sé quién se fijaría en él estando el otro presente. Espero tener mejor gusto que pensar en el señor Frank Churchill, que a su lado no es nadie. ¡Y que usted se haya equivocado tanto es asombroso! Estoy segura de que, si no hubiera creído que usted lo aprobaba del todo y quería alentarme en mi afecto, al principio lo habría considerado casi una presunción demasiado grande, eso de atreverme a pensar en él. Al principio, si usted no me hubiera dicho que habían pasado cosas más asombrosas, que había habido casamientos de mayor desigualdad (esas fueron sus palabras exac-

tas), no me habría atrevido a dejarme llevar por..., no lo habría creído posible... Pero si *usted*, que lo conocía de toda la vida...».

«¡Harriet!», exclamó Emma, recobrándose con resolución. «Entendámonos ahora, sin posibilidad de más errores. ¿Hablas del... señor Knightley?».

«Claro que sí. Nunca podría haber pensado en nadie más, y por eso creía que usted lo sabía. Cuando hablamos de él, estaba clarísimo».

«No del todo», replicó Emma con calma forzada, «porque todo lo que dijiste entonces me pareció referirse a otra persona. Casi podría asegurar que *nombraste* al señor Frank Churchill. Estoy segura de que se habló del servicio que el señor Frank Churchill te había prestado al protegerte de los gitanos».

«¡Oh, señorita Woodhouse, qué olvidadiza es usted!».

«Mi querida Harriet, recuerdo perfectamente el fondo de lo que dije en esa ocasión. Te dije que no me extrañaba tu afecto; que, considerando el servicio que él te había prestado, era de lo más natural; y tú estuviste de acuerdo, y te expresaste con mucho calor sobre lo que agradecías ese servicio, y hasta mencionaste lo que habías sentido al verlo adelantarse a rescatarte. Lo tengo muy grabado en la memoria».

«¡Ay, Dios!», exclamó Harriet, «ahora recuerdo a qué se refiere; pero yo estaba pensando en algo muy distinto en ese momento. No eran los gitanos; no era el señor Frank Churchill a quien me refería. ¡No! (con cierta elevación). Pensaba en una circunstancia mucho más preciosa: en que el señor Knightley vino a invitarme a bailar cuando el señor Elton no quiso salir conmigo y no había otra pareja en el salón. Esa fue la acción bondadosa; esa fue la noble benevolencia y generosidad; ese fue el servicio que me hizo empezar a sentir lo superior que era a todos los demás seres de la tierra».

«¡Santo Dios!», exclamó Emma, «¡este ha sido un error de lo más desafortunado, de lo más lamentable! ¿Qué se puede hacer?».

«¿Entonces no me habría alentado si me hubiera entendido? Pero al menos no puedo estar peor de lo que habría estado si se hubiera tra-

tado del otro; y ahora... *es* posible...».

Calló unos momentos. Emma no podía hablar.

«No me extraña, señorita Woodhouse», continuó, «que usted note una gran diferencia entre los dos, respecto a mí o respecto a cualquiera. Debe de pensar que uno está quinientos millones de veces más por encima de mí que el otro. Pero espero, señorita Woodhouse, que suponiendo..., que si..., por extraño que parezca... Pero usted sabe que fueron sus propias palabras, que habían pasado cosas *más* asombrosas, que se habían celebrado casamientos de *mayor* desigualdad que entre el señor Frank Churchill y yo; y, por lo tanto, parece que algo como esto también puede haber ocurrido antes; y si yo tuviera la fortuna, más allá de toda expresión, de..., si el señor Knightley de verdad..., si a *él* no le importa la desigualdad, espero, querida señorita Woodhouse, que usted no se ponga en contra ni trate de poner dificultades en el camino. Pero usted es demasiado buena para eso, estoy segura».

Harriet estaba de pie junto a una de las ventanas. Emma se volvió a mirarla consternada y dijo apresuradamente:

«¿Tienes alguna idea de que el señor Knightley corresponda a tu afecto?».

«Sí», respondió Harriet con modestia, pero sin miedo; «debo decir que sí».

Emma apartó al instante la mirada y se quedó sentada, meditando en silencio, inmóvil, durante unos minutos. Unos minutos bastaron para darle a conocer su propio corazón. Una mente como la suya, una vez abierta a la sospecha, avanzaba rápido. Tocó, admitió, reconoció toda la verdad. ¿Por qué era tanto peor que Harriet estuviera enamorada del señor Knightley que de Frank Churchill? ¿Por qué el mal aumentaba tan terriblemente porque Harriet tuviera alguna esperanza de ser correspondida? ¡La atravesó, con la velocidad de una flecha, la idea de que el señor Knightley no debía casarse con nadie más que con ella!

Su propia conducta, igual que su propio corazón, se le presentó en

esos mismos pocos minutos. Lo vio todo con una claridad de la que nunca antes había gozado. ¡Qué mal se había portado con Harriet! ¡Qué desconsiderada, qué falta de delicadeza, qué irracional, qué insensible había sido su conducta! ¡Qué ceguera, qué locura la había llevado adelante! La golpeó con una fuerza terrible, y estaba dispuesta a darle todos los malos nombres del mundo. Cierta dosis de respeto por sí misma, sin embargo, a pesar de todos estos deméritos, cierta preocupación por las apariencias y un fuerte sentido de la justicia con Harriet (no haría falta *compasión* para una muchacha que se creía amada por el señor Knightley, pero la justicia exigía que no se la hiciera desdichada ahora con ninguna frialdad) le dieron a Emma la resolución de seguir sentada y soportar lo que viniera con calma, incluso con aparente amabilidad. Por su propio interés, en efecto, convenía averiguar hasta dónde llegaban las esperanzas de Harriet; y Harriet no había hecho nada para perder el aprecio y el interés que tan voluntariamente se le habían formado y mantenido, ni para merecer el desaire de la persona cuyos consejos nunca la habían llevado por buen camino. Saliendo de su reflexión, por lo tanto, y dominando su emoción, se volvió otra vez hacia Harriet y, con un tono más acogedor, reanudó la conversación; porque en cuanto al tema que la había iniciado, la asombrosa historia de Jane Fairfax, había quedado del todo hundido y perdido. Ninguna de las dos pensaba más que en el señor Knightley y en sí misma.

Harriet, que había estado sumida en un ensueño nada desdichado, se alegró mucho, con todo, de que la sacaran de él los modales ahora alentadores de un juez y una amiga como la señorita Woodhouse, y solo esperaba una invitación para contar la historia de sus esperanzas con gran deleite, aunque tembloroso. Los temblores de Emma al preguntar y al escuchar se ocultaban mejor que los de Harriet, pero no eran menores. Su voz no vacilaba; pero su mente estaba en toda la turbación que no podía menos que crear semejante descubrimiento de sí misma, semejante estallido de un mal amenazador, semejante confusión de emociones repentinas y desconcertantes. Escuchó el relato de-

tallado de Harriet con mucho sufrimiento interior, pero con gran paciencia exterior. No cabía esperar que fuera metódico, ni bien ordenado, ni muy bien expuesto; pero contenía, separado de toda la flojedad y las repeticiones de la narración, una sustancia capaz de hundirle el ánimo, sobre todo con las circunstancias que lo corroboraban y que su propia memoria aportaba en favor de la opinión muy mejorada del señor Knightley sobre Harriet.

Harriet había notado un cambio en la conducta de él desde aquellos dos bailes decisivos. Emma sabía que, en aquella ocasión, él la había encontrado muy superior a lo que esperaba. Desde aquella noche, o al menos desde que la señorita Woodhouse la alentó a pensar en él, Harriet había empezado a notar que él le hablaba mucho más de lo que acostumbraba y que tenía, en efecto, un trato muy distinto con ella: ¡un trato de bondad y dulzura! Últimamente se había dado cuenta cada vez más. ¡Cuando habían paseado todos juntos, él se había acercado tantas veces a caminar a su lado, y le había hablado de un modo tan encantador! Parecía querer conocerla. Emma sabía que así había sido, en gran medida. Ella misma había observado a menudo el cambio, casi en el mismo grado. Harriet repetía expresiones de aprobación y elogio de él, y Emma sentía que concordaban del modo más estrecho con lo que sabía de la opinión de él sobre Harriet. La elogiaba por no tener artificio ni afectación, por tener sentimientos sencillos, honrados y generosos. Sabía que él veía esas cualidades en Harriet; se había detenido en ellas con ella más de una vez. Mucho de lo que vivía en la memoria de Harriet, muchos pequeños detalles de la atención que había recibido de él, una mirada, una frase, un cambio de una silla a otra, un cumplido implícito, una preferencia deducida, habían pasado inadvertidos para Emma, porque no los sospechaba. Circunstancias que podían dar para media hora de relato, y que contenían pruebas multiplicadas para la que las había visto, habían pasado sin ser notadas por la que ahora las oía; pero los dos últimos sucesos que había que mencionar, los dos más prometedores para Harriet, no

carecían de cierto grado de testimonio de la propia Emma. El primero era que él había paseado con ella, apartado de los demás, por el paseo de los tilos de Donwell, donde habían estado caminando un rato antes de que llegara Emma, y él se había esforzado (de eso estaba convencida) por apartarla de los demás y llevarla consigo; y al principio le había hablado de un modo más especial que nunca antes, ¡de un modo muy especial, de veras! (Harriet no podía recordarlo sin ruborizarse). Parecía casi estar preguntándole si su corazón estaba comprometido. Pero en cuanto pareció que ella (la señorita Woodhouse) iba a unirse a ellos, él cambió de tema y empezó a hablar de agricultura. El segundo era que se había quedado sentado hablando con ella casi media hora antes de que Emma volviera de su visita, la última mañana que estuvo en Hartfield, aunque al llegar había dicho que no podía quedarse ni cinco minutos; y que le había dicho, durante la conversación, que aunque tenía que ir a Londres, se iba de casa muy en contra de su voluntad, lo cual era mucho más (según sintió Emma) de lo que le había confesado a *ella*. El grado superior de confianza con Harriet que señalaba este solo detalle le causó un dolor intenso.

Sobre la primera de las dos circunstancias, después de reflexionar un poco, se aventuró a hacer la pregunta siguiente: «¿No podría él...? ¿No es posible que, al preguntar, según creíste, por el estado de tu corazón, estuviera aludiendo al señor Martin, que tuviera en mente el interés del señor Martin?». Pero Harriet rechazó la sospecha con energía.

«¡El señor Martin! ¡No, de veras! No hubo ni una insinuación sobre el señor Martin. Espero tener ya más juicio que para que me importe el señor Martin, o para que se sospeche de mí algo así».

Cuando Harriet terminó de exponer sus pruebas, apeló a su querida señorita Woodhouse para que le dijera si no tenía buenos motivos para esperar.

«Al principio nunca me habría atrevido a pensar en ello», dijo, «de no ser por usted. Usted me dijo que lo observara con atención y que su

conducta fuera la regla de la mía, y así lo he hecho. Pero ahora me parece sentir que puedo merecerlo; y que si él me elige, no será nada tan asombroso».

Los amargos sentimientos que provocó este discurso, los muchos amargos sentimientos, exigieron de Emma el máximo esfuerzo para poder decir en respuesta:

«Harriet, solo me atreveré a afirmar que el señor Knightley es el último hombre del mundo que le daría intencionadamente a una mujer la idea de que siente por ella más de lo que de verdad siente».

Harriet parecía dispuesta a adorar a su amiga por una frase tan satisfactoria; y a Emma solo la salvó de los arrebatos y las ternuras, que en ese momento habrían sido una penitencia espantosa, el ruido de los pasos de su padre. Venía por el vestíbulo. Harriet estaba demasiado agitada para encontrarse con él. «No podía serenarse; el señor Woodhouse se alarmaría; más valía que se fuera»; con el más pronto aliento de su amiga, por lo tanto, salió por otra puerta; y en cuanto se hubo ido, este fue el estallido espontáneo de los sentimientos de Emma: «¡Dios mío! ¡Ojalá no la hubiera conocido nunca!».

El resto del día y la noche siguiente apenas le bastaron para sus pensamientos. Estaba aturdida en medio de la confusión de todo lo que se le había echado encima en las últimas horas. Cada momento había traído una nueva sorpresa, y cada sorpresa no podía ser sino motivo de humillación para ella. ¡Cómo entenderlo todo! ¡Cómo entender los engaños que se había estado haciendo a sí misma y bajo los que había vivido! ¡Los desatinos, la ceguera de su propia cabeza y de su propio corazón! Se quedaba sentada, se paseaba, probaba en su cuarto, probaba en el plantío de arbustos; en todo lugar, en toda postura, comprendía que había obrado con suma flaqueza; que los demás la habían engañado en un grado de lo más mortificante; que ella misma se había estado engañando en un grado más mortificante todavía; que era desdichada, y que probablemente este día no sería más que el comienzo de su desdicha.

Entender, entender a fondo su propio corazón, fue el primer empeño. A eso dedicó cada momento libre que le dejaban las exigencias de su padre y cada momento de involuntaria distracción.

¿Desde cuándo le era tan querido el señor Knightley como ahora le declaraba cada sentimiento? ¿Cuándo había empezado su influencia, semejante influencia? ¿Cuándo había pasado a ocupar en su afecto el lugar que Frank Churchill había ocupado una vez, por un breve periodo? Miró hacia atrás; comparó a los dos, los comparó tal como siempre habían estado en su estima desde que conoció al segundo, y como habría tenido que compararlos en cualquier momento si se le hubiera... ¡oh, si por alguna bendita fortuna se le hubiera ocurrido establecer la comparación! Vio que nunca había habido un tiempo en que no considerara al señor Knightley infinitamente superior, ni en que su aprecio por ella no le fuera infinitamente más querido. Vio que, al convencerse de lo contrario, al imaginarlo, al obrar en consecuencia, había vivido por completo en un engaño, en total ignorancia de su propio corazón; y, en suma, ¡que nunca le había importado de verdad Frank Churchill en absoluto!

Esta fue la conclusión de la primera serie de reflexiones. Este fue el conocimiento de sí misma que alcanzó sobre la primera cuestión que se planteó; y no tardó mucho en alcanzarlo. Estaba tristísimamente indignada; avergonzada de todo sentimiento salvo el que se le había revelado: su afecto por el señor Knightley. Todo lo demás de su mente le repugnaba.

Con una vanidad insufrible se había creído en el secreto de los sentimientos de todo el mundo; con una arrogancia imperdonable se había propuesto arreglar el destino de todos. Había quedado demostrado que se había equivocado en todo; y no era que no hubiera hecho nada, porque había hecho daño. Había traído el mal sobre Harriet, sobre sí misma y, mucho se temía, sobre el señor Knightley. Si llegaba a celebrarse este enlace, el más desigual de todos, sobre ella recaería todo el reproche de haberle dado comienzo; porque el afecto de él, tenía que

creerlo, solo podía haber nacido de que se diera cuenta del de Harriet; y aunque no fuera así, él nunca habría llegado a conocer a Harriet de no ser por la locura de ella.

¡El señor Knightley y Harriet Smith! Era una unión que dejaba atrás cualquier otra maravilla de esa clase. El afecto de Frank Churchill y Jane Fairfax se volvía, en comparación, vulgar, gastado, rancio: no despertaba ninguna sorpresa, no presentaba ninguna desigualdad, no daba nada que decir ni que pensar. ¡El señor Knightley y Harriet Smith! ¡Qué elevación para ella! ¡Qué degradación para él! A Emma le resultaba horrible pensar cuánto lo rebajaría en la opinión general, prever las sonrisas, las burlas, la diversión que provocaría a costa de él; la mortificación y el desdén de su hermano, los mil inconvenientes para él mismo. ¿Podía ser? No; era imposible. Y sin embargo estaba lejos, muy lejos de ser imposible. ¿Era algo nuevo que un hombre de facultades de primer orden quedara cautivado por dotes muy inferiores? ¿Era nuevo que uno, quizá demasiado ocupado para buscar, fuera el premio de una muchacha que lo buscara a él? ¿Era nuevo que algo en este mundo fuera desigual, inconsecuente, incongruente, o que el azar y las circunstancias (como causas segundas) dirigieran el destino humano?

¡Oh, si nunca hubiera sacado adelante a Harriet! ¡Si la hubiera dejado donde debía estar, y donde él le había dicho que debía estar! Si no hubiera impedido, con una locura que ninguna lengua podría expresar, que se casara con aquel joven intachable que la habría hecho feliz y respetable en la posición a la que debía pertenecer, todo habría estado a salvo; nada de esta terrible secuela habría ocurrido.

¡Cómo había podido Harriet tener la presunción de elevar sus pensamientos hasta el señor Knightley! ¡Cómo se atrevía a imaginarse la elegida de un hombre así antes de tener la certeza! Pero Harriet era menos humilde, tenía menos escrúpulos que antes. Su inferioridad, de entendimiento o de posición, parecía sentirla poco. Había parecido darse más cuenta de que el señor Elton se rebajaría al casarse con ella

de lo que ahora parecía darse cuenta en el caso del señor Knightley. ¡Ay! ¿No era eso también obra suya? ¿Quién se había esforzado por darle a Harriet ideas de su propia importancia sino ella? ¿Quién sino ella le había enseñado que debía elevarse si era posible, y que tenía grandes títulos para un alto establecimiento en el mundo? Si Harriet, de humilde, se había vuelto vanidosa, también era obra suya.

Volumen III. Capítulo XII

Hasta ahora, en que se veía amenazada de perderlo, Emma nunca había sabido cuánto de su felicidad dependía de ser la *primera* para el señor Knightley, la primera en su interés y en su afecto. Convencida de que así era, y sintiendo que se lo debían, lo había disfrutado sin pensarlo; y solo ante el temor de ser desplazada descubrió lo indeciblemente importante que había sido. Desde hacía mucho, muchísimo tiempo, sentía que había sido la primera; porque, como él no tenía parientas propias, solo Isabella podía disputarle ese lugar, y ella siempre había sabido exactamente hasta qué punto él quería y estimaba a Isabella. Ella misma había sido la primera para él durante muchos años. No lo había merecido; a menudo había sido descuidada o caprichosa, desdeñando sus consejos, o incluso llevándole la contraria a propósito, insensible a la mitad de sus méritos, y peleando con él porque no quería reconocer la falsa e insolente estimación que ella hacía de los suyos; pero aun así, por afecto de familia y por costumbre, y por la total excelencia de su espíritu, él la había querido y había velado por ella desde niña, con un empeño por mejorarla y una preocupación por que obrara bien que ninguna otra criatura había compartido en absoluto. A pesar de todos sus defectos, sabía que le era querida; ¿no podía decir que muy querida? Sin embargo, cuando se le presentaron las sugerencias de la esperanza, que forzosamente tenían que seguir aquí, no se atrevió a abandonarse a ellas. Harriet Smith podía creerse digna de ser amada de un modo especial, exclusivo, apasionado, por el señor Knightley. *Ella* no podía. No podía halagarse con la idea de ninguna ceguera en el afecto de él por *ella*. Había recibido una prueba muy reciente de su imparcialidad. ¡Cuánto lo había escandalizado su conducta con la señorita Bates! ¡Con qué franqueza, con qué fuerza le había hablado del asunto! No con demasiada fuerza para la ofensa, pero sí

con demasiada, muchísima, para nacer de un sentimiento más tierno que una justicia recta y una buena voluntad clarividente. No tenía ninguna esperanza, nada que mereciera el nombre de esperanza, de que él pudiera sentir por ella la clase de afecto de que ahora se trataba; pero había una esperanza (a veces leve, a veces mucho más fuerte) de que Harriet se hubiera engañado y estuviera sobrestimando el aprecio de él por *ella*. Tenía que desearlo, por el bien de él, aunque la consecuencia para ella no fuera más que verlo quedarse soltero toda la vida. Si pudiera estar segura de eso, en efecto, de que él no se casaría nunca, creía que estaría perfectamente satisfecha. Con tal de que siguiera siendo el mismo señor Knightley para ella y para su padre, el mismo señor Knightley para todo el mundo; con tal de que Donwell y Hartfield no perdieran nada de su precioso trato de amistad y confianza, su paz quedaría del todo asegurada. El matrimonio, de hecho, no era para ella. Sería incompatible con lo que le debía a su padre y con lo que sentía por él. Nada debía separarla de su padre. No se casaría, aunque se lo pidiera el señor Knightley.

Su ardiente deseo tenía que ser que Harriet se llevara una decepción; y esperaba que, cuando pudiera volver a verlos juntos, podría al menos averiguar qué probabilidades había. De ahora en adelante los observaría con la máxima atención; y por lamentablemente que hasta entonces hubiera malinterpretado incluso a quienes vigilaba, no sabía cómo admitir que pudiera estar ciega en este caso. Lo esperaban de vuelta cualquier día. Pronto tendría ocasión de observar; espantosamente pronto, le parecía, cuando sus pensamientos tomaban cierto rumbo. Mientras tanto, resolvió no ver a Harriet. No les haría bien a ninguna de las dos, ni le haría bien al asunto, seguir hablando de ello. Estaba resuelta a no dejarse convencer mientras pudiera dudar, y sin embargo no tenía autoridad para oponerse a la confianza de Harriet. Hablar solo serviría para irritar. Le escribió, por lo tanto, con amabilidad pero con firmeza, para rogarle que por el momento no fuera a Hartfield; reconociendo que estaba convencida de que convenía evitar

toda nueva conversación confidencial sobre *cierto* tema, y esperando que, si dejaban pasar unos días antes de volver a verse, salvo en compañía de otros (solo se oponía a un *tête-à-tête*), pudieran comportarse como si hubieran olvidado la conversación del día anterior. Harriet se sometió, lo aprobó y se mostró agradecida.

Apenas había quedado arreglado este punto cuando llegó una visita que apartó un poco los pensamientos de Emma del único tema que los había absorbido, dormida o despierta, en las últimas veinticuatro horas: la señora Weston, que había ido a ver a su futura nuera y pasaba por Hartfield de camino a casa, casi tanto por deber hacia Emma como por gusto propio, para contarle todos los detalles de una entrevista tan interesante.

El señor Weston la había acompañado a casa de la señora Bates y había cumplido su parte de esta atención indispensable de lo más airosamente; pero ella, después de convencer a la señorita Fairfax de que la acompañara a tomar el aire, volvía ahora con mucho más que contar, y mucho más que contar con satisfacción, de lo que habría podido dar un cuarto de hora pasado en el saloncito de la señora Bates, con todo el estorbo de unos sentimientos incómodos.

Emma tenía un poco de curiosidad, y le sacó el mayor partido mientras su amiga contaba. La señora Weston había salido a hacer la visita bastante agitada ella misma; y en primer lugar había querido no ir en absoluto por el momento, que le permitieran solo escribir a la señorita Fairfax y aplazar esta visita de cumplido hasta que pasara un poco de tiempo y el señor Churchill pudiera resignarse a que se supiera el compromiso; pues, considerándolo todo, pensaba que semejante visita no podía hacerse sin dar pie a habladurías; pero el señor Weston había pensado de otro modo: tenía muchísimas ganas de mostrar su aprobación a la señorita Fairfax y a su familia, y no concebía que con ello pudiera despertarse ninguna sospecha; o, si se despertaba, que tuviera ninguna importancia; porque «esas cosas», observó, «siempre se acaban sabiendo». Emma sonrió y sintió que el señor Weston tenía muy

buenos motivos para decirlo. En suma, habían ido, y muy grandes habían sido la evidente angustia y confusión de la joven. Apenas había podido decir una palabra, y cada mirada y cada gesto habían mostrado lo hondamente que sufría por la conciencia de su situación. La serena y sentida satisfacción de la anciana y el arrebato de alegría de su hija, que resultó estar incluso demasiado contenta para hablar como de costumbre, habían formado una escena grata y casi conmovedora. Las dos eran tan de veras respetables en su felicidad, tan desinteresadas en todos sus sentimientos; pensaban tanto en Jane, tanto en todos y tan poco en sí mismas, que todos los buenos sentimientos se ponían en marcha en su favor. La reciente enfermedad de la señorita Fairfax le había dado a la señora Weston un buen pretexto para invitarla a tomar el aire; ella se había echado atrás y se había negado al principio, pero, al insistirle, había cedido; y durante el paseo en coche, la señora Weston, con suave aliento, había vencido tanto su turbación que logró llevarla a conversar sobre el asunto importante. Las disculpas por su silencio, en apariencia descortés, al recibirlos, y las más cálidas expresiones de la gratitud que siempre sentía hacia ella y hacia el señor Weston, tenían por fuerza que abrir la conversación; pero, una vez dejadas a un lado estas efusiones, habían hablado bastante del estado presente y futuro del compromiso. La señora Weston estaba convencida de que una conversación así debía de ser el mayor alivio para su acompañante, que había tenido todo encerrado tanto tiempo dentro de sí, y estaba muy complacida con todo lo que había dicho sobre el asunto.

«Sobre la desdicha de lo que había sufrido durante el ocultamiento de tantos meses», continuó la señora Weston, «habló con energía. Esta fue una de sus expresiones: “No diré que desde que contraje el compromiso no haya tenido algunos momentos felices; pero sí puedo decir que nunca he conocido la bendición de una sola hora tranquila”. Y el labio tembloroso con que lo dijo, Emma, fue un testimonio que sentí en el corazón».

«¡Pobre muchacha!», dijo Emma. «¿Cree entonces que hizo mal en

consentir un compromiso secreto?».

«¡Mal! Creo que nadie puede culparla más de lo que ella está dispuesta a culparse. "La consecuencia", dijo, "ha sido para mí un estado de sufrimiento perpetuo; y así debía ser. Pero, con todo el castigo que puede traer una mala conducta, no deja por eso de ser mala conducta. El dolor no es expiación. Nunca podré estar libre de culpa. He obrado en contra de todo mi sentido del bien; y el giro afortunado que han tomado las cosas, y la bondad que ahora recibo, es lo que mi conciencia me dice que no debería ser". "No piense, señora", continuó, "que me enseñaron mal. No deje que caiga ningún reproche sobre los principios ni sobre los cuidados de los amigos que me criaron. El error ha sido solo mío; y le aseguro que, con toda la disculpa que las circunstancias actuales parezcan dar, todavía temeré contarle la historia al coronel Campbell"».

«¡Pobre muchacha!», volvió a decir Emma. «Entonces lo quiere muchísimo, supongo. Solo por amor pudieron llevarla a contraer el compromiso. Su afecto debió de vencer a su juicio».

«Sí, no me cabe duda de que está muy enamorada de él».

«Me temo», respondió Emma suspirando, «que yo debo de haber contribuido a menudo a hacerla desdichada».

«Por tu parte, querida, fue muy inocentemente. Pero probablemente ella tenía algo de eso en mente cuando aludió a los malentendidos de los que él ya nos había dado indicios. Una consecuencia natural del mal en que se había metido», dijo, «fue volverla *poco razonable*. La conciencia de haber obrado mal la había expuesto a mil inquietudes, y la había vuelto quisquillosa e irritable hasta un grado que debió de ser, que fue, difícil de soportar para él. "No tuve la indulgencia", dijo, "que debí tener con su carácter y su ánimo, su ánimo encantador, y esa alegría, esa disposición juguetona que, en cualquier otra circunstancia, estoy segura de que me habrían cautivado siempre tanto como al principio". Luego empezó a hablar de ti y de la gran bondad que le mostraste durante su enfermedad; y, con un rubor que me hizo ver có-

mo estaba todo relacionado, me pidió que, en cuanto tuviera ocasión, te diera las gracias (nunca te las podría dar demasiado) por cada deseo y cada esfuerzo por hacerle bien. Se daba cuenta de que nunca habías recibido de ella el debido reconocimiento».

«Si no supiera que ahora es feliz», dijo Emma con seriedad, «como tiene que serlo, a pesar de los pequeños inconvenientes de su conciencia escrupulosa, no podría soportar este agradecimiento; porque, ¡oh, señora Weston, si se hiciera la cuenta del mal y del bien que le he hecho a la señorita Fairfax! Bueno (conteniéndose y tratando de mostrarse más animada), todo esto hay que olvidarlo. Eres muy amable al traerme estos detalles tan interesantes. La muestran en su mejor luz. Estoy segura de que es muy buena; espero que sea muy feliz. Es justo que la fortuna esté del lado de él, porque creo que el mérito estará todo del lado de ella».

Una conclusión así no podía quedar sin respuesta por parte de la señora Weston. Ella pensaba bien de Frank en casi todos los aspectos; y, lo que es más, lo quería mucho, y su defensa fue, por lo tanto, ferviente. Habló con mucha razón y al menos con igual afecto; pero tenía demasiado que alegar para la atención de Emma, que pronto se fue a Brunswick Square o a Donwell; se olvidó de intentar escuchar; y cuando la señora Weston terminó con: «Todavía no hemos recibido la carta que tanto esperamos, ¿sabes?, pero espero que llegue pronto», tuvo que callar un momento antes de responder, y al final tuvo que responder al azar, antes de poder recordar siquiera qué carta era la que tanto esperaban.

«¿Estás bien, Emma mía?», fue la pregunta de despedida de la señora Weston.

«¡Oh, perfectamente! Yo siempre estoy bien, ya sabes. No dejes de darme noticias de la carta lo antes posible».

Lo que le contó la señora Weston le dio a Emma más alimento para reflexiones desagradables, al aumentar su estima y su compasión por la señorita Fairfax, y su conciencia de haber sido injusta con ella en el

pasado. Lamentó amargamente no haber buscado un trato más estrecho con ella, y se avergonzó de los sentimientos de envidia que sin duda habían sido, en alguna medida, la causa. Si hubiera seguido los deseos conocidos del señor Knightley, prestándole a la señorita Fairfax la atención que en todos los sentidos le correspondía; si hubiera tratado de conocerla mejor; si hubiera puesto de su parte para la intimidad; si se hubiera esforzado por encontrar allí una amiga en lugar de en Harriet Smith, con toda probabilidad se habría librado de todo el dolor que ahora la oprimía. La cuna, las dotes y la educación habían señalado igualmente a una como compañera para ella, digna de ser recibida con gratitud; y la otra, ¿qué era? Aun suponiendo que nunca hubieran llegado a ser amigas íntimas, que nunca la hubieran admitido en la confianza de la señorita Fairfax sobre este asunto importante (lo cual era lo más probable), aun así, de haberla conocido como debía y como podía, se habría librado de las abominables sospechas de un afecto impropio por el señor Dixon, que no solo había forjado y albergado tan neciamente ella misma, sino que había comunicado de un modo tan imperdonable; una idea que mucho temía que hubiera causado una angustia real a la delicadeza de los sentimientos de Jane, por la ligereza o el descuido de los de Frank Churchill. De todas las fuentes de mal que habían rodeado a Jane desde su llegada a Highbury, estaba convencida de que ella misma debía de haber sido la peor. Debió de ser una enemiga perpetua. Nunca habían podido estar las tres personas juntas sin que ella hubiera herido la paz de Jane Fairfax de mil maneras; y en Box Hill, quizá, había sido la agonía de un espíritu que no podía soportar más.

La noche de ese día fue muy larga y melancólica en Hartfield. El tiempo añadió toda la tristeza que pudo. Se desató una lluvia fría y tormentosa, y nada de julio se veía salvo en los árboles y arbustos, que el viento iba despojando, y en lo largo del día, que solo hacía más larga la vista de espectáculos tan crueles.

El tiempo afectaba al señor Woodhouse, y solo se lo podía mante-

ner medianamente a gusto con atenciones casi incesantes por parte de su hija, y con esfuerzos que nunca antes le habían costado ni la mitad. Le recordó su primer y desolado *tête-à-tête*, la noche del día de la boda de la señora Weston; pero entonces el señor Knightley había entrado poco después del té y había disipado toda fantasía melancólica. ¡Ay! Esas encantadoras pruebas del atractivo de Hartfield que daban aquellas visitas podían acabarse pronto. El cuadro que ella había pintado entonces de las privaciones del invierno que se acercaba había resultado equivocado: ningún amigo los había abandonado, no se había perdido ningún placer. Pero temía que sus presentimientos de ahora no fueran a tener un desmentido semejante. La perspectiva que tenía delante era amenazadora hasta un grado que no podía disiparse del todo, que quizá ni siquiera pudiera aclararse en parte. Si ocurría todo lo que podía ocurrir en el círculo de sus amigos, Hartfield quedaría relativamente desierto, y ella quedaría para animar a su padre con el ánimo de una felicidad arruinada.

El niño que iba a nacer en Randalls sería allí un lazo aún más querido que ella misma, y ocuparía el corazón y el tiempo de la señora Weston. La perderían; y probablemente, en gran medida, también a su marido. Frank Churchill no volvería más entre ellos; y la señorita Fairfax, era razonable suponer, pronto dejaría de pertenecer a Highbury. Se casarían y se establecerían en Enscombe o cerca de allí. Todo lo bueno se iría; y si a estas pérdidas se sumaba la pérdida de Donwell, ¿qué quedaría a su alcance de compañía alegre o razonable? ¡El señor Knightley no vendría ya a pasar allí sus veladas a gusto! ¡No entraría ya a cualquier hora, como si siempre estuviera dispuesto a cambiar su propia casa por la de ellos! ¿Cómo iba a soportarse? Y si lo perdían por causa de Harriet; si en adelante había que pensar que encontraba en la compañía de Harriet todo lo que deseaba; si Harriet iba a ser la elegida, la primera, la más querida, la amiga, la esposa de quien él esperaba todas las mejores bendiciones de la existencia, ¿qué podría aumentar la desdicha de Emma sino la reflexión, nunca muy lejos de su

mente, de que todo había sido obra suya?

Cuando llegaba a este punto, no podía evitar un sobresalto, o un hondo suspiro, o incluso pasearse por la sala durante unos segundos; y la única fuente de la que podía sacar algo parecido al consuelo o a la serenidad era la resolución de portarse mejor ella misma, y la esperanza de que, por inferior en ánimo y alegría que fuera, comparado con el pasado, el invierno siguiente y todos los inviernos futuros de su vida, la encontraría más razonable, más conocedora de sí misma, y le dejaría menos de qué arrepentirse cuando hubiera pasado.

Volumen III. Capítulo XIII

El tiempo siguió más o menos igual toda la mañana siguiente, y la misma soledad y la misma melancolía parecían reinar en Hartfield; pero por la tarde despejó: el viento cambió a un rumbo más suave, las nubes se alejaron, apareció el sol; era verano otra vez. Con todo el afán que da un cambio así, Emma resolvió salir al aire libre cuanto antes. Nunca la exquisita vista, el olor, la sensación de la naturaleza, tranquila, tibia y brillante después de una tormenta, le habían resultado más atractivos. Anhelaba la serenidad que podían ir trayéndole poco a poco; y como el señor Perry llegó poco después de la comida con una hora libre para dedicarle a su padre, no perdió tiempo en salir deprisa al plantío de arbustos. Allí, con el ánimo refrescado y los pensamientos un poco aliviados, había dado unas cuantas vueltas cuando vio al señor Knightley pasar por la puerta del jardín y venir hacia ella. Era el primer indicio de que había vuelto de Londres. Un momento antes había estado pensando en él como en alguien que sin duda estaba a dieciséis millas de distancia. Solo hubo tiempo para ordenar la mente a toda prisa. Tenía que estar serena y tranquila. En medio minuto estuvieron juntos. Los «¿cómo está usted?» fueron tranquilos y forzados por ambas partes. Ella preguntó por sus amigos comunes: todos estaban bien. ¿Cuándo los había dejado? Esa misma mañana. Debía de haber tenido un viaje mojado. Sí. Se dio cuenta de que él pensaba pasear con ella. «Acababa de asomarse al comedor y, como allí no lo necesitaban, prefería estar al aire libre». A ella le pareció que ni su aspecto ni su modo de hablar eran alegres; y la primera causa posible, sugerida por sus temores, fue que quizá le había estado comunicando sus planes a su hermano y le dolía el modo en que los había recibido.

Pasearon juntos. Él guardaba silencio. A ella le pareció que la miraba a menudo y que intentaba verle la cara más de lo que a ella le con-

venía mostrarla. Y esta creencia le produjo otro temor. Quizá quería hablarle de su afecto por Harriet; quizá esperaba algún aliento para empezar. Ella no se sentía, no podía sentirse, con fuerzas para abrir el camino a semejante tema. Él tendría que hacerlo todo solo. Sin embargo, no podía soportar este silencio. En él era de lo más antinatural. Lo pensó, se decidió y, tratando de sonreír, empezó:

«Ahora que ha vuelto, tiene usted que enterarse de una noticia que lo sorprenderá bastante».

«¿Sí?», dijo él tranquilamente, mirándola. «¿De qué clase?».

«¡Oh! De la mejor clase del mundo: una boda».

Después de esperar un momento, como para asegurarse de que ella no pensaba decir nada más, respondió:

«Si se refiere a la señorita Fairfax y a Frank Churchill, ya me he enterado».

«¿Cómo es posible?», exclamó Emma, volviendo hacia él sus mejillas encendidas; porque, mientras hablaba, se le ocurrió que quizá él había pasado de camino por casa de la señora Goddard.

«Esta mañana recibí unas líneas del señor Weston sobre asuntos de la parroquia, y al final me hacía un breve relato de lo ocurrido».

Emma quedó muy aliviada, y enseguida pudo decir, con algo más de serenidad:

«*Usted* probablemente se habrá sorprendido menos que ninguno de nosotros, porque tenía sus sospechas. No he olvidado que una vez trató de prevenirme. Ojalá le hubiera hecho caso, pero... (con la voz apagada y un hondo suspiro) parece que estaba condenada a la ceguera».

Durante un momento o dos no se dijo nada, y ella no sospechaba haber despertado ningún interés especial, hasta que sintió que él le tomaba el brazo y lo apretaba contra su corazón, y lo oyó decir así, con un tono de gran sensibilidad, en voz baja:

«El tiempo, mi queridísima Emma, el tiempo curará la herida. Su excelente juicio..., sus esfuerzos por el bien de su padre..., sé que no se permitirá...». Le apretó otra vez el brazo mientras añadía, con un acen-

to más entrecortado y apagado: «Los sentimientos de la más cálida amistad... Indignación... ¡Canalla abominable!». Y con un tono más alto y más firme, concluyó: «Pronto se irá. Pronto estarán en Yorkshire. Lo siento por *ella*. Merece mejor suerte».

Emma lo entendió y, en cuanto pudo reponerse del temblor de placer que le causó una consideración tan tierna, respondió:

«Es usted muy amable, pero se equivoca, y tengo que sacarlo de su error. No necesito esa clase de compasión. Mi ceguera ante lo que estaba pasando me llevó a portarme con ellos de un modo del que siempre tendré que avergonzarme, y caí muy neciamente en la tentación de decir y hacer muchas cosas que bien pueden exponerme a conjeturas desagradables; pero no tengo ningún otro motivo para lamentar no haber conocido antes el secreto».

«¡Emma!», exclamó él, mirándola con ansiedad, «¿de veras...?». Pero conteniéndose: «No, no, la entiendo; perdóneme; me alegra que pueda decir siquiera eso. ¡De veras, no es alguien a quien haya que echar de menos! Y espero que no pase mucho tiempo antes de que eso lo reconozca algo más que su razón. ¡Qué suerte que sus afectos no se hayan enredado más! Nunca pude, lo confieso, asegurarme por sus modales del grado de lo que sentía; solo podía estar seguro de que había una preferencia, y una preferencia que nunca creí que él mereciera. Es una deshonra para el nombre de hombre. ¿Y se le va a premiar con esa dulce joven? Jane, Jane, vas a ser una criatura desdichada».

«Señor Knightley», dijo Emma, tratando de parecer animada, pero en realidad confusa, «estoy en una situación muy extraordinaria. No puedo dejar que siga en su error; y sin embargo, quizá, ya que mis modales dieron esa impresión, tengo tanto motivo para avergonzarme de confesar que nunca he estado enamorada en absoluto de la persona de quien hablamos como lo sería, naturalmente, para una mujer confesar justo lo contrario. Pero nunca lo he estado».

Él escuchó en perfecto silencio. Ella deseaba que hablara, pero él no quiso. Supuso que tendría que decir más antes de tener derecho a

su clemencia; pero era duro verse obligada a rebajarse aún más en su opinión. Siguió, sin embargo.

«Tengo muy poco que decir en defensa de mi conducta. Me tentaron sus atenciones y me permití parecer complacida. Una vieja historia, probablemente, un caso común, y no más de lo que les ha pasado antes a cientos de mujeres; y sin embargo quizá no sea más disculpable en una que, como yo, presume de Entendimiento. Muchas circunstancias favorecieron la tentación. Era el hijo del señor Weston, estaba continuamente aquí, siempre me pareció muy agradable y, en suma, porque (con un suspiro) por ingeniosamente que adorne las causas, al final todas se reducen a esto: mi vanidad se sintió halagada y consentí sus atenciones. Últimamente, sin embargo, desde hace algún tiempo, de hecho, no creía que significaran nada. Las tomaba por una costumbre, una maña, nada que exigiera seriedad de mi parte. Me ha engañado, pero no me ha hecho daño. Nunca he estado enamorada de él. Y ahora puedo comprender bastante bien su conducta. Nunca quiso enamorarme. Era solo una pantalla para ocultar su verdadera situación con otra. Su propósito era engañar a todos los que lo rodeaban; y nadie, estoy segura, podía quedar más eficazmente engañada que yo, salvo que *no* quedé engañada; que tuve la buena suerte; que, en suma, de un modo u otro estaba a salvo de él».

Había esperado una respuesta en este punto, unas pocas palabras que dijeran que su conducta era al menos comprensible; pero él guardaba silencio y, por lo que ella podía juzgar, estaba absorto en sus pensamientos. Por fin, y en un tono bastante parecido al de costumbre, dijo:

«Nunca he tenido una gran opinión de Frank Churchill. Puedo suponer, sin embargo, que quizá lo haya subestimado. Lo he tratado muy poco. Y aunque no lo haya subestimado hasta ahora, todavía puede salir bien. Con una mujer así tiene una oportunidad. No tengo ningún motivo para desearle mal; y por ella, cuya felicidad dependerá del buen carácter y la buena conducta de él, desde luego le desearé bien».

«No me cabe duda de que serán felices juntos», dijo Emma; «creo que se quieren muy mutua y muy sinceramente».

«¡Es un hombre afortunadísimo!», replicó el señor Knightley con energía. «Tan joven, a los veintitrés años, una edad en que, si un hombre elige esposa, por lo general elige mal. ¡A los veintitrés años sacarse semejante premio! ¡Qué años de felicidad tiene ese hombre por delante, según todo cálculo humano! Seguro del amor de una mujer así, del amor desinteresado, porque el carácter de Jane Fairfax responde de su desinterés; todo a su favor: igualdad de situación, quiero decir, en lo que se refiere a la sociedad y a todas las costumbres y modales que importan; igualdad en todo salvo en un punto, y ese punto, puesto que no cabe dudar de la pureza del corazón de ella, es de los que deben aumentar su felicidad, porque le tocará a él darle las únicas ventajas que le faltan. Un hombre siempre querría darle a una mujer un hogar mejor que aquel del que la saca; y el que puede hacerlo, cuando no hay duda del cariño *de ella*, tiene que ser, creo yo, el más feliz de los mortales. Frank Churchill es, en efecto, el favorito de la fortuna. Todo le sale bien. Conoce a una joven en un balneario, gana su afecto, ni siquiera logra cansarla con su trato descuidado; y si él y toda su familia hubieran recorrido el mundo buscándole una esposa perfecta, no habrían encontrado una mejor. Su tía le estorba. Su tía se muere. No tiene más que hablar. Sus amigos están ansiosos por favorecer su felicidad. Se ha portado mal con todo el mundo, y todos están encantados de perdonarlo. ¡Es de veras un hombre afortunado!».

«Habla usted como si lo envidiara».

«Y lo envidio, Emma. En un aspecto, es objeto de mi envidia».

Emma no pudo decir más. Parecían estar a media frase de Harriet, y su sentimiento inmediato fue desviar el tema, si era posible. Hizo su plan: hablaría de algo totalmente distinto, de los niños de Brunswick Square; y solo esperaba tomar aliento para empezar cuando el señor Knightley la sobresaltó diciendo:

«No me preguntará en qué consiste la envidia. Veo que está decidi-

da a no tener curiosidad. Es usted sensata; pero *yo* no puedo ser sensato. Emma, tengo que decirle lo que usted no quiere preguntar, aunque quizá al momento siguiente desee no haberlo dicho».

«¡Oh! Entonces no lo diga, no lo diga», exclamó ella con ansiedad. «Tómese un poco de tiempo, piénselo, no se comprometa».

«Gracias», dijo él, con un acento de honda mortificación, y no siguió ni una sílaba más.

Emma no podía soportar causarle dolor. Él deseaba confiarse a ella, quizá consultarla; le costara lo que le costara, lo escucharía. Podría ayudarlo en su resolución, o reconciliarlo con ella; podría alabar con justicia a Harriet o, recordándole su propia independencia, librarlo de ese estado de indecisión que, para un espíritu como el suyo, debía de ser más intolerable que cualquier alternativa. Habían llegado a la casa.

«Va a entrar, supongo», dijo él.

«No», respondió Emma, del todo confirmada en su idea por el tono abatido con que él seguía hablando. «Me gustaría dar otra vuelta. El señor Perry no se ha ido». Y, tras dar unos pasos, añadió: «Hace un momento lo interrumpí con poca gracia, señor Knightley, y me temo que le causé dolor. Pero si tiene algún deseo de hablarme francamente como a una amiga, o de pedirme mi opinión sobre algo que esté pensando hacer, como amiga, de veras, puede disponer de mí. Escucharé lo que usted quiera. Le diré exactamente lo que pienso».

«¡Como amiga!», repitió el señor Knightley. «Emma, me temo que esa es una palabra... No, no deseo... Espere, sí, ¿por qué habría de vacilar? Ya he ido demasiado lejos para ocultarlo. Emma, acepto su ofrecimiento. Por extraordinario que parezca, lo acepto y me pongo en sus manos como amigo. Dígame, entonces, ¿no tengo ninguna posibilidad de lograrlo nunca?».

Se detuvo, en su vehemencia, para hacerle la pregunta con la mirada, y la expresión de sus ojos la abrumó.

«Mi queridísima Emma», dijo él, «porque siempre serás la más que-

rida, sea cual sea el resultado de la conversación de esta hora, mi queridísima, mi amadísima Emma, dímelo enseguida. Di "no", si hay que decirlo». Ella de veras no podía decir nada. «Callas», exclamó él con gran animación; «¡callas por completo! Por ahora no pido más».

Emma estaba casi a punto de desfallecer con la agitación de ese momento. El miedo a despertar del más feliz de los sueños era quizá el sentimiento más fuerte.

«No sé hacer discursos, Emma», continuó él enseguida, con un tono de ternura tan sincera, tan decidida, tan clara, que resultaba bastante convincente. «Si te quisiera menos, quizá podría hablar más de ello. Pero tú sabes cómo soy. De mí no oyes más que la verdad. Te he reprochado, te he sermoneado, y tú lo has soportado como ninguna otra mujer de Inglaterra lo habría soportado. Soporta las verdades que quisiera decirte ahora, queridísima Emma, tan bien como has soportado aquellas. La forma, quizá, tenga tan poco que las recomiende. Dios sabe que he sido un enamorado muy mediocre. Pero tú me entiendes. Sí, ya ves, entiendes mis sentimientos, y los corresponderás si puedes. Por ahora solo pido oír, oír una vez tu voz».

Mientras él hablaba, la mente de Emma estaba ocupadísima y, con toda la asombrosa velocidad del pensamiento, había podido, sin perder una palabra, captar y comprender la verdad exacta de todo; ver que las esperanzas de Harriet habían carecido por completo de fundamento, que habían sido un error, un engaño, un engaño tan completo como cualquiera de los suyos; que Harriet no era nada; que ella lo era todo; que lo que había estado diciendo respecto a Harriet se había tomado como el lenguaje de sus propios sentimientos; y que su agitación, sus dudas, su renuencia, su desaliento, se habían recibido como un desaliento de su parte. Y no solo hubo tiempo para estas convicciones, con todo el resplandor de la felicidad que las acompañaba; hubo tiempo también para alegrarse de que el secreto de Harriet no se le hubiera escapado, y para resolver que no hacía falta que se le escapara y que no se le escaparía. Era todo el servicio que ahora podía prestar a

su pobre amiga; porque en cuanto a ese heroísmo del sentimiento que quizá la habría impulsado a suplicarle que trasladara su afecto de ella a Harriet, como infinitamente la más digna de las dos, o incluso a la sublimidad más sencilla de resolver rechazarlo de una vez y para siempre, sin dignarse dar ningún motivo, porque no podía casarse con las dos, Emma no lo tenía. Sentía por Harriet dolor y contrición; pero ningún vuelo de generosidad enloquecida, contrario a todo lo que pudiera ser probable o razonable, le entró en la cabeza. Había descarriado a su amiga, y eso sería un reproche para ella para siempre; pero su juicio era tan fuerte como sus sentimientos, y tan fuerte como lo había sido siempre, para reprobar semejante enlace para él como de lo más desigual y degradante. Su camino estaba claro, aunque no del todo llano. Habló entonces, ya que se lo suplicaban así. ¿Qué dijo? Justo lo que debía, por supuesto. Una dama siempre lo hace. Dijo lo suficiente para mostrar que no había por qué desesperar, y para invitarlo a decir más él mismo. Él *había* desesperado en cierto momento; había recibido tal orden de cautela y silencio que por el momento había aplastado toda esperanza; ella había empezado por negarse a escucharlo. El cambio había sido quizá un poco repentino; ¡su propuesta de dar otra vuelta, el reanudar la conversación a la que acababa de poner fin, quizá fuera un poco extraordinario! Ella sentía la incoherencia; pero el señor Knightley tuvo la amabilidad de pasarla por alto y no buscar más explicaciones.

Rara vez, muy rara vez, pertenece la verdad completa a una revelación humana; rara vez puede suceder que algo no esté un poco disfrazado o un poco equivocado; pero cuando, como en este caso, aunque la conducta esté equivocada, los sentimientos no lo están, quizá no importe mucho. El señor Knightley no podía atribuirle a Emma un corazón más blando del que tenía, ni un corazón más dispuesto a aceptar el suyo.

De hecho, él no había sospechado en absoluto su propia influencia. La había seguido al plantío de arbustos sin ninguna idea de ponerla a

prueba. Había venido, en su ansiedad por ver cómo llevaba ella el compromiso de Frank Churchill, sin ninguna intención egoísta, sin ninguna intención en absoluto salvo la de procurar, si ella le daba ocasión, calmarla o aconsejarla. Lo demás había sido obra del momento, el efecto inmediato de lo que oía sobre sus sentimientos. La encantadora seguridad de la total indiferencia de ella hacia Frank Churchill, de que tenía el corazón del todo libre de él, había hecho nacer la esperanza de que, con el tiempo, él mismo pudiera ganar su afecto; pero no había sido una esperanza para el presente: en el triunfo momentáneo de la vehemencia sobre el juicio, solo había aspirado a que le dijera que no le prohibía intentar ganarse su cariño. Las esperanzas superiores que se fueron abriendo poco a poco eran tanto más encantadoras. ¡El afecto que había pedido que le permitieran crear, si podía, ya era suyo! En media hora había pasado de un estado de ánimo de total angustia a algo tan parecido a la felicidad perfecta que no podía llevar otro nombre.

El cambio *de ella* fue igual. Esta sola media hora les había dado a los dos la misma preciosa certeza de ser amados, había despejado en los dos el mismo grado de ignorancia, de celos o de desconfianza. Por parte de él, habían existido unos celos antiguos, tan antiguos como la llegada, o incluso como la espera, de Frank Churchill. Se había enamorado de Emma y había sentido celos de Frank Churchill más o menos desde la misma época, y probablemente un sentimiento le había aclarado el otro. Eran sus celos de Frank Churchill los que lo habían alejado del campo. La excursión a Box Hill lo había decidido a irse. Se ahorraría ser testigo otra vez de semejantes atenciones, permitidas y alentadas. Se había ido para aprender a ser indiferente. Pero se había ido al lugar equivocado. Había demasiada felicidad doméstica en casa de su hermano; la mujer tenía allí una forma demasiado amable; Isabella se parecía demasiado a Emma, y solo se diferenciaba en esas notables inferioridades que siempre le ponían a la otra delante en todo su brillo, para que hubiera podido avanzar mucho, aunque su estancia hu-

biera sido más larga. Se había quedado, sin embargo, con tesón, día tras día, hasta que el correo de esa misma mañana le había traído la historia de Jane Fairfax. Entonces, con la alegría que no podía menos que sentir, más aún, que no tuvo reparo en sentir, ya que nunca había creído que Frank Churchill mereciera en absoluto a Emma, sintió tanta tierna preocupación, tanta viva inquietud por ella, que no pudo quedarse más. Había vuelto a caballo a casa bajo la lluvia, y había ido a pie directamente después de la comida a ver cómo llevaba el descubrimiento esta criatura, la más dulce y la mejor de todas, intachable a pesar de todos sus defectos.

La había encontrado agitada y abatida. Frank Churchill era un villano. La oyó declarar que nunca lo había amado. El carácter de Frank Churchill no era un caso perdido. Ella era su Emma, por la mano y por la palabra, cuando volvieron a entrar en la casa; y si hubiera podido pensar en Frank Churchill en ese momento, quizá lo habría considerado un muchacho excelente.

Volumen III. Capítulo XIV

¡Qué sentimientos tan totalmente distintos llevó Emma de vuelta a la casa de los que había sacado! Entonces solo se había atrevido a esperar un pequeño respiro en su sufrimiento; ahora estaba en una exquisita agitación de felicidad, y de una felicidad, además, que creía que aún sería mayor cuando la agitación hubiera pasado.

Se sentaron a tomar el té: las mismas personas alrededor de la misma mesa, ¡cuántas veces se habían reunido así!, ¡y cuántas veces se habían posado sus ojos en los mismos arbustos del césped y habían observado el mismo hermoso efecto del sol de poniente! Pero nunca con semejante estado de ánimo, nunca con nada parecido; y le costó reunir lo suficiente de su modo de ser habitual para ser la atenta señora de la casa, o siquiera la hija atenta.

El pobre señor Woodhouse poco sospechaba lo que se tramaba contra él en el pecho de aquel hombre al que daba tan cordial bienvenida y de quien tan ansiosamente esperaba que no se hubiera resfriado en su paseo a caballo. Si hubiera podido ver el corazón, se habría preocupado muy poco de los pulmones; pero sin la más remota idea del mal que se avecinaba, sin percibir lo más mínimo de extraordinario en el aspecto o los modos de ninguno de los dos, les repitió muy a gusto todas las noticias que había recibido del señor Perry, y siguió hablando con mucha satisfacción de sí mismo, sin sospechar en absoluto lo que ellos podrían haberle contado a cambio.

Mientras el señor Knightley se quedó con ellos, la fiebre de Emma continuó; pero cuando se fue, empezó a tranquilizarse y a calmarse un poco; y en el curso de la noche en vela, que fue el precio de semejante velada, encontró uno o dos puntos tan seriamente dignos de consideración que le hicieron sentir que incluso su felicidad debía de tener alguna mezcla. Su padre, y Harriet. No podía estar sola sin sentir todo el

peso de los derechos de cada uno; y la cuestión era cómo velar al máximo por el bienestar de ambos. Respecto a su padre, era una cuestión que pronto quedó resuelta. Apenas sabía todavía qué le pediría el señor Knightley; pero un brevísimo parlamento con su propio corazón produjo la resolución más solemne de no dejar nunca a su padre. Hasta lloró ante la idea, como por un pecado de pensamiento. Mientras él viviera, solo podría haber un compromiso; pero se lisonjeaba de que, libre del peligro de alejarla de él, podría llegar a ser un aumento de bienestar para su padre. Cómo hacer lo mejor por Harriet era más difícil de decidir: ¿cómo ahorrarle todo dolor innecesario, cómo darle toda reparación posible, cómo parecer lo menos posible su enemiga? Sobre estos temas su perplejidad y su angustia eran muy grandes, y su mente tuvo que pasar una y otra vez por todos los amargos reproches y tristes remordimientos que la habían rodeado alguna vez. Al final solo pudo resolver que seguiría evitando encontrarse con ella y le comunicaría por carta todo lo que hubiera que decirle; que sería indeciblemente deseable que se alejara de Highbury por un tiempo en este momento; y, entregándose a un plan más, casi resolvió que sería factible conseguirle una invitación a Brunswick Square. Harriet le había gustado a Isabella; y unas semanas en Londres no podían menos que distraerla. No creía que estuviera en la naturaleza de Harriet dejar de sacar provecho de la novedad y la variedad, de las calles, las tiendas y los niños. En todo caso, sería una prueba de atención y bondad por parte de ella, que se lo debía todo; una separación por el momento; un aplazamiento del día aciago en que tendrían que volver a estar todos juntos.

Se levantó temprano y escribió su carta a Harriet; una ocupación que la dejó tan seria, casi tan triste, que el señor Knightley, que fue a pie a Hartfield a desayunar, no llegó en absoluto demasiado pronto; y una media hora robada después para recorrer de nuevo con él el mismo terreno, literal y figuradamente, fue del todo necesaria para devolverle una parte adecuada de la felicidad de la noche anterior.

No hacía mucho que él la había dejado, de ningún modo lo bastante para que ella tuviera la menor inclinación a pensar en nadie más, cuando le llevaron una carta de Randalls, una carta muy gruesa; adivinó lo que debía de contener y lamentó tener que leerla. Ahora estaba en perfecta caridad con Frank Churchill; no quería explicaciones, solo quería tener sus pensamientos para sí misma; y en cuanto a entender nada de lo que él escribiera, estaba segura de ser incapaz. Había que leerla de punta a cabo, sin embargo. Abrió el paquete; era como se temía: una nota de la señora Weston para ella acompañaba la carta de Frank a la señora Weston.

«Tengo el mayor placer, mi querida Emma, en enviarte lo que va adjunto. Sé con qué total justicia lo juzgarás, y apenas tengo dudas de su feliz efecto. Creo que nunca volveremos a estar en serio desacuerdo sobre quien lo escribe; pero no te entretendré con un largo preámbulo. Estamos muy bien. Esta carta ha curado todo el pequeño nerviosismo que he sentido últimamente. No me gustó mucho tu cara el martes, pero era una mañana desapacible; y aunque nunca admitirás que te afecta el tiempo, creo que todo el mundo siente el viento del nordeste. Me acordé mucho de tu querido padre en la tormenta del martes por la tarde y de ayer por la mañana, pero anoche tuve el consuelo de saber por el señor Perry que no lo había enfermado.

»Siempre tuya, A. W.».

[*A la señora Weston*].

Windsor, julio.

Mi querida señora:

«Si ayer me di a entender, esta carta será esperada; pero, esperada o no, sé que será leída con franqueza e indulgencia. Usted es toda bondad, y creo que hará falta incluso toda su bondad para disculpar algunas partes de mi conducta pasada. Pero me ha perdonado alguien que tenía aún más motivos para ofenderse. El valor me crece mientras escribo. Es muy difícil para los afortunados ser humildes. Ya he tenido tanto éxito en dos peticiones de perdón que quizá corra el peligro de

creerme demasiado seguro del suyo, y del de aquellos de sus amigos que hayan tenido algún motivo de ofensa. Todos ustedes deben esforzarse por comprender la naturaleza exacta de mi situación cuando llegué por primera vez a Randalls; deben considerar que yo tenía un secreto que había que guardar a toda costa. Ese era el hecho. Mi derecho a ponerme en una situación que exigiera semejante ocultamiento es otra cuestión. No la discutiré aquí. En cuanto a lo que me tentó a *creer* que era un derecho, remito a todo el que quiera ponerle reparos a una casa de ladrillo, con ventanas de guillotina abajo y ventanas de bisagra arriba, en Highbury. No me atrevía a dirigirme a ella abiertamente; mis dificultades, en el estado en que entonces estaba Enscombe, deben de ser demasiado conocidas para requerir explicación; y tuve la fortuna de lograr, antes de separarnos en Weymouth, que el espíritu femenino más recto de la creación se rebajara por caridad a un compromiso secreto. Si se hubiera negado, me habría vuelto loco. Pero usted estará dispuesta a decir: ¿qué esperaba usted al hacer esto? ¿Qué aguardaba? Cualquier cosa, todo: el tiempo, el azar, las circunstancias, los efectos lentos, los estallidos repentinos, la perseverancia y el cansancio, la salud y la enfermedad. Tenía ante mí todas las posibilidades del bien, y asegurada la primera de las bendiciones al obtener sus promesas de fidelidad y de correspondencia. Si necesita más explicación, tengo el honor, mi querida señora, de ser hijo de su marido, y la ventaja de haber heredado una disposición a esperar el bien cuyo valor ninguna herencia de casas o tierras podrá igualar nunca. Véame, pues, en estas circunstancias, llegando en mi primera visita a Randalls; y aquí reconozco mi falta, porque esa visita podía haberse hecho antes. Usted mirará atrás y verá que no vine hasta que la señorita Fairfax estuvo en Highbury; y como la persona desairada fue *usted*, me perdonará al instante; pero tengo que apelar a la compasión de mi padre recordándole que, mientras me ausenté de su casa, perdí la bendición de conocerla a usted. Mi conducta durante la felicísima quincena que pasé con ustedes no me expuso, espero, a reproches, salvo en un punto.

Y ahora llego a la parte principal, la única importante de mi conducta mientras estuve con ustedes, que despierta mi propia inquietud o que requiere una explicación muy cuidadosa. Con el mayor respeto y la más cálida amistad menciono a la señorita Woodhouse; mi padre quizá pensará que debo añadir: con la más honda humillación. Unas pocas palabras que se le escaparon ayer expresaron su opinión, y reconozco que merezco cierta censura. Mi conducta con la señorita Woodhouse indicaba, creo, más de lo que debía. Para favorecer un ocultamiento tan esencial para mí, me dejé llevar a hacer un uso más que permisible de la clase de intimidad en que nos vimos lanzados de inmediato. No puedo negar que la señorita Woodhouse fue mi objetivo aparente; pero estoy seguro de que creerá usted mi declaración de que, si no hubiera estado convencido de su indiferencia, ningún interés egoísta me habría inducido a seguir. Por amable y encantadora que sea la señorita Woodhouse, nunca me dio la idea de ser una joven propensa a enamorarse; y que estaba perfectamente libre de toda inclinación a enamorarse de mí era tanto mi convicción como mi deseo. Recibía mis atenciones con una alegría desenvuelta, amistosa y de buen humor que me venía exactamente bien. Parecía que nos entendíamos. Dada nuestra situación respectiva, esas atenciones le correspondían, y así se sentía. Si la señorita Woodhouse empezó de verdad a entenderme antes de que terminara esa quincena, no sabría decirlo; cuando fui a despedirme de ella, recuerdo que estuve a un momento de confesar la verdad, y entonces me imaginé que no dejaba de sospechar algo; pero no me cabe duda de que después me descubrió, al menos en cierto grado. Quizá no lo haya adivinado todo, pero su agudeza debió de penetrar una parte. No puedo dudarlo. Usted verá, cuando el asunto quede libre de sus actuales restricciones, que no la tomó del todo por sorpresa. Con frecuencia me dio a entender algo de ello. Recuerdo que en el baile me dijo que yo le debía gratitud a la señora Elton por sus atenciones con la señorita Fairfax. Espero que usted y mi padre admitan esta historia de mi conducta con ella como un gran atenuante de lo que

vieron mal. Mientras ustedes me consideraran culpable de haber pecado contra Emma Woodhouse, no podía merecer nada de ninguno de los dos. Absuélvame en esto, y consígame, cuando se pueda, la absolución y los buenos deseos de la mencionada Emma Woodhouse, a quien miro con un afecto tan fraternal que anhelo verla tan honda y tan felizmente enamorada como yo. Cualesquiera cosas extrañas que yo dijera o hiciera durante esa quincena, ahora tiene usted la clave. Mi corazón estaba en Highbury, y mi tarea era llevar allí mi cuerpo tantas veces como fuera posible y con la menor sospecha. Si recuerda usted alguna rareza, atribúyala toda a su verdadera causa. Del pianoforte de que tanto se habló, solo creo necesario decir que la señorita F. no sabía absolutamente nada del encargo, y nunca me habría permitido enviarlo si le hubieran dado a elegir. La delicadeza de su espíritu durante todo el compromiso, mi querida señora, está mucho más allá de lo que yo pueda hacerle justicia. Pronto, lo espero de corazón, la conocerá usted misma a fondo. Ninguna descripción puede describirla. Ella misma tiene que decirle lo que es; pero no con palabras, porque nunca hubo criatura humana que suprimiera tan a propósito su propio mérito. Desde que empecé esta carta, que será más larga de lo que preveía, he tenido noticias de ella. Da buenas noticias de su salud; pero como nunca se queja, no me atrevo a confiar. Quiero saber su opinión sobre su aspecto. Sé que pronto irá a verla; ella vive temiendo la visita. Quizá ya la haya hecho. Escríbame sin demora; estoy impaciente por mil detalles. Recuerde qué pocos minutos estuve en Randalls, y en qué estado tan aturdido, tan loco; y todavía no estoy mucho mejor; sigo trastornado, ya sea de felicidad o de desdicha. Cuando pienso en la bondad y el favor que he encontrado, en la excelencia y la paciencia de ella, y en la generosidad de mi tío, estoy loco de alegría; pero cuando recuerdo toda la inquietud que le causé, y lo poco que merezco ser perdonado, estoy loco de rabia. ¡Si pudiera verla otra vez! Pero no debo proponerlo todavía. Mi tío ha sido demasiado bueno conmigo para que yo abuse. Todavía tengo que añadir algo a esta larga carta. No ha oído usted

todo lo que debería oír. Ayer no pude dar ningún detalle coherente; pero lo repentino y, en cierto sentido, lo inoportuno con que estalló el asunto necesita explicación; porque aunque el suceso del 26 del mes pasado, como usted deducirá, me abrió de inmediato las perspectivas más felices, no me habría atrevido a tomar medidas tan tempranas de no ser por las circunstancias muy especiales que no me dejaban ni una hora que perder. Yo mismo me habría echado atrás ante algo tan precipitado, y ella habría sentido cada uno de mis escrúpulos con fuerza y delicadeza multiplicadas. Pero no tenía elección. El precipitado compromiso que ella había contraído con aquella mujer... Aquí, mi querida señora, tuve que interrumpirme bruscamente para recobrarme y serenarme. He estado paseando por el campo, y ahora, espero, estoy lo bastante razonable para que el resto de mi carta sea lo que debe ser. Es, en efecto, una mirada atrás de lo más mortificante para mí. Me porté vergonzosamente. Y aquí puedo admitir que mis modales con la señorita W., al resultar desagradables para la señorita F., fueron sumamente censurables. *Ella* los desaprobaba, y eso debía haber bastado. Mi excusa de ocultar la verdad no le parecía suficiente. Estaba disgustada; a mí me parecía que sin razón; la encontraba, en mil ocasiones, innecesariamente escrupulosa y cautelosa; la encontraba incluso fría. Pero ella siempre tenía razón. Si hubiera seguido su juicio y hubiera moderado mi ánimo hasta el nivel de lo que ella consideraba apropiado, me habría librado de la mayor desdicha que he conocido. Reñimos. ¿Recuerda usted la mañana que pasamos en Donwell? *Allí* todos los pequeños descontentos que habían surgido antes llegaron a una crisis. Llegué tarde; me la encontré volviendo sola a pie a casa, y quise acompañarla, pero ella no lo consintió. Se negó en absoluto a permitírmelo, cosa que entonces me pareció de lo más irrazonable. Ahora, sin embargo, no veo en ello más que un grado de discreción muy natural y coherente. Mientras yo, para ocultar al mundo nuestro compromiso, me portaba en una hora con una especial atención censurable hacia otra mujer, ¿iba ella a consentir a la hora siguiente una propuesta que

podía haber vuelto inútil toda precaución anterior? Si nos hubieran visto caminando juntos entre Donwell y Highbury, se habría sospechado la verdad. Sin embargo, fui lo bastante loco para ofenderme. Dudé de su afecto. Dudé más al día siguiente en Box Hill, cuando, provocada por semejante conducta de mi parte, por un descuido tan vergonzoso e insolente hacia ella y una devoción tan aparente por la señorita W. como ninguna mujer sensata habría podido soportar, expresó su resentimiento con unas palabras perfectamente comprensibles para mí. En suma, mi querida señora, fue una riña sin culpa por parte de ella y abominable por la mía; y volví esa misma tarde a Richmond, aunque podría haberme quedado con ustedes hasta la mañana siguiente, solo porque quería estar todo lo enojado con ella que pudiera. Ni siquiera entonces era tan necio como para no tener intención de reconciliarme con el tiempo; pero yo era el ofendido, ofendido por su frialdad, y me fui decidido a que ella diera el primer paso. Siempre me felicitaré de que usted no estuviera en la excursión a Box Hill. Si hubiera presenciado mi conducta allí, apenas puedo suponer que hubiera vuelto a pensar bien de mí. Su efecto en ella se ve en la resolución inmediata que provocó: en cuanto supo que yo me había ido de veras de Randalls, aceptó el ofrecimiento de esa entrometida señora Elton, cuyo modo de tratarla, dicho sea de paso, siempre me ha llenado de indignación y de odio. No debo pelearme con un espíritu de indulgencia que se ha extendido tan generosamente hacia mí; pero, si no fuera por eso, protestaría a voz en cuello contra la parte de él que ha conocido esa mujer. ¡"Jane", nada menos! Observará usted que todavía no me he permitido llamarla por ese nombre, ni siquiera ante usted. Piense, pues, lo que habré sufrido al oírlo zarandeado entre los Elton con toda la vulgaridad de una repetición innecesaria y toda la insolencia de una superioridad imaginaria. Tenga paciencia conmigo; pronto habré terminado. Aceptó ese ofrecimiento, resuelta a romper del todo conmigo, y al día siguiente me escribió para decirme que no volveríamos a vernos nunca. *Sentía que el compromiso era para los dos una fuente de arrepentimien-*

to y de desdicha: lo disolvía. Esa carta me llegó la misma mañana de la muerte de mi pobre tía. La contesté en menos de una hora; pero, por la confusión de mi mente y la multitud de asuntos que me cayeron encima a la vez, mi respuesta, en lugar de enviarse con todas las demás cartas de ese día, quedó encerrada en mi escritorio; y yo, confiado en que había escrito lo bastante, aunque fueran unas pocas líneas, para tranquilizarla, me quedé sin ninguna inquietud. Me decepcionó un poco no tener pronto noticias suyas; pero la disculpé, y estaba demasiado ocupado y, ¿puedo añadirlo?, demasiado alegre en mis perspectivas para ser quisquilloso. Nos trasladamos a Windsor; y dos días después recibí un paquete de ella: ¡todas mis cartas devueltas! Y al mismo tiempo, por el correo, unas pocas líneas en que expresaba su enorme sorpresa por no haber recibido la menor respuesta a la última; y añadía que, como el silencio en un asunto así no podía malinterpretarse, y como a los dos debía de convenirnos por igual dejar arreglados cuanto antes todos los detalles secundarios, ahora me enviaba, por un conducto seguro, todas mis cartas, y me pedía que, si no podía disponer enseguida de las suyas para enviarlas a Highbury en el plazo de una semana, se las remitiera pasado ese plazo a...; en suma, la dirección completa de la casa del señor Smallridge, cerca de Bristol, me saltó a la vista. Conocía el nombre, el lugar, lo sabía todo al respecto, y vi al instante lo que había estado haciendo. Concordaba perfectamente con la firmeza de carácter que yo sabía que tenía; y el secreto que había guardado sobre semejante propósito en su carta anterior era igualmente propio de su delicadeza inquieta. Por nada del mundo habría querido parecer que me amenazaba. Imagine el golpe; imagine cómo, hasta que descubrí mi propio desatino, despotriqué contra los desatinos del correo. ¿Qué se podía hacer? Solo una cosa. Tenía que hablar con mi tío. Sin su aprobación no podía esperar que ella volviera a escucharme. Hablé; las circunstancias me eran favorables; el reciente suceso había suavizado su orgullo, y antes de lo que yo podía prever se mostró del todo reconciliado y dispuesto a complacerme; y pudo decir por fin, ¡pobre

hombre!, con un hondo suspiro, que deseaba que yo encontrara en el estado matrimonial tanta felicidad como él había encontrado. Sentí que sería de otra clase. ¿Está usted dispuesta a compadecerme por lo que debí de sufrir al exponerle el asunto, por mi incertidumbre mientras todo estaba en juego? No; no me compadezca hasta que llegué a Highbury y vi lo enferma que la había puesto. No me compadezca hasta que vi su aspecto pálido y enfermo. Llegué a Highbury a la hora del día en que, por saber lo tarde que desayunaban, estaba seguro de tener buenas probabilidades de encontrarla sola. No me equivoqué; y al final tampoco me vi defraudado en el objeto de mi viaje. Tuve que disipar con persuasión muchísimo disgusto muy razonable, muy justo. Pero está hecho; estamos reconciliados, más queridos, mucho más queridos que nunca, y ya no podrá haber entre nosotros ni un momento de inquietud. Ahora, mi querida señora, la dejaré libre; pero no podía terminar antes. Mil y mil gracias por toda la bondad que siempre me ha mostrado, y diez mil por las atenciones que su corazón le dictará hacia ella. Si piensa usted que estoy en camino de ser más feliz de lo que merezco, soy de su misma opinión. La señorita W. me llama el niño de la buena fortuna. Espero que tenga razón. En un aspecto mi buena fortuna es indudable: en la de poder firmar como

»Su agradecido y afectuoso hijo,

»F. C. Weston Churchill».

Volumen III. Capítulo XV

Esta carta tenía que abrirse paso hasta los sentimientos de Emma. A pesar de su decisión previa en sentido contrario, se vio obligada a hacerle toda la justicia que la señora Weston había anunciado. En cuanto llegó a su propio nombre, fue irresistible; cada línea que se refería a ella era interesante, y casi cada línea, grata; y cuando cesó ese encanto, el asunto pudo sostenerse aún por sí mismo, por el regreso natural de su antiguo aprecio hacia quien escribía y por la atracción tan fuerte que cualquier cuadro de amor tenía que ejercer sobre ella en ese momento. No se detuvo hasta haberla recorrido entera; y aunque era imposible no sentir que él había obrado mal, había obrado menos mal de lo que ella había supuesto; y había sufrido, y lo lamentaba mucho; y estaba tan agradecido a la señora Weston, y tan enamorado de la señorita Fairfax, y ella misma era tan feliz, que no cabía ser severa; y si él hubiera podido entrar en la habitación, ella le habría estrechado la mano tan de corazón como siempre.

Tan buena opinión tuvo de la carta que, cuando el señor Knightley volvió, le pidió que la leyera. Estaba segura de que la señora Weston deseaba que se diera a conocer, en especial a alguien que, como el señor Knightley, había encontrado tanto que censurar en la conducta de él.

«Con mucho gusto le echaré una mirada», dijo él; «pero parece larga. Me la llevaré a casa esta noche».

Pero eso no podía ser. El señor Weston iba a pasar por la tarde, y ella tenía que devolvérsela por medio de él.

«Preferiría estar conversando contigo», respondió él; «pero, ya que parece cuestión de justicia, se hará».

Empezó, aunque se detuvo casi enseguida para decir: «Si hace unos meses me hubieran ofrecido ver una de las cartas de este caballero a

su madrastra, Emma, no lo habría tomado con tanta indiferencia».

Siguió un poco más adelante, leyendo para sí; y luego, con una sonrisa, observó: «¡Hum! Un comienzo muy lisonjero; pero es su manera. El estilo de un hombre no ha de ser la regla de otro. No seremos severos».

«Me será natural», añadió poco después, «decir mi opinión en voz alta mientras leo. Haciéndolo, sentiré que estoy cerca de ti. No será tan grande la pérdida de tiempo; pero si no te gusta...».

«En absoluto. Lo prefiero».

El señor Knightley volvió a su lectura con más presteza.

«Aquí habla a la ligera», dijo, «de la tentación. Sabe que obró mal y no tiene nada razonable que alegar. Mal. No debió haber contraído el compromiso. "El carácter de su padre": es injusto, sin embargo, con su padre. El temperamento optimista del señor Weston fue una bendición en todos sus esfuerzos rectos y honrados; pero el señor Weston se ganó cada una de las comodidades de que goza antes de procurar obtenerla. Muy cierto; no vino hasta que la señorita Fairfax estuvo aquí».

«Y no he olvidado», dijo Emma, «lo seguro que estabas de que podría haber venido antes si hubiera querido. Lo pasas por alto con mucha elegancia, pero tenías toda la razón».

«No fui del todo imparcial en mi juicio, Emma; pero, aun así, creo que, si *tú* no hubieras estado de por medio, de todos modos habría desconfiado de él».

Cuando llegó a la señorita Woodhouse, se vio obligado a leer en voz alta todo aquello, todo lo que se refería a ella, con una sonrisa, una mirada, un movimiento de cabeza, una o dos palabras de aprobación o de desaprobación, o simplemente de amor, según lo pedía el asunto; y concluyó, sin embargo, con seriedad y, tras una reflexión detenida, de este modo:

«Muy mal, aunque podría haber sido peor. Jugaba un juego de lo más peligroso. Debe demasiado al desenlace su absolución. No es juez de sus propios modales para contigo. Siempre engañado, de hecho,

por sus propios deseos, y sin cuidarse de casi nada más que de su propia conveniencia. Imaginarse que tú habías penetrado su secreto. ¡Muy natural! Con la mente llena de intriga, era de esperar que la sospechara en los demás. Misterio, artimaña, ¡cómo pervierten el entendimiento! Emma mía, ¿no sirve todo para demostrar cada vez más la belleza de la verdad y la sinceridad en todo nuestro trato de unos con otros?».

Emma asintió, y con un rubor de sensibilidad a causa de Harriet, del que no podía dar ninguna explicación sincera.

«Mejor sigue», dijo ella.

Así lo hizo, pero muy pronto se detuvo de nuevo para decir: «¡El pianoforte! ¡Ah! Eso fue obra de un hombre muy, muy joven, demasiado joven para considerar si la incomodidad que causaba no podía exceder con mucho al placer. ¡Un plan de muchacho, de veras! No puedo comprender que un hombre quiera dar a una mujer una prueba de afecto de la que sabe que ella preferiría prescindir; y él sí sabía que ella habría impedido que llegara el instrumento si hubiera podido».

Después de esto avanzó un buen trecho sin ninguna pausa. La confesión de Frank Churchill de haberse portado vergonzosamente fue lo primero que pidió algo más que una palabra al pasar.

«Estoy perfectamente de acuerdo con usted, señor», fue entonces su comentario. «Se portó usted muy vergonzosamente. Nunca escribió una línea más verdadera». Y después de recorrer lo que seguía inmediatamente sobre el fondo de su desacuerdo, y sobre su empeño en obrar en abierta oposición al sentido del deber de Jane Fairfax, hizo una pausa más larga para decir: «Esto está muy mal. La había inducido a ponerse, por él, en una situación de extrema dificultad e inquietud, y su primer objetivo debió haber sido evitarle sufrimientos innecesarios. Ella tuvo que haber tenido mucho más contra qué luchar que él para sostener la correspondencia. Él debió haber respetado incluso escrúpulos irrazonables, si los hubiera habido; pero los de ella eran todos razonables. Hemos de mirar a su única falta, y recordar que había

hecho algo malo al consentir en el compromiso, para soportar que se haya visto en tal estado de castigo».

Emma sabía que ahora estaba llegando a la excursión a Box Hill, y se sintió incómoda. ¡Su propia conducta había sido tan impropia! Estaba profundamente avergonzada y un poco temerosa de la próxima mirada de él. Todo fue leído, sin embargo, con firmeza, con atención y sin el menor comentario; y, salvo una mirada momentánea hacia ella, retirada al instante por miedo a causarle dolor, no pareció existir ningún recuerdo de Box Hill.

«No hay mucho que decir en favor de la delicadeza de nuestros buenos amigos los Elton», fue su siguiente observación. «Sus sentimientos son naturales. ¡Cómo! ¡Resolver de veras romper del todo con él! Ella sintió que el compromiso era para ambos una fuente de arrepentimiento y desdicha, y lo disolvió. ¡Qué idea da esto de lo que ella pensaba de la conducta de él! Bueno, ha de ser un hombre de lo más extraordinario...».

«No, no, sigue leyendo. Verás cuánto sufre».

«Espero que sufra», replicó el señor Knightley con frialdad, y retomó la carta. «"¡Smallridge!". ¿Qué significa esto? ¿Qué es todo esto?».

«Se había comprometido a ir como institutriz de los hijos de la señora Smallridge, una amiga querida de la señora Elton, vecina de Maple Grove; y, a propósito, ¿cómo llevará la señora Elton el chasco?».

«No digas nada, mi querida Emma, mientras me obligas a leer, ni siquiera de la señora Elton. Solo una página más. Pronto habré terminado. ¡Qué carta escribe este hombre!».

«Quisiera que la leyeras con un espíritu más benévolo hacia él».

«Bueno, aquí *sí* hay sentimiento. Parece que de veras sufrió al encontrarla enferma. Desde luego, no puedo dudar de que la quiere. "Más querida, mucho más querida que nunca". Espero que siga sintiendo largo tiempo todo el valor de semejante reconciliación. Es muy generoso para dar las gracias, con sus miles y decenas de miles. "Más feliz de lo que merezco". Vaya, ahí se conoce a sí mismo. "La señorita

Woodhouse me llama el niño mimado de la fortuna". ¿Esas fueron las palabras de la señorita Woodhouse? Y un buen final, y ahí está la carta. ¡El niño mimado de la fortuna! ¿Así lo llamabas tú?».

«No pareces tan satisfecho con su carta como yo; pero aun así debes, al menos espero que debas, pensar mejor de él por ella. Espero que le haga algún bien ante ti».

«Sí, desde luego que se lo hace. Ha tenido grandes defectos, defectos de desconsideración y de irreflexión; y soy muy de su opinión en cuanto a que probablemente será más feliz de lo que merece; pero aun así, como sin duda está de veras enamorado de la señorita Fairfax, y pronto, es de esperar, tendrá la ventaja de estar siempre con ella, estoy muy dispuesto a creer que su carácter mejorará y que tomará del de ella la firmeza y la delicadeza de principios que le faltan. Y ahora déjame hablarte de otra cosa. Tengo ahora tan a pecho el interés de otra persona que no puedo seguir pensando en Frank Churchill. Desde que te dejé esta mañana, Emma, mi mente ha estado trabajando sin descanso en un asunto».

Siguió el asunto; fue en un inglés llano, sin afectación, de caballero, como el que el señor Knightley usaba incluso con la mujer de quien estaba enamorado: cómo podría pedirle que se casara con él sin atentar contra la felicidad del padre de ella. La respuesta de Emma estuvo lista a la primera palabra. «Mientras viviera su querido padre, cualquier cambio de estado tenía que ser imposible para ella. Nunca podría dejarlo». Solo una parte de esta respuesta, sin embargo, fue admitida. La imposibilidad de que ella dejara a su padre, el señor Knightley la sentía tan fuertemente como ella; pero que no fuera admisible ningún otro cambio, eso no podía aceptarlo. Lo había estado pensando a fondo, con la mayor atención; al principio había esperado inducir al señor Woodhouse a mudarse con ella a Donwell; había querido creerlo factible, pero lo que conocía del señor Woodhouse no le permitió engañarse mucho tiempo; y ahora confesaba su convicción de que semejante trasplante sería un riesgo para la comodidad del padre

de ella, quizá incluso para su vida, que no debía correrse. ¡Sacar al señor Woodhouse de Hartfield! No, sentía que no había que intentarlo. Pero el plan que había surgido al sacrificar este, confiaba en que su queridísima Emma no lo encontraría objetable en ningún aspecto: era que él fuera recibido en Hartfield; que mientras la felicidad del padre de ella (en otras palabras, su vida) exigiera que Hartfield siguiera siendo su hogar, lo fuera también de él.

En que todos se mudaran a Donwell, Emma ya había pensado de pasada por su cuenta. Como él, había ensayado el proyecto y lo había rechazado; pero una alternativa como esta no se le había ocurrido. Se daba cuenta de todo el afecto que demostraba. Sentía que, al dejar Donwell, él tendría que sacrificar mucho de su independencia de horarios y costumbres; que viviendo siempre con el padre de ella, y en una casa que no era la suya, habría mucho, muchísimo, que soportar. Prometió pensarlo y le aconsejó que lo pensara más; pero él estaba plenamente convencido de que ninguna reflexión podría cambiar sus deseos ni su opinión al respecto. Le había dedicado, podía asegurárselo, una consideración muy larga y tranquila; había estado huyendo de William Larkins toda la mañana para tener sus pensamientos para sí.

«¡Ah! Hay una dificultad que no has previsto», exclamó Emma. «Estoy segura de que a William Larkins no le gustará. Tienes que obtener su consentimiento antes de pedir el mío».

Prometió, sin embargo, pensarlo; y casi prometió, además, pensarlo con la intención de encontrarlo un plan muy bueno.

Es notable que Emma, desde los muchos, muchísimos puntos de vista desde los que empezaba ahora a considerar la abadía de Donwell, nunca sintiera agravio alguno hacia su sobrino Henry, cuyos derechos de presunto heredero había defendido antes con tanta tenacidad. No podía dejar de pensar en la posible diferencia para el pobre niño; y, sin embargo, solo se dedicaba a sí misma una sonrisa pícara y consciente, y se divertía descubriendo la verdadera causa de aquella violenta aversión a que el señor Knightley se casara con Jane Fairfax, o con

cualquier otra, que en su momento había atribuido por entero a la amable solicitud de la hermana y la tía.

Esta propuesta suya, este plan de casarse y seguir en Hartfield, cuanto más lo contemplaba, más agradable le parecía. Los males de él parecían disminuir; sus propias ventajas, aumentar; el bien de ambos, pesar más que cualquier inconveniente. ¡Qué compañero para ella en los períodos de inquietud y tristeza que tenía por delante! ¡Qué socio en todos aquellos deberes y cuidados a los que el tiempo iría añadiendo melancolía!

Habría sido demasiado feliz de no ser por la pobre Harriet; pero cada bendición propia parecía envolver y adelantar los sufrimientos de su amiga, que ahora tendría que quedar incluso excluida de Hartfield. De la deliciosa reunión familiar que Emma se estaba asegurando, la pobre Harriet tendría que ser mantenida a distancia, por mera prudencia caritativa. Saldría perdiendo en todos los sentidos. Emma no podía lamentar su futura ausencia como una merma de su propio disfrute. En semejante reunión, Harriet sería más bien un peso muerto que otra cosa; pero, para la pobre muchacha misma, parecía una necesidad especialmente cruel la que iba a ponerla en tal estado de castigo inmerecido.

Con el tiempo, por supuesto, el señor Knightley sería olvidado, es decir, reemplazado; pero no podía esperarse que eso ocurriera muy pronto. El propio señor Knightley no haría nada para ayudar a la cura; no como el señor Elton. El señor Knightley, siempre tan bondadoso, tan sensible, tan verdaderamente considerado con todos, nunca merecería ser menos adorado que ahora; y era realmente esperar demasiado, incluso de Harriet, que pudiera enamorarse de más de *tres* hombres en un año.

Volumen III. Capítulo XVI

Fue un alivio muy grande para Emma encontrar a Harriet tan deseosa como ella de evitar un encuentro. Su trato ya era bastante doloroso por carta. ¡Cuánto peor, si se hubieran visto obligadas a encontrarse!

Harriet se expresó más o menos como cabía suponer, sin reproches ni sentimiento aparente de haber sido maltratada; y, sin embargo, Emma creyó notar algo de resentimiento, algo que rozaba el resentimiento en su estilo, lo que hacía aún más deseable que estuvieran separadas. Quizá fuera solo su propia conciencia; pero parecía que solo un ángel habría podido quedar del todo libre de resentimiento ante semejante golpe.

No tuvo dificultad en conseguir la invitación de Isabella; y tuvo la suerte de contar con una razón suficiente para pedirla sin recurrir a la invención. Había una muela que andaba mal. Harriet deseaba de veras, y lo deseaba desde hacía algún tiempo, consultar a un dentista. La señora de John Knightley estuvo encantada de ser útil; cualquier cosa que tuviera que ver con la mala salud era para ella una recomendación; y, aunque no le tenía tanto cariño a un dentista como a un señor Wingfield, estaba muy deseosa de tener a Harriet a su cuidado. Una vez arreglado así por parte de su hermana, Emma se lo propuso a su amiga y la encontró muy dispuesta a dejarse convencer. Harriet iría; estaba invitada por lo menos quince días; la llevarían en el coche del señor Woodhouse. Todo quedó dispuesto, todo quedó cumplido, y Harriet estaba a salvo en Brunswick Square.

Ahora sí Emma podía disfrutar de las visitas del señor Knightley; ahora podía hablar, y podía escuchar con verdadera felicidad, sin el freno de aquel sentimiento de injusticia, de culpa, de algo dolorosísimo, que la había perseguido al recordar qué corazón desengañado tenía cerca, cuánto podía estar sufriendo en ese mismo momento, y a po-

ca distancia, el sentimiento que ella misma había extraviado.

La diferencia entre Harriet en casa de la señora Goddard o en Londres producía quizá una diferencia irrazonable en las sensaciones de Emma; pero no podía pensar en ella en Londres sin objetos de curiosidad y de ocupación que por fuerza estarían apartándola del pasado y sacándola de sí misma.

No quiso permitir que ninguna otra inquietud ocupara directamente en su mente el lugar que había ocupado Harriet. Tenía por delante una comunicación, una que solo *ella* podía estar en condiciones de hacer: la confesión de su compromiso a su padre; pero por ahora no quería tener nada que ver con ella. Había resuelto aplazar la revelación hasta que la señora Weston estuviera a salvo y bien. No se arrojaría en ese momento ninguna agitación adicional entre los que ella quería; y el mal no obraría sobre ella por anticipado, antes del tiempo señalado. Quince días por lo menos de descanso y paz de espíritu, para coronar todo deleite más ardiente, pero más agitado, serían suyos.

Pronto resolvió, tanto por deber como por gusto, emplear media hora de estas vacaciones del ánimo en visitar a la señorita Fairfax. Debía ir, y ansiaba verla; el parecido de sus situaciones presentes aumentaba cualquier otro motivo de buena voluntad. Sería una satisfacción *secreta*; pero la conciencia de una semejanza de perspectivas añadiría sin duda interés a la atención con que escucharía cualquier cosa que Jane pudiera contarle.

Fue. Una vez había llegado en coche hasta la puerta sin éxito, pero no había entrado en la casa desde la mañana siguiente a Box Hill, cuando la pobre Jane había estado en tal aflicción que la había llenado de compasión, aunque nadie había sospechado lo peor de sus sufrimientos. El temor de no ser todavía bien recibida la decidió, aunque le aseguraron que estaban en casa, a esperar en el pasillo y mandar arriba su nombre. Oyó a Patty anunciarlo; pero no siguió ningún revuelo como el que la pobre señorita Bates había hecho antes tan felizmente comprensible. No; no oyó nada más que la respuesta inmediata: «Rué-

gale que suba»; y un momento después la recibía en la escalera la propia Jane, que se adelantaba con ansia, como si no le pareciera suficiente ninguna otra forma de recibirla. Emma nunca la había visto tan bien, tan encantadora, tan atrayente. Había conciencia, animación y calidez; había todo lo que alguna vez pudieron haberles faltado a su semblante o a sus maneras. Se adelantó tendiéndole la mano y dijo, en un tono bajo pero muy sentido:

«¡Esto es de veras muy amable! Señorita Woodhouse, me es imposible expresar... Espero que usted crea... Perdóneme por quedarme tan del todo sin palabras».

Emma se sintió halagada, y pronto habría demostrado que a ella no le faltaban palabras si el sonido de la voz de la señora Elton desde la sala no la hubiera contenido y no hubiera hecho conveniente comprimir todos sus sentimientos amistosos y todas sus felicitaciones en un muy, muy ferviente apretón de manos.

La señora Bates y la señora Elton estaban juntas. La señorita Bates había salido, lo que explicaba la tranquilidad de antes. Emma habría preferido a la señora Elton en otra parte; pero estaba de humor para tener paciencia con todo el mundo; y como la señora Elton la recibió con una amabilidad poco habitual, esperó que el encuentro no les hiciera ningún daño.

Pronto creyó penetrar los pensamientos de la señora Elton y comprender por qué estaba, como ella, de tan buen ánimo: era por gozar de la confianza de la señorita Fairfax y por imaginarse enterada de lo que todavía era un secreto para los demás. Emma vio inmediatamente señales de ello en la expresión de su rostro; y, mientras presentaba sus propios saludos a la señora Bates y aparentaba atender a las respuestas de la buena anciana, la vio, con una especie de ansiosa ostentación de misterio, doblar una carta que al parecer había estado leyendo en voz alta a la señorita Fairfax y devolverla al ridículo morado y dorado que tenía al lado, diciendo con significativos movimientos de cabeza:

«Podemos terminar esto en otro momento, ¿sabe? A usted y a mí

no nos faltarán ocasiones. Y, en realidad, ya ha oído usted todo lo esencial. Solo quería demostrarle que la señora S. acepta nuestras disculpas y no se ha ofendido. Ya ve usted qué deliciosamente escribe. ¡Oh! ¡Es una criatura encantadora! Usted la habría adorado, si hubiera ido. Pero ni una palabra más. Seamos discretas, portémonos muy bien. ¡Chis! Recuerda usted aquellos versos (no me acuerdo del poema en este momento):

> Pues cuando hay una dama de por medio,
> ya se sabe que todo lo demás cede el paso.

»Ahora bien, querida, en *nuestro* caso, donde dice *dama*, lea usted... ¡chitón! A buen entendedor... ¡Estoy de un humor espléndido!, ¿no es cierto? Pero quiero tranquilizarla respecto de la señora S. *Mi* explicación, ya ve, la ha calmado del todo».

Y de nuevo, con solo volver Emma la cabeza para mirar el tejido de la señora Bates, añadió medio en susurros:

«No mencioné ningún *nombre*, fíjese usted. ¡Oh, no! Cauta como un ministro de Estado. Lo manejé extremadamente bien».

Emma no podía dudar. Era una exhibición palpable, repetida en cada ocasión posible. Cuando todas hubieron hablado un rato en armonía del tiempo y de la señora Weston, se encontró con que de pronto le decían:

«¿No le parece, señorita Woodhouse, que nuestra pícara amiguita está encantadoramente restablecida? ¿No le parece que su cura hace el mayor honor a Perry? (Aquí hubo una mirada de reojo muy significativa hacia Jane). ¡Palabra, Perry la ha restablecido en un tiempo asombrosamente corto! ¡Oh, si la hubiera visto usted, como yo, cuando estaba peor!». Y, mientras la señora Bates le decía algo a Emma, susurró además: «No decimos una palabra de ninguna *ayuda* que Perry pudiera haber tenido; ni una palabra de cierto joven médico de Windsor. ¡Oh, no! Perry se llevará todo el mérito».

«Apenas he tenido el gusto de verla, señorita Woodhouse», empezó poco después, «desde la excursión a Box Hill. Una excursión muy agradable. Pero, aun así, creo que algo faltó. Las cosas no parecían... es decir, parecía haber una nubecilla sobre el ánimo de algunos. Así me lo pareció a mí, al menos, aunque podría equivocarme. Sin embargo, creo que resultó lo bastante bien como para tentarla a una a volver. ¿Qué dicen ustedes dos de reunir el mismo grupo y explorar otra vez Box Hill mientras dure el buen tiempo? Tiene que ser el mismo grupo, ¿sabe?, exactamente el mismo grupo, sin *una sola* excepción».

Poco después entró la señorita Bates, y Emma no pudo menos que divertirse con la perplejidad de su primera respuesta, que nacía, supuso, de la duda sobre lo que se podía decir y de la impaciencia por decirlo todo.

«Gracias, querida señorita Woodhouse, usted es toda bondad. Es imposible decir... Sí, por cierto, lo entiendo muy bien... las perspectivas de la queridísima Jane... es decir, no quiero decir... Pero está encantadoramente restablecida. ¿Cómo está el señor Woodhouse? Me alegro tanto. Del todo fuera de mi alcance. Un círculo tan feliz y pequeño como el que encuentra usted aquí. Sí, por cierto. ¡Un joven encantador!... es decir... tan amable; ¡quiero decir el buen señor Perry!... ¡qué atenciones con Jane!». Y por el gran deleite, más agradecido que de costumbre, que mostraba hacia la señora Elton por estar allí, Emma adivinó que había habido una pequeña muestra de resentimiento hacia Jane por parte de la vicaría, ahora graciosamente superada. Tras unos cuantos susurros, en efecto, que lo dejaron fuera de toda conjetura, la señora Elton, hablando más alto, dijo:

«Sí, aquí estoy, mi buena amiga; y llevo aquí tanto rato que en cualquier otra parte creería necesario disculparme; pero la verdad es que estoy esperando a mi amo y señor. Prometió reunirse aquí conmigo y presentarle a usted sus respetos».

«¡Cómo! ¿Vamos a tener el gusto de una visita del señor Elton? ¡Eso sí que será un favor! Porque sé que a los caballeros no les gustan

las visitas de la mañana, y el señor Elton tiene el tiempo tan ocupado».

«Palabra que sí, señorita Bates. Realmente está ocupado de la mañana a la noche. No hay fin de gente que viene a verlo con un pretexto u otro. Los magistrados, y los inspectores de pobres, y los mayordomos de la parroquia siempre quieren su opinión. Parece que no pueden hacer nada sin él. "Palabra, señor E.", le digo a menudo, "mejor usted que yo. No sé qué sería de mis lápices de colores y de mi instrumento si tuviera la mitad de solicitantes". Ya es bastante malo así, porque los descuido a ambos de un modo absolutamente imperdonable. Creo que no he tocado un compás en estos quince días. Sin embargo, viene, se lo aseguro; sí, por cierto, expresamente para saludarlas a todas». Y, levantando la mano para ocultar sus palabras a Emma: «Una visita de felicitación, ¿sabe? ¡Oh, sí! Del todo indispensable».

¡La señorita Bates miró a su alrededor tan feliz...!

«Prometió venir a buscarme en cuanto pudiera librarse de Knightley; pero él y Knightley están encerrados juntos en profunda consulta. El señor E. es la mano derecha de Knightley».

Emma no habría sonreído por nada del mundo, y solo dijo: «¿Ha ido el señor Elton a pie a Donwell? Tendrá una caminata calurosa».

«¡Oh, no! Es una reunión en la Corona, una reunión formal. Weston y Cole estarán también; pero una suele hablar solo de los que dirigen. Me imagino que el señor E. y Knightley lo deciden todo a su manera».

«¿No se habrá equivocado de día?», dijo Emma. «Estoy casi segura de que la reunión en la Corona no es hasta mañana. El señor Knightley estuvo ayer en Hartfield y habló de ella como del sábado».

«¡Oh, no! La reunión es sin duda hoy», fue la brusca respuesta, que denotaba la imposibilidad de cualquier error por parte de la señora Elton. «Creo de veras», continuó, «que esta es la parroquia más problemática que haya existido. Nunca oímos de cosas semejantes en Maple Grove».

«Su parroquia allí era pequeña», dijo Jane.

«Palabra, querida, no lo sé, porque nunca oí hablar del asunto».

«Pero lo prueba lo pequeña que es la escuela, de la que le he oído hablar, bajo el patrocinio de su hermana y de la señora Bragge; la única escuela, y no más de veinticinco niños».

«¡Ah, criatura lista, eso es muy cierto! ¡Qué cerebro pensante tiene usted! Le digo, Jane, qué carácter tan perfecto haríamos usted y yo si pudieran mezclarnos sacudiéndonos juntas. Mi viveza y su solidez producirían la perfección. No es que pretenda insinuar, sin embargo, que *algunas* personas no la consideren ya a *usted* la perfección. Pero ¡chis!, ni una palabra, por favor».

Parecía una precaución innecesaria; Jane quería dirigir sus palabras no a la señora Elton, sino a la señorita Woodhouse, como esta veía con claridad. El deseo de distinguirla, hasta donde la cortesía lo permitía, era muy evidente, aunque pocas veces podía pasar de una mirada.

El señor Elton hizo su aparición. Su señora lo recibió con algo de su chispeante vivacidad.

«Muy bonito, señor mío, palabra; ¡mandarme por delante, a ser una carga para mis amigas, tanto tiempo antes de dignarse venir! Pero sabía con qué criatura tan sumisa tenía que vérselas. Sabía que yo no me movería hasta que apareciera mi amo y señor. Aquí he estado sentada esta hora, dando a estas jóvenes damas una muestra de verdadera obediencia conyugal; porque, ¿quién puede decir, sabe usted, cuán pronto la van a necesitar?».

El señor Elton estaba tan acalorado y cansado que todo este ingenio pareció desperdiciado. Tenía que presentar sus cortesías a las demás damas; pero su objeto siguiente fue lamentarse de sí mismo por el calor que estaba sufriendo y la caminata que había hecho para nada.

«Cuando llegué a Donwell», dijo, «no se pudo encontrar a Knightley. ¡Muy raro! ¡Muy inexplicable!, después de la nota que le mandé esta mañana y del recado con que me contestó, que sin falta estaría en casa hasta la una».

«¡Donwell!», exclamó su esposa. «Mi querido señor E., ¡usted no ha ido a Donwell! Quiere decir la Corona; viene usted de la reunión en la Corona».

«No, no, eso es mañana; y quería ver a Knightley hoy precisamente por eso. ¡Qué mañana tan espantosamente abrasadora! Además fui por los campos (hablando en un tono de gran agravio), lo que lo empeoró muchísimo. ¡Y luego no encontrarlo en casa! Le aseguro que no estoy nada contento. Y sin dejar ninguna disculpa, ningún recado para mí. El ama de llaves declaró que no sabía nada de que me esperaran. ¡Muy extraordinario! Y nadie sabía en absoluto por dónde se había ido. Quizá a Hartfield, quizá a la granja de Abbey-Mill, quizá a sus bosques. Señorita Woodhouse, ¡esto no es propio de nuestro amigo Knightley! ¿Puede usted explicarlo?».

Emma se divirtió asegurando que era de veras muy extraordinario y que no tenía una sílaba que decir en su favor.

«No me imagino», dijo la señora Elton (sintiendo la afrenta como debe sentirla una esposa), «no me imagino cómo pudo hacerle algo así a usted, ¡a usted, entre todas las personas del mundo! ¡La última persona de quien uno esperaría que se olvidaran! Mi querido señor E., tiene que haberle dejado un recado, estoy segura de que sí. Ni siquiera Knightley podría ser tan excéntrico; y sus criados lo olvidaron. Puede estar seguro de que fue así; y es muy probable que pase con los criados de Donwell, que son todos, lo he observado a menudo, torpísimos y descuidados. Estoy segura de que yo no querría por nada del mundo que una criatura como su Harry atendiera nuestro aparador. Y en cuanto a la señora Hodges, Wright la tiene en muy poca estima. Le prometió a Wright una receta y nunca se la mandó».

«Me encontré con William Larkins», continuó el señor Elton, «cuando me acercaba a la casa, y me dijo que no encontraría a su amo en casa, pero no le creí. William parecía más bien de mal humor. No sabía qué le pasaba a su amo últimamente, dijo, pero casi nunca conseguía hablar con él. No tengo nada que ver con las necesidades de William,

pero de veras es de muchísima importancia que *yo* vea a Knightley hoy; y resulta, por lo tanto, un inconveniente muy serio que haya tenido que dar esta caminata calurosa sin ningún provecho».

Emma sintió que no podía hacer nada mejor que irse directamente a casa. Con toda probabilidad la estaban esperando allí en ese mismo momento; y así podría evitarse que el señor Knightley se hundiera más hondo en su ofensa al señor Elton, si no a William Larkins.

Le agradó, al despedirse, encontrar a la señorita Fairfax decidida a acompañarla fuera de la habitación y a bajar incluso con ella la escalera; eso le dio una oportunidad que aprovechó de inmediato para decir:

«Quizá sea mejor que no haya tenido la posibilidad. Si no hubiera estado usted rodeada de otras amigas, quizá me habría sentido tentada a sacar un tema, a hacer preguntas, a hablar más abiertamente de lo que habría sido estrictamente correcto. Siento que sin duda habría sido impertinente».

«¡Oh!», exclamó Jane, con un rubor y una vacilación que a Emma le parecieron infinitamente más favorecedores que toda la elegancia de su compostura habitual, «no habría habido ningún peligro. El peligro habría sido que yo la cansara a usted. No podría haberme complacido más que mostrando interés... De veras, señorita Woodhouse (hablando con más serenidad), con la conciencia que tengo de mi mala conducta, de mi muy mala conducta, me consuela especialmente saber que aquellos de mis amigos cuya buena opinión más vale conservar no están disgustados hasta el punto de... No tengo tiempo para la mitad de lo que quisiera decir. Ansío presentar disculpas, excusas, alegar algo en mi favor. Siento que es tan debido. Pero, por desgracia... en fin, si su compasión no sale en mi ayuda...».

«¡Oh! Es usted demasiado escrupulosa, de veras lo es», exclamó Emma con calor, tomándole la mano. «No me debe ninguna disculpa; y todos aquellos a quienes podría suponerse que se las debe están tan perfectamente satisfechos, tan encantados incluso...».

«Es usted muy amable, pero sé cómo fueron mis maneras con us-

ted. ¡Tan frías y artificiales! Siempre tenía un papel que representar. ¡Era una vida de engaño! Sé que debí de disgustarla».

«Le ruego que no diga más. Siento que todas las disculpas deberían ser de mi parte. Perdonémonos la una a la otra de una vez. Hemos de hacer lo que haya que hacer lo más rápido posible, y creo que nuestros sentimientos no perderán tiempo en eso. Espero que tenga noticias agradables de Windsor».

«Muy agradables».

«Y la próxima noticia, supongo, será que vamos a perderla, justo cuando empiezo a conocerla».

«¡Oh! En cuanto a todo eso, por supuesto que todavía no se puede pensar en nada. Estoy aquí hasta que me reclamen el coronel y la señora Campbell».

«Quizá todavía no pueda decidirse nada de hecho», replicó Emma sonriendo, «pero, perdóneme, hay que pensar en ello».

Jane le devolvió la sonrisa al responder:

«Tiene usted mucha razón; se ha pensado en ello. Y le confesaré (estoy segura de que no hay peligro) que, en cuanto a vivir con el señor Churchill en Enscombe, está decidido. Tiene que haber tres meses de luto riguroso por lo menos; pero, cuando hayan pasado, me imagino que no habrá nada más que esperar».

«Gracias, gracias. Esto es justo lo que quería que me aseguraran. ¡Oh, si supiera usted cuánto me gusta todo lo que es decidido y claro! Adiós, adiós».

Volumen III. Capítulo XVII

Todos los amigos de la señora Weston se alegraron de que hubiera salido con bien; y si la satisfacción de saberla en buen estado podía aumentar para Emma, fue al saber que era madre de una niñita. Emma había deseado decididamente una señorita Weston. No quería reconocer que fuera con miras a arreglarle algún día un casamiento con alguno de los hijos de Isabella; pero estaba convencida de que una hija les convendría más al padre y a la madre. Sería un gran consuelo para el señor Weston, a medida que envejeciera (y hasta el señor Weston podría estar envejeciendo dentro de diez años), tener su hogar animado por los juegos y las tonterías, los caprichos y las fantasías de una niña a quien nunca se alejaría de casa; y la señora Weston... nadie podía dudar de que una hija sería lo que más le importaría; y sería una verdadera lástima que alguien que sabía enseñar tan bien no volviera a ejercitar sus facultades.

«Ha tenido la ventaja, ¿sabes?, de practicar conmigo», continuó, «como la baronesa d'Almane con la condesa d'Ostalis en *Adelaida y Teodoro*, de madame de Genlis; y ahora veremos a su propia pequeña Adelaida educada según un plan más perfecto».

«Es decir», respondió el señor Knightley, «la consentirá aún más de lo que te consintió a ti, y creerá que no la consiente en absoluto. Esa será la única diferencia».

«¡Pobre niña!», exclamó Emma. «A ese paso, ¿qué será de ella?».

«Nada muy malo. La suerte de miles. Será desagradable en la infancia y se corregirá al crecer. Estoy perdiendo toda mi amargura contra los niños mimados, mi queridísima Emma. Yo, que te debo a *ti* toda mi felicidad, ¿no sería una ingratitud horrible ser severo con ellos?».

Emma se rio y respondió: «Pero yo tuve la ayuda de todos tus esfuerzos para contrarrestar la indulgencia de los demás. Dudo que mi

propio juicio me hubiera corregido sin ella».

«¿Lo dudas? Yo no lo dudo. La naturaleza te dio entendimiento; la señorita Taylor te dio principios. Tenías que salir bien. Mi intromisión tenía tantas probabilidades de hacer daño como bien. Era muy natural que dijeras: "¿Qué derecho tiene él a sermonearme?"; y me temo que era muy natural que sintieras que lo hacía de un modo desagradable. No creo haberte hecho ningún bien. El bien fue todo para mí, al convertirte en objeto del más tierno afecto. No podía pensar tanto en ti sin adorarte, con defectos y todo; y, a fuerza de imaginarte tantos errores, he estado enamorado de ti por lo menos desde que tenías trece años».

«Estoy segura de que me fuiste útil», exclamó Emma. «Muy a menudo me influiste para bien, más a menudo de lo que yo habría reconocido entonces. Estoy segurísima de que me hiciste bien. Y si a la pobrecita Anna Weston van a malcriarla, será la mayor muestra de humanidad de tu parte hacer por ella tanto como has hecho por mí, salvo enamorarte de ella cuando tenga trece años».

«¡Cuántas veces, cuando eras niña, me dijiste con una de tus miradas pícaras: "Señor Knightley, voy a hacer tal cosa; papá dice que puedo", o "tengo permiso de la señorita Taylor", algo que, como bien sabías, yo no aprobaba! En esos casos mi intromisión te daba dos malos sentimientos en lugar de uno».

«¡Qué criatura tan amable era yo! No es de extrañar que guardes mis discursos en tan afectuoso recuerdo».

«"Señor Knightley". Siempre me llamaste "señor Knightley"; y, por la costumbre, no suena tan formal. Y, sin embargo, es formal. Quiero que me llames de otro modo, pero no sé cómo».

«Recuerdo que una vez te llamé "George", en uno de mis arrebatos de amabilidad, hace unos diez años. Lo hice porque creí que te ofendería; pero, como no pusiste ninguna objeción, nunca volví a hacerlo».

«¿Y no puedes llamarme "George" ahora?».

«¡Imposible! Nunca podré llamarte de otro modo que "señor

Knightley". Ni siquiera prometo igualar la elegante concisión de la señora Elton llamándote señor K. Pero prometo», añadió enseguida, riendo y ruborizándose, «prometo llamarte una vez por tu nombre de pila. No digo cuándo, pero quizá adivines dónde: en el edificio en que N. toma a M. en lo bueno y en lo malo».

A Emma le apenaba no poder hacer justicia más abiertamente a un servicio importante que el mejor juicio de él le habría prestado, al consejo que la habría salvado de la peor de todas sus locuras femeninas, su obstinada intimidad con Harriet Smith; pero era un asunto demasiado delicado. No podía entrar en él. Harriet se mencionaba muy rara vez entre ellos. Esto, por parte de él, podía deberse simplemente a que no pensaba en ella; pero Emma se inclinaba más bien a atribuirlo a la delicadeza y a la sospecha, por ciertos indicios, de que su amistad estaba decayendo. Ella misma sabía que, de haberse separado en cualquier otra circunstancia, sin duda se habrían escrito más, y que sus noticias no habrían dependido, como ahora casi por completo, de las cartas de Isabella. Él podía notar que era así. La pena de verse obligada a ocultarle algo apenas era menor que la pena de haber hecho desdichada a Harriet.

Isabella mandaba noticias de su huésped tan buenas como cabía esperar; a su llegada la había encontrado desanimada, lo que parecía perfectamente natural, puesto que había que consultar a un dentista; pero, una vez terminado ese asunto, no parecía encontrar a Harriet distinta de como la había conocido antes. Isabella, es cierto, no era una observadora muy perspicaz; con todo, si Harriet no hubiera estado en condiciones de jugar con los niños, no se le habría escapado. Los consuelos y las esperanzas de Emma se prolongaron de la manera más agradable con el hecho de que Harriet fuera a quedarse más tiempo; sus quince días probablemente serían un mes por lo menos. El señor y la señora de John Knightley iban a venir en agosto, y la invitaron a quedarse hasta que pudieran traerla de vuelta.

«John ni siquiera menciona a tu amiga», dijo el señor Knightley.

«Aquí está su respuesta, si quieres verla».

Era la respuesta a la noticia de su proyectado matrimonio. Emma la tomó con mano muy ansiosa, con una impaciencia muy viva por saber qué diría él al respecto, y nada contenida al oír que no mencionaba a su amiga.

«John comparte como un hermano mi felicidad», continuó el señor Knightley, «pero no es amigo de cumplidos; y, aunque sé muy bien que también te tiene un afecto de lo más fraternal, está tan lejos de hacer florituras que cualquier otra joven podría encontrarlo más bien frío en sus elogios. Pero no temo que veas lo que escribe».

«Escribe como un hombre sensato», respondió Emma cuando hubo leído la carta. «Respeto su sinceridad. Está muy claro que considera que la buena suerte del compromiso es toda de mi parte, pero que no pierde la esperanza de que con el tiempo yo llegue a ser tan digna de tu afecto como tú ya me crees. Si hubiera dicho algo que pudiera interpretarse de otro modo, no le habría creído».

«Emma mía, no quiere decir nada semejante. Solo quiere decir...».

«Él y yo diferiríamos muy poco en nuestra estimación de los dos», lo interrumpió ella, con una especie de sonrisa seria; «mucho menos, quizá, de lo que él supone, si pudiéramos entrar en el asunto sin ceremonias ni reservas».

«Emma, mi querida Emma...».

«¡Oh!», exclamó ella con una alegría más completa, «si te parece que tu hermano no me hace justicia, espera a que mi querido padre esté en el secreto y oye su opinión. Puedes estar seguro de que estará mucho más lejos de hacerte justicia a *ti*. Pensará que toda la felicidad, toda la ventaja, está de tu lado, y todo el mérito del mío. Ojalá no me convierta de golpe en "la pobre Emma" para él. Su tierna compasión por el mérito oprimido no puede ir más allá».

«¡Ah!», exclamó él, «ojalá tu padre se convenciera la mitad de fácilmente que John de que tenemos todo el derecho que puede dar un mérito igual a ser felices juntos. Me divierte una parte de la carta de

John (¿te fijaste?), donde dice que mi noticia no lo tomó del todo por sorpresa, que más bien esperaba oír algo por el estilo».

«Si entiendo a tu hermano, solo quiere decir en cuanto a que tuvieras algunas ideas de casarte. En mí no pensaba. Parece del todo desprevenido para eso».

«Sí, sí; pero me divierte que haya visto tan adentro de mis sentimientos. ¿Por qué se habrá guiado? No tengo conciencia de ninguna diferencia en mi ánimo ni en mi conversación que pudiera prepararlo para que me casara ahora más que en otro momento. Pero así fue, supongo. Me atrevo a decir que hubo una diferencia cuando estuve con ellos el otro día. Creo que no jugué con los niños tanto como de costumbre. Recuerdo que una noche los pobres niños dijeron: "El tío parece siempre cansado ahora"».

Se acercaba el momento en que la noticia tendría que difundirse más y ponerse a prueba cómo la recibían otras personas. En cuanto la señora Weston estuviera lo bastante repuesta para admitir las visitas del señor Woodhouse, Emma, que contaba con emplear en la causa los suaves razonamientos de su amiga, resolvió anunciarla primero en casa y después en Randalls. Pero ¡cómo dársela por fin a su padre! Se había comprometido a hacerlo en una hora en que el señor Knightley estuviera ausente, pues, llegado el momento, le habría fallado el corazón y lo habría aplazado; pero el señor Knightley vendría a cierta hora y continuaría lo que ella empezara. Se vio obligada a hablar, y a hablar además con alegría. No debía convertirlo para él en un motivo más decidido de desdicha con un tono melancólico de su parte. No debía parecer que lo consideraba una desgracia. Con todo el ánimo que pudo reunir, lo preparó primero para algo extraño y luego, en pocas palabras, le dijo que, si podía obtenerse su consentimiento y su aprobación (lo cual, confiaba, no presentaría ninguna dificultad, ya que era un plan para fomentar la felicidad de todos), ella y el señor Knightley pensaban casarse; de ese modo Hartfield recibiría la compañía constante de la persona que, como ella sabía, él más quería en el mundo des-

pués de sus hijas y de la señora Weston.

¡Pobre hombre! Al principio fue para él una conmoción considerable, y trató con empeño de disuadirla. Le recordó más de una vez que siempre había dicho que nunca se casaría, le aseguró que sería muchísimo mejor para ella quedarse soltera y le habló de la pobre Isabella y de la pobre señorita Taylor. Pero no sirvió. Emma se le colgó cariñosamente, sonrió y dijo que así tenía que ser; y que no debía ponerla en la misma clase que a Isabella y a la señora Weston, cuyos matrimonios, al llevárselas de Hartfield, habían producido en efecto un cambio melancólico; pero ella no se iba de Hartfield; estaría siempre allí; no introducía ningún cambio en su número ni en sus comodidades, como no fuera para mejor; y estaba segurísima de que él sería mucho más feliz teniendo siempre a mano al señor Knightley, una vez que se acostumbrara a la idea. ¿No quería él mucho al señor Knightley? No lo negaría, estaba segura. ¿A quién quería consultar nunca sobre sus asuntos sino al señor Knightley? ¿Quién le era tan útil, quién estaba tan dispuesto a escribirle las cartas, quién tan contento de ayudarlo? ¿Quién tan alegre, tan atento, tan apegado a él? ¿No le gustaría tenerlo siempre allí mismo? Sí. Todo eso era muy cierto. El señor Knightley no podía venir demasiado a menudo; se alegraría de verlo todos los días; pero ya lo veían todos los días tal como estaban las cosas. ¿Por qué no podían seguir como hasta entonces?

El señor Woodhouse no pudo resignarse pronto; pero lo peor estaba superado, la idea estaba dada; el tiempo y la repetición continua harían el resto. A los ruegos y las seguridades de Emma siguieron los del señor Knightley, cuyos afectuosos elogios de ella hicieron el asunto hasta casi bienvenido; y pronto se acostumbró a que cada uno le hablara de él en toda ocasión propicia. Contaron con toda la ayuda que podía dar Isabella, con cartas de la más firme aprobación; y la señora Weston estuvo dispuesta, desde el primer encuentro, a considerar el asunto bajo la luz más útil: primero, como cosa decidida y, en segundo lugar, como cosa buena, bien consciente de la importancia casi

igual de ambas recomendaciones para la mente del señor Woodhouse. Se dio por acordado, como lo que había de ser; y como todos aquellos por quienes él solía dejarse guiar le aseguraban que sería para su felicidad, y él mismo tenía algunos sentimientos que casi lo admitían, empezó a pensar que alguna vez (dentro de un año o dos, quizá) no sería tan malo que el matrimonio se celebrara.

La señora Weston no representaba ningún papel ni fingía ningún sentimiento en todo lo que le decía en favor del acontecimiento. Se había sorprendido muchísimo, más que nunca, cuando Emma le habló por primera vez del asunto; pero solo veía en ello un aumento de felicidad para todos, y no tuvo escrúpulos en animarlo al máximo. Tenía tanto aprecio por el señor Knightley que pensaba que merecía incluso a su queridísima Emma; y era en todos los aspectos una unión tan apropiada, conveniente e intachable, y en un aspecto, un punto de la mayor importancia, tan especialmente oportuna, tan singularmente afortunada, que ahora parecía que Emma no podría haberse unido sin riesgo a ninguna otra criatura, y que ella misma había sido el más tonto de los seres por no haberlo pensado y deseado hacía mucho tiempo. ¡Qué pocos de los hombres de una posición como para pretender a Emma habrían renunciado a su propio hogar por Hartfield! ¡Y quién sino el señor Knightley podía conocer y soportar al señor Woodhouse de modo que semejante arreglo fuera deseable! La dificultad de qué hacer con el pobre señor Woodhouse siempre se había hecho sentir en los planes de su marido y en los suyos para un matrimonio entre Frank y Emma. Cómo conciliar las exigencias de Enscombe y de Hartfield había sido un impedimento continuo, menos reconocido por el señor Weston que por ella; pero ni siquiera él había podido nunca zanjar el asunto mejor que diciendo: «Esas cosas se arreglarán solas; los jóvenes encontrarán la manera». Pero aquí no había nada que posponer en una especulación descabellada sobre el futuro. Todo estaba bien, todo a la vista, todo parejo. Ningún sacrificio digno de ese nombre por ninguna de las partes. Era una unión que en sí misma prometía la mayor

felicidad, y sin una sola dificultad real y razonable que se le opusiera o la retrasara.

La señora Weston, con su bebé en las rodillas, entregándose a reflexiones como estas, era una de las mujeres más felices del mundo. Si algo podía aumentar su dicha, era darse cuenta de que el bebé pronto dejaría chicos sus primeros gorritos.

La noticia fue una sorpresa general allí donde se difundió; y el señor Weston tuvo su parte de cinco minutos; pero cinco minutos bastaron para que la idea se le hiciera familiar a su mente rápida. Vio las ventajas de la unión y se alegró de ellas con toda la constancia de su esposa; pero el asombro pronto no fue nada; y al cabo de una hora no estaba lejos de creer que siempre lo había previsto.

«Será un secreto, supongo», dijo. «Estas cosas siempre son un secreto hasta que se descubre que todo el mundo las sabe. Solo avísenme cuándo puedo hablar. Me pregunto si Jane tendrá alguna sospecha».

Fue a Highbury a la mañana siguiente y se quedó satisfecho en ese punto. Le contó la noticia. ¿No era ella como una hija, su hija mayor? Tenía que contárselo; y como estaba presente la señorita Bates, la noticia pasó, por supuesto, a la señora Cole, a la señora Perry y a la señora Elton inmediatamente después. No era más que aquello para lo que estaban preparados los protagonistas; habían calculado, desde el momento en que se supo en Randalls, cuán pronto correría por todo Highbury; y se imaginaban a sí mismos, con gran sagacidad, como el asombro vespertino de más de un círculo familiar.

En general, fue una unión muy bien aprobada. Algunos podían pensar que el afortunado era él, y otros que lo era ella. Unos podían recomendar que todos se mudaran a Donwell y dejaran Hartfield para los John Knightley; y otros podían predecir desavenencias entre sus criados; pero, con todo, en conjunto no se levantó ninguna objeción seria, salvo en una morada, la vicaría. Allí la sorpresa no se suavizó con ninguna satisfacción. Al señor Elton le importó poco, comparado con su esposa; solo esperaba que «el orgullo de la joven dama quedara ahora

contento», y suponía que «ella siempre había querido atrapar a Knightley si podía»; y, sobre el punto de vivir en Hartfield, pudo exclamar con audacia: «¡Mejor él que yo!». Pero la señora Elton estaba de veras muy alterada. «¡Pobre Knightley! ¡Pobre hombre! Triste asunto para él». Estaba sumamente preocupada; porque, aunque muy excéntrico, él tenía mil buenas cualidades. ¿Cómo había podido dejarse engañar así? No lo creía para nada enamorado, ni lo más mínimo. ¡Pobre Knightley! Se acabaría todo trato agradable con él. ¡Qué contento venía a cenar con ellos siempre que lo invitaban! Pero eso se acabaría ahora. ¡Pobre hombre! No más excursiones a Donwell organizadas para *ella*. ¡Oh, no!, habría una señora Knightley que echaría un jarro de agua fría sobre todo. ¡Sumamente desagradable! Pero no lamentaba en absoluto haber criticado al ama de llaves el otro día. Un plan espantoso, vivir juntos. No resultaría nunca. Conocía a una familia cerca de Maple Grove que lo había intentado y se había visto obligada a separarse antes de terminar el primer trimestre.

Volumen III. Capítulo XVIII

El tiempo siguió pasando. Unos cuantos días más y llegaría el grupo de Londres. Era un cambio alarmante; y Emma estaba pensando en él una mañana, como algo que tenía que traerle mucho que la agitara y la apenara, cuando entró el señor Knightley y los pensamientos penosos quedaron a un lado. Tras la primera charla de alegría se quedó callado; y luego, en un tono más grave, empezó diciendo:

«Tengo algo que contarte, Emma; una noticia».

«¿Buena o mala?», dijo ella rápidamente, alzando la vista hacia su rostro.

«No sé cómo habría que llamarla».

«¡Oh! Buena, estoy segura. Lo veo en tu cara. Estás tratando de no sonreír».

«Me temo», dijo él, componiendo el semblante, «me temo mucho, mi querida Emma, que tú no sonreirás cuando la oigas».

«¡De veras! Pero ¿por qué? Apenas puedo imaginar que algo que a ti te agrade o te divierta no me agrade y me divierta también a mí».

«Hay un asunto», respondió él, «espero que solo uno, en que no pensamos igual». Se detuvo un momento, sonriendo de nuevo, con los ojos fijos en el rostro de ella. «¿No se te ocurre nada? ¿No te acuerdas? Harriet Smith».

Las mejillas se le encendieron al oír el nombre, y sintió miedo de algo, aunque no sabía de qué.

«¿Has tenido noticias de ella esta mañana?», exclamó él. «Creo que sí, y que lo sabes todo».

«No, no las he tenido; no sé nada; te ruego que me lo cuentes».

«Estás preparada para lo peor, ya veo, y es muy malo. Harriet Smith se casa con Robert Martin».

Emma dio un respingo que no parecía de quien está preparada, y

sus ojos, en una mirada ansiosa, dijeron: «¡No, esto es imposible!»; pero sus labios permanecieron cerrados.

«Así es, de veras», continuó el señor Knightley; «lo sé por el propio Robert Martin. Se fue de mi casa hace menos de media hora».

Ella seguía mirándolo con el asombro más elocuente.

«Te gusta, Emma mía, tan poco como yo temía. Ojalá nuestras opiniones fueran las mismas. Pero con el tiempo lo serán. El tiempo, puedes estar segura, hará que uno de los dos piense de otra manera; y, mientras tanto, no necesitamos hablar mucho del asunto».

«Me entiendes mal, me entiendes muy mal», respondió ella, haciendo un esfuerzo. «No es que semejante circunstancia fuera a hacerme desdichada ahora, sino que no puedo creerlo. ¡Parece una imposibilidad! No querrás decir que Harriet Smith ha aceptado a Robert Martin. No querrás decir que él siquiera se le ha vuelto a declarar... todavía. Solo quieres decir que piensa hacerlo».

«Quiero decir que lo ha hecho», respondió el señor Knightley con una decisión sonriente pero firme, «y que ha sido aceptado».

«¡Dios mío!», exclamó ella. «¡Vaya!». Luego, recurriendo a su canastillo de labor como excusa para inclinar el rostro y ocultar todos los exquisitos sentimientos de deleite y diversión que sabía que debía de estar expresando, añadió: «Bueno, ahora cuéntamelo todo; hazme comprensible esto. ¿Cómo, dónde, cuándo? Quiero saberlo todo. Nunca me había sorprendido tanto; pero no me hace desdichada, te lo aseguro. ¿Cómo... cómo ha sido posible?».

«Es una historia muy sencilla. Hace tres días fue a Londres por negocios, y le encargué que llevara unos papeles que quería mandarle a John. Le entregó esos papeles a John en su despacho, y él le pidió que se uniera a su grupo esa misma noche para ir al anfiteatro de Astley. Iban a llevar a Astley a los dos niños mayores. El grupo lo formarían nuestro hermano y nuestra hermana, Henry, John... y la señorita Smith. Mi amigo Robert no pudo resistirse. Pasaron a buscarlo de camino; todos se divirtieron muchísimo; y mi hermano lo invitó a cenar

con ellos al día siguiente, cosa que hizo; y en el curso de esa visita (según entiendo) encontró ocasión de hablar con Harriet; y desde luego no habló en vano. Ella, al aceptarlo, lo hizo tan feliz como él lo merece. Volvió en la diligencia de ayer y estuvo conmigo esta mañana inmediatamente después del desayuno, para darme cuenta de sus gestiones, primero de mis asuntos y luego de los suyos. Esto es todo lo que puedo contar del cómo, el dónde y el cuándo. Tu amiga Harriet hará una historia mucho más larga cuando la veas. Te dará todos los pormenores menudos, que solo el lenguaje de una mujer puede hacer interesantes. En nuestras comunicaciones solo tratamos de lo grande. Sin embargo, debo decir que el corazón de Robert Martin parecía, para ser *él*, y conmigo, muy desbordante; y que sí mencionó, sin que viniera mucho al caso, que al dejar su palco en Astley mi hermano se hizo cargo de la señora de John Knightley y del pequeño John, y él los siguió con la señorita Smith y Henry; y que en un momento se vieron en medio de tanta gente que la señorita Smith se inquietó bastante».

Se detuvo. Emma no se atrevió a intentar una respuesta inmediata. Hablar, estaba segura, sería traicionar un grado de felicidad de lo más irrazonable. Tenía que esperar un momento, o él la creería loca. Su silencio lo inquietó; y, después de observarla un rato, añadió:

«Emma, mi amor, dijiste que esta circunstancia no te haría desdichada ahora; pero me temo que te causa más dolor del que esperabas. La posición de él es un mal; pero debes considerarla como lo que contenta a tu amiga; y respondo de que pensarás cada vez mejor de él a medida que lo conozcas. Su buen juicio y sus buenos principios te encantarían. En lo que toca al hombre, no podrías desear a tu amiga en mejores manos. Su rango en la sociedad lo cambiaría si pudiera, lo cual es decir mucho, te lo aseguro, Emma. Te ríes de mí por William Larkins; pero tan mal podría prescindir de Robert Martin como de él».

Él quería que ella alzara la vista y sonriera; y, habiendo logrado ya no sonreír demasiado abiertamente, lo hizo, respondiendo con alegría:

«No tienes que esforzarte por reconciliarme con esa unión. Creo

que Harriet hace un excelente partido. Los parientes de *ella* pueden ser peores que los de *él*. En respetabilidad de carácter, no cabe duda de que lo son. Me he quedado callada solo por la sorpresa, una sorpresa excesiva. ¡No te imaginas lo de repente que me ha llegado! ¡Lo especialmente desprevenida que estaba! Porque tenía motivos para creer que últimamente ella estaba más decidida contra él, mucho más, que antes».

«Tú deberías conocer mejor a tu amiga», respondió el señor Knightley; «pero yo diría que era una muchacha de buen carácter y corazón tierno, poco dispuesta a estar muy, muy decidida contra ningún joven que le dijera que la amaba».

Emma no pudo evitar reírse al responder: «Palabra, creo que la conoces tan bien como yo. Pero, señor Knightley, ¿estás del todo seguro de que lo ha *aceptado* absoluta y rotundamente? Podría suponer que con el tiempo lo hiciera; pero ¿tan pronto? ¿No lo entendiste mal? Estaban hablando los dos de otras cosas, de negocios, de ferias de ganado o de sembradoras nuevas; ¿y no podrías, en la confusión de tantos asuntos, haberlo entendido mal? No era de la mano de Harriet de lo que él estaba seguro, sino de las dimensiones de algún buey famoso».

El contraste entre el semblante y el aire del señor Knightley y los de Robert Martin era en ese momento tan fuerte para los sentimientos de Emma, y tan fuerte el recuerdo de todo lo que había pasado tan recientemente por parte de Harriet, tan fresco el sonido de aquellas palabras dichas con tanto énfasis («No, espero tener más juicio que pensar en Robert Martin»), que de veras esperaba que la noticia resultara en cierta medida prematura. No podía ser de otro modo.

«¿Te atreves a decir eso?», exclamó el señor Knightley. «¿Te atreves a suponerme tan zopenco que no sé de qué me habla un hombre? ¿Qué mereces?».

«¡Oh! Siempre merezco el mejor trato, porque nunca tolero ningún otro; y por lo tanto tienes que darme una respuesta llana y directa. ¿Estás del todo seguro de entender en qué términos están ahora el señor

Martin y Harriet?».

«Estoy del todo seguro», respondió él, hablando muy claramente, «de que me dijo que ella lo había aceptado; y de que no había oscuridad, nada dudoso, en las palabras que usó; y creo que puedo darte una prueba de que tiene que ser así. Me pidió mi opinión sobre lo que debía hacer ahora. No conocía a nadie más que a la señora Goddard a quien pudiera dirigirse para informarse de los parientes o amigos de ella. ¿Podía yo indicarle algo más apropiado que ir a ver a la señora Goddard? Le aseguré que no. Entonces, dijo, procuraría verla en el curso del día».

«Estoy perfectamente satisfecha», respondió Emma con las sonrisas más radiantes, «y les deseo con toda sinceridad que sean felices».

«Has cambiado sustancialmente desde que hablamos antes de este asunto».

«Eso espero, porque entonces era una tonta».

«Y yo también he cambiado; porque ahora estoy muy dispuesto a reconocerle a Harriet todas sus buenas cualidades. Me he tomado algún trabajo, por ti y por Robert Martin (de quien siempre he tenido motivos para creer que estaba tan enamorado de ella como siempre), para conocerla. A menudo he hablado bastante con ella. Debes de haber visto que lo hacía. A veces, de hecho, he pensado que medio sospechabas que yo abogaba por la causa del pobre Martin, lo cual nunca fue así; pero, por todas mis observaciones, estoy convencido de que es una muchacha sin artificio, amable, con muy buenas ideas, con principios muy seriamente buenos, y que pone su felicidad en los afectos y en la utilidad de la vida doméstica. Mucho de esto, no lo dudo, puede agradecértelo a ti».

«¡A mí!», exclamó Emma, sacudiendo la cabeza. «¡Ah, pobre Harriet!».

Se contuvo, sin embargo, y se sometió en silencio a un poco más de elogio del que merecía.

Su conversación terminó poco después con la entrada del padre de

ella. No lo lamentó. Quería estar sola. Su mente estaba en tal estado de agitación y asombro que le era imposible serenarse. Tenía ganas de bailar, de cantar, de exclamar; y hasta que se hubiera movido de un lado a otro, y hablado consigo misma, y reído y reflexionado, no iba a servir para nada razonable.

Su padre venía a anunciar que James había salido a enganchar los caballos, en preparación para su paseo en coche, ahora diario, a Randalls; y ella tuvo, por lo tanto, una excusa inmediata para desaparecer.

Puede imaginarse la alegría, la gratitud, el exquisito deleite de sus sensaciones. Eliminado así, con la perspectiva del bienestar de Harriet, el único agravio y la única impureza, corría de veras el peligro de volverse demasiado feliz para estar segura. ¿Qué tenía que desear? Nada, sino llegar a ser más digna de él, cuyas intenciones y cuyo juicio habían sido siempre tan superiores a los suyos. Nada, sino que las lecciones de su locura pasada le enseñaran humildad y prudencia en el futuro.

Seria estaba, muy seria en su gratitud y en sus resoluciones; y, sin embargo, no había modo de evitar una risa, a veces en medio de ellas. ¡Tenía que reírse de semejante desenlace! ¡Semejante final para la lúgubre decepción de cinco semanas atrás! ¡Semejante corazón, semejante Harriet!

Ahora habría placer en su regreso. Todo sería un placer. Sería un gran placer conocer a Robert Martin.

En lo más alto entre sus dichas más serias y sentidas estaba la reflexión de que pronto acabaría toda necesidad de ocultarle nada al señor Knightley. El disimulo, el equívoco, el misterio, tan odiosos de practicar para ella, pronto podrían terminar. Ahora podía contar con darle esa confianza plena y perfecta que su carácter estaba de lo más dispuesto a acoger como un deber.

Con el ánimo más alegre y feliz salió con su padre; no siempre escuchando, pero siempre de acuerdo con lo que él decía; y, ya hablando o en silencio, condescendiendo con la cómoda convicción de él de que

estaba obligado a ir a Randalls todos los días, o la pobre señora Weston se llevaría una decepción.

Llegaron. La señora Weston estaba sola en el salón; pero apenas les habían dado noticias del bebé, y el señor Woodhouse había recibido el agradecimiento por venir, que él mismo pedía, cuando se vislumbraron a través de la persiana dos figuras que pasaban cerca de la ventana.

«Son Frank y la señorita Fairfax», dijo la señora Weston. «Justo iba a contarles nuestra agradable sorpresa al verlo llegar esta mañana. Se queda hasta mañana, y hemos convencido a la señorita Fairfax de que pase el día con nosotros. Espero que entren».

En medio minuto estaban en la habitación. Emma se alegró muchísimo de verlo; pero hubo cierto grado de confusión, varios recuerdos embarazosos por cada lado. Se saludaron de buena gana y sonriendo, pero con una conciencia que al principio permitía decir poco; y cuando todos se hubieron sentado otra vez, hubo durante un rato tal vacío en el círculo que Emma empezó a dudar si el deseo que ahora se cumplía, y que había sentido largo tiempo, de volver a ver a Frank Churchill, y de verlo con Jane, le daría la parte de placer que le correspondía. Cuando el señor Weston se unió al grupo, sin embargo, y cuando trajeron al bebé, ya no faltó tema ni animación, ni tampoco valor y oportunidad para que Frank Churchill se acercara a ella y le dijera:

«Tengo que agradecerle, señorita Woodhouse, un mensaje muy amable de perdón en una de las cartas de la señora Weston. Espero que el tiempo no la haya vuelto menos dispuesta a perdonar. Espero que no se retracte de lo que dijo entonces».

«No, de veras», exclamó Emma, felicísima de empezar, «en absoluto. Me alegro especialmente de verlo y de estrecharle la mano, y de felicitarlo en persona».

Él le dio las gracias de todo corazón y siguió hablando un rato, con sentimiento serio, de su gratitud y su felicidad.

«¿No se la ve bien?», dijo, volviendo los ojos hacia Jane. «¿Mejor

que nunca? Ya ve cómo la adoran mi padre y la señora Weston».

Pero su ánimo pronto volvía a subir, y con ojos risueños, después de mencionar el regreso esperado de los Campbell, pronunció el nombre de Dixon. Emma se ruborizó y prohibió que se pronunciara en su presencia.

«Nunca puedo pensar en ello», exclamó, «sin una vergüenza extrema».

«La vergüenza», respondió él, «es toda mía, o debería serlo. Pero ¿es posible que no tuviera usted ninguna sospecha? Quiero decir, últimamente. Al principio, lo sé, no tuvo ninguna».

«Nunca tuve la más mínima, se lo aseguro».

«Eso parece del todo asombroso. Una vez estuve muy cerca de... y ojalá lo hubiera hecho; habría sido mejor. Pero, aunque siempre estaba haciendo cosas malas, eran cosas malas muy malas, y de las que no me servían de nada. Habría sido una transgresión mucho mejor romper el vínculo del secreto y contárselo todo».

«Ahora ya no vale la pena lamentarlo», dijo Emma.

«Tengo alguna esperanza», prosiguió él, «de que convenzan a mi tío de hacer una visita a Randalls; quiere que se la presenten. Cuando hayan vuelto los Campbell, nos reuniremos con ellos en Londres, y seguiremos allí, confío, hasta que podamos llevarla al norte. Pero ahora estoy tan lejos de ella... ¿no es duro, señorita Woodhouse? Hasta esta mañana no nos habíamos visto ni una vez desde el día de la reconciliación. ¿No me compadece?».

Emma expresó su compasión con tanta amabilidad que, con un súbito arranque de alegría, él exclamó:

«¡Ah, a propósito!», y luego, bajando la voz y adoptando por un momento un aire recatado: «Espero que el señor Knightley esté bien». Hizo una pausa. Ella se sonrojó y se rio. «Sé que vio usted mi carta, y creo que recordará mi deseo en su favor. Permítame devolverle sus felicitaciones. Le aseguro que he oído la noticia con el más vivo interés y satisfacción. Es un hombre a quien no puedo atreverme a elogiar».

Emma estaba encantada, y solo quería que siguiera en el mismo estilo; pero un momento después la mente de él estaba en sus propios asuntos y con su propia Jane, y sus palabras siguientes fueron:

«¿Ha visto usted alguna vez una piel así? ¡Qué tersura! ¡Qué delicadeza! Y eso sin ser realmente rubia. No se la puede llamar rubia. Es un cutis de lo más extraordinario, con sus pestañas y su pelo oscuros; ¡un cutis de lo más distinguido! Tan propio de una dama. Justo el color suficiente para la belleza».

«Siempre he admirado su cutis», respondió Emma con picardía; «pero ¿no recuerdo yo un tiempo en que usted le encontraba el defecto de ser tan pálida? Cuando empezamos a hablar de ella. ¿Lo ha olvidado del todo?».

«¡Oh, no! ¡Qué perro tan descarado era yo! ¿Cómo pude atreverme...?».

Pero se rio tan de corazón con el recuerdo que Emma no pudo menos que decir:

«Sospecho de veras que, en medio de sus apuros de entonces, usted se divertía muchísimo engañándonos a todos. Estoy segura de que sí. Estoy segura de que era un consuelo para usted».

«¡Oh, no, no, no! ¿Cómo puede sospechar algo así de mí? ¡Yo era el más desdichado de los infelices!».

«No tan desdichado como para ser insensible a la diversión. Estoy segura de que era para usted una fuente de gran entretenimiento sentir que nos estaba engañando a todos. Quizá yo estoy más dispuesta a sospecharlo porque, a decir verdad, creo que a mí también me habría divertido algo en la misma situación. Creo que hay un pequeño parecido entre nosotros».

Él hizo una reverencia.

«Si no en nuestro carácter», añadió ella enseguida, con una mirada de verdadera sensibilidad, «hay un parecido en nuestro destino; el destino que promete unirnos a dos personas tan superiores a nosotros».

«Cierto, cierto», respondió él con calor. «No, no es cierto por su par-

te. Usted no puede tener a nadie superior, pero es muy cierto por la mía. Ella es un ángel completo. Mírela. ¿No es un ángel en cada gesto? Observe la curva de su cuello. Observe sus ojos, mientras mira a mi padre. Se alegrará usted de saber (inclinando la cabeza y susurrando con seriedad) que mi tío piensa darle todas las joyas de mi tía. Van a montarlas de nuevo. Estoy resuelto a que algunas vayan en un adorno para la cabeza. ¿No será hermoso en su pelo oscuro?».

«Muy hermoso, de veras», respondió Emma; y habló con tanta amabilidad que él estalló agradecido:

«¡Qué contento estoy de volver a verla! ¡Y de verla con tan excelente aspecto! No me habría perdido este encuentro por nada del mundo. Sin duda habría pasado por Hartfield si usted no hubiera venido».

Los demás habían estado hablando de la niña; la señora Weston contaba un pequeño susto que había pasado la noche anterior porque la criatura no parecía del todo bien. Creía que había sido una tonta, pero se había alarmado, y había estado a medio minuto de mandar a buscar al señor Perry. Quizá debiera avergonzarse, pero el señor Weston había estado casi tan inquieto como ella. A los diez minutos, sin embargo, la niña había vuelto a estar perfectamente bien. Esta era su historia; y le interesó especialmente al señor Woodhouse, que la elogió mucho por haber pensado en mandar a buscar a Perry y solo lamentó que no lo hubiera hecho. «Siempre debía mandar a buscar a Perry si la niña parecía indispuesta en el más mínimo grado, aunque fuera solo por un momento. Nunca se alarmaría demasiado pronto ni mandaría a buscar a Perry demasiado a menudo. Era una lástima, quizá, que no hubiera venido anoche; porque, aunque la niña parecía bien ahora, muy bien dentro de todo, probablemente habría sido mejor que Perry la hubiera visto».

Frank Churchill captó el nombre.

«¡Perry!», le dijo a Emma, tratando, mientras hablaba, de atraer la mirada de la señorita Fairfax. «¡Mi amigo el señor Perry! ¿Qué dicen del señor Perry? ¿Ha estado aquí esta mañana? ¿Y cómo viaja ahora?

¿Ha puesto coche?».

Emma pronto recordó y lo entendió; y mientras se unía a la risa, era evidente por el semblante de Jane que ella también lo estaba oyendo de verdad, aunque trataba de parecer sorda.

«¡Qué sueño tan extraordinario tuve!», exclamó él. «Nunca puedo pensar en él sin reírme. Nos oye, nos oye, señorita Woodhouse. Lo veo en su mejilla, en su sonrisa, en su vano intento de fruncir el ceño. Mírela. ¿No ve usted que en este instante el mismo pasaje de su propia carta que me trajo la noticia le está pasando ante los ojos, que tiene delante todo el desatino, que no puede atender a nada más, aunque finja escuchar a los demás?».

Jane se vio obligada a sonreír del todo por un momento; y la sonrisa le quedó en parte al volverse hacia él y decirle, en voz baja, cohibida pero firme:

«¡Me asombra que pueda soportar semejantes recuerdos! A veces se *imponen*, sí; ¡pero que usted los busque!».

Él tenía muchísimo que decir en respuesta, y de modo muy entretenido; pero los sentimientos de Emma estaban sobre todo con Jane en la disputa; y al salir de Randalls, y al caer naturalmente en una comparación de los dos hombres, sintió que, por contenta que hubiera estado de ver a Frank Churchill, y aunque de veras le tenía amistad, nunca había sido más consciente de la gran superioridad de carácter del señor Knightley. La felicidad de este felicísimo día quedó completa con la animada contemplación de los méritos de él que esta comparación le produjo.

Volumen III. Capítulo XIX

Si Emma tenía todavía, a ratos, un sentimiento de inquietud por Harriet, una duda momentánea de que fuera posible que estuviera de veras curada de su apego al señor Knightley y fuera de veras capaz de aceptar a otro hombre por inclinación sincera, no tuvo que sufrir mucho tiempo por el regreso de semejante incertidumbre. Muy pocos días trajeron al grupo de Londres, y en cuanto tuvo ocasión de estar una hora a solas con Harriet quedó perfectamente convencida (¡por inexplicable que fuera!) de que Robert Martin había reemplazado por completo al señor Knightley y daba ahora forma a todas sus ideas de felicidad.

Harriet estaba un poco afligida, y al principio sí parecía un poco tonta; pero, una vez que hubo reconocido que antes había sido presuntuosa y necia, y que se había engañado a sí misma, su pena y su confusión parecieron extinguirse con las palabras y dejarla sin ninguna preocupación por el pasado y con el más pleno júbilo por el presente y el futuro; porque, en cuanto a la aprobación de su amiga, Emma había disipado al instante todo temor de esa clase recibiéndola con las felicitaciones más rotundas. Harriet estuvo felicísima de dar todos los pormenores de la noche en Astley y de la cena del día siguiente; podía detenerse en todo ello con el mayor deleite. Pero ¿qué explicaban esos pormenores? El hecho era, como Emma podía reconocer ahora, que a Harriet siempre le había gustado Robert Martin, y que el que él siguiera amándola había sido irresistible. Más allá de esto, para Emma tendría que ser siempre incomprensible.

El acontecimiento, sin embargo, era de lo más feliz; y cada día le daba nuevos motivos para pensarlo así. Se supo quiénes eran los padres de Harriet. Resultó ser hija de un comerciante, lo bastante rico para costearle el cómodo sustento que siempre había tenido, y lo bastan-

te decente para haber deseado siempre mantenerlo oculto. ¡Esa era la sangre de buena cuna de la que Emma había estado antes tan dispuesta a responder! Era probable que fuera tan limpia, quizá, como la sangre de más de un caballero; pero ¡qué parentesco había estado preparando para el señor Knightley, o para los Churchill, o incluso para el señor Elton! La mancha de la ilegitimidad, sin el blanqueo de la nobleza o la riqueza, habría sido de veras una mancha.

No se levantó ninguna objeción por parte del padre; al joven se le trató con generosidad; todo fue como debía ser; y a medida que Emma fue conociendo a Robert Martin, a quien ahora se recibía en Hartfield, reconoció plenamente en él toda la apariencia de juicio y de valía que mejor podía prometer para su amiguita. No dudaba de la felicidad de Harriet con cualquier hombre de buen carácter; pero con él, y en el hogar que le ofrecía, habría esperanza de algo más, de seguridad, estabilidad y mejora. Estaría en medio de quienes la querían y tenían más juicio que ella; lo bastante retirada para estar a salvo y lo bastante ocupada para estar contenta. Nunca la llevarían a la tentación ni la dejarían expuesta a que la tentación la encontrara. Sería respetable y feliz; y Emma reconoció que era la criatura más afortunada del mundo por haber despertado un afecto tan firme y perseverante en un hombre semejante; o, si no la más afortunada, solo inferior a ella misma.

Harriet, alejada necesariamente por sus compromisos con los Martin, estaba cada vez menos en Hartfield; lo cual no era de lamentar. La intimidad entre ella y Emma tenía que decaer; su amistad tenía que transformarse en una especie de buena voluntad más tranquila; y, por fortuna, lo que debía ser, y tenía que ser, parecía estar empezando ya, y del modo más gradual y natural.

Antes de terminar septiembre, Emma acompañó a Harriet a la iglesia y vio su mano entregada a Robert Martin con una satisfacción tan completa que ningún recuerdo, ni siquiera los relacionados con el señor Elton, que estaba de pie ante ellos, pudo empañarla. Quizá, de hecho, en ese momento apenas veía al señor Elton sino como el clérigo

cuya bendición en el altar podría recaer después sobre ella misma. Robert Martin y Harriet Smith, la última de las tres parejas en comprometerse, fueron los primeros en casarse.

Jane Fairfax ya había dejado Highbury y había vuelto a las comodidades de su querido hogar con los Campbell. Los señores Churchill estaban también en Londres; y solo esperaban a noviembre.

El mes intermedio fue el que fijaron, hasta donde se atrevieron, Emma y el señor Knightley. Habían decidido que su matrimonio debía celebrarse mientras John e Isabella estuvieran todavía en Hartfield, para poder ausentarse quince días en un viaje a la costa, que era el plan. John e Isabella, y todos los demás amigos, estaban de acuerdo en aprobarlo. Pero el señor Woodhouse... ¿cómo iban a inducir al señor Woodhouse a consentir?, él, que hasta entonces nunca había aludido a su matrimonio sino como un acontecimiento lejano.

Cuando lo tantearon por primera vez sobre el asunto, se sintió tan desdichado que casi perdieron la esperanza. Una segunda alusión, en efecto, le causó menos dolor. Empezó a pensar que tenía que ser y que él no podía impedirlo, un paso muy prometedor de la mente en su camino hacia la resignación. Aun así, sin embargo, no estaba contento. Es más, lo parecía tan poco que a su hija le faltó el valor. No podía soportar verlo sufrir, saber que se imaginaba abandonado; y aunque su entendimiento casi aceptaba la seguridad que le daban los dos señores Knightley de que, una vez pasado el acontecimiento, la aflicción de él pronto pasaría también, vaciló; no pudo seguir adelante.

En este estado de incertidumbre les vino en ayuda no una iluminación repentina de la mente del señor Woodhouse ni un cambio prodigioso de su sistema nervioso, sino la acción de ese mismo sistema de otra manera. Una noche le robaron a la señora Weston todos los pavos de su gallinero, evidentemente por obra del ingenio humano. Otros corrales de la vecindad sufrieron también. Para los temores del señor Woodhouse, el hurto era *allanamiento de morada*. Estaba muy inquieto; y de no ser por la sensación de protección que le daba su yerno, ha-

bría vivido en una alarma desdichada todas las noches de su vida. La fuerza, la resolución y la presencia de ánimo de los señores Knightley se ganaban toda su confianza. Mientras cualquiera de ellos lo protegiera a él y a los suyos, Hartfield estaba a salvo. Pero el señor John Knightley tenía que estar de vuelta en Londres a fines de la primera semana de noviembre.

El resultado de esta aflicción fue que, con un consentimiento mucho más voluntario y alegre de lo que su hija se había atrevido nunca a esperar en ese momento, ella pudo fijar el día de su boda; y al señor Elton se le llamó, antes de un mes desde el matrimonio del señor y la señora Robert Martin, para unir las manos del señor Knightley y la señorita Woodhouse.

La boda fue muy parecida a otras bodas en que los contrayentes no tienen gusto por los adornos ni la ostentación; y la señora Elton, por los pormenores que le detalló su marido, la encontró sumamente pobre y muy inferior a la suya. «Muy poco satén blanco, muy pocos velos de encaje; ¡un asunto de lo más lamentable! Selina se quedaría pasmada cuando lo supiera». Pero, a pesar de estas deficiencias, los deseos, las esperanzas, la confianza y las predicciones del pequeño grupo de verdaderos amigos que presenciaron la ceremonia se vieron plenamente cumplidos en la perfecta felicidad de la unión.